



ANTOLOGIA

DE POETAS

HISPANO-AMERICANOS



2



PQ7084

A5

v. 2



003660

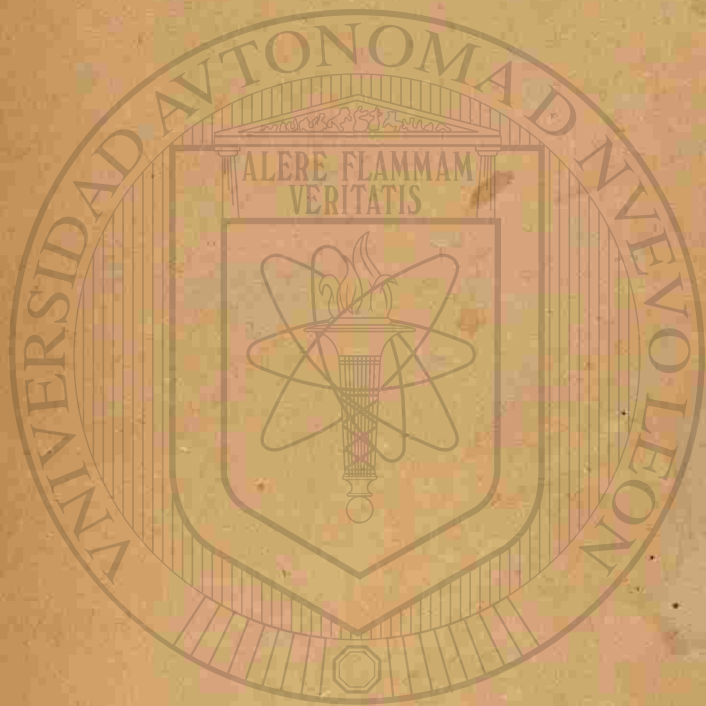




EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



E  
HEMI



ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS.

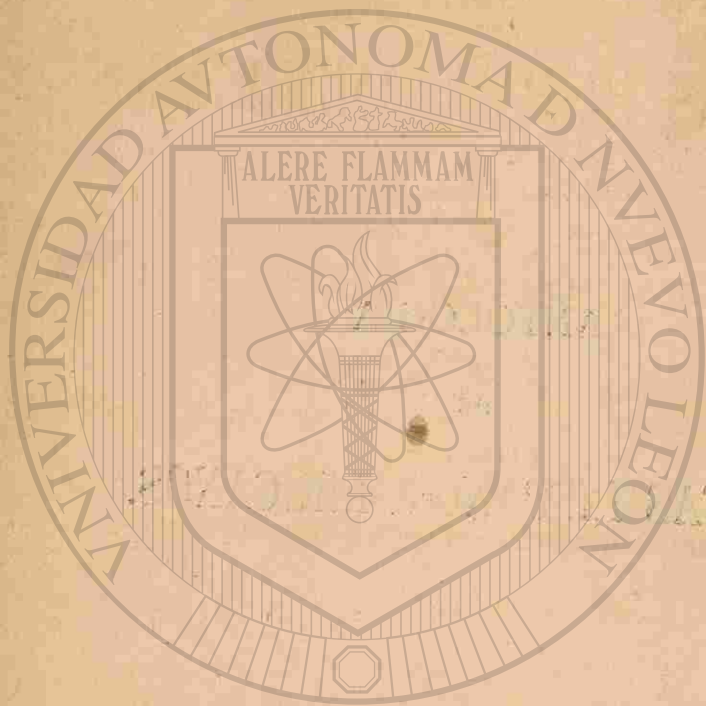
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II.

CUBA.—SANTO DOMINGO.—PUERTO RICO.—VENEZUELA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 30

1893



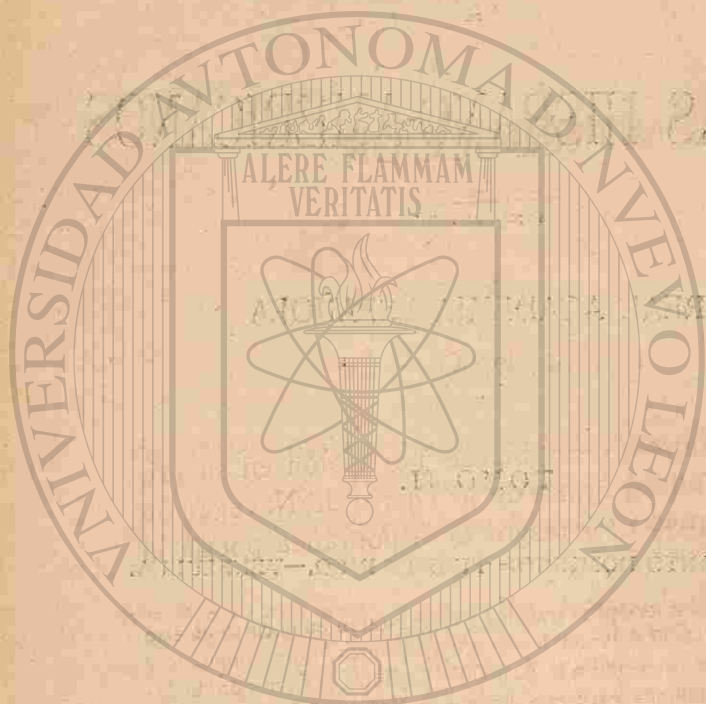
40379  
VALVERDE Y TELLEZ

PQ 7084

A5

v. 2

ANTOLOGÍA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INTRODUCCIÓN.

### IV.

#### CUBA (I).

Fué de las tierras descubiertas por Colón en su primer viaje; y en las páginas de su Diario de Navegación quedó consignado con rasgos de espontánea poesía el

(1) Además de los numerosos trabajos que se citarán en el curso de este estudio, hemos tenido á la vista los muy importantes, muy completos y bien digeridos que ha remitido á la Academia Española la Comisión de Literatos Cubanos nombrada para este fin por el Gobernador general de la Isla, Teniente General de Ejército, D. Camilo Polavieja, en 1891. Compusieron esta comisión los señores D. Nicolás Azcárate (Presidente), D. José María Céspedes, D. José de Armas y Céspedes, D. Saturnino Martínez, don José E. Triay, D. Rafael Montoro, D. Luciano Pérez de Acevedo, D. Ricardo del Monte, D. Domingo Figarola y Cañeda y D. Manuel S. Pichardo (Secretario). No es fácil encarecer debidamente el esmero, el buen gusto, el método severo y el imparcial criterio con que la comisión cumplió su tarea, la cual se compone de dos partes diversas: una *Biblioteca Selecta Hispano Cubana de Prosistas*, que en esta ocasión no ha podido ser utilizada por las razones expuestas en el primer prólogo, pero que queda en la Academia para utilidad de los estudiosos y base de futuros trabajos; y una *Antología de Poesía Cubana*, con noticias biográficas de cada uno de los ingenios.

Nuestra colección estaba formada, y escrito nuestro prólogo, antes de conocer tan rico caudal de materiales, pero afortunadamente nos ha alcanzado el tiempo para aprovecharle, ya en adiciones, ya en rectificaciones.

De la Antología hemos excluido á los poetas vivos, y si en las composi-

TONO II.

003060



asombro que le produjeron las bellezas del suelo y cielo de aquella isla. Pero el descubrimiento y conquista de la Española primeramente, y luego el de Yucatán y México, fueron haciendo olvidar ó dejando en puesto muy secundario á Cuba, por dirigirse á otra parte la corriente de emigración y la sed de aventuras. Tiene, pues, Cuba escasa y no muy interesante historia durante los tres primeros siglos de la dominación española; y ni su importancia comercial ni su brillante producción literaria comienzan hasta fines del XVIII, y más fijamente en el primer tercio del XIX, en que consumada la independencia del continente americano, vino á quedar Cuba como principal reliquia de nuestro vastísimo imperio colonial, y á ser atendida de un modo especial por nuestros gobernantes. Del régimen moderno de España en sus Antillas han solido formarse muy duros y apasionados juicios: no es del caso atacarle ni defenderle, pero como fieles historiadores hemos de consignar, que á despecho de la decantada tiranía militar, y á despecho de las guerras civiles, que han empapado de sangre aquel hermoso suelo, todavía Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, á la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes, y una cultura científica y filo-

ciones que insertamos de los muertos, no coincide siempre nuestra elección con la de la Junta Literaria de Cuba, algo ha de concederse al gusto individual, sin menoscabo de la altísima estimación que merecen esfuerzos tan meritorios y que tanto han de contribuir á la buena inteligencia entre los españoles de uno y otro lado de los mares.

La discreta noticia preliminar de esta compilación manuscrita, en que se trata de los orígenes de la poesía cubana antes de Zequeira y Rubalcava, fué obra del elegante crítico D. Ricardo del Monte.

sófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos. Sería temeridad atribuir tales progresos al lazo político que sigue uniendo á Cuba con su metrópoli europea, pero también sería insensato suponer en los españoles un propósito deliberado y tenaz de matar los gérmenes de civilización en sus provincias ultramarinas, cuando vemos florecer bajo el régimen autoritario de nuestros Capitanes Generales, no sólo la poesía con Heredia, Milanés, la Avellaneda y Luaces, sino la filosofía y las ciencias naturales y económicas con Varela, Luz Caballero, Saco y Poey. Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España y manifestarse francamente como tal; pero aun esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera, á no ser que supongamos muy torpes ó muy inhábiles á cuantos se han empeñado en atajarlas el paso é impedir su difusión. Y ciertamente que si comparásemos (dicho sea sin ofensa de nadie) el cuadro de la literatura y de la ciencia en la española provincia de Cuba, con el que ofrece la vecina isla de Santo Domingo ó las no muy distantes Repúblicas de la América Central, para no hablar de Bolivia y otros estados del Sur, quizá resultase muy dudosa esa virtud mortífera que se atribuye al régimen colonial. Y si extendiendo todavía más la consideración, reparamos que Cuba, con territorio relativamente tan exiguo, y con historia tan moderna, vale y representa en la historia del pensamiento americano, tanto como México, Colombia ó el Río de la Plata, y más que Venezuela, el Ecuador ó el Uruguay, quizá saquemos por última consecuencia que no tienen tanta razón algunos hijos de aquella isla para avergonzarse de



no haber sacudido el yugo de la *tiranta ibera* cuando se emanciparon los demás criollos, puesto que, á lo menos bajo el aspecto intelectual, no se ve que hubieran ganado mucho en el cambio.

Pero dejando á un lado tales disquisiciones, que son siempre muy resbaladizas y deben huirse cuidadosamente en obra que quiere ser de paz y concordia como la presente; y ateniéndonos al aspecto meramente estético, empecemos por consignar la penuria de la literatura cubana en todo el primer período de la dominación colonial. Nada importa á nuestro propósito averiguar si la raza indígena tenía ó no aptitudes poéticas y algún género de cantos, porque esta raza, como todas las que poblaban las Antillas, se extinguió completamente en los primeros días de la conquista, y no pudo dejar elemento alguno para la vida social de la colonia. Entre los conquistadores tampoco hubo quien celebrase las empresas del adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, á quien, no obstante, Juan de Castellanos dió lugar en su panteón de *Varones Ilustres de Indias*, consagrándole íntegra una elegía, que es la séptima.

De los primeros y tímidos ensayos de la musa cubana puede encontrarse noticia, ya en el curioso libro de don Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras y de la Instrucción Pública en la isla de Cuba* (1), ya en la erudita introducción que D. Antonio López Prieto puso en 1881 á su *Parnaso Cubano* (2).

(1) Habana, imprenta de *El Tiempo*, 1860.

(2) *Parnaso Cubano*. Colección de *Poesías Selectas de Autores Cubanos desde Zequeira á nuestros días, precedida de una introducción histórico-crítica sobre el desarrollo de la poesía en Cuba*. Habana, editor Miguel de Villa.

Téngase en cuenta también el *Estudio sobre el movimiento científico y lite-*

El poema más antiguo compuesto en Cuba, aunque no por autor cubano, de que dan noticia, es el *Espejo de paciencia* en octava rima, que escribió en 1608 Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria y vecino de Puerto-Príncipe, con motivo de una invasión de piratas franceses en el puerto de Manzanillo. Transcribe este poema de circunstancias el obispo Morrell de Santa Cruz, en su inédita *Historia de la isla y catedral de Cuba*. Los fragmentos que hemos visto del poemita de Balboa denuncian á lo menos un versificador castizo y fácil, y no gongorino, á pesar del tiempo en que escribía. En elogio de su obra compuso un soneto el regidor de Bayamo, Juan Rodríguez de Cifuentes.

En el siglo pasado había, aun en el interior de la isla, algunos improvisadores que hacían fácil ostentación de su ingenio en décimas y romances, naturalmente afeados con resabios de mal gusto y con los vicios que nacen de la falta de estudio y comunicación literaria. Entre ellos se cita, principalmente, al médico y farmacéutico de la villa de Santa Clara, D. José Suri y Águila (1696-1762), que puso en verso los preceptos de su profesión, y que tenía además la rara habilidad de componer de repente *loas* para las procesiones y festividades religiosas, recitándolas delante de las imágenes. De estos romances laudatorios sólo hemos visto uno dedicado á la *Purísima Concepción*, que no sólo prueba la ardiente devoción del humilde poeta, sino la facilidad y donaire con que versificaba. En Santa Clara vivían por el mismo tiempo otros glosadores ó copleros de menos mérito, don

*rario de Cuba*, obra póstuma de D. Aurelio Mitjans. (Habana, imp. de A. Álvarez y Compañía, 1890.)



Mariano José de Alva y Monteagudo, y D. Lorenzo Martínez de Avileira. No mayores alientos parece haber tenido una poetisa habanera, anónima, que en tiempo de la invasión inglesa de 1762, compuso un poemita titulado: *Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de la Habana*, que se conserva manuscrito en nuestra Academia de la Historia. Una relación del mismo acontecimiento en décimas prosaicas y ramplo-nas escribió el presbítero D. Diego de Campos, mientras que en España celebraban con más numen el heroísmo de Velasco y González algunos poetas nuestros, descollando entre ellos D. Nicolás Fernández de Moratín, aunque en esta ocasión no estuviese tan inspirado como en otras (1).

Al siglo XVIII pertenecen hechos tan decisivos para el progreso de la cultura habanera, como la fundación de la Universidad y el establecimiento de la primera imprenta. La Universidad fué erigida por Bula de Inocencio XIII en 12 de Septiembre de 1721, con los mismos privilegios y gracias que tenía la de Santo Domingo: la cédula Real de aprobación es de 5 de Enero de 1728 y los Estatutos de 27 de Julio de 1734. Pero dedicada especialmente á la enseñanza de Teología y Cánones, no pudo sentirse su influencia en los progresos de la amena

(1) Como poeta improvisador y jocoso obtuvo celebridad, á mediados del siglo XVIII, Fr. José Rodríguez, más conocido por el pseudónimo de *Capacho*, de quien se citan unas décimas dando cuenta de su viaje á México, otras sobre las excelencias del número siete, un *Vejamen á la Universidad*, etc., etc. Pasa también por autor de la más antigua obra dramática escrita en Cuba: *El Príncipe jardinero y fingido Cloridano*; pero si hemos de estar á la autoridad muy respetable en estas materias de don Cayetano Alberto de la Barrera, esta comedia es de D. Santiago de Pita, y con su nombre la hemos visto en ediciones sueltas del siglo pasado.

literatura; ni tampoco era institución destinada á fomentarla el Colegio Seminario de San Carlos y de San Ambrosio, fundado en 1689, con dotación pobrísima, y que sólo comenzó á tener importancia en el breve periodo en que se encargaron de él los Padres de la Compañía de Jesús (1), adquiriéndola mayor después de la reorganización que de él se hizo en 1769 con estudios bastante amplios de Gramática, Retórica y Filosofía Racional y Experimental, que protegió y fomentó luego en gran manera el insigne obispo D. Juan José Díaz de Espada y Landa, bajo cuyos auspicios la filosofía moderna hizo su entrada triunfal en las aulas de la Habana con los presbíteros D. Félix Varela y D. José Agustín Caballero.

Una sola imprenta, la de la Capitanía General, existió al principio, y no con grande actividad, á lo menos en materia de papeles literarios (2). No se conoce ninguna edición anterior á 1720. Los orígenes del periodismo se remontan al año 1790, en que comenzó á publicarse *El Papel Periódico*, en cuya redacción tomó parte alguna vez el capitán general D. Luis de las Casas (fundador de la Sociedad Económica), y colaboraron activamente el ya citado presbítero Caballero, el médico propagador de la vacuna, D. Tomás Romay, y el poeta Zequeira, de quien hemos de hablar inmediatamente. Los versos de *El Papel Periódico* suelen llevar pseudónimos como los de *Filesimolpos*, *Ismael Raqueme*, el *Luisiano*; y aun-

(1) Véase la excelente *Vida del presbítero D. Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1878).

(2) Dicen que en Santiago de Cuba se introdujo la imprenta en 1698; pero debió de durar poco, y no conocemos, ni aún en cita ó referencia, ningún impreso de aquellas oficinas. Se restableció en 1792.



que, por lo general prosáicos y triviales, no dejaban de tener alguna cosa estimable conforme al gusto del siglo XVIII, ni desmerecían mucho de los que se estampaban en los periódicos literarios de México, Lima y Santa Fe de Bogotá, como primicias de la cultura americana. Una especie de noble emulación y generoso entusiasmo reinaba entonces entre nuestras colonias, y los progresos en la enseñanza y en los métodos eran tan patentes, y tan vivo en las clases acomodadas el anhelo de instruirse, que Humboldt notó con sorpresa el nivel intelectual á que había ascendido la sociedad de México y la de Caracas.

El padre del periodismo en el Virreinato de Nueva Granada fué precisamente un cubano; Manuel del Socorro Rodríguez, antiguo carpintero de Bayamo, mulato según dicen, literato y artista *autodidacto*, que llegó á ser bibliotecario de Bogotá, y fundó allí, en 1791, *El Papel Periódico* de Santa Fe, en 1806 *El Redactor Americano*, y en distintas fechas otras publicaciones con que contribuyó mucho á la general cultura. Fué también versificador fecundísimo y bastante correcto, aunque extraordinariamente prosaico. Vergara (1) le atribuye más de seiscientas poesías entre impresas y manuscritas. Yo no he visto sus poemas *Las Delicias de España*, y *El Triunfo del Patriotismo*, pero en cambio poseo, gracias á la buena amistad literaria de D. Miguel Antonio Caro, una vastísima colección de epigramas inéditos de Rodríguez sobre todo género de asuntos, así literarios como políticos y morales. Algunos no carecen de gracia, y todos ellos dan completa idea del gé-

(1) *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, páginas 232 á 238.

nero de poesía casera en que principalmente descollaba Rodríguez.

Esta poesía abundó bastante en Cuba, y según el testimonio de los Sres. Bachiller y Morales y López Prieto, muy conocedores de las antiguallas literarias de la isla, es frecuente encontrar en las colecciones de papeles varios «ridículas letrillas, sátiras más ó menos intencionadas, pésimos sonetos y groseros epigramas», en suma todo género de composiciones baladíes, destinadas á dar pábulo á la murmuración y á entretener el ocio de las tertulias en tiempos en que la vida tenía tanto de insípida y monótona. Pero ya en las odas y églogas de *El Papel Periódico*, de la Habana, se ve el intento de dar á la poesía más elevado empleo; y algún infeliz ensayo épico del mismo tiempo como *Las glorias de la Habana*, del Conde Colombini (entre los arcades de Roma *Ausidio Pileyo*), también manifiesta (1) noble tendencia á enaltecer los progresos del comercio y de la industria, las tareas de las Sociedades Patrióticas, el desarrollo de la Beneficencia; temas muy del gusto del siglo XVIII, y ciertamente más humanitarios que poéticos, pero de todas suertes más laudables que la décima chocarrera, ó el vergonzante libelo, ó las mil fruslerías y nonadas en que otros empleaban miseramente el arte de versificar.

Hasta ahora hemos encontrado versos y no poesía. Los dos primeros poetas de Cuba, rigurosamente hablando, son el coronel D. Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel Justo de Rubalcava, cuya apari-

(1) Este poema, ya muy raro, se imprimió en México en 1798: las notas son interesantes.



ción puede decirse que coincide con el gran sacudimiento político de 1808, que desde la Metrópoli se propagó tan rápidamente á las colonias; si bien en Cuba no produjese por entonces más efecto que el de avivar y enardecer el entusiasmo patriótico, del cual estos y otros poetas de menos nombre se hicieron intérpretes, publicando gran número de versos inspirados por los triunfos y reveses de la causa española durante la guerra de la Independencia, á cuya santa causa servían también con ardientes papeles en prosa el célebre médico Romay y otros escritores políticos.

La obra literaria de Zequeira y Rubalcava en Cuba, fué de algún modo análoga á la del P. Navarrete y sus discípulos en México, si bien en los cubanos se observa en general entonación más robusta y grandilocuente, y mayor tendencia al cultivo de la oda heroica que al de la poesía moral y filosófica. De los dos poetas, Zequeira es el más notable, y á haber nacido en otra época, con más ocasiones de completar su educación literaria y purificar su gusto, se hubiera levantado bastante de la medianía, de que hoy no es posible sacarle, á pesar del número, valentía y entusiasmo bélico de sus cantos. Era, ante todo, un ferviente patriota, español hasta los tuétanos, como lo eran aún todos los cubanos en aquella época feliz. Este vigoroso sentimiento de raza es el alma de sus creaciones, ora describa en octavas reales la *Batalla naval de Cortés en la Laguna de México*, ora enaltezca, remedando la pompa de Quintana y de Gallego, el *Dos de Mayo* y el *Primer sitio de Zaragoza*. Falta mucho á estas composiciones para la perfección clásica, pero no le falta á Zequeira el *os magna sonaturum*; y de todos los cubanos anteriores á Heredia,

es, sin duda, el más poeta. El canto épico, aunque desigual, se recomienda por algunas brillantes descripciones, pero en las odas hay inspiración más sincera, estilo más hecho, y cierta férvida animación en el conjunto. ¡Lástima que estas composiciones versificadas en general con tanto brío no estén inmunes del vicio que ya hemos notado en los poetas mexicanos del mismo tiempo, es á saber, de algunos resabios de pronunciación americana, de donde resultan endecasílabos que positivamente no lo son si se leen como es debido, por ejemplo, este que viene á estropear una de las mejores estancias de *El Dos de Mayo*:

Cual sobre pálidos espectros huella.....

En otro género ha sido muy celebrada una oda horaciana de Zequeira, *Á la Piña*. «Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias», dice Luaces, y otro literato cubano llevó la hipérbole hasta compararla con un *poemita griego*. Nosotros la encontramos bastante clásica y más sobria de lo que pudiera esperarse de la habitual manera de su autor, pero no quisiéramos ver en ella ni *la odorífera planta fumigable* (hablando del tabaco), ni *el dulce zumo del sorbete indiano*, ni las delicias *recopiladas* en el néctar de la piña, ni mucho menos el llamarla *obelisco rural*; rasgos prosaicos unos, gongorinos otros, é incompatibles todos con la idea de la pureza clásica (1).

(1) Nació D. Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, el 28 de Agosto de 1760, é hizo sus estudios en el Seminario de San Carlos. Desde 1780 se dedicó á la carrera de las armas, sirviendo primero en el regimiento de infantería de Soria. En 1815 era Gobernador militar y político de Santa Marta, y en 1816 Teniente de rey de la plaza de Cartagena de Indias. Cuando su ca-



Rubalcava no tuvo, como Zequeira, la suerte de que sus poesías fuesen coleccionadas por mano inteligente, y han andado dispersas y aun confundidas con las de su amigo (1). Fué inclinado al género bucólico, y además de una traducción de las églogas de Virgilio, que (según

rretera militar se presentaba más brillante, una afección mental vino á herirle en Matanzas en 1821. Arrastró su desdichada vida hasta el 18 de Abril de 1846, en que falleció en la Habana. La primera y la mejor edición de sus *Poesías* es la que hizo imprimir en Nueva York, 1829, el presbitero D. Félix Varela. En la publicada en la Habana, en 1852, por su hijo D. Manuel Zequeira y Caro, se alteraron por motivos políticos algunos versos.

(1) El siguiente soneto, bastante popular en Cuba, y que no carece de mérito ni en el pensamiento ni en la dicción (salvo los dos intolerables epítetos *rubicundo* y *furibundo*), se atribuye por unos á Zequeira y por otros á Rubalcava:

Soñé que la fortuna, en lo eminente  
Del más brillante trono, me ofrecía  
El imperio del orbe, y que ceñía  
Con diadema inmortal mi augusta frente.  
Soñé que hasta el Ocaso desde Oriente  
Mi formidable nombre discurría,  
Y que del Septentrion al Mediodía,  
Mi poder se adoraba humildemente;  
De triunfantes despojos revestido  
Soñé que de mi carro rubicundo  
Tiraba César con Pompeyo uncido:  
Despertóme el estruendo furibundo,  
Solté la risa, y dije en mi sentido:  
«Así pasan las glorias de este mundo.»

Nació D. Manuel Justo de Rubalcava en Santiago de Cuba el 9 de Agosto de 1769, y estudió en el Colegio de San Basilio el Magno, de aquella ciudad. Siguió, como Zequeira, la carrera de las armas, y en 1793 tomó parte en la campaña de Santo Domingo. También residió algún tiempo en Puerto Rico. Murió en su ciudad natal el 4 de Noviembre de 1805. Su poema *La muerte de Judas*, no fué impreso hasta 1830: hay una segunda edición de 1847 con biografía del autor y observaciones críticas, por D. Pedro Santacilia. En 1848 se imprimió por diligencia de D. Luis Alejandro Baralt, en Santiago de Cuba, un cuaderno de 100 páginas, titulado *Poesías de D. Manuel Justo Rubalcava*. Es muy discutible la autenticidad de algunas de estas composiciones.

Cítase como poeta de la misma escuela que Zequeira y Rubalcava, aun-

creemos) se ha perdido, dejó algún idilio original, y varias silvas descriptivas, á la verdad bastante prosaicas. La elegía *á la noche* y el poemita *La muerte de Judas*, están mejor escritas, pero tampoco bastan para darle alto puesto en el Parnaso cubano. Su nombre estaría casi olvidado, á no ser por algunos sonetos, entre los cuales me parece muy ingenioso y galante el titulado *Á Nise bordando un ramillete*.

Entretanto pululaban los copleros de circunstancias, asiduos cultivadores de la décima, que es el metro popular en Cuba; y á la publicidad de sus expansiones vino á abrir camino la libertad de imprenta decretada por las Cortes de Cádiz en 1811. Muchas publicaciones efímeras y baladías, aparecieron entonces: *Cartera de Señoras*, *Correo de las Damas*, *Diario Cívico*, *El Esquife.....*, creciendo luego su número y también su importancia durante el periodo constitucional de 1820 á 1823, al cual pertenecen *La Lira de Apolo*, *El Mosquito*, *La Minerva*, *Biblioteca de Damas*, *El Revisor Político y Literario*, *El Hombre Libre*, *El Español Libre*, *El Americano Libre*, *El Amigo de la Constitución*, *El Amigo del Pueblo.....*, descollando entre todos *El Argos*, dirigido por el poeta colombiano D. José Fernández Madrid, con quien colaboró el argentino Miralla (conocido principalmente por dos bucnas traducciones, una de la elegía de Gray, y otra de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Foscolo), y *El Observador Habanero*, periódico de más graves aspiraciones, en cuya redacción tomaron parte filósofos, economistas, jurisconsultos y

que de menos talento, á D. Manuel María Pérez y Ramirez, autor del poema sacro *Emanuel*, de que sólo hemos visto algún fragmento.



naturalistas, como Varela, Escobedo, Govantes, Saco, Poey, etc. La poesía, aunque por lo común débilmente representada, fué cobrando fuerzas á favor del general movimiento de las ideas, y del ejemplo de los forasteros Madrid y Miralla; y produjo algunos ensayos clásicos apreciables, como los de D. Prudencio de Echavarría y O'Gavan, conocido principalmente por la *Sátira* que en 1820 publicó *contra el estudio preferente del Derecho romano en nuestras aulas*.

De tales poetas á Heredia el tránsito parece difícil, y sin embargo, cronológicamente aparecen colocados en el mismo plano, sólo que Heredia era gran poeta, y los otros no pasaban de medianos versificadores. Heredia es, hasta la hora presente, el primer lírico del Parnaso cubano: á lo sumo la Avellaneda, que más pertenece á la literatura general española que á la particular de la isla, podrá disputarle, y en mi concepto arrebatarle, la preeminencia. La fortuna de los versos de Heredia ha sido, por lo menos, igual á su mérito. Es quizá el poeta americano más conocido en Europa, y el que de la crítica europea ha obtenido más unánimes y calurosos elogios desde Lista hasta Villemain y Ampère. Son patentes y notorias sus incorrecciones y desigualdades, pero nadie le ha negado el genio. La escuela lírica á que perteneció no es la de nuestros tiempos, y sin embargo, un corto número de versos suyos, sobreviviendo al naufragio de sus restantes producciones, desafían impávidos todos los cambios de gusto y ostentan la misma belleza que el día en que nacieron. Algo de perenne é inmortal debe de haber en ellos.

Con esta admiración, puramente literaria, que es en los españoles tan viva como en los americanos (y no que-

remos alegar más prueba de ello que el brillante estudio del Sr. Cánovas del Castillo) (1), ha venido á mezclarse desgraciadamente en el ánimo de los hijos de Cuba mal avenidos con la unidad nacional, un elemento político que tuerce y vicia la imparcialidad del juicio estético, y acaba por comprometer la fama del mismo poeta, exaltándole hiperbólicamente en aquello que tiene menos digno de aplauso si se le compara con otros grandes poetas americanos. El nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallejo, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la *estrella solitaria* en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España.

La vida del poeta justifica plenamente tal representación: hijo de un magistrado liberal aunque servidor de la causa española, sintió desde la niñez el fanatismo de las ideas revolucionarias: á los veinte años conspiraba ya contra la madre patria, y en 1823 emigraba á los Estados Unidos, y de allí á México, en 1825; sin que tornara á ver su isla natal, sino por breves días, en 1836, dos años antes de cerrarse la carrera de su breve y tempestuosa vida. Si su acción política no puede equipararse con la de otros conjurados contra la Metrópoli, su acción literaria fué más continua, más eficaz que la de otro ninguno, porque á todos superaba en talento. Si el espectáculo de la anarquía de México, donde fué magistrado algunos años, pudo templar en algo la exaltación de sus ideas, ni aun tiempo hubo para que esta nueva disposición de su ánimo se mostrase en sus obras

(1) *Revista Española de Ambos Mundos*, 1855.



poéticas (1). «El torbellino revolucionario (escribe el mismo Heredia) me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años.» Con recordar que murió á los treinta y cinco, bien puede inferirse que alguna cosa faltó siempre á la disciplina y buen concierto de sus ideas, no menos que á la perfección de su gusto.

Del Heredia poeta revolucionario, queda más la maléfica influencia que la poesía misma, y aun la influencia se ha disminuido mucho después que esos versos no corren manuscritos con el aliciente de la prohibición, sino que se imprimen libremente. Todo americano de gusto, por muy resabiado que esté de los odios fratricidas cuya semilla esparció Heredia, y cuyos frutos

(1) De intento decimos en sus obras poéticas, porque de otro género hay un testimonio irrefragable, por mucho que duela á los separatistas cubanos, que sólo podrán desvirtuar su fuerza suponiendo en Heredia una doblez y falsía indigna de su buen nombre é impropia de su carácter franco y arrebatado. Es su carta al general Tacón de 1.º de Abril de 1836, en la que se leen textualmente estas palabras: «Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.»

¡Cuán diverso hombre de aquel que en su frenesí revolucionario de 1823 no retrocedía ni aun ante la idea del asesinato político!

¡Oh piedad insensata y funesta!  
¡Ay de aquel que es humano y conspira!  
Largo fruto de sangre y de ira  
Cogerá de su misero error.....

.....  
De traidores y viles tiranos  
Respetamos clementes la vida,  
Cuando un poco de sangre vertida  
Libertad nos brindaba y honor.....

de maldición hemos visto después, tiene que confesar que los versos más endebles de Heredia son sus versos políticos. No constituyen excepción ni la *Epístola á Emilia* ni el *Himno del Desterrado*, cuyas últimas estrofas han sido una especie de canto de guerra:

Que no en vano entre Cuba y España  
Tiende inmenso sus olas el mar.

Sin negar la energía y vehemencia de algunos rasgos, mezclados con otros muy falsos y declamatorios, todavía lo que más agrada en estas composiciones es la parte elegiaca y personal del poeta, la esplendidez de su fantasía descriptiva, la nostalgia incurable del desterrado que lamenta la ausencia del *sol terrible de Cuba*, entre los hielos y las nieblas del Norte:

Enfurecido

Brama el viento invernal: sobre sus alas  
Vuela y devora el suelo desecado  
El hielo punzador. Espesa niebla  
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo  
Que en dudoso horizonte se confunde  
Con el obscuro mar. Desnudos gimen  
Por doquiera los árboles la saña  
Del viento azotador. Ningún ser vivo  
Se ve en los campos. Soledad inmensa  
Reina y desolación.....

Mis ojos doloridos

No verán ya mecerse de la palma  
La copa gallardísima, dorada  
Por los rayos del sol en Occidente;  
Ni á la sombra del plátano sonante  
El ardor burlaré del Mediodía,  
Inundando mi faz en la frescura  
Que espira el blando céfiro. Mi oído,  
En lugar de tu acento regalado,



Tan sólo escucha de extranjero idioma  
Los bárbaros sonidos.....

Si algún género de inspiración hay en las composiciones filibusteras de Heredia será, aunque más débil y apagada, aquella íntima y melancólica poesía, que delante del Niágara le hacía recordar

Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,  
Y al soplo de las brisas del Océano  
Bajo un cielo purísimo se mecen.....

y que en una imitación de Legouvé le movía á intercalar estos versos deliciosos de que no hay rastro en el original:

¡Oh! no me condenéis á que aquí gima,  
Como en huerta de escarchas erizada  
Se marchita, entre vidrios encerrada,  
La planta estéril de distante clima.

Heredia es, ante todo, poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero como cantor de la independencia americana va después de otros muchos, y cuando se lee, por ejemplo, su oda á Bolívar, después de haber leído la de Olmedo, no puede caber duda sobre el diverso temperamento de ambos poetas, nacidos, el uno, para la oda heroica, y el otro, para la elegía.

La originalidad de Heredia es indudable, pero no

resalta de un modo vigoroso sino en dos de sus composiciones: *El Niágara* y *El Teocalli de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera; y ¿á quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende á las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia; y el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta á congregar, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena contrastando con la efervescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templá la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el pensador y en el poeta? (1). Todo con cierta grandiosa unidad de composición que contrasta con el desorden habitual en Heredia, pero que se explica por el hecho de que el poeta, siguiendo el procedimiento que tanto recomendaba Quintana, había trazado primero en algunas líneas de prosa, en una carta que todavía existe, el croquis de la oda.

(1) Ha de advertirse que son muchas, y en general desacertadas, las correcciones que Heredia introdujo en esta *Silva* al reimprimirla en la edición de Toluca (1832). En la primitiva de Nueva York (1825) no están ni el *vórtice hirviente*, ni la *fuerza elástica*, ni otras frases afectadas ó de mal gusto que intercaló después por evitar más ligeros descuidos ó dar más variedad á la dicción poética.



Pero reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta «catarata de poesía»; mi particular preferencia recae más bien sobre *El Teocalli de Cholula*, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los detalles, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento: verdadera poesía de puesta de sol á un tiempo melancólica y espléndida. Si en alguna parte dió indicio Heredia del aquietamiento, que la mano del dolor y del desengaño comenzaba á labrar en él, mitigando sus hervores de mozo, trayéndole á una más recta contemplación del mundo y de la historia, fué de cierto en esta composición magistral, en que por otra parte desarrolla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de la descripción *sintética*, así como Andrés Bello poseyó, en más alto grado que ningún otro poeta castellano, el de la descripción *analítica*, el de la paciente y minuciosa representación poética de los detalles (1). Aunque estas dos poesías suyas, especialmente el *Teocalli*, sean de lo más puro y correcto que nos dejó Heredia, y rara vez tropiecen en ellas el gusto ni el oído con disonancias ni asperezas, siempre la lengua que habla Heredia parece pobre y tímida comparada con la de Bello, de quien puede decirse que robó á los poetas latinos el arte misterioso de los epítetos animados y de las asociaciones sugestivas, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendia bajo el nombre de *curiosa felicitad* de Horacio. Para esto sirvió á Bello su admi-

(1) Véase finamente expresada esta diferencia en un artículo de D. Rafael Pombo sobre *Poesía descriptiva americana*. (*Anuario de la Academia Colombiana*. Año de 1874.)

rable cultura de humanista que Heredia no pudo granjear, ni mucho menos acrisolar, en vida tan corta, errante é infeliz como fué la suya; oponiéndose á ello por otra parte su bravía é impetuosa naturaleza, que no le dejaba reparar mucho en el modo de decir las cosas, con tal que las dijese de un modo enérgico y resonante.

Pero no se ha de creer que Heredia, aunque poeta personalísimo en sus ideas y afectos, y gran pecador contra la pureza de la lengua y del gusto, deba ser tenido por poeta romántico. Su puesto está en otra escuela que fué como vago preludeo, como aurora tenue del romanticismo. Es cierto que alguna vez imitó á lord Byron, trasladando á nuestra lengua con sumo vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo; pero lo que más parece haberle complacido en Byron es el tipo del pirata ideal, el alarde de una personalidad indómita y selvática sublevada contra todas las leyes humanas y divinas:

Será mi asilo el mar. Sobre su abismo  
De noble orgullo, y de venganza lleno,  
Mis velas desplegando al aire vano,  
Faré un corsario más al Océano,  
Un peregrino más á su hondo seno.

De la opresión sangrienta y coronada  
Ni temo el odio ni el favor impetro:  
Mi rojo pabellón será mi cetro,  
Y mi dominio mi cubierta armada.

Pero fuera de esta semejanza, más bien moral que literaria, y en rigor aparente, puesto que el alma tierna y afectuosa de Heredia, víctima sólo de sus quimeras políticas, tenía poco que ver con el feroz egoísmo de Byron (el cual, por otra parte, técnicamente conside-



rado, más pertenece á la escuela clásica de su país que á la romántica), el romanticismo, propiamente dicho, tiene poco que reclamar en los versos de Heredia, cuya verdadera filiación está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía á fines del siglo XVIII insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y entre nosotros uno no indigno de memoria en Cienfuegos, que si hubiera acertado á escribir como acertó á pensar y á sentir, hubiera sido gran poeta. Cienfuegos es el principal responsable de los defectos de Heredia, como ya notó D. Alberto Lista (1), pero también es justo referir á él algunas de sus buenas cualidades. Todos los neologismos, todas las extravagancias de construcción, todas las metáforas incoherentes que se han notado en Heredia están puntualmente en Cienfuegos; pero está también su robusta entonación, su habilidad en el uso de los cortes rítmicos y de las pausas, y en otro orden de cosas que no toca á la pura técnica, su vaga sensibilidad y su melancolía, aunque Heredia sea siempre más ardiente y viril, y Cienfuegos más enfermizo y nebuloso. *El Desamor*, por ejemplo, es una mezcla de Chateaubriand y de Cienfuegos, muy digna de estudio. ¿Qué más? Hasta en *El Niágara* le persigue la memoria de su autor predilecto, en cuya lectura estaba tan empapado, que le acontecía imitarle sin quererlo. Cienfuegos había dicho en su poema *La Primavera* (que tiene

(1) Véase su famosa carta de 1.º de Enero de 1828 á D. Domingo del Monte, reproducida en algunas ediciones de las poesías de Heredia y en varios estudios sobre este poeta.

grandes bellezas descriptivas, ahogadas por insufribles rasgos de sentimentalismo):

¿Y por siempre sin fin estéril llama  
En mi pecho arderá? ¿Nunca una amante  
Dará empleo feliz á la ternura  
De un triste corazón á quien inflama  
Todo el dios del amor; que ni un instante  
Vivirá sin amar? ¿Do está, oh natura,  
Tu ley primaveral? En vano, en vano  
De un nuevo Abril renacerá florido,  
De un amor y otro amor. . . . .  
. . . . . Yo no culpable,  
Yo solo en juventud ¡ay me! perdida,  
Entre tanto contento  
Mi soledad y desamor lamento.  
. . . . . ¡Yo desquerido,  
Sin hijos, sin esposa:  
Nunca será mi primavera hermosa!

Y dice Heredia:

. . . . . ¡Ay! agostada  
Siento mi juventud, mi faz marchita,  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente de dolor nublada.  
Nunca tanto sentí como este día  
Mi soledad y misero abandono  
Y lamentable desamor.... ¿Podría  
En edad borrascosa  
Sin amor ser feliz?  
. . . . . ¡Ay! desterrado  
Sin patria, sin amores,  
Sólo miro ante mi llanto y dolores!

El modelo no puede ser más evidente, pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa, que aun viéndose en él rastros del estilo de Cienfuegos; de la última manera de Meléndez (verbigracia, en la elegía *¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento....*, que recuerda en seguida el *Adiós, voy á partir, bárbara amiga....*); del estro pa-



triótico de Quintana (verbigracia, en la oda *A los Griegos* en 1821); y aun de la mansa dulcedumbre de Lista (por ejemplo, en la oda *A la Religión*, dictada por el mismo género de cristianismo sentimental y teo-flantrópico que inspiró la bella oda *A la Beneficencia y El Triunfo de la Tolerancia*); y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa y aun de la inglesa é italiana, de Millevoye, de Arnault, de Legouvé, de Delavigne, de Lamartine, de Young, de Campbell, del falso Ossian, de Pindemonte, de Fóscolo..... (algunas veces sin declararlo), todavía queda en él un sello de independencia y de vida poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, vehementísimo y sensual (cien veces reflejado en sus poesías); y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á introducir las en la prosa.

¡Mentira parece que de la misma fragua de donde salieron *El Teocalli* y *El Niágara*, saliesen tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la voluminosa colección de Heredia, demasiado voluminosa para su buen nombre! Los versos eróticos, sobre todo, deben desecharse á carga cerrada ó poco menos. Son ardientes y sinceros en su sensualidad; no son versos de pura imitación; expresan á veces la embriaguez del deleite, pero no la expresan poéticamente. De ellos ha dicho el Sr. Cánovas: «Son cartas de amor que ganarían mucho con estar en prosa.» Y yo añado, aunque parezca paradoja, que quizá Heredia amó demasiado para ser buen poeta amatorio. De tal modo le domina el tumulto

de los sentidos, que apenas deja espacio libre para la aparición, siempre lenta y laboriosa, de la forma artística que, cuando el espíritu no la emancipa, permanece como soterrada y envuelta en el momento erótico, el cual por sí solo no tiene valor ni eficacia poética alguna, como no sea para el propio individuo.

En cambio, Heredia aparece gran poeta siempre que describe, y esto aun en composiciones que por lo demás no merecen grande alabanza. Algunos hermosos fragmentos como *La Tempestad*, *La Muerte del Toro*, etcétera, forman digno cortejo á sus dos obras maestras; y las traducciones son, en general, recomendables, salvo alguna como *La Novia de Corinto*, de Goethe, en que no pudo consultar directamente el original ni apropiarse su recóndita belleza (1). En cam-

(1) Nació D. José María de Heredia en Santiago de Cuba, de padres dominicanos, el 31 de Diciembre de 1803; hizo sus estudios de Humanidades y Derecho en Santo Domingo y en la Habana, demostrando extraordinaria precocidad intelectual: dicen que componía versos á los diez años. En 1820 se graduó de Bachiller en leyes, y comenzó á ejercer en Matanzas la profesión de abogado. Por haber tomado parte en una conspiración separatista, fué condenado á destierro perpetuo de la isla en 1823. Residió tres años en los Estados Unidos, y de allí pasó á México, donde ocupó sucesivamente los cargos de Oficial de la Secretaría de Estado, Juez de primera instancia, Fiscal de la Audiencia, y, finalmente, Magistrado. En 1836 el Capitán general D. Miguel Tacón le permitió volver por algunos meses á Cuba, donde continuaba residiendo su familia. De vuelta á México, se encargó de la dirección de la *Gaceta Oficial* de la República; pero su salud estaba tan quebrantada, que hubo de retirarse al poco tiempo á Toluca, donde falleció el 21 de Mayo de 1839. Su muerte fué ejemplar y digna de un varón piadoso, y sus últimos versos atestiguan la sinceridad y firmeza de su fe católica, que no le había desamparado ni aun en medio del torbellino revolucionario.

Hay diez ó doce ediciones de las poesías de Heredia, publicadas unas en América y otras en Europa. La de Nueva York, 1825, y la de Toluca, 1832, son las únicas que el autor dirigió por sí mismo, debiendo advertirse que la mayor parte de los pocos ejemplares de la segunda que pueden encontrarse



bio con la poesía inglesa cobró mucha familiaridad en sus últimos años, y no puede negarse que esto contribuyese en gran manera á extender el campo de sus ideas, si bien no modificó esencialmente su gusto, ni apartó su estilo de la tradición de Cienfuegos y Quintana, que ya

en Cuba y en España, están mutilados, faltándoles las composiciones revolucionarias, que Heredia incluyó sólo en los ejemplares destinados á México. De las posteriores, la más completa y esmerada es la de Nueva York, 1875, publicada por D. Néstor Ponce de León, con una biografía de Heredia escrita por D. Antonio Bachiller y Morales, trabajo apreciable, pero que tenemos por muy incompleto. La verdadera biografía de Heredia está aun por hacer, y sólo puede escribirse en América, donde existen sus publicaciones en prosa, que apenas son conocidas aquí, y gran número de cartas suyas que deben de tener grande interés á juzgar por las muestras que hemos visto. Sería de desear que este trabajo se hiciese con la mayor imparcialidad posible, y que acompañase á una edición completa de sus obras, que todavía no existe.

El primer tomo de la de Ponce contiene los versos líricos, y el segundo tres tragedias traducidas ó imitadas, el *Abusar*, de Ducis; el *Tiberio*, de Chénier, y el *Sila*, que es de Jouy, aunque no se indica el autor. Todas ellas se representaron en México: el *Tiberio* lleva una dedicatoria á Fernando VII llena de feroces insultos. De otra tragedia suya, titulada *Los últimos romanos*, no conocemos más que el título: consta además que tradujo *Mahoma ó el Fanatismo*, de Voltaire; *Cayo Graco*, de Chénier, y *Saúl*, de Alfieri. En 1831 publicó en Toluca cuatro tomitos de *Lecciones de Historia Universal*, sobre el modelo de las que había compuesto en inglés el profesor Tytler. Son muchos los periódicos que redactó ó en que colaboró: la *Biblioteca de Damas*, *El Iris*, *La Miscelánea*, *El Indicador de la Federación Mexicana*....

Entre los críticos extranjeros que han hecho plena justicia al mérito poético de Heredia, hay que citar al insigne Villemain (*Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique*...., 1859, páginas 580-586), y al inglés J. Kennedy en su libro muy curioso y no bastante conocido entre nosotros, *Modern Poets and Poetry of Spain*.... (London, 1852), páginas 265 á 290. Kennedy puso en inglés algunas poesías de Heredia, y antes se había hecho en los Estados Unidos una traducción de *El Niágara*, que Kennedy califica de excelente. Á la diligencia de este erudito inglés se debe el haber notado los originales de muchas composiciones traducidas ó imitadas, cuyo origen no se expresaba en la edición de Toluca. Y dice con mucha razón: «It is much to be regretted that Heredia did not distinguish his original compositions in all cases from imitations, as there is no statement with regard to this one, of its ha-

en su tiempo habían sido asiduos lectores de Young y de Thompson.

La superioridad de Heredia sobre el resto de los poetas cubanos de la escuela clásica es tan abrumadora, que ha perjudicado sin duda á la modesta fama que merecen algunos contemporáneos suyos, especialmente el pulcro y elegante *Delio* (D. Francisco Iturrondo), que quiso remedar las silvas americanas de Bello en una que llamó *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, la cual naturalmente pierde mucho cotejada con su modelo insuperable; y el consumado humanista y bibliógrafo D. Domingo del Monte, amigo de Gallego, de Lista y de Gallardo, y Mecenas generoso de toda la juventud literaria de la isla. Pero según el criterio estricto de la patria geográfica que adoptamos en esta obra, no pueden figurar en la serie de los poetas cubanos, ni Iturrondo ni Del Monte, puesto que el primero había nacido en Cádiz, si bien residió en América desde los seis años; y el segundo era venezolano, de Maracaibo; aunque apenas hubo entre los nacidos en la grande Antilla, quien tanto se afanase por su progreso y cultura, así

ving taken from another author.... The interest of literature require that such acknowledgements should be uniformly made, that we should know gold from imitations, and give every one his right and place.»

Yo creo, sin embargo, que esta omisión, lo mismo en Heredia que en Pésado y otros de aquel tiempo, nacía de abandono más bien que de mala conciencia literaria. El mimo Kennedy lo reconoce: «Heredia's original poems, many of them written to, or respecting his near relatives or other friends, betoken so much true poetic feeling, as well as flow of poetical ideas, that we cannot suppose the neglect of which we have complained to have been more than an oversight. He might even in some cases have lost remembrance of his obligations, and repeated from memory when he thought he was writing from inspiration.... He had, however, in early life so many privations to endure, that we may not be surprised at his inexactness in minor matters.»



económica como intelectual. Era Del Monte hombre juiciosísimo, de vasta lección y gusto muy acendrado, gran celador de la pureza de la lengua castellana, y de la conservación de sus antiguos tesoros, é hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en México, oponiéndose á la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos, de cuyas obras llegó á reunir copiosa biblioteca. Por los años de 1830 á 1840 su casa de Matanzas era una especie de tertulia literaria, ó más bien de academia, por donde pasaron todos los hombres eminentes de Cuba, y en donde algunos puede decirse que se educaron. No sabemos si las ideas políticas de Del Monte diferían mucho de las que entonces desgraciadamente dominaban en el ánimo de la mayor parte de los cubanos literatos: su intimidad con Heredia y Luz Caballero, y la especie de destierro en que vivió en Madrid desde 1844 hasta su muerte, acaecida en 1853, inducen á creer que no; pero lo cierto es que no se le puede acusar de ningún pecado contra el patriotismo literario. Sus agradables romances sobre costumbres del campo de Cuba son de la mejor escuela peninsular, y así en ellos como en sus sátiras y epístolas, y en las traducciones que hizo de algunas elegías italianas de Monti, campea la dicción más tersa y castiza. Su predilecto entre los poetas españoles modernos era D. Juan Nicasio Gallego, y á la diligencia de Del Monte se debió la primera, aunque incompletísima, edición de los *versos* del cantor del *Dos de Mayo*, publicada en Filadelfia en 1829, y que es ya peregrina entre los bibliófilos.

Con Del Monte contribuyeron á difundir sanos principios literarios varios humanistas y poetas de mediano

mérito, entre los cuales recordamos á D. Ignacio Valdés Machuca (*Desval*), imitador de Meléndez Valdés y de Arriaza en un tomo de poesías ligeras que tituló *Ocios poéticos* (1819) y traductor ó más bien refundidor de las *Cantatas* de Juan Jacobo Rousseau (1829); al profesor de Filosofía D. Manuel González del Valle, que publicó en 1827 un *Diccionario de las Musas, donde se explica lo más importante de la poética teórica y práctica.....*; al célebre abogado D. Anacleto Bermúdez (*Fileno*); á D. José Policarpo Valdés (*Polidoro*), y á otros varios que, sin ser poetas de profesión, hicieron alguna vez elegantes versos, con la facilidad que para hacerlos suele tener toda persona culta en los países de lengua española, y especialmente en América. Algunos de estos ingenios, y otros ya citados, como Iturrondo (*Delio*), tomaron parte en la *Corona Fúnebre* á la memoria del ilustre Obispo de la Habana, Espada y Landa (1834), y en la *Aureola poética* que dedicaron las *Musas del Almendares* á Martínez de la Rosa con motivo de la promulgación del Estatuto Real. De éstos y otros muchos versificadores, que considerados como tales no tienen importancia, aunque á veces la tengan muy grande en otros estudios, como el eminente naturalista D. Felipe Poey y el bibliógrafo y anticuario Bachiller y Morales, pueden verse noticias y muestras en el *Parnaso Cubano*.

El clasicismo de Del Monte era amplio y tolerante como el de Lista: así es que él alentó los primeros ensayos románticos en Cuba, y bajo su protección comenzó á desarrollarse el talento poético del principal representante de la escuela, José Jacinto Milanés. Este simpático é infeliz poeta, que empezó tan bien y acabó tan



desastrosamente, entorpecida su razón por las nieblas de la locura, y mucho antes por las del mal gusto, tuvo en su corta vida literaria dos periodos, que importa distinguir para que sea recto el juicio que sobre sus versos recaiga. Hay un Milanés de los primeros tiempos, nutrido con el estudio de Lope de Vega, y como él espontáneo, tierno, fluido y sencillo, el Milanés de *La madrugada* y de *La fuga de la tórtola*, aquel de quien decía Zenea: «Sus versos se deslizan como el agua que apenas hace ruido: son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas y que caen sobre un plato de oro.» Este dulce Milanés, poeta de sentimiento candoroso y casi infantil, es el único que para la posteridad importa: tiene su fisonomía propia, que es la *ingenuidad* lírica; su peculiar modo de sentir la naturaleza:

Vedla rejuvenecerse,  
Vedla rodar en el río,  
Brillar pura en el rocío,  
Con los árboles mecerse;  
Arrastrada en el reptil,  
Fiera y alzada en el bruto,  
Dulce en el colgado fruto,  
Risueña en la flor gentil.....

Tiene también su peculiar esfera de sentimiento; y la vaga melancolía romántica, al pasar por sus labios, toma un no sé qué de lánguido y femenino, que agrada por el contraste con la intemperancia frenética que en su tiempo dominaba:

«Si en un ramo miro á solas  
Dos aves cantar querellas,  
Si relucir dos estrellas,  
Si rodar dos mansas olas,  
Si dos nubes enlazarse

Y por el éter perderse,  
Si dos sendas una hacerse,  
Si dos montes contemplarse,  
Me paro, y con ansiedad,  
Recuerdo que á nadie adoro,  
Miro tanto enlace y lloro  
Mi continua soledad.»

Á este suave poeta, que, con parecer tan inocente y añorado, no dejaba de encerrar, en el sencillo cuadro de un idilio, toda una síntesis del amor y de la naturaleza, sucedió otro Milanés insoportable, despeñado en todos los abismos de un incorrecto y callejero romanticismo, con cándidas aspiraciones de reforma social. La lectura de Espronceda, que era sin duda el poeta que menos cuadraba á su índole, le fué, por muchas razones, funesta. Se enamoró de lo que Espronceda tiene menos digno de imitación y de lo que menos podía él imitar, y vició torpemente su índole poética propia, por entregarse á la fascinación que sobre él ejercía la acre poesía socialista de *El Verdugo*, *El Reo de Muerte* y *El Mendigo*. Entonces brotaron de su pluma aquellos increíbles abortos de una demencia literaria, que desgraciadamente era precursora de otro género de demencia: *La Ramera*, *Á una madre impura*, *El Expósito*, *La Cárcel*, *El Hijo del rico*, *El Ebrio*, *El Bandolero*....., lucubraciones en que compite lo vulgar y grosero del pensamiento con la forma desaliñada y á veces soez y chavacana, como si el autor hubiese olvidado de repente hasta las nociones más triviales de versificación y estilo poético.

Dejadas todas estas aberraciones en el olvido que merecen, bástanle á Milanés, para perpetuar su nombre, cinco ó seis de sus primeras poesías líricas. Fué también



poeta dramático, y de los más estimables entre los pocos que han ensayado este género en América; no porque tuviese grande habilidad en la traza de sus planes, ni conocimiento ni práctica de la escena, sino porque tenía pasión y fuego, y había aprendido el arte de dialogar en nuestros antiguos dramáticos, y especialmente en Lope de Vega. *El Conde Alarcos* es un drama de contextura muy endeble y viciosa, que seguramente no podría sostenerse en las tablas, pero que leído agrada como una leyenda lastimera ó una patética elegía; si bien algo le daña, como á todos los dramas compuestos sobre el mismo asunto, desde Lope, Guillén de Castro y Mira de Mescua hasta Federico Schlegel, la comparación con la sublime y trágica grandeza del antiguo romance, donde un juglar inculto se levantó, por la sola fuerza del sentimiento, á bellezas dignas de Eurípides. Pero así en *El Conde Alarcos* como en otros ensayos de Milanés, verbigracia, *El Poeta en la corte*, el proverbio dramático *Á buena hambre no hay pan duro* (cuyo protagonista es Cervantes,) y la agradable imitación de Lope que tituló *Por el puente ó por el río*, hay, no sólo buen sabor de dicción, sino ambiente español de los tiempos clásicos, y una especie de adivinación del Madrid de capa y espada; que es rara, por no decir única, en obras de poeta americano, y que parece fenómeno de atavismo más que resultado del estudio. Algo de esto hay también en las leyendas y cuentos en verso que escribió imitando á Zorrilla, pero en general valen menos. Hizo también cuadros dialogados de costumbres con el título de *El Mirón cubano* (1).

(1) Nació D. José Jacinto Milanés en Matanzas, el día 16 de Agosto

Todavía más desdichada que la suerte de Milanés fué la de otro poeta contemporáneo suyo, en quien extraordinarias circunstancias personales han venido á realizar un mérito positivo y real, siquiera haya sido desatinadamente exagerado. Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por su pseudónimo de *Plácido* (que tomó, según parece, de una novela de Mme. de Genlis), era un poeta *de color*, hijo de padre mulato y mujer blanca: era además expósito, ejerció un oficio mecánico, no tuvo más cultura que la que el infeliz pudo granjearse en lecturas desordenadas de los primeros libros que le caían en la mano: participó, pues, de algunos de los privilegios del genio inculto, cuya aparición es ya tan rara en nuestras sociedades; y para que nada faltase á la extraña novela de su vida, fué conspirador y murió fusilado. Todo esto, aunque sus versos valiesen menos de

de 1814. No concurrió á más escuelas que la de primeras letras: sus estudios literarios fueron de índole privada, puesto que desde su adolescencia vivió entregado á las prosaicas operaciones mercantiles. Del Monte dirigió sus primeros pasos, y le ayudó mucho con sus consejos y con sus libros. Desde 1837 comenzaron á aparecer sus versos en *El Aguinaldo Habanero*, en *El Album*, en *El Plantel*, en *La Cartera Cubana*, etc. En 1843 sintió los primeros amagos de la terrible enfermedad que obscureció su inteligencia y le llevó á la tumba después de un martirio de veinte años. Falleció el 14 de Noviembre de 1863.

La primera edición de sus *Obras* (poesías líricas, teatro y algunos artículos en prosa), divididas en cuatro volúmenes, fué publicada en 1846 en la Habana por un hermano del poeta, y es ya muy rara. La que tengo á la vista es la segunda, de Nueva York, 1865, en un solo pero grueso volumen en 4.º, á dos columnas, «corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor sobre la vida y escritos del poeta» (Nueva York, Juan F. Trow y C.ª, 1865). La biografía, aunque enfática y nebulosa, contiene algunas observaciones críticas no despreciables. Del Federico Milanés, que la firma, conozco varias sátiras y otras poesías de cierto mérito, insertas en *El Parnaso Cubano*. Sus mejores versos son quizá los que compuso en el aniversario de la muerte de su hermano.



lo que valen, haría interesante á *Plácido* como curiosidad antropológica y como trágico ejemplo de las desdichas humanas y objeto de piedad y conmiseración para toda alma generosa: la relación de sus últimos momentos conmueve, y prueba que nada tenía de vulgar el hombre que supo morir tan resignada y cristianamente, con grandeza de ánimo y sin jactancia. No es de admirar, pues, que al juzgar al poeta, y esto no sólo en América, donde su apoteosis servía para otros fines, sino en España, donde el noble instinto de la raza se puso desde el primer momento de parte del poeta sacrificado, la balanza de la crítica se haya torcido siempre del lado de la indulgencia, hasta tocar los límites del ditirambo. Un poeta espontáneo, ignorante de todas las cosas divinas y humanas, y por añadidura negro, ó á lo menos pardo, era un hallazgo inestimable para los que de buen grado cifraban su ideal artístico en un *genio* que no supiese leer ni escribir, aunque sólo en esto se pareciese al divino Homero. La idea, pues, tan absurda como frecuente en España, de la incompatibilidad entre el *genio* de la poesía y la meditación y el estudio, ha servido admirablemente á la fama de *Plácido*, no menos que su muerte trágica, muy propia también para confirmar otra vulgaridad muy corriente, sobre todo en los tiempos románticos, cual es la del lazo estrechísimo y fatal entre el *genio* y la desdicha.

Ni *Plácido* era genio, ni poeta enteramente rudo, ni el color de su cara se trasluce en sus versos, ni sus delirios políticos, ó más bien los rencores de casta, que le arrastraron al patíbulo, tienen que ver con el poco ó mucho talento poético que Dios le hubiera concedido. Es sin duda, hasta la hora presente, el más notable de

los poetas *de color*, lo cual no quiere decir que pueda aplicársele lo que se dijo de Juan Francisco Manzano (1): «Es el mejor de los poetas negros y el peor de los poetas blancos» (2). Blanco ó negro, *Plácido*, aunque muy distante de Heredia, de Milanés, de la Avellaneda, de Luaces y de Zenea, para no citar á otros, tiene su valor propio y su representación en el Parnaso cubano.

Quien escribió el magistral y primoroso romance de *Xicotencal*, que Góngora no desdeñaría entre los suyos, el bello soneto descriptivo *La Muerte de Gessler*, la graciosa letrilla de *La Flor de la caña* y la inspirada plegaria que iba recitando camino del patíbulo, no necesita ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad se acuerde de él. Es cierto que la mayor parte de sus poesías, con excepción de las citadas y de otras cuatro ó cinco, son un farrago ilegible que, en honra de su autor, debiera quemarse; pero aun en lo

(1) De este poeta, que no era mulato como *Plácido*, sino negro de raza pura y cocinero de oficio, nada hemos querido insertar en esta Colección, porque lo interesante en él no son precisamente sus versos, sino su color y el esfuerzo con que, merced al cultivo de la poesía, fué limando los hierros de su esclavitud hasta lograr la emancipación, que le costearon varios amigos de las letras. El tomito de sus *Poesías Líricas* se imprimió en 1821, y escasea mucho. Hay otras composiciones posteriores en varios periódicos de la isla, y por la rareza del caso han sido traducidas algunas de ellas al francés por Schoelcher en su libro *Abolition de l'esclavage* (1840), y todas al inglés por R. R. Maddens (*The Poems by a slave in the Island of Cuba recently liberated, translated from the spanish, by R. R. Maddens, M. D.*.... London, 1840). Lo más curioso que este libro contiene es una especie de autobiografía de Manzano. Entre los versos tiene relativo valor, para hecha por un infeliz esclavo, la oda *A la música*. Hay curiosas noticias de él y de otros negros y mulatos poetas en el opúsculo de D. Francisco Calcagno, *Poetas de color* (La Habana, 1878).

(2) *La Poesía Lírica en Cuba*, por D. Emilio M. González del Valle, segunda edición. Barcelona, 1884, pág. 171.



peor hay, por lo menos, condiciones de versificador gallardo, y casi siempre puede entresacarse aquí un verso, acullá una estrofa, que dan testimonio del dón innato que *Plácido* tuvo de la armonía y de la imagen. Las composiciones de circunstancias que con tan desdichada fertilidad produjo, las odas á la reina Cristina y á la reina Isabel, los cantos encomiásticos de sus innumerables Mecenas, próceres cubanos ó simplemente hacendados y capitalistas, suelen ser disparates, pero disparates sonoros. El autor muchas veces no sabe lo que dice, pero casi siempre halaga el oído, y cuando describe ó compara parece otro hombre. Sus cualidades son casi todas exteriores, pero muy brillantes, y si se repara que *Plácido* era improvisador de oficio, no habrá reparo en tenerle por uno de los poquísimos improvisadores que han tenido la suerte de dejar algo digno de la posteridad. Derrochó la mayor parte de su vena en asuntos triviales ó en versos de encargo, y tuvo que ser con frecuencia un zurcidor de palabras huecas, contagiado con todos los vicios del mal gusto colonial y de la rima casera, pero alguna vez, en circunstancias solemnes y terribles de su vida, fué honrado con las visitas, aunque fugaces, de una musa más alta, la que le inspiró el soneto *Fatalidad* y la *Plegaria*. Por ella pudo decir *Plácido*:  
*non omnis moriar.*

De su falta de cultura se ha hablado mucho; ya en son de elogio, ya de vilipendio. Ni lo uno ni lo otro merece: la ignorancia no es buena inspiradora para nadie, ni fué en *Plácido* tan absoluta como se pondera. Así que hubo descubierta alguna facilidad para la versificación, tuvo amigos y protectores como González del Valle, Valdés Machuca, y, según creo, el mismo Del

Monte, que le pusieron en la mano buenos libros de poesía castellana, únicos que él podía leer. Es cierto que por sus manos pasaron las obras de Martínez de la Rosa, la colección selecta que formó Quintana de los poetas castellanos, la Corona fúnebre de la Duquesa de Frias, otros versos de Gallego, y, en los últimos tiempos, las obras de Zorrilla. De todo esto han quedado manifiestas reminiscencias en sus composiciones, donde suele intercalar versos enteros de sus poetas favoritos, á quienes, por otra parte, dejó memorias en su testamento, encargando, además, á un amigo suyo que hiciese imprimir con letras de oro una de las odas de Quintana, como último testimonio de su admiración á nuestro gran lírico del siglo XVIII.

Todo esto prueba que *Plácido*, aunque en otras cosas fuese un *guajiro* á medio pulir, estaba muy versado en la literatura poética de su tiempo, de donde toma, además, su corta erudición, el caudal de nombres propios, históricos, mitológicos y geográficos, de que hace infantil alarde en sus versos. Distaba mucho, por tanto, de ser un poeta espontáneo ni popular, y la única semejanza que pudo tener con los rapsodas y juglares antiguos fué su vida de improvisador errante y aquella especie de mendicación literaria con que ayudaba á su pobre subsistencia. Era más bien un hombre de semicultura, en parte sana y clásica, pero poco acomodada á su índole: hombre de buena memoria y de ingenio vivo, en quien se estampaba como en blanda cera cuanto oía ó leía, aspirando á remedar las bellezas de los grandes maestros, como lacayo que se viste con las ropas de su señor. No sabemos qué poesías dará la raza etiópica entregada á sí misma, pero de fijo serán muy



diversas de los amanerados cumplimientos, insulsas fábulas y epigramas chavacanos con que *Plácido* inundaba los diarios de la Habana y de Matanzas, y de las odas pindáricas que disparaba en todo natalicio, boda ó fiesta de personas principales. El poeta enteramente lego y rudo, el salvaje de genio, si es que ha existido alguna vez, no es ya fruta de nuestros tiempos: hoy el poeta más ignorante no puede ser ignorante más que á medias, lo cual, bajo el aspecto poético, es sin duda peor que la ignorancia absoluta, puesto que en tal poeta aparecerán realzados y subidos de punto todos los vicios del gusto, todas las corruptelas y vulgaridades del medio ambiente, contra cuya maléfica influencia sólo una cultura sólida y vasta puede ser eficaz remedio (1).

(1) Gabriel de la Concepción Valdés nació en la Habana el 18 de Marzo de 1809, era hijo ilegítimo de un mulato y de una bailarina de teatro, y fué expuesto en el torno de la Casa de Misericordia. Ya hemos indicado las principales circunstancias de su desdichadísima vida. Ejerció varios oficios, pero con más constancia que otro ninguno el de peñetero, distinguiéndose por la artística habilidad con que labraba el *carey*. La poesía, á la cual debió efímeros triunfos, fué á la postre causa de todas sus miserias, lanzándole á la vida errante de improvisador, que arrastró por varias partes de la isla en un estado de penuria próximo á la indigencia. Tropezó con amistades sospechosas que, torciendo y explotando malamente su índole apasionada y la nativa aspiración á grandezas, que suele ser distintivo de los talentos estéticos algo desequilibrados, le hicieron afiliarse en tenebrosos conciliábulos y pronunciar execrables juramentos, según él mismo indica en este soneto memorable, aun más que por lo malo, por la bárbara ferocidad que respira:

Á la sombra de un árbol empinado,  
Que está de un ancho valle á la salida,  
Hay una fuente que á beber convida  
De su líquido puro y argentado;  
Allí fui yo por mi deber llamado,  
Y haciendo altar la tierra endurecida,  
Ante el sagrado código de vida,  
Extendidas mis manos he jurado:  
«Ser enemigo eterno del tirano,  
Manchar, si me es posible, mis vestidos  
Con su execrable sangre, por mi mano

Todos los poetas hasta aquí mencionados son cubanos en el más estricto rigor de la frase, no sólo como naturales de Cuba, sino como formados y educados allí y sometidos en mayor ó menor grado á la influencia del gusto local. Por el contrario, la grande alma poética que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares

»Derramada con golpes repetidos;  
Y morir á las manos de un verdugo,  
Si es necesario, por romper el yugo.»

La conspiración en que se dice que *Plácido* tomó parte, y sobre la cual reina todavía grande obscuridad (como sobre otras muchas cosas de la historia contemporánea de Cuba, donde el espíritu recto y amante de la justicia no sabe muchas veces á qué atenerse en medio del laberinto de opuestas pasiones y relatos contradictorios), no parece haber tenido relación directa con las conspiraciones separatistas de los criollos. Fué más bien una conspiración de negros y mulatos contra la raza blanca de la isla, con intento de hacer de Cuba otra república de Haití. Quizá *Plácido*, en sus visiones literarias, soñaba con ser el Toussaint Louverture de esta república. El despertar fué terrible: *Plácido* murió fusilado en Matanzas con otros diez compañeros, el 28 de Junio de 1844. Autores muy graves, muy españoles y muy informados de las cosas de la isla, sostienen que hubo en aquel proceso espantosas iniquidades jurídicas, y no falta quien niegue hasta la existencia de semejante conspiración. Lo cierto es que *Plácido* murió protestando de su inocencia.

De sus versos hay muchas ediciones, hechas, ya en París, ya en los Estados Unidos, ya en la isla de Cuba, y aun alguna en España. Las dos más copiosas (¡ojalá no lo fuesen tanto!) son la de Nueva York de F. J. Vin-<sup>®</sup>gut, en dos tomitos, 1856, y la de la Habana, 1886, publicada por D. Sebastián Alfredo de Morales, con el formidable aumento de doscientas diez composiciones inéditas. *Plácido* ha tenido el honor de ser traducido íntegramente al francés: imagínese lo que habrá quedado de una poesía, casi siempre exterior, y desnuda y vacía de todo pensamiento (*Poésies complètes de Plácido.... traduites par D. Fontaine, avec une préface de Louis Jourdan*, París, 1863). Algunas poesías suyas pueden leerse también en alemán y en inglés.



en el Parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo; por la vulgar prevención ó antipatía contra la literatura femenina, prevención que, sea cualquiera su fundamento ú origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valer tan alto que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que, tratándose de D.<sup>a</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quien bien se entenderá que aludimos, vayamos á dar por buenos aquellos insulsos apotegmas que en su tiempo, y aun después, han tenido la suerte de ser tan repetidos como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: «¡Es mucho hombre esta mujer! No es una poetisa, es un poeta.» La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarle. Faltaría algo á nuestra lírica moderna si la Avellaneda no hubiese traído á ella con tanto brio y tanta sinceridad, esta nota

originalísima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente.

Bajo tres distintos aspectos puede ser considerada la Avellaneda, si atendemos á los diversos géneros que cultivó: lírica, drama, novela. Como novelista cae realmente fuera de nuestra jurisdicción, y por otra parte sólo pueden hacerse de ella elogios muy relativos, sobre todo si se la compara con su gran contemporánea francesa, á la cual parece haberse propuesto por modelo, si bien en otras ocasiones prefirió á Dumas ó á Víctor Hugo. Es la parte de sus obras que hoy resulta más anticuada, menos personal, más llena de sentimientos falsos y de un gusto que tiene para nosotros la desgracia de ser viejo sin ser todavía venerable por su antigüedad. Ni *Sab*, ni *Espatolino*, ni *Guatimotzin*, tienen grandes probabilidades de llegar á la posteridad. Los cuentos ó novelas cortas valen algo más, pero ni se observa en ellas una manera muy propia y definida, aunque prueben siempre el talento de su autora; ni dejan de revelar en lo mejor que tienen, el predominio de la fantasía lírica é idealista que era tan poderosa y exuberante en la Avellaneda como tenues sus dotes de observación social. Brilla, pues, más en la leyenda ó conseja romántica maravillosa y extraordinaria que en la novela propiamente dicha; pero nunca su prosa está á la altura de sus versos.

En cambio su teatro es notabilísimo, y no alcanza toda la fama que merece. En la elocuencia trágica no cede á ninguno de sus contemporáneos, y en corrección y buen gusto los aventaja á casi todos, salvo Hartzembusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romántico, tomando de la



una la pompa y majestad, de la otra la variedad y el movimiento. Se han notado en *Alfonso Munio* reminiscencias del estilo de Quintana, en *Saúl* imitaciones de Alfieri, en *Baltasar* analogías con el *Sardanápalo*, de Byron; pero todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma única y definitiva de la tragedia moderna, parece á lo menos la única forma en que la tragedia neoclásica francesa ó italiana puede resucitar. El tercer acto de *Alfonso Munio*, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo admirablemente teatral, y si el efecto escénico decae en el cuarto, no decae ni un punto en todo el drama la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que con más riqueza de lirismo se ostentan igualmente en *Saúl*. *Baltasar* es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima, á la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal, que puede ser hermano ó pariente del *Sardanápalo* byroniano, pero que de hijo no es trasunto de él. *Sardanápalo*, epicúreo elegante, *dandy* trágico como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue, sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando á los mismos vicios aspecto de elegancia y de nobleza. Pero *Baltasar* es más solemne, trágica y expiatoria figura, es una especie de *ateísta místico*, como notó Valera; encarna de un modo más alto el hastio y el pesimismo románticos, que enervan é incapacitan para la acción; y es á un tiempo representación simbólica del Oriente de-

crépito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística, y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cumplimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente á la sublimidad de la concepción.

Como poetisa lírica, la Avellaneda ha sido magistral y definitivamente juzgada por nuestro D. Juan Valera, y á nadie, y menos á un discípulo suyo, como el que esto escribe, identificado casi siempre con sus ideas críticas, puede ocurrir la mala tentación de añadir ó restar nada en tal estudio, uno de los más esmerados que han salido de su pluma. No sólo concede el Sr. Valera á la Avellaneda la primacía que ya la otorgó D. Juan Nicasio Gallego «sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos», sino que llega en su razonado entusiasmo hasta declarar que nuestra poetisa no tiene rival ni aun fuera de España, á no ser que retrocedamos hasta las Safos y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia, ó busquemos en la Italia del Renacimiento la gentil figura de Victoria Colonna; y aun advierte el Sr. Valera que los versos de la Avellaneda, como nacidos en edad más reflexiva y de más complicación de ideas, están libres de aquella serenidad etérea pero algo fría que tienen los de la Marquesa de Pescara; y mueven más hondamente el alma por la contraposición entre el ideal soñado y la prosaica realidad de las cosas.

Tres son las principales fuentes de la inspiración de la Avellaneda, el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte de la poesía que ella profesaba. En sus versos se ve reflejada, no ya esta ó aquella fase del



amor, como acontece en otros poetas eróticos, sino «el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos». «Sus versos (añade el Sr. Valera) son la historia psicológica, íntima y honda de esta pasión de su pecho. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana, el hastio que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible que no halla donde calmarse en la tierra; de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer.... Ciertamente, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo.... los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria y se oírían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen, tanto como los de la moza de Lesbos allá en la antigüedad.» Desde «el amor indeterminado, sin objeto aún, pero vehemente y delicadísimo» hasta «el paso más doloroso y terrible de la pasión», hasta el amor ofendido, humillado y escarnecido que levanta la voz con acentos de inmortal arrogancia mezclados con otros de tierna sumisión enamorada, no hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión apasionada, no cede á ninguno de los románticos, ni á Alfredo de Musset en Francia, ni á Espronceda entre los nuestros.

Sección riquísima en las poesías de la Avellaneda constituyen sus versos religiosos: de imitación bíblica de su juventud, en los cuales no sólo hay extraordinaria pompa de imágenes y grandilocuencia y valentía, sino elevadísimos conceptos teológicos expuestos con rara precisión: místicos ó afines al misticismo

los de su vejez, en que su fe, siempre ardiente y robusta, fué tomando carácter más íntimo y abismándose cada vez más en el torrente de la contemplación. La diferencia entre ambos periodos puede reconocerse tomando por tipo del primero el asombroso canto *Á la Cruz*, en que el beneficio de la Redención humana está considerado principalmente desde el punto de vista social ó histórico, y como tipo del segundo los versos que se titulan *Dedicación de la lira á Dios*.

En persona tan enamorada de su arte como ella lo fué, el concepto mismo de la poesía tenía que ser fuente de altísima inspiración lírica, y si he de decir lo que siento, más poeta resulta la Avellaneda en su oda *Á la Poesía* y en sus octavas *Al genio poético*, que en las composiciones harto numerosas que de su pluma brotaron con ocasión de tal ó cual acontecimiento ruidoso, ó aspirando con vanidad femenil, harto disculpable aun en persona de tan vigoroso entendimiento, al caduco laurel de los certámenes, que casi siempre conseguía, y á la verdad con estricta justicia, puesto que aun sus composiciones menos espontáneas é inspiradas suelen ser dechados de limpia y castiza locución poética, tan entonada y robusta como la de Quintana, y poco distante de la intachable corrección de Gallego, que eran los poetas á quienes principalmente había tomado por modelo en sus composiciones de aparato, pues en las personales é íntimas, ya de amor, ya de venganza, ya de devoción, no puede decirse que imitara á nadie, y es tan grande como cualquiera. Fué además insigne traductora de poetas modernos, especialmente de Lamartine, y dominó todos los primores y artificios de la versificación cas-



tellana, ensanchando sus límites con felices atrevimientos (1).

Entre los innumerables poetas cubanos posteriores á la Avellaneda, tres nos parecen dignos de especial memoria: Joaquín Lorenzo Luaces, Juan Clemente Zenea y Rafael M. de Mendive. Luaces (2), aun juzgado en la incompletísima colección de sus versos publicada en 1857, nos parece el tercero en mérito entre los poetas de la isla, inferior á la Avellaneda, á quien por todo género de razones corresponde el primer lu-

(1) Nació doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en Puerto-Príncipe, el 23 de Marzo de 1814, aunque ella tenía la debilidad de quitarse dos años, por lo cual la fecha está equivocada en casi todas las biografías. Su vocación literaria fué precoz é irresistible como la de Heredia y otros cubanos. En 1836 vino á España, y en 1839 aparecieron sus primeros versos con el pseudónimo de *La Peregrina*, en *La Aureola*, periódico de Cádiz, que dirigía don Manuel Cañete. Pasó algunos años en Andalucía y luego se estableció en Madrid. Fué casada dos veces, la primera con D. Pedro Sabater, la segunda con el coronel D. Domingo Verdugo, en compañía del cual volvió á visitar la tierra americana. Su vida fué una cadena de triunfos literarios y de pesares domésticos, que han dejado honda huella en sus poesías. Falleció en Madrid el 1.º de Febrero de 1873. La primera edición de sus versos líricos se hizo en 1841 con un prólogo de D. Juan Nicasio Gallego, la segunda en 1850. Hay una colección de sus obras publicadas en 1869, que se titula *completa*, pero que dista muchísimo de serlo. Sus obras dramáticas fueron *Alfonso Muño*, titulado después *Muño Alfonso* (1844), *El Príncipe de Viana* (idem), *Egilona* (1845), *Saúl* (1849), *Recaredo* (1850), *Baltasar* (1858), y en diversos tiempos, *Errores del Corazón*, *La Verdad vence apariencias*, *La Aventurera*, *La Hija del Rey René*, *La Hija de las flores*, *Oráculos de Talia ó los Duendes de Palacio*, etc., etc. Además de sus novelas *Sab*, *Guatimotzin* y *Espatolino*, compuso gran número de leyendas que pueden verse en los tomos IV y V de la edición citada. Tales son *El artista barquero*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La flor del Ángel*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El ama blanca*, *La baronesa de Youx*, *El cacique de Turmequé*.

(2) Nació en la Habana el 21 de Julio de 1826 y falleció el 7 de Noviembre de 1867. Empezó y no terminó la carrera de Leyes, dedicándose luego á las tareas literarias.

gar: inferior también á Heredia, pero superior á todos los restantes. Su entonación es la de Quintana, ó más bien la de Tassara, cuya influencia en la poesía americana ha sido extraordinaria. Versificador robustísimo Luaces, y enamorado en demasía de la pompa y rotundidad del período poético, suele abusar de su fuerza y caer en lo enfático y declamatorio, que son el escollo del género en que principalmente hubo de ejercitarse. Pero es grande la pujanza de su fantasía é irresistible el empuje con que corre en sus estancias el raudal de la palabra sonora, venciendo todas las esquivas y reparos del gusto. La sobriedad era incompatible con su indole, pero en medio de su abundancia despilfarrada y viciosa, y del continuo alarde que hace del vocabulario descriptivo, tiene, no obstante, relativa corrección de gusto y de lengua, muy rara en los poetas cubanos de la última era. Por naturaleza propende á las regiones más elevadas del arte lírico, y nunca está más á sus anchas, que cuando puede cantar asuntos tales como la *Caida de Misso-longhi*, *El último día de Babilonia*, el *Canto de Kaled* ó la *Oración de Matatias*, envolviendo en los recuerdos orientales y clásicos, pensamientos de revolución moderna. Polonia, Irlanda, Grecia, eran para Luaces y sus amigos símbolos de la protesta cubana, y tenue embozo para sus continuas excitaciones á la guerra. Y atendiendo sólo al efecto artístico, hay que declarar que la suspicacia vigilante de la censura prestó buen servicio al numen de estos poetas, forzándoles á buscar para su detestable propaganda medios y recursos ingeniosos, trasladando ó traduciendo su pensamiento á otro molde estético, con lo cual logró á veces realización más serena y más lírica el mismo espíritu que, desbordado



luego y libre de toda traba, no ha sabido engendrar otra cosa que vulgares explosiones de furia y de encono (1).

Buena prueba es de ello el infortunado vate Juan Clemente Zenea, fusilado en los fosos del castillo de la Caña el 25 de Agosto de 1871. Sus injurias rimadas contra España no aumentarán ciertamente la gloria de su nombre: lo que la protege y conserva son sus versos elegiacos, pocos en número, pero que apenas tienen rival en la literatura cubana. Entre todos descuella un romance magistral, *Fidelia*, con visibles reminiscencias del *Souvenir*, de Alfredo de Musset, que era el poeta predilecto de su alma:

Tomamos ¡ay! por testigos  
De esta entrevista suprema,  
Unas aguas que se agotan  
Y unas plantas que se secan;  
Nubes que pasan fugaces,  
Aves que rápidas vuelan,  
La música de las hojas,  
Y el perfume de las selvas.

Zenea, á pesar del cortísimo número de composiciones que nos ha dejado, dista mucho de ser un modelo de corrección ni de tersura. Prescindiendo de sus composiciones políticas y sociales, que son á toda luz las más débiles (salvo la titulada *En días de esclavitud*), tiene aún en sus poesías íntimas y de sentimiento trozos

(1) Hay una pequeña edición de las *Poesías de Joaquín Lorenzo Luaces* (Habana, 1857). Faltan en ella, por ser posteriores, algunas de sus mejores odas, *Varsovia*, *Á Field*, *Al Trabajo*, *La Oración de Matatías* se lee en el libro titulado *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate*. Habana, 1866. Hizo también algunos ensayos dramáticos, siendo el principal la tragedia *Aristodemo*.

en que la obscuridad é incoherencia de las imágenes, mal encubierta por la valentía de la versificación, prueban que el poeta no llegó á depurar su gusto ni á vencer las dificultades de la forma, ni á librarse del contagio y preocupación de la falsa grandeza; sirvan de ejemplo éstos versos:

Del adulterio la pesada nave  
Sufriendo el huracán de la perfidia,  
En las áridas costas del infierno  
Su lúgubre velamen recogía.  
¡Allá va la amistad!—gritaron todos,  
Y un buque al lejos descubrió mi vista  
Como el ala del pájaro marino  
Del horizonte trasponer la línea.  
Ni blanca estela ni sonoro ruido  
Formaba en tanto la ligera quilla,  
Y llegamos al golfo del recuerdo  
Con rumbo hacia las playas de la vida....

Pero aun estos pecados de gusto no son de poeta vulgar, y cuando Zenea sigue sin afectación ni esfuerzo el natural impulso de su musa melancólica y doliente que parecía presagiarle á toda hora su lúgubre destino, produce, aunque con intermitencia y en corto número, versos inmortales que van derechos al alma y en los que la perfección parece espontánea:

¡Señor! ¡Señor! el pájaro perdido  
Puede ballar en los bosques el sustento,  
En cualquier árbol fabricar su nido  
Y á cualquier hora atravesar el viento!  
Y el hombre, el dueño que á la tierra envías  
Armado para entrar en la contienda,  
No sabe al despertar todos los días  
En qué desierto plantará su tienda....

Si Zenea hubiera escrito siempre así, poco le faltaría para ser otro Lamartine, pero aunque tal grado de



acierto sea raro en él, basta que alguna vez le tuviera para que viva en la memoria de las gentes como tantos otros poetas que viven por una sola composición ó por una sola estrofa.

¡Qué acento tan penetrante y lánguido, qué suave negligencia y qué misteriosa vaguedad final la de los versos que siguen:

Cuando emigran las aves en bandadas  
Suelen algunas al llegar la noche  
Detenerse en las costas ignoradas  
Y agruparse de paso á descansar.  
Entonces dan los ánades un grito  
Que repiten los ecos, y parece  
Que hay un Dios que responde en lo infinito  
Llamando al hijo errante de la mar....

Una especie de presentimiento fúnebre envuelve todos los versos de Zenea, aun antes de llegar al grupo de las diez y seis composiciones escritas en su prisión y que sus editores han reunido bajo el título de *Diario de un Mártir*. Había nacido para poeta elegiaco, y el beso de la muerte selló misteriosamente hasta sus cantos de amor, infundiéndoles una gota de sus recónditas tristezas:

No sé do llevarán la barca mía  
La onda, el viento, el que la mar gobierna,  
Ni dónde el ancla arrojaré algún día  
Desde esta orilla hasta la orilla eterna.....

.....  
Irás conmigo en lo mejor de mi alma,  
Irás hasta que rujan iracundos  
Vientos que en rauda giro se revuelven,  
Y llegué yo por fin á aquellos mundos  
De donde nunca los viajeros vuelven.

«El carácter dominante de las poesías de Zenea es la melancolía (dice el crítico que mejor las ha juzgado).

Las tardes de los trópicos se reflejan en ellos con sus medias tintas crepusculares, con sus grandes sombras invasoras del espacio y del alma, con sus nubes espléndidamente tristes, con sus colgaduras funerarias del lado de Occidente, con su inmenso cielo más azul y más dilatado que á ninguna otra hora de la vida (1).» Son raras las poesías de Zenea de que no pueda decirse con el mismo poeta:

Es el canto de la tarde,  
Es la voz de los sepulcros (2).

Menos monótono y más correcto que Zenea, aunque inferior á él en intensidad de sentimiento, menos pomposo y declamatorio que Luaces, aunque también de estro menos viril é imaginación menos ardiente, D. Rafael María de Mendive, que há poco descendió al sepulcro, era el más elegante y delicado de cuantos en estos últimos tiempos han hecho versos en Cuba. Nuestra literatura le debe una traducción poética de las *Melodías Irlandesas*, de Tomás Moore, y en sus versos originales

(1) D. Rafael M. Merchán en el *Repertorio Colombiano* (revista de Santa Fe de Bogotá, vol. VII, Julio de 1881), reproducido luego en sus *Estudios Críticos* (Bogotá, 1886).

(2) Nació Zenea en 1831 en Bayamo. Fué periodista, profesor de lenguas y ardiente conspirador. Vivió algunos años en los Estados Unidos y en México, tomó parte muy activa en el movimiento de Yara, y habiendo caído en poder de las tropas españolas, fué pasado por las armas en 1871, después de larga prisión en una de las fortalezas de la Habana. Sus primeros versos fueron publicados en 1855 por la empresa del periódico *Brisas de Cuba*. En 1860 se imprimieron en la Habana sus *Cantos de la tarde*. La edición completa de sus *Poesías* (exceptuando sólo algunas que el autor había excluido por demasiado infantiles y endebles) fué hecha en Nueva York por D. E. Piñeyro en 1872. Contiene una sección de traducciones de Leopardi, Musset, Bryant, Longfellow, y otros poetas modernos.



no deja de reconocerse algo de la suavidad, ternura y gracia de tan excelente y simpático modelo. Acaso no haya en la voluminosa colección de las *Poesías* de Mendive ninguna cosa de primer orden ni de originalidad muy relevante, pero sí muchas agradables, lindas y aun exquisitas; y si le faltan los tonos valientes de la pasión, muestra en cambio notable sensibilidad y dulzura en la expresión de los afectos domésticos, y brilla con luz templada é igual en el conjunto de sus obras más bien que en ninguna de ellas tomada en particular. El romance de *Yumuri*, *La Flor del agua*, *La Gota de rocío*, *La Música de Las Palmas*, bastan, no obstante, para caracterizar su manera, modesta y sencilla, bien lejana del énfasis hueco y de la viciosa lozanía y exuberancia que en estos últimos tiempos han sido plaga de la literatura cubana (1).

Nada ganaría la presente Antología con dar en ella lugar á los innumerables versificadores, cuyas lucubraciones métricas abrumán el *Parnaso Cubano*, la *Cuba Poética*, y otras colecciones en que se ha atendido más á la cantidad que á la calidad de los productos. En Cuba

(1) Nació Mendive en la Habana, en 24 de Octubre de 1821, y falleció en 1886. Empezó á darse á conocer como poeta en 1843. En 1847 publicó el primer tomo de sus versos con el título de *Pasionarias*. Dirigió varios periódicos, entre ellos el titulado *Flores del Siglo* y la *Revista de la Habana*, una de las más importantes que han aparecido en la isla. El segundo tomo de sus *Poesías* lleva un prólogo de D. Manuel Cañete. En sus últimos años publicó una nueva colección mucho más copiosa, pero en la cual no figura su bella traducción de las *Melodías Irlandesas* de T. Moore, impresa en Nueva York, en 1875. Hizo también algunos ensayos dramáticos, entre ellos un libreto de ópera con el título de *Gulnara*. Aunque hombre de condición mansa y pacífica, se vió envuelto en el torbellino revolucionario de 1868, y vivió exatriado de Cuba durante algunos años. Su biografía, escrita por don Vidal Morales, puede leerse en la última edición de sus *Poesías*, ya citada.

todo el mundo hace versos, y son muchos los que hacen versos sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y aun en la primera lectura, careciendo por lo demás de todo valor intrínseco. La ardiente fantasía de los naturales de aquel suelo, privilegiado en todo; lo vehemente, férvido y extremoso de sus afectos, la viveza y rapidez de comprensión, propia de la mente de los criollos, la movilidad de sus impresiones, el oído armónico de que la naturaleza parece haberles dotado y que los hace en extremo sensibles á los prestigios de la música y al halago del metro, son cualidades y condiciones que, unidas al portentoso espectáculo de aquella vegetación y al influjo de aquella atmósfera de fuego, predisponen é inclinan á la mayor parte de los cubanos á la improvisación poética, tomada esta palabra improvisación en el sentido más lato posible, es decir, como sinónima de creación espontánea, irreflexiva y poco madura. La misma universalidad con que está repartida allí la aptitud estética primitiva y elemental, y el participar todos, en mayor ó menor grado, de los goces artísticos, no ya como meros contempladores, sino como productores, impiden que se desarrolle con bastante pujanza el genio individual, y que pueda completar su educación con estudio y reposo. Nace de aquí la extraordinaria abundancia de medianías, que merced á cierta destreza técnica y á las particulares condiciones de nuestra lengua, que es de las que cantan por sí solas, llegan á obtener efímero aplauso, para ser sustituidas al día siguiente por nuevos ídolos, que á poco se hunden en la noche del olvido, sin que de su canto quede ni una sola nota. De estos poetas de transitoria fama ha habido muchos en Cuba, y sin descender á los que sólo sirven hoy para



abultar las páginas de una bibliografía, conviene todavía apuntar algunos nombres.

Nada hemos dicho, por ejemplo, de D. Ramón Vélez y Herrera, el decano de los poetas de la isla, que desde 1829 hasta nuestros propios días, no cesó de publicar versos de todo género, ya odas quintanescas como la dedicada *A Franklin, inventor del pararrayos*, ya fáciles y armoniosos romances de costumbres *guajiras* y de peleas de gallos, que es el género en que principalmente sobresalió, y en que merece más alabanza por su desembarazo y gracia descriptiva; si bien en el color local se nota cierto amaneramiento, que por supuesto fué mayor en sus imitadores, los cuales acabaron por desacreditar al guajiro y á su gallo, sucediéndole la exótica poesía de los *Siboneyes* de Bayamo (1).

Semejante en algo á Vélez y Herrera, pero más poeta que él, fué el matancero Miguel Teurbe de Tolón (2), uno de los ingenios que presentan más carácter cubano, especialmente en los romances y leyendas, tales como

(1) Nació D. Ramón Vélez y Herrera en la Habana el 4 de Marzo de 1808. Es el más antiguo de los poetas cubanos posteriores á Heredia. El primer tomo de sus *Poesías* apareció en 1833, el segundo en 1837 (conteniendo, entre otras cosas, fragmentos de un poema en octavas, *El Sitio de la Habana por los ingleses*), el tercero en 1838, en 1840 la leyenda *Elvira de Oquendo ó los amores de una guajira*, en 1843 la comedia *Los dos novios en los baños de San Diego*, en 1849 otra colección titulada *Las Flores de Otoño*, y en 1856 los *Romances Cubanos*. Colaboró en casi todos los periódicos cubanos, desde *La Moda*, de D. Domingo del Monte, hasta la *Floresta Cubana*, que en 1856 dirigía Fornaris.

(2) Nació en Matanzas en 1820 y murió en 1858. Complicado en las tramas anexionistas de 1849, y condenado á muerte por un Consejo de Guerra, se refugió en Nueva York, donde vivió algunos años casi en la miseria, acogiéndose al cabo á un indulto que le permitió volver á su patria. En 1849 había publicado sus primeros versos con el título de *Los Preludios*, en 1856 hizo imprimir en Nueva York sus *Leyendas cubanas, Luz y sombra*.

*Paula, La ribereña de San Juan, Un rasgo de Juan Ribero*. «En estos delicados cuadros de costumbres cubanas (dice Mendive) se encuentran pintados, aunque á grandes rasgos, nuestro cielo, nuestro sol, las flores de nuestros campos, todas las galas, en fin, de nuestra espléndida naturaleza, y con ella la vida rústica y casi nómada de nuestros campesinos, sus románticas aventuras y cuanto tiene relación con sus usos y costumbres» (1). La oda *Al valle del Yumuri* muestra también sus felices condiciones de paisajista. Pero más que en los versos de arte mayor luce su inspiración en la factura popular de las décimas y glosas, en que vence á todos los poetas cubanos, elevando á forma de arte la ruda inspiración de Poveda (2) y otros improvisadores y copleiros semipopulares.

Muy distintos rumbos siguió la inspiración de D. Francisco Orgáz, que, como la Avellaneda, pasó la mayor parte de su vida en España, alcanzando en Madrid transitoria fama, ya como poeta, ya como periodista, por los años de 1841. Hoy sus *Preludios del Arpa* están completamente olvidados, y á la verdad no con grande injusticia, porque pertenecen á un género de efectismo

(1) *Revista de la Habana*, t. III, pág. 23.

(2) D. Francisco Poveda y Armenteros, comúnmente llamado *el Trovador Cubano*, poeta iliterato, pero muy fácil y fecundo. Su vida fué errante y extrañísima. Según su biógrafo López Prieto (*Parnaso Cubano*, pág. 156), desempeñó sucesivamente los oficios de peón ganadero, cómico de la legua, amanuense de procurador, capitán de partido, maestro de escuela, dependiente de ingenios y cafetales, Notario eclesiástico, y, últimamente, vendedor de carnes en Sagua la Grande. Sus décimas amorosas no carecen de mérito y tienen cierto perfume de antigua galantería castellana, debido indudablemente á las comedias de capa y espada, que Poveda había representado en el tiempo en que fué actor ambulante. Hay una colección incompleta de sus poesías, publicada en Sagua la Grande en 1863.



rimbombante, que deja fatigados con su estrépito los oídos, y vacío de formas el entendimiento. Sus asuntos son siempre de los que más se prestan á la declamación poética y á la gimnasia de un versificador robusto: *Dios, El Porvenir, El Huracán, Las Estrellas, Napoleón, La Traslación de los restos de Napoleón.....* Un admirador suyo, español por cierto, dijo que sus versos eran valientes como el vuelo del águila y sus conceptos *atrevidos como la hoja de la palmera* (sic). A tal poesía, tal crítica.

Mejor recuerdo merece D. Ramón de Palma y Romay, cuyos versos se imprimieron en 1841 con el título de *Aves de paso*, y el pseudónimo de *El Bachiller Alfonso Maldonado*. La extraña, pero poética fantasía titulada *El Fuego fatuo*, es buen ejemplar de una rara manera de lirismo romántico, que alguna vez cultivó Zorrilla, y que pudiéramos llamar *sonambulismo lírico*. Otras composiciones de Palma, como el *Himno de guerra del Cruzado*, han sido más celebradas, pero, en mi concepto, valen menos. Fué uno de los innumerables traductores del *Cinco de Mayo*, de Manzoni, y no de los que peor salieron de la empresa. Como versificador y hablista es bastante correcto. Colaborador suyo en varias empresas periodísticas fué el venezolano D. José Antonio Echeverría, mucho mejor prosista que poeta, lo mismo que el fecundo y superficial polígrafo D. Ramón Zambrana, que así hacía versos como escribía de cuestiones médicas ó filosóficas, perdiendo, por empeñarse en tantas cosas, la reputación que quizá hubiera logrado concretando más sus esfuerzos (1).

(1) Indicaremos algunos datos biográfico-bibliográficos acerca de los poetas últimamente nombrados.

En jerarquía todavía inferior á los citados, queda una turba de versificadores desaliñados y verbosos que, convirtiendo la prensa diaria en un matorral de sandeces rimadas, han hecho más daño al buen nombre literario de Cuba que hubieran podido hacerlo sus más encarni-

*Orgaz* (Francisco). Nació en la Habana el 2 de Abril de 1815, y murió en Madrid el 4 de Abril de 1873. Sus *Poesías*, con el título de *Preludios del Arpa*, fueron publicadas por el editor Boix en 1841.

*Palma y Romay* (Ramón de). Nació en la Habana el 3 de Enero de 1812. Murió en 21 de Julio de 1860. Sus primeras poesías, escritas con el pseudónimo de *El Bachiller Alfonso de Maldonado*, aparecieron en 1834. Dirigió por algún tiempo un colegio en Matanzas. En 1837 publicó, en colaboración con Echeverría, el *Aguinaldo Habanero*, en 1838 el *Plantel*. Colaboró en *El Album*, en el *Diario de la Habana*, en *El Artista* y en otras colecciones periódicas. De 1841 es la colección de sus poesías *Aves de paso*, á las cuales han de añadirse dos cuadernos posteriores *Hojas caídas* y *Melodías poéticas*. Suyos son también algunos ensayos dramáticos y novelas cortas. Mendive compuso una hermosa poesía á su muerte.

*Zambrana* (D. Ramón). Nació en 10 de Julio de 1817. Murió en 1866. Fué uno de los fundadores del *Repertorio Médico Habanero*, del *Repertorio Económico de Medicina, Farmacia y Ciencias Naturales*, y dirigió la *Gaceta Médica de la Habana*. Hombre de conocimientos enciclopédicos, inundó con sus producciones todos los periódicos científicos y literarios de la isla. Escribió bastante de filosofía con el criterio del espiritualismo cristiano. Hay una colección de las *Obras literarias, filosóficas y científicas del Dr. D. Ramón Zambrana* (Habana, 1858). En ella se lee un *Juicio sobre las diferentes épocas de la poesía en Cuba*.

Otros muchos figuran en las florestas cubanas, pero sería interminable, y no sé hasta qué punto provechosa, su enumeración completa en un trabajo de índole tan general como el presente. Basta citar los nombres de D. José Gonzalo Roldán, D. Francisco Javier Blanchié, cuyas poesías se imprimieron en 1846, con el título de *Margaritas*, y tuvieron efímera boga en los días inmediatos á la muerte del infeliz poeta, de quien nadie hizo caso en vida; D. Leopoldo Turla; el sentimental versificador D. Felipe López de Briñas; D. José Güell y Renté, muy conocido en España, aunque más por las raras vicisitudes de su vida, que por la insípida afluencia de sus innumerables versos; y, finalmente, los aristocráticos aficionados Marqués de Montelo (D. José Luis Alfonso) y Marqués de San Miguel (D. Miguel de Cárdenas y Chaves). A poca costa podría ampliarse esta nomenclatura.

Hemos indicado en varios pasajes del texto que existe en Cuba una poe-



zados enemigos. Quien considere por una parte los versos de Heredia, la Avellaneda, Luaces, con algunos rasgos de Milanés, Plácido, Zenea y Mendive, y por otra este fárrago de execrable barbarie, se sentirá tentado á creer que la Gran Antilla tiene el privilegio de producir la mejor y la peor poesía del mundo americano. Varias causas contribuyen á esto, no siendo la menor cierta indisciplina, no ya literaria sino gramatical, de la cual muchos en América, lo mismo que en España, hacen alarde, considerándola como signo de los elegidos y marca distintiva del genio. Así se malogran vates que quizá llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto, cuyas leyes en ninguna latitud prescriben. Cierta sentimentalismo vago, declamatorio y hueco, forma predilecta del romanticismo, ó más bien del gongorismo americano, ha esterilizado en algunos las mejores disposiciones, y ha llenado de feas manchas las composiciones de otros que merecen vivir á pesar de ellas, y que han acertado siempre que han querido acudir á las verdaderas fuentes del sentimiento poético. Por muchos años ha dominado en Cuba un zorrillismo reprehensible, que imitaba sólo la facilidad abandonada y los resabios del estilo del maestro, puesto que el fondo de su admirable poesía tradicional ó legendaria tenía que ser letra muerta en las vírgenes soledades americanas; lo cual no fué obstáculo para que algunos se arro-

sía lírica popular, ó más bien vulgar, de cantares, glosas y décimas. La música criolla que acompaña á estas canciones, y que ha penetrado ya en nuestra zarzuela, vale harto más que la poesía, como sucede casi siempre en estos casos. En la *Revista de la Habana*, tomo III, 1854, puede verse un interesante estudio de D. Ramón de Palma sobre los *Cantares de Cuba*.

jasen absurdamente á fabricar *poesía nacional cubana*, con leyendas insulsas y nombres estrafalarios de caudillos salvajes anteriores á la conquista, género cuya especialidad tuvo el famoso Fornaris, llamado el poeta de los *siboneyes* (1).

En otros ingenios, la animadversión contra la madre patria, y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos con el gusto más exquisito. En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué como, en son de independencia, vinieron á perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta. Hoy quizá, entre todas las literaturas de América, la menos española es la cubana. En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla, y ni siquiera la vecindad de los Estados Unidos basta para llevar los espíritus por otro camino y apartarlos de una superstición que, aun en algunos de los más discretos, toma visos de fetiquismo. Y es lástima grande, porque en ninguna parte abundan tanto como

(1) Nació en Bayamo el 18 de Mayo de 1827 y murió en la Habana en 1890. Fué Abogado y Regidor de su pueblo natal. Emigrado durante la guerra volvió á Cuba en 1879, y publicó en 1888 la última edición de sus poesías.



alli el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer pro-sistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que aflige á Cuba.

## V.

## SANTO DOMINGO.

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquella á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de

Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; se sentó como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, *«apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»*,



alli el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer pro-sistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que aflige á Cuba.

## V.

## SANTO DOMINGO.

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquella á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de

Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; se sentó como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, *«apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»*,



podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas*, ó de libros de su *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que los que gastaba en su conversación familiar. ¡Pero qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido, y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñar todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como el suyo. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado perderse, no sin grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande (1). En la parte de Historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano, por no poder leerle en su nativa lengua, si entregado á los solos recursos de su ob-

(1) Véase el tratado de D. José Amador de los Ríos sobre la *Vida y escritos de Oviedo* al frente de su *Historia de las Indias*, publicada por la Real Academia de la Historia en 1851 (cuatro volúmenes).

servación espontánea y precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia natural de América, con descripciones que no son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas.

No fué Oviedo poeta, pero sí abundante y desdichado versificador. El indigesto fárrago que lleva por título *Las Quincuagenas de los generosos é illustres é no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses y condes é cavalleros é personas notables de España* (obra que por ningún concepto ha de confundirse con el inestimable tesoro de las *Batallas y Quincuagenas* del mismo autor), está dividida en tres partes ó volúmenes en folio, que el autor acabó de escribir de su mano en la fortaleza de la Isla Española, el domingo 1.º de Pascua de Pentecostés, 25 de Mayo de 1556; y fué, sin duda, la primera obra de ingenio compuesta en la isla. Cada parte ó *quincuagena* comprende cincuenta estanzas, y cada estanza cincuenta versos, acompañados de difusos comentarios en prosa.

Los versos que, fuera de la medida, apenas merecen tal nombre, son todos de arte menor, y contienen sentencias y avisos morales á modo de proverbios, como fueron luego los de Alonso de Batres y Cristóbal Pérez de Herrera, y antes y con más poesía los del rabí don Sem Tob y el Marqués de Santillana. Véase una muestra de esta poesía gnómica del buen castellano de Santo Domingo (1).

(1) *Las Quincuagenas de la nobleza de España por el capitán Gonzalo Fer-*



No procures la possada  
 De la huésped risueña,  
 Ni te fies de la dueña  
 Que vieres arrebolada,  
 .....  
 Ni quieras tener contienda  
 Ni letigio con mujeres,  
 Ni les hagas displaceres  
 A los que son religiosos.  
 Con los que son mentirosos  
 No quieras conversación,  
 Ni tengas altercación  
 Con el que vieres porfiado:  
 El que está escarmentado  
 Guárdese de tropezar, etc.

Estas coplas sirven de pretexto para una serie de empalagosas disertaciones en prosa, donde, en medio de un sinnúmero de lugares comunes y de citas de los clásicos y de los Santos Padres, se encuentran bastantes indicaciones de historia y de costumbres, que bastan para justificar la publicación íntegra del mamotreto, aunque no el que se le haya dado preferencia sobre las *Batallas* del mismo autor, sin las cuales es imposible conocer á fondo la España de los Reyes Católicos.

La historia del descubrimiento y conquista de la isla Española no dió asunto á ningún poema particular, pero el infatigable versificador, Juan de Castellanos, la consignó muy á la larga en sus cinco primeras *Elegías*, relativas á Cristóbal Colón, y á su hijo D. Diego, el segundo Almirante.

*nández de Oviedo y Valdés, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo; publicadas por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del académico de número D. Vicente de la Fuente, t. I. Madrid, M. Tello, 1880.*

Véase sobre esta publicación, que no ha continuado, un artículo de Morrel-Fatio en la *Revue Historique*, t. XXI, páginas 179-190.

La prosperidad y la importancia de Santo Domingo, dentro de nuestro imperio colonial, duró muy poco, comenzando la despoblación de la isla á medida que los límites de este imperio iban dilatándose por el mar de las Antillas y por Costa Firme, y luego por los inmensos territorios de Méjico y del Perú. Cada día más abandonada la Española, que á pesar de la importancia eclesiástica de su Sede metropolitana y del extenso territorio á que se extendía la jurisdicción de su Audiencia, se consideraba meramente como punto de escala para más opulentas regiones, se vió expuesta desde fines del siglo XVI á las depredaciones de los corsarios ingleses, franceses y holandeses, y á las piraterías de los *bucaneros*, llegando en la siguiente centuria á tal punto de ruina, que en 1737 la población española escasamente llegaba á 6.000 habitantes.

Como restos de su cultura antigua le quedaban, en el convento de Predicadores, una Universidad casi desierta, aunque condecorada con los pomposos nombres de *Imperial y Pontificia*, como que pretendía hacer remontar su fundación hasta los tiempos de Carlos V, lo que por falta de datos ni negamos ni afirmamos, aunque sí es cierto que sirvió de modelo para la organización de la de la Habana; y un colegio ó *estudio* de jesuitas, bien dotado al parecer, y cuyas rentas se aplicaron, después de la expulsión de la Compañía, al Colegio de San Fernando, que duró hasta la cesión de la parte española de la isla á Francia en 1795.

En este largo período de tres siglos, especialmente en el XVI, en que la ruina de la colonia no se había consumado aún, no dejó la isla de ser honrada alguna vez por los favores de las musas, y tuvo desde luego la glo-



ria de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América. Debemos la noticia de ella y el conocimiento de algunos de sus versos al inestimable manuscrito de la *Silva de Poesía, compuesta por Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid*, que se guarda en nuestra Academia de la Historia, y que ya tuvimos ocasión de mencionar tratando de Méjico. Salazar, que fué nombrado en 19 de Julio de 1573 Oidor de Santo Domingo, donde permaneció hasta 1580, en que ascendió á Fiscal de la Audiencia de Guatemala, nos ha dejado en sus versos muchos y muy agradables recuerdos de su estancia en la isla. *En loor de la muy leal, noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo*, compuso un *Canto*. Y en un soneto nos dejó recuerdo del triste caso de un astrólogo dominicano llamado Castaño «que echaba juicios y respondía á muchos sobre sucesos futuros»: «Éste quiso pasar á la isla de Cuba en un navío cargado de mercaderías suyas, y en el viaje encontró un corsario francés que le tomó á él y al navío y á lo que llevaba.» Otras anécdotas de la vida de la colonia dan ocasión á composiciones suyas; pero lo que más importa á nuestro objeto es la mención de tres poetisas de la isla, de dos de las cuales intercala algunos versos entre los suyos. De Francisco Tostado de la Peña, *vecino de la ciudad de Santo Domingo de La Española*, trae un soneto tan malo, que no vale la pena de ser transcrito, aunque Salazar le llame en la contestación «*heroico ingenio del sutil Tostado*». Á la *ilustre poeta y Sra. D.<sup>a</sup> Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo*, la dirige un soneto encomiástico, pero no nos da ninguna muestra de su numen. En cambio nos hace conocer va-

rias composiciones de *la ingeniosa poeta y muy religiosa observante D.<sup>a</sup> Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española*, de quien se declara *muy devoto y servidor*, y á quien dedica cinco sonetos en fiestas de Navidad, Pascua de Reyes, Pascua de Resurrección, Pascua de Pentecostés y día de San Juan Bautista, contestándole la monja con otros tantos, no menos devotos que corteses, y á veces por los mismos consonantes que los del Oidor. En nota los insertamos como curiosidad bibliográfica, juntamente con unos versos sueltos de la misma señora, que aun llenos de asonancias, como era general costumbre en el siglo XVI y lo es todavía entre los italianos, no me parecen despreciables, y siquiera por lo raro del metro en la pluma de una monja, deben conservarse (1).

(1) Doña Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española.

## SONETOS.

EN RESPUESTA Á UNO DE EUGENIO DE SALAZAR.

El Niño Dios, la Virgen y parida,  
 El parto virginal, el Padre eterno,  
 El portálico pobre, y el invierno  
 Con que tiembla el auctor de nuestra vida,  
 Sienta (señor) vuestra alma y advertida  
 Del fin de aqueste don y bien superno,  
 Absorta esté en aquel, cuyo gobierno  
 La tenga con su gracia guarnecida.  
 Las Pascuas os dé Dios, qual me las distes  
 Con los divinos versos de essa mano;  
 Los quales me pusieron tal consuelo,  
 Que son alegres ya mis ojos tristes,  
 Y meditando bien tan soberano,  
 El alma se levanta para el cielo.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN LA PASCUA DE REYES.

Buena Pascua de Reyes y buen día  
 (Ilustre señor mío) tengáis éste,



Otro poeta muy superior á Eugenio de Salazar; uno de los genios más indiscutibles de que la literatura española puede gloriarse, honró con su visita la isla de Santo Domingo, á principios del siglo xvii, aunque tal visita haya sido generalmente ignorada por los historia-

Adonde la clemencia sacra os preste  
Salud, vida, contento y alegría,  
Del Niño y de los Magos y María  
Tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste  
Querer que sea el espíritu celeste,  
Y así gocéis de la alta melodía.  
Albricias de la buena nueva os pido  
Aguinaldo llamado comúnmente,  
Que es hoy Dios conocido y adorado  
De la gentilidad. Pues le ha offrecido  
En parias á los Reyes del Oriente:  
Y su poder ante él está postrado.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE UNO SUYO.

El buen pastor Domingo, pregonero  
De nuestro bien y gloria rescibido,  
Aquesta vuestra sierva le ha tenido  
En más que á muy ilustre cavallero:  
Sé que le hizo Dios para tercero  
Del abreviado plazo y bien cumplido,  
Que el cuerpo y alma estuvo dividido,  
Del manso y divinissimo cordero.  
El salto y zapateta fué bien dado.  
Pues con la mesma espada de Goliás,  
Nuestro David le corta la cabeza:  
Domingo desto está regocijado,  
Y haze deste bien las alegrías,  
Mas yo me llevaré la mejor pieza.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO.

Pecho que tal concepto ha producido  
La lengua que lo ha manifestado,  
La mano que escribió, me han declarado  
Que el dedo divinal os ha movido,  
¿Cómo pudiera un hombre no encendido  
En el divino fuego, ni abrasado,  
Hacer aquel soneto celebrado  
Digno de ser en almas esculpido?  
Al tiempo que lo ví, quedé admirada,  
Pensando si era cosa por ventura  
En el sacro collegio fabricada:  
La pura sanctidad allí encerrada,  
El emphasis, primor de la scriptura,  
Me hizo pensar cosa no pensada.

dores dominicanos, y por sus propios biógrafos. Fué éste nada menos que el gran Tirso de Molina, Fr. Gabriel Téllez, que estuvo allí y en otras partes de América como visitador de los conventos de su Orden, según él propio declara, si bien con palabras de acendrada

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO, SOBRE LA  
COMPETENCIA ENTRE LAS MONJAS BAPTISTAS Y EVANGELISTAS.

No sigo el estandarte del Baptista;  
Que del amado tengo el apellido;  
Llévome tras su vuelo muy sabido  
El águila caudal Evangelista.  
Mirélo ya con muy despierta vista  
Dende que tuve racional sentido;  
Y puesto que el propheta es tan subido,  
Mi alma quiso más al coronista.  
No quiero yo altercar sobre su estado,  
Pues sé que fueron ambos claro espejo,  
Y de la perfección rico dechado:  
Tomo con humildad vuestro consejo  
Y quiero destes fuertes capitanes  
Ser (como me mandays) de entrambos Joanes.

VERSOS SUELTOS

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO.

Qual suelen las tinieblas desterrarse  
Al descender de Phebo acá en la tierra,  
Que vemos aclarar el aire obscuro,  
Y mediante su luz pueden los ojos  
Representar al alma algún contento,  
Con lo que puede dar deleyte alguno:  
Assi le aconteció al ánima mía  
Con la merced de aquel illustre mano,  
Que esclareció el caliginoso pecho,  
Con que pude gozar de bien tan alto,  
Con que pude leer aquellos versos  
Dignos de tan capaz entendimiento,  
Qual el que produció tales conceptos.  
La obra vuestra fué; más el moveros  
A consolar un alma tan penada,  
De aquella mano vino, que no suele  
Dar la nieve, sin segunda lana;  
Y nunca da trabajo, que no ponga  
Según la enfermedad la medicina.  
Assi que equivalente fué el consuelo  
Al dolor, que mi alma padecía



modestia, en su *Historia inédita de la Orden de la Merced* (MS. de la Academia de la Historia), libro que contiene, aunque escasos, los más positivos datos acerca de su persona. Y la fecha de su vuelta y de su paso por Sevilla consta por un apunte de Fr. Pedro de San Cecilio, natural de Granada, y Comendador de la Merced, en su libro inédito de *Patriarcas, Arzobispos y Obispos mercenarios*, existente en la Biblioteca de la Universidad Hispalense (1): «Conoció al Padre Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador el año de 1625.»

La primera noticia literaria que en las historias de

Del ausencia de prendas tan amadas.  
 Seys son las que se van, yo sola quedo;  
 El alma lastimada de partidas,  
 Partida de dolor, porque partida  
 Partió, y cortó el contento de mi vida,  
 Cuando con gran contento la gozaba:  
 Mas aquella divina Providencia,  
 Que sabe lo que al alma le conviene,  
 Me va quitando toda el alegría  
 Para que sepáys que es tan zeloso,  
 Que no quiere que quiera cosa alguna  
 Aquel divino esposo de mi alma,  
 Sino que sola á él sólo sirva y quiera,  
 Que solo padesció por darme vida;  
 Y sé que por mí sola padesciera  
 Y á mí sola me hubiera redimido,  
 Si sola en este mundo me criara.  
 La esposa dice: sola yo á mi amado,  
 Mi amado á mí; que no quiero más gente.  
 Y llorar por hermanos quien es monja,  
 Sabiendo que de sola se apellida:  
 No quiero yo llorar, más suplicaros  
 Por sola me veays, si soys servido;  
 Que me edificaréys con escucharos.

(1) Comunicó esta noticia D. Juan Colón y Colón á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que la publicó en el tomo II de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, Madrid, Yenes, 1839, pág. 2.

Santo Domingo encontramos, es la de un poeta llamado D. Francisco Morillas, que por los años de 1691 compuso una glosa con motivo del triunfo obtenido en la Sabana Real de la Limonada, el 21 de Enero de dicho año, sobre las tropas francesas, merced al valor del capitán Antonio Miniel y de sus lanceros. De esta glosa se recuerdan los dos versos siguientes:

Que para sus once mil  
 Sobran nuestros cuatrocientos.....

Las vicisitudes políticas y cambios de dominio por que atravesó la isla durante el siglo XVIII, y especialmente en el periodo de la revolución negra de Haití, dieron lugar á varias improvisaciones de circunstancias, entre ellas á la siguiente quintilla del presbítero don Juan Vázquez, cura de Santiago de los Caballeros:

Ayer español nací,  
 Á la tarde fui francés,  
 Á la noche etiope fui,  
 Hoy dicen que soy inglés;  
 No sé qué será de mí.

Esta quintilla pareció horriblemente profética, cuando el infeliz sacerdote murió quemado vivo dentro del coro de su iglesia por las bárbaras hordas de negros, que acaudilladas por Cristóbal, teniente de Dessalines, pasaron á cuchillo á los habitantes de aquella población. ®

Ante tales horrores, el sentimiento de raza pareció crudelarse. El acto odioso é impolítico de la cesión de la parte española de la isla en el tratado de Basilea, había sido llorado con lágrimas de indignación por un coplero anónimo, autor de unos ovillejos, muy malos, pero



muy patrióticos, que tituló *Lamentos de la isla Española de Santo Domingo*. No hay que buscar en ellos poesía, pero sí la expresión de un sentimiento español sincero y leal (1).

(1) Véanse, como curiosidad, algunas estrofas de esta pésima, pero simpática composición:

¿Cuándo pensé ver mi grey  
Sin rey?  
¿Cuándo mi leal y fiel porte  
Sin norte?  
¿Y cuándo ¡oh pena feroz!  
Sin Dios?  
Lloro yo mi suerte atroz,  
Pues que veo en un instante  
A la que era tan amante  
Sin rey, sin norte y sin Dios.  
Nunca consentí en mis ojos  
Herejes;  
Siempre perseguí con bríos  
Judíos;  
Fuerte vencí muchas veces  
Franceses;  
Bebo del cáliz las heces  
De la más amarga hiel,  
Pues me van á hacer infiel,  
Herejes, judíos, franceses.  
.....  
La primera en Indias que  
Fe  
Tuve; y con igual privanza  
Esperanza  
En mi Dios, y en realidad  
Caridad;  
Y ahora, Igualdad, Libertad,  
Y Fraternidad profana.  
Me dan por la soberana  
Fe, Esperanza y Caridad.  
.....  
Sabe bien mi desconsuelo  
El cielo;  
Mis lágrimas van á inundar  
El mar;  
Mis crueles penas encierra  
La tierra;  
En tan despiadada guerra,  
Sólo por consejo sigo  
La obediencia, y me es testigo  
El cielo, el mar y la tierra.  
Yo vencí más de una vez  
Al inglés;

En los últimos tiempos de la colonia abundaba en Santo Domingo, como en Cuba, el género trivial y rastroso de la décima burlesca y de la *ensaladilla* ó pasquin satírico, de que hemos visto algunas muestras, conservadas por tradición de los ancianos, y destituidas de todo valor que no sea el meramente local, y aun éste para los contemporáneos que pudieron penetrar las alusiones. En este género obtuvo mucha popularidad un negro, repentista fácil é ingenioso, llamado *el Meso Mónica*, no sabemos si por nombre ó por apodo.

La única composición de este tiempo en que su autor quiso levantar algo más el tono é inspirarse en más digno argumento, es la *canción*, bastante correcta en algunas estancias, pero fría y prosaica en el total, con que don José Núñez de Cáceres celebró la victoria de Palo Hincado, obtenida contra setecientos veteranos franceses, en 7 de Noviembre de 1808, por los dominicanos que,

Llevó de mis manos tanda  
Holanda;  
Nunca rindió mi constancia  
Francia.  
Si ahora me doy, en mi rancia  
Obediencia al soberano,  
Sépallo así el africano,  
El inglés, Holanda y Francia.  
.....  
Nadie podrá murmurarlos,  
Carlos,  
Mis suspiros, que constante  
Amante  
Te soy, con gigante amor,  
Señor;  
Y ahora con mortal dolor,  
Que me cedas al francés,  
Te digo: ¡adiós! de una vez,  
Carlos, mi amante y señor.

(Inserta por apéndice al fin de la curiosísima *Reseña Histórico-Crítica de la poesía en Santo Domingo*, redactada por la Comisión de literatos de aquella Isla, á que en nota posterior haremos referencia.)



á despecho del tratado de Basilea, permanecían fieles á la bandera española:

Si palaciega mano,  
 Ó de grado ó por fuerza en Basilea,  
 Firmó la esclavitud de La Española,  
 Hoy el empeño vano  
 Se deshizo, ganada la pelea  
 De estos guerreros por la fuerza sola:  
 Que el áulico servil todo estipula,  
 Y el patriotismo nunca capitula.  
 Los que pueblos oprimen  
 Perpetúen su fama ensangrentada  
 En columnas y en alto capitolio;  
 Para los que redimen  
 El suelo patrio de opresión forzada,  
 Hay más estable y apreciado solio,  
 Erigido en el pecho y por las manos  
 De sus reconocidos ciudadanos.

Este relámpago de poesía fué tan efímero como la misma victoria que celebraba. Es cierto que no llegó á arraigar la dominación francesa; pero separada Santo Domingo de la metrópoli, en 1821, sin que nadie se enterara de ello en España, donde se daba la isla por totalmente perdida hacia mucho tiempo, cayó bajo la feroz dominación de los negros de Haití, que durante veintidós años la secuestraron de la civilización europea, é intentaron borrar todas las huellas de su pasado, hasta el punto de prohibir el uso oficial de la lengua castellana. Las principales familias de la isla emigraron á Cuba, á Puerto Rico y á Venezuela. Dominicano de origen, aunque nacido en Maracaibo, era el docto y castizo D. Domingo del Monte: de Santo Domingo procedían los hermanos Foxá, aunque nacido uno de ellos en Puerto

Rico (1). Los dominicanos quieren reivindicar alguna parte de la gloria de Heredia por haber sido sus padres de aquella isla, y casi eventual el nacimiento del poeta en Cuba, así como por haber hecho éste sus primeros estudios en la imperial y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, á la cual basta el nombre de tal hijo para ser ilustre.

Figura sin razón en las colecciones de poetas cubanos un amigo y ferviente panegirista de Heredia, don Francisco Muñoz del Monte, nacido en Santiago de los Caballeros, y no en Santiago de Cuba, como han dicho algunos de sus biógrafos. Él mismo declara su patria en estos versos de su composición *Mi cumpleaños*, escritos en 1837:

..... También entonces  
 Fatal discordia en mi país ardía,  
 Y la sangre francesa y la española  
 Empapaban los campos encontrados  
 De la aurífera Haití, do el africano  
 De tez tostada, libertad gritando,  
 La libertad buscaba envuelto en sangre.  
 Luego á forzada emigración la suerte  
 Mi vida encadenó. No más un lustro  
 Pasado por mí había,  
 Y ya era fuerza abandonar la patria  
 Y la ribera en que el sonoro Yaque  
 Revuelve el oro de su azul arena;  
 Y eterno adiós diciendo al suelo haitiano  
 Librado á la discordia, al fuego, al hierro,  
 Del patrio hogar partir, y en el cubano  
 Nueva suerte buscar en el destierro.

(1) Fué éste D. Narciso Foxá, de quien hablaremos después. Su hermano D. Francisco Javier Foxá, dominicano de nacimiento, fué de los primeros que hicieron ensayos dramáticos en Cuba, dando á las tablas una comedia *Ellos son*, y dos dramas, *El Templario* y *D. Pedro de Castilla*, representados con éxito ruidoso, pero efímero, en 1838 y 1840.



Fué, no obstante, y él se proclama, hijo adoptivo de la grande Antilla, y ciudadano español por consiguiente; en virtud de lo cual fué electo diputado á Cortes en 1836, aunque ni él ni los demás Diputados antillanos llegaron á tomar asiento en aquel Congreso por un torpe y funesto error del antiguo partido progresista. Desde 1848 Muñoz del Monte, tenido por sospechoso en Cuba, tuvo que fijar su residencia en Madrid, donde permaneció entregado á tareas literarias, hasta su muerte, acaecida en 1868. Fué mejor jurista que poeta, y dejó fama de notable abogado; pero aquí sólo podemos juzgarle por sus versos, compuestos la mayor parte desde 1837 á 1847, y reunidos por un hijo suyo en colección póstuma, que vió la luz pública en Madrid en 1880, llevando por apéndice dos discursos de materia literaria, pronunciados por Muñoz del Monte en el Liceo de la Habana (1). Su primera educación había sido clásica, y á ella debió el buen sabor de sus versos y de su prosa, que recuerda en algún modo la de su primo D. Domingo del Monte, á quien era muy inferior, no obstante, en erudición literaria y en manejo de nuestros clásicos. Como poeta, en cambio, tiene más inspiración y más nervio que D. Domingo, y aunque propende á la libertad romántica, y cambia con frecuencia de metros

(1) *Poesías de D. Francisco Muñoz del Monte. Madrid, imp. y fund. de M. Tello, 1880.*

Nació Muñoz en 1800, y murió en 1868, como queda dicho. En 1821 había redactado en Santiago de Cuba *La Minerva*, periódico de legislación, política y literatura, de los mejores de entonces. En Madrid colaboró en la *Revista Española de Ambos Mundos* y en *La América*. Su discurso sobre la elocuencia del foro, su ditirambo «*Dios es lo Bello Absoluto*», su artículo sobre *El Orgullo Literario* y otros rasgos de su pluma muestran la elevación de sus ideas críticas.

en una misma composición, y se deja arrastrar por la corriente de la amplificación desordenada, permanece clásico por la corrección y pulcritud, ya que no por la sobriedad del estilo; y hasta por cierto aparato retórico en que se traslucen los hábitos de colegio y de foro, juntamente con los de atildado y ceremonioso hombre de mundo, como él era, al decir de los que le conocieron. Deben citarse con particular elogio las tres composiciones tituladas *Á la Condesa de Cuba en la muerte de su padre*, *El Verano en la Habana*, y *Á la muerte de Heredia*, incluida esta última en la primitiva *América Poética*, con grande elogio de su colector D. Juan M. Gutiérrez.

En tanto que Muñoz del Monte y otros dominicanos honraban el nombre de su patria en regiones que políticamente eran ya extranjeras, en la isla amenazaba extinguirse toda cultura bajo el peso de la salvaje dominación galo-etiópica. Pero es tal la fuerza de resistencia que posee nuestra raza, que aun en las condiciones más ominosas da muestras de su ingénita nobleza, y tarde ó temprano vuelve á afirmar su nativa independencia y su propio y peculiar carácter. Tras veintidós años de tiranía los haitianos fueron arrojados del territorio, y D. Juan Pablo Duarte fundó en 1844 la República dominicana. Duarte (que había recibido su educación en España), antes de ser el salvador y reconquistador de su pueblo, fué maestro de sus conciudadanos. Cuando no había escuelas ni bibliotecas, ni medio alguno de cultura, él hacía venir anualmente de Barcelona colecciones de libros que repartía entre sus amigos, y dedicándose privada y gratuitamente á la enseñanza de las matemáticas, no menos que á la de la esgrima y tiro,



educaba en silencio una generación que había de reconquistar virilmente en los campos de batalla la independencia de su patria.

Duarte hizo versos alguna vez, aunque no presumía de poeta (1); pero el más fecundo y afamado versificador de este tiempo fué un maestro de escuela, D. Manuel María Valencia (2), que, andando el tiempo, llegó á ser director del Liceo Nacional de Santo Domingo, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, y clérigo en sus últimos días, después de haber enviudado. Dotado de fácil y prosaica vena, grande improvisador de décimas chistosas é inocentes por el gusto del siglo pasado, cambió de rumbo más adelante haciéndose poeta sentimental, romántico y quejumbroso. Los infortunios de que se quejaba eran reales, pero ni la naturaleza ni el arte le ayudaban para su expresión, y resultó palabrero y adocenado, como es de ver en sus composiciones, *Una noche en el templo*, *En la muerte de mi padre*, *La víspera del suicidio*, escritas además con notable incorrección gramatical y aun métrica.

El ciego improvisador D. Manuel Fernández; un joven capitán venezolano, al servicio de la república, don Juan José Illas, autor de una menos que mediana elegía sobre el terremoto de 1842; un francés, profesor de idiomas, Chevremont Darvigny, que hacía con facilidad versos románticos en su nativa lengua y compuso un poemita (*Grégorienne*) á la muerte del obispo Grégoire; y finalmente, D. Manuel del Monte, que versificó al-

(1) Unas redondillas suyas se insertan en la *Reseña Histórico-Crítica*, ya citada.

(2) Nació en 1818, murió en 1870.

ternativamente en francés y en castellano, son los únicos ingenios que en todo el período de la dominación haitiana ha podido descubrir el celo de la Comisión literaria de Santo Domingo, que con tan copioso caudal de noticias ha facilitado nuestra tarea.

Los diez y siete primeros años de la República, desde 1844 á 1861, fueron de laborioso y durísimo aprendizaje, y poco ó nada favorables al desarrollo de la amena literatura. Existía una sola imprenta de carácter oficial, de la cual salían periódicos políticos y otros semiliterarios, como *El Dominicano* (que fué el más antiguo de todos), *El Oasis*, *Las Flores del Ozama*, *El Progreso*, *El Eco del Pueblo*. Más adelante apareció en Santiago de los Caballeros el *Correo de Cibao*. En la capital se estableció un teatro, y se fundaron algunas sociedades de aficionados, como la titulada de *Los Amantes de las Letras*.

Aquella generación produjo bastantes poetas. De ellos vive aún el abogado D. Félix María del Monte, que con el seudónimo de *Delio* ó con su propio nombre, ha publicado muchas composiciones líricas, varios dramas y una zarzuela, *Ozama*. Entre los muertos hay que citar al fabulista D. Felipe Dávila y Fernández de Castro; á D. Javier Angulo Guridi, periodista que vivió muchos años en Cuba, y afiliado en la secta masónica, cantó al *Grande Arquitecto del Universo*; á Doña Encarnación Echevarría de Del Monte, que alguna vez en la poesía doméstica encontró rasgos ingenuos y fáciles, y á D. Nicolás Ureña y D. Félix Motta, que valen algo más. El magistrado Ureña, conocido por el seudónimo de *Nisidas*, tuvo el mérito de introducir el color local en la poesía dominicana, cantando las cos-



tumbres de los guajiros en romances y décimas, á imitación de lo que habían hecho D. Domingo del Monte, Vélez Herrera, Teurbe y Tolón, y otros escritores de costumbres del campo de Cuba; pero la ejecución de tal propósito resulta muy débil y por todo extremo inferior á la de los poetas cubanos. Hizo también *pastorelas*, que son graciosas imitaciones de la poesía anacreóntica del siglo pasado, y una oda *Á la paz del campo*, en líras; débil y remota reminiscencia de fray Luis de León. Don Félix Mota, que combatió con las armas la anexión á España, y fué fusilado con otros veinte compañeros en 4 de Julio de 1861, era también poeta de tendencias clásicas. Su oda *La Virgen de Ozama* está en sáficos adónicos bastante correctos y de efecto agradable. También termina con sáficos no mal hechos su poesía *La Vida*. En cambio, otras composiciones suyas, como *El Blasfemo*, pertenecen á la última y depravada manera de Milanés.

La influencia de los poetas cubanos ha predominado siempre en Santo Domingo, como era forzoso que sucediese, dada la vecindad y la superior cultura. Así es que la poesía dominicana reproduce, aunque en pequeño, los cambios del gusto en la grande Antilla española, y sólo en nuestros días comienza á adquirir cierta autonomía. Lo que pasma es que haya podido desarrollarse, aunque sea en reducida escala, en el estado de continua perturbación en que ha vivido aquel desdichado país hasta estos últimos años. A una serie de revoluciones y tiranías militares sucedió la anexión á España, tan desatentada é impolítica de nuestra parte como lo había sido en la centuria pasada el abandono de la isla, que no acertamos ni á conservar ni á perder á

tiempo; á la anexión una guerra impopular y estéril, que unida á la del Pacífico, estuvo á punto de hacernos perder en la América española el prestigio y la confianza que nos había dado el grande acto de la retirada de Prim en Veracruz. Y tras este paréntesis de cinco años y de inmensos desaciertos, que fueron triste preludio de la insurrección de Cuba: nuevo abandono del país por los españoles, y restablecimiento de la República Dominicana para ser de nuevo consumida y destrozada por las facciones.

Y, sin embargo, la musa castellana nunca ha dejado de levantar su voz sobre este hórrido tumulto, y cada vez han sido más poderosos sus acentos. Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar á D. José Joaquín Pérez y á D.<sup>a</sup> Salomé Ureña de Enriquez (*Herminia*): al autor de *El junco verde*, de *El voto de Anacaona* y de la abundantísima y florida *Quisqueyana*; en quien verdaderamente empiezan las *fantasías indígenas*, interpoladas con los *Ecos del destierro* y con las efusiones de *La vuelta al hogar*: y á la egregia poetisa, que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente la *llegada del invierno* ó vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito (1).

Pero ambos poetas viven por fortuna de las letras, y

(1) *Poesías de Salomé Ureña de Enriquez*, coleccionadas por la Sociedad literaria Amigos del País y publicada por la misma con la cooperación de varios municipios, sociedades é individuos particulares. Santo Domingo, imp. de García hermanos, 1880.



el plan de esta colección nos obliga con harto sentimiento no sólo á prescindir de sus versos, sino á limitarnos á esta rápida mención de sus nombres; y ni aun ésta hubiéramos hecho á no ser tan desconocida en Europa la literatura dominicana.

De los que han fallecido, todavía reclaman alguna mención D. Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), ardiente poeta político, que pasó emigrado la tercera parte de su vida y murió fusilado; D. José Francisco Pichardo (1837-1873), que vivió doliente y pobre en Venezuela, y manifestó en sus versos con sinceridad, aunque no con mucho estro poético, su deplorable estado de salud; D. Juan Isidro Ortea (por pseudónimo *Dioris*), fácil y gracioso versificador, cuya poesía *Sueños*, tiene cierta languidez criolla y suave mecimiento como de hamaca; D. Pablo Pumarol, malogrado poeta festivo.

Al movimiento literario de estos últimos años, que fué mayor después de la revolución de 25 de Noviembre de 1873, han contribuido varias sociedades *artísticas y literarias*, tales como *La Republicana*, heredera de la de *Los Amantes de la Luz*, en Santiago de los Caballeros, y otras de menos nombre en Puerto Plata y otras poblaciones. A todas ellas aventajó la de *Amigos del País*, que desde 1877 estableció conferencias literarias, costeó varias publicaciones importantes, como la de las *Poesías*, de la señora Ureña, y la de la *Historia de Santo Domingo*, de D. Antonio del Monte y Tejada, y tuvo por órgano un periódico titulado *El Estudio*. Fundáronse también varios establecimientos de educación, entre ellos la Escuela Normal y el Instituto Profesional de la República. Se abrió á la común lectura

una Biblioteca, á la cual sirvieron de base los selectos libros legados en su testamento por el académico Baralt, que había sido Cónsul de Santo Domingo en Madrid. Y finalmente, en 1874 apareció la primera colección de poetas nacionales, bajo el título de *Lira de Quisqueya* (1). Hasta entonces rarísimo era el poeta dominicano que hubiese hecho colección de sus versos. La mayor parte de sus producciones yacían dispersas en los periódicos antes citados, y en otros, tales como *El Sol*, *El Laborante*, *El Universal*, *El Nacional*, *La Opinión* y *El Centinela*.

Con todos estos estímulos la literatura empieza á cobrar bríos en Santo Domingo, y no sólo existen, entre los poetas jóvenes, aventajados representantes de las principales tendencias líricas que tienen secuaces en España y en la América española, singularmente el realismo y el humorismo de los *Pequeños poemas* de Campoamor; sino que pueden citarse ensayos dramáticos y algún poema histórico de asunto indígena.

Nadie puede exigir modelos de gusto á una literatura naciente, y formada en condiciones tan adversas. Lo que de todo eso haya de quedar, sólo la posteridad puede

(1) No hemos llegado á ver esta colección, formada por D. José Castellanos, pero suponemos que serviría de base, en la parte relativa á Santo Domingo, á la *América poética*, de D. Domingo Cortés (París, 1875), donde figuran los siguientes poetas dominicanos:

Manuel María Valencia, Javier Angel Guridi, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, José Francisco Pichardo, Manuel Rodríguez Objío, José Francisco Pellerano, José Joaquín Pérez, Miguel Román y Rodríguez, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Enriquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña de Enriquez, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera.



decirlo. Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo xvii, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas: coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios á toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados á la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de anarquía perenne, han resistido á todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado á constituir un pueblo, y hasta han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde ó temprano han tenido poetas. Lo pasado es prenda de lo futuro, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo y el porvenir de nuestra raza parezca más incierto allí que en ninguna otra parte de la América española (1).

(1) Este capítulo, tan incompleto y breve como es, no hubiera podido escribirse en Europa sin el eficazísimo auxilio de la Comisión nombrada por la República Dominicana, y compuesta de los Sres. D. Francisco Gregorio Billini, D.<sup>a</sup> Salomé Ureña de Enriquez, D. Federico Enriquez Carvajal, D. Pantaleón Castillo y D. César N. Penson. Además de una discreta y erudita *Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo*, ha remitido ésta Comisión en esmeradas copias una abundante y selecta colección de poesías dominicanas, y aunque por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar en nuestra colección, nos parece útil dar el índice completo de estos poetas para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya:

Doña Salomé Ureña de Enriquez.—Encarnación Echavarría de Delmonte.—Josefa Antonia Perdomo.—Altagracia y Luisa Sánchez.—Elena Virginia

## VI.

## PUERTO RICO.

La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia. Traída á la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León, que se perdió por las soledades de la Florida buscando la fuente de la Juventud, no llamó en los primeros tiempos la atención de los conquistadores más que por sus veneros auríferos; y explotados éstos vino á caer en el mismo olvido que Cuba, Jamaica, la Española y demás Antillas, que parecían dominio insignificante puestas en cotejo con las grandezas y maravillas del continente americano. Puerto Rico no tuvo universidad como Santo Domingo y la Habana, y todavía en 1765 no poseía más centros de instrucción que algunas escue-

Ortea.—D. Francisco Muñoz del Monte.—Felipe Dávila Fernández de Castro.—Manuel María Valencia.—Javier Angulo Guridi.—Félix María del Monte.—Félix Mota.—Nicolás Ureña.—Manuel de Jesús Heredia.—José Francisco Pichardo.—Manuel Rodríguez Objío.—Manuel de Jesús de Peña y Reinoso.—Francisco Gregorio Billini.—José Joaquín Pérez.—Manuel de Jesús Rodríguez.—Federico Enriquez y Carvajal.—Juan Isidro Ortea.—Francisco Javier Machado.—Apolinar Tejera.—Miguel Alfredo Lavastida.—Nicolás Heredia.—Federico García y Godoy.—José Dubeau.—César Nicolás Penson.—Pablo Pumarol.—Emilio Prudhomme.—Enrique Enriquez.—Gastón Fernando Deligne.—Juan Elías Moscoso.—Arturo B. Pellerano.—José Otero Nolasco.

Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, ó más bien vulgar.



decirlo. Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo xvii, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas: coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios á toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados á la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de anarquía perenne, han resistido á todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado á constituir un pueblo, y hasta han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde ó temprano han tenido poetas. Lo pasado es prenda de lo futuro, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo y el porvenir de nuestra raza parezca más incierto allí que en ninguna otra parte de la América española (1).

(1) Este capítulo, tan incompleto y breve como es, no hubiera podido escribirse en Europa sin el eficazísimo auxilio de la Comisión nombrada por la República Dominicana, y compuesta de los Sres. D. Francisco Gregorio Billini, D.<sup>a</sup> Salomé Ureña de Enriquez, D. Federico Enriquez Carvajal, D. Pantaleón Castillo y D. César N. Penson. Además de una discreta y erudita *Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo*, ha remitido ésta Comisión en esmeradas copias una abundante y selecta colección de poesías dominicanas, y aunque por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar en nuestra colección, nos parece útil dar el índice completo de estos poetas para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya:

Doña Salomé Ureña de Enriquez.—Encarnación Echavarría de Delmonte.—Josefa Antonia Perdomo.—Altagracia y Luisa Sánchez.—Elena Virginia

## VI.

## PUERTO RICO.

La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia. Traída á la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León, que se perdió por las soledades de la Florida buscando la fuente de la Juventud, no llamó en los primeros tiempos la atención de los conquistadores más que por sus veneros auríferos; y explotados éstos vino á caer en el mismo olvido que Cuba, Jamaica, la Española y demás Antillas, que parecían dominio insignificante puestas en cotejo con las grandezas y maravillas del continente americano. Puerto Rico no tuvo universidad como Santo Domingo y la Habana, y todavía en 1765 no poseía más centros de instrucción que algunas escue-

Ortea.—D. Francisco Muñoz del Monte.—Felipe Dávila Fernández de Castro.—Manuel María Valencia.—Javier Angulo Guridi.—Félix María del Monte.—Félix Mota.—Nicolás Ureña.—Manuel de Jesús Heredia.—José Francisco Pichardo.—Manuel Rodríguez Objío.—Manuel de Jesús de Peña y Reinoso.—Francisco Gregorio Billini.—José Joaquín Pérez.—Manuel de Jesús Rodríguez.—Federico Enriquez y Carvajal.—Juan Isidro Ortea.—Francisco Javier Machado.—Apolinar Tejera.—Miguel Alfredo Lavastida.—Nicolás Heredia.—Federico García y Godoy.—José Dubeau.—César Nicolás Penson.—Pablo Pumarol.—Emilio Prudhomme.—Enrique Enriquez.—Gastón Fernando Deligne.—Juan Elías Moscoso.—Arturo B. Pellerano.—José Otero Nolasco.

Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, ó más bien vulgar.



las de primeras letras en la capital y en San Germán (1). Estas circunstancias, unidas á la casi incomunicación en que vivía Puerto Rico respecto de las demás colonias españolas, bastan para explicar la ausencia de tradiciones literarias en la isla durante tres siglos.

Ponce de León había tenido por cantor de sus hazañas al indispensable Juan de Castellanos, en los siete cantos de su *Elegía sexta*, que es, por cierto, de las más agradables de leer.

El único recuerdo literario que el nombre de Puerto Rico sugiere en nuestra edad clásica bastaría, sin embargo, para envanecer á un pueblo de historia menos modesta. Desde 1620 hasta 1625, según unos, ó 1627, según otros, estuvo el báculo episcopal de la pequeña Antilla en manos del gran poeta de la *Grandeza Mexicana*, de *El Siglo de Oro* y de *El Bernardo*, que después de haber regido la Abadía mayor de Jamaica tal como de sus letras y celo piadoso podía esperarse, pasó á gobernar la diócesis de Puerto Rico, cuya jurisdicción, mucho más extensa que al presente, comprendía las islas de Margarita, Trinidad y San Martín, y las poblaciones de Cumaná, Cumagote, Nueva Barcelona, San Felipe, Santo Tomé de Guayana y otros lugares de Costa Firme. Recientes investigaciones hechas en la

(1) *La Instrucción pública en Puerto Rico..... Memoria escrita por Gabriel Ferrer Hernández, y laureada con primer premio en el Certamen celebrado por el Ateneo de esta ciudad en Diciembre del año 1884.—Puerto Rico, imp. de José González Font, 1885.*

*Memoria sobre el estado actual de la Instrucción pública, su pasado y medios para su mejoramiento futuro, por Martín Travieso y Quijano, doctor en Medicina y Cirujía. Premiada con mención honorífica en el Certamen del Ateneo de 1884. Mayagüez, Tip. Comercial, 1885.*

isla (1) permiten adicionar algo las noticias que en 1821 estampó nuestra Academia al frente de su edición de *El Siglo de Oro*. No sólo consta que Valbuena asistió en 1622 al concilio provincial de Santo Domingo, sino que la Iglesia de Puerto Rico le debe especial gratitud por haberla dejado heredera de toda su fortuna, que al parecer era cuantiosa. «Pretendió Valbuena (dice don Diego Torres de Vargas, cronista y canónigo de la catedral) hacer un convento de monjas Bernardas en el Viso, y aunque envió muchos frutos y dineros en los navíos que salieron aquellos años de este puerto, los más se perdieron; con que conociendo que Dios nuestro señor quería que se gastase la renta en utilidad de la parte donde se ganaba, mudó de parecer, y habiendo fallecido el año 1625, mandó su hacienda á la Iglesia, con encargo de que se labrase una capilla de San Bernardo para sagrario, y en ella se colocasen sus huesos, dotando la lámpara del aceite que pudiera gastar cada año, y en cada primer domingo de mes se le dijese una misa cantada, y el día del señor San Bernardo otra, con sermón y vísperas, como todo se hace. Los oficiales de la Real Hacienda pusieron pleito al testamento de dicho obispo, por decir que no era válido su otorgamiento; y S. M. mandó se diese la hacienda á la Santa Iglesia.»

Las misas siguen diciéndose, y celebrándose la festividad y vísperas, pero no hay túmulo ni inscripción que exactamente indique el lugar donde descansan las cenizas del poeta, que en Puerto Rico retocó el *Bernardo* <sup>®</sup>

(1) Véase el folleto de D. Manuel Fernández Juncos, *D. Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico. Estudio biográfico y crítico. Puerto Rico, imprenta de las Bellas Letras, 1884.* Y también la *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, de Tapia y Rivera, pág. 463.



y escribió su prólogo, enlazando así en cierto modo la gloria de su nombre con la de la isla, y haciéndola sonar por todos los países donde se habla ó entiende la lengua castellana.

Una calamidad, que lo fué juntamente para Puerto Rico y para su prelado, el asalto y saqueo de la isla por una expedición de piratas holandeses que incendiaron el palacio episcopal y las escrituras de la Iglesia en 1625, nos ha privado, á la vez que de la mayor parte de los documentos concernientes á la prelación de Valbuena, de muchas obras que desde México traía preparadas para la publicación, y de las cuales sólo conocemos los títulos que conservó uno de sus panegiristas, el licenciado Miguel de Zaldivia: la *Cosmografía Universal*, el *Divino Cristiados* (que sería probablemente un poema análogo á los de Ojeda y Jerónimo Vida), la *Alteza de Laura* (que quizá fuese una novela pastoril ó amatoria) y el *Arte Nuevo de Poesía*, donde daría sin duda libre expansión á aquél criterio casi romántico que ya campea en su juvenil *Compendio apologético en alabanza de la poesía*. Á esta pérdida aluden aquellos sabidos versos de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*:

Y siempre dulce tu memoria sea,  
Generoso Prelado,  
Doctísimo Bernardo de Balbuena.  
Tenias tú el cayado  
De Puerto Rico, cuando el fiero Enrique,  
Holandés rebelado,  
Robó tu librería;  
Pero tu ingenio no, que no podía.

Sin detenernos en estas dulces y gloriosas memorias,  
hay que pasar rápidamente por el siglo XVIII, en que no

se cita ni una sola obra puerto-riqueña por el asunto, ya que no por el autor, á excepción de la *Historia geográfica, civil y natural de la isla de Puerto Rico*, de Fr. Iñigo Abad y Lasierra, que ha sido continuada y anotada con sólida erudición en nuestros días por don José Julián de Acosta (1). Ni siquiera hemos podido averiguar la fecha precisa de la introducción de la imprenta en aquella colonia (2). Sólo sabemos que en 1814 existía ya una publicación periódica, *El Diario Económico*, merced á la generosa iniciativa del ilustre intendente D. Alejandro Ramírez, uno de los grandes bienhechores de la Isla, y en quien propiamente empieza su desarrollo y prosperidad. Ramírez, de quien D. Alejandro Tapia ha escrito que «organizó la administración, creó la riqueza, amortizando el funesto papel moneda que mataba el crédito público, abrió puertos al comercio, y facilitó la inmigración extranjera», fué también el fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, bajo cuyos auspicios se abrieron cátedras de francés, inglés, dibujo y matemáticas, y más adelante, de cosmografía, química agrícola y botánica. Al mismo tiempo comenzó á mejorarse y difundirse la instrucción primaria, y se hicieron laudables ensayos para aclimatar otras enseñanzas superiores, ya en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, fundado en 1830 por el obispo D. Pedro Gutiérrez de Cos, ya en el Liceo de

(1) Puerto Rico, imprenta y librería de Acosta, 1866, en 4.º Antes la había publicado Valladares y Sotomayor en 1788, y en 1831 la reprodujo D. Pedro Tomás de Córdoba en el primer tomo de sus *Memorias*.

(2) No se consigna en un trabajo que, por otra parte, nos ha sido de mucha utilidad: la *Bibliografía Puerto-Riqueña*, de D. Manuel María Sama, premiada por el Ateneo de Puerto Rico. Mayagüez, Tipografía Comercial, 1887.



San Juan, establecido por los PP. Escolapios en 1837, ya en varios colegios de profesores particulares. Más adelante, por los años de 1845, un benemérito sacerdote español, el Dr. D. Manuel Rufo Fernández, planteó á sus expensas un pequeño laboratorio de física y química, y propuso á la Real Sociedad Económica la creación de un Colegio Central preparatorio para carreras académicas y oficiales; pero el proyecto naufragó, á pesar de los buenos deseos del general Conde de Mirasol, que á la sazón gobernaba la isla; y no produjo por entonces más resultados que el envío de algunos jóvenes pensionados á Madrid, para dedicarse á los estudios de las Facultades de Filosofía y Ciencias. A estos jóvenes, que luego han obtenido merecido renombre: Román Baldorioty de Castro, José Julián de Acosta, Alejandro de Tapia y Rivera, se debe la iniciación de Puerto Rico en la cultura moderna (1).

Antes de 1843 Puerto Rico no podía citar ningún nombre de escritor nacido en su suelo, aunque tenía en la historia del arte un nombre de valor relativo, el del pintor José Campeche (1752-1809). De las prensas de la isla tampoco sabemos que hubiese salido libro alguno de importancia, á excepción de los cinco tomos de las *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas* del auditor D. Pedro Tomás de Córdoba, trabajo muy útil, pero más bien administrativo y oficinesco que propiamente histórico.

La primera producción de amena literatura publicada en la isla, y rarísima por cierto, hasta el punto de no con-

(1) Constan la mayor parte de los datos indicados, en el prólogo de Tapia á la colección de sus obras, que publicó en la Habana, 1862, con el título de *El Bardo de Guamani*.

signarse en la única *Bibliografía Puerto-Riqueña* que tenemos, es una traducción de las *Odas de Anacreonte* y del poemita de Museo *Amores de Hero y Leandro*, que juntamente con una colección de 27 anacreónticas originales, las cuales llevan el título común de *El Beso de Abibina*, publicó en 1838 un clérigo helenista de las Islas Canarias, á quien sus ideas liberales, manifestadas cuando fué diputado á Cortes en el período constitucional del 20 al 23, habían llevado á emigrar á la isla de Trinidad de Barlovento. Llamábase este incógnito traductor (que por el carácter erótico del libro y el carácter sacerdotal de su persona, sólo se atrevió á estampar en la portada las iniciales de su nombre y apellido y de su dignidad de deán de Canarias) D. Graciliano Alfonso; y antes y después del *Anacreonte* publicó, ya en Canarias, ya en Madrid, un número considerable de traducciones en verso muy difíciles de hallar, pero que yo he podido reunir merced al concurso de buenos amigos. Tradujo, pues, todas las obras de Virgilio, la *Poética* de Horacio, y los tres poemas de Pope *Ensayo sobre el hombre*, *Ensayo sobre la crítica* y *El Rizo robado*, sin otras cosas de menos entidad: en todo lo cual luce conocimiento de muchas lenguas antiguas y modernas, variada cultura literaria, facilidad de versificador, cierta excentricidad y pedantería, y un gusto tan candorosamente depravado que resistió al trato familiar con todos los clásicos antiguos y modernos. El *Anacreonte* y el *Museo* son de lo mejor ó de lo menos malo que hizo (1); pero

(1) *Odas de Anacreonte. Los Amores de Leandro y Hero, traducidos del griego por G. A. D. de C. Con permiso del Gobierno. Puerto Rico. Imprenta de Dalmau. Año de 1838.*



*El Beso de Abibina* caracteriza todavía con más exactitud su escuela y su manera de inofensivo erotismo.

En pos de este libro tan clásico, y que seguramente no pasó del círculo de los amigos del erudito Deán, apareció en 1843 el primer *Aguinaldo Puerto-Riqueño* (1), producto de una sociedad de amigos «que acordaron (según dicen en el prefacio) componer y publicar un libro enteramente indígena, que por sus bellezas tipográficas y por la amenidad de sus materias, pudiera dignamente, al terminarse el año, ponerse á los pies de una hermosa, ó en signo de cariño y reconocimiento ofrecerse á un amigo, á un pariente, á un protector, reemplazando con ventajas á la antigua botella de Jerez, al mazapán y á las vulgares coplas de Navidad.» La idea gustó, y los *Almanagues* ó *Aguinaldos*, creciendo en importancia y en volumen desde 1857, han proseguido recogiendo hasta nuestros días una gran parte de la producción literaria de Puerto Rico. En este primer *Aguinaldo* colaboró, con el pseudónimo de *Mario Kolhmann*, el excelente escritor peninsular don Eduardo González Pedroso, que ya entonces mostraba las altas facultades de que había de ser memorable ejemplo el discurso sobre los *Autos Sacramentales*. Los demás colaboradores, ya en prosa, ya en verso, fueron la poetisa D.<sup>a</sup> Alejandrina Benítez, y los Sres. I. Guasp, *Jacobo* (Pastrana), *Hernando* (Echeverría), C. Cabrera, Fernando Roig, Martín J. Travieso, M. A. Mateo Cavailhou y F. V. (Francisco Vassallo). Al año siguiente (1844) se celebraron en Puerto Rico fiestas Reales con motivo de la declaración de mayor edad de D.<sup>a</sup> Isa-

(1) Imprenta de Gimbernat y Dalmau.

bel II, y en el cuaderno de estas fiestas se leen también poesías de cinco de los colaboradores del *Aguinaldo*, J. M. Echeverría, I. Guasp, Francisco Vassallo, Carlos Cabrera y Francisco Pastrana (1).

A este primer despertamiento literario contribuyeron algunos estudiantes de Puerto Rico residentes en Barcelona, dando á luz sus juveniles ensayos, primero en un *Album Puerto-Riqueño*, que no hemos llegado á ver, y luego en *El Cancionero de Borinquen* (1846), que si no puede estimarse como formal antología, pues mal pueden formarse antologías en una literatura naciente, tiene, sin embargo, la curiosidad de presentar reunidas las primacías de la poesía borinqueña. Los autores que figuran en este raro librito, dedicado á la *Sociedad Económica de Amigos del País* de Puerto Rico, é impreso en parte á sus expensas, son D. Francisco Vassallo, don Pablo Sáez, D. Manuel A. Alonso, D. Santiago y don Juan B. Vidarte, D. F. Vassallo y D. Ramón E. de Carpegna. Salvo la buena intención y el recuerdo simpático de la patria lejana, poco hay que elogiar en las páginas de este libro inocentísimo. La mayor parte de estos principiantes se malograron jóvenes, y otros abandonaron pronto el cultivo de la poesía, distraídos por más prosaicas y lucrativas ocupaciones. De todos ellos, el malogrado Santiago Vidarte era el de mayores esperanzas, y su fantasía lírica *Insomnio* es, con todas sus incorrecciones, vaguedades y reminiscencias demasiado inmediatas, la mejor poesía del tomo, que por otra parte sería injusto tratar en serio, como obra que es de mu-

(1) *Fiestas Reales de Puerto Rico por el juramento á S. M. la Reina Doña Isabel II el 10 de Febrero de 1844. Puerto Rico. Imprenta de Gimbernat, 1844.*



chachos (1). Por entonces amaneció también la prosa de costumbres en los artículos de D. Manuel Alonso, que los coleccionó en 1849 con el título de *El Gibaro*. Algunos, como *La Gallera*, *El Baile de Garabato*, *La pelea de gallos*, no carecen de donaire, y como dato histórico sirven todos (2).

Bajo la protección del ilustre general que hoy preside la Academia Española, se estableció por los años de 1850 la *Academia Real de Buenas Letras de San Juan Bautista de Puerto Rico*, instituto de vida efímera, que no sobrevivió, según creemos, al mando del general Pezuela, pero que en el corto tiempo que duró, procuró estimular el cultivo literario, haciendo varias publicaciones y abriendo certámenes de poesía. En 23 de Enero de 1851 leyó en ella D. Rafael Castro su canto épico á la sierra de Luquillo en octavas reales. En 19 de Noviembre del mismo año obtuvieron premio y accésit respectivamente un poema de D. Juan Manuel Echeverría y otro de D. Manuel Felipe Castro sobre la gloriosa defensa de Puerto Rico contra los ingleses en 1797. Otro poema del mismo Echeverría sobre la victoria del Morro y heroica defensa de la ciudad de San Juan contra los holandeses en 1625, estaba designado para premio en el último concurso que celebró la Sociedad, en 1854, pero no llegó á imprimirse en Puerto Rico, sino en Caracas (3).

(1) *El Cancionero de Borinquen. Composiciones originales en prosa y verso.* Barcelona, imp. de Martín Carlé, 1846, 8.º

(2) *El Gibaro. Cuadros de costumbres de la isla de Puerto Rico*, por D. Manuel A. Alonso. Barcelona, por D. Juan Oliveres, 1849. Reimpreso con una segunda parte en Puerto Rico 1879, dos tomos.

(3) *El Yunque. Canto épico leído por su autor R. C. en la Academia Real de Buenas Letras de Puerto Rico el día de su recepción en ella, 23 de Enero de 1851.*

Mientras estos ensayos se hacían en la isla, habíase dado á conocer fuera de ella un poeta puerto-riqueño, D. Narciso de Foxá y Lecanda, oriundo de Santo Domingo, y educado en la Habana, por lo cual generalmente se le incluye entre los poetas de la grande Antilla. Ya en 1839 había aparecido en *La Siempreviva* su romance morisco *Aliatar y Zaida*; pero su reputación data principalmente de 1846, en que el Liceo de la Habana premió su *canto épico sobre el descubrimiento de América por Cristóbal Colón*, obra correcta y bien versificada, aunque ni mejor ni peor que otros innumerables poemas de certamen. En el género descriptivo merece relativa alabanza su *Canto* en versos sueltos á la *naturaleza de Cuba*, si bien la imitación de las silvas de Bello es tan directa y tan poco disimulada, que más bien parece paráfrasis, y desgraciadamente sin ventaja alguna de parte del imitador, que por centésima vez vuelve á cantarnos los *nevados copos* y los *broches de oro* del algodón, la *blanca flor* y los *purpúreos granos* del café, la *pura miel de las cañas amarillas*, el *plátano sonante*, la espléndida diadema de la piña «*reina feliz del vegetal imperio*», el *delicioso aroma* del tabaco, la *esmeralda viviente* del cocuyo, «*antorcha de la noche umbría*», y todos los demás lugares comunes de la flora y de la ornitología tropical, que por lo mismo que han sido ya insuperablemente cantados, requieren en el poeta tanto tino para no empalagar ni quedar des-

*Puerto Rico*, imp. de I. Guasp, 1851. *Poemas premiados por la Academia Real de Buenas Letras de Puerto Rico en la sesión pública que celebró en 19 de Noviembre de 1851. Puerto Rico*, imp. de I. Guasp, 1851. *La Victoria del Morro. Canto dedicado á los puerto-riqueños*, por D. Juan Manuel Echevarría. Caracas, imp. de Carreño hermanos, 1854.



lucido en la competencia. Ha de tenerse, no obstante, á Foxá por ingenio discreto y bastante celoso de la pureza de la lengua, como lo mostró volviendo al yunque una y otra vez sus principales producciones; y bajo este aspecto no deja de justificar los benévolos elogios de nuestro Cañete (1).

En los *Almanaques* de Puerto Rico comenzaban á darse á conocer nuevos poetas: D. Juan Francisco Comas, que á los diez y nueve años publicó en Mayagüez (1858) una colección en dos tomos, titulada *Preludios del Arpa*; D. Ramón Marín, y finalmente D. Alejandro de Tapia y Rivera, de quien, por haber fallecido, y ser sin duda el más fecundo y notable de los escritores de la isla, procede aquí mención más detallada.

Si por la grandeza de los propósitos y por la nobleza de los géneros cultivados, hubiera de graduarse el mérito de los autores, pocos aventajarían á Tapia, que procuró siempre vivir en las regiones más elevadas del arte, y á quien no arredraron ni el drama histórico, ni la novela social, ni el poema simbólico (2). Precep-

(1) *Ensayos poéticos de D. Narciso de Foxá: los da á luz, precedidos de un breve juicio crítico por D. Manuel Cañete, su amigo Ildéfonso de Estrada y Zenea.* Madrid, imp. de Andrés y Díaz, 1849.

Las odas *Al Comercio* y *A la fe cristiana* son sus composiciones de más aliento, después de las citadas.

Nació Foxá en 1822 en San Juan de Puerto Rico, y murió en París en 1883.

(2) Á continuación incluimos un catálogo, probablemente incompleto, de las obras de Tapia:

*Biblioteca histórica de Puerto Rico que contiene varios documentos de los siglos xv, xvi, xvii y xviii, coordinados y anotados por D. Alejandro Tapia y Rivera.* (Puerto Rico, imp. de Márquez, 1854.) Esta compilación muy útil y formada en gran parte con documentos inéditos, no es trabajo exclusivo de Tapia, sino que en ella colaboraron otros jóvenes puerto-riqueños que por los años de 1850 á 1852 formaban en Madrid una especie de sociedad

tista y crítico también, y no ajeno á los estudios filosóficos, trabajó siempre de una manera reflexiva, y gustó de razonar el propósito de sus obras. Se ve, además, que leía mucho y con provecho, y que estaba muy al corriente de la moderna literatura francesa, y aun de los libros alemanes traducidos al francés. Sus *Conferencias de Estética y Literatura*, inspiradas por el criterio hegeliano, así nos lo persuaden. Pero le faltaba el *quid*

para recoger documentos relativos á la isla, alentádoles en esta empresa D. Domingo Del Monte y D. Pedro Sáinz de Baranda.—*El Bardo de Guamaní, Ensayos literarios....* Habana, imp. del Tiempo, 1862. Grueso volumen de 616 pág. en 4.º, con el retrato del autor al frente. Contiene dos dramas, *Roberto d'Evreux* y *Bernardo de Palissy*; *La Palma del Cacique*, leyenda histórica de Puerto Rico; *La Antigua Sirena*, leyenda veneciana; ó más bien extensa novela; *Vida del pintor puerto-riqueño José Campeche*; *Un alma en pena* (cuento fantástico); *Poesías y Mesenianas, Fragmentos de la Sataniada.*—*La Cuarterona, drama original en tres actos* (en prosa). Madrid, tip. de Fortanet, 1867.—*Camoens, drama original en cuatro actos* (en verso). Madrid, Fortanet, 1868.—*Hero, Monólogo trágico*; con música de D. Mateo Sabatés. Ponce, imp. de F. Vidal, 1869.—*Póstumo el transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo.* Madrid, imp. de D. J. Aguado, 1872.—*Noticia histórica de D. Ramón Power, primer diputado de Puerto Rico, con un apéndice que contiene algunos de sus escritos y discursos.* Puerto Rico, 1873, imp. de González.—*Vasco Núñez de Balboa, drama histórico en tres actos.* Puerto Rico, imp. de González, 1873.—*La leyenda de los veinte años, novela original.* Puerto Rico, imp. de González, 1874.—*Cofresi, novela.* Puerto Rico, imp. de González, 1876.—*La Sataniada, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas, por Crisófilo Sardanápalo.* Madrid, imp. de Aurelio S. Alaria, 1878.—*Camoens, drama original en tres actos. Refundido y corregido por el autor para esta segunda edición.* Puerto Rico, imp. de Acosta, 1878.—*La parte del León, drama en tres actos y en prosa.* Puerto Rico, imp. de González, 1880.—*Miscelánea, Novelas, Cuentos, Bocetos y otros opúsculos.* Puerto Rico, González, 1880.—*Conferencias sobre Estética y Literatura.* Puerto Rico, 1881, imp. de González. Libro de relativo mérito, y uno de los pocos que en América se han publicado sobre estas materias.—*Póstumo el transmigrado, nueva edición, acompañada de una segunda parte, Póstumo envirginado ó historia de un hombre que se trasladó al cuerpo de una mujer.* Puerto Rico, imp. de J. González Font, 1882, obra póstuma. De 1871 á 1875 publicó una revista literaria, *La Azucena.*



*divinum*; y para tan altas empresas como las que él abarcó, no basta con el talento: se requiere el genio poético. Y las obras de Tapia no dejan más impresión que la de un talento claro y bien cultivado, ambicioso en demasía, con ambición noble y bien empleada, pero con medios visiblemente inferiores á sus grandes aspiraciones que, de realizarse cumplidamente, le hubieran dado puesto eminente en la literatura universal. Pero de todos modos, siempre hay mérito en poner el punto tan alto, y hay caídas que son honrosas y respetables. Y de ellas fueron, sin duda, las del extraño escritor que se firmaba unas veces *El Bardo de Guamaní*, y otras *Crisófilo Sardanápalo*.

*Escribió mucho, y así tiene de todo*, pudiéramos decir con el autor del *Diálogo de la lengua*. Contra lo que suele acontecer en poetas americanos, no son sus versos propiamente líricos lo más sobresaliente. Su estro en ellos parece débil, de poco aliento y nada espontáneo; y tampoco faltan tropiezos de forma, inexcusables. Alguna composición ligera como *La Hoja del Yagrumo* ó *La Ninfa de Guamaní* es lo único que puede exceptuarse, y aun allí molesta al oído la intercalación de consonantes agudos en las seguidillas. El mismo frecuente empleo que hace de la prosa poética en sus *fantasías* y en las que llama *Mesenianas*, muestra la indecisión con que buscaba la forma sin encontrarla, por falta de dominio y plenitud en su vida poética propia, que era ardiente, rápida, febril, pero poco íntima y consistente.

En el teatro fué menos infeliz, aunque sus dramas son más para leídos que para representados, y en realidad sólo dos ó tres de ellos lograron los modestos honores

de una representación casi privada. Desdeñoso de los efectos teatrales como todo el que trabaja en tales condiciones, busca el ideal en la historia, que es gran fuente de poesía humana, pero á condición de ser respetada en su integridad y propia fisonomía, y no sustituida con arbitrarias y fantásticas interpretaciones, que convierten á los personajes en símbolos vaporosos y sutiles, *simulacraque luce carentum*. Si de este escollo no siempre acertó á salvarse el mismo Schiller, que era á un tiempo historiador y gran poeta, forzoso era que más de una vez naufragase Tapia, arrojándose sin bastante meditación á llevar al teatro figuras históricas tan variadas y complejas como Camoens, Vasco Núñez de Balboa, la reina Isabel de Inglaterra, el Conde de Essex y Bernardo de Palissy. Hay en todos estos dramas conatos de poesía, pero nada que pueda decirse completo. En el duelo cuerpo á cuerpo con la realidad histórica, el poeta resulta vencido, y á pesar de sus loables esfuerzos, rara vez llega á caracterizar con vigor á sus héroes (por lo mismo que se empeña en tomarlos de frente) ni á hacerlos moverse y pisar las tablas con libertad y gallardía. Ó cae en la biografía dramática, en el *biodrama*, como él decía; ó asciende cual efímero globo, lleno de gas inflamable, á las regiones de la abstracción metafísica, perdiendo de vista el campo de batalla de la vida humana. Cuando escribe sus dramas en prosa, abusa de las formas propias de la discusión y del razonamiento é impropias del diálogo teatral, que ha de ser movimiento y pasión, ó no será nada. Cuando los escribe en verso, la locución es armoniosa y en general pura, pero le faltan elasticidad y nervio. *Bernardo de Palissy* es su drama mejor escrito, más fiel á la historia y al carácter



del protagonista, y se recomienda por cierta grandiosa y simpática serenidad moral. *La parte del León*, que es una de sus últimas obras, parece la más teatral de todas. En *Roberto d'Evreux*, representada en 1859, que fué, según creemos, la primera tentativa dramática de alguna importancia en Puerto Rico, la nobleza habitual del estilo, el estudio no vulgar del carácter de Isabel de Inglaterra, y el mérito indudable de algunas escenas como el diálogo de Cécil y Bristol y el monólogo de la Reina antes de firmar la sentencia de muerte de su favorito, no compensan la falta de aquel interés romántico que hay en la antigua comedia de D. Antonio Coello *Dar la vida por su dama*, tan bien analizada por Lessing en su *Dramaturgia*.

Análogas al teatro de Tapia son sus novelas, formadas en gran parte de impresiones y recuerdos de sus viajes y de sus lecturas. Una de las más originales, aunque no exenta de parentesco con el delicioso *Avatar* de T. Gautier, es la historia de *Póstumo* que transmigró al cuerpo de su enemigo.

Esto de las transmigraciones no era en Tapia mero recurso artístico. Quien haya leído *La Sataniada* y el nebuloso prólogo que la precede, sabrá que el poeta puerto-riqueño no se redujo á sutilizar sobre el idealismo filosófico, sino que tuvo dejos de místico y de iluminado, y aun barruntos de pitagórico y espiritista. *La Sataniada*, que modestamente llamó su autor *Grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas*, es, sin duda, uno de los abortos más singulares de la manía épico-simbólica, que tantos desastres produjo después de la aparición de la segunda parte de *Fausto*; pero aunque por lo extravagante de su concepción y por su

prolijidad ambiciosa é impertinente sea de los libros que nacieron muertos, sin que haya poder humano que baste á resucitarlos, todavía es digna de citarse: no sólo porque contiene los mejores versos de Tapia, sino porque el haber tenido su autor á estas alturas de fin de siglo la idea de un poema teológico, cósmico y humanitario, que contuviese la última razón de todas las cosas de este mundo y del otro, y haber vivido y muerto con la inocente ilusión de haberlo realizado, es, sin duda, un caso notable, ya de genio, ya de paciencia, ya de temeridad, ya de locura. De genio ya hemos dicho que carecía Tapia, pero tenía cierto grado de talento poético, amor desenfrenado al arte, manía de grandezas estéticas, y estaba contagiado, como otros muchos de su generación, por aquellos pomposos aforismos de filosofía literaria y aquellas fórmulas huecas, que no son de Hegel, sino de Michelet ó de Quinet, los cuales no dejaban en paz al poeta mientras no se había convertido en apóstol de los tiempos nuevos, y no había escrito su correspondiente *Biblia de la Humanidad*. Tapia, poseído de esta ambición cual otro *Pablo Gámbara*, ú otro Heriberto García de Quevedo (para no mentar á Espronceda, que se salva por la belleza de los detalles, redención que nunca falta á los grandes poetas), quiso hacer su *Ahasvero*, su *Prometeo*, su *Diablo-Mundo*. ¿Qué digo? Más altas fueron sus aspiraciones, y tal comparación le hubiera indignado. *La Sataniada* debía ser, y era sin duda en la mente de su autor (uno de los pocos mortales que han podido leerla entera), la cuarta epopeya del mundo, la coronación y el complemento necesario de la *Iliada*, de la *Divina Comedia* y del *Fausto*; por supuesto, aventajándolas y superándolas con toda la



ventaja que lleva nuestra edad á las pasadas. Nada menos iba á encarnarse en *La Sataniada* que «el modo de ser espiritual de nuestro tiempo». La idea religiosa que aparece «como presentimiento en la antigüedad, como fe viva en Dante, como tradición ó plácido recuerdo en Goethe», iba á mostrarse como *ideal positivo del siglo XIX* en *La Sataniada*, y *Crisófilo Sardanápalo* sería el hierofonte, el revelador del gran misterio. El autor limó su poema años y años: ya en 1862 publicó en la Habana algunos trozos, no poco mutilados por la censura; pero sólo diez y seis años después apareció en Madrid íntegro el gigantesco poema. Los tiempos no estaban para epopeyas satánicas ni angélicas, y todo el mundo se encogió de hombros. Nadie sabía quién era *Crisófilo Sardanápalo*, ni cuál era el sentido de todo aquel embolismo de las ciudades de *Diablópolis* y *Leprópolis*, por donde desfilaban en interminable procesión todos los personajes de la historia universal. Si algún aficionado leyó salpicadas algunas octavas, alabó la facilidad y la gala del versificador, y no pasó más adelante.

El autor, ó sea el *lepropolitano* que escribe el prólogo, empieza por decir que su obra no es puramente teológica como la de Dante, ni tampoco una «obra nihilista y pesimista, unilateral, y por lo tanto, incompleta» como el *Diablo Mundo*, ni envuelve una dualidad sin resolución como el *Fausto*, sino que en *La Sataniada* «la luz y la cruz, la ciencia y la religión, se funden para producir la transfusión del cielo en el mundo, en la humanidad, para que de este modo la humanidad, terminada su ley de evoluciones de perfección relativa, se torne al seno de lo absoluto, de donde nació como idea

palingenésica, y á donde debe volver cumplidamente realizada».

Para desarrollar tan disparatado pensamiento, el autor imagina una serie de arquetipos y representaciones, las cuales se van desenvolviendo no en la tierra, ni en el cielo ni en el infierno, como sucede en los demás poemas conocidos hasta hoy, sino en un mundo *sui generis*, que tampoco es mundo. Quiere esto decir que el poeta Crisófilo (que es el símbolo de la humanidad, además de ser el propio D. Alejandro Tapia, empleado en la oficinas de Hacienda de Puerto Rico), «no nos lleva al infierno, sino que percibe el infierno en el mundo, y funde ambas cosas dentro y fuera de lo infinito, prescindiendo de lugares y cronologías, y fundiendo lo temporal y lo eterno». Nos hace penetrar, pues, en un infierno inmaterial que vive en la humanidad de todos los tiempos, porque ésta lo lleva en su espíritu colectivo..... doble Tártaro en que hay un infierno que se llama *feliz (Diablópolis)*, morada de condenados dichosos, ó que lo parecen, y otro infierno de dolor (*Leprópolis*, ciudad de los leprosos), donde moran los réprobos, que lo son porque se niegan á seguir al rey de las tinieblas, y que si bien sufren, prefieren su dolor y luchan contra Satán á quien logran vencer algunas veces..... Esta historia y estos triunfos de Satán, cual soberano de la tierra y de los hombres: esta serie de evoluciones, de acción y reacción de la humanidad satánica, que habrán de reproducirse hasta que el género humano llegue á ser libre en el sentido de la razón, y cristiano en el de la sensibilidad, constituyen el objetivo del poema. Y aunque su acción «pasa en las regiones ideales é infinitas, no por eso se sale del mundo, porque



éste no deja de ser parte y contenido de la eternidad y de lo infinito como tiempo y como espacio, meras relaciones que el espíritu concibe con este carácter. De suerte, que el mundo de que se trata es el nuestro en idea, ó la idea-mundo, por lo que el lector podrá creerse en éste, hallándose en el infierno sin haber salido del mundo».

Tal es el pensamiento de este diabólico poema, ó más bien estupenda pesadilla, obra póstuma de un género muerto y que no es de temer que en mucho tiempo resucite. Treinta mortales cantos tiene *La Sataniada*, donde (y ésta es la mayor desdicha) abundan octavas buenas, brillantes y aun magníficas, descripciones profusas, ya terribles, ya risueñas, rasgos de humor y de fuerza satírica que parecen del abate Casti, expresiones felices, caprichosos arabescos, raras fantasías, todos los caprichos de un versificador ejercitado y muy superior al que en sus dramas y en sus versos líricos aparece. Y todo esto está allí enterrado como en un pozo; ahogado y obscurecido por la insensatez del plan, por la incoherencia de los episodios, por un pedantesco fárrago de nombres propios y de teorías á medio mascar, y por el más fangoso torrente de declamaciones de sectario contra todo lo humano y lo divino. *La Sataniada* es un confuso centón de todo género de herejías, pero están expuestas de un modo tan estrambótico, que no es de temer que hagan muchos prosélitos. Lo que puede dudarse es que saque sana la cabeza el que se aventure á penetrar en semejante aquelarre.

Con todos sus defectos y aberraciones de gusto, Tapia y Rivera, no sólo por el número y relativo valor de sus obras, sino por la eficacia constante de su ejemplo

en su vida literaria laboriosísima, y por la activa propaganda de sus ideales artísticos, que con todo el fervor y vehemencia propios de su temperamento ejerció hasta sus últimos días, ya en pláticas familiares, ya en los papeles periódicos, ya en conferencias y discusiones de Ateneo (1); mantuvo el fuego sacro de la literatura en Puerto Rico, donde tan pocos estímulos tenía, y fué causa, ocasional á lo menos, de la aparición de otros ingenios, la mayor parte de los cuales viven aún. Sus producciones se registran ya en el *Nuevo Cancionero de Borinquen* de 1872, ya en la colección de *Poetas puerto-riqueños* de 1879 (2).

Entre los que han fallecido debemos citar en primer término al malogrado D. José Gautier Benítez (1848-1880), cuyo *Canto á Puerto Rico*, de brillante ejecución, aunque no exento de los lugares comunes de la poesía descriptiva americana, va en esta Antología. Pero hay otra poesía suya, si menos celebrada, más digna de serlo, *La Barca*, alegoría nada nueva de la vida humana, pero tratada con cierta amplitud de sentimiento lírico que se dilata en graves y majestuosas estancias (3).

Madre de este poeta fué, á lo que entendemos, doña

(1) Véase M. Fernández Juncos, *Semblanzas puerto-riqueñas*.—Puerto Rico, 1888; págs. 58-95.

(2) *Nuevo Cancionero de Borinquen. Colección de poesías escogidas por Manuel Soler y Martorell*.—Puerto Rico, Imp. de González, 1872, 8.º.

*Poetas puerto-riqueños. Producciones en verso, escogidas y coleccionadas por D. José María Monje, D. Manuel M. Sama y D. Antonio Ruiz Quiñones*.—Mayagüez, Martín Fernández, editor, 1879.

(3) *Colección de Poesías de D. José Gautier Benítez*. Puerto Rico, Imp. de González 1880. Publicación póstuma con un prólogo de D. Manuel Elzaburu y una *Corona literaria en honor de Gautier Benítez*.



Alejandrina Benítez de Gautier, que no sólo es la más antigua poetisa puertorriqueña, sino que figuró en el primitivo grupo literario de 1843. Sus versos á la *Estadua de Colón en Cárdenas* y al *Cable submarino*, son robustos y grandilocuentes; pero en otros más íntimos como *Mi pensamiento y yo*, y *El paseo solitario*, se revela mejor su noble personalidad lírica (1).

Un año antes que Gautier Benítez nació, y un año después murió, un poeta de Manatí, llamado Francisco Alvarez (1847-1881), cuyos versos póstumos fueron coleccionados por devoción de algunos amigos. Las poesías de Alvarez son muy incorrectas, como de quien no había recibido más educación que la elemental y la que pudo adquirir en vagas lecturas: el fondo es melancólico y algo pesimista, por lo cual se le ha comparado con Becquer, y aun con Bartrina; pero su melancolía no ha de achacarse á imitación literaria, puesto que fué sincera como de quien, víctima de pertinaz é incurable dolencia, sentía acercarse á cada momento la inevitable muerte. La *Meditación Nocturna* basta para caracterizarle, y es, sin duda, su mejor poesía (2).

Aun restán otros nombres: D. José María Monje, correcto y frigidísimo imitador de nuestros clásicos del siglo pasado, especialmente de Moratín y Jovellanos; D. Manuel Corchado, que se dió á conocer en un concurso de 1862, por su valiente oda al pintor Campeche;

(1) Véase el estudio de D. José J. Acosta, *Alejandrina Benítez y Arce de Gautier*. Puerto Rico, 1886.

(2) *Obras Literarias de Francisco Alvarez*. Puerto Rico, imp. de González, 1881. Con un prólogo de D. Manuel Fernández Juncos. Contiene, además de las poesías líricas, tres *pequeños poemas* y un drama en dos actos, representado en Manatí en 1881.

y partidario luego de los delirios espiritistas, publicó *Historias de Ultra-Tumba* (1872) y una especie de romancero de la segunda guerra civil que llamó *Páginas sangrientas* (1875) (1); Carmen Hernández, poetisa que disputó el lauro á Corchado, con versos de sabor clásico, en el certamen de Campeche; y otros muchos que no citamos, para no convertir este trabajo en árida nomenclatura. Sólo haremos una excepción en pro del malogrado joven Manuel Elizaburu y Vizcarrondo, cuyo nombre no figura en las antologías puertorriqueñas, aunque lo merece mucho más que otros. Apenas conozco versos suyos originales, pero dejó muy lindas traducciones de poetas franceses modernos, especialmente de Teófilo Gautier (el *Madrugal pantelista*, la *Sinfonía en blanco mayor*, *Lo que dicen las golondrinas*, *La nube*, *Tristeza en el mar*, *La Rosa-té*). Y quien conozca el extraño y sutil artificio de los versos originales, no dejará de dar á estos es-

(1) *Corona Poética dedicada al Maestro José Campeche, pintor puertorriqueño*. Puerto Rico, imp. del Boletín Mercantil, 1863. Además de la poesía de Corchado, que fué la premiada en este certamen, abierto por la Sociedad Económica de Amigos del País, figuran en el cuaderno otras de Carmen Hernández, Alejandrina Benítez, Heraclio M. de la Guardia (venezolano), Juan Francisco Comas, José Coll y Britapaja, Ramón Marín y Federico Rosado y Brincan. *Historias de Ultra-Tumba. Por Manuel Coychado*. Madrid, imp. de J. M. Alcántara, 1872.—*Páginas sangrientas. Colección de romances escritos sobre episodios de la guerra civil, por Alejandro Benítez y Manuel Corchado*. Madrid, imp. de J. Aguado, 1875.—*El Trabajo*, poesía (1878). Publicó, además, algunos folletos sobre cuestiones políticas, sociales y religiosas: *Las Barricadas* (Barcelona, 1870), *La pena de muerte* (Barcelona, 1871), *La pena de muerte y la prueba de indicios* (Madrid, 1877), *Dios*, réplica á Suñer y Capdevila. Colaboró en la *Revista de Estudios Psicológicos* y en otros papeles espiritistas. Para el teatro escribió *María Antonieta, cuadro dramático original y en verso*, estrenado en Puerto Rico en 1880. Fué diputado á Cortes por su isla, y murió en Madrid en 30 de Noviembre de 1884. Al año siguiente se publicó en Ponce una *Corona Poética* á su memoria, y además se imprimieron sueltas otras composiciones elegíaco-laudatorias.



fuerzos el debido precio y preferirlos á mucha hojarasca indigena que sin provecho abrumba las colecciones citadas (1). La literatura puerto-riqueña, ya bastante consi-

(1) Á continuación damos todos los nombres de poetas que figuran en las dos colecciones ya citadas.

En el *Nuevo Cancionero* de Rodríguez:

*Muertos*: Jenaro Aranzamendi.—Manuel Alonso.—Alejandrina Benítez y de Arce de Gautier.—Manuel Corchado.—José J. Dávila.—José Gautier y Benítez.—José María Monje.—F. M. de Rodríguez.—Francisco Pastrana.—Manuel Soler y Martorell.—Alejandro Tapia y Rivera.—Francisco Vassallo.

*Vivos*: Juan Francisco Comas.—José Antonio Daubon.—Ramón Marín.—José G. Padilla.—Manuel Padilla.—Manuel M. Sama.—Rafael del Valle y Rodríguez.

En los *Poetas Puerto-Riqueños*:

*Muertos*: Alvarez.—Aranzamendi.—Alejandrina Benítez.—Úrsula Cardona de Quiñones (*Angélica*).—Manuel Corchado.—José Jacinto Dávila.—Eleuterio Derkes.—José R. Freyre y Rivas.—Gautier Benítez.—J. Pastrana.—Domingo M. Quijano.—M. Soler y Martorell.—Tapia y Rivera.—F. Vassallo.—Santiago Vidarte.

*Vivos*: Francisco J. Amy.—J. B. Balseiro.—Salvador Brau.—Cayetano Coll y Toste.—José Coll y Britapaja.—Antonio Cortón.—José A. Daubon.—J. J. Domínguez.—Manuel Dueño Colón.—Ramón Marín.—Fidela Mathieu de Rodríguez.—José G. Padilla.—Manuel Padilla Dávila.—José Ramón Rodríguez Mac-Carthy.—Lola Rodríguez de Tió.—Manuel María Sama.—Bonocio Tió Segarra.—Rafael del Valle.—Manuel Zeno Gandía.

De estos poetas sólo han publicado colecciones D. Eleuterio Derkes (Puerto Rico, imp. del Comercio, 1871), autor también de un drama en cuatro actos y en prosa, *Ernesto Lefevre ó el triunfo del talento*, representado en Guayamo, 1871; Lola Rodríguez de Tió (*Mis Cantares*, Mayagüez, 1876; *Claros y Nieblas*, Mayagüez, 1885); D. José J. Domínguez, con el seudónimo de *Gerardo Alcides* (Mayagüez, 1879), y posteriormente un cuaderno de *Odas Elegiacas* (Mayagüez, 1883); D. F. J. Amy (*Ecos y Notas*, Ponce, 1884; libro que contiene estimables traducciones de Bryant, Longfellow, Whittier, Leigh Hunt, Stedman y otros poetas anglo-americanos, y también versos castellanos traducidos al inglés, entre ellos *La Madrugada*, de Milánés); D. Rafael del Valle (Arecibo, 1884).

Con el título de *Notas Perdidas* existe también una colección especial de poetas arecibeños, publicada en 1879.

Para la redacción de este capítulo hemos tenido presentes, además de las colecciones impresas, una manuscrita remitida á la Academia Española por

derable en cantidad, dada la pequeña extensión de la isla, es de las que más necesitan expurgo y disciplina. Allí, como en el resto de América, se escriben demasiados versos, y los poetas se encuentran por docenas. Hasta pueblos secundarios como la villa de Arecibo, que apenas habrá sonado en los oídos de ningún lector europeo, poseen antologías especiales de sus ingenios. En todo esto tiene que haber mucha maleza, que sólo la crítica local y de todos los días puede ir arrancando con mano fuerte. El país que, á la hora presente, se honra con la delicada y castiza inspiración de la autora de *La vuelta del pastor*, y cuenta con un conocedor é intérprete de la literatura inglesa tan digno de aprecio como Amy, tiene ya derecho á ser juzgado por lo que realmente vale, y á ocupar en la literatura americana el lugar modesto sin duda, pero no despreciable, que hasta ahora con evidente injusticia se le ha negado en todas las colecciones generales formadas en las demás regiones del Nuevo Mundo. Pero si se ha de evitar que las apariencias engañen, conviene que la crítica (que tiene ya un órgano autorizado en la *Revista Puerto-Riqueña* sostenida con loable constancia durante siete años), sea inexorable en la aplicación de las reglas del buen gusto, y no ceda con excesiva facilidad ni al engreimiento local, que sería prematuro, ni á las avasalladoras corrientes de la novísima literatura francesa, que al quitar carácter español á las nacientes literaturas de

la comisión literaria nombrada por el Capitán general Gobernador de la isla.

Debo también preciosos datos á la diligencia de mi antiguo amigo y constante favorecedor, el elegante poeta venezolano D. Miguel Sánchez Pesquera, que reside años hace en Puerto Rico con un cargo de magistratura.



América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

## VII.

## VENEZUELA.

La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más varias, interesantes y novelescas que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á despecho de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezclada: de

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía las provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Bar-

los ochocientos mil habitantes que próximamente se calculaban á principios de este siglo, según testimonio de Humboldt y Bonpland, había más de 120.000 indios, diez mil de ellos no reducidos á vida civilizada, más de sesenta mil negros, más de cuatrocientos mil mestizos y mulatos, y sólo unos 212.000 individuos de raza blanca, entre criollos y españoles. Con elementos tan heterogéneos y abigarrados, sin ningún centro de alta cultura que recordase los emporios de México y Lima, sin universidad y sin imprenta hasta muy entrado el siglo XVIII, la historia literaria no puede ofrecernos más que páginas en blanco. Y sin embargo, ya entre los conquistadores hubo quien diese culto á las musas; y Juan de Castellanos, que dedicó la mitad de sus elegías á sucesos y personajes de lo que hoy es jurisdicción de Venezuela, recogiendo innumerables datos biográficos sobre los primeros colonos, encontró en la isla Margarita nada menos que cuatro poetas, y músicos también según parece:

Con cuyo son las damas y galanes  
Encienden más sus pechos en amores.....

.....  
Allí también dulcísimo contento  
De voces concertadas en su punto,  
Cuyos concertos lleva manso viento  
Á los puntos oídos por trasunto:  
Corre mano veloz el instrumento

quisimeto y Carabobo), Cumaná (incluyendo la de Barcelona), Guayana, Maracaibo (y con ella Mérida y Trujillo), Barinas y Apure, la isla de Margarita, y la de Trinidad hasta que en 1797 cayó en poder de los ingleses. Sus límites, como se ve, eran inmensamente mayores que los de la primitiva gobernación ó provincia de Venezuela, que según la cédula de asiento de Carlos V con los Welsees en 1528, comprendía sólo desde el Cabo de la Vela hasta el de Macarapana, por la costa, y por el interior hasta el río Casanare.



América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

## VII.

## VENEZUELA.

La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más varias, interesantes y novelescas que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á despecho de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezclada: de

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía las provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Bar-

los ochocientos mil habitantes que próximamente se calculaban á principios de este siglo, según testimonio de Humboldt y Bonpland, había más de 120.000 indios, diez mil de ellos no reducidos á vida civilizada, más de sesenta mil negros, más de cuatrocientos mil mestizos y mulatos, y sólo unos 212.000 individuos de raza blanca, entre criollos y españoles. Con elementos tan heterogéneos y abigarrados, sin ningún centro de alta cultura que recordase los emporios de México y Lima, sin universidad y sin imprenta hasta muy entrado el siglo XVIII, la historia literaria no puede ofrecernos más que páginas en blanco. Y sin embargo, ya entre los conquistadores hubo quien diese culto á las musas; y Juan de Castellanos, que dedicó la mitad de sus elegías á sucesos y personajes de lo que hoy es jurisdicción de Venezuela, recogiendo innumerables datos biográficos sobre los primeros colonos, encontró en la isla Margarita nada menos que cuatro poetas, y músicos también según parece:

Con cuyo son las damas y galanes  
Encienden más sus pechos en amores.....

.....  
Allí también dulcísimo contento  
De voces concertadas en su punto,  
Cuyos concertos lleva manso viento  
Á los puntos oídos por trasunto:  
Corre mano veloz el instrumento

quisimeto y Carabobo), Cumaná (incluyendo la de Barcelona), Guayana, Maracaibo (y con ella Mérida y Trujillo), Barinas y Apure, la isla de Margarita, y la de Trinidad hasta que en 1797 cayó en poder de los ingleses. Sus límites, como se ve, eran inmensamente mayores que los de la primitiva gobernación ó provincia de Venezuela, que según la cédula de asiento de Carlos V con los Welsees en 1528, comprendía sólo desde el Cabo de la Vela hasta el de Macarapana, por la costa, y por el interior hasta el río Casanare.



Con un ingenioso contrapunto,  
 Enterneciéndose los corazones  
 Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polimnia y Erato,  
 Con la conversación del duro Marte,  
 De número sonoro y verso grato,  
 Tenían deste tiempo buena parte:  
 Rara facilidad, suave trato,  
 Y en la composición ingenio y arte,  
 De los cuales discípulos y alumnos  
 Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú que sus herencias hoy posees  
 No menos preciarás saber quién era  
*Bartolomé Fernández de Virués,*  
 Y el bienquisto *forge de Herrera:*  
 Hombres de más valor de lo que crees,  
 Y con otros también de aquella era,  
*Fernán Mateos, Diego de Miranda,*  
 Que las musas tenían de su banda.

(Elegía xiv, part. 1.<sup>a</sup>)

Los versos no pueden ser peores, pero es curioso el testimonio tratándose de 1550 próximamente.

A fines del siglo xviii y principios del siguiente, encontramos algunos versificadores gongorinos, de lo más enfático y perverso dentro de su género. Al frente de la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, de D. José de Oviedo y Baños (Madrid, 1723) (1), escribió el licenciado D. Alonso de Escobar, canónigo de la catedral de Caracas, examinador sinodal del obispado de Venezuela y secretario del Obispo, un romanzón endecasílabo congratulando á la ciudad de Caracas en estos revesados términos:

Coronado León, de cuyos rizos  
 Altivas crenchas visten el copete,

(1) Reimpresión por la *Biblioteca de los Americanistas*, Madrid, 1885. Dos tomos. Ilustrada con notas y documentos, por D. Cesáreo Fernández Duro.

Gallarda novedad que su nobleza  
 Generosa guardó para sus sienas:  
 Ilustre concha, que en purpúreas líneas  
 Del Múrice dibujas los relieves  
 En cruzados diseños que se exaltan,  
 Cuando en fuertes escudos te ennoblecen.

Fértil ribera que en plateadas ondas  
 El elemento líquido guarnece,  
 Y en vegetales minas sus tesoros  
 Á púrpura reducen lo virente;  
 Floresta americana, de quien Flora  
 Tiernos pimpollos libra en candideces  
 De flores, que perdiendo la hermosura,  
 Son frutos suaves que Pomona ofrece....

Por lo menos, hacia versos sonoros, aunque vacíos; pero baste esta muestra. Del mismo autor hay un ridículo soneto con doble acróstico, al principio y al medio del verso. Otro de los panegiristas de Oviedo y Baños fué D. Ruy Fernández de Fuenmayor, en un soneto y en unas conceptuosas décimas.

Hasta 1696 no hubo más enseñanzas que las de algunos conventos. En aquel año, el obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, natural de Santa Fe de Bogotá, fundó en Caracas el colegio-seminario de Santa Rosa, con trece becas y nueve cátedras de gramática latina, filosofía aristotélica, teología, cánones y música (1). Pero los venezolanos estudiosos padecían la incomodidad de tener que ir á graduarse en las universidades más ó menos lejanas de Santo Domingo, México y Santa Fe, hasta que por cédula de Felipe V, en 1721, y bula apostólica de Inocencio XIII, del año siguiente, quedó convertido el Seminario Tridentino en Universidad Real y Pontificia, con los mismos derechos y privilegios que las

(1) Baralt, *Historia de Venezuela*, 2.<sup>a</sup> edición, tomo 1.<sup>o</sup>, pág. 414.



demás de América, ampliándose el número de sus enseñanzas con las de Derecho Civil y Medicina. Los jesuitas tuvieron también colegios, hasta su expulsión, y allí, como en lo demás de América, se les debió en gran parte la difusión de la cultura clásica.

La imprenta no existió hasta 1806, en que el general revolucionario Miranda trajo una ambulante para imprimir sus proclamas, que fueron quemadas en Caracas por mano del verdugo. Hasta 1808 no empezó á salir la *Gaceta de Caracas*. Con tan tenues principios asombra el desarrollo que en breves años logró el despierto y lozano ingenio de los criollos venezolanos. Porque no hay que olvidar que Bello, nacido en 1781 en pleno régimen colonial, se formó en Caracas; que su primer maestro de humanidades fué un fraile de la Merced, fray Cristóbal de Quesada; que hizo los estudios de filosofía en el Seminario de Santa Rosa bajo el rectorado del presbítero Montenegro, «el bueno, el afectuoso, el sabio doctor Montenegro», como le llama Baralt; y que en la Real y Pontificia Universidad de su patria encontró en 1797 un Dr. Escalera que le enseñase las Matemáticas y la Física Experimental. Declárese cuanto se quiera contra la educación clerical y española, siempre persistirá el hecho de haber sido hijos de ella Bello, Olmedo y Heredia, los tres nombres más indiscutibles de la literatura americana.

Favorecida por su ventajosa posición cerca del mar de las Antillas, que Humboldt llama «un Mediterráneo de muchas bocas»: favorecida por las reformas de Carlos III, enriquecida por el comercio, y en trato frecuente, no sólo con la Metrópoli, sino con los extranjeros, que, ya en los breves períodos en que el comercio

fué libre, ya por medio del contrabando, difundieron sus industrias, artes, ideas, libros y comodidades, Caracas había llegado á ser en 1799 una de las ciudades más cultas del mundo americano. Entonces la visitó Humboldt, el cual, en su *Viaje á las regiones equinociales*, declara haber encontrado en muchas familias principales gusto por la instrucción, conocimiento de los modelos de las literaturas francesa é italiana, y decidida predilección por la música, que servía como de lazo entre las diversas clases sociales. Y añade que en Caracas y en la Habana creyó estar más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos que en ninguna otra parte de la América española. Los libros corrían de mano en mano, sin exceptuar los incluidos en el *Índice*, que sólo podían entrar de contrabando, y que corriendo á sombra de tejado iban difundiendo las ideas revolucionarias y enciclopedistas y preparando la explosión de 1810. Pero en medio de esta fermentación peligrosa, había ansia de saber y evidente mejora en los estudios. Montenegro, Escalona y Echezuría, habían reformado los estudios de Filosofía, y el licenciado Sanz los de Derecho; los hermanos Luis y Javier Ustáriz tenían en su casa una academia privada de literatura, en la cual leyó Bello sus primeras producciones: su oda *A la Vacuna*, sus traducciones del libro quinto de la *Eneida* y de la tragedia *Zulima* de Voltaire. Allí se dieron á conocer también otros aficionados á la poesía, de quienes apenas quedan muestras, porque el archivo de aquella pequeña sociedad desapareció en los disturbios civiles (1). Entre ellos se citan los nombres de D. Vicente Tejera, D. José

(1) Fuera de este grupo literario, componía versos místicos y conceptuosos la monja carmelita sor María Josefa de los Angeles.



Luis Ramos, D. Domingo Navas Spínola, D. Vicente Salías, D. José Domingo Díaz y algunos otros. Navas Spínola tradujo la *Ifigenia*, de Racine, y algunas odas de Horacio. De Ramos, uno de los firmantes del acta de independencia de 1811, conozco una versión apreciable del *Oh Navis, referent....* El médico Salías compuso el poema burlesco de *La Medicomaquia*, en el gusto prosaico de Iriarte. Se citan un ensayo dramático de D. José Domingo Díaz, *Inés*, y otro de González, titulado *Antibal*. De Tejera, uno de los próceres de la independencia, no se conoce con certidumbre poesía alguna, puesto que, de las dos que el Sr. Calcaño pone á su nombre en el *Parnaso Venezolano* (1), la *Paráfrasis del Miserere* es mucho más antigua que Tejera, y estaba impresa en las rimas de tan conocido autor como Gerardo Lobo, desde 1717 por lo menos; y la traducción, muy popular en Venezuela y Nueva Granada, y aun en España, del soneto francés de Hésnault, *El Aborto*, anda también en litigio, y se le han atribuido diversos padres. Como se ve, todos estos ingresos pertenecían á la escuela literaria del principio del siglo, y su poeta predi-

(1) *Parnaso Venezolano*. Colección de poesías de autores venezolanos desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, precedida de una introducción acerca del origen y progreso de la poesía en Venezuela, por D. Julio Calcaño, individuo correspondiente de la Real Academia Española.... Caracas, 1892. (Se ha publicado el primer tomo y está próximo á ver la luz pública el segundo.) Esta colección, más completa y esmerada que otras anteriores, ha sido formada por el inteligente y laborioso secretario de la Academia Venezolana, para auxiliar los trabajos de la nuestra.

Véase además: *Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos, ordenada con noticias biográficas*, por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España. París, sin fecha (¿1870?).

*Parnaso Venezolano*, publicado en Curazao (Antilla Holandesa) por la casa editorial de A. Bethencourt en muchos volúmenes pequeños.

lecto parece haber sido Arriaza, que en 1806 visitó á Caracas como oficial de marina, y sin duda concurrió á la tertulia de los Ustáriz. Sus versos, tan populares en América como en España, se pegaban dulcemente al oído, y es fama que dejaron huella aun en el mismo clásico y severísimo Bello.

La gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente á la región de Venezuela, que le dió cuna, y á la República de Chile, que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino á toda la América española, de la cual fué el principal educador: por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas: indirectamente y por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, á la vez filósofos y poetas, atrayendo á los hombres con el halago de la armonía para reducirlos á cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega



á un grado de primor y perfección insuperables, y en los cuales renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo (1).

(1) Nació D. Andrés Bello en Caracas, en 29 de Noviembre de 1781. Desde su niñez se deleitaba en la lectura de los clásicos de nuestra lengua, especialmente de Calderón y de Cervantes. Hizo sus estudios de latinidad y filosofía en el convento de la Merced, en el Seminario de Santa Rosa y la Universidad de Caracas, con los maestros que en el texto quedan citados; obteniendo ruidosos triunfos escolares. Comenzó por dedicarse á la enseñanza privada, contando entre sus discípulos á Bolívar. El trato de Humboldt, á quien acompañó en algunas de sus excursiones, le abrió nuevos horizontes científicos. Concurrió á la tertulia literaria de los Ustáriz, y por recomendación suya obtuvo el cargo de oficial de secretaría en la Gobernación y Capitanía general de Venezuela, y luego el de secretario de la Junta Central de la Vacuna. En tal situación le sorprendieron los sucesos de 1808 y 1810. En los primeros momentos no se mostró muy fervoroso partidario de la independencia americana; pero es imputación conocidamente calumniosa, y que amargó en extremo su vida, la de que hubiese revelado al gobernador Emparán las tramas de los insurgentes. Basta el hecho de haber sido enviado Bello á Londres en 1810 como comisionado de la Junta de Caracas, juntamente con Simón Bolívar y López Méndez, para convencerse de la plena confianza que en él tenían los fautores del movimiento revolucionario. Los comisionados caraqueños ajustaron una especie de convención oficiosa con el gobierno inglés, que bajo capa fomentaba la insurrección de nuestras colonias, y Bello continuó en Londres como agente de sus paisanos desde 1810 hasta 1829. Durante aquellos años, que fueron para él de penalidades y estrecheces, completó su educación, ya en las bibliotecas, ya en el trato de doctos varones ingleses y españoles, como James Mill, lord Holland, D. José María Blanco (White), y D. Bartolomé J. Gallardo. De entonces datan sus primeras investigaciones sobre filología castellana y sobre los monumentos poéticos de la Edad Media. En 1823 publicó, asociado con el colombiano García del Río, una revista titulada *Biblioteca Americana ó Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, y en 1825, con el mismo García del Río y los españoles Mendivil y Salvá, otra más extensa é importante, el *Repertorio Americano*. En la una ó en la otra están sus mejores poesías, juntamente con numerosos artículos en prosa, algunos de ellos de gran novedad, erudición é importancia, entre los cuales merecen especial recuerdo las *Indicaciones sobre la conveniencia de reformar la ortografía*, y el tratado *del uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa*. En 1829 se decidió á abandonar el cargo de secretario de la legación de Colombia,

Su prosa no es brillante, ni muy trabajada, pero es modelo de sensatez, de cordura y de caudalosa doctrina. Escribía como hablaba, enseñando siempre, con maravillosa claridad y orden didáctico, como quien va más atento al provecho común que á la vana ostentación del

que ejercía en Londres, y á aceptar las proposiciones del Gobierno de Chile, que le nombró oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. En aquella República encontró Bello su segunda patria, y el medio más adecuado para el completo desarrollo de su acción educadora, por la cual se le compara con D. Alberto Lista. Ya en el Colegio de Santiago, ya en su propia casa, comenzó á dar cursos de humanidades, de filosofía moral, de derecho de gentes y derecho romano, ejerciendo además el magisterio de la crítica en el periódico oficial titulado *El Araucano*. Dos materias solicitaron con preferencia su atención por ser de utilidad más inmediata en un estado naciente: el Derecho Internacional, como base para el arreglo de las relaciones exteriores, y la Gramática de la lengua patria, que estaba afeada en Chile con más barbarismos y corruptelas que en ninguna otra parte de América. Sus excelentes libros didácticos sobre una y otra materia no han envejecido aún, y más ó menos modificados continúan sirviendo de texto en todo el continente americano. Coronó vida tan aprovechada y fecunda con dos empresas á cuál más gloriosa: la creación de la Universidad de Chile, de la cual fué primer rector en 1843, formulando su ideal científico en un admirable discurso inaugural; y la redacción del *Código Civil Chileno* (modelo de otros de América), que se promulgó en 14 de Diciembre de 1855. El crédito de su sabiduría y rectitud era tal en sus últimos años, que se le escogió como árbitro en cuestiones internacionales, como la del Ecuador y los Estados Unidos en 1864, y la de Colombia y el Perú en 1865. Falleció el 15 de Octubre de aquel mismo año, dejando el nombre más venerable en la historia americana. El desarrollo de la civilización chilena es en gran parte obra suya. En sus mocedades pagó algún tributo á las ideas del siglo XVIII; pero en Chile estuvo siempre del lado de los principios católicos y conservadores y de la tradición española, que revive poderosa y lozana en sus escritos, cuya colección es el principal monumento de la cultura americana. Esta colección oficial, publicada en cumplimiento de una ley de 5 de Septiembre de 1872, debe de constar, por lo menos, de 12 volúmenes; pero sólo puedo dar razón del contenido de los diez primeros, únicos que han llegado á mis manos. El primero contiene la *Filosofía del entendimiento*, el segundo los *Estudios sobre el poema del Cid*, el tercero las *Poesías*, el cuarto la *Gramática castellana*, el quinto los *Opúsculos gramaticales*, el sexto, séptimo y octavo los *Opúsculos críticos y literarios*, el noveno los *Opúsculos*



saber propio. En su espíritu recto, y bien equilibrado, se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, y el sentido de la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su varia y rica cultura personal, adaptó á la cul-

jurídicos y el décimo el *Derecho internacional*. La publicación comenzó en 1881 y continuaba en 1886.

La *Vida de D. Andrés Bello*, publicada en 1882 por el laboriosísimo investigador literario D. Miguel Luis Amunátegui, uno de los discípulos predilectos que Bello dejó en Chile, es uno de los trabajos más completos que en su línea pueden encontrarse sobre ningún autor castellano, y compite en riqueza de materiales con las mejores biografías inglesas. Reálzanla gran número de cartas literarias y políticas de Bello y de sus amigos, y varios opúsculos importantes, que no han encontrado lugar en la colección de las *Obras* por estar incompletos ó por cualquier otra causa. En esta biografía amplió y refundió Amunátegui los varios estudios biográficos que antes tenía publicados sobre su maestro; pero todavía en las introducciones á los diversos tomos de las *Obras* ha encontrado mucho que añadir á la *Vida*.

Hay otro libro indispensable para el conocimiento de la biografía y de las ideas de Bello, si bien debe ser consultado con prudente cautela, porque su autor, hombre de talento vigoroso, pero acérrimo secuaz del positivismo filosófico, juzga á su antiguo maestro desde el punto de vista de su escuela ó secta, y unas veces pretende hacerle suyo, y otras le trata con sequedad y dureza como á enemigo de «la emancipación intelectual», tirando á disminuir ó desvirtuar su mérito é influencia. Me refiero á los *Recuerdos literarios* de don J. V. Lastarria (Santiago de Chile, 1878).

Acerca de Bello y sus obras, comienza á formarse lo que los alemanes llaman una *literatura*. Para los trabajos anteriores á 1881, nos remitimos al esmerado catálogo que formó D. Miguel Antonio Caro en el *Homenaje del «Repertorio colombiano» á la memoria de Andrés Bello en su centenario* (Bogotá, 1881), al cual pueden añadirse ya muchos artículos. Pero pocos tan dignos de memoria como el admirable prólogo del mismo Caro á la edición (por otra parte muy incompleta) de las *Poesías de Bello*, publicada en 1881 en la *Colección de escritores castellanos*; y los *Estudios gramaticales ó introducción á las obras filológicas de Bello*, por el escritor colombiano D. Marco Fidel Suárez, en la misma *Colección*. (Madrid, Diciembre, 1885). Entre nosotros contribuyó más que nadie, á la justa estimación del nombre de Bello, don Manuel Cañete en varios opúsculos críticos, especialmente en el discurso que leyó en sesión pública de la Academia Española en el aniversario del nacimiento del poeta (1881).

tura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en la filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho Natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha ni en la alta crítica, en la gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente á los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina austera es imposible enseñar á hablar, á pensar, á leer, á un pueblo que acaba de salir de la menor edad. Otros, por desgracia de las repúblicas americanas, siguieron distinto camino; y con aprender el francés y olvidar el latín y el castellano; con maldecir de las instituciones coloniales por el mero hecho de ser españolas, y con calcar servilmente las de los Estados Unidos, diéronse ya por suficientemente emancipados é imaginaron haber llegado de un salto á lo que, si no se conquista por esfuerzo propio, racional y metódico, y en virtud de evolución no forzada, será siempre vana apariencia de libertad y cultura, y trampantojo sin realidad ni eficacia. Por haber sido la enseñanza de Bello el más fuerte dique contra toda novedad temeraria: por haber respetado en el Derecho el elemento tradicional y la eterna fuente de la sabiduría escrita del pueblo romano: por haber sido toda su vida conservador á la manera inglesa, como Jovellanos entre nosotros; por haber representado en América el tipo más puro de la educación clásica, y la más alta magistratura en lo tocante á la lengua, fué aquel gran maestro blanco de las iras de todos los insurrectos literarios, de todos los niveladores democráticos, y hubo quien, como el fa-



moso argentino Sarmiento, se atreviese á pedir en letras de molde su perpetuo ostracismo de América por el crimen capital é inexpiable de saber demasiado y de ser demasiado literato.

Afortunadamente, Bello había ido á sentar su cátedra en un pueblo americano que, menos dotado de condiciones brillantes que cualquier otro, á todos aventaja en lo firme de la voluntad, en el sentido grave y maduro de la vida, en el culto de la ley, en el constante anhelo de la perfección y en la virtud del respeto. No llegó á educar poetas, porque la tierra no los daba de suyo, pero educó hombres y ciudadanos, y su espíritu continúa velando sobre la gran república, que por tantos años ha sido excepción solemne entre el tumulto y agitación estéril de las restantes hijas de España.

No procede juzgar aquí á Bello como escritor polígrafo; pero no sería justo, tratándose de tal varón, recordar sólo su gloria de poeta. Es cierto que sus versos han de ser en definitiva lo que de sus obras conservará valor absoluto, porque la misma índole didáctica de los demás trabajos de Bello, y el constante progreso que va renovando las materias sobre que principalmente versan, acabará por relegarlos á la historia de la ciencia: única inmortalidad que pueden esperar los libros doctrinales cuando desaparecen de la común enseñanza. Pero hoy todavía son útiles y enseñan mucho; y por otra parte sería difícil caracterizar el arte docto y laborioso de los versos de Bello, sin representarnos primero, aunque sea de un modo general, el mundo de ideas que removi6 su espíritu, y el rico fondo de cultura, sobre el que pudo echar raíces y brotar lozana, con pompa de flores y de frutos, la planta de su exquisita poesía.

Bello fué filósofo: poco metafísico, ciertamente, y prevenido en demasía contra las que llamaba *quimeras ontológicas*, de las cuales le apartaban de consuno el sentido de la realidad concreta, en él muy poderoso, su temprana afición á las ciencias experimentales, la estrecha familiaridad que por muchos años mantuvo con la cultura inglesa, el carácter especial del pueblo para quien escribía, y finalmente, sus hábitos de jurisconsulto romanista y sus tareas y preocupaciones de legislador. Pero fué psicólogo penetrante y agudo; paciente observador de los fenómenos de la sensibilidad y del entendimiento; positivista mitigado, si se le considera bajo cierto aspecto, ó más bien audaz disidente de la escuela escocesa en puntos y cuestiones muy esenciales, en que más bien parece inclinarse á Stuart Mill que á Hamilton. En la *Filosofía del Entendimiento*, que es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana (dicho sea sin menoscabo del aprecio que nos merecen los ensayos de algunos pensadores cubanos), predomina sin duda el criterio doctrinal de la escuela de Edimburgo, como podía esperarse de la fe inquebrantable de Bello en las creencias primordiales del género humano y en el testimonio de conciencia; pero hay patentes desviaciones que ponen el libro á dos pasos de la doctrina contraria, como si en el espíritu de su autor combatiesen reciamente la audacia especulativa y la prudencia práctica. Su doctrina sobre la noción de causa, que para él no es ni principio universal ni principio necesario con necesidad absoluta, sino que se confunde con la ley de sucesión y conexión de los fenómenos, parece idéntica á la que en la *Lógica* de Stuart Mill se propugna; salvo que Bello, como creyente religioso, afirma,



á despecho de su sistema, la realidad de la causa primera, libre é inteligente, ordenadora del mundo, al paso que Stuart Mill, sólo como posible acepta el antecedente incondicionado y universal. La idea de sustancia queda también vacilante en el sistema de Bello, quien propiamente no reconoce más percepción sustancial que la del propio yo, duda mucho de la existencia de la materia, no repugna la hipótesis de Berkeley, según la cual los modos de las causas materiales son modos de obrar de la energía divina, y existen, por tanto, originalmente en la sustancia de Dios bajo la forma de leyes generales; y llega, aunque sea por transitorio ejercicio ó gimnasia de la mente, á conclusiones resueltamente *acosmistas* que, negando la sustancialidad de la materia, convierten el universo físico en «un gran vacío poblado de apariencias vanas, en nada diferentes de un sueño». Pero no consiste en estas ráfagas de escepticismo la verdadera originalidad de la filosofía de Bello, el cual, por otra parte, siguiendo la buena tradición hamiltoniana, defiende vigorosamente contra el Dr. Brown la percepción intuitiva y la unidad de la conciencia; consiste, sobre todo, en sus magistrales análisis, de los cuales puede servir de tipo el que aplica á la memoria y á la sugestión de los recuerdos, y especialmente á las que llama *anamnesis* ó percepciones renovadas, y que él distingue sutilmente de los demás elementos que concurren al fenómeno de la memoria. Su doctrina del método inductivo, aunque derivada evidentemente de fuentes inglesas, muestra que estaba profundamente versado en la filosofía de las ciencias experimentales.

Bello no dejó escrita su filosofía moral, que á juzgar por ciertos pasajes de un artículo suyo contra la teoría

de Jouffroy (1), quizá no hubiera salido exenta de todo resabio de utilitarismo, si bien interpretado en el más noble sentido, y disculpable en quien había recibido, muy mozo aún, la influencia directa de Bentham, cuyos manuscritos tuvo que descifrar por encargo de James Mill, durante su permanencia en Inglaterra. Pero si no ha dejado ningún libro de Filosofía del Derecho, es insigne á lo menos como tratadista de Derecho de Gentes. Los *Principios* de esta ciencia, que publicó en 1832 y fué retocando y mejorando mientras le duró la vida, han sido obra clásica en América, han corrido en España bajo el nombre del peruano D. José María Pando, que se los apropió casi á la letra; y hoy mismo conservan todo el valor que puede tener un manual de esta clase después de los profundos cambios que el Derecho Internacional ha experimentado en estos últimos años (2). Sirvió de base á éste, como á tantos otros libros de Derecho Internacional, la obra de Vattel, pero fué Bello de los primeros que sintieron la necesidad de reformarla, reuniendo y metodizando la doctrina esparcida en voluminosas colecciones de jurisprudencia mercantil y en repertorios diplomáticos: empresa tan árida y prolija como útil, en que precedió á Wheaton, y en que, á despecho del trabajo de compilación, no se echa de menos nunca ni el juicio sereno, ni la claridad de método, en extremo adecuado á la enseñanza, ni la propiedad y pureza del lenguaje, que tan desatendida suele andar en

(1) *Opúsculos literarios y críticos*, tomo 1.º, pág. 337-386.

(2) Á suplir estas deficiencias se encaminan las notas y apéndices con que el profesor colombiano, D. Carlos Martínez Silva, ha ilustrado el *Derecho internacional* de Bello en la edición de Madrid de 1883 (*Colección de escritores castellanos*).



esta clase de libros. La ciencia española, que después de sus grandes teólogos del siglo xvi, fundadores de esta rama de la ciencia jurídica y precursores de Grocio, apenas podía contar entre sus sucesores más nombres dignos de consideraciones que los de Finestres, Dou y Abreu, ni más tratadista sistemático que Olmeda, puro abreviador y expurgador de Vattel, tuvo por primera vez en el manual de Bello un claro, elegante y compendioso resumen, si no de los principios abstractos de la ciencia, á lo menos de su parte positiva y de las prácticas y convenciones más generalmente admitidas entre los pueblos cultos.

Mucho mayor esfuerzo, y tal que por sí solo bastaría para immortalizar la memoria de un hombre, fué la redacción del *Código Civil Chileno* de 1855, anterior á todos los de América, salvo el de la Luisiana; y uno de los que, aun obedeciendo á la tendencia uniformista que tuvo en todas partes el movimiento codificador de la primera mitad de nuestro siglo, hacen más concesiones al elemento histórico y no se reducen á ser trasunto servil del código francés.

Sección de las más numerosas é importantes forman en el conjunto de las obras de Bello las relativas á cuestiones filológicas: su célebre *Gramática de la lengua castellana* (1847), sin duda la que en nuestro siglo ha obtenido más reimpresiones y ha servido para estudio de mayor número de gentes y ha logrado comentadores y apologistas más ilustres (1): su *Análisis ideológica de*

(1) Sobresalen entre ellos D. Rufino J. Cuervo y D. Miguel Antonio Caro, que en repetidas ediciones de Bogotá han dado nuevo lustre á los tratados gramaticales de Bello.

*los tiempos de la conjugación castellana*, que con ser trabajo de sus primeros años, anterior á su viaje á Inglaterra (si bien no publicado, y sin duda con grandes enmiendas, hasta 1841), no deja de ser el más original y profundo de sus estudios lingüísticos: sus *Principios de ortología y métrica* (1835), definitivos en cuanto á la doctrina general, y universalmente admitidos hoy por los mejores prosodistas, especialmente en las cuestiones relativas á sinalefa y hiato, que parecen agotadas por Bello. No pertenecen estos libros suyos al novísimo movimiento de la filología histórica, y ya bastarían sus fechas para indicarlo; pertenecen á la escuela analítica del siglo xviii, pero á ésta escuela en su más alto grado de perfección, aplicada por un entendimiento vigoroso y sutilísimo, que logra defenderse de la abstracción ideológica (á que fácilmente conduce el abuso de las teorías gramaticales), merced á la observación diaria y familiar del uso de los maestros de la lengua. Así es que á él se debe, más que á otro alguno, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina, que torpemente se quería adaptar á un organismo tan diverso como el de las lenguas romances; y á él también, en parte, aunque de un modo menos exclusivo, el haber desembarazado nuestra métrica de las absurdas nociones de cantidad silábica, que totalmente viciaban su estudio. Y aunque la *Análisis de los tiempos de la conjugación* parezca á primera vista trabajo más metafísico que práctico, y más adecuado para mostrar la admirable perspicuidad y fuerza de método de su autor en este ensayo de álgebra gramatical, que para guiar al hablante ó al escritor en el recto uso de las formas, accidentes y matices del verbo, y especialmente



en la expresión de las relaciones temporales, todavía es grande el provecho que de él se saca, no sólo como modelo de disección gramatical, sino como repertorio sintético y autorizado de los valores, así propios como metafóricos, de las formas verbales, sin cuyo exacto conocimiento no es hacedero dar al lenguaje aquel grado de precisión y transparencia que se requiere para que sea fácil vehículo de la idea. Los tratados gramaticales de Bello son, ciertamente, obras de transición: traspasan los límites de la gramática empírica (como lo era todavía la de Salvá); pero no llegan á invadir los de la moderna gramática comparativa; pertenecen al período intermedio, al período razonador y analítico. Los defectos que en ellas pueden señalarse son defectos propios de la escuela de Beauzée, de Du-Marsais, de Condillac, de Destutt-Tracy, pero muy mitigados por el genial espíritu de Bello, que á cada paso se sobrepone á las inevitables influencias de su educación. Bello estudió aisladamente el castellano: le estudió por vía discursiva y en su estado moderno: no pretendió hacer la gramática histórica de la lengua: no quiso, ni quizá hubiera podido, ponerle en relación con las demás lenguas romances, pues aunque la *Gramática* de Díez se había publicado entre 1836 y 1842, los principios de su método no habían salido aún de Alemania, y Bello no sabía alemán. Además, su objeto no era erudito, sino esencialmente práctico; quería restablecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo ó provincialismo. Y esto lo consiguió plenamente: fué aún más que legislador por todos acatado: fué el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo

tiempo enseñó, y no poco, á los españoles peninsulares; perteneciendo al glorioso y escaso número de aquellos escritores y preceptistas casi forasteros, como Capmany, Puigblanch, etc., de quienes pudiéramos decir, como Lope de Vega de los hermanos Argensolas, «que vinieron de Aragón (ó de Cataluña ó de cualquiera otra parte) á reformar en Castilla la lengua castellana.»

A los méritos eminentes de filólogo corresponden en Bello otros, no menos positivos y memorables, de investigador y crítico literario. Hasta la publicación de sus obras completas no se le ha hecho plena justicia en esta parte por lo disperso de sus trabajos y por ser de gran rareza en Europa, y aun inasequibles á veces, las revistas y periódicos en que primitivamente los dió á luz. En las cuestiones relativas á los orígenes literarios de la Edad Media y á los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece muy superior á la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fué de los primeros que dieron fundamento científico á esta parte de la arqueología literaria. Desde 1827 había ya refutado errores que todavía persistieron, no sólo en los prólogos de Durán, sino en las historias de Ticknor y Amador de los Ríos: errores de vida tan dura, que, después de medio siglo, todavía no están definitivamente desarraigados, y se reproducen á cualquier hora por los fabricantes de manuales y resúmenes. Bello probó antes que nadie que el asonante no había sido carácter peculiar de la versificación española, y rastreó su legítima filiación latino-elesiástica en el ritmo de San Columbano, que es del siglo vi, en la *Vida de la condesa Matilde*, que es del xi, y en otros numerosos ejemplos: le encontró después en series monorrimas en los *canta-*



res de gesta de la Edad Media francesa, comenzando por la *Canción de Rolando*; y por este camino vino á parar á otra averiguación todavía más general é importante, la de la manifiesta influencia de la epopeya francesa en la nuestra: influencia que exageró al principio, pero que luego redujo á sus límites verdaderos. Bello determinó antes que Gaston Paris y Dozy, la época, el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la *Crónica de Turpin*. Bello negó constantemente la antigüedad de los romances sueltos, y consideró los más viejos como fragmentos ó rapsodias de las antiguas gestas épicas compuestas en el metro largo de diez y seis sílabas interciso. Bello no se engañó ni sobre las relaciones entre el *Poema del Cid* y la *Crónica General*, ni sobre el carácter de los fragmentos épicos que en ésta aparecen incrustados y nos dan razón de antiguas narraciones poéticas análogas á las dos que conservamos, ni sobre las relaciones entre la *Crónica del Cid* y la *General*, de donde seguramente fué extractada la primera, aunque quizá por virtud de una compilación intermedia. Aun sin saber árabe, adivinó antes que Dozy la procedencia arábiga del relato de la *General* en lo concerniente al sitio de Valencia. Comprendió desde la primera lectura el valor de la *Crónica Rimada*, encontrando en ella una nueva y robusta confirmación de su teoría sobre el verso épico y sobre la transformación del cantar de gesta en romance. Bello, con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica, aplicada á la imperfecta edición de Sánchez, emprendió desde América la restauración del *Poema del Cid*, y consiguió llevarla muy adelante, regularizando la versificación, explicando sus anomalías, levantando, por decirlo así, la capa del siglo XIV, con que

el bárbaro copista del manuscrito había alterado las líneas del monumento primitivo. En algún caso adivinó instintivamente la verdadera lección del código mismo, mal entendida por el docto y benemérito Sánchez. La edición y comentario que Bello dejó preparada del *Poema del Cid*, infinitamente superior á la de Damas-Hinard, parece un portento cuando se repara que fué trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos. Pero en Chile ni siquiera tuvo á su disposición la *Crónica General*, y por mucho tiempo ni aun pudo adquirir la del *Cid* publicada por Huber. Cuarenta años duró este trabajo formidable, en que ni siquiera pudo utilizar Bello la imperfecta reproducción paleográfica de Janer, que sólo llegó á sus manos en los últimos meses de su vida; ni siquiera las conjeturas, muchas veces temerarias, de Damas-Hinard, cuya traducción no vió nunca. Y, sin embargo, el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía á la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*, á pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España. No hay que decir las ventajas enormes que su *Glosario* lleva al de Sánchez, ni el valor de las concisas, pero muy fundamentales observaciones sobre la gramática del Poema. Un libro de este género, que comenzado en 1827 y terminado en 1865, ha podido publicarse en 1881 sin que resulte anticuado en medio de la rápida carrera que hoy



llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe. El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos en esta materia.

Nunca tuvo tales adivinaciones y rasgos de genio la modesta crítica de D. Alberto Lista, con quien á veces, en su condición de educador, se ha comparado á Bello. Pero es cierto que Bello, aunque muy superior en originalidad y en riqueza de doctrina, tiene evidentes semejanzas con Lista en la tendencia general de sus ideas literarias, y en aquella especie de templado eclecticismo, ó de clasicismo mitigado, que aplicaba al examen de la literatura moderna. En este concepto, los *Opúsculos literarios y críticos* del uno tienen cercano parentesco con los *Ensayos críticos y literarios* del otro, obra que Bello tenía en grande estima. No rehuía Bello la crítica de pormenor, la crítica de preceptista y de gramático, y gustaba de aplicarla, sobre todo, á los que hacían intolerante ostentación de ella. Así trituro el pedantesco juicio de Hermosilla sobre Moratín y Meléndez, con no menos caudal de humanidades y de buenas razones, aunque con menos donaire que simultáneamente lo hacía en España D. Juan Nicasio Gallego en ciertos diálogos inolvidables. Pero en general picaba más alto, y, como Lista, gustaba de enlazar la crítica parcial de las obras con las teorías literarias generales y con los principios del gusto, que eran en él los que podían esperarse de un filósofo escocés sólido y sobrio y de un clásico á la inglesa: modo de entender el clasicismo que, aun en los períodos más académicos, ha sido mucho más amplio y más favorable al libre vuelo de la fantasía que el sis-

tema de la escuela francesa. Así es que Bello, traductor admirable de Byron y de Víctor Hugo, y recto apreciador de la antigua comedia española y de la poesía épica de la Edad Media, no necesitó, para hacer justicia á la poesía moderna, ni renegar de su antigua fe, ni quemar lo que había adorado, ni tampoco incurrir en la manifiesta contradicción en que, por bien intencionado patriotismo, solía incurrir Lista reprobando en Víctor Hugo lo mismo que en Calderón admiraba. Bello no transigió nunca con los desmanes del mal gusto, ni con las orgías de la imaginación; pero sin ser romántico en la práctica, y conservando sus peculiares predilecciones horacianas y virgilianas, supo distinguir en el movimiento romántico todos los elementos de maravillosa poesía que en él iban envueltos, y que forzosamente tenían que triunfar y regenerar la vida artística.

Y ahora la consideración del crítico nos pone en frente del poeta; á cuyas rimas es ya tiempo de atender, después de esta digresión, acaso larga, pero que no juzgamos inoportuna para comprender qué especie de hombre era Bello, y cuál había de ser el carácter dominante en su poesía, que no fué sino la flor del árbol de su cultura. Voz unánime de la crítica es la que concede á Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan. La poesía de Bello es reflexiva, y no sólo artística, sino en alto grado artificiosa, pero con docto, profundo y laudable artificio, que en un espíritu tan cultivado venía á ser segunda naturaleza. Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los



ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela, y en dos ó tres composiciones únicamente. Bello, de quien no puede decirse que cultivara, á lo menos originalmente y con fortuna, ninguno de los grandes géneros poéticos, ni el narrativo, ni el dramático, ni el lírico en sus manifestaciones más altas, es clásico é insuperable modelo en un género de menos pureza estética, pero sembrado por lo mismo de escollos y dificultades, en la poesía científica descriptiva ó didáctica; y es, además, consumado maestro de dicción poética, sabiamente pintoresca, laboriosamente acicalada y bruñida, la cual á toda materia puede aplicarse, y tiene su propio valor formal, independiente de la materia. En este concepto, más restringido y técnico, puede llamarse á Bello creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español, por lo cual sus versos no se confunden con los de ningún otro contemporáneo suyo, ni con los de Quintana y Gallego, ni con los de Moratín y Arriaza, ni con los de Lista y Reinoso, ni con los de Olmedo y Heredia.

Las cualidades sustanciales de esta poesía han sido apreciadas por Caro mejor que por ningún otro en las palabras siguientes: «hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía; y ostenta, él más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo.»

Estos justos loores han de entenderse de aquellas escasas poesías de la edad madura de Bello, en que su estilo llega á la perfección más alta. Y para declarar cuáles sean éstas, conviene dividir sus *Poesías* en tres grupos ó series, que corresponden exactamente á los tres grandes períodos de su larguísima vida: el de educación en Caracas hasta 1810, el de estancia en Inglaterra hasta 1829, y el de magisterio en Chile hasta 1865.

Las poesías del primer período, que Bello seguramente no hubiera publicado nunca, apenas tienen interés más que como tanteos y ensayos, que nos dan la clave de la formación de su gusto y de la vacilación que forzosamente había de acompañar los primeros pasos de su musa hasta que regiamente posase su sandalia de oro en las selvas americanas. Unas veces se le ve arrastrado por el prosaísmo del siglo XVIII, como en dos lánguidos, fastidiosos y adulatorios poemas en acción de gracias á Carlos IV por la benéfica expedición enviada á América á propagar la vacuna: poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que aquel mismo acontecimiento inspiró simultáneamente á Quintana. El numen de Bello no puede volar todavía con alas propias; pero cuando traduce ó imita, aparece fácil, ameno y gracioso, como en las elegantes octavas en que parafrasea la égloga segunda de Virgilio: en la linda y verdaderamente horaciana odita *Al Anauco*, y en el delicado y suave romancillo heptasilábico que se titula imitación de *La nave* de Horacio, y lo es, ciertamente, en cuanto á los pensamientos, pero no en cuanto al estilo, que está evidentemente trabajado sobre el modelo de las *Barquillas* de Lope. Los pri-



meros orígenes literarios de Bello quedan patentes con esto: Horacio y Virgilio y la escuela italo-española del siglo XVI, con algunos toques, aunque pocos y sobriamente aplicados, de la manera del siglo XVII, más independiente y fogosa. No en vano había sido Bello lector asiduo de Calderón antes de someterse á la disciplina de Horacio.

Un soneto, no más que mediano, á la victoria de Bailén pone término á esta primera época literaria de Bello, el cual por trece años, dedicados en Inglaterra á acrisolar y depurar su gusto con el estudio de la lengua griega y de las literaturas modernas, guarda silencio (apenas interrumpido por los bellos tercetos de la epístola á Olmedo, más familiar de tono, pero no menos pulcra y limada que cualquiera de las de los dos hermanos Argensolas), y sólo le rompe para el público en 1823 y 1827, publicando en las dos revistas que dirigió sus dos composiciones magistrales: muy desigual una de ellas, aunque sembrada de trozos bellísimos, por lo cual nunca pasó del estado de fragmentos: admirable de todo punto la otra, y tal, que por sí sola vincula la inmortalidad al nombre de Bello. Estas dos composiciones son la *Alocución á la Poesía*, más propiamente intitulada *Fragmentos de un poema sobre América*, y la *Silva á la Agricultura en la Zona Tórrida*. Una y otra se comprenden bajo el rótulo genérico de *Silvas Americanas*, y si bien se repara, son partes de un mismo conjunto, y debieron entrar juntas en el plan primitivo. Pero publicada la *Alocución*, y convencido sin duda el mismo Bello de su desigualdad, fué enfriándose en la continuación del poema, y determinó aprovechar la parte descriptiva de los fragmentos publicados, para una nueva composición

de más reducidas dimensiones, de más unidad en el plan, y de tal perfección de detalles, que hiciera olvidar la obra primitiva, enriqueciéndose con sus más bellos despojos. Por eso en la *Alocución á la Poesía* y en la *Silva á la Agricultura*, son casi idénticas las enumeraciones de los vegetales del Nuevo Mundo, y muy semejantes los epítetos con que están caracterizados; y hasta hay dos ó tres versos que se han conservado intactos:

Donde cándida miel llevan las cañas,  
Y animado carmin la tuna cría;  
Donde tremola el algodón su nieve  
Y el ananás sazona su ambrosía;  
De sus racimos la variada copia  
Rinde el palmar, de azucarados globos  
El zapotillo, su manteca ofrece  
La verde palta, da el añil su tinta,  
Bajo su dulce carga desfallece  
El banano, el café el aroma acendra  
De sus albos jazmines, y el cacao  
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Quien compare esta poética enumeración con la que luego se lee en la *Silva á la Agricultura*, comprenderá el lento y sabio artificio con que Bello no se cansaba de volver al yunque sus versos; y no dejará de advertir al mismo tiempo que el círculo de sus ideas poéticas no era muy amplio cuando tan fácilmente caía en la tentación de copiarse á sí mismo. Pero, por una parte, la perfección de la segunda prueba es tal, que justifica esta especie de *auto-plagio*, si vale la frase; y por otra la *Alocución á la Poesía*, aun descartando de ella todo lo que con mejoras pasó á la *Zona Tórrida*, tiene altísimas bellezas propias, así históricas como descriptivas, que notaremos después y que hacen deplorar más amargamente que el buen gusto del autor no hubiese atenuado



la monotonía prosaica de algunos trozos, que parecen pura *gaceta* rimada, de infima calidad poética. Son, pues, ambas *Silvas* dos hermanas de muy desigual belleza, pero es imposible separarlas en el juicio, porque aun predominando en la una el carácter histórico-geográfico, y en la otra el descriptivo y moral, vienen á formar juntas una especie de poema americano, en que se cantan el clima, el suelo, las producciones y los hombres, se ensalza á los guerreros de la independencía, y se dan consejos útiles y civilizadores para lo porvenir.

El carácter de estas *Silvas* de Bello ha sido perfectamente definido por D. Miguel A. Caro, llamándolas *poesía científica*, no en el sentido de que den la enseñanza de ningún arte ó ciencia, en cuyo caso serían muy científicas, pero no serían poesía; sino en el sentido de que dan bella y viva y concreta realización á ciertos conceptos sobre la naturaleza, la moral y la historia, y se engalanan con hermosas descripciones de objetos naturales y de labores humanas, fielmente ajustadas á la precisión y al rigor del conocimiento científico, pero interpretado y transformado éste por el espíritu poético, que es una manera ideal y bella de concebir, sentir y expresar las cosas, cualesquiera que ellas sean. Tal linaje de poesía es ciertamente tan legítimo como cualquier otro, cuando el poeta sabe encontrarle; y no hay razón para restringir los dominios del poeta, privándole de los gozes de la contemplación científica, que ya en sí misma tiene á veces algo de estética, y encerrándole en un subjetivismo de pasión, que puede ser enfermizo y estéril. La facultad de convertir lo científicamente entendido y contemplado en fuente de emoción poética, es rarísima; pero por lo mismo es más digna de alabanza en quien la

tiene, y no ha de confundirse de ningún modo con la exposición rimada y pueril de cualquier enseñanza. La enseñanza directa y formal podrá ser incompatible con la poesía (aunque no lo fuera en las edades primitivas, en que la poesía fué el único lenguaje humano), pero la ciencia no lo es ni lo ha sido nunca. Si se rechaza el término de poesía didáctica, acéptese á lo menos el de poesía científica, como no se quiera excluir del arte á algunos de los más grandes poetas que en el mundo han sido. Cuando la contemplación científico-poética llega á su grado más alto, todo el sistema del mundo cabe sintéticamente en los inmortales exámetros de Lucrecio. Cuando una musa más apacible vaga por senderos más risueños, nace el arte divino de la descripción virgiliana, analítica y precisa; y á él pertenecen, aunque naturalmente á larga distancia, las dos *Silvas* de Bello. Que su ambición fué la de ser el poeta de unas *Geórgicas* nuevas, bien claro lo dijo en aquellos versos de la *Alocución á la Poesía*:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
Algún Marón americano, ¡oh Diosa!  
También las mieses, los rebaños cante,  
El rico suelo al hombre avasallado,  
Y las dádivas mil con que la zona  
De Febo amada al labrador corona.....

Pero aunque no lo dijera, bien claro se deduciría de su estilo y de innumerables y patentes reminiscencias; aunque en las *Silvas Americanas* abunden también las imitaciones de otros poetas clásicos, y especialmente de Horacio. Uno de los más hermosos y celebrados pasajes de la *Agricultura en la Zona Tórrida*: aquellos versos de tan severa exhortación moral á la juventud ameri-



cana: aquella pintura enérgica de la depravación y licencia de la vida muelle y afeminada de las ciudades en contraste con los austeros y varoniles hábitos de la vida rústica, es imitación muy ajustada, y en los últimos versos llega a ser traducción, de la oda 6.<sup>a</sup> del libro 3.<sup>o</sup> del lírico latino *Delicta Maiorum*:

*Motus doceri gaudet Ionicos  
Matura virgo, et fingitur artibus  
Iam nunc, et incestos amores  
De tenero meditatur ungui.*

.....Crece

En la materna escuela  
De la disipación y el galanteo  
La tierna virgen; y al delito espuela  
Es antes el ejemplo que el deseo.

*Non his juvenus orta parentibus  
Infecit aequor sanguine punico,  
Pyrrumque et ingentem cecidit  
Antiochum, Annibalemque dirum:  
Sed rusticorum mascula militum  
Proles, sabellis docta ligonibus  
Versare glebas, et severae  
Matris ad arbitrium recisos  
Portare fustes.....*

No así trató la triunfadora Roma  
Las artes de la paz y de la guerra;  
Antes fió las riendas del Estado  
A la robusta mano  
Que tostó el sol y encalleció el arado (1),  
Y bajo el techo humoso campesino

(1) En este hermoso verso parece descubrirse también una reminiscencia de Quevedo en sátira de asunto muy análogo, y hablando también del arado:

Que un tiempo *encalleció* manos reales  
Y detrás de él los cónsules gimieron.....

Los hijos educó, que el conjurado  
Mundo allanaron al valor latino.

Pero el influjo de Horacio es siempre secundario é incidental en el arte de Bello, que nunca tiene la concentración lírica de su modelo, y que prefería sus *Sátiras* y *Epístolas* á sus odas. Bello no es en rigor poeta horaciano, sino poeta profundamente virgiliano. Y esto no sólo por la traducción casi literal de muchos versos, epítetos é imágenes de las *Geórgicas*, que va incrustando en sus *Silvas*, y que por lo regular nunca han sido mejor traducidos, v. gr.:

*Illius inmensae ruperunt horrea messes*

.....  
Y bajo el peso de los largos bienes  
Con que al colono acude,  
Hace crujir los vastos almacenes.....  
.....*Satis jam pridem sanguine nostro  
Laomedontae limum perjuriam Trojae*  
.....  
¡Asaz de nuestros padres malhadados  
Expiamos la bárbara conquista..... (1).

Sin contar con otros muchos en que las imágenes de la poesía antigua aparecen rejuvenecidas por el espectáculo de un mundo nuevo, de un nuevo cielo y nuevas constelaciones:

*Maximus hic flexu sinuoso elabitur Anguis  
Circum, perque duas in morem fluminis Arctos,  
Arctos Oceani metuentes aequore tingi.....*

(1) Parece por el giro de la frase que Bello, además del texto, recordó aquí la traducción de Fr. Luis de León:

.....que ya *asaz* con muertes duras  
Pagamos las troyanas falsas juras.....



..... Donde á un tiempo el vasto  
 Dragón del Norte su dorada espira  
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil  
 Que el rumbo al marinero audaz señala;  
 Y la paloma cándida de Arauco  
 En las australes ondas moja el ala.

Pero el espíritu del poeta de Mantua no revive sólo en los detalles de las *Silvas Americanas*, sino en el plan mismo, en la concepción general de una y otra, que son dos pensamientos virgilianos. Bello canta la Zona Tórrida como Virgilio á Italia. El *Salve fecunda zona.....*, es un eco del *Salve magna parens frugum.....* El poeta llama á los americanos á la labor del campo y á las artes de la paz, como Virgilio congregaba á los pueblos itálicos después del sangriento tumulto de las guerras civiles. La enumeración triunfal de las ciudades y de los héroes en la *Alocución á la Poesía*, recuerda en seguida el desfile de las sombras de los futuros romanos, que va mostrando á Eneas su padre Anquises en los Campos Elíseos.

Y aun hay más: el arte docto é ingenioso de la dicción de Virgilio: aquellos procedimientos suyos para injertar y transponer las bellezas ajenas: aquel artificio de la imitación *compuesta*, que (como notó delicadamente Sainte-Beuve), combina muchos elementos en una sola frase, y les da bajo esta forma definitiva un valor y un alma nueva, «dos ó tres colores que vienen á fundirse en un solo rayo, dos ó tres jugos diversos que no componen más que una sola miel», es el secreto mismo de la excelencia del estilo de Bello, que en lo descriptivo y *geórgico* resulta, sin duda, el más virgiliano de nuestros poetas, como Garcilaso lo es en lo *bucólico* y en las divinas bellezas de sentimiento. La poesía agrícola de Bello

nació, como la de Virgilio, del amor simultáneo á la naturaleza y á los grandes poetas de otros tiempos; en su varia y complicadísima urdimbre han entrado hilos de innumerables telas, y sin embargo, el color de la trama parece uno.

En la poesía de Bello han de distinguirse dos elementos distintos, pero no antagónicos. Por una parte, Bello es el último discípulo de aquella escuela descriptivo-didáctica, derivada de Virgilio y de nuestro Columela: continuada por los poetas humanistas del Renacimiento, como Fracástor, el mayor de todos á pesar de lo ingrato y repugnante de su asunto, como Vida en el poema *Del juego del Ajedrez* y en el de la *Cría de los gusanos de seda*, como Pontano en el *De Hortis Hesperidum sive De citrorum cultu*: tradición que después, con inspiración menos fresca y lozana, pero con notable habilidad para realzar lo prosaico y pequeño, «*addere rebus angustis honorem*», convirtieron en patrimonio suyo, poco menos que exclusivo, los versificadores latinos de la Compañía de Jesús, autores de innumerables y muy elegantes poemas didascálicos de materia botánica y agronómica, como los *Huertos* del P. Rapin, el *Praedium Rusticum*, de Vanière, el de *Connubiis florum*, de La Croix, y otros muchos que cantan parcialmente algunas de las producciones celebradas por el mismo Bello, v. gr., el café (*Faba arabica-Caffeum*), asunto de dos diversos poemitas de Tomás Bernardo Fellon y Guillermo Massieu. Obra maestra de este género es la *Rusticatio Mexicana*, del guatemalteco P. Landivar, que, como libro americano, no parece creíble que fuese ignorado por hombre de tan inmensa lectura como Andrés Bello. De esta poesía latina jesuítica (llamada así con



entero rigor, puesto que apenas se puede citar, aun entre sus cultivadores seculares, ninguno que no saliese de las aulas de la Compañía (1), es una degeneración la poesía descriptiva del siglo pasado en lenguas vulgares, especialmente la que floreció en Francia con el abate Delille y sus discípulos. Pero este género, que en latín se tolera, y aun divierte como una especie de gimnasia recreativa, resulta pueril y enfadoso en una lengua vulgar, en que ni siquiera existe, ó es mucho menor, el mérito de la dificultad vencida. Versificar enteras la física, la historia natural, la agricultura y la jardinería, como pretendió Delille, era una tarea absurda, de la cual toda su habilidad de versificador, riqueza de vocabulario, y destreza en el uso de las perífrasis, no podían sacarle airoso. Así es que Bello, que estimaba mucho el talento de Delille, y que tradujo medianamente un fragmento de sus *Fardines*, y admirablemente otro sobre *La Luz*, que vale por cualquiera composición original, se guardó bien de imitar en sus propias *Silvas* la taracea prolija y menuda de aquel hábil mecánico de versos; y tratando el paisaje y la agricultura americana de un modo casi lírico, puso en él la emoción del desterrado, el severo magisterio del moralista, la pasión del ciudadano comprometido en lucha civil, la elevada y serena contemplación científica, y otros elementos de interés humano, que en vano se buscarían en el arte frívolo del abate Delille: mero pasatiempo de sociedad sin jugo de ideal poético.

Lo que salvó á Bello del contagio de la falsa poesía di-

(1) Por ejemplo, nuestro D. Ignacio López de Ayala, elegante autor de dos poemas latinos, uno sobre las termas de Archena y otro sobre la pesca de los atunes (*Cetavion*).

dáctica, fué, no sólo su virtud poética, que era muy real aunque pareciese templada y modesta, sino el severo y formal estudio de la ciencia del mundo físico y de sus leyes, al cual se había consagrado muy joven, estimulado por el ejemplo y los consejos de Humboldt. Y he aquí el segundo elemento cuya presencia reconocemos en las *Silvas Americanas*, y que templó y robustece el impulso literario, impidiéndole degenerar en vano *diletantismo*. Si algún género de creación artística puede reclamar como suyo el siglo XVIII, es sin duda el consorcio de la literatura y de la ciencia, la invasión del espíritu naturalista en la prosa de Buffon, de J. Jacobo Rousseau, de Bernardino de Sainte-Pierre; sin contar con aquella especie de *monismo* poético que centellea en algunas páginas de Diderot. El grande heredero de la tradición científica del siglo XVIII, y destinado á sobrepujarla muy pronto y á hacer entrar en nuevas vías el pensamiento moderno, heredó también aquellas luminosas condiciones de exposición; y desde el *Viaje de las regiones ecuatoriales* hasta el *Cosmos*, mereció por medio siglo el nombre de mago de la ciencia, juntando en rara armonía las cualidades de genio inventivo y las de expositor animado y brillante. Humboldt tiene que reclamar también su parte en el canto de Bello; y para no citar más ejemplos, el bello mito de la diosa Huitaca y del civilizador Nenqueteba, y del despeñamiento del Tequendama y la inundación del valle de Bogotá, en la *Alocución á la Poesía*, está tomado de los *Paisajes de las cordilleras*, y el mismo Bello lo declara así en una nota.

De la originalidad de la tentativa de Bello dentro de la literatura española, no puede dudarse: lo cual no



quiere decir que carezca de algunos y muy calificados precedentes: la *Grandeza Mejicana* en lo descriptivo, el *Poema de la Pintura*, de Pablo de Céspedes, en lo didáctico. Nada á primera vista más remoto de la manera laboriosa y un tanto rígida de Bello que la abundancia despilfarrada del obispo Valbuena; pero la semejanza reside, no sólo en la comunidad del tema americano, sino en ciertos detalles de labor fina y prolija que no deja de intercalar Valbuena en medio de la intemperante prodigalidad de sus descripciones. Pero por punto general, es cierto que en ellas, lo mismo que en las del Ariosto, su maestro predilecto, domina lo *fantástico* sobre lo *icástico*, al revés de lo que acontece en Virgilio y en Bello. Céspedes pertenece á la escuela de éstos últimos, aunque en sus octavas, lo mismo que en sus cuadros, la corrección del dibujante y el arte clásico de la composición no empezca á lo brillante y armonioso del colorido. Céspedes, discípulo asombroso de Virgilio, si ya no rival y émulo suyo en episodios como la descripción del caballo y el elogio de la tinta, tiene más alma poética, más empuje y grandeza que Bello; pero el numen que le inspira es también el numen de las *Geórgicas*, aunque aplicado á diversa materia; y fué sin duda el racionero cordobés uno de los principales maestros que enseñaron á Bello el arte divino de ennoblecerlo todo con los matices y lumbres de la dicción poética, como él había descrito y ennoblecido la cuadrícula y la concha de los colores.

El sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí solo bastara á dar vida á un género especial de poesía. El paisaje en nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poe-

mas caballerescos quimérico y arbitrario. Sólo por lujo y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizándolos con epítetos pintorescos. Lope de Vega tiene muchas en sus comedias, y aun en composiciones líricas como el *Canto del Gigante á Crisalda*, inserto en la *Arcadia*. Al mismo género de descripción, pero con más acentuado carácter de exactitud naturalista, pertenece la égloga de Pedro Soto de Rojas, *Marcelo y Fenijardo*, que seguramente Bello habría leído en el *Parnaso Español*, de Sedano.

Pero hay antecedentes más inmediatos. Don Miguel A. Caro, autor del juicio más profundo que conocemos sobre las obras poéticas de Bello, ha hecho notar no sólo las analogías indudables, sino las deliberadas imitaciones que el poeta venezolano hizo de algunos pasos del muy estimable poemita de Arriaza, *Emilia ó las Artes*, obra que quedó incompleta y yace injustamente olvidada, con estar sembrada de elegantes versos y felices descripciones, y ser sin duda de lo más limado que nos dejó su autor, renunciando por esta vez á sus hábitos de improvisación. El ingenio frívolo y ameno de Arriaza no alcanzó, sin embargo, á dar unidad ni trascendencia poética á su obra, que se reduce á una serie de vistosos paisajes de abanico; por lo cual, y por otras razones, queda inferior á las *Silvas Americanas*; pero es cierto que Bello le imitó «en ciertos toques descriptivos y en el arte de versificar», y aun en imágenes y comparaciones, como puede notarse en la siguiente, en que notoriamente la ventaja es del poeta español:



## ARRIAZA.

Y como si en jardín de avaro dueño,  
 Que entre sus flores vive aprisionado,  
 Dama gentil se asoma, de halagüeño  
 Mirar, que con su ruego y con su agrado  
 Del severo guardián desarma el ceño;  
 Que entra alegre, y se arroja, y el nevado  
 Pecho reclina al suelo, y las hermosas  
 Manos perdidas vagan por las rosas;  
 Y escogiendo fragancia y colorido,  
 En tantas flores párase indecisa;  
 Mas codiciosa del botín florido,  
 Son su despojo al fin cuantas divisa:  
 Hasta que expira el plazo concedido,  
 É involuntario el pie mueve remisa,  
 Pareciéndole al paso que se aleja  
 Flores más lindas las que atrás se deja.....

## BELLO.

Como en aquel jardín que han adornado  
 Naturaleza y arte á competencia,  
 Con vago revolar la abeja altiva  
 La más sutil y delicada esencia  
 De las más olorosas flores liba;  
 La demás turba deja, aunque de galas  
 Brillante, y de süave aroma llena,  
 Y torna, fatigadas ya las alas  
 De la dulce tarea, á la colmena.....

¿Y no habrá fundamento para decir, aunque no se haya notado hasta ahora, que ciertas octavas de *La Agresión Británica*, de Maury, publicada en 1806, contienen ya como el programa de *La Agricultura en la zona tórrida*, y pudieron y debieron influir en Bello, que tanto admiraba la pericia técnica del vate malagueño, y que le tenía por uno de los más primorosos artistas métricos de nuestra lengua? Pues Maury, en *La Agresión*, no sólo

poetiza, con perífrasis de la misma familia que las de Bello, la cochinita, el añil, el palo de campeche y la caña de azúcar, sino que en robustísimas octavas canta la grandeza de los Andes, de la cual le parecen débil remedo las cordilleras de Europa:

Si bien Pirene en puntas de diamante  
 Á las etéreas auras se sublima,  
 Y del golfo Tirreno al mar de Atlante  
 Los recios brazos tiende y falda opima;  
 La esmalta Ceres con pincel brillante  
 Mientras marmórea nieve orla su cima,  
 Y se derrumba en rugidor torrente,  
 Ó se liquida saludable fuente:

Si Apenino en su altura excelso niega  
 Que humano pie sus términos transite,  
 Y antes allá se espacia en grata vega,  
 Que al delicioso Edén quizá compite;  
 Y humillándose más, rendido llega  
 Á perderse en la concha de Anftrite,  
 Á un lado envuelto en olas espumosas,  
 Al otro en frutos y odorantes rosas:  
 Débil remedo son de la alta, ingente  
 Sierra adusta y feraz, trono de Pales,  
 Que alzando, en medio al Ecuador, la frente,  
 Del Austro vió los yermos arenales,  
 Y eslabonando fué la zona ardiente,  
 Y va á encontrar las Osas boreales;  
 Que tanto en montes se enriscó fecundo  
 El hemisferio occidental del mundo.

Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,  
 Hórrida, veis hermosos bosques fríos;  
 Do los barrancos que el verdor oculta  
 Abismos son y piélagos los ríos;  
 Y un monte y otro monte allí sepulta  
 En cavernosos cóncavos sombríos  
 El rojo mineral y tersa plata,  
 Á los hijos del sol dádiva ingrata.

El arte de la descripción americana, á lo menos de la descripción por grandes masas, estaba adivinado, pero



había que descargarle de tanta pompa y fausto retórico, y este fué el triunfo de Bello, siempre más sencillo y modesto, aun en su majestuoso artificio.

Pero no puede decirse que al imitar al poeta andaluz le mejorase siempre. Había dicho Maury de la cochinilla y del añil:

Mientras purpúreo el insectillo indiano  
Ya del sidonio mürice desdoro,  
Los albos copos á teñir se apresta  
Cual púdico rubor frente modesta.  
Se apresta el polvo que en pureza tanta  
Copia el zafiro del cerúleo cielo....

Y escribe Bello:

Bulle carmín viviente en tus nopales  
Que afrenta fuera al mürice de Tiro,  
Y de tu añil la tinta generosa  
Émula es de la lumbré del zafiro.

El segundo verso es casi idéntico, salvo poner *Tiro* en vez de *Sidón*. El *carmin viviente* es una de aquellas felicísimas invenciones de expresión pintoresca en que Bello no tiene rival; pertenece al mismo género que los *sarmientos trepadores*, *las rosas de oro* y *el vellón de nieve del algodón*, *las urnas de púrpura del cacao*, y *los albos jazmines del café*. Pero en su línea no vale menos la delicada comparación del *púdico rubor* en que Maury enlaza de un modo tan feliz como inesperado lo físico con lo moral. Y en la descripción de la caña de azúcar triunfa también el vate de Málaga sobre el de Caracas. Los tres versos de Bello:

Tú das la caña hermosa  
De do la miel se acendra,  
Por quien desdeña el mundo los panales....

son compendio, pero no sustitución ventajosa, de esta octava de *La Agresión Británica*:

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano  
Predilecta del sol, frondosa crece,  
Y esclavo della el útil africano,  
Tal vez con ayes lánguidos la mece?  
Liba la abeja almibares en vano  
Á cuantas flores primavera ofrece:  
Con más dulzura el tributario arbusto  
En nevado panal deleita el gusto.

Y después de esta disección, quizá en demasia prolija, dirá alguno, ¿qué le queda propio á Bello, tributario de tantos poetas y prosistas distintos? A mi entender, le queda casi todo: le queda su maravilloso estilo, del cual ha dicho el gran poeta colombiano Pombo que «es un manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro»: le queda aquel peregrino sabor, á la vez latino y americano, que al mismo tiempo que nos halaga el gusto con la quinta esencia del néctar clásico, estimula el paladar con el jugo destilado de las exóticas plantas intertropicales. En los cantos de Bello llegan á nosotros los sonos de la avena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaravi* amoroso, que suena desde el lejano *tambo*, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz Austral, y se perciben en el ambiente tibio y regalado las luminosas huellas del *cocuyo* fosforescente. Le queda la fusión de lo antiguo y de lo novísimo; de la precisión naturalista y de la nostalgia del proscrito: el arte de dar cierto género de vida moral á lo inanimado, personificando al *maíz «jefe altanero de la espigada tribu»*; haciendo desmayar dulcemente al *banano*, rendido bajo el peso de su carga; mostrándonos la solicitud casi maternal con que el *bucare* corpulento ampara á la tierna



*teobroma*; y poetizando, como ya notó Caro, la lucha por la existencia en las plantas á cuyas raíces viene angosto el seno de la tierra. Y no le quedan sólo detalles exquisitos, sino cuadros de gran composición clásica, como el incendio y la repoblación de las florestas, que por cualquier lado que se le mire es digno de las *Geórgicas*; pinturas épicas é idílicas, como la edad de oro de Cundinamarca y *el salto audaz del Bogotá espumoso* y la montaña abierta por el cetro divino de Nenqueteba.

¿Quiere esto decir que las *Silvas Americanas* carezcan de defectos? Toda obra del ingenio humano los tiene, por breve que sea su extensión. *La Zona Tórrida* se acerca á la perfección de estilo en cuanto cabe, pero todavía puede notarse, en medio de tantos granos de oro puro, alguna muestra de metal más vil, alguna perifrasis afectada y pseudoclásica; por ejemplo, aquella rebuscadísima hablando del café:

Y el perfume le das que *en los festines*  
*La fiebre insana templará á Lico.*

La parte moral de la misma *Silva* comienza admirablemente, pero se prolonga demasiado, tiene ciertas trazas de sermón, y sólo la nobleza de la frase sostiene y realza algunos pasajes, que evidentemente fueron pensados de un modo prosaico. Pero donde la desigualdad llega á ser intolerable es en ciertos fragmentos de la *Alocución á la Poesía*. Al ponerla en esta colección, hemos cercenado íntegra la segunda parte; no en verdad por escrúpulos patrióticos, puesto que las injurias que contiene contra España á nadie perjudican más que á la memoria de su autor, y por otra parte están tan floja y desmayadamente dichas, que no prueban gran convicción

en el ánimo de Bello, sospechoso en su tiempo de tibio republicanismo, y de hacer un poco el papel del patriota por fuerza; ni pueden hacer gran mella en quien no tiene reparo en insertar y elogiar el *Canto* de Olmedo á Bolívar. Pero literariamente da pena (aunque por otra parte nos parezca á los españoles justo castigo de un malo y descastado impulso) ver á tal hombre como Bello empleado en la afanosa tarea de tejer un catálogo histórico de los *libertadores* y de sus hazañas, en versos que á veces (sin irreverencia sea dicho) nos parecen dignos de alternar con los disticos de la Historia de España del P. Isla. ¿Quién diría que el delicioso poeta virgiliano tuvo valor para afejar una de sus obras más selectas con renglones de esta guisa?:

Y la memoria eternizar desea  
De aquellos granaderos de á caballo  
Que mandó en Chacabuco Necochea.

.....  
Ni sepultada quedará en olvido  
La Paz, que tantos claros hijos llora,  
Ni Santa Cruz, ni menos Chuquisaca,  
Ni Cochabamba.....

.....  
Ni tú de Ribas callarás la fama,  
Á quien vió victorioso Niquitao,  
Horcones, Ocumare, Vijirima,  
Y dejando otros nombres que no menos  
Dignos de loa Venezuela estima.....

.....  
«Muera (respondes) el traidor Baraya,  
Y que á destierro su familia vaya.»

.....  
Ortiz, García de Toledo, expira,  
Granados, Amador, Castillo, mueren,  
Yace Cabal, de Popayán llorade

.....  
Gutiérrez, el postrero aliento exhala.



Indudablemente no era tarea digna de Bello la de versificar este padrón de vecindad, por mucho que naturalmente halagase la vanidad de los Aquiles y Diomedes de la epopeya americana.

Claro que no todo en la segunda parte de la *Alocución* es de este género trivial y fastidioso; Bello no podía dormir tanto tiempo seguido. Magnífico es, por ejemplo, y de emoción muy virgiliana, el recuerdo que tributa á su infortunado amigo y Mecenas, Javier Us-táriz:

Alma incontaminada, noble, pura,  
De elevados espíritus modelo,  
Aun en la edad oscura  
En que el premio de honor se dispensaba  
Sólo al que á precio vil su honor vendía,  
Y en que el rubor de la virtud, altivo  
Desdén y rebelión se interpretaba.  
La Música, la dulce Poesía,  
¿Son tu delicia ahora como un día?  
¿Ó á más altos objetos das la mente,  
Y con los héroes, con las almas bellas  
De la pasada edad y la presente  
Conversas, y el gran libro desarrollas  
De los destinos del linaje humano?  
.....  
De mártires que dieron por la patria  
La vida, el santo coro te rodea:  
Régulo, Tráseas, Marco Bruto, Decio,  
Cuanto inmortaliza Atenas libre,  
Cuanto Esparta y el romano Tíbre.

Miranda, Roscio «de la naciente libertad no sólo defensor, sino maestro y padre», San Martín y otros capitanes y próceres de la independencia, están digna y decorosamente celebrados. Y es grandiosa la imagen con que el poeta excusa la preterición del elogio de Bolívar, el más grande de sus héroes, pero no el predilecto de su alma:

Pues como aquel samán que siglos cuenta,  
De las vecinas gentes venerado,  
Que vió en torno á su basa corpulenta  
El bosque muchas veces renovado,  
Y vasto espacio cubre con la hojosa  
Copa, de mil inviernos victoriosa;  
Así tu gloria al cielo se sublima,  
Libertador del pueblo colombiano;  
Digna de que la lleven dulce rima  
Y culta historia al tiempo más lejano.

Las poesías del tercer período de Bello se dividen naturalmente en dos grupos: el de originales y el de traducciones. Versos originales hizo pocos en Chile, y menos aún por iniciativa propia: algunas odas patrióticas, de las cuales la mejor es la que compuso en 1841 al *Diez y ocho de Septiembre*, correcta, elevada, llena de sabias enseñanzas políticas: un canto elegíaco y semirromántico, *El Incendio de la Compañía*, muestra palpable de que Dios no llamaba á Andrés Bello por los caminos del nuevo lirismo; algunas sátiras literarias chistosas y de buena doctrina: bastantes composiciones ligeras, fábulas, versos de album y otras bagatelas. Ninguna de ellas puede despreciarse, porque Bello es siempre gran maestro de lengua y estilo poético; pero es cierto que no añaden ni una hoja de laurel á su corona.

Donde volvemos á encontrar al excelente poeta de otros tiempos es en sus traducciones é imitaciones. La edad y los áridos y constantes estudios habían podido resfriar su vida poética propia, que siempre fué menos ardiente que luminosa; pero en cambio le habían hecho comprender y sentir cada día mejor la inspiración ajena, y penetrar en el secreto de los estilos más diversos. Gracias á eso, pudo un mismo hombre dar propia y adecuada vestidura castellana á obras de inspiración tan



diversa como el *Rudens*, de Plauto, y *El Sardanápalo* y el *Marino Faliero*, de Byron; *El Orlando enamorado*, de Boyardo; un fragmento de los *Nibelungen*, y varias fantasías y *Orientales*, de Víctor Hugo. En estas traducciones ó adaptaciones Bello hizo milagros, y, atendiendo á algunas de ellas, sobre todo al largo fragmento del *Sardanápalo* y á los catorce cantos que dejó traducidos del poema de Boyardo refundido por el Berni, no se le puede negar la palma entre todos los traductores poéticos de la pasada generación literaria, que los tuvo excelentes en España y en América. Entrar en el mecanismo de estas versiones y compararlas con los originales, sería ciertamente tarea útil y fecunda en grandes enseñanzas de lengua y de versificación; pero aquí no podemos ni intentarla siquiera. Las de Víctor Hugo no son traducciones ni quieren serlo, sino imitaciones muy castellanizadas, en que Bello se apodera del pensamiento original, y le desarrolla en nuestra lengua conforme á nuestros hábitos líricos, á las condiciones de nuestra versificación y á la idiosincrasia poética del imitador. Y esto lo consigue de tal modo, que una de esas imitaciones, la *Oración por todos*, es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana, la más rica de afectos; y no hay español que habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva á mirar en su vida el texto francés sin encontrarle notoriamente inferior. Habrá acaso error de perspectiva en esto: yo no lo sé, pero consigno el hecho como parte y como testigo. Lo mismo acontece con la titulada *Moisés en el Nilo*, «bella en francés (dice Caro), más bella, intachable en la versión castellana de Bello». Y tratán-

dose de versiones poéticas, el voto de Miguel Antonio Caro me parece el primer voto de calidad en nuestra lengua.

Para mí la obra maestra de Bello, como hablista y como versificador, es su traducción del *Orlando enamorado*, que incompleta y todo como está, es la mejor traducción de poema largo italiano que tenemos en nuestra literatura (1). Podrá lamentarse que el intérprete, en vez de ejercitarse en Boyardo, no hubiera empleado el tiempo en alguno de los tres épicos mayores; pero el gusto individual, la casualidad, el deseo de caminar por senderos menos trillados, bastan para explicar esta predilección. Por otra parte, el Boyardo fué gran poeta, de no menor fantasía y seguramente de más invención que el Ariosto, y merece bien este homenaje póstumo de la musa castellana, que en el siglo XVI le debió inspiraciones muy felices. Bello ha encabezado todos los cantos con introducciones joco-serias de su propia cosecha, en el tono de las del Ariosto; y así en ellas como en la traducción de las octavas italianas, derrama tesoros de dicción pintoresca, limpia y castiza, dócil sin apremio ni violencia al freno de oro de una versificación acendrada, intachable, llena de variedad y de armonía, dignísima de estudio en las pausas métricas y en la variedad de inflexiones, sin caer en aquel escabroso y sistemático aliño que hace de tan áspero acceso las octavas de *Esvero* y *Almedora*, único poema de este siglo en que el prosodista ha ido acompañando constantemente la labor del poeta.

(1) Aquí, como en lo restante de este trabajo, prescindo de toda alusión á los autores vivos.



El dominio de la octava real que había adquirido Bello merced á esta gran faena, quiso aplicarle luego á un cuento ó leyenda original, en el género de las de Mora, titulada *El Proscrito*, en que á través de una fábula sencilla y doméstica se proponía describir tipos y costumbres de la época colonial. Pero este ensayo no pasó del canto quinto, y aunque las octavas son generalmente magistrales y la narración corre fácil é interesante con bellos rasgos en la parte seria, hay que confesar que la parte cómica está muy lejana del donaire de Batres, con quien ningún poeta americano puede competir en esto (1).

(1) Para terminar este estudio acerca de Bello, demasiado extenso quizá para lo que tolera un prólogo general, pero desproporcionado sin duda á la importancia de tal ingenio, debemos advertir que la *Carta de un americano á otro* (Bello á Olmedo) aparece incompleta en esta *Antología*, como en las ediciones anteriores, de las *Poesías* de su autor, sin exceptuar la oficial chilena de 1883. Pero en los preliminares de esta misma edición consignó don Miguel Luis Amunátegui los tercetos que faltaban, y que pudo descubrir á última hora. Aquí los ponemos, también para completar tan linda pieza:

Y llegas, y te sientas, y Talía,  
Que al áureo cinto arregazó la falda,  
La copa te presenta de ambrosía:  
Y ciñe tu cabeza con guirnalda  
De siempre verde lauro, que matiza  
Purpúrea flor, y azul, y roja y gualda.  
Y luego que las cuerdas armoniza,  
El coro celestial en nuevo canto  
Celebra tu llegada y solemniza.  
«Alma eterna del mundo, numen santo  
Tutelar del Perú (cantan ahora,  
Y su onda Castalia enfrena en tanto),  
»Enya sin cesar luz bienhechora;  
Que cesó de tu tierra la ruina,  
Y libre ves al pueblo que te adora.  
»La libertad, amable peregrina,  
Su templo allí plantó; y allí su llama  
Hermosa arde otra vez, pura y divina.  
»Y en todos sus oráculos proclama

El nombre de Bello suscita inmediatamente en la memoria el de otro venezolano, D. Rafael María Baralt, también filólogo y poeta, honra de América por su nacimiento y educación, benemérito de España por haber escrito y publicado aquí sus principales obras (1). Pero

Que al Magdalena y al Rimac turbioso  
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.»  
Á encontrar vuela el himno melodioso,  
La fuente de los vates inmortales,  
El cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;  
Y vestida de diáfanos cendales,  
Ocupa el aire en torno al foco santo  
Bella visión de cándidos cristales,  
Que con etérea voz repite el canto.

Por último, debo advertir que el soneto que empieza:

Tiempo fué en que la dulce poesía.....

no debe continuar en las ediciones de Bello, puesto que conocidamente es de Heredia, en cuyas poesías figura desde 1825, con el título de *Renunciando á la Poesía*, y nota en que su autor advierte haberle compuesto en Boston en 1823.

(1) Nació D. Rafael María Baralt en Maracaibo el 3 de Julio de 1810. Pasó su infancia en Santo Domingo, y no regresó á Venezuela hasta 1821. En la Universidad de Bogotá hizo sus estudios de latinidad y filosofía, y comenzó los de jurisprudencia, que hubo de interrumpir para lanzarse en la revolución venezolana de 1830, que definitivamente separó á Venezuela de Colombia. Entrando en el servicio militar, llegó á capitán de artillería. En 1841 se trasladó á París con objeto de imprimir su *Historia de Venezuela*; en 1843 pasó á España con una Comisión histórico-diplomática, y en Sevilla y en Madrid residió todo lo restante de su vida, adquiriendo nacionalidad española y desempeñando puestos importantes, como el de director de la *Gaceta* y administrador de la Imprenta Nacional. En 1853 tomó posesión de plaza de individuo de número de la Real Academia Española. Falleció en Madrid el 4 de Julio de 1860. La biografía más extensa que hay de él es la que escribió D. Juan Antonio Losada Piñeres en sus *Semblanzas Zulianas*.

Falta una colección de sus escritos que sería importante. Muchos de ellos andan dispersos en los varios periódicos de que fué director, redactor ó colaborador, tales como *El Siglo XIX*, *El Tiempo* y *El Espectador*.

Como escritor político figuró primero en el partido progresista y semi-democrático, y luego en la Unión liberal. En 1849 publicó, en colaboración con D. Nemesio Fernández Cuesta, una serie de folletos políticos, entre los cuales pertenece á Baralt solo el titulado *Libertad de Imprenta*.



considerado como poeta, Baralt está á gran distancia de Bello, aunque en cierto modo pertenezca á su escuela. Hay en las poesías de Baralt constante nobleza y corrección de estilo, buena y escrupulosa conciencia literaria, todos los primores que nacen del trato asiduo con los modelos, del conocimiento sólido de la lengua, del buen juicio en el plan y en la distribución de los pensamientos, del prudente y sobrio uso de cuantas figuras recomiendan los preceptistas; pero con rara excepción son versos sin alma, contruidos de una manera exterior y mecánica, empedrados de reminiscencias de todas partes, revelando en cada estancia la fatiga que costaban al autor y que se comunica al lector irremediabilmente, sin que todos los méritos que hemos reconocido basten á compensarlo. La frialdad de Baralt no es la frialdad del grande artista que por amor á la belleza pura y marmórea se levanta sobre su propia emoción personal y la excluye de su obra; es la frialdad del gramático que se ejercita en los versos como en un tema de clase. Su *Oda á Cristóbal Colón*, que tanto aplauso obtuvo cuando fué premiada por el Liceo de Madrid en

Pero las obras más importantes de Baralt son su *Resumen de la historia de Venezuela* (París, 1841-1843, tres volúmenes), en la cual tuvo por colaborador histórico, no literario, á D. Ramón Díaz; el *Diccionario de Galicismos* (Madrid, 1855), el *Diccionario Matriz de la lengua castellana*, que no pasó de las primeras entregas, y el discurso de recepción en la Academia Española.

La colección de sus poesías, esmeradamente corregidas por él y dispuestas para la prensa, verá la luz en breve, según acuerdo de la Real Academia Española, á cuyo ilustre Secretario perpetuo debemos el haber podido examinarlas despacio.

El cuaderno de *Poesías* de Baralt, impreso en Curazao en 1888 por la misma casa editorial (Bethencourt y Compañía), que ha hecho el buen servicio de reimprimir su *Historia de Venezuela*, no contiene sino mínima parte de sus obras poéticas.

1849, es, sin duda, pieza de excelente y prolija literatura, pero demasiado larga y metódica, poco lírica, en suma, y con demasiadas piecillas de mosaico, cuyas junturas se ven muy á las claras. Aun la misma descripción de América, hecha en cuatro gallardas estrofas, que son quizá lo mejor de la oda, está tejida, en parte, con pensamientos y frases conocidísimas de Arguijo, Góngora, y otros poetas nuestros. Pero aquí, por raro caso, lo que Baralt pone de su cosecha no vale menos que lo que traslada. Compárense estas dos estrofas:

Alli raudo, espumoso,  
*Rey de los otros rios*, se dilata  
 Marañón caudaloso  
*En crespas ondas de luciente plata,*  
*Y en el seno de Atlante se dilata.*  
 .....  
 Alli fieros volcanes,  
 Émulo al ancho mar lago sonoro,  
 Tormentas, huracanes:  
 Son árboles y piedras un tesoro,  
 Los montes plata, las arenas oro.

Consideradas como ejercicio de imitación y alarde de estilo, las poesías de Baralt tienen mérito indudable, dentro de aquel movimiento de reacción que contra los desenfrenos del lirismo romántico pareció iniciarse después de 1840, volviendo por los hollados fueros de la lengua poética y por la cultura y aseo del estilo, é intentando reanudar la tradición de las escuelas salmantina y sevillana de principios del siglo. En este camino se fué quizá demasiado lejos, y por huir de lo desordenado, exuberante y monstruoso, vino á darse en lo tímido y apocado; por aversión al desaliño se cayó en lo relamido y artificioso; resucitáronse todo género de inversiones, perífrasis y latinismos; la majestad sonora se con-



fundió muchas veces con la pompa hueca, con el énfasis oratorio y la rimbombancia, naciendo de aquí un género de falso y aparatoso lirismo, que por mucho tiempo dominó y aun domina en todos los versos que pudiéramos llamar oficiales, en los poemas de certamen y en las odas de circunstancias. A vueltas de algunas composiciones recomendables en su línea, pero de todo punto inferiores á los modelos de Quintana, Gallego y Lista, este neoclasicismo póstumo, de tercera ó cuarta mano, únicamente ha servido para conservar ciertas tradiciones métricas de buen origen, cierto respeto á la sintaxis y á la prosodia, que nunca están de más y deben exigirse á todo el mundo.

Baralt fué, no sólo de los mejores hablistas, sino de los más poetas entre los que siguieron esta tendencia. No le faltaba imaginación: tenía caudal de ideas, y meditaba largamente el plan de sus odas. En ocasiones parece que sólo le falta libertad para mover los brazos, y que con pequeño esfuerzo podría romper las ligaduras que voluntariamente se impone en cada frase. Él, que escribía una prosa tan limpia, tan desembarazada, tan sabrosa, parece sometido en la poesía á un canon inflexible, que le entorpece los mejores impulsos, que le enturbia los más felices conceptos, que le aparta casi siempre de la expresión natural y le hace sudar por trochas y veredas desusadas en busca de un género de perfección convencional y ficticia. La poesía de Baralt no carece de afectos humanos, limpios y generosos, ya de religión, ya de patria, ya de amistad; y cuando por rara excepción deja correr con alguna libertad esta vena de sentimiento, como en la preciosa silva *A una flor marchita*, que tiene algo de la melancolía y ternura de Cien-

fuegos, con una pureza de estilo que Cienfuegos no mostró nunca; ó bien en las apacibles liras del *Adiós á la Patria*, ó en algún idilio en prosa como *El Árbol del buen pastor*, resulta mucho más poeta que en las odas de aparato: por ejemplo, en la pomposa declamación *Á España*, donde no se ve otro propósito que el de acumular versos sonoros.

No quisiéramos haber sido demasiadamente duros con la memoria de tan insigne humanista, cuyo nombre es gloria indisputable de esta Academia. Fué gran literato y poeta mediano; pero no hay composición suya, aun de las más endebles, que como dechado de dicción no pueda recomendarse. Y además, fué poeta sensato, penetrado de la dignidad de su arte, incapaz de envilecerle en objetos triviales ó afearle con inmundo desaliño: sacerdote convencido de una religión literaria de muy austera observancia: duro con las flaquezas de estilo de los demás, pero todavía más rígido consigo propio, como lo prueba el increíble tormento que daba á sus ideas, hasta encontrarles la forma que él creía más perfecta: amanerado sin duda, pero con amaneramiento noble y decoroso: enamorado ferviente de un ideal técnico; lo cual siempre es digno de respeto, y más en días en que la lengua y el gusto andaban por el suelo, y en que la cultura literaria parecía amenazada por un aluvión de traductores bárbaros, de dramaturgos frenéticos y de líricos destaralados é incomprensibles. Si Baralt, como otros muchos, exageró la reacción y fué á dar en la poesía académica del siglo XVIII, escuela que había tenido sus grandes días, pero cuya restauración era ya inoportuna y tenía que ser infecunda, la misma dureza y extremosidad de la reacción que simultáneamente con él hicieron por



los años de 1848 diversos críticos, prosistas y poetas, prueba la gravedad de aquel estado de anarquía, y la necesidad de ponerle algún remedio. La educación de Baralt había sido rigurosamente clásica; y en Sevilla hubo de confirmar sus principios literarios con el trato de Lista y sus últimos discípulos. Esta es la filiación que se trasluce en sus versos, de los cuales bien puede decirse que pertenecen á la escuela sevillana más que á ninguna otra. Pero no había dejado de tener algunas veleidades románticas, de las cuales abjuró luego; y hay entre sus versos inéditos un poemita fantástico, *El último día del mundo*, en dos cuadros y un prólogo, con variedad de metros, coros de espíritus y aquelarre de diablos; ensayo que prueba que pasó como tantos otros por la influencia de Espronceda, y que no le faltaban condiciones para brillar en un género enteramente opuesto al que por último vino á adoptar. Hay en este poema un jugo, una vida, una lozanía, que luego rara vez tornan á encontrarse en sus versos; sin duda porque el exceso de disciplina á que tan rígidamente se sometió vino á agostar en parte las flores de su fantasía.

En cambio, como prosista merece toda clase de elogios, y aventaja no poco á Andrés Bello, cuya prosa, aunque sabia y doctrinal, no tiene ninguna cualidad relevante. Por el contrario, en Baralt, la vocación de prosista, que suele ser tardía, apareció desde el primer momento. Su *Historia de Venezuela* estaba escrita antes de 1841, y ya el escritor aparece en ella completamente formado. No es esto decir que como obra de historia esté exenta de defectos: la parte antigua no es más que un resumen elegante y rápido de los cronistas más conocidos, sin ninguna investigación propia, y con gra-

ves omisiones. En la parte moderna, es decir, en los dos tomos consagrados á narrar la guerra de separación, no siempre brilla la imparcialidad más rigurosa (1), aunque el historiador parece diligente y bien informado por testigos y actores de aquel complicadísimo drama; pero la narración es de las más interesantes y animadas: clara y progresiva, sin que la atención se distraiga en los innumerables episodios: amplía unas veces sin caer en difusión, otras veces densa sin caer en obscuridad: interrumpida hábilmente con retratos de los personajes, que son como descansos en la interminable procesión de las operaciones de aquellas guerras tan continuas, tan menudas, tan difíciles de exponer sin producir confusión y hastío. Sólo pueden notarse algunos galicismos bastante graves, que en otro autor lo parecerían menos, pero que pasan en quien iba á ser luego tan acérrimo perseguidor de ellos.

La obra maestra de Baralt es sin duda su discurso de entrada en la Academia Española: discurso que, á juicio nuestro y sin ofensa de nadie, no cede á ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado. Al ocupar la silla ennoblecida por Donoso Cortés, parece que Baralt sintió toda la grandeza del empeño en que tal situación le colocaba; y al juzgar las ideas y estilo de su predecesor, no sólo se mostró el pulcro escritor de siempre, sino que levantándose mucho sobre su manera

(1) Apenas hay jefe realista que en la *Historia* de Baralt no resulte un monstruo. Por el contrario, encuentra disculpa y aun aplauso para el acto ferocísimo de Bolívar, ordenando á sangre fría la ejecución de 800 prisioneros españoles.



habitual, y haciendo bizarro alarde de aptitudes de pensador, hasta entonces no sospechadas en él como no fuese por algún rasgo fugitivo de sus opúsculos políticos, se levantó á las cimas serenas de la contemplación filosófica, y desde allí, con maravillosa lengua, tan rica de precisión como de vigor y armonía, con un sentido tradicional á la vez que expansivo, con audacia mesurada y solemne, con suave moderación de estilo, tanto más imperiosa cuanto más apacible, reivindicó los fueros de la razón humana, escarnecidos por las elocuentes paradojas de Donoso; hizo el proceso del tradicionalismo filosófico y del escepticismo místico; mostró el peligro que para la integridad de nuestro modo de ser nacional, así en la esfera del pensamiento como en su manifestación escrita, envolvían las doctrinas de la escuela neocatólica francesa, de que Donoso había sido intérprete elocuentísimo; y mostró, finalmente, con el ejemplo, no menos que con la doctrina, cuál debía ser el verdadero temple de la moderna lengua castellana aplicada á las más altas materias especulativas. Este magnífico discurso, aislado como está, nos hace entrever un Baralt muy superior al que en el resto de sus obras y en el tenor de su vida se nos aparece.

Pero ni el discurso de recepción, que, por las graves controversias que suscita, no podía ser del agrado de todos; ni sus libros de Historia, que apenas se han leído en España, y que Baralt tenía muy buenas razones para desear que no fuesen más leídos; ni sus artículos y folletos políticos, condenados por su misma naturaleza á vida muy efímera; ni la grande y quizá temeraria empresa de su *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*, que apenas pasó de proyecto, han dado al nombre de Ba-

ralt la fama y autoridad de que disfruta en España y en América por su tan popular *Diccionario de Galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso* (1855). Apenas hay ejemplo de otro trabajo filológico que, emprendido y llevado á término por un escritor particular, haya conseguido tan fácilmente ser recibido y acatado por la opinión general. En este sentido, el libro de Baralt, que era antídoto necesario contra la nube de barbarismos con que una turba inepta deshonra y envilece la más rica y sonora de las lenguas neolatinas, ha hecho mucho bien, y ha hecho también algún daño, al caer en manos de pedantes que le toman como una especie de Alcorán, y aplican á tontas y á locas sus sentencias, cerrando los ojos ante galicismos que son evidentes, por más que Baralt no los registrase, y tildando con fea nota palabras y giros, que ó no lo son aunque él los pusiese, ó deben tolerarse como necesarios. La obra de Baralt es un ensayo docto, ingenioso y ameno, con razón muchas veces, con chiste casi siempre. Hasta cuando no acierta enseña, y más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta. Las equivalencias que propone suelen ser largos rodeos, y á veces no quieren decir ni por asomo lo que dice el galicismo censurado. Otro inconveniente grave de la obra, y lo que la da el carácter casuístico y arbitrario que amengua en parte su valor, es la ausencia de una clasificación general de los galicismos, según sean de palabra, de giro ó de concepto, además de otra clasificación histórica que permitiese distinguir los verdaderos



galicismos de aquellas otras palabras que pertenecieron en un tiempo á todas las lenguas romances ó á varias de ellas, y que cualquiera de las hijas del latín puede reivindicar con pleno derecho. Baralt parece extraño á todo estudio de gramática comparada, y preocupado sólo con levantar un muro entre el castellano y el francés, suele dar en decisiones caprichosas, que parecen hijas del mal humor más que de un sistema racional y consecuente. Pero con todos sus defectos, y á condición de no tomarle por oráculo, el *Diccionario de Galicismos* es libro que no puede faltar de la mesa de ningún escritor que estime en algo la pureza de dicción.

Ni Bello ni Baralt dejaron discípulos en Venezuela. El primero llevó su actividad literaria á Chile; el segundo á la Madre Patria, donde obtuvo consideración y honores, sin que nadie le tuviese por extranjero. La literatura venezolana, apartada totalmente de la severa disciplina de aquellos filólogos, se abrió á la licencia romántica, representada allí especialmente por Abigáil Lozano y Maitín. Pero antes de hablar de ellos conviene decir algo de dos notables escritores que Venezuela dió al romanticismo peninsular, como había dado dos al clasicismo. Estos dos poetas románticos fueron el General Ros de Olano y D. José Heriberto García de Quevedo.

Don Antonio Ros de Olano sólo fué caraqueño por la casualidad del nacimiento, y á los once años abandonó su patria, de la cual dice en un soneto:

Nací español en la ciudad riente,  
Rodó mi cuna entre perpetuas flores,  
Besé las aves de plumaje ardiente;  
Trajéronme de niño mis mayores;

Hoy, en mi patria histórica, la muerte  
Las junta en un amor con dos amores.

Su vida militar y política está demasiado reciente para que pueda ser juzgada con la severa imparcialidad propia de la Historia. Tomó parte en grandes sucesos, *vivió mucho* en la plena extensión del vocablo, y no fué vulgar en nada. Á tres revoluciones, á la primera guerra civil y á una guerra nacional va unido su nombre, si no como actor principal, como de los más señalados entre los de segundo orden, con cierto carácter personal y excéntrico en cuanto hizo ó intentó. El mismo puesto le corresponde en las letras, donde, aun afiliado á uno de los grupos románticos, describió siempre una órbita solitaria.

Era, sin duda, hombre de grande entendimiento, de rara cultura y de muy varias facultades, que así le hacían apto para la guerra como para el consejo, para la oratoria parlamentaria como para la poesía y la novela. Pero no se aventurará mucho quien crea que su primordial vocación fué la literaria, cultivada con tal celo en medio de los azares de su vida, á despecho de la vulgarísima preocupación que persigue á los militares escritores, como si mucha parte de la mejor y más clásica literatura española no fuese obra de soldados. Ni los versos ni la prosa fueron nunca para Ros de Olano distracción pueril, ó petulante alarde de invadir ajeno campo, sino que en ellos depositó lo más hondo de su naturaleza moral, lo más sutil y refinado de su espíritu, que era de los más complicados y nebulosos que pueden encontrarse.

Ros de Olano pertenecía á aquel género de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria,



sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida. Rara vez, sobre todo en prosa, decía las mismas cosas que todo el mundo ó las decía de la misma manera; pero consiste en que tenía un peculiar modo de ver y de sentir, el cual fielmente se reflejaba en su estilo. Podrá agradar más ó menos, pero es cierto que hace pensar, que interesa por la extrañeza, y que no se parece á otro escritor alguno de los nuestros, aunque sí á Richter, á Hoffmann y á Edgar Poe entre los extraños. Su ardiente amor á la naturaleza se trueca en vértigo panteista; su idealismo, en visión cataléptica; su sensibilidad, en punzante neurosis. En esta literatura dolorosa, pero tentadora, todas las sensaciones se aguzan hasta confinar con el delirio: lo material se evapora: lo ideal se materializa: los contrarios parece que se requieren amorosamente y que se abrazan para producir creaciones disformes: cree uno ir entendiendo, y de súbito pierde el hilo y vuelve á hundirse en una sima más lóbrega, que improvisamente parece aclararse por el rápido tránsito de algún fantasma luminoso. Todo lo más discorde resulta aquí consecuente y lógico. Y todo esto lo expone Ros de Olano en una prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Hoffmann y de Quevedo.

Después de *El Diablo las carga* y otros ensayos de novela más ó menos revesada, llegó á la cúspide del género en *El Doctor Lañuela* (1863), especie de logogrifo filosófico, que hasta ahora no ha sido totalmente descifrado por nadie, como tampoco lo han sido otros cuentos posteriores, v. gr., la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tá-*

*cito, el Origen del apellido de los Palominos de Pancorvo*, y otros no menos recónditos, que hacen á Ros de Olano precursor notorio de los enigmáticos escritores que ahora arman tanto ruido en Francia con nombre de *decadentistas* y *simbolistas*. En vida del General decía Alarcón en el prólogo que puso á sus obras: «Todavía no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos.»

Como poeta perteneció Ros de Olano á aquella fracción del romanticismo que tenía á Espronceda, no ya por maestro, sino por idolo. Espronceda le admitió á su más íntima familiaridad: escribieron juntos una comedia: el gran poeta le dedicó *El Diablo Mundo*, y á su frente puso Ros de Olano un prólogo *mistagógico* y apocalíptico, desarrollando no sé qué huecas teorías sobre la epopeya en sus relaciones con la historia de la humanidad, para deducir la obligada consecuencia de que el poema de su amigo iba á completar y eclipsar las tres ó cuatro únicas epopeyas que él reconocía, y que eran á modo de piedras miliarias en el camino de la evolución humana. Este ensayo de estética romántica, que pareció muy profundo en 1840, sacó de pronto el nombre de Ros de Olano de la semiobscuridad literaria en que había vivido hasta entonces, y desde aquel día, él y Miguel de los Santos Álvarez, cuyos versos citaba Espronceda por epígrafe del canto 2.º, fueron conocidos por todos los españoles como los *Dii Minores* de aquel Parnaso. Pero Miguel de los Santos (carriñoso nombre con que todo el mundo designaba á aquel pesimista sin hiel) no ha dejado en sus escritos, con ser muy ingenio-



sos, más que una pequeñísima parte de su ingenio, de cuya extensión y originalidad difícilmente se formarán idea los venideros. Ros de Olano, más afortunado ó más diligente en esto (á pesar de calificarse él propio entre los escritores *ovíparos* y no *vivíparos*), ha dejado, además de sus novelas, un tomo de poesías líricas, del cual pueden entresacarse media docena de sonetos de primer orden, dignos de los honores de cualquier Antología castellana; los bellos romances descriptivos del *Lenguaje de las Estaciones*, á pesar de algunas tintas excesivamente grises, que de vez en cuando rompen la armonía bucólica y venatoria del conjunto; la fábula dramática de *Galatea*, no original del todo, pero ricamente versificada, con mucho lujo de paganismo poético; algunas octavas del poema burlesco de *La Gallomagia*, y aquí y allá, aun en composiciones más desiguales, trozos arrogantes de descripción poética, como éste que tomo de una poesía de su extrema vejez, quizá la última de todas las suyas, *Meditación sobre el Cedro Deodara*:

¿En dónde estoy? Un tiempo más remoto,  
Desde el inculdo monte á la llanura  
Y del estrecho valle á las colinas,  
El ágil gamo y la velluda fiera,  
So el pabellón de pródidas encinas  
Vivieron en la rústica pradera....  
Y tranquilos y en paz aquí vivieron  
Sin que del cazador les acosara  
Ni venablo, ni jara,  
Ni alevoso arcabuz.... Que nunca vieron  
Suelta de los lebreles la trailla  
En demanda feroz ó á la carrera,  
Ni el aullido tenaz de su garganta  
Y el noble son de venatoria trompa  
Dentro del bosque plácido advirtieron  
Al jabali ó la mansa cervatilla

El repentino trance en que murieron  
Traspasados del plomo ó la cuchilla.

En prosa quedarán de él, más que sus novelas, las relaciones que escribió de algunos episodios de sus campañas, con más llaneza que de ordinario, en estilo vigoroso y realista, pero iluminado siempre por la rojiza llama de cierta fantasía tétrica y misantrópica, que recuerda la de Goya en *Los Desastres de la guerra* (1).

Si á sus ambiciones poéticas hubiesen correspondido sus fuerzas, gran poeta habría sido D. José Heriberto García de Quevedo. Si por la grandeza de los propósitos y por la trascendencia de los asuntos hubiera de graduarse el mérito de las obras de ingenio, García de Quevedo, autor de tres poemas filosóficos y humanitarios, hubiera tocado la meta, y sería otro Goethe ú otro Byron. Pero no basta la voluntad pertinacísima, ni la confianza en sí propio, ni la admiración por los excelsos poetas y el sentimiento de sus bellezas, ni el amor desinteresado y noble á las ideas, para simular aquel género

(1) Nació Ros de Olano en Caracas, en 1802, según el *Parnaso Colombiano*, y á los once años vino á España. Comenzó su carrera como Alférez de la Guardia Real; sirvió muy honrosamente en la guerra de los siete años; tomó parte muy activa en la política; fué uno de los generales que, unidos á don Leopoldo O'Donnell, iniciaron el movimiento revolucionario de 1854, y formaron el partido de la Unión Liberal. Como Director general de Infantería, preparó la contrarrevolución de 1856 y el desarme de la Milicia Nacional. Mandó en la guerra de África uno de los cuerpos de ejército, obteniendo por premio de sus brillantes servicios el título de Marqués de Guadal-Jelú. De nuevo, aunque por breves horas, volvió á la vida revolucionaria en 1868. Murió en Madrid, en 1887.

Entre sus obras recordamos, además de las citadas en el texto, la comedia *Ni el tío ni el sobrino*, compuesta en colaboración con Espronceda.

Sus *Poesías*, con un prólogo de Alarcón (que había militado á sus órdenes en la gloriosa campaña de África), forman un tomo de la *Colección de Escritores castellanos* (Madrid, 1886).



de inspiración divina que en los grandes monumentos poéticos campea. Era García de Quevedo hombre muy culto, familiarizado desde muy temprano con las principales literaturas extranjeras, conocedor de varias lenguas, versado en la vida política y diplomática, no extraño á lecturas sólidas de religión y filosofía, y muy engolfado en lucubraciones sociales, de las cuales había deducido una especie de doctrina optimista, que tal como la expone en sus poemas, convertiría el universo en nueva Janja. Era, además, hombre de sentimientos nobles y caballerosos, bizarro é intrépido de su persona, enemigo de la grosería y del desorden, protector de los débiles y de los injuriados, no sin alguna punta de quijotismo y arrogancia, que fácilmente le hacía degenerar en quimerista atropellado y petulante. En el fondo, muy buen hombre, y de un corazón de oro; sin más grave defecto que la altanería enfática de su persona y estilo, derivada de cierta *megalomanía* ó desequilibrada aspiración de grandezas, que en su vida le conducía á remedar la caballería andante, y en literatura le llevaba á componer epopeyas simbólicas y trascendentales.

A estas buenas y malas partes de su carácter y de sus ideas no correspondían exactamente las de su ingenio, con no ser éstas vulgares ni mucho menos. Era un poeta de segundo orden, que temeraria y constantemente se empeñó en empresas de aquellas que sólo para el genio están reservadas. Pero el fracaso inevitable de su tentativa no debe hacernos olvidar lo que estas obras contienen de estimable, y los indicios que dan de lo que hubiera podido valer su autor en género menos ambicioso; limitándose, por ejemplo, al cultivo de la poesía lírica, en que había comenzado á ensayarse con muy buen

éxito, cuando en 1849 dió á luz sus *Odas á Italia*, que contienen trozos de bella poesía histórica y de inflamada elocuencia política, y algunas felices imitaciones de los metros y del estilo de Manzoni. Fué García de Quevedo de los primeros que, separándose del trillado sendero de la imitación de los románticos franceses, volvió los ojos á una poesía mucho más afin á la nuestra, mucho más adecuada á nuestro gusto, mucho más enlazada con nuestra tradición clásica; y así en estas odas como en la parte de colaboración que tuvo en el *Poema de María*, dejó muestras evidentes de su predilección por los poetas italianos y del aprovechado estudio que había hecho de ellos. La más antigua traducción, entre las innumerables que en castellano se han publicado de la oda del 5 de Mayo, fué la suya, aunque sea, por cierto, de las más infelices.

Estas primeras odas pusieron tan en boga por algún tiempo en los círculos literarios el nombre del joven venezolano, desconocido la víspera, que Zorrilla, que estaba entonces en el apogeo de su popularidad, no tuvo reparo en aceptarle por colaborador nada menos que en tres poemas, *María*, *Ira de Dios* y *Un cuento de amores*. Y aunque generalmente se tenga por muy inferior la parte que trabajó García de Quevedo, á mí no me lo parece tanto; no porque Zorrilla deje de ser poeta incomparablemente superior, sino porque aquellos poemas suyos son de notoria decadencia, y por decirlo así, trabajos de librería, salvo algún fragmento, en que quedó impresa la garra del león. García de Quevedo, que no tenía su reputación hecha, procedió naturalmente con más timidez y con más estudio, y aunque en el poema de la Virgen uno y otro salieron del paso con el socio-



rrido recurso de versificar la prosa del abate Orsini, todavía en medio de aquel fárrago, rimado de prisa y para cumplir un compromiso editorial, encontró el continuador medio de intercalar algunas composiciones líricas dignas de vivir por sí solas: *La Ascensión* (á pesar del terrible recuerdo que su título sugiere, y que el autor de ningún modo trató de esquivar, antes adoptó el metro y algunas ideas de Fr. Luis de León); la *Predicación del Evangelio*; las octavas á la *Fe cristiana*. En los otros poemas, especialmente en *Un cuento de amores*, García de Quevedo, que tenía notable habilidad para remedar estilos ajenos, imita de tal modo la pompa y lozania del estilo de Zorrilla, que algunas veces se confunde con él.

Otro tanto puede decirse de los bellos trozos que hay lastimosamente perdidos en los tres poemas filosóficos de García de Quevedo, *Delirium*, *La Segunda vida*, *El Proscrito*. Estas obras, en las cuales su autor fundaba las más fantásticas esperanzas de inmortalidad, nacieron muertas, y son de aquel género de tentativas épicas sobre las cuales puede repetirse la fatal sentencia: «es la mejor epopeya que ha salido este año». No es fácil dar idea de tan extrañas y desmesuradas composiciones, cuyo fondo viene á ser la redención por el amor, terminando con una especie de palingenesia social. El autor acumula cuadros de toda especie y de todas las épocas, batallas, amores y desafíos; y emplea alternativamente la forma lírica, la dramática y la narrativa, con toda variedad de estilos y de metros; pero como no tenía mucha imaginación, resulta estéril y monótono en medio de tanta abundancia, no acierta nunca á presentar un cuadro que se grabe indeleblemente en la me-

moria, aturde y marea con tanta procesión de personajes reales y alegóricos, y por buscar la novedad cae en invenciones tan estafalarias como la de hacer que la enamorada Julieta vuelva á la vida, se levante de su lecho de mármol en Verona y eche á andar por las calles de la ciudad hasta que tropieza con un coronel austriaco, que se apresura á violarla. Algunos episodios históricos, por ejemplo, los romances relativos á las campañas del Gran Capitán (en que se observa una imitación no mal hecha del estilo de las narraciones poéticas del Duque de Rivas) y algunos fragmentos líricos de noble entonación, como la *Oda á la libertad*, son lo único que puede salvarse del naufragio de estos poemas. De las numerosas obras dramáticas de García de Quevedo, que ensayó todos los géneros: la tragedia clásica, el melodrama, la comedia de costumbres, el drama social, la comedia de capa y espada, la zarzuela, no ha sobrevivido ni un solo título en la memoria de las gentes. Rarisima fué la que llegó á representarse, y ninguna con éxito, aunque en esto hubiera cierta injusticia, pues entonces, como ahora, se representaban y aplaudían cosas peores que éstas, que al cabo arguyen loable aplicación y respeto al arte. La más interesante de estas piezas es *Isabel de Médicis*, fundada en una novela del florentino Guerrazzi, *Isabella Orsini*. También se ejercitó García de Quevedo en el cuento en prosa, en la relación de viajes y en la crítica, pero sin éxito notable. Su laboriosidad, su fe artística, la nobleza de su alma, su positiva instrucción, la rectitud de sus ideas y la amenidad con que generalmente escribía, merecían mejor premio del que obtuvieron. Su nombradía fué de las más efímeras: las grandes esperanzas con que había empezado su ca-



rrera no se realizaron nunca: su idealismo generoso, pero intemperante, le llevó á estrellarse mil veces en la prosa: su vida resultó una novela sin sentido, y cuando una bala perdida le mató en las calles de París, hasta en el azar de esta muerte sangrienta, pero sin gloria, pareció visible la misma ironía trágica que le había perseguido siempre (1).

Y ahora ya es tiempo de volver los ojos á Caracas, que por los años de 1842 á 1848, según expresión del notable escritor colombiano Camacho Roldán, «merecía el nombre de la Atenas de América». «Allí se reimprimían ávidamente las más notables producciones de la

(1) Nació García de Quevedo en Coro el año de 1819, y se educó en Puerto Rico desde la edad de seis años. Continuó sus estudios en Francia y en España, y luego emprendió largos viajes, no sólo por el continente europeo, sino por Asia y América. Fué ciudadano español siempre, y sirvió con lucimiento, primero en la Guardia Real, y después en la diplomacia. Entre los diversos *lances de honor* de su vida, es célebre el que en 1855 tuvo con Alarcón, que entonces redactaba *El Látigo*. García de Quevedo se distinguió por lo fervoroso de sus sentimientos monárquicos y por su adhesión personal á la reina D.<sup>a</sup> Isabel. Murió en París el 6 de Junio de 1871, á consecuencia de un balazo que recibió al pasar por una de las barricadas en los días de la *Commune*.

Sus *Obras poéticas y literarias* están reunidas en dos tomos de la colección de Baudry (París, 1863). El primero contiene todos los poemas que en el texto se citan, y además *La Caverna del Diablo* (leyenda fantástica), *Tisaferna* (monólogo en prosa), *Pensamientos* (también en prosa) y muchas poesías líricas, entre ellas algunas versiones de Filicaja, Manzoni y Byron, y una coleccioncita de poesías chinas traducidas del francés.

El segundo tomo comprende sus obras dramáticas, á saber: *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera*, *Isabel de Medicis*, *La Huérfana*, *El Candiota*, *Patria y Amor en persia* (imitación, en verso, de *Alícia*, de Octavio Feuillet, leyenda dramática, arreglada después á nuestra escena por D. Mariano Catalina), *Coriolano*, *El Juicio público*, *Contrastes* (en colaboración con el Marqués de Añón, hoy Duque de Rivas), *Tinieblas y luz*, *Treinta mil duros de renta*, y finalmente, cuatro novelas cortas y otros opusculos en prosa.

literatura española contemporánea y traducciones de la francesa». Puede decirse que el romanticismo hizo simultáneamente su entrada en América por Venezuela y por Buenos Aires. De Venezuela pasó á Nueva Granada, y de Buenos Aires á Chile.

Dos poetas venezolanos personifican especialmente este movimiento: Abigáil Lozano y José Antonio Maítin. Uno y otro han disfrutado en América grandísima popularidad, la cual en parte dura todavía; pero sus méritos distan mucho de ser iguales ni equivalentes.

*Abigáil* Lozano (que era varón, á pesar de su nombre femenino), es, sin duda, uno de los más huecos y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse. Sus composiciones son un conjunto de palabras sonoras, que halagan por un momento el oído y dejan vacío de toda forma el entendimiento. Para él la poesía no era más que el arte de hacer versos rimbombantes y estrepitosos. Se leen sus odas á Bolívar, y nada se encuentra que no pueda aplicarse por igual á cualquier otro héroe ó á cualquier otro asunto, porque el autor no concreta ni determina nada. Sólo sacamos en limpio que la deidad tutelar de las montañas americanas colgó de las ramas de una palmera una inmensa campana de metal, y que á su primer tañido fulguró en los horizontes un letrero que decía *Libertador*. En otros versos todavía más absurdos, compara á Bolívar con Jehová, que sacó los mundos de la nada, y vuelve al consabido letrero:

Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre:  
Vi en un salón suntuoso la forma de un varón:  
Ávida la pupila buscó á sus pies el nombre,  
Y sorprendida el alma deletreó: *Simón*.  
¡Él es!.... *alestargados mis labios pronunciaron*,  
¡Él es!.... en sus contornos el eco remedó:



Trémulas mis rodillas de hinojos se postraron:  
 ¡Él es!... convulso el labio de nuevo repitió.  
 Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,  
 Colgado por adorno sin voz en la pared!  
 Tú fuiste el rayo ardiente que el Avila produjo,  
 Que atosigó de Iberia la sanguinaria sed.

.....  
 Washington y otros héroes atletas que lidiaron  
 Son átomos tan sólo que giran junto á ti;  
 Los Alpes un coloso sobre su cima alzaron;  
 Mas yo sobre los Andes más grande que él te vi.

Parece imposible amontonar mayor número de disparates; y, sin embargo, esto pasó por modelo de lirismo y de libertad de inspiración, y Abigáil Lozano, que no tenía más condiciones que las de versificador rotundo, aunque monótono, inundó la América del Sur de alejandrinos calcados sobre el patrón de las *Nubes* de Zorrilla, y tuvo una plaga de imitadores; hasta que vino á arrancarle la palma el montañés Fernando Velarde con los bloques graníticos de su *Canto á la cordillera de los Andes*, capaz de dejar afónico á un recitador de pulmones de hierro.

De todos los poetas del romanticismo español, el predilecto de los americanos fué Zorrilla, que por muchos aspectos era el que menos convenía para maestro de la poesía de un Mundo Nuevo. Pero como no podían imitarle en lo épico, donde está su verdadera grandeza, le imitaban en lo lírico, donde Zorrilla es no sólo desaliñado, sino muchas veces incoherente, y casi siempre exterior y superficial, disimulando con el lujo asiático de la versificación la penuria de ideas y emociones. Concretado el zorrillismo americano á la reproducción de esta parte más endeble de la obra del maestro, hubo de exa-

gerar naturalmente los vicios de su estilo, y Abigáil Lozano fué la caricatura venezolana de Zorrilla. Poeta sin gusto, sin estudios, pero de muy buen oído y de cierta fantasía que pudiéramos decir *pirotécnica* ó de farol de iluminaciones, fué uno de los grandes corruptores del gusto en América; y la tolerancia que hasta criticos muy estimables, fascinados por el número y sonoridad de sus rimas, tuvieron con él, contribuyó á acrecentar el daño, haciendo incurables sus resabios. Con mejor escuela y dirección, algo más hubiera valido el que á veces encontraba versos tan suaves y delicados como éstos de su poesía *A la Noche*:

Huyó la luz.... Las sílfides nocturnas  
 Rápidas cruzan el dormido viento,  
 Y vierten sobre el mundo soñoliento  
 El opio blando de sus negras urnas.

En los alejandrinos, que eran su especialidad, de la cual abusó por lo mismo, acierta muchas veces con la factura elegante y graciosa:

¡Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,  
 Tus islas solitarias, tu calma perenal,  
 Y tus garcetas blancas, que habitan escondidas  
 Sus olvidados nidos pintados de coral!

.....  
 ¡Acaso un Dios marino visita en la alta noche  
 Tu alcázar incrustado de concha y caracol,  
 Y tiran los delfines su misterioso coche,  
 Que se hunde entre las aguas al asomar el sol!

..... (1) (R)

(1) Nació D. Abigáil Lozano en Valencia de Venezuela el 25 de Mayo de 1821. Empezó á publicar sus versos por los años de 1843 en *El Venezolano* de Caracas. Figuró en el partido conservador de su país, siendo varias veces Diputado y Cónsul de Venezuela en París. Murió en Nueva York en Julio de 1866.



Don José Antonio Maitín fué poeta muy diverso de Abigáil Lozano, y sin duda el mejor de la escuela romántica de su país. No está exento del pecado de zorri-llismo, pero aun esta imitación es en él más racional que en Abigáil. Por otra parte, bien se le pueden perdonar los insulsos cuentos ó leyendas de *La Máscara* y de *El Sereno*, y el hinchadísimo paralelo de Bolívar con Alejandro, César y Napoleón, en gracia de sus composiciones de sentimiento, en que no imita á nadie, y en que, dejándose llevar de su índole tierna y afectuosa, rivaliza muchas veces con Milanés, y otras le vence. Su vida modesta y apacible, pasada en gran parte en el delicioso valle del *Choroní*, entre pájaros y flores, se refleja fielmente en el manso raudal de sus composiciones, que parecen nacidas sin esfuerzo: tal es su claridad y limpieza. El poeta acierta, sin embargo, á mantenerse en la línea que separa lo natural y sencillo de lo trivial y prosaico: rara vez cae en amaneramiento sentimental, y en medio de su llaneza de estilo y de la poca ó ninguna novedad de los pensamientos, conserva el inefable aroma del sentimiento poético:

¿Qué nos importa vivir  
Si, aunque cien años contemos,  
Se tocan en los extremos  
El nacer con el morir?  
¿De qué vale un año más  
De existencia pasajera,  
Si es la vida una carrera  
Más inquieta que fugaz?  
.....  
¿De qué vale que tu luz  
Mi vista ansiosa deslumbre,  
Si al fin es fuerza que alumbre  
Un sepulcro y una cruz?  
.....

Vendrá el día en que renuncie  
Á esta gran naturaleza,  
Á su pompa, á su belleza,  
Y mi último adiós pronuncie.

.....  
En vano entonces la tierra  
Brotará plantas y flores:  
No más veré los primores  
Que ella en sus senos encierra.  
En vano soberbio el mar  
Ostentará su presencia:  
No más desde una eminencia  
Yo lo podré contemplar.

.....  
En vano levantará  
Su blando arrullo la fuente;  
Que su murmurio inocente  
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído,  
Ni para el pecho habrá amores,  
Para la vista colores,  
Ni placer para el sentido.

Entonces, luna, del cielo  
Emperatriz y señora,  
Benigna dispensadora  
De la calma y del consuelo;

Entonces tú seguirás  
En tu marcha misteriosa,  
Y mi tumba silenciosa,  
Blanca luna, alumbrarás.

Á un grande infortunio doméstico debió Maitín sus mejores inspiraciones. *El Canto fúnebre*, consagrado á la memoria de su mujer, y que no es en rigor tal canto, en la acepción tradicional, sino una serie de diez y seis composiciones líricas enlazadas entre sí por un mismo estado de sentimiento, abunda en bellezas de una especie de poesía íntima y familiar, que entonces era nueva en la literatura castellana, y que luego ha producido maravillas, siendo no pequeño honor para Maitín



el haber sido de los primeros en descubrir esta vena. La poesía de los afectos domésticos, entendida con el profundo realismo con que la han entendido los ingleses, ó con la ternura varonil (si vale la expresión) con que la vemos en el gran elegiaco de las *Contemplaciones*, no cuadraba á la indole blanda y femenina del ingenio de Maitín; pero también él tuvo el don de las lágrimas y supo arrancarlas á sus lectores (1). Escribió para dar expansión á un gran dolor de su alma y no para levantar figura. Ni siquiera rehuye los pormenores que parecen más caseros; y el *lecho en desorden, la tela aun no bien fría, la muda labor abandonada*

Caliente todavía  
Con la presión reciente de su mano;

contribuyen á la verdadera y honda emoción que produce el conjunto.

Indicaremos algo sobre los demás poetas venezolanos que en esta colección figuran. Don Fermín Toro, orador, poeta, naturalista y por todos conceptos uno de los hombres más notables de la República (1807-1873), es

(1) Nació Maitín en Puerto-Cabello, el 21 de Octubre de 1804. Á consecuencia de los sucesos de la guerra, hubo de pasar á la Habana, donde recibió educación. Allí conoció al literato colombiano D. José Fernández Madrid, que andando el tiempo le hizo entrar al servicio de su república. Fué Secretario de la Legación de Colombia en Londres. Pero el amor á la tierra natal y al retiro le hizo abandonar en 1834 la vida diplomática. Desde entonces vivió casi constantemente en el pintoresco pueblecillo de Choroni, donde compuso la mayor parte de sus versos. Falleció en 1874. En 1835 y 1836 había escrito dos tragedias clásicas, que no tuvieron éxito. La lectura de los versos de Zorrilla le hizo cambiar de rumbo desde 1841. En 1851 publicó en Caracas la colección de sus versos. *Obras Poéticas de José A. Maitín. Comprende.... las obras publicadas por el autor en diversas épocas y algunas otras piezas inéditas.*

autor de una poesía deliciosa y verdaderamente etérea *A la ninfa de Anauco*. Los demás versos que he visto de él no valen tanto, ni con mucho, pero en todos hay rasgos de talento y lujo de dicción. Se atrevió á cantar la Zona Tórrida después de Bello, haciendo estudio de no encontrarse con él. Sus tendencias eran clásicas, como lo prueba el *Canto á la Conquista*. Citase como la más importante de sus obras el poema *Hecatonfonía*, que no llegó á terminar. Sólo hemos visto un notable fragmento consagrado á las antigüedades americanas.

Fueron también poetas, más ó menos clásicos, D. Luis Alejandro Blanco, D. Juan Vicente González, D. Cecilio Acosta y D. Jesús María Morales Marcano. González, hombre de estupenda memoria y excéntrico carácter, fué más celebrado como maestro y educador, como preceptista y como escritor polémico, que como poeta. Tienen merito, no obstante, sus versos políticos, por ejemplo, los titulados *Amor y paz*, en cuya versificación se notan reminiscencias de los poetas italianos. También D. Cecilio Acosta, varón excelente y venerable cuanto desgraciado (1819-1881), escribió más en prosa que en verso, aunque sus condiciones eran más de poeta que de prosista. En prosa y en verso fué dechado de corrección y pulcritud; pero en sus artículos y discursos pecaba un tanto de verboso y redundante, complaciase demasiadamente en el rodeo de las palabras, y era de los hablistas que parece que se escuchan. Nada de estos defectos ó muy poco, hay en sus versos, intachables de forma, purísimos de pensamiento, delicados y patriarcales. *La Casita blanca, La Gota del rocío, El Véspero*, me parecen tres joyas. El diplomático y ministro Morales Marcano (1830-1888) dejó inédita una traducción de



Horacio, de que se han publicado algunas muestras, que si no están libres de algún reparo en lo tocante á la inteligencia del texto, prueban sólidos estudios de humanidades y méritos relevantes de versificador acrisolado y numeroso.

En la poesía ligera y en la sátira política han dejado fama el donoso improvisador D. Rafael Arvelo, que llegó á Presidente de la República, y el humanista don Jesús María Sistiaga (1823-1889), autor de ingeniosas fábulas y cuadros de costumbres, como *La Vida en Río Chico*, *Una corrida de toros*, etc. La gracia de estos poetas, por tan local, pierde algo al pasar á Europa.

Después de Maitín y Toro, los poetas venezolanos que han adquirido mayor celebridad (excluyendo los que aun viven) son D. Eloy Escobar, D. José Ramos Yépez y D. Francisco G. Pardo. Escobar (1824-1889) se distinguió principalmente en el género elegiaco, unas veces con las formas clásicas y otras con metros y estilo que recuerdan á nuestro malogrado Aguilera. Don José Ramos Yépez (1), bizarro general de marina, gran patrio, honra de Maracaibo, dejó, además de dos leyendas en prosa poética (*Anaida é Iguaraya*), gran número de versos, que muestran su aptitud para muy diversos géneros, desde la meditación filosófica y el epitalamio clásico, hasta el devoto y popular villancico. *La Ramilletera* es una de sus más agradables composiciones. Don Francisco G. Pardo (1829-1872) fué versifica-

(1) Supongo que su verdadero apellido sería *Yepes*, alterado por la pronunciación americana. Nació en 1822 en Maracaibo, y por un fatal accidente se ahogó en aquel lago el 22 de Agosto de 1881.

dor gallardo y robusto, aunque un tanto viciado por los hábitos de la falsa y aparatosa poesía de certamen. *El Porvenir de América*, *La Libertad* y otras odas suyas pertenecen á este género. Más sinceridad y más ímpetu lírico hay en la oda á Méjico después del fusilamiento de Maximiliano; y mucha gala y esplendidez de dicción en las octavas que sirven de prelude á un poema que dejó inédito sobre Caracas: octavas que, por otra parte, son un remedo harto patente de las de Zorrilla en la introducción á los *Cantos del Trovador*.

De todo lo expuesto puede inferirse, no sólo la abundancia de la cosecha poética en Venezuela, sino la variedad de rumbos que ha tomado la inspiración de sus cantores. Allí, aunque en menor grado y con disciplina menos severa que en Nueva Granada, se han conservado tradiciones de buen gusto, que resistieron á la avenida romántica y que hoy mismo hacen reverdecer los lauros de Bello y de Baralt en la frente de un suave poeta místico, de origen italiano, tan digno de loa por la elegante sencillez de sus versos, como por la pureza de vida espiritual que en ellos se manifiesta. Siguiendo dirección totalmente opuesta, un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dió cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y á la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fué poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó á nuestra lengua todo el *Buch der Lieder*, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar á su traducción el mayor grado de exactitud posi-



ble, y llegando á remedar á veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos. Llamóse J. A. Pérez Bonalde: fué amigo mío: me honró en 1885 con la dedicatoria de su mejor trabajo literario: hoy no sé si pertenece al mundo de los vivos. Por dos distintos caminos ha llegado á mí la noticia de su muerte, pero no de un modo tan autorizado que no deje algún resquicio á la duda. Por eso me he abstenido de insertar en esta edición versos suyos y de consagrarles el detenido estudio que por su valor intrínseco y su especial carácter reclaman. Mi amistad espera y desea que el triste rumor no se confirme, y que Pérez Bonalde pueda todavía leer su nombre en estas líneas, expresión fiel del aprecio en que siempre tuve su ingenio y su nativa bondad, deplorando su amarga filosofía.

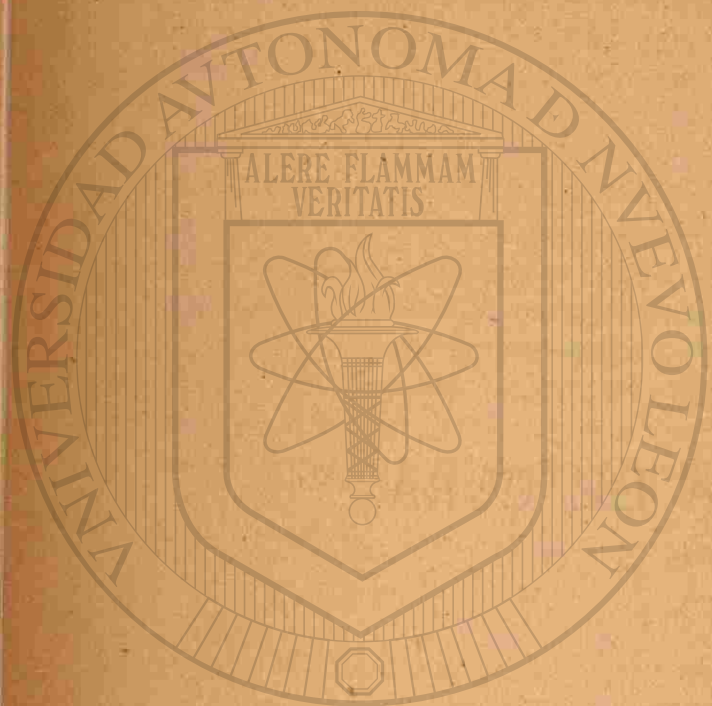
M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ISLA DE CUBA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





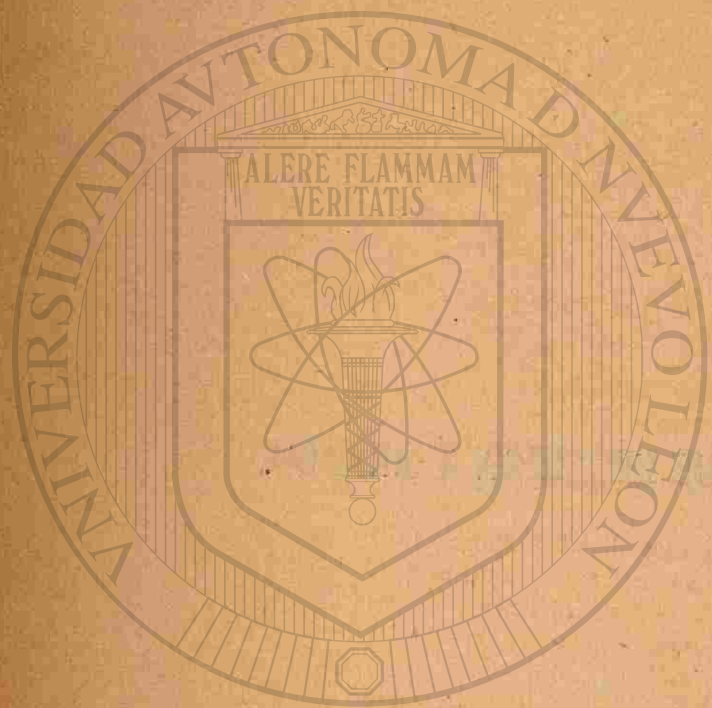
D. MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.

Á LA PIÑA.

Del seno fértil de la madre tierra,  
En actitud erguida se levanta  
La airosa piña de esplendor vestida,  
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona  
Con la muy verde túnica la ampara,  
Hasta que Ceres borda su vestido  
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir, su augusta madre  
El vegetal imperio le prepara,  
Y por regio blasón la gran diadema  
La ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa  
Que allá entre sus domésticas resalta,  
El pomposo penacho que la cubre  
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines,  
Obelisco rural que se levanta  
En el florido templo de Amaltea  
Para ilustrar sus aras.



Los olorosos jugos de las flores,  
Las esencias, los bálsamos de Arabia,  
Y todos los aromas de natura  
Concentra en sus entrañas.

A nuestros campos desde el sacro Olimpo,  
El copero de Júpiter se lanza,  
Y con la fruta vuelve que los dioses  
Para el festín aguardan.

En la empírea mansión fué recibida  
Con júbilo común, y al despojarla  
De su real vestidura, el firmamento  
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa la ambrosía  
Su mérito perdió: con la fragancia  
Del dulce zumo del sorbete indiano  
Los númenes se inflaman.

Después que lo libó el divino Orfeo,  
Al compás de la lira bien templada,  
Hinchendo con su música el empíreo,  
Cantó sus alabanzas.

La madre Venus cuando al labio rojo  
Su néctar aplicó, quedó embriagada  
De lúbrico placer, y en voz festiva  
A Ganimedes llama.

«La piña, dijo, la fragante piña,  
En mis pensiles sea cultivada  
Por manos de mis ninfas; sí, que corra  
Su bálsamo en Idalia.»

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga  
Madre naturaleza en abundancia  
La odorífera planta fumigable!  
¡Salve, feliz Habana!

La bella flor en tu región ardiente  
Recogiendo odoríferas sustancias,  
Templa de Cáncer la calor estiva  
Con las frescas ananas.

Coronada de flor la primavera,  
El rico otoño y las benignas auras  
En mil trinados y festivos coros  
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas  
Que la natura en sus talleres labra,  
En el meloso néctar de la piña  
Se ven recopiladas.

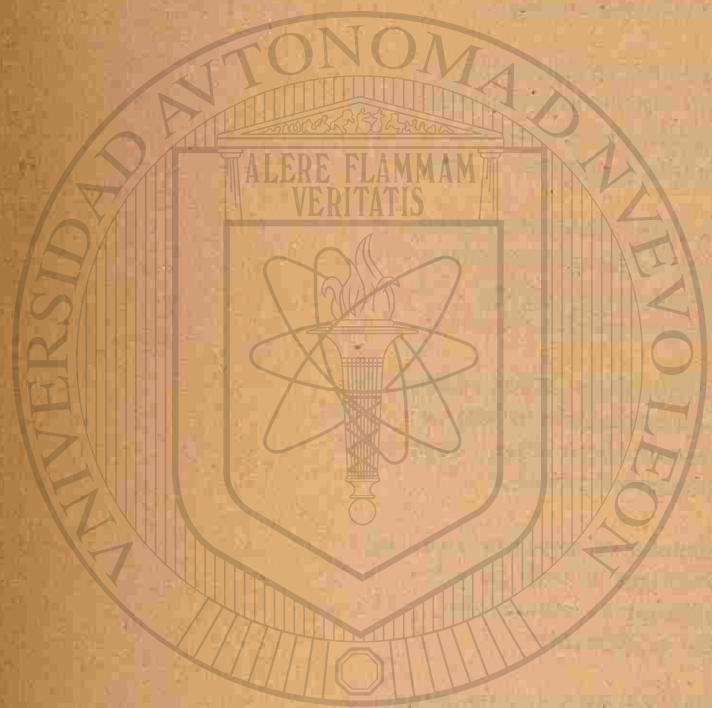
¡Salve, divino fruto! y con el óleo  
De tu esencia mis labios embalsama:  
Haz que mi musa de tu elogio digna  
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove,  
Jamás permita que de nube parda  
Veloz centella que tronando vibre,  
Sobre tu copa caiga.

Así el céfiro blando en tu contorno  
Jamás se canse de batir sus alas,  
De ti apartando el corruptor insecto  
Y el aquilón que brama.

Y así la aurora con divino aliento  
Brotando perlas que en su seno cuaja,  
Conserve tu esplendor, para que seas  
La pompa de mi patria.





D. MANUEL JUSTO DE RUVALCABA.

U A N L

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MANUEL JUSTO DE RUVALCABA.

Á NISE BORDANDO UN RAMILLETE.

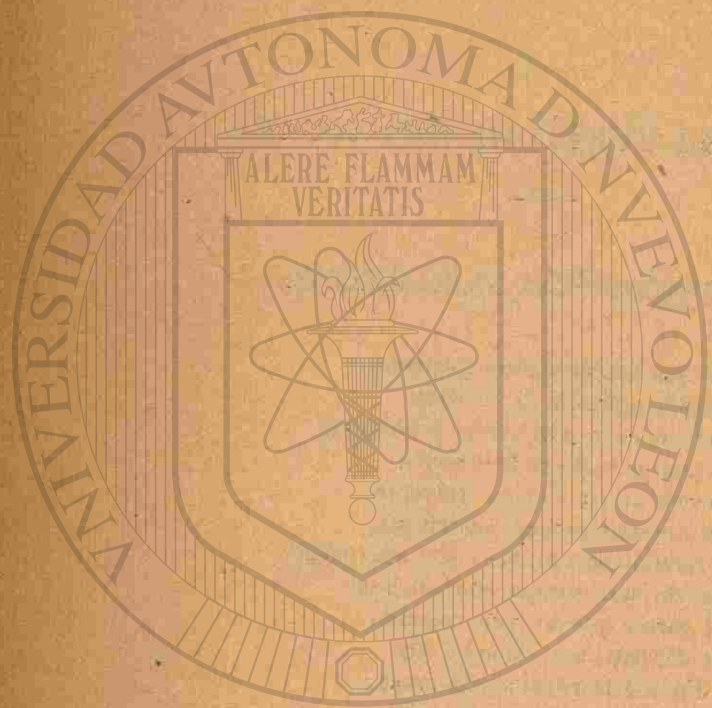
No es la necesidad tan solamente  
Inventora suprema de las cosas  
Cuando de entre tus manos primorosas  
Nace una primavera floreciente.

La seda en sus colores diferente  
Toma diversas formas caprichosas,  
Que aprendiendo en tus dedos á ser rosas  
Viven sin marchitarse eternamente.

Me parece que al verte colocada  
Cerca del bastidor, dándole vida,  
Sale Flora á mirarte avergonzada ;  
Llega, ve tu labor mejor tejida  
Que la suya de Abril, queda enojada,  
Y sin mas esperar, vase corrida.

®





D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

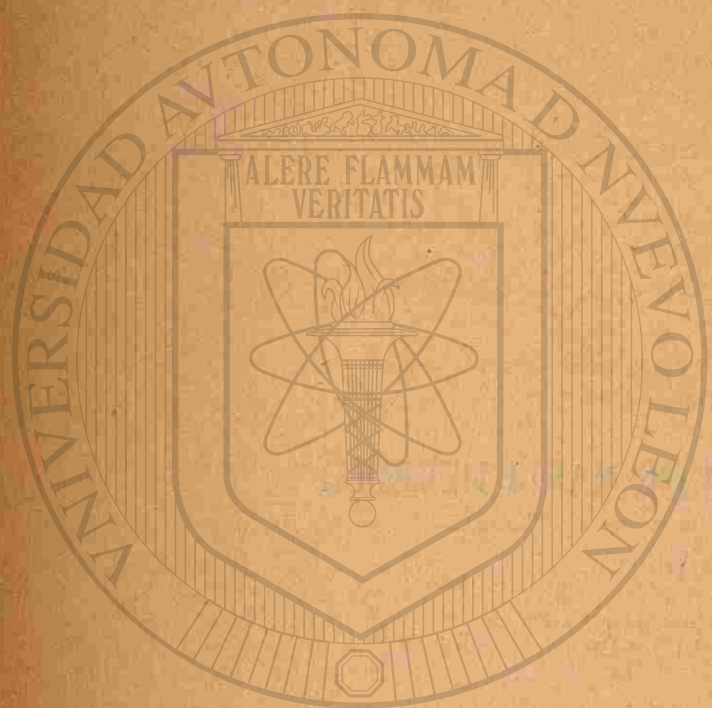
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez





D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Á LA ESTRELLA DE VENUS.

Estrella de la tarde silenciosa,  
Luz apacible y pura  
De esperanza y amor, salud te digo.  
En el mar de Occidente ya reposa  
La vasta frente el sol, y tú en la altura  
Del firmamento solitaria reinas.  
Ya la noche sombría  
Quiere tender su diamantado velo,  
Y con pálidas tintas baña el suelo  
La blanda luz del moribundo día.  
¡Hora feliz y plácida cual bella!  
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto  
En la callada soledad me inspira  
De virtud y de amor meditaciones.  
¡Qué delicioso afecto  
Excita en los sensibles corazones  
La dulce y melancólica memoria  
De su perdido bien y de su gloria!  
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas  
Viste brillar serenas  
Sobre mi faz en Cuba !..... Al asomarse  
Tu disco puro y tímido en el cielo,  
Á mi tierno delirio daba rienda



En el centro del bosque embalsamado,  
Y por tu tibio resplandor guiado  
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,  
Trémula, bella en su temor, velada  
Con el mágico manto del misterio,  
De mi alma la señora me aguardaba.  
En sus ojos afables me reía  
Ingenuidad y amor: yo la estrechaba  
Á mi pecho encendido,  
Y mi rostro feliz al suyo unido,  
Su balsámico aliento respiraba.  
¡Oh goces fugitivos  
De placer inefable! ¡Quién pudiera  
Del tiempo detener la rueda fiera  
Sobre tales instantes!.....  
Yo la admiraba extático: á mi oído  
Muy más dulce que música sonaba,  
El eco de su voz, y su sonrisa  
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas  
Cuya memoria cara  
Á mitigar bastara  
De una existencia de dolor las penas!  
¡Estrella de la tarde! ¡Cuántas veces  
Junto á mi dulce amiga me mirabas  
Saludar tu venida, contemplarte,  
Y recibir en tu amorosa lumbre  
Paz y serenidad!.....

Ahora me miras  
Amar también, y amar desesperado.  
Huir me ves al objeto desdichado  
De una estéril pasión, que es mi tormento  
Con su belleza misma;  
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma  
En el solo y eterno pensamiento,  
De amarla, y de llorar la suerte impía  
Que por siempre separa  
Su alma del alma mía.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA.

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban  
Los aztecas valientes! En su seno  
En una estrecha zona concentrados  
Con asombro se ven todos los climas  
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos  
Cubren á par de las doradas mieses  
Las cañas deliciosas. El naranjo  
Y la piña y el plátano sonante,  
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
Á la frondosa vid, al pino agreste,  
Y de Minerva al árbol majestuoso.  
Nieve eternal corona las cabezas  
De Iztaccihual purísimo, Orizaba  
Y Popocatepec; sin que el invierno  
Toque jamás con destructora mano  
Los campos fertilísimos, do ledo  
Los mira el indio en púrpura ligera  
Y oro teñirse, reflejando el brillo  
Del sol en Occidente, que sereno  
En hielo eterno y perennal verdura  
Á torrentes vertió su luz dorada,  
Y vió á Naturaleza conmovida  
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa  
Las alas en silencio ya plegaba  
Y entre la hierba y árboles dormía,  
Mientras el ancho sol su disco hundía  
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,  
Cual disuelta en mar de oro, semejaba  
Temblar en torno de él; un arco inmenso  
Que del empíreo en el cenit finaba  
Como espléndido pórtico del cielo  
De luz vestido y centellante gloria,  
De sus últimos rayos recibía



Los colores riquísimos. Su brillo  
Desfalleciendo fué: la blanca luna  
Y de Venus la estrella solitaria  
En el cielo desierto se veían.  
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella  
Que la alba noche y el brillante día,  
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa  
Cholulteca pirámide. Tendido  
El llano inmenso que ante mí yacía,  
Los ojos á espaciarse convidaba.  
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría  
Que en estos bellos campos reina alzada  
La bárbara opresión, y que esta tierra  
Brotaba mieses tan ricas, abonada  
Con sangre de hombres, en que fué inundada  
Por la superstición y por la guerra?.....

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
El leve azul, obscuro y más obscuro  
Se fué tornando: la movible sombra  
De las nubes serenas, que volaban  
Por el espacio en alas de la brisa,  
Era visible en el tendido llano.  
Iztaccihual purísimo volvía  
Del argentado rayo de la luna  
El plácido fulgor, y en el Oriente  
Bien como puntos de oro centellaban  
Mil estrellas y mil.... ¡Oh! os saludo  
Fuentes de luz, que de la noche umbría  
Ilumináis el velo,  
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,  
Y al ocaso fulgente descendía  
Con lentitud, la sombra se extendía  
Del Popocatepec, y semejaba  
Fantasma colosal. El arco obscuro

Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza  
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo  
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,  
Que velado en vapores transparentes,  
Sus inmensos contornos dibujaba  
De Occidente en el cielo.  
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo  
De las edades rápidas no imprime  
Alguna huella en tu nevada frente?  
Corre el tiempo veloz, arrebatando  
Años y siglos, como el norte fiero  
Precipita ante sí la muchedumbre  
De las olas del mar. Pueblos y reyes  
Viste hervir á tus pies, que combatían  
Cual hora combatimos, y llamaban  
Eternas sus ciudades, y creían  
Fatigar á la tierra con su gloria.  
Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
De tus profundas bases desquiciado  
Caerás; abrumará tu gran ruina  
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella  
Nuevas generaciones, y orgullosas  
Que fuiste negarán.....

Todo parece  
Por ley universal. Aun este mundo  
Tan bello y tan brillante que habitamos,  
Es el cadáver pálido y deforme  
De otro mundo que fué.....

En tal contemplación embebecido  
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño  
De glorias engolfadas y pérdidas  
En la profunda noche de los tiempos,  
Descendió sobre mí. La agreste pompa  
De los reyes aztecas desplegóse  
Á mis ojos atónitos. Veía,



Entre la muchedumbre silenciosa  
De emplumados caudillos, levantarse  
El déspota salvaje en rico trono  
De oro, perlas y plumas recamado;  
Y al son de caracoles belicosos  
Ir lentamente caminando al templo  
La vasta procesión, do la aguardaban  
Sacerdotes horribles, salpicados  
Con sangre humana rostros y vestidos.  
Con profundo estupor el pueblo esclavo  
Las bajas frentes en el polvo hundía  
Y ni mirar á su señor osaba,  
De cuyos ojos férvidos brotaba  
La saña del poder.

Tales ya fueron  
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:  
Su vil superstición y tiranía  
En el abismo del no ser se hundieron.  
Sí, que la muerte, universal señora,  
Hiriendo al par al déspota y esclavo,  
Escribe la igualdad sobre la tumba.  
Con su manto benéfico el olvido  
Tu insensatez oculta y tus furoros  
Á la raza presente y la futura.  
Esta inmensa estructura  
Vió á la superstición más inhumana  
En ella entronizarse. Oyó sus gritos  
De agonizantes víctimas, en tanto  
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,  
Les arrancaba el corazón sangriento;  
Miró el vapor espeso de la sangre  
Subir caliente al ofendido cielo  
Y tender en el sol fúnebre velo,  
Y escuchó los horrendos alaridos  
Con que los sacerdotes sofocaban  
El grito del dolor.

Muda y desierta  
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale  
Que semanas de siglos yazcas yerma,

Y la superstición á quien serviste  
En el abismo del infierno duerma!  
Á nuestros nietos últimos, empero,  
Sé lección saludable; y hoy que el hombre  
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,  
Sé ejemplo ignominioso  
De la demencia y del furor humano.

### Á LA RELIGIÓN.

Sobrado tiempo con dorada lira  
Canté de juventud las ilusiones,  
Y en ligeras y fútiles canciones  
Los afectos vertí que amor inspira.  
Hoy, santa Religión, quiero cantarte  
Y con piadoso anhelo  
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad que en ígneo trono  
Con tu solemne inspiración solías  
Animar el acento de Isafas,  
Ó del profeta rey el noble tono,  
Oye mi voz humilde que te implora;  
Mi tibio pecho inspira,  
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida  
Brilla sin nubes el nocturno cielo,  
Quisiera suspirando alzar el vuelo,  
Y á su perenne luz juntar mi vida:  
Este secreto instinto me revela  
En soledad y calma  
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nubes de luz serena y pura  
Vela el Criador su ceño majestuoso  
Y circundan su trono misterioso



La eternidad pasada y la futura,  
Compadece del hombre la miseria,  
Y su acento profundo  
Por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta Religión! de luz cercada  
Bajas al mundo, que el error oprime;  
Mostrando el cielo en ademán sublime,  
Y con la santa cruz tu diestra armada;  
Cubre tus ojos venda misteriosa,  
Y majestuosamente  
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empero. De su altura  
Tú nos anuncias el primer pecado,  
Al hombre por su mal degenerado,  
Y la inefable redención futura:  
Viene al mundo Jesús, de los humanos  
(¡Venturoso destino!)  
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina  
La feroz impiedad tachar no puede;  
La voz de los profetas le precede,  
Y el universo atónito se inclina,  
Enfrénase á su voz el mar airado,  
Y á su mandato fuerte  
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,  
Y de su inmenso amor víctima santa,  
Entre tormentos, cuyo horror espanta,  
Pálido el Hombre-Dios gime y expira.  
Núblase el sol, y yerta se estremece  
La tierra oscurecida,  
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado  
Triunfa Jesús, y con glorioso vuelo

Sube después al esplendente cielo,  
Vencedor de la muerte y del pecado.  
¡Milagros inefables! Confundido  
¡Oh Cristo! yo te adoro,  
Te confieso mi Dios, gimo y te adoro.

Mas la persecución fiera fulmina  
Del infierno frenético lanzada,  
Y con su pura sangre derramada  
Sellan mártires mil su fe divina.  
Triunfas ¡oh Religión! y al vasto mundo  
Sojuzgas con presteza,  
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores  
Al borde tiembla del sepulcro helado  
Que á la luz de tu antorcha contemplado  
La mitad perderá de sus horrores.  
Ya la escena del mundo ve cerrada  
Por la muerte severa,  
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza.  
Al terminar su vida borrascosa,  
Enciendes en la tumba misteriosa  
Luz de inmortalidad y de esperanza;  
Y su afligido corazón llenando  
De inefable consuelo,  
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío,  
De hierro asolador el brazo armado,  
Teñirlo en sangre, y de terror cercado  
En crímenes fundar su poderío;  
Y despreciando audaz á tierra y cielo  
Con sonrisa ominosa,  
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna



La tierra alguna vez el crimen fiero;  
Mas es breve su imperio y pasajero;  
La justicia de Dios vigila eterna;  
De la virtud y la maldad existe  
Un inmortal testigo:  
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo  
Que al hombre justo en el dolor sustenta!  
Al sucumbir á la opresión sangrienta  
Eterno galardón busca en el cielo.  
Fija la vista en él, y abroquelado  
Con Dios y su conciencia,  
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas ¡oh Religión! de tu victoria  
Irritados los genios infernales  
Preparan las serpientes y puñales  
Para manchar tu refulgente gloria.  
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,  
Y del Orco agitado  
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;  
Brama, blande el puñal con faz umbría,  
Y el humo negro de la hoguera impía  
La pura luz obscureció del cielo.  
Víctima suya el hombre te maldice,  
Y con grito blasfemo  
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,  
Descubre al universo tus arcanos  
Y de tus sacerdotes inhumanos  
Los crímenes revela y los furoros.  
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas  
En tu infernal abismo  
Apelaban á Dios del fanatismo!

¡Divina Religión! Tú que veías  
Al insolente monstruo dominando,  
Y en tu nombre la tierra devorando,  
En el seno de Dios tierna gemías.  
Él te escuchó. Retumbará la esfera  
Con su decreto eterno,  
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,  
Como después del huracán violento  
En el atormentado firmamento  
Con más cándida faz brilla la luna;  
Y el mundo te verá desengañado  
Dictar con dulce tono  
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio  
Del odio y la fanática venganza,  
Se abrirá el corazón á la esperanza,  
Y adorará tu celestial imperio,  
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma  
El tiempo fatigado  
En escombros del mundo aniquilado.

#### ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras  
En la serena cumbre del Himeto,  
Espectáculo espléndido se goza.  
Vense grupos de palmas, que otro tiempo  
Oyeron de Platón la voz divina,  
Y entre masas brillantes de verdura  
Alza el olivo su apacible frente,  
Cubre la viña el ondulante suelo  
De esmeraldas y púrpura, y los valles  
En diluvio de luz el sol inunda.



Entre tantas bellezas majestuosa  
Con marmóreo esplendor domina Atenas.  
En sus dóricos templos y columnas  
Juega la luz rosada,  
Y con mágica tinta  
El contorno fugaz colora y pinta.  
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero  
Goza placer más puro y más sublime  
El solitario y pensador viajero  
Que á la luz del crepúsculo sombrío,  
Entre un océano de caliente arena,  
Contempla el esqueleto de Palmira,  
De alto silencio y soledad cercado.  
¡Desolación inmensa! El obelisco,  
Cual noble anciano, se levanta al cielo  
Con triste majestad, y el cardo infausto,  
Brotando en grietas de marmóreo techo,  
Al viento sirio silba. En los salones  
Do la elegancia y el poder moraron,  
Hoy la culebra solitaria gira.  
En el suelo de templos quebrantados  
Crecen los pinos, y en las anchas calles,  
Que antes hirvieron en rumor y vida,  
Se mira ondear la hierba silenciosa.  
Doquier yacen columnas derribadas  
Unas sobre otras, y en la gran llanura  
Incontables parecen los despojos  
De la grandeza y del poder pasado.  
Arcos, palacios, templos y obeliscos  
Forman un laberinto pavoroso  
En que inmóvil se asienta  
El silencioso genio de las ruinas,  
Y altas verdades, máximas divinas  
De su frente el dolor al sabio cuenta.

Á MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,  
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras  
Desalado, arrebatame, y perdido  
En la velocidad de tu carrera,  
Olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones  
Para nunca volver, de paz y dicha  
Llevando tras de sí las esperanzas.  
Corrióse el velo: desengaño impío  
El fin señala del delirio mío.

¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos  
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible  
El desierto de una alma desolada,  
Sin flores de esperanza ni frescura!  
Ya ¿qué las resta?—Tedio y amargura.

¡Este viento del Sur.... ¡ay! me devora!  
¡Si pudiera dormir!.... En dulce olvido,  
En pasajera muerte sepultado,  
Mi ardor calenturiento se templara  
Y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡fiel amigo! Yo te imploro.  
Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga  
Mi cuerpo débil, y quizá benigno  
Sobre la árida frente de tu dueño  
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio....  
Más otra vez avergonzar me hiciste  
De mi insana crueldad y mi delirio,  
Al contemplar mis pies ensangrentados,  
Y tus ijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor: el llanto mira  
Que se agolpa á mis párpados.... Amigo,  
Cuando mis gritos resonar escuches,  
No aguardes, no, la devorante espuela,  
La crín sacude, alza la frente, y vuela.



VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD.

Huracán, huracán, venir te siento,  
Y en tu soplo abrasado  
Respiro entusiasmado  
Del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido  
Vedle rodar por el espacio inmenso,  
Silencioso, tremendo, irresistible,  
Como una eternidad. La tierra en calma  
Funesta, abrasadora,  
Contempla con pavor su faz terrible.  
Al toro contemplad..... La tierra escarban  
De un insufrible ardor sus pies heridos;  
La armada frente al cielo levantando,  
Y en la henchida nariz fuego aspirando,  
Llama á la tempestad con sus bramidos.  
¡Qué nubes! ¡Qué furor!..... El sol temblando  
Vela en triste vapor su faz gloriosa,  
Y entre sus negras sombras sólo vierte  
Luz fúnebre y sombría,  
Que ni es noche ni día,  
Y al mundo tiñe de color de muerte.  
Los pajarillos callan y se esconden,  
Mientras el fiero huracán viene volando,  
Y en los lejanos montes retumbando  
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Ya llega..... ¿No le veis?..... ¡Cuál desenvuelve  
Su manto aterrador y majestuoso!.....  
¡Gigante de los aires te saludo!  
Ved cómo en confusión vuelan en torno  
Las orlas de su parda vestidura.  
¡Cómo en el horizonte  
Sus brazos furibundos ya se enarcan,  
Y tendidos abarcan  
Cuanto alcanza á mirar, de monte á monte!

¡Obscuridad universal! Su soplo  
Levanta en torbellinos  
El polvo de los campos agitado.  
¡Oid!..... Retumba en las nubes despeñado,  
El carro del Señor, y de sus ruedas  
Brotó el rayo veloz, se precipita,  
Hiere, y aterra el delincuente suelo,  
Y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor?..... ¿Es la lluvia?..... Enfurecida  
Cae á torrentes, y oscurece el mundo,  
Y todo es confusión y horror profundo.  
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,  
¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Os busco en vano,  
Desparecisteis..... La tormenta umbría  
En los aires revuelve un oceano  
Que todo lo sepulta.....  
Al fin, mundo fatal, nos separamos;  
El huracán y yo solos estamos.  
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,  
De tu solemne inspiración henchido,  
Al mundo vil y miserable olvido,  
Y alzo la frente de delicia lleno!  
¿Do está el alma cobarde  
Que teme tu rugir?..... Yo en tí me elevo  
Al trono del Señor: oigo en las nubes  
El eco de su voz: siento á la tierra  
Escucharle y temblar: ardiente lloro  
Desciende por mis pálidas mejillas,  
Y á su alta majestad tiemblo, y le adoro.

NIÁGARA. 

Dadme mi lira, dádmela: que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo  
En tinieblas pasó, sin que mi frente  
Brillase con su luz!..... Niágara undoso,



Sola tu faz sublime ya podría  
Tornarme el don divino, que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
Tu trueno aterrador: disipa un tanto  
Las tinieblas que en torno te circundan,  
Y déjame mirar (1) tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
Lo común y mezquino desdeñando,  
Ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,  
Al retumbar sobre mi frente el rayo,  
Palpitando gocé: vi al Oceano  
Azotado del austro proceloso,  
Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
Sus abismos abrir, y amé el peligro,  
Y sus iras amé: mas su fiereza  
En mi alma no dejara  
La profunda impresión que tu grandeza (2).

Corres sereno y majestuoso, y luego (3)  
En ásperos peñascos quebrantado,  
Te abalanzas violento, arrebatado,  
Como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
De la sirte rugiente  
La aterradora faz? El alma mía  
En vagos pensamientos se confunde,

(1) En otros textos «Déjame contemplar».  
La corrección no fué feliz, porque el mismo verbo se repite dos versos después.

(2) Texto primitivo. Luego escribió Heredia con menos naturalidad:

*Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,  
Mas del mar la fiereza  
En mi alma no produjo  
La profunda impresión que tu grandeza.*

(3) Sereno corres, majestuoso, y luego

Al contemplar (1) la férvida corriente,  
Que en vano quiere la turbada vista  
En su vuelo seguir al borde obscuro  
Del precipicio altísimo: mil olas,  
Cual pensamiento rápidas pasando,  
Chocan, y se enfurecen,  
Y otras mil y otras mil, ya las alcanzan,  
Y entre espuma y fragor desaparecen.  
Mas llegan..... saltan..... El abismo horrendo  
Devora los torrentes despeñados;  
Crúzanse en él mil iris, y asordados  
Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
Rómpele el agua, y salta, y una nube  
De revueltos vapores  
Cubre el abismo en remolinos, sube,  
Gira en torno, y al cielo  
Cual pirámide inmensa se levanta,  
Y por sobre los bosques que le cercan  
Al solitario cazador espanta (2).

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista  
Con inquieto afanar? (3) ¿Por qué no miro  
Alrededor de tu caverna inmensa  
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,

(1) Al mirar esa.

(2) Heredia estropeó toda ésta magnífica descripción, so pretexto de corregirla:

*En las rígidas peñas  
Rómpele el agua: vaporosa nube  
Con elástica fuerza,  
Llena el abismo en torbellino, sube,  
Gira en torno, y al éter  
Luminosa pirámide levanta  
Y por sobre los montes que le cercan  
Al solitario cazador espanta.*

(3) Con inútil afan.



Y al soplo de la brisa del Océano  
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene.....  
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,  
Ni otra corona que el agreste pino  
Á tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto, y delicada rosa,  
Muelle placer inspiren y ocio blando  
En frívolo jardín: á ti la suerte  
Guarda más digno objeto y más sublime.  
El alma libre, generosa y fuerte  
Viene, te ve, se asombra,  
Menosprecia los frívolos deleites,  
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! (1) en otros climas  
Vi monstruos execrables  
Blasfemando su nombre sacrosanto,  
Sembrar error y fanatismo impío,  
Los campos inundar con sangre y llanto,  
De hermanos atizar la infanda guerra  
Y desolar frenéticos la tierra.  
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista  
En grave indignación. Por otra parte  
Vi mentidos filósofos que osaban  
Escutar tus misterios, ultrajarte  
Y de impiedad al lamentable abismo  
Á los míseros hombres arrastraban:  
Por eso siempre te buscó mi mente  
En la sublime soledad: ahora  
Entera se abre á tí; tu mano siente  
En esta inmensidad que me circunda,  
Y tu profunda voz baja á mi seno (2)  
De este raudal en el eterno trueno.

(1) Omnipotente Dios.

(2) Hierre mi seno.

¡Asombroso torrente!  
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena  
Y de terror y admiración me llena!  
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza  
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
Hace que al recibirte  
No rebose en la tierra el Oceano?  
Abrió el Señor su mano omnipotente,  
Cubrió tu faz de nubes agitadas,  
Dió su voz á tus aguas despeñadas,  
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,  
Como el largo torrente de los siglos  
Rueda en la eternidad: así del hombre  
Pasan volando los floridos días,  
Y despierta el dolor..... ¡Ay! ya agotada  
Siento mi juventud, mi faz marchita (1),  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto senti como este día  
Mi mísero aislamiento, mi abandono,  
Mi lamentable desamor..... ¿Podría  
Una alma apasionada y borrascosa (2)  
Sin amor ser feliz?..... ¡Oh! ¡Si una hermosa  
Digna de mí me amase (3),

(1) Todo esto está cambiado en la edición de Toluca, en estos términos:

*Ciego, profundo, infatigable corras,  
Como el torrente oscuro de los siglos  
En insondable eternidad..... Al hombre  
Huyen así las ilusiones gratas,  
Los florecientes días,  
Y despierta al dolor..... ¡Ay! Agostada  
Yace mi juventud, mi faz marchita.....*

(2) En edad borrascosa.

(3) Mi cariño fíjase.



Y de este abismo al borde turbulento  
Mi vago pensamiento  
Y mi andar solitario (1) acompañasel  
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse  
De leve palidez, y ser más bella  
En su dulce terror, y sonreirse  
Al sostenerla en (2) mis amantes brazos:.....  
¡Delirios de virtud!..... ¡Ay! desterrado,  
Sin patria, sin amores,  
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!  
Oye mi última voz: en pocos años (3)  
Ya devorado habrá la tumba fría  
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso  
Al contemplar tu faz algún viajero (4),  
Dar un suspiro á la memoria mía.  
Y yo al hundirse el sol (5) en Occidente,  
Vuele gozoso do el Criador (6) me llama,  
Y al escuchar los ecos de mi fama  
Alce en las nubes la radiosa frente.

HIMNO AL SOL.

En los yermos del mar, donde habitas,  
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:  
Lo infinito circunda tu frente,  
Lo infinito sostiene tus pies.  
Ven: al bronco rugir de las ondas

- (1) *Y ardiente admiración.*  
(2) Falta el *en* en la edición de Toluca.  
(3) *Adiós, adiós, dentro de pocos años.*  
(4) *Viéndote algún viajero.*  
(5) *Y al abismarse Febo.*  
(6) *Feliz yo vuela do el Señor.*

Une acento tan fiero y sublime,  
Que mi pecho entibiado reanime,  
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,  
Se colora de rosa el Oriente,  
Y la sombra se acoge á Occidente  
Y á las nubes lejanas del Sur:  
Y del Este en el vago horizonte,  
Que confuso mostrábase y denso,  
Se alza pórtico espléndido, inmenso,  
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedla ya!..... Cual gigante imperioso  
Alza el Sol su cabeza encendida.....  
¡Salve, padre de luz y de vida,  
Centro eterno de fuerza y calor!  
¡Cómo lucen las olas serenas  
De tu ardiente fulgor inundadas!  
¡Cuál sonriendo las velas doradas  
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego  
Poderoso renueva este mundo:  
Aun del mar el abismo profundo  
Mueve, agita, serena tu ardor.  
Al brillar la feliz primavera,  
Dulce vida recobran los pechos,  
Y en dichosa ternura deshechos  
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego  
De verdura las viste, y de flores,  
Y sus brisas y blandos olores  
Feudo son á tu noble poder.  
Aun el mar te obedece: sus campos  
Abandona huracán inclemente,  
Cuando en ellos reluce tu frente,  
Y la calma se mira volver.



Tuyas son las montañas altivas  
Que saludan tu brillo primero,  
Y en la tarde tu rayo postrero  
Las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas  
De la tierra insondable tesoro,  
Y en su seno el diamante y el oro  
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,  
Y al poeta tus rayos animan;  
Su entusiasmo celeste subliman,  
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo  
Con calor vivificas intenso,  
Que á mi seno descendes yo pienso,  
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros  
De tu luz en las alas envía  
Al autor de tu vida y la mía,  
Al Señor de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,  
Y velado en tu fuego le adoro:  
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,  
¿Cómo puedo su esencia explicar?

Á su inmensa grandeza me humillo.  
Sé que vive, que reina y me ama,  
Y su aliento divino me inflama  
De justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día  
Vacilar de mi fe los cimientos,  
Fué al mirar sus altares sangrientos  
Circundados por crimen y error.

## MUERTE DEL TORO.

### FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

Al clavar de los dardos inflamados  
Y agitación frenética del toro,  
La multitud atónita se embebe,  
Como en el circo la romana plebe  
Atenta reprobaba ó aplaudía  
El gesto, el ademán y la mirada  
Con que sobre la arena ensangrentada  
El moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama  
Se abre el acto final, cuando á la arena  
Desciende el matador, y al fiero bruto  
Osado llama, y su furor provoca.  
Él, arrojando espuma por la boca,  
Con la vista devórale, y el suelo  
Hiere con duro pie: su ardiente cola  
Azota los ijares y bramando  
Se precipita.... El matador, sereno,  
Ágil se esquivo, y el agudo estoque  
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro y su bramido expresa  
Dolor, profunda rabia y agonía.  
En vano lucha con la muerte impía:  
Quiere vengarse aún; pero la fuerza,  
Con la caliente sangre que derrama  
En gruesos borbotones, le abandona,  
Y entre el dolor frenético y la ira,  
Vacila, cae, y rebramando expira.

Sin honor el cadáver arrastrado  
En bárbaro triunfo: yertos, flojos,  
Vagan los fuertes pies, turbios los ojos  
En que ha un momento centellar se vía



Tal ardimiento, fuerza y energía ;  
Y por el polvo vil huye arrastrado  
El cuello, que tal vez bajo el arado  
Era de alguna rústica familia  
Útil sostenedor.—En tanto el pueblo  
Con tumulto alegrísimo celebra  
Del gladiador estúpido la hazaña.  
¡Espectáculo atroz, mengua de España!

AL OCÉANO.

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano  
Mece por fin mi pecho estremecido!  
¡Otra vez en el mar!..... Dulce á mi oído  
Es tu solemne música, Oceano.  
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños  
Gozoso contemplaba  
Tu ondulación, y de tu fresca brisa  
El aliento salubre respiraba!  
Elemento vital de mi existencia,  
De la vasta creación mística parte,  
¡Salve! Felice torno á saludarte  
Tras once años de mortal ausencia.

¡Salve otra vez! Á tus volubles ondas  
Del triste pecho mío  
Todo el anhelo y esperanza fio.  
Á las orillas de mi fértil patria  
Tú me conducirás donde me esperan,  
Del campo entre la paz y las delicias,  
Fraternales caricias,  
Y de una madre el suspirado seno.

Me oyes, ¡benigno mar! De fuerza lleno  
En el triste horizonte nebuloso,  
Tiende sus alas aquilón fogoso,

Y las bate : la vela estremecida  
Cede al impulso de su voz sonora,  
Y cual flecha del arco despedida,  
Corta las aguas la inflexible prora.  
Salta la nave como débil pluma,  
Ante el fiero Aquilón que la arrebató,  
Y en torno, cual rugiente catarata,  
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime  
De rumor, de frescura y movimiento;  
Mi desmayado acento  
Tu misteriosa inspiración reanime!  
Ya cual mágica luz brillar la siento;  
Y la olvidada lira  
Nuevos tonos armónicos suspira.  
Pues me torna benéfico tu encanto  
El don divino que el mortal adora,  
Tuyas, glorioso mar, serán ahora  
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del Caos!  
Al brillar ante Dios la luz primera,  
En su cristal sereno  
La reflejaba tu cerúleo seno :  
Y al empezar el mundo su carrera,  
Fué su primer vagido,  
De tus hirvientes olas agitadas  
El solemne rugido.

Quando el fin de los tiempos se aproxime,  
Y al orbe desolado  
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,  
Conservarás tu juventud sublime.  
Fuerzas cual hoy, sonoras y brillantes,  
Llenas de vida férvidas tus ondas,  
Abrazarán las playas resonantes,  
Ya sordas á tu voz : tu brisa pura  
Gemirá triste sobre el mundo muerto,



Y entonarás en lúgubre concierto  
El himno funeral de la natura.

¡Divino esposo de la madre tierra!  
Con tu abrazo fecundo,  
Los ricos dones desplegó que encierra  
En su seno profundo.  
Sin tu sacro tesoro, inagotable,  
De humedad, y de vida,  
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,  
De muerte y aridez sólo habitado.  
Suben ligeros de tu seno undoso  
Los vapores que en nubes condensados,  
Y por el viento aligero llevados,  
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,  
Que al moribundo rostro de natura  
Tornando la frescura,  
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!  
En ti la luna su fulgor de plata  
Y la noche magnífica retrata  
El esplendor glorioso de su velo.  
Por ti, férvido mar, los habitantes  
De Venus, Marte ó Júpiter, admiran  
Coronado con luces más brillantes  
Nuestro planeta que tus brazos ciñen;  
Cuando en tu vasto y refulgente espejo  
Mira el sol de su hoguera inextinguible  
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre  
Á cuyo pecho estúpido y mezquino  
Tu majestuosa inmensidad no asombre?  
Amarte y admirar fué mi destino  
Desde la edad primera:  
De juventud apasionada y fiera  
En el ardor inquieto,  
Casi fuiste á mi culto noble objeto:

Hoy á tu grata vista, el mal tirano  
Que me abrumaba, en delicioso olvido  
Me deja respirar.—Dulce á mi oído  
Es tu solemne música, Oceano.

### LA ESTACIÓN DE LOS NORTES.

Téplase ya del fatigoso estío  
El fuego abrasador: del yerto polo  
Del septentrión los vientos sacudidos,  
Envueltos corren entre niebla oscura,  
Y á Cuba libran de la fiebre impura.

Ruge profundo el mar, hinchado el seno,  
Y en golpe azotador hiere las playas:  
Sus alas baña céfiro en frescura,  
Y vaporoso transparente velo  
Envuelve al sol, y rutilante cielo.

¡Salud, felices días! Á la muerte  
La ara sangrienta derribáis que Mayo  
Entre flores alzó: la acompañaba  
Con amarilla faz la fiebre impia,  
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veían con adusta frente  
De las templadas zonas á los hijos  
Bajo este cielo ardiente y abrasado:  
Con sus pálidos cetros los tocaban,  
Y á la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento  
Purificando el aire emponzoñado,  
Tiende sus alas húmedas y frías,  
Por nuestros campos resonando vuela  
Y del rigor de Agosto los consuela.



Hoy en los climas de la triste Europa  
Del aquilón el soplo enfurecido  
Su vida y su verdor quita á los campos,  
Cubre de nieve la desnuda tierra,  
Y al hombre yerto en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero  
Todo es vida y placer: Febo sonríe  
Más templado entre nubes transparentes,  
Da nuevo lustre al bosque y la pradera,  
Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! ¡Tú, favorecida  
Con el mirar más grato y la sonrisa  
De la divinidad! No de tus campos  
Me arrebate otra vez el hado fiero.  
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh! ¡Con cuánto placer, amada mía,  
Sobre el modesto techo que nos cubre  
Caer oímos la tranquila lluvia,  
Y escuchamos del viento los silbidos,  
Y del distante Océano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,  
Que los cuidados y el dolor ahuyenta:  
El, adorada, á mi sedienta boca  
Muy más grato será de ti probado,  
Y á tus labios dulcísimos tocado.

Junto á ti reclinado en muelle asiento  
En tus rodillas pulsaré mi lira,  
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,  
De tu rostro y de tu alma la hermosura,  
Y tu amor inefable y mi ventura.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,  
Errante masa de perennes llamas,  
Que iluminas é inflamas  
Los desiertos del éter en tu vuelo;  
¿Que universo lejano  
Al sistema solar hora te envía?  
¿Te lanza del Señor la airada mano  
Á que destruyas en tu curso insano  
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?  
El sabio laborioso  
Para seguirte se fatiga en vano,  
Y más allá del invisible Urano  
Ve abismarse tu carro misterioso.  
¿El influjo del Sol allá te alcanza,  
Ó una funesta rebelión te lanza  
Á ilimitada y férvida carrera?  
Bandido inquietable de la esfera,  
¿Ningún sistema habitas,  
Y tan cerca del Sol te precipitas  
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado  
Á su vasta atracción ceder te ordene  
Y entre Jove y Saturno te encadene,  
De tu brillante ropa despojado;  
Mas si tu curso con furor completas  
Y le hieres tu disco de diamante,  
Arrojarás triunfante  
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz yo te amo. Cuando mira  
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,  
Yo al contemplarte ledo,



Elévome al Creador; mi mente admira  
Su alta grandeza y tímida le adora.  
Y no tan solo ahora  
En mi alma dejas impresión profunda.  
Ya de la noche en el brillante velo,  
De mi niñez en los ardientes días,  
Á mi agitada mente parecías  
Un volcán en el cielo (1).

El ángel silencioso  
Que hora inocente dirección te inspira  
Se armará del Señor con la palabra,  
Cuando en el libro del destino se abra  
Una sangrienta página de ira.  
Entonces furibundo  
Chocarás con los astros, que lanzados  
Volarán de sus órbitas, hundidos  
En el éter profundo;  
Y escombros abrasados  
De mundos destruidos,  
Llevarán el terror á otro sistema.....  
Tente, Musa, respeta el velo obscuro  
Con que de Dios la majestad suprema  
Envuelve la región de lo futuro.  
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,  
Y á millones de mundos ignorados  
El Hacedor magnífico revela.

ÚLTIMOS VERSOS.

¡Oh Dios infinito! ¡Oh verbo increado,  
Por quien se crearon la tierra y el cielo,  
Y que hoy entre sombras de místico velo

(1) Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro: en vano quieren sublevarse  
Mi razón rebelde y cuatro sentidos:  
De Dios el acento suena en mis oídos  
Y Dios á los hombres no puede engañar.

Mi fe te contempla, como si te viese  
Cuando por la tierra benéfico andabas  
Curando mil males, y al hombre anunciabas  
El reino celeste, la vida sin fin;

Ó en aquel momento que arrancó á la tumba  
Al huérfano joven tu palabra fuerte,  
Cuando abrió sus garras la atónita muerte  
Y gimió de gozo la viuda en Naim.

¡Redentor divino! Mi alma te confiesa  
En el sacramento que nos has dejado,  
De pan bajo formas oculto, velado,  
Víctima perenne de inefable amor.

Cual si te mirase sangriento, desnudo,  
Herido, pendiente de clavos atroces  
Morir entre angustias é insultos feroces,  
Entre convulsiones de horrendo dolor.

¡Señor de los cielos! ¡Cómo te ofreciste  
Á tan duras penas y bárbaros tratos  
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,  
Que aun hoy te blasfeman, ¡oh dulce Jesús!

Yo, si bien cargado con culpas enormes,  
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,  
Y humilde gimiendo mi parte reclamo  
De la pura sangre que emana tu cruz.

¡Extiende benigno tu misericordia  
(La misma, Dios bueno, que usaste conmigo)  
Á tanto infelice que es hoy tu enemigo  
Y alumbre sus almas triunfante la fe!

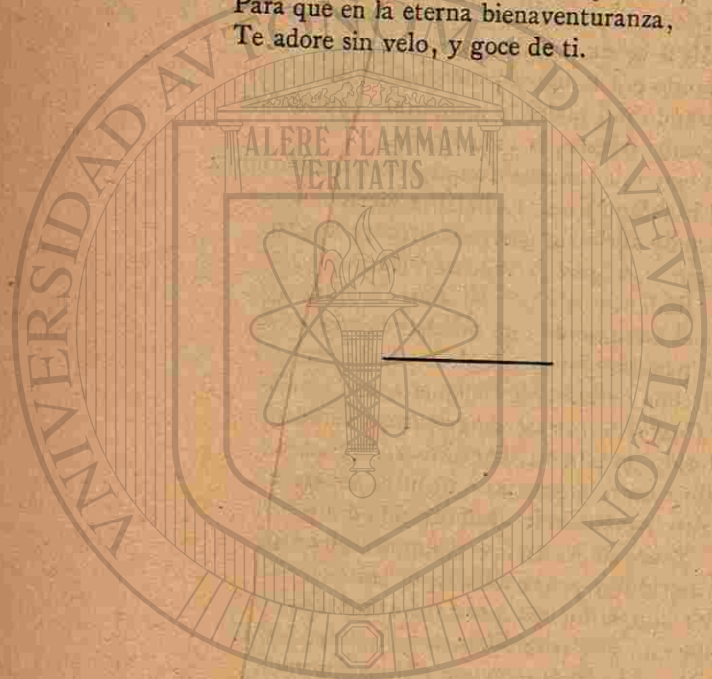
Ojalá pudiera mi pecho afectuoso  
Por todos servirte, por todos amarte,  
De tantas ofensas fiel desagraviarte.....

¿Mas cómo lograrlo ¡miseró! podré?

Permite á lo menos que mi labio impuro  
Una su voz débil á los sacros cantos



Con que te celebran ángeles y santos,  
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.  
Mis súplicas oye: aumenta en mí pecho  
Tu amor, Jesús mío, la fe, la esperanza,  
Para que en la eterna bienaventuranza,  
Te adore sin velo, y goce de ti.



D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.

EL NIDO VACÍO.

CANCIONCILLA.

¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

Con alma casta y gozosa  
Cuidaba yo mis cariños,  
Como cuida de sus niños  
La bella y cándida esposa.  
Mas ¡ay! mi ternura hermosa  
Convirtiósese en dolores.—  
¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

No sé yo que cazador  
Lanzando un dardo cruel,  
Hirió el mismo nido, y dél  
Hizo fugar tanto amor.  
Pero ignorarlo es mejor  
Para omitir sinsabores.—



¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.  
Desierto el nido ha quedado,  
Y en él espero á fe mía,  
Que resucite otro día  
Amor más afortunado.  
Mientras, diré lastimado  
Á mis antiguos dolores:—  
¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

CANCIÓN.

¡Tórtola mía! Sin estar presa,  
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,  
A un beso ahora y otro después,  
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es ésa,  
*Cimarronzuela* de rojos pies?  
¿Ver hojas verdes sólo te incita?  
¿El fresco arroyo tu pico invita?  
¿Te llama el aire que susurró?  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.  
¿De qué te sirve batir el ala  
Si te amenazan con muerte igual,  
La astuta liga, la ardiente bala  
Y el cauto *jubo del manigual*?  
Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita

Que ansias ser libre, pasión bendita  
Que aunque la lloro apruebo yo.—  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!  
Si ya no vuelves ¿á quién confío  
Mi amor oculto, mi desvarío,  
Mis ilusiones que vierten miel,  
Cuando me quede mirando al río,  
Y á la alta luna que brilla en él?  
Inconsolable, triste y marchita  
Me iré muriendo, pues en mi cuíta  
Mi confidente me abandonó.—  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!

EL BESO.

De noche en fresco jardín  
Sentado estaba á par de ella:  
Yo joven: joven y bella  
Mi serafín.

Hablábamos del negror  
Del cielo, augusto y sin brillo,  
Del regalado airecillo  
Y del amor.

Hablábamos del lugar  
En que primero nos vimos;  
Y sin querer nos pusimos  
Á suspirar.

Á suspirar y á sentir  
Gozo, al volver á juntarnos:  
Á suspirar y á mirarnos,  
Y á sonreír.



Porque amor casto entre dos  
Es colmo de las venturas,  
Y unirse dos almas puras  
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,  
Porque en sus lánguidos ojos  
Y en medio á sus labios rojos  
Brillaba el sí.

Ella, al oirme, tembló,  
Y en mi largo tiempo fijo  
Su dulce mirar, me dijo  
Timida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son  
Pone el corazón risueño:  
Un *no*, celeste halagüeño,  
Sin negación.

Por eso yo la cogí  
La mano, y con loco exceso  
Á imprimir sobre ella un beso  
Me resolví.

Beso que en mi alma crié  
En sueños de gloria y calma  
Y que por joya del alma  
Siempre guardé.

Puro como un arbol  
Que orna una tarde de Mayo,  
Y ardiente como es el rayo  
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí  
Mi labio sin movimiento,  
Porque un negro pensamiento  
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor  
De mi boca osada, ansiosa,  
No iba á secar ya la rosa  
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel  
Beso, otro labio vendría  
Que ambicioso borraría  
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el deslíz  
De mi labio torpe insano  
Á volver su mano, mano  
De meretriz?

Mano asquerosa infernal  
Para el alma del poeta:  
Que sufre el beso y aprieta  
El vil metal.

Así pensé.... y fuime en paz,  
Dejándola intacta y pura;  
Y lágrima de dulzura  
Bañó mi faz.

DE CODOS EN EL PUENTE.

San Juan murmurante, que corres ligero  
Llevando tus ondas en grato vaivén,  
Tus ondas de plata que bate y sacude  
Moviendo sus remos con gran rapidez  
(Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua)  
La lancha atestada de pipas de miel:  
San Juan, ¡cuántas veces, parado en tu puente  
Al rayo de luna que empieza á nacer,



Y al soplo amoroso de brisas fugaces  
Frescura he pedido que halague mi sien!  
Entonces un aura, la más apacible  
Que en ondas marinas se sabe mecer,  
Que empapa sus alas en ambar suave,  
Y á aquel que le implora le besa fiel,  
Haciendo en las olas que mansas voltean,  
Un pliegue de espuma, deshecho después,  
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,  
Bañando mi frente de calma y placer:  
Y yo silencioso y á par sonriendo,  
Á Dios daba gracias del hálito aquel,  
Del beso del aura que es casi tan dulce  
Como es el de amores que da una mujer.

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,  
El codo en el puente, la mano en la sien,  
Y siempre que miro los rayos de luna  
Que van con tus ondas jugando tal vez,  
Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:  
Y allá en las edades que están por nacer,  
Medito si acaso serás este río  
Que surca la industria con tanto batel,  
Ó acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,  
Que al pie de un peñasco, sin ser menester,  
Estéril filtrando, te juzgue el que pase  
Vil hijo de un monte sin nombre también;  
Que al paso que llevan los varios sucesos  
Que nunca atrás vuelven el rápido pie,  
No extrañan los ojos ver llanos mañana  
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algún pensamiento  
Que el seno me oprime, y el débil poder  
Del ánimo triste, ni basta á templarle,  
Ni estorba tampoco que hiera cruel.  
Amante ardoroso del arte divino  
Que esparce los rayos del claro saber,  
Sectario constante de todas ideas

Que al lento progreso le suelten el pie,  
Desnudo de fuerza, privado de apoyo,  
Engasto en la rima, que sabe correr,  
Los gritos, los ecos de hermosa cultura  
Que atajen los males y tiendan al bien.  
Mas ¡ay, manso río! que van mis canciones  
Como esas tus ondas, que en dulce lamer  
Las unas tras otras tus márgenes corren,  
Y allá en la bahía se pierden después.  
Y no me conceden los mudos destinos  
La gloria profunda y el hondo placer  
De verte ¡oh Matanzas! ciudad adorada,  
Que en dobles corrientes el rostro te ves,  
Colmada de fuerza, colmada de industria,  
Feliz acogiendo sin agrio desdén  
Las artes hermosas, que vagas mendigan,  
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza  
La amiga que el vate no puede perder)  
Que vean mis ojos un alba siquiera,  
Si un sol de cultura mis ojos no ven.  
Si no, ¿de qué sirven, San Juan apacible,  
Tus aguas que brillan en manso correr,  
Tus botes pintados de rojo y de negro,  
Que atracan airosos á tanto almacén,  
Y el canto compuesto de duros sonidos  
De esclavos lancharos que bogan en pie,  
Y alzando y bajando las palas enormes  
Dividen y azotan tus ondas de muer?



LA MADRUGADA.

¿Puede haber cosa más bella  
Que de la arrugada cama  
Saltar, y en la fresca grama  
Del campo estampar la huella?

Campo digo; porque pierde  
La mañana su sonrisa,  
En no habiendo agreste brisa,  
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:  
En todo horizonte urbano  
Se estaciona de antemano  
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio  
Alto, serio.... ¡Angustia dan!  
El alba, el sol, allí están  
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas  
Una campiña florida,  
Por ver del alba querida  
La faz virgen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir,  
Diáfana, rosada, bella,  
Como una casta doncella  
Que enamora al sonreír.

Yo no sé cómo hay cabeza  
Tan interesada y fría,  
Que no ame, al rayar el día,  
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,  
Vedla rodar con el río,  
Brillar pura en el rocío,  
Con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,  
Fiera y alzada en el bruto,  
Dulce en el colgado fruto,  
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!.... Allá en mis niñeces,  
Antes de brotarme el bozo,  
¡Con qué sencillo alborozo  
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa  
Con su matiz me atraía,  
Ya olvidado me ponía  
Á contemplar una rosa.

Siempre alegre.—Ya se ve:  
Nunca entonces cavilaba,  
Ni mis cejas arrugaba  
Algún triste no sé qué.

Después, como entré en más años,  
Y como vi una hermosura,  
Tuve por triste locura  
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fui!—Pero bien  
Se vengó naturaleza:  
Aquella ingrata belleza  
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma  
No se me hallaba sin ella....—  
Al fin una amiga estrella  
Dolióse y me puso en calma.



¡Oh, qué dolor tan agudo  
Es olvidar!.... Pero al cabo,  
Rotos los grillos de esclavo,  
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,  
Que tiñe nuestras cabezas  
De blanco, y tantas bellezas  
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place  
Ver la escena matutina  
Segunda vez;—medicina  
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices  
Se ensangrientan y suspiro  
Á donde quiera que miro  
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión:  
Si oigo el suspirar alterno  
De dos palmas, en lo interno  
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas  
Dos aves cantar querellas,  
Si relucir dos estrellas,  
Si rodar dos mansas olas:

Si dos nubes enlazarse  
Y por el éter perderse;  
Si dos sendas una hacerse,  
Si dos montes contemplarse:

Me paro, y con ansiedad  
Recuerdo que á nadie adoré:  
Miro tanto enlace y lloro  
Mi continua soledad.

VAGOS PASEOS.

Noche de amor y fortuna,  
Noche bella entre las bellas  
Aquella en que sin estrellas  
Brilla en el cielo la luna.

Y en la celeste región  
Blancas las nubes se mecen,  
Que desde lejos parecen  
Suelos copos de algodón.

Entonces dulce es dejar  
La comenzada novela,  
Buscar la brisa que vuela,  
Y por las calles vagar.

Mas vagar sin fin no debe  
El que por gozar pasea:  
Ir sin misteriosa idea  
Como un hombre de la plebe,

Que con el fastidio esquivo  
Se da siempre un encontrón,  
No debe ser la intención  
Del poeta discusivo.

¿Faltaránle al trovador  
Una reflexión doliente,  
Blandos suspiros de ausente,  
Tiernas lágrimas de amor?

¿Ó la escena que algún día  
Leyó en un cuento florido,  
Que le deje sumergido  
En dulce melancolía?



¡Y qué bello será ver  
En alguna casa aislada,  
Junto á la lumbre sentada  
Una angélica mujer,

Que reflexiona de un modo  
Tan noble como elegante,  
Puesto un libro por delante,  
Y sobre la mesa el codo!

Ver la luz que alegre brilla  
Esclareciendo de lado  
El delicioso encarnado  
De aquella fresca mejilla.

Ver aquel casto ademán  
Que expresa, aunque con reposo,  
Lo modesto y lo amoroso,  
Lo amoroso y lo galán.

Ver la confiada fe  
Con que siente lo que lee,  
Porque la hermosa no cree  
Que aquel que pasa la ve.

Ver aquel cuadro que arroba  
Con objetos hechiceros:  
Los dos sencillos floreros  
En la mesa de caoba:

El espejo al clavo asido:  
El mecedor barnizado,  
Donde el faldero mimado  
Se hace una rosca dormido:

La puerta del comedor,  
Que está anunciando al deseo  
Un patio con mucho aseo,  
Y un jardín con mucha flor.

Todo exhalando alegría,  
Todo limpieza y frescura,  
Albergue de una hermosura  
Ignorada todavía.

### BAJO EL MANGO.

¿Quieres, mi luz, nos vamos á la aldea?  
«En hora buena sea.»

*Floresta de rimas antiguas castellanas.*

¡Oh! si pudieras tú dando la espalda  
Á esta ciudad activa y negociante,  
Y llamados tal vez, hermosa mía,  
Por una fresca y purpurina tarde,  
Salir conmigo á pasear á solas,  
Tu mano fiel bajo mi brazo amante,  
Y así gozar los dos de esas tres dichas,  
¡El cielo azul, la libertad y el aire!  
Yo te llevara, caminando lento,  
Á un escondido y pintoresco valle  
Que al pie de un monte se ocultó modesto  
Por no mostrar su gentileza á nadie;  
Yo vagabundo trovador, un día  
Le sorprendí, me alborocé de hallarle,  
Y desde esa ocasión tengo jurado  
Que con rima sonora ó prosa fácil  
Habré de revelar en dónde existe  
Á todo aquel que los paisajes ame.  
Para el amor que cavilando llora,  
Para el dolor que se disuelve en ayes,  
Para todo el que sienta y el que gima,  
No hay asilo más bello.—Tú, no obstante,  
Que no ves nube en tu horizonte puro  
Y existir sin amar no lo alcanzaste;  
Tú, cuya frente cándida y serena  
La inocencia y beldad ornan iguales,



No vendrás á gemir al valle alegre.  
Sola vendrás, observadora amable,  
Dando á cada airecillo una sonrisa  
Y á cada flor admiradoras frases,  
Á demandar al sonrosado cielo,  
Por qué es tan bello el fenecer la tarde,  
Por qué al unir la voluptuosa noche  
Con el día ardoroso y centellante  
Parece alzar naturaleza entonces  
Un gran himno de boda al bello enlace,  
Mientras que susurrando la acompañan  
Monte, valle, raudal, insecto y ave.

Ya nos espera en actitud pomposa,  
Formando un pabellón con su follaje,  
Aquel mango gentil, que porque fije  
La curiosa atención del caminante,  
Se supo aislar.—Enriquecido siempre  
Por el amor de su terrestre madre  
De verde ramo y amorosa fruta  
Su grueso tronco engalanado atrae:  
Salúdalo, mi bien.—Tu, que eres bella,  
Y en ese tu mirar casto y suave,  
Y en ese ingenuo sonreír descubres  
El inocente corazón de un ángel;  
Tú, que sabes hallar palabras dulces,  
Palabras tan hermosas é inefables,  
Que Dios no más á la mujer inspira,  
Y que las busca y las bendice el vate;  
Tu sola encontrarás el raro idioma  
Bañado de color, rico de esmalte,  
Con que habla al mundo vegetal á veces  
Una tierna beldad que á solas vague.  
Y mientras llena de placer recorras  
Tan rica infinidad de novedades,  
Ya la brisa fugaz que arruga el lago,  
Ya el vago azul del horizonte amable,  
Ya la hierba sutil que forma al cerro.  
Un vestido talar de cola grande,

La blanca quinta entre el montón de palmas,  
Y el negro buey que en la colina pace,  
Yo clavaré mis ojos en tus ojos,  
Y á cada ¡ay Dios! que alborozada exhales,  
Iré sintiendo retornar al alma  
Mi ausente dicha y mi ventura errante.

Después te rogaré.... ¿pero qué digo?  
¡Cómo nos lleva y nos arrastra fácil  
Al hermoso país del desvarío  
La gallarda ilusión, que toda es aire!  
No, hermosa, no. La sociedad ordena,  
Legisladora autorizada y grave,  
Que no debes romper el noble culto  
Con que tu sabia y advertida madre  
Te enseña á amar el femenil decoro;  
Ámalo pues, y sin venir al valle;  
Que yo pretendo visitarlo solo  
Y en cada flor me volverá tu imagen.  
Cuando tu aguja y tu lección te pinten  
La dicha fiel del que trabaja y sabe,  
Acuérdate de mí, triste poeta,  
Que en tí confunde á la mujer y al ángel.

#### LA GUAJIRITA DE YUMURÍ.

¿Quién es aquella que está sentada  
Á la alborada  
Bajo aquel mango largo y pomposo  
Que miro allí?  
Rubio el cabello, rostro lloroso,  
Su tuniquillo  
Corto, amarillo,  
Muestra que ha sido la sin reposo,  
La guajirita de Yumurí.



La que fué amada de Don Eugenio  
Que tiene ingenio,  
Dos cafetales y un potrerito  
No baladí:  
Y como es rico, mozo y bonito,  
Vino á Matanzas  
Con esperanzas  
De olvidar pronto, ved que delito,  
La guajirita de Yumurí.

La guajirita no imaginaba  
Que la olvidaba,  
Y así no exhala cuando se ausenta  
Ni un ¡ay de mí!  
Él la promete con voz contenta  
Que al otro día  
Retornaría,  
Y bajo el mango le espera atenta  
La guajirita de Yumurí.

El alba nace risueña y clara:  
Después la cara  
Del sol se muestra, toda teñida  
De carmesí:  
El sunsun busca la apetecida  
Flor del granado,  
Vivo y alado,  
Como la vista del que es su vida  
La guajirita de Yumurí.

Porque más gusto después le quepa,  
El mango trepa:  
No es amadora melindrosita  
De las de aquí.  
Y aunque los ramos salta expedita  
Como podría  
Serlo una hutía,  
Nada ve, nada, la guajirita,  
La guajirita de Yumurí.

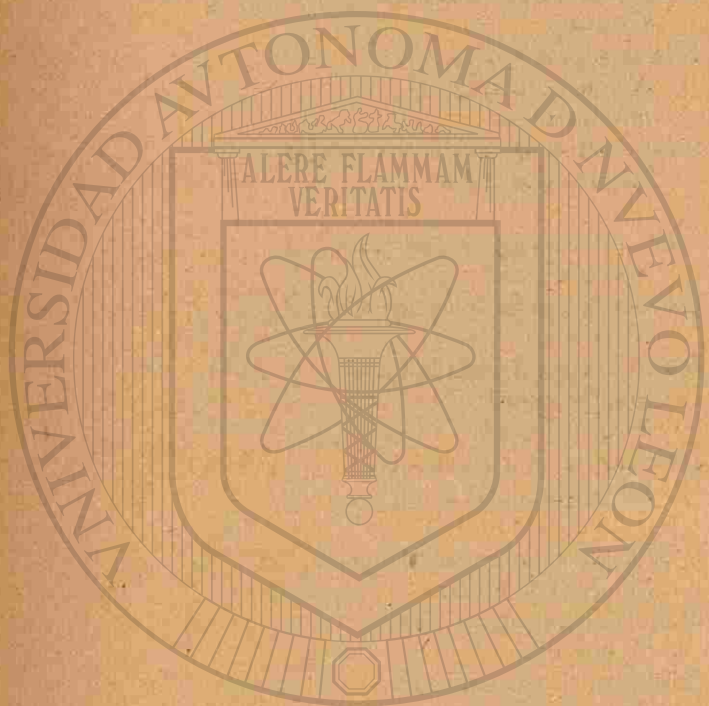
Al fin ve un potro que por la senda  
Á toda rienda,  
Viene, y un negro le monta, que era  
Carabali.  
Ella al mirarlo toda se altera:  
Ve que es Bartolo,  
Que viene solo,  
Sin Don Eugenio..... Quedó cual cera,  
La guajirita de Yumurí.

En una esquela, toda borrones,  
Ve las razones  
Con que se excusa; y es todo bola:  
Nada es así.  
Bartolo, luego que ella leyóla,  
Mete la espuela,  
Y con la esquela,  
Sin contestarle se quedó sola  
La guajirita de Yumurí.

Ya desde entonces la vida ignora  
Del que ella adora:  
El no la escribe, ni su criado  
Va por allí.  
Perdió la pobre su sonrosado  
Cutis: su cama  
Es lo que ama,  
Y allí la tisis ha ya minado  
La guajirita de Yumurí.

Y Don Eugenio casó en la Habana  
Ha una semana  
Con una vieja rica, de un genio  
Como un aji:  
Pero la vieja tiene un ingenio,  
Mina en el cobre.....  
Y como es pobre,  
Nunca recuerda ya Don Eugenio  
La guajirita de Yumurí.





GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS

(PLÁCIDO).

UANTL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

—  
Á UNA INGRATA.

SONETO.

Basta de amor: si un tiempo te quería,  
Ya se acabó mi juvenil locura,  
Porque es, Celia, tu cándida hermosura  
Como la nieve, deslumbrante y fría.

No encuentro en tí la extrema simpatía  
Que ansiosa mi alma contemplar procura,  
Ni entre la sombra de la noche oscura,  
Ni á la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tú me amas,  
Sorda á mis ayes, insensible al ruego;  
Quiero de mirtos adornar con ramas  
Un corazón que me idolatre ciego;  
Quiero abrazar una mujer de llamas;  
Quiero besar una mujer de fuego.

Á LA MUERTE DE JESUCRISTO. ®

SONETO.

Torva nube que arroja escarcha fría,  
Rayos aborta que al mortal espantan;  
De las tumbas los muertos se levantan,  
Treme la tierra y se oscurece el día:



Las crespas olas de la mar sombría  
Cabe las duras rocas se quebrantan,  
Ni el río corre, ni las aves cantan,  
Ni el sol su luz al universo envía :

Cuando en el monte Gólgota sagrado  
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo :  
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandado.»  
Y á la rabia de un pueblo furibundo,  
Inocente, sangriento y enclavado,  
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

MUERTE DE GESLER.

SONETO.

Sobre un monte de nieve transparente,  
En el arco la diestra reclinada,  
Por un disco de fuego coronada  
Muestra *Guillermo Tell* su heroica frente.  
Yace en la playa el déspota insolente  
Con férrea vira al corazón clavada,  
Despidiendo al infierno, acelerada,  
El alma negra en forma de serpiente.  
El calor le abandona, sus sangrientos  
Miembros bota la tierra al oceano :  
Tórnanle á echar las ondas y los vientos ;  
No encuentra humanidad el inhumano.....  
Que hasta los insensibles elementos  
Lanzan de sí los restos de un tirano.

A LA FATALIDAD.

SONETO.

Ciega deidad que sin clemencia alguna  
De espinas al nacer me circuiste,  
Cual fuente clara cuya margen viste  
Magüey silvestre y punzadora tuna :

Entre el materno tálamo y la cuna  
El férreo muro del honor pusiste,  
Y acaso hasta los cielos me subiste  
Por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,  
Sigue oprimiendo mi existir cuitado ;  
Y si sucumbo á tus decretos duros,  
Diré lo que el ejército cruzado  
Exclamó al divisar los rojos muros  
De la santa Salem: «Dios lo ha mandado».

ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN.

SONETO.

El águila caudal, dejando el Sena,  
Bate sus alas al rayar el día,  
Y de los aires la región vacía  
Mide veloz con majestad serena:

Baja y tiende la garra en Santa Elena  
Con que la Europa un tiempo estremecía,  
Pugnando por alzar la losa fría  
Que yerto cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida,  
Mirando absorta con turbada frente  
Tanta grandeza en polvo convertida.

Y aunque el estrago de sus triunfos siente,  
De Bonaparte el nombre al sol levanta,  
Su muerte llora y sus victorias canta.

C O R A .

ROMANCE.

Hondos suspiros lanzando  
Del Sol las sacerdotisas,  
Fijos los ojos en tierra



Con tardo paso caminan,  
Cien guerreros las rodean,  
Que al son de roncas bocinas,  
Cantando marchan, armados  
De mazas, arcos y picas.  
¿Cuál es criminal entre ellas?  
¿De cuál yerro la castigan?  
¿Por qué no va como debe  
Junto al soberano Inca?  
¡Ay! que son sus tristes padres,  
Los dos ancianos que miras,  
Quienes tragará la hoguera  
Por la vestal fugitiva.  
¿Veis con palmas de alcanfor  
Sus canas frentes ceñidas,  
Y los codos que á la espalda  
Atados sangre destilan?  
¿Veis en el centro de aquella  
Arboleda semicircular,  
De plátanos y bambúes  
Que el viento apenas agita,  
La fosa profunda y cóncava,  
Sedienta de humanas víctimas,  
Al éter lanzando rápidas  
Centellas súbitas ígneas?  
Pues allí van inocentes  
Por Cora á perder la vida,  
Por Cora, que tanto amaron,  
Y que adoran todavía.  
Ya llegan, ya les desnudan  
Las blancas túnicas limpias,  
Ya los cánticos de muerte  
Suenan, y eterna partida.  
Hablar el anciano quiere.  
«Habla», le contesta el Inca,  
Y acude á enjugar el llanto  
Que corre por sus mejillas.  
Cruza en el pecho los brazos,  
La vista en el cielo fija,

El corazón en la Gloria,  
Y en tierra las dos rodillas.  
«¡Manco Omnipotente (exclama),  
Sagrado Dios de las Indias!  
Nuestras almas con placer  
Ante ti se sacrifican;  
Empero, permite ¡oh Sol!  
Qué humildemente te pida  
Una merced que hacer puedes  
Por tu potencia infinita:  
Y es que, cual tú, quede claro  
El honor de mi familia,  
El lustre de tus altares,  
Y la virtud de mi hija.  
Mi hija Cora es inocente:  
El corazón me lo dicta;  
Que no es malo nunca quien  
Con buen ejemplo se cría.»  
Ha dicho y con firme planta,  
Lleno el rostro de alegría,  
Abraza á su esposa, y vuela  
Hacia la funesta pira.  
¿Por dónde, ignoto fantasma,  
Fué tu invisible venida?  
¿De do sacaste ese manto  
Bordado de plata fina  
Que te cubre, y esa espada  
Nunca de estos pueblos vista,  
Relevado el guardamonte  
Con las armas de Castilla?  
¿Por qué entre los dos y el fuego  
Defiendes el paso, á guisa  
De una sombra que separa  
La eternidad de la vida?  
«¡¡Teneos!!» dice, y el manto  
Cae, retrocede el Inca,  
Y absorto y convulso exclama:  
¡Cora!!..... ¡Alonso de Molina!!.....  
¡Cora!!..... ¡Alonso!!..... el campo suena,



Y amante, padres é hija  
Abrazáronse y ¡perdón!.....  
El pueblo y guerreros gritan.  
Postróse Alonso á los pies  
Del gran príncipe Ataliba  
Y alcanzó de su bondad  
Abolir la ley inicua ;  
Por la que, á la menor falta  
Que en el templo cometían  
Eran aquellas vestales  
Llevadas á quemar vivas.  
Así de amor fueles dado  
Gozar la inefable dicha,  
Pasando á esposas y madres  
Del Sol las sacerdotisas.

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos  
Las tropas de Moctezuma,  
De sus dioses lamentando  
El poco favor y ayuda.  
Mientras ceñida la frente  
De azules y blancas plumas,  
Sobre un palanquín de oro  
Que finas perlas dibujan,  
Tan brillante que la vista,  
Heridas del sol, deslumbran,  
Entra glorioso en Tlascala  
El joven que de ellas triunfa.  
Himnos le dan de victoria  
Y de aromas le perfuman  
Guerreros que le rodean,  
Y el pueblo que le circunda,  
Á que contestan alegres  
Trescientas vírgenes puras.  
«Baldón y afrenta al vencido,

Loor y gloria al que triunfa.»  
Hasta la espaciosa plaza  
Llega, donde le saludan  
Los ancianos senadores,  
Y gracias mil le tributan.  
Mas ¿por qué veloz el héroe,  
Atropellando la turba,  
Del palanquín salta y vuela  
Cual rayo que el éter surca ?  
Es, que ya del caracol  
Que por los valles retumba,  
Á los prisioneros muerte  
El eco sonante anuncia.  
Suspende á lo lejos hórrida  
La hoguera su llama fúlgida  
De humanas víctimas ávida  
Que bajan sus frentes mustias.  
Llega : los suyos al verle  
Cambian en placer la furia  
Y de las enhiestas picas  
Vuelven al suelo las puntas.  
«Perdón» exclama, y arroja  
Su collar : los brazos cruzan  
Aquellos míseros seres  
Que vida por él disfrutaban.  
«Tornad á Méjico, esclavos:  
Nadie vuestra marcha turba  
Y decid á vuestro amo,  
Vencido ya veces muchas,  
Que el joven Jicotencal  
Crueldades como él no usa,  
Ni con sangre de cautivos  
Asesino el suelo inunda.  
Que el cacique de Tlascala  
Ni batir ni quemar gusta  
Tropas dispersas é inermes,  
Sino con armas y juntas.  
Que arme flecheros más bravos  
Y me encontrará en la lucha,



Con sólo una pica mía  
Por cada trescientas tuyas;  
Que tema el día funesto  
Que mi enojo al punto suba:  
Entonces ni sobre el trono  
Su vida estará segura.  
Y que si los puentes corta  
Porque no vaya en su busca,  
Con cráneos de sus guerreros  
Calzada haré en la laguna.»  
Dijo y marchóse al banquete  
Do está la nobleza junta  
Y el néctar de las palmeras  
Entre videntes se apura.  
Siempre vencedor después  
Vivió lleno de fortuna;  
Mas como sobre la tierra  
No hay dicha estable y segura,  
Vinieron atrás los tiempos  
Que eclipsaron su ventura,  
Y fué tan triste su muerte  
Que aun hoy se ignora la tumba  
De aquel ante cuya clava  
Barreada de aureas puntas  
Huyeron despavoridas  
Las tropas de Moctezuma.

LA FLOR DE LA CAÑA.

LETRILLA.

Yo vi una veguera  
Trigueña tostada,  
Que el sol envidioso  
De sus lindas gracias,  
Ó quizá bajando  
De su esfera sacra  
Prendado de ella,

Le quemó la cara  
Y es tierna y modesta,  
Como cuando saca  
Sus primeros tilos  
—La flor de la caña.

La ocasión primera  
Que la vide estaba  
De blanco vestida  
Con cintas rosadas;  
Llevaba una gorra  
De brillante paja,  
Que tejió ella misma  
Con sus manos castas,  
Y una hermosa pluma  
Tendida, canaria,  
Que el viento mecía  
—Como flor de caña.

Su acento es divino,  
Sus labios de grana,  
Su cuerpo gracioso,  
Ligera su planta;  
Y las rubias hebras  
Que á la merced vagan  
Del céfiro, brillan  
De perlas ornadas,  
Como con las gotas  
Que destila el alba,  
Candorosa ríe

—La flor de la caña,  
El Domingo antes  
De Semana Santa,  
Al salir de misa  
Le entregué una carta,  
Y en ella unos versos  
Donde le juraba  
Mientras existiera  
Sin doblez amarla.  
Temblando tomóla,  
De pudor velada



Como con la nieve  
—La flor de la caña.  
Habléla en el baile  
La noche de Pascua,  
Púsose encendida,  
Descogió su manta  
Y sacó del seno  
Confusa y turbada,  
Una petaquilla  
De colores varias.  
Diómela al descuido,  
Y al examinarla  
He visto que es hecha  
—Con flores de caña.  
En ella hay un rizo  
Que no lo trocará  
Por todos los tronos  
Que en el mundo haya;  
Un tabaco puro  
De Manicaragua  
Que ajusta la *capa*,  
Y en lugar de *tripa*  
Le encontré una carta,  
Para mí más bella  
—Que la flor de caña,  
No hay ficción en ella;  
Sino estas palabras:  
«Yo te quiero tanto  
Como tú me amas.»  
En una reliquia  
De rasete, blanca,  
Al cuello conmigo  
La traigo colgada,  
Y su tacto quema,  
Como el sol que abrasa  
En Julio y Agosto  
—La flor de la caña.  
Ya no me es posible  
Dormir sin besarla;

Y mientras que viva  
No pienso dejarla.  
Veguera preciosa  
De la tez tostada,  
Ten piedad del triste  
Que tanto te ama;  
Mira que no puedo  
Vivir de esperanzas,  
Sufriendo vaivenes  
—Como flor de caña.  
Juro que en mi pecho  
Con toda eficacia  
Guardaré el secreto  
De nuestras dos almas;  
No diré á ninguno  
Que es tu nombre Idalia,  
Y si me preguntan  
Los que saber ansian  
Quién es mi veguera,  
Diré que te llamas  
Por dulce y honesta  
—La flor de la caña.

Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

SANTA CRUZ Y MONTALVO, CONDESA DE MERLÍN.

«Á una sola voz suya, á una mirada  
Apaga Jove el iracundo rayo,  
Depone Marte la sangrienta espada.»

QUINTANA.

Salve, deidad del nuevo mundo; salve  
Á tu preclara cuna,  
Á tu nombre, á tu magia irresistible,  
Á tu voz dulce, armónica y sensible,  
Cuyo menor cautivo es la fortuna.



Salve á mi patria, que nacer te viera,  
A quien tan puros plácemes arrancas,  
Como el disco genial de rosas blancas  
Que circunda tu negra cabellera.

De mis lares honor, yo te bendigo;  
Bendigo el astro pío que alumbraba  
Tu feliz nacimiento.

Bendigo de tornar el pensamiento  
Á tu país natal, que verte ansiaba.  
Y aun á las verdes olas que rompía  
Alígero el bajel, cuando impetuoso  
Tesoro tanto á Cuba conducía,  
De los mares hendiendo el cauce undoso,  
Las bendice también el alma mía.

Tu rostro mixto de azucena y grana,  
Velado en majestad y esplendor brilla  
Cual de Venus el astro en la mañana,  
Cuando el alba con perlas engalana  
El vasto eden de la sin par Antilla:  
De la Antilla fecunda que te adora,  
Y no bien galas por tu vuelta viste,  
Cuando presagia querellosa y triste  
Que á partir vas, y anticipada llora.  
¡Vas á partir!..... ¿Por qué tan presto, bella,  
Del américo mar á la señora

Desampara tu huella?  
¿No te aclamó su más brillante estrella?  
Te dió sus dones al nacer, ¿y ahora  
No halla placer tu corazón en ella?

En ella que de lirios y azahares  
Formó el aura balsámica que aspiras;  
El fuego y brillantez está en tus ojos  
De su luciente sol; son sus claveles  
Breves trasuntos de tus labios rojos,  
De su cielo tu risa, y el acento  
Con que leda extasiar sabes las almas,

Es abreviado en tu meloso aliento  
*La voz de sus arroyos y sus palmas* (1).

De sus palmas que, al verte en la ribera  
Del Almendar fecundo,  
Clamaron impelidas  
Del céfiro sutil que las meciera:  
«¡Salve, Corina del moderno mundo,  
Á quien hoy electrizas hechicera;  
Todo es cubano en tí; salve, habanera!»

¿Ángel de Santa Cruz y las olvidas?  
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?  
¿Quién, ornato en las fiestas más lucidas  
De la Habana será si tú te alejas?  
¿Pues qué, Camajuani, cuya vertiente  
En nada cede á la hipocrenea fuente;  
El Sagua hondisonoso  
Que del alto Escambray nace á las plantas;  
Mostrando á sus riberas flores tantas  
Como arrastra en su fondo arenas de oro;  
El Agabama undoso,  
Y el Cauto dilatado y caudaloso  
Que de gigantes pinos se corona,  
Menos tu pecho generoso estima,  
Que el nebuloso clima  
Donde corren el Sena y el Garona?

¿Por qué temer el tropical estío?  
Gózate en este sol resplandeciente,  
Que así es tu corazón, sublime, ardiente,  
Y así es también el entusiasmo mío.

Siempre apacible y transparente el cielo,  
Bañado el aire por la brisa pura,  
Siempre del mar serena la llanura,

(1) Heredia.



Siempre de flores alfombrado el suelo,  
¿No te deciden á fijar tu estancia  
En la ígnea zona que tu estirpe aprecia?  
¿Es más diáfano el cielo de la Francia?  
¿Son más bellos los campos de Lutecia?  
¿Lauros vas á buscar? Tiende la mano;  
Señálame á la bóveda azulada;  
*A una sola voz tuya, á una mirada,*  
Harás que al sacro templo de Memoria  
Las alas de oro rebatiendo suba,  
Trayéndote al volver una de gloria,  
Aunque hay sabanas de laurel en Cuba.  
«Tente, iluso cantor; no es el deseo  
De lucir en brillantes reuniones  
El que me impele á repasar los mares,  
Ni yo desdén los paternos lares  
Por lucir de París en los salones.  
La más noble de todas las pasiones,  
El amor maternal, el que me hiciera  
Volar también á la Siberia fría,  
Es quien mi ausencia próxima reclama;  
Pasión eterna, y de tan gran valía  
Por el fulgor de su divina llama,  
Que ni la puede minorar la fama,  
Ni la alcanza á pintar la poesía.»

— ¡Por tus hijos!..... Adiós, parte y perdona;  
Busca en el cielo un lauro inmarcesible,  
Porque hallar en la tierra es imposible,  
Á tan alta virtud digna corona.  
¡Parte! no temas, y aunque el Ponto fiero  
Venga la nave á combatir, levanta  
Tu voz divina en tono lastimero;  
Que la furia del líquido elemento  
Tornarás en letárgico desmayo,  
Y verás á tu cántico doliente  
Soltar Neptuno el heridor tridente,  
*Apagar Jove el iracundo rayo.*

Llega felice, y al pisar la playa  
Que te espera de Europa al mediodía,  
Ciñe á tus hijos en fraterno lazo;  
Después del santo maternal abrazo,  
Otros les da que Cuba les envía,  
Y no olvides jamás tu patria amada,  
Esta tierra de paz y de ventura,  
Ante cuya beldad inmaculada  
Su antorcha apaga la discordia impura,  
*Depone Marte la sangrienta espada.*

¡ Vas á partir, y para siempre acaso!.....  
Vas á lucir del mar á la otra parte,  
Pero tu nombre en la cubana historia  
Se esculpirá con letras diamantinas.  
Ya que el hado nos veda contemplarte,  
Gozaremos al menos la memoria  
De tus mágicas gracias peregrinas;  
Y saboreando del placer la copa,  
Con noble orgullo contestar podremos  
Á los artistas de la culta Europa:

«Si al Ser Supremo conceder no plugo  
Á la patria dichosa de Varela  
Un Virgilio, un Byron, un Víctor Hugo,  
Cuando el acento mágico resuena  
De la noble *Merlin*, y su laureada  
Frente se ostenta de atractivos llena,  
Ni al Támesis, ni al Po debemos nada;  
Nada tenemos que envidiar al Sena!

PLEGARIA Á DIOS. ®

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,  
Á vos acudo en mi dolor vehemente:  
Extended vuestro brazo omnipotente;  
Rasgad de la calumnia el velo odioso



Y arrancad este sello ignominioso  
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,  
Vos solo sois mi defensor, Dios mío;  
Todo lo puede quien al mar sombrío  
Olas y peces dió, luz á los cielos,  
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,  
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece  
Ó se reanima á vuestra voz sagrada;  
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,  
Que en la insondable eternidad perece;  
Y aun esa misma nada os obedece,  
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,  
Y pues vuestra eternal sabiduría  
Ve al través de mi cuerpo el alma mía  
Cual del aire á la clara transparencia,  
Estorbad que humillada la inocencia  
Bata sus palmas la calumnia impía.

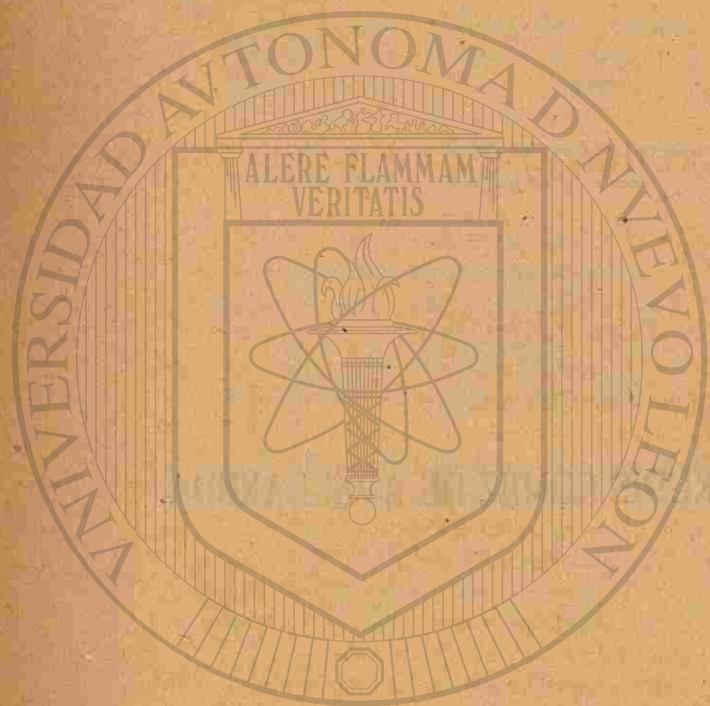
Mas si cuadra á tu suma omnipotencia  
Que yo perezca cual malvado impío  
Y que los hombres mi cadáver frío  
Ultrajen con maligna complacencia,  
Suene tu voz y acabe mi existencia;  
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

D.<sup>a</sup> GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D.<sup>a</sup> GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

À LA POESÍA.

¡Oh, tú del alto cielo  
Precioso don, al hombre concedido!  
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,  
De mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,  
Dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí; que enciende  
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
La poderosa voz—que espacios hiende—  
Para aclamar tu excelso poderío;  
Y en la naturaleza augusta y bella  
Buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado  
Quien—al fulgor de tu hermosura ciego—  
En su alma inerte y corazón helado  
No abriga un rayo de tu dulce fuego!  
Que es el mundo, sin ti, templo vacío,  
Cielos sin claridad, cadáver frío.

Mas yo doquier te miro;  
Doquier el alma, estremecida, siente  
Tu influjo inspirador. El grave giro



De la pálida luna, el refulgente  
Trono del sol, la tarde, la alborada.....  
Todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira  
Te halla mi mente. Si huracán violento  
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;  
Si con rumor responde soñoliento  
Plácido arroyo al aura que suspira.....  
Tú alargas para mí cada sonido  
Y me explicas su místico sentido.

Al fèrvido verano,  
Á la apacible y dulce primavera,  
Al grave otoño y al invierno cano  
Me embellece tu mano lisonjera:  
Que alcanzan, si los pintan tus colores,  
Calor el hielo, eternidad las flores.

¿Qué á tu dominio inmenso  
No sujetó el Señor? En cuanto existe  
Hallar tu ley y tus misterios pienso:  
El universo tu ropaje viste,  
Y en su conjunto armónico demuestra  
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! Todo renace;  
Tu creadora voz los yermos puebla;  
Espacios no hay que tu poder no enlance;  
Y rasgando del tiempo la tiniebla,  
De lo pasado al descubrir ruinas,  
Con tu mágica voz las iluminas.

Por tu acento apremiados,  
Levántanse del fondo del olvido,  
Ante tu tribunal, siglos pasados;  
Y el fallo que pronuncias—transmitido  
Por una y otra edad en rasgos de oro—  
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente  
Rompe las sombras del error grosero;  
La verdad preconiza; de su frente  
Vela con flores el rigor severo;  
Dándole al pueblo, en bellas creaciones,  
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime  
Ennoblece la lid; tu épica trompa  
Brillo eternal en el laurel imprime;  
Al triunfo presta inusitada pompa;  
Y los ilustres hechos que proclama  
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores  
Á la beldad consagras tus acentos;  
Si retratas los tímidos amores;  
Si enalteces sus rápidos contentos;  
Á despecho del tiempo, en tus anales  
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan  
Del amante Petrarca los gemidos;  
Los siglos con sus cantos se enajenan;  
Y unos tras otros—de su amor movidos—  
Van de Valclusa á demandar al aura  
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro  
Á conquistar el lauro refulgente  
Que humilde acato y entusiasta admiro  
De tan gran vate en la inspirada frente:  
Ni ambicionan mis labios juveniles  
El clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas  
Seguir es dado á mi insegura planta.....  
Mas—abrasada al fuego que destellas—  
¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa



Mi pobre ofrenda estremecida elevo,  
Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas  
De mi lozana juventud se lleve  
El veloz tiempo en sus potentes alas,  
Y huyan mis dichas como el humo leve,  
Serás aún mi sueño lisonjero,  
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entonces,  
¡Virgen de paz, sublime Poesía!  
No transmitir en mármoles ni en bronzes  
Con rasgos tuyos la memoria mía;  
Sólo arrullar, cantando, mis pesares,  
Á la sombra feliz de tus altares.

Á LA MUERTE DEL CELEBRE POETA CUBANO

DON JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

*Le poëte est semblable aux oiseaux de passage,  
Qui ne batisent point leur nid sur le rivage.*

LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento  
Desde los mares de mi patria vuela  
Á las playas de Iberia; tristemente  
En son confuso la dilata el viento;  
El dulce canto en mi garganta hiela,  
Y sombras de dolor viste á mi mente.

¡Ayl que esa voz doliente,  
Con que su pena América denota  
Y en estas playas lanza el Oceano,  
«Murió, pronuncia, el férvido patriota.....»

«Murió, repite, el trovador cubano»;  
Y un eco triste en lontananza gime,  
«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?..... ¿La muerte impía  
Apagar pudo con su soplo helado  
El generoso corazón del vate,  
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?  
¿No ya en amor se enciende, ni agitado  
De la santa virtud al nombre late?.....  
Bien cual cede al embate  
Del aquilón sañoso el roble erguido,  
Así en la fuerza de su edad lozana  
Fué por el fallo del destino herido.....  
Astro eclipsado en su primer mañana,  
Sepúltanle las sombras de la muerte,  
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!  
¡Ídolo puro de las nobles almas!  
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!  
Ya enmudeció tu cisne peregrino.....  
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?.....  
Ostenta, sí, tu duelo,  
Que en ti rodó su venturosa cuna.  
Por tí clamaba en el destierro impío,  
Y hoy condena la pérfida fortuna  
Á suelo extraño su cadáver frío,  
Do tus arroyos, ¡ay! con su murmullo  
No darán á su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza  
No recordemos en la tumba helada  
Que lo defiende de la injusta suerte.  
Ya reclinó su lánguida cabeza  
—De genio y desventuras abrumada—  
En el inmóvil seno de la muerte.  
¿Qué importa al polvo inerte,



Que torna á su elemento primitivo,  
Ser en este lugar ó en otro hollado?  
¿Yace con él el pensamiento altivo?.....  
Que el vulgo de los hombres, asombrado  
Tiemble al alzar la eternidad su velo;  
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,  
Ni roba al sol su luz la noche oscura,  
Ni se conoce de la tierra el lloro.....  
Allí el amor y la virtud proclaman  
Espíritus vestidos de luz pura,  
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.  
Allí el raudal sonoro  
Sin cesar corre de aguas misteriosas,  
Para apagar la sed que enciende al alma;  
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,  
Nunca este mundo satisface ó calma.—  
Allí jamás la gloria se mancilla,  
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre  
El amor inconstante; la esperanza,  
Engañosa visión que lo extravía;  
Tal vez los vanos ecos de un renombre  
Que con desvelos y dolor alcanza;  
El mentido poder; la amistad fría;  
Y el venidero día  
—Cual el que expira breve y pasajero—  
Al abismo corriendo del olvido.....  
Y el placer, cual relámpago ligero,  
De tempestades y pavor seguido.....  
Y mil proyectos que medita á solas,  
Fundados, ¡ay! sobre agitadas olas?

De verte ufano, en el umbral del mundo  
El ángel de la hermosa poesía  
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente;  
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo

Que tu sublime espíritu oprimía,  
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.

No más, no más la mente  
Destino tal nuestra ternura ciega,  
Ni la importuna queja al cielo suba.....  
¡Murió!..... Á la tierra su despojo entrega,  
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;  
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,  
Dejando un rastro fúlgido su paso!

### EL GENIO POÉTICO.

Á MI RESPETABLE AMIGO EL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

Parece, brilla, pasa la hermosura,  
Cual flor que nace y muere en la mañana;  
Sombra es el mando, sueño la ventura,  
Humo y escoria la grandeza humana;  
Las moles de arrogante arquitectura,  
Con que su nombre en ensalzar se afana,  
Voraz el tiempo—que incesante vuela—  
Con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de tan férrea mano  
Torres soberbias, cúpulas doradas.....  
¡Los monumentos del poder humano  
Ya escombros son y ruinas mutiladas!  
De Menfis y Palmira en polvo vano  
Se dispersan las glorias olvidadas;  
¡Y de la antigua Grecia los prodigios  
Dejan apenas débiles vestigios!

Pielago sin riberas ni reposo,  
Hinchado de perennes tempestades,  
Sigue el tiempo su curso impetuoso



Siempre tragando y vomitando edades.  
Á su impulso cediendo poderoso,  
En desiertos se truecan las ciudades,  
Y leyes, ara, púrpura y diadema  
Se hunden al fallo de su ley suprema.

Todo sucumbe á la eternal mudanza;  
Por ley universal todo perece;  
El genio sólo á eternizarse alcanza,  
Y como el sol eterno resplandece.  
Al porvenir su pensamiento lanza,  
Que con el polvo de los siglos crece,  
Y en las alas del tiempo suspendido,  
Vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Marón el orbe llena;  
Aun suspiramos con Petrarca amante;  
Aun vive Milton, y su voz resuena  
En su querube armado de diamante.  
Rasgando nubes de los tiempos, truena  
El rudo verso del terrible Dante,  
Y desde el Ponto hasta el confin Ibero,  
Retumba el eco del clarín de Homero.

Aun conservan las Musas cual tesoro  
La inspiración de Sófocles profundo,  
Y ornado de su trágico decoro  
Se alza Racine, admiración del mundo.....  
Aun nos arranca Shakespeare el lloro;  
Aun nos cautiva Calderón fecundo;  
Que la palabra Augusta del poeta  
¡Á la ley de morir no está sujeta!

Pontífice feliz de la belleza,  
En cuyo amor purísimo se enciende,  
Él domina del vulgo la rudeza,  
Y con soplo inmortal su culto extiende.  
Le enseña arcanos mil naturaleza,  
Y otra rústica voz, que él solo entiende;

Porque, huésped del mundo inteligible,  
Vive con lo existente y lo posible.

De cuantos seres, de su ingenio hechura,  
Divinizó la griega fantasía,  
Y al nombre excelso de deidad más pura  
Desparecieron del Olimpo un día,  
Tan sólo el culto inextinguible dura  
Del numen de la hermosa poesía,  
En cuyas aras el incienso humea  
Por cuanto ciñe el mar y el sol otea.

¡Mil veces venturoso, ilustre amigo,  
Quien como tú merece sus favores,  
Y del lauro que ostentas y bendigo  
Se adorna con divinos resplandores!  
Bien que de lejos, tus pisadas sigo,  
Llevando al ara mis humildes flores,  
Y al escuchar los ecos de tu fama,  
Siento que activa emulación me inflama.

Á EL.

En la aurora lisonjera  
De mi juventud florida,  
En aquella edad primera  
—Breve y dulce primavera,  
De tantas flores vestida—

Recuerdo que cierto día  
Vagaba con lento paso  
Por una floresta umbría,  
Mientras que el sol descendía  
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—  
Se agitaba en vago anhelo,



Y en aquella hora serena  
—De místico encanto llena  
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte  
Que sobre el nido piaba;  
Y la luz que acariciaba  
La parda cresta del monte,  
Cuando apacible espiraba;

Y el céfiro, que al capullo  
Suspiros daba fugaz;  
Y del arroyo el murmullo,  
Que acompañaba el arrullo  
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,  
Y el cántico del pastor,  
Y el soñoliento rumor  
Del ramaje estremecido.....  
¡Todo me hablaba de amor!

Yo—temblando de emoción—  
Escuché concontento tal,  
Y en cada palpitación  
Comprendí que el corazón  
Llamaba á un ser ideal.

Entonces ¡ah! de repente,  
—No como sombra de un sueño,  
Sino vivo, amante, ardiente—  
Se presentó ante mi mente  
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada  
El azul del cielo hermoso;  
No cual brilla en la alborada,  
Sino en la tarde, esmaltada  
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía;  
Mas esbelto—cual la palma—  
Su altiva cabeza erguía,  
Que alumbrada parecía  
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,  
De su hálito los olores  
Cogí en las alas del viento,  
Mezclado con el aliento  
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibía  
—Llena de extraña dulzura—  
En toda aquella armonía  
Con que el campo despedía  
Del astro rey la luz pura.

¡Oh alma! di: ¿quién era aquel  
Fantasma amado y sin nombre?.....  
¿Un genio? ¿Un ángel? ¿Un hombre?  
¡Ah, lo sabes! era él:  
Que su poder no te asombre.

Volaban los años y yo vanamente  
Buscando seguía mi hermosa visión.....  
Mas dió al fin la hora; brillar vi tu frente:  
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida  
—Que el alma inspirada logró adivinar—  
Aquella que en alba feliz de mi vida  
Miré para nunca poderla olvidar.

Por ti fué mi dulce suspiro primero;  
Por ti mi constante, secreto anhelar.....  
Y en balde el destino—mostrándose fiero—  
Tendió entre nosotros las olas del mar.



Buscando aquel mundo que en sueños veía,  
Suscólas un tiempo valiente Colón.....  
Por ti—sueño y mundo del ánimo mía—  
También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino  
Señala el lucero que lo ha de guiar,  
Cual fija mi mente marcaba el camino  
Do hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente  
Que ejerce en las aves terrible poder.....  
Las mira, les lanza su soplo atraente,  
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa  
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?.....  
¿O quién á la fuente no vió presurosa  
Correr á perderse sin nombre en el mar?.....

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?  
¿Serás mi oceano? ¿Mi sierpe serás?.....  
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,  
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebató,  
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?.....  
Ya la alce á las nubes, ya al cielo la abata,  
Volando, volando le habrá de seguir.

AMOR Y ORGULLO.

I.

Los negros cabellos  
Al viento tendidos,  
Los ojos hundidos,

Marchita la tez,  
Hoy llora humillada  
La hermosa María,  
Ejemplo algún día  
De altiva esquivéz.

Su pecho acongoja  
Profundo quebranto;  
No alivia su llanto  
Su acerbo dolor;  
Que en triste abandono  
Su amante la deja,  
De bronce á su queja,  
De hielo á su ardor.

El alba tres veces  
Ha visto su pena,  
La luna serena  
Tres veces también;  
Y lenta una hora  
Tras otra ha seguido,  
Sin que haya traído  
Ninguna á su bien.

Ni un punto la noche  
Sus ansias sosiega,  
Que el sueño le niega  
Su efímera paz;  
Insomne á los vientos  
Les cuenta su historia.....  
Guardó mi memoria  
Su canto fugaz.

II.

«Un tiempo hollaba por alfombra rosas;  
Y nobles vates, de mentidas diosas



Prodigábanme nombres;  
Mas yo, altanera, con orgullo vano,  
Cual águila real al vil gusano,  
Contemplaba á los hombres.»

«Mi pensamiento—en temerario vuelo—  
Ardiente osaba demandar al cielo  
Objeto á mis amores:  
Y si á la tierra con desdén volvía  
Triste mirada, mi soberbia impía  
Marchitaba sus flores.»

«Tal vez por un momento caprichosa  
Entre ellas revolé, cual mariposa,  
Sin fijarme en ninguna;  
Pues de místico bien siempre anhelante,  
Clamaba en vano, como tierno infante  
Quiere abrazar la luna.»

«Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,  
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre  
Que fascinó mis ojos,  
Cual hoja seca al raudo torbellino,  
Cedo al poder del áspero destino....  
¡Me entrego á sus antojos!»

«Cobarde corazón, que el nudo estrecho  
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho  
Tu presunción altiva?  
¿Qué mágico poder, en tal baja  
Trocando ya tu indómita fiereza,  
De libertad te priva?»

«¡Miserable esclavo de tirano dueño;  
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,  
Que con las sombras huye!  
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas  
De necia vanidad, débiles plantas  
Que el aquilón destruye?»

«En hora infausta á mi feliz reposo,  
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:  
—Quién domará mi brío?  
¡Con mi solo poder haré, si quiero,  
Mudar de rumbo al céfiro ligero  
Y arder al mármol frío!—»

«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!  
Te gritó la razón..... Mas ¡cuán en vano  
Te advirtió tu locura!.....  
Tú misma te forjaste la cadena,  
Que á servidumbre eterna te condena,  
Y á duelo y amargura.»

«Los lazos caprichosos que otros días  
—Por pasatiempo—á tu placer tejías,  
Fueron de seda y oro:  
Los que hora rinden tu valor primero  
Son eslabones de pesado acero,  
Templados con tu lloro.»

«¿Qué esperaste, ¡ay de ti! de un pecho helado,  
De inmenso orgullo y presunción hinchado,  
De víboras nutrido?  
Tú—que anhelabas tan sublime objeto—  
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto  
Te arrastras abatido?»

«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,  
Que por flores tomé duros abrojos  
Y por oro la arcilla?.....  
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,  
Y mis amantes, ¡ay! tal vez se engríen  
Del yugo que me humilla!»

«¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?  
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,  
Quieres ver en mi frente  
El sello del amor que te devora?.....



¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora  
De mi baldón la gente.»

«¡Salga del pecho—requemando el labio—  
El caro nombre, de mi orgullo agravio,  
De mi dolor sustento!.....  
¿Escrito no le ves en las estrellas  
Y en la luna apacible, que con ellas  
Alumbra el firmamento?»

«¿No le oyes, de las auras al murmullo?  
¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—  
La tórtola amorosa?  
¿No resuena en los árboles, que el viento  
Halaga con pausado movimiento  
En esa selva hojosa?»

«De aquella fuente entre las claras linfas,  
¿No le articulan invisibles ninfas  
Con eco lisonjero?.....  
¿Por qué callar el nombre que te inflama,  
Si aun el silencio tiene voz, que aclama  
Ese nombre que quiero?.....»

«Nombre que un alma lleva por despojo;  
Nombre que excita con placer enojo,  
Y con ira ternura;  
Nombre más dulce que el primer cariño  
De joven madre al inocente niño,  
Copia de su hermosura:»

«Y más amargo que el adiós postrero  
Que al suelo damos, donde el sol primero  
Alumbró nuestra vida.  
Nombre que halaga y halagando mata;  
Nombre que hiere—como sierpe ingrata—  
Al pecho que le anida.....»

«¡No, no lo envíes, corazón, al labio!.....»

¡Guarda tu mengua con silencio sabio!  
¡Guarda, guarda tu mengua!  
¡Callad también vosotras, auras, fuente,  
Trémulas hojas, tórtola doliente,  
Como calla mi lengua!»

III.

Con un gemido enmudeció María.  
Y—dando de rubor visible muestra—  
Su rostro, que el amor enardecía,  
Cubrió un momento con su blanca diestra.

Mas luego se alza, y en su altiva frente  
Ya la victoria del orgullo miro,  
Cual si del pecho su pasión ardiente  
Lanzase envuelta en el postrer suspiro.....

Cuando á leve rumor—que entre la hierba  
Suena—de humana planta producido,  
En medio de su orgullo y saña acerba,  
La despechada amante presta oído.

¡Cuál late el corazón! ¡Con qué zozobra  
Aquel rumor aproximarse escucha!.....  
¡Amor su cetro vacilante cobra:  
En vano la razón se esfuerza y lucha!

¡Él es! ¡Allí está ya!..... Clama el orgullo:  
—Tente y escucha mis acentos: ¡tente!—  
Mas piérdese su voz, cual el murmullo  
De humilde arroyo al ruido del torrente;

Que cuando amor tan imperioso grita,  
Razón y orgullo á su placer sofoca,  
Y al corazón turbado precipita,  
Cual bajel sin timón, de roca en roca.



¡Él es! ¡Allí está ya! Desdén, ausencia,  
Todo lo olvida la infeliz María;  
Que al verse de su amado en la presencia,  
La noche se convierte en claro día.

¡Feliz si en pos de la fatal quimera,  
Que hora la inunda en célico contento,  
Al despertar del sueño no la espera  
Desencanto mayor, mayor tormento!

¡Feliz si de su orgullo la memoria  
No turba más su pecho sojuzgado!.....  
¡Feliz si en el sepulcro de su gloria  
Su amor también no deja sepultado!

SONETO.

IMITANDO UNA ODA DE SAFO.

¡Feliz quien junto á ti por ti suspira!  
¡Quien oye el eco de tu voz sonora!  
¡Quien el halago de tu risa adora  
Y el blando aroma de tu aliento aspira!  
Ventura tanta—que envidioso admira  
El querubín que en el empíreo mora—  
El alma turba, al corazón devora,  
Y el torpe acento, al expresarla, expira.  
Ante mis ojos desaparece el mundo,  
Y por mis venas circular ligero  
El fuego siento del amor profundo.  
Trémula, en vano resistirte quiero.....  
De ardiente llanto mi mejilla inundo,  
¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

LA VENGANZA.

INVOCACIÓN Á LOS ESPÍRITUS DE LA NOCHE.

¡Callados hijos de la noche lóbrega!  
¡Espíritus amantes del pavor,  
Que la venganza alimentáis recóndita,  
Y esfuerzo dais al criminal amor!

¡Númenes mudos de asechanzas pérfidas,  
Protectores del odio y la traición,  
Que disipáis vacilaciones tétricas  
De flojo miedo y necia compasión!

Los que en las selvas solitarias, lúgubres,  
Dais al bandido el rápido puñal,  
Y los gemidos sofocáis inútiles  
Del que á su golpe sucumbió mortal!

¡Ministros del error! ¡del crimen súbditos!  
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!  
Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,  
Y sus puertas abrió la eternidad.

Dejad los antros de la inmunda crápula,  
Do prodigáis mezquina inspiración;  
Y el blando sueño de la virgen cándida  
No perturbéis con lúbrica visión;

Ni atormentéis vigilias del ascético;  
Ni adustos con la esposa criminal,  
La hagáis soñar que se convierte en piélagos  
De hirviente sangre el tálamo nupcial;

Ni á inicuos jueces las inultas víctimas  
Reproduzcáis en lúgubre escuadrón;  
Ni al vil logrero la indignencia lívida,  
Lanzando en él terrible maldición.



¡Más digno fin, placeres más insólitos  
Hoy os preparo, espíritus sin luz!  
Momentos son á vuestras ansias prósperos  
Los que esta noche envuelve en su capuz!

Su trono se alza esplendoroso de ébano  
Y los vientos se duermen á sus pies,  
Y su honda paz, como la paz del féretro,  
Profunda, fría y sin sonido es.

Ved las estrellas de su imperio prófugas;  
Ved cual cubre la luna su dosel,  
Y el manto azul de la celeste bóveda  
Negro se vuelve, en protegeros fiel.

El eco duerme en sus asilos cóncavos;  
Duerme en la sombra el céfiro fugaz.....  
Mi odio tan sólo vela, y mira atónito  
La para él desconocida paz.

Ningún rumor en el silencio fúnebre  
El negro arcano revelar podrá.....  
¡Sólo á vosotros, del misterio númenes,  
La muda voz os felicita ya!

¡Venid! ¡venid, que de rencores grávida  
Siento esta frente, que miráis arder,  
Y un lauro pide, que refresquen lágrimas,  
Para templar su acerbo padecer!

¡Venid! ¡venid, espíritus indómitos!  
¡De horror y duelo este recinto henchid!.....  
Venid, las alas sacudiendo pródigos,  
Á enardecer mi corazón, ¡venid!

¡Venid! ¡venid! Del enemigo bárbaro  
Beber anhelo la abundante hiel.....  
¡No más insomnes velarán mis párpados,  
Si á él se los cierra mi furor cruel!

¡Dadle á mis labios, que se agitan ávidos,  
Sangre humeante sin cesar, corred!  
¡Trague, devore sus raudales rápidos,  
Jamás saciada mi ferviente sed!

¡Hagan mis dientes con crujidos ásperos  
Pedazos mil su corazón infiel,  
Y dormiré, cual en suntuoso tálamo,  
En su caliente, ensangrentada piel!

Al retratar tan plácidas imágenes,  
Siento de gozo el corazón latir.....  
¡Espíritus de horror, no pusilánimes  
Dejéis mi sangre inútilmente hervir!

Si de estos campos solitarios, áridos,  
Queréis tener magnífico festín,  
Dadme sus miembros, dádmelos escuálidos,  
Y en ellos mi hambre se apaciente al fin.

¡Ministros del error! ¡del crimen súbditos!  
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!  
¡Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,  
Y sus puertas abrió la eternidad!

Á . . . . .

No existe lazo ya: todo está roto:  
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!  
Amargo cáliz con placer agoto:  
Mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:  
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!  
¡Que tantos años de amargura llenos  
Trague el olvido, el corazón respire!



Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo  
Una vez y otra vez pisaste insano;  
Mas nunca el labio exhalará un murmullo  
Para acusar tu proceder tirano.

De grandes faltas vengador terrible  
Dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?  
No era tuyo el poder que irresistible  
Postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios y fué: gloria á su nombre:  
Todo se terminó: recobro aliento:  
¡Angel de las venganzas! ya eres hombre;  
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro; se embotó tu espada.....  
Mas ¡ay! ¡Cuán triste libertad respiro!  
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,  
Y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día  
Ves este adiós que te dirijo eterno,  
Sabe que aun tienes en el alma mía  
Generoso perdón, cariño tierno.

LA PESCA EN EL MAR.

¡Mirad! Ya la tarde fenecer:  
La noche en el cielo  
Desplega su velo  
Propicio al amor.  
La playa desierta parece;  
Las olas serenas  
Salpican apenas  
Su dique de arenas,  
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna  
Su pálida frente  
Allá en Occidente  
Comienza á elevar.

No hay nube que vele importuna  
Sus tibios reflejos,  
Que miro de lejos  
Mecerse en espejos  
Del trémulo mar.

¡Corramos!.... ¿Quién llega primero?  
Ya miro la lancha.....  
Mi pecho se ensancha,  
Se alegra mi faz.

¡Ya escucho la voz del nauclero  
Que el lino despliega  
Y al soplo lo entrega  
Del aura que juega  
Girando fugaz!

¡Partamos! La plácida hora  
Llegó de la pesca,  
Y al alma refresca  
La bruma del mar.

¡Partamos, que arrecia sonora  
La voz indecisa  
Del agua, y la brisa  
Comienza de prisa  
La flámula á hinchar!

¡Pronto, remero!  
¡Bate la espuma!  
¡Rompe la bruma!  
¡Parte veloz!  
¡Vuele la barca!  
¡Dobla la fuerza!  
¡Canta y esfuerza  
Brazos y voz!



Un himno alcemos  
Jamás oído,  
Del remo al ruido,  
Del viento al son.  
Y vuele en alas  
Del libre ambiente  
La voz ardiente  
Del corazón.

Yo á un marino le debo la vida,  
Y por patria le debo al azar  
Una perla en un golfo nacida  
Al bramar  
Sin cesar  
De la mar.

Me enajena al lucir de la luna  
Con mi bien estas olas surcar,  
Y no encuentro delicia ninguna  
Como amar  
Y cantar  
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes  
¿Quién, oh amigos, querrá sofocar,  
Si es tan grato á los pechos amantes  
Á la par  
Suspirar  
En el mar?

¿No sentís que se encumbra la mente  
Esa bóveda inmensa al mirar?  
Hay un goce profundo y ardiente  
En pensar  
Y admirar  
En el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí llegue  
Nuestra paz deliciosa á turbar;

Libre el alma al deleite se entregue  
De olvidar  
Y gozar  
En el mar.

¡Presto todos!..... ¡Las redes se tiendan!  
¡Muy pesadas las hemos de alzar!  
¡Presto todos! ¡Los cantos suspendan,  
Y callar  
Y pescar  
En el mar!

#### Á LA VIRGEN.

##### PLEGARIA.

Vos, entre mil escogida,  
De luceros coronada:  
Vos, de escollos preservada  
En los mares de la vida:  
Vos, radiante de hermosura,  
¡Virgen pura!  
De toda virtud modelo;  
Flor trasplantada del suelo  
Para brillar en la altura:

Vos, la sola sin mancilla  
De Adán en la prole insana,  
Y á cuya voz soberana  
Dobla el ángel la rodilla:  
Vencedora del delito,  
Que al precito  
Querub quebrasteis la frente,  
Y cuyo nombre potente  
Es en los cielos bendito:

Vos, que ocupáis regio asiento



En la patria eterna y santa,  
Y tenéis de vuestra planta  
Por alfombra el firmamento.....  
Volved, Señora, los ojos  
Sin enojos  
A esta mujer solitaria,  
Que os dirige su plegaria  
De su destierro entre abrojos.

En tempestuoso oceano  
Mi bajel navega incierto,  
Sin que un fanal en el puerto  
Le encienda piadosa mano;  
Entre escollos gira roto,  
Sin piloto  
Y sin brújula ni vela.....  
Que á merced — deshecho — vuela  
Del vendaval ó del noto.

Vos, en la noche sombría  
Pura luz, celeste faro,  
De los débiles amparo,  
De los tristes alegría.....  
Mirad mi senda enlutada,  
¡Madre amada!  
Mi juventud — sin amores —  
Débil planta á los rigores  
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo,  
Donde no juegan las brisas,  
Mi infancia no tuvo risas,  
Ni mi vejez tendrá apoyo.  
Noche triste cual ninguna,  
Y sin luna,  
Fué la noche tormentosa  
Que vine al mundo llorosa.....  
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!..... No existe  
Ni patria ni hogar querido.....  
¡Soy el pájaro sin nido!  
¡Soy sin olmo hiedra triste!  
Cada sostén de mi vida,  
Desvalida,  
Fué por el rayo tronchado,  
Y débil caña he quedado,  
De aquilones combatida.

Extranjera en este mundo,  
No comprendo su alegría,  
Ni él penetra, Madre mía,  
En este abismo profundo.....  
Este abismo de dolores,  
Que con flores  
Disfraza tal vez la suerte;  
¡Volcán que encierra la muerte  
Coronada de verdores!

Seres hay en este suelo  
Que enigmas son de amargura;  
Ni el cielo les da ventura,  
Ni el mundo les da consuelo:  
¿Para qué fueron lanzados,  
¡Desgraciados!  
A la existencia estos se res  
Entre risas y placeres  
A padecer condenados?

Mas los misterios ve nero  
Que comprender no consigo,  
Y á vos, ¡oh Virgen! os digo:  
«Yo sufro, ruego y espero.»  
Se dice que el Señor vierte  
En el fuerte  
Y en el soberbio su ira,  
Mas con blandos ojos mira  
Del desvalido la suerte.



¡Ayl no soy robusta encina,  
Firme del cierzo á la saña,  
Sino humilde y frágil caña,  
Que al menor soplo se inclina.  
Bajo el brazo omnipotente  
Veis mi frente  
Postrarse humilde, Señora;  
Decidle, pues, que ya es hora  
De que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza  
Secas las flores, cayeron,  
Y cual humo leve huyeron  
Mis sueños de bienandanza:  
Así, no pido alegría,  
¡Virgen pía!  
Ni horas de dicha serenas;  
Sino paciencia en las penas  
Y paz en la tumba fría.

CÁNTICO.

IMITACIÓN DE VARIOS SALMOS.

Mortíferos vapores  
Ya respirando á vista del infierno;  
Mi vida fatigada con dolores  
Por torcedor interno;

Humillada mi frente  
Y sumergida entre la vil escoria,  
Vi al enemigo alzarse, é insolente  
Proclamar su victoria.

Pero en el trance extremo,  
Sintiendo de la muerte el férreo lazo,  
Clamó mi corazón al Ser Supremo  
Y me confié á su brazo.

Llegó mi grito al cielo,  
Aunque de alzarse á tal altura indigno....  
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,  
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta  
Desde la majestad de su almo trono,  
Y de prolijos males le di cuenta,  
Gimiendo mi abandono.

Protector de mi vida  
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado;  
Y ya el alma sentí fortalecida  
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes  
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,  
Y en alas de los fúlgidos querubes  
Descendió á mi defensa.

¡Cual al mirar su saña  
Tembló medrosa la terrestre esfera,  
Rodando de su asiento la montaña  
Como líquida cera!....

¡Cuál volvió las espaldas  
Mi enemigo cruel de espanto lleno!....  
Mas—como niño á las maternas faldas—  
Yo me acogí á su seno.

Así de la ominosa  
Servidumbre, por fin mi alma ha salido;  
Pues él oyó, como de dulce esposa,  
De la esclava el gemido.

Por su clemencia sola  
Curó mi herida, restañó mi llanto....  
¡Y ora me ciñe espléndida aureola  
De regocijo santo!



Recibiré enseñanza,  
Sujetándome á justa disciplina,  
Y estará, ¡oh Dios! segura mi esperanza  
De tu bondad divina.

¡Todo en el universo  
Proclama esa bondad, que humilde adora!  
¿No es el sol—de tu luz espejo terso—  
De vida gran tesoro?

Él sale á tu mandato,  
Cual nuevo esposo del caliente lecho,  
Y el nocturno vapor, al fuego grato,  
Cae en perlas deshecho.

Natura palpitante  
Gérmenes brota á su calor fecundo,  
Mientras él corre á paso de gigante  
La redondez del mundo.

Las nubes á tu acento  
Se convierten en lluvia bienhechora,  
Y según tus designios vuela el viento  
Y el agua se evapora.

Corren doquier los ríos,  
Como señalas tú, ¡Rey soberano!  
¡Del ecuador hasta los polos fríos  
Llega tu augusta mano!

Un día al otro día  
Manda, mi Dios, que tu poder alabe;  
Y cada noche nos custodia pía  
Tu protección suave.

¿Quién como tú benigno?  
¿Quién como tú terrible y poderoso?  
Mas no es mi labio de alabarte digno;  
Se calla respetuoso.

¡Pero mira mi anhelo!  
¡Haz que mi alma, Señor, por ti se inflame;  
Y dale la pureza, dale el celo  
Con que quieres te ame!

Amarte debo, ¡oh fuerte!  
¡Oh soberano! ¡oh salvador! ¡oh eterno!  
¡Porque tu brazo destronó á la muerte  
Y acerrojó al infierno!

¡Bendita, pues, tu gloria!  
¡Bendita, Dios de amor, tu omnipotencia;  
Y haz que al dejar la tierra transitoria,  
Gocemos tu presencia!

### LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!  
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!  
¡Que calle el universo á mis acentos  
Con silencio profundo!  
¡Y tú, supremo Autor de la armonía,  
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,  
Resonancia concede al arpa mía,  
Y en conceptos de austera poesía  
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,  
De ese nombre al lanzar eco infinito,  
Que aterroriza al inmortal precito  
En su mansión de duelo.

¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,  
Postra á tal voz la luminosa frente;  
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;  
Y del amor las altas maravillas,  
Absorto adora el serafín ardiente.



Alzad vuestro pendón brillante y puro,  
¡Oh de la fe sublimes campeones!  
Y que su luz dirija las naciones  
Al porvenir obscuro.

Sólo él, que á miles las victorias cuenta,  
Disipar puede sombras y vestiglos....  
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,  
Y—como en firme pedestal— se asienta  
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,  
Á cuyo aspecto hundiéronse al abismo  
Los dioses del antiguo paganismo,  
Desde su Olimpo egregio!  
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente  
—Como emblema de triunfo— Constantino  
Sobre el cesáreo lauro de su frente,  
Las águilas de Roma armipotente  
Parias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló— nob'le, pujante,  
Más fuerte que los pueblos y los reyes—  
Sobre escombros de razas y de leyes  
El bárbaro triunfante.

Por sus bridones con desprecio hollado  
Fué el esplendor romano envejecido;  
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado  
Detúvose el torrente desbordado,  
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,  
Á ennoblecer bajo su blando yugo  
El que al destino descargar le plugo  
De América en el cuello.

Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario  
—Que tan pronto derriba como encumbra—  
Ya no es de un mundo el otro tributario;  
Mas inmutable al signo del Calvario  
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita  
La vacilante humanidad.— Doquiera  
¿No la veis, á la par doliente y fiera,  
Cuál convulsa se agita?  
Lanzada entre problemas pavorosos,  
Y á impulsos, ¡ay! de un vértigo profundo,  
¿Qué le valdrán esfuerzos dolorosos,  
Si de esa Cruz los brazos poderosos  
No hallan asiento en que descansa el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,  
Símbolo de salud, cifra de gloria,  
Pues sólo y siempre explicará la historia  
Del humano destino.

¡Alzadlo! que los siglos él presida,  
Como la ígnea columna del desierto,  
Que entre las sombras, de esplendor vestida,  
Para alcanzar la tierra prometida  
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre  
Su progreso marcó la era cristiana,  
Mostrándole ella, en acta soberana,  
La libertad del hombre!  
Fué su conquista, y ella la afianza;  
Diciendo al porvenir, como al pasado,  
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,  
Pues son sus brazos la única balanza  
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra  
Pesó el valor del mundo.... ¡oh maravilla,  
Que si del hombre la razón humilla,  
Su dignidad demuestra!

¡Si! pesó al mundo la eternal justicia,  
Pesólo por alzar el que lo abate,  
Yugo cruel de la infernal malicia....  
Y en aquél tanto amor cargó propicia,  
Que la vida de un Dios fué su rescate.



Por eso en los ásperos brazos  
Del leño sagrado, se ostentan  
Las manos que al orbe sustentan,  
Las manos que rigen al sol.

Por eso en gemidos se ahoga  
La voz que á la nada fecunda,  
Velada por sombra fecunda  
La luz de la gloria de Dios.

Tú expiras, ¡Autor de la vida!  
La muerte contigo se ensaña.....  
Mas rota quedó la guadaña  
¡Al darte su golpe cruel!  
Alzado en tu trono sangriento,  
Su trono por siempre derrumbas.....  
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,  
Recogen tu aliento postrar!

El rey de la tierra, probando  
Fatal fruto del árbol de ciencia,  
La muerte nos dió por herencia,  
Y esclavos nos hizo del mal.

El Rey de los cielos, cual fruto  
Del árbol de amor, nos convida,  
La patria nos vuelve y la vida;  
¡Por padre al Eterno nos da!

---

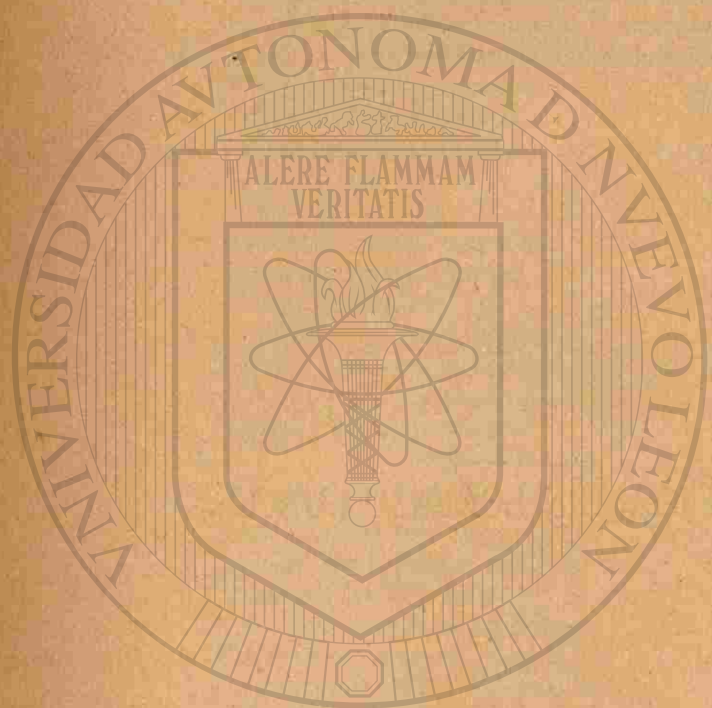
¡Florece, Árbol santo, que el astro  
De eterna verdad te ilumina,  
Y el riego de gracia divina  
Fomenta tu inmensa raíz!  
¡Florece, tus ramas extiende.....  
La estirpe de Adán, fatigada,  
Repose á tu sombra sagrada  
Del uno al opuesto confín.

¡Te acaten pasando los siglos,  
Y tú los presidas inmoble,  
Y toda rodilla se doble

Al pie de tu eterno vigor!.....

Los cielos, la tierra, el abismo,  
Se inclinen si suena tu nombre.....  
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!  
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!





DON JOAQUÍN LORENZO LUACES.

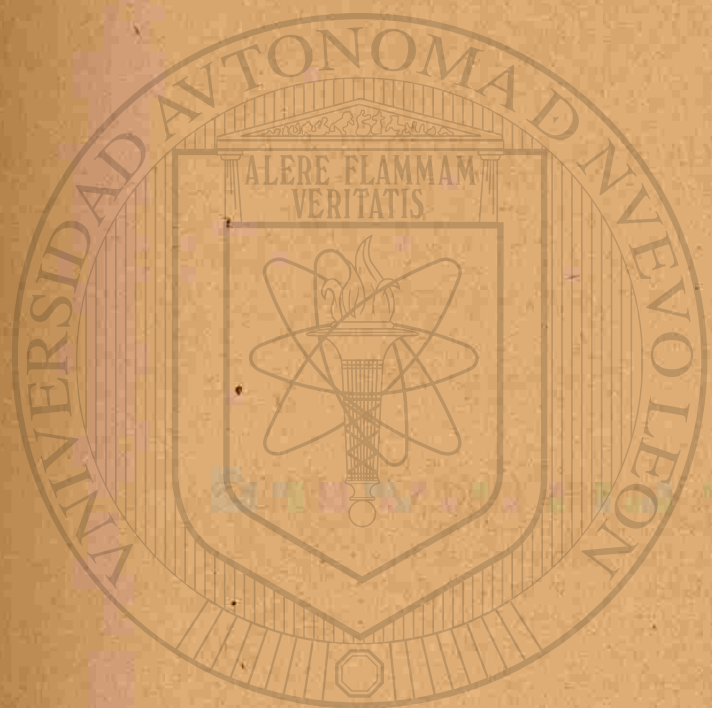
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOAQUÍN LORENZO LUACES.

LA NATURALEZA.

A D. FELIPE POEY.

¡Naturaleza! Transparente espejo,  
En que de Dios la vista se recrea....  
¿Cómo callar, cuando mi pecho enciende  
La augusta majestad que te rodea?  
Bulle en la mente gigantesca idea  
Que en vano quiero que la dócil pluma  
Fiel reproduzca.... Arrebatada y loca  
Vuela mi fantasía, y como el curso  
Del rápido torrente me arrebatada.  
En vano con sus fueros arrogante,  
Quiere mi firme voluntad sañuda  
Contener el impulso devorante.  
El verso desbordado  
Se precipita audaz y se resiste,  
Aunque mi pecho fatigado gima,  
Á verse entre las redes subyugado,  
Con que humilla al poeta electrizado  
La pompa estéril de la inútil rima.

Todo es en ti belleza  
Y fecundo poder, Naturaleza.  
Rompiendo la unidad de las llanuras,



En caprichosa variedad activa,  
Amontonas las moles descarnadas  
Formando montes de escarpada cumbre.  
Los verdes llanos á sus pies extiendes  
Y, arrojando simiente productiva,  
La agreste playa y el erial transformas  
En bosque espeso de maleza inculca.  
Del tórrido Sahara dilatado  
Bajo un cielo de nubes despojado  
Y un suelo estéril, calcinado, muerto,  
Verdes islas esparces, donde ufanas  
Reposan las infieles caravanas  
Que atraviesan el líbico desierto.

De tu seno desbórdanse los bienes  
Que el indolente humano  
Por juzgarlos tributo merecido  
Desdeña sin cordura.  
Él contempla al Oceano,  
Blanca espuma llevando por cimera,  
Sus olas estrellar en la ribera;  
Y más inerte que la dura roca,  
Se conserva impasible.  
Y en tanto el mar que embravecido muge,  
Á cada fuerte y desigual empuje  
Sus aguas en la costa deposita,  
Y en eterno combate  
Las muertas aguas con sus aguas bate.  
Y luego, ¡Providencia previsor!  
El sol las evapora,  
Y á tu impulso vital cristalizadas,  
En blanca sal se quedan transformadas,  
Que el sol poniente con sus rayos dora.

En vapores, alzándose á la esfera  
Las olas espumantes,  
Forman el trono azul de los querubes,  
En las flotantes nubes  
Que el industrioso labrador espera.

Del éter en el velo cristalino  
El agua del Océano  
Sus átomos amargos modifica,  
Y forma luego aljofarada escarcha,  
Granizo duro y acopada nieve,  
Al hacer al estéril Capricornio  
La anual visita, la deidad que humilde  
El Inca veneró. Mas luego pródiga  
Haciendo descender en el verano  
Las aguas dulces, prez de los sitios,  
Da á la tierra las gotas del rocío  
Y de Mayo los ricos aguaceros,  
Que matizan la hierba con festones  
De flores exquisitas, que en su brillo,  
Ya prometen al rústico sencillo  
De Baco y Ceres los opimos frutos.  
¡Sí! De tu radio en la extensión gigante  
Se enlaza todo, todo se encadena,  
Desde el insecto imperceptible al tacto  
Á la deforme y colosal ballena;  
Desde la altiva rosa y azucena  
Al pólipo rastrero y al humano.  
Los árboles de espléndido ramaje,  
Las plantas, el arbusto delicado  
Respiran como el hombre inteligente,  
Como fieras y brutos.

El hálito que arrojan perfumado  
De las hojas, y ramas poderosas,  
Del principio de vida despojado  
Que absorbieron las fibras codiciosas,  
Al gigante del bosque marchitara  
Si de nuevo con ansia lo aspirara.  
Mas el hombre está allí.—Tomando ansioso  
El mortífero aliento que exhalara  
El árbol corpulento  
Y que á la humana vida contribuye,  
Por necesaria ley en cambio vierte  
Lo que el árbol aspira codicioso,



Y que en el pecho humano causaría  
El estertor horrible de la muerte.  
La inmóvil planta, el animal sensible,  
Porque ambos gocen de vigor cumplido,  
La muerte lanzan y la vida aspiran;  
Y, en cadena que nunca se desata,  
El uno toma lo que al otro mata  
Porque más el mortal te reverencie,  
Al mirar tu grandeza,  
Madre común, gentil Naturaleza.  
Palacio digno del Señor del mundo  
Teniendo por Oceano el firmamento,  
La tierra en el espacio arrebatada,  
Establece á tu voz el movimiento,  
Surcando la región de lo infinito  
Por leyes eternas conducida,  
¿Quién la sostiene en el ignoto espacio  
Impidiendo su rápida caída?  
¿Quién la arroja en el éter insondable  
Dentro de un radio de atracción estable,  
Haciendo que por siempre gire en torno  
Del astro rey en órbita invariable?  
¿Quién hizo que la luna  
En su plateado refulgente coche  
En pos de ella el espacio recorriese,  
Y su lámpara púdica encendiese,  
Por darle honor, en la callada noche?

¡Naturaleza, tú! Tú solamente  
Con la mano que formas  
Del monte en los agudos peñascales  
El pálido topacio, y el platino  
Y el simpático imán. En las entrañas  
De los ásperos montes escabrosos,  
Á impulso de tus fuerzas productivas  
El oro sordamente se elabora  
Que al hombre causa tan febril locura.  
Sus duros pedernales  
Ricas vetas esconden de metales

Más útiles al hombre;  
Que en apretado encierro,  
Honor de los productos naturales,  
Extienden fecundísimos ramales  
El cobre dócil, inflexible el hierro.

¡Mirad! Esa montaña que no sufre  
En su mole severa  
La huella asoladora de los tiempos,  
Es de mármol riquísima cantera  
Ó mina extensa de inflamable azufre.  
Y tal vez con un fuego devorante,  
Por misteriosa fuerza alimentado,  
Tú fundes el carbono  
Que al indo avasallado arrancan fieros,  
Transformado en purísimo diamante,  
Los tiranos que dueños de Golconda  
Protege Albión con lábaro triunfante.  
En profundas cavernas  
Ocultas manantiales cristalinos,  
Que gota á gota el peñascal minando  
Raudos se forman anchurosa vía,  
Y luego, transformados con estrépito  
En ríos espumosos,  
Arrastran del Océano á los cristales,  
Fertilizando diferentes zonas,  
Del ancho Plata el ámbito extendido  
Y el inmenso caudal que enfurecido  
Al asalto del mar lanza Amazonas.

Si desde el valle el monte contemplamos,  
Nuestra vista se inflama  
Abarcando el brillante panorama  
Que con ávidos ojos devoramos.  
Entreabiertas del día á los albores,  
Parece que saludan la presencia  
Del padre sol, las aromadas flores;  
Las flores que del tallo desprendidas  
Y á la industria del hombre sometidas,



Después esparcen regalada esencia,  
Sirviendo á la oriental magnificencia;  
Y en pebeteros de sin par valía  
Embriagan, en divanes relucientes,  
Al déspota, terror de los creyentes,  
Que oprime el cuello á la imperial Turquía.

¡Ay! Esas flores que en el tallo lucen,  
Lecciones dan al alma discursiva.  
Mirando el devaneo  
Con que la rosa, audaz como coqueta,  
Á Céfito galán provoca y reta  
Para morir mañana  
De una virgen al pie de la ventana.....  
¿Quién no aplaude la tímida violeta,  
Que en el bosque sombrío  
Se oculta humilde de la vista humana  
Y muere, como vive,  
Apacible, modesta y atractiva?  
Cuando la virgen que al Amor da culto  
La boca del amante  
Sobre la suya siente convulsiva.....  
Si al beso tiembla y al pudor se acoge  
Y en sí misma, temblando, se recoge,  
¿Hacé más que la casta sensitiva?

Mira el mortal con affigidos ojos  
Al golpe osado y fuerte  
De la pálida Muerte  
Derribados los seres que adoraba,  
Naturaleza conmovida entonces  
En sus entrañas guarda los despojos  
Que abandonó la vida. El polvo yerto  
La tierra de las tumbas fertiliza,  
Y hace brotar la flor que se matiza  
Del Iris celestial con los primores.  
¡Ay! la esponjada flor del cementerio  
Á la orilla naciendo del sepulcro,  
La eternidad del hombre simboliza;

Pues las hojas, adorno de la fosa,  
Pedazos son del cuerpo que reposa  
Y en las flores su ser inmortaliza.

Los árboles que extienden  
Los ramajes pomposos  
Y altivos y frondosos  
Sombra dan al viajero,  
Por la segur cortante derribados  
Serán, Naturaleza, arrebatados  
Para formar los cóncavos navíos  
Con que oprime Bretaña poderosa  
La colosal y amenazante espalda  
Del pérfido Neptuno. El arquitecto  
Con ellos alzaré su altivo nombre,  
Esculpiendo su cifra gigantesca  
De San Pedro en la cúpula famosa,  
En los muros del grave Vaticano  
Y en el soberbio templo de Sofía.  
Formando delicados instrumentos  
Encontrarán las leyes inmutables  
Con que fija el astrónomo profundo  
La carrera eternal de los planetas;  
Y, deshaciendo los errores vanos,  
Harán honor al dilatado mundo  
Del sabio ilustre en las augustas manos.

Más humildes, apenas levantando  
De la tierra los débiles ramajes,  
Otras plantas más útiles florecen.  
El verde lino, que se dobla al viento,  
Del arroyo en las blancas pedrezuelas  
Formará los magníficos ropajes  
De los monarcas de la vieja Europa,  
Y los leves y diáfanos encajes  
Que diestra labra la industrial Bruselas.  
Del algodón en los nevados copos  
Están, como en embrión, estos tejidos,  
Que el universo atónito proclama,



Y que dan, con laureles merecidos,  
Á Albión orgullo, y á Lutecia fama.

Entre productos de riqueza doble,  
En radio más extenso,  
Brotan Ceilán ardiente la canela,  
Especias el Birmán, Arabia gomas,  
Anatolia produce las higueras  
De más precio. Con púrpura teñido  
El aromoso plátano Zancibar;  
Cuba las piñas de fragante almíbar,  
Y allá en las tierras donde nace el día,  
Donde el Simún la atmósfera obscurece,  
El dulce dátil, que salvaje crece  
En la inculta región de Berbería.

Mas no sólo en terrenos tan feraces  
Proclamas tu poder, Naturaleza.  
En el desierto mismo,  
Sólido oceano, como el mar extenso,  
De candentes mortíferas arenas,  
La tierra infatigable en sus faenas  
Te paga, humilde, el merecido censo.  
Con la fuerza que en todo distribuyes  
Al movimiento eterno contribuyes.  
Sin flores, sin verdor, sin claras fuentes  
El estéril Sahara  
Es padre del Simún, y al viento insano  
Sepultas en extensas soledades;  
Respetando la vida del humano  
Que al dejar el puñal del asesino,  
Por la social unión de las ciudades  
La tienda cambia del feroz beduino.

En cada clima y zona diferente  
Son diversos los árboles y frutos,  
Los insectos, los peces y las aves,  
Voraces fieras y apacibles brutos.  
En incesante lidia

Muestran allá las codiciadas pieles  
El hambriento león de la Numidia,  
Que en selva oscura su rugido exhala,  
La pantera de Java sanguinosa  
Y el tigre real que alimentó Bengala.  
En tierra más distante  
Á la industriosa abeja susurrante  
Roban los hombres, por codicia crueles,  
De las celdillas del panal opimo  
La blanca cera y las sabrosas mieles.  
El gusano que rápido devora  
Las verdes hojas del moral silvestre  
Mariposa ha de ser. — Con vuelo manso  
Descansará sobre las flores leda;  
Empero al hombre dejará, en tributo,  
Capullo espeso de acolchada seda.

Incansable la próspera Natura,  
Propende al bien de sus diversos hijos,  
Ya en las flores del trópico fecundo,  
Ya en los hielos compactos de Finlandia.  
Las focas y los osos de Grenlandia  
Dan aceites y pieles á los hombres  
Que el cano invierno sin cesar acosa;  
Y en el trineo del lapón exiguo,  
Marcando apenas las pisadas leves,  
Infatigable el reno  
Tranquilo cruza las eternas nieves  
Como el noble bridón firme terreno.  
Cubriendo el cuerpo débil  
Con lana suave, que al mortal extasia,  
La cabra trisca en el florido valle  
Que envidia Europa y abandona el Asia.  
Y luego, convertido por la industria,  
El vellón codiciado  
En los chales que teje Cachemira,  
Teñido en grana y en azul se mira  
En los vistosos pliegues del turbante  
Que en torno ciñe de la triste frente



Nabab altivo del domado Oriente,  
Ó enlazado á la mórbida cintura  
Estrecha el cuerpo lindo  
De la virgen que bebe de las aguas  
Que al mar de Arabia precipita el Indo.

Del mar en los profundos arenales  
El enfermo molusco aletargado  
Cuaja en la concha la compacta perla.  
Debajo de los húmedos cristales  
El pólipó, habitante de la roca,  
Borda en ella, en fantásticos dibujos,  
Atrevidos mosaicos orientales.....  
Ya forma habitaciones,  
Que hacen islas surgir del mar airado;  
Así brotó fecunda  
La extensa y desgranada Polinesia.  
Ya del pérfido Oceano borrascoso  
En los verdes y diáfanos raudales  
Fabrica audaz, en playas escondidas,  
Madréporas bruñidas  
De retorcidos ramos de corales.

¡Si! Todo cuanto existe es un misterio  
Que revela tu gran inteligencia,  
Desde la roja cochinilla noble  
Hasta el torpe, indolente  
Y feroz cocodrilo,  
Que al margen duerme del fecundo Nilo.  
A la fogosa cabra triscadora  
Con tan delgados miembros la dotaste,  
Que parece que débil la entregaste  
Del lobo audaz al reforzado diente.  
Pero vivaz, osada, inteligente,  
Con músculos de acero,  
En lo empinado de la erguida roca  
Con su silvestre condición, bizarra,  
Rompiendo verdes tallos, desafia  
Del fiero lobo la torcida garra.

Entregaste al león la cabellera  
Del áspera melena por abrigo;  
Con garras duras y defensas crueles  
Armaste al rey de los desiertos amo;  
Mas no le diste la veloz carrera  
Con que le burla, en la feraz pradera,  
El indefenso y fugitivo gamo.

Todo lo que el mortal en su porfía  
Puede aprender en los famosos libros  
Que nos legó la humana fantasía,  
No vale un solo día  
De meditar, ¡oh gran Naturaleza!  
En tu libro de espléndida grandeza.  
En cuanto el orbe cría  
Una virtud sublime, una belleza,  
Nos muestra la Eternal Sabiduría.  
El arquitecto roba, en la estructura  
De las casas que elevan los castores,  
Lecciones de sencilla arquitectura.  
Aprende á ser enamorada esposa  
La virgen pudorosa,  
En lo profundo de la selva umbría  
Oyendo el suspirar de la tojosa;  
Y el sereno valor y la entereza,  
El guerrero de casco centellante  
Aprende, contemplando la fiereza  
Con que vuelan al campo los bridones,  
Elevando soberbia la cabeza  
Al tronar de los cóncavos cañones.

¡Madre Naturaleza! Tú proclamas  
El poder de tu autor. Sobre tu frente  
Escrito el nombre del Eterno veo;  
Esas letras de fuego que calcinan  
La mente ciega del audaz áteo.  
Yo, del mundo en el piélagó insondable  
Insecto miserable,  
Palidezco de miedo, si medito



Ese terrible arcano inescrutable  
Que obscuro vela tu gigante imperio:  
Y oyendo de— ¡Hay un Dios! el grito santo,  
Al grave son del místico salterio,  
La frente elevo y tu grandeza canto.

CANTO DE KALÉD.

¡Formad vuestros robustos batallones,  
Y escuche Heraclio de Medina el grito!  
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta,  
El orbe del Creyente! ¡Así está escrito!

¡Dios lo quiere! Cumpliendo su mandato,  
Nuestra fe llevaremos por el mundo,  
Del Volga rapidísimo y profundo  
Al risueño y feraz Guadalaviar.  
Y del duro y nevado Pirineo  
Hasta el áspero Cáucaso ríscoso,  
Iremos cual centípedo coloso  
Que arrebató sañudo vendaval.

*Formad vuestros robustos, etc.*

Pasad como el Simún de los desiertos  
Ó rápida avalancha desprendida,  
Sobre esa vieja Europa, ya vencida  
Por su torpe molicie y corrupción.  
Desbaratad sus tercios impotentes,  
Arrastrad por el cieno sus pendones,  
Y colgad de la cola á los bridones  
Las cabezas que el sable derribó.

*Formad vuestros robustos, etc.*

El que no humille la altanera frente  
Para borrar las huellas del bautismo,

Que ruede ensangrentado hasta el abismo,  
Despojo triste de feroz chacal.  
¡Así está escrito! Los infieles todos  
Doblarán al profeta la rodilla,  
Ó del árabe fiel, la fiel cuchilla  
Su sanguinario ardor castigará.

*Formad vuestros robustos, etc.*

Los verdes estandartes de Mahoma  
Recorrerán la temerosa tierra,  
Y alzando el grito de exterminio y guerra,  
Vuestros soldados vencerán doquier.  
¡Ánimo, fieles! Desnudad el hierro;  
La Europa entera con pavor sucumba;  
Que para el bravo á quien se abrió la tumba  
Alá formara delicioso Edén.

*Formad vuestros robustos, etc.*

Mas ¿quién piensa en morir? ¡Á ellos, valientes!  
Después que conquistemos noble gloria,  
Si morimos, el canto de victoria  
Á los cantos de muerte se unirá.  
Los que sucumban mirarán, del cielo,  
Con placer puro, las conquistas nuestras,  
Las palmas del martirio entre las diestras,  
En las sienes la aureola de la Paz.

*Formad vuestros robustos, etc.*

¡Creyentes verdaderos: vuestras lanzas  
Esgrimid al instante vengativos!  
Los infieles, ¡ó mírense cautivos,  
Ó el cuello rindan al potente Alá!  
Adoren reverentes al que errante  
Y fugitivo abandonó sus lares,  
Y al través de los montes y los mares  
Hará que triunfe el vencedor Islám.



*Formad vuestros robustos, etc.*

Las arenas del cálido desierto  
Trocaremos por valles florecientes,  
Y en ciudades de mármoles lucientes  
Descansaremos del pasado ardor.  
Y veremos, gozando en sus cadenas,  
En ardientes y lúbricos placeres,  
En nuestros blandos lechos sus mujeres,  
Que brillan más que el esplendente sol.

*Formad vuestros robustos, etc.*

Sus mujeres con labios de granates,  
Granates vivos que el amor anhela,  
Con los ojos ardientes de gacela,  
Con el seno de lirio y de carmín.  
¡Las hembras son del que valiente logra  
Conquistar con la lanza sus favores!.....  
¡Ánimo, pues, y besen los amores  
La frente audaz del árabe adalid!

*Formad vuestros robustos, etc.*

¡Venid, creyentes! ¡Del Korán divino  
Por todo el orbe estableced las leyes!  
¡Como á manada de serviles bueyes  
La incircuncisa gente atrahillad!  
¡Venid, venid, y del infiel impuro  
Tenid la sangre de bordada ropa!.....  
Después del Asia, caerá la Europa,  
Después de Europa el África caerá.

*Formad vuestros robustos, etc.*

¡Dios nos protege! Donde quier que audaces  
Las victoriosas armas presentamos,  
Cien naciones potentes arrollamos,  
Venciendo desdeñosa su altivez.

¡Siempre adelante! ¡Exterminad, valientes!  
¡Feliz quien bravo combatiendo muere!  
¡Si el mundo entero la impiedad prefiere,  
Del mundo entero cementerio haced!

*¡Formad vuestros robustos batallones,  
Y escuche Heraclio de Medina el grito!  
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta;  
El orbe del Creyente! ¡Así está escrito!*

#### LA MUERTE DE LA BACANTE.

(PARA SERVIR DE ARGUMENTO Á UN CUADRO.)

SONETO.

Erigone en desorden la melena,  
De Venus presa, con ardor salvaje,  
Oculta apenas en el griego traje  
Los globos de marfil y de azucena.  
El seco labio que el pudor no frena  
Del lienzo muerde el tempestuoso oleaje,  
Y rasgando el incómodo ropaje,  
Besa y comprime la tostada arena.

Ebria de amor, frenética de vino,  
En torno extiende la febril mirada,  
Mal tendida en las piedras del camino;  
Y al contemplarse sola, despechada  
Se oprime el pecho, con rumor suspira,  
Cierra los ojos y gozando expira.

#### EL ÚLTIMO DÍA DE BABILONIA.

MANE-TECEL-PHARES.

Era noche de fiestas y de orgía  
Del Rey en los palacios. Babilonia



Indiferente al palaciego ruido,  
Cual gigante del sueño importunado,  
Al correr de las aguas se dormía.  
Por las luces espléndidas herido  
Que brotan del recinto iluminado,  
Alzaba Eufrátes la corriente fría,  
Y en un raudal de llamas transformado  
Los altaneros muros sacudía.  
Y la torre de Belo, contrapuesta,  
Entre las negras sombras de la noche  
Alzando al cielo la cerviz enhiesta,  
Al palacio brillante contemplaba,  
Y un Genio de tinieblas parecía  
Que á otro Genio de luz amenazaba.  
Y que, impasible al inminente evento,  
Á los Genios del aire revelaba  
Del torpe rey el porvenir sangriento.

En el palacio..... Baltasar imbécil,  
Rodeado de magnates y mujeres,  
Por el licor los ojos encendidos,  
Al aire la copiosa cabellera;  
De la flotante ropa  
Los recamados pliegues desceñidos,  
Con la siniestra la adorada copa  
Á los sedientos labios acercaba,  
Y con la diestra imbele  
Á las esclavas de la fértil Jonia  
El ceñidor lascivo desataba,  
Y en el templo inmediato sollozaba  
El numen tutelar de Babilonia.

Con manjares las mesas abrumadas  
Al excesivo peso se rendían;  
Con vino-miel las copas desbordadas,  
Al trémulo fulgor de las antorchas,  
Con el líquido pérvido lucían.  
Cerca del Rey..... ¡Profanación horrible!  
Los vasos arrancados

Por Nabuco terrible  
Al templo de Salém en servidumbre,  
Por libaciones báquicas manchados  
En la boca del Rey se envilecían,  
Ó al culto de los númenes servían.  
Y mientras blasfemaba el Rey impío  
Y aplaudían esclavos y magnates,  
Como el Dios que preside á las batallas,  
Socava del Asirio las murallas  
Aliado Ciro al bramador Eufrátes.

«¡Vino y amores! Sin placer al cabo,  
El mundo es cárcel que al humano encierra.  
¡Gima doliente el infeliz esclavo;  
Al Rey de reyes la sandalia noble  
Rendida bese la medrosa tierra!  
¡Suene la orquesta, reine la alegría!  
¡Nuestro canto atraviese los baluartes!  
¡Muramos en la orgía!  
Mañana flotarán mis estandartes  
Sobre el campo vencido  
Del presuntuoso Medo. Envilecido  
El despreciable Dios de los hebreos,  
Vanamente pretende al babilonio  
Arrancar de la frente los trofeos.  
Aun tienen sus Profetas esperanza  
De congregar las esparcidas tribus.....  
¡Ilusión engañosa! Mas ardientes  
Coronen los placeres vuestras frentes.  
¡Las copas apurad! ¡Ceñid de flores  
De las beldades los flotantes rizos!  
¿Que puede Adoná con los valientes?  
Sus ritos despreciad; que su venganza,  
Terror de mis esclavos de Judea,  
Jamás al Rey de Babilonia alcanza.»

Así, ronca de vino la garganta,  
Les grita Baltasar á sus cautivas,  
Augures y guerreros;



Y el ébrio coro á la blasfemia canta  
Al estruendoso aplauso de los vivos.  
Y la copa se eleva  
Donde el vino de Lesbos se desborda,  
Y acaricia el Monarca á las doncellas,  
Y se adelanta la tormenta sorda;  
Mientras algún soldado que sañudo  
Contempla á su Monarca envilecido,  
Hace el asta chocar, enfurecido,  
Contra el perfil del triangular escudo.

Mas.... ¿qué visión, de súbito espantosa,  
Al Rey asirio con espanto hiela,  
Haciendo que el armado centinela,  
Cual cierva joven que el pastor acosa,  
Se lance de terror estremecido  
Al fondo del salón, despavorido?  
Cúmplase el fallo que anunció terrible  
Jehová á los profetas, y visible  
Aparece una mano  
Que graba una leyenda misteriosa  
Sobre los muros de la rica estancia.  
Amenaza ó sentencia, la formulan  
Tres palabras.... Intérpretes en vano  
Consulta el Rey de Asiria. Los caldeos,  
Los magos, los augures enmudecen  
Ante el armado Dios de los hebreos.  
Los placeres al punto se interrumpen,  
Palidecen los falsos sacerdotes,  
Desfiguran el rostro las mujeres;  
Y Baltasar, como del rayo herido,  
Hacia atrás inclinado, titubea;  
Tiemblan sus carnes tras las ricas ropas,  
Y permanece con la vista fija,  
Unida al labio la escanciada copa.  
Obediente del Rey á los mandatos,  
Preséntase Daniel.—«¡Oh Rey, le dice,  
Tu iniquidad, tus fieros desacatos  
El que tronaba en Sinaí maldice.

Su culto profanaste  
Y los sagrados vasos  
Del festín con la crápula manchaste.  
Á ídolos de mármol y de bronce  
El incienso sagrado prodigaste.  
La hora del castigo se avecina,  
La Asiria hundióse en pavorosa ruina.  
Los Medas y los Persas  
Dividirán tu imperio,  
Y verás á la reina del Oriente  
Gemir, como Salém, en cautiverio.  
Terrible se encamina  
Al regio alcázar la inflexible Parca.  
¡Babilonia cayó! ¡Tiembla, Monarca!»

Dice, y en tanto que el Monarca gime,  
Que tiemblan los soldados,  
Sollozan las mujeres,  
Y en el suelo espantados  
Se postran de Baal los sacerdotes;  
Entre las ruinas del hundido solio  
Que á la vista de Ciro se quebranta,  
La frente coronada con aureolas  
El profeta impertérrito levanta.

Óyese entonces ronca vocería,  
Y Baltasar comprende  
Que, en el tiempo, es llegado inexorable  
De Babilonia el postrimero día.  
Mil rumores se escuchan confundidos  
En trueno formidable....  
Y sobre el ruido atronador que forman  
Del persa la salvaje gritería,  
Y los guerreros himnos de los medas,  
Y el relincho feroz de los bridones,  
Flanqueando los desiertos torreones  
Del carro volador crujen las ruedas.

Mientras el torpe Rey y sus vasallos



Así olvidaban el antiguo brío,  
Torcido el curso del fecundo Eufrates,  
El valeroso Ciro y sus magnates  
Atravesaban el enjuto río.  
Dejando atrás los muros,  
Llegan al interior de Babilonia,  
Y degollados con furor impío  
Los centinelas torpes,  
Llaman á los guerreros  
Apostados al pie de las murallas.  
Sedientos del botín de las batallas  
Avanzan los resueltos batallones  
Dando al aire, flamantes, los pendones  
Que, cual sierpes aladas, fieramente  
Silbando tremolaron.  
Las huestes de Babel, que neciamente  
En el espeso muro confiaron,  
Con pavoroso espanto despertaron  
Al áspero sonar de las trompetas.....  
Y mientras el guerrero  
La coraza terrífica ceñía  
Y á morir por su Rey se preparaba.....  
¡Baltasar, entre bellas, apuraba  
El vino infame de salaz orgía!

Los soldados de Ciro,  
Traspuestas las altísimas almenas,  
Llegaban, del palacio, á medio tiro  
Del honda resonante.  
Con teas incendiarias  
De Babel las antiguas tributarias  
Avanzan, por esposas y cadenas,  
Empuñando mortíferos aceros.....  
Los hijos de la Media perfumados  
El asiático lujo muestran fieros  
En el oro que entalla la armadura.  
Los argentinos cascos  
Con flotantes plumeros  
Ostentan la oriental magnificencia:

Se adelantan los jefes decididos,  
La blanca veste respirando esencia,  
De bermellón los párpados teñidos  
Y en el cuello y los brazos suspendidos  
Collares de luciente pedrería;  
Y en los áureos escudos ostentando,  
En vez de huellas de sangrientos botes,  
Emblemas torpes y lascivos motes,  
Afrenta del pudor. ¡Ah! ¡Cuán diversos  
Sus aliados los persas arrogantes  
Al azaroso encuentro se presentan!  
Ateizados los hórridos semblantes,  
Con pieles ó con hierros solamente  
Los cuerpos revestidos;  
Sin láminas de oro reluciente,  
Los escudos tres veces reforzados  
Con la piel cruda del salvaje toro,  
Anuncian ya á los hombres esforzados  
Que, con el hierro, arrancarán el oro  
Á los pueblos del Asia afeminados.

Ya avanzan á la plaza defendida,  
Por el enjambre trémulo de asirios,  
El oro en los vestidos, y en la frente  
El pálido terror. El ancho foro  
Cuaja en desorden numeroso el bando  
De siervos de Baal. Como avalancha,  
De la cumbre del monte desprendida,  
En la espaciosa plaza desemboca  
El persa formidable..... Esas mujeres  
Que revestidas del arnés pretenden  
Sostener el imperio vacilante,  
¿Podrán contrarrestar el fiero empuje  
Del huracán de hierro amenazante  
Que fiero avanza y formidable ruge?  
¡Ah, no! ¡Volad, volad á los placeres  
Y abandonad sin gloria  
Á los hombres el lauro y la victoria!  
¡Huid!.....



¡Vano clamor! El babilonio

Con trémula algazara  
Cubre de flechas el espacio breve  
Que le separa del feroz contrario;  
Y el arco inútil arrojando al suelo,  
Hacia el contrario decidido corre,  
Cual ráfaga de viento asoladora  
Que ataca audaz á la encumbrada torre.  
En vano; que su mole se quebranta  
Contra el cerrado frente que adelanta  
El inmóvil contrario.... Babilonia  
Retumba al son del formidable choque;  
Y la compacta formación rompida,  
Pierde el asirio la afrentosa vida  
Y al persa besa la desnuda planta  
Sobre un lago de sangre corrompida.  
Así contra la roca,  
Si enfurecido choca,  
Con ronco estruendo, que ensordece al cielo,  
Al hondo valle y escondido soto,  
Salta el sólido témpano de hielo  
En mil pedazos cristalinos roto....

Y no encontrando resistencia alguna  
En la ciudad inmensa el persa airado,  
Avanza, prosiguiendo su fortuna,  
Al palacio del Rey, acelerado.  
La guardia real defiende  
Las gradas refulgentes  
Que al palacio conducen del Monarca,  
Y cada pie de tierra que abandona  
Lo convierte sañudo  
De polvo y sangre en cenagosa charca.  
Salta el mármol del piso al golpe rudo  
De la espada terrible,  
Y sin que valga el martillado escudo,  
En cien pechos se esconde.  
El hierro destrozado  
Con fulminantes chispas centellea,

Cruz contra cruz se rompen los aceros,  
Y arma haciendo del pomo los guerreros,  
Moribundos prosiguen la pelea.

Los aliados pendones,  
Los flotantes airones  
De los templados yelmos, las bruñidas  
Corazas, y los mantos de colores,  
En confuso desorden oscilando,  
Hacen de la batalla un torbellino,  
Que va asirios y persas devorando.  
Algún guerrero de Babel, furioso  
Al observar rendido  
De sus lides al dulce compañero,  
Frenético y lanzando un alarido  
A los contrarios se arrojó terrible:  
Cada vez que lanzó crudo gemido  
Moribundo á sus pies cayó un guerrero....  
Pero sucumbe al fin.... Duros sicarios  
Los Medas de la Parca,  
Le derriban, y aun es, por su Monarca,  
Su cadáver un muro á los contrarios....  
Que los guardias feroces,  
Despreciando las voces  
De perdón de los Medas,  
Dejan el paso libre solamente.  
Cuando todos, cayendo amontonados,  
Hacen, con sus cadáveres helados,  
Al fiero Persa vacilante puente.

¡Libre el paso está ya! Vibra la espada  
El Persa enfurecido,  
Y á franquear el palacio se previene:  
Mas en el propio instante  
Un torrente de llamas le detiene  
Que brota de la puerta abandonada....  
Baltasar ha querido sepultarse  
Con su imperio á la vez, y hacer su tumba  
Del imperio infeliz que se derrumba.



Á Ciro vencedor tranquilo mira;  
Hace del trono gigantesca pira;  
Sobre la hoguera roja  
Lanza esclavas, esposas y riquezas,  
Y á su centro impertérrito se arroja.  
¡Paz al Monarca, paz! Su muerte horrible  
Disculpa lo pasado;  
Que si vivió afrentado  
En molición indolente,  
Expiró, como el sol en Occidente,  
Por torrentes de fuego circundado (1).

Y al asomar la aurora,  
Dorando las almenas,  
La oriental cortesana envilecida  
En pies y manos encontró cadenas.  
Miró en sus techos devorante lumbre,  
Á sus propios vasallos  
Dar de beber del Meda á los caballos  
En el domado Eufrates:  
Sus vírgenes, guerreros y magnates  
Gemir en infamante servidumbre:  
Y al sentir en la mórbida garganta  
Del Persa audaz la abrumadora planta,  
Sollozando exclamó:—«Dichoso el fuerte  
»Que arrostrando las bélicas faenas  
»Halló en la noche silenciosa muerte!»

Y el pueblo pudo así mirar turbado  
Cumplirse de Daniel la profecía,  
Y llorar, aunque tarde, encadenado,  
De Babilonia el postrimero día.

(1) «No refieren así las historias la muerte de Baltasar; pero hemos querido poetizar su muerte, y más cuando no faltan ejemplos semejantes en la Historia antigua» (Nota de Luaces).

### CAÍDA DE MISOLONGI.

(CANTO DE GUERRA DEL GRIEGO.)

*¡Venganza, griegos: Misolongi en ruinas  
Bajo el alfanje de Ibrahim cayó!  
¡Halle siempre el musulmán, cual en sus muros,  
Al griego muerto, pero esclavo no!*

Cayó el baluarte de la antigua Etolia  
Del fiero Islám en las sangrientas garras;  
Que ayudó á las infieles cimitarras,  
Aun más que el hambre, criminal traición,  
Vendidos nuestros míseros hermanos  
Reposan en sangrienta sepultura.  
¡Siempre acompaña, en su mansión oscura,  
Al nuevo Ephialtes nacional baldón!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Yo he visto, combatiendo hasta la muerte,  
A las falanjes griegas valerosas,  
Primero que la mano á las esposas,  
Presentar al acero el corazón.  
¡Ay! Yo he visto á las tímidas mujeres,  
Ardiendo en llamas de entusiasmo vivo,  
Antes que el cuerpo al vencedor lascivo,  
El alma dar con entereza á Dios.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

En el campo murieron los soldados,  
Murió el etolio en la ciudad sagrada;  
Y fué tanta la sangre derramada,  
Que el mar, de verde, se trocó en carmín.  
Cercado de cadáveres cristianos



De la llama á las ráfagas ardientes.....  
«Exterminad, exterminad, creyentes!»  
Clamaba ronco el musulmán chaik.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Ya son ruina y no más aquellos muros,  
Altivas torres, sólidos baluartes,  
Donde flotó en soberbios estandartes  
Del Hombre-Dios la enrojecida cruz.  
¡Venganza, griegos! ¡Misolongi ha sido!  
¡Sangre por sangre, crímenes por crimen!  
¡Infamia á los cobardes que se eximen  
De comprar, batallando, un ataúd!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

¿No oís, no oís el grito de venganza  
Que en Grecia toda repetir se escucha?  
¡Venid, valientes! Renació la lucha,  
¡La gloria siempre del osado fué!  
Si el turco se debate á vuestras plantas,  
Lanzad contra él, indómito, el caballo,  
Y rompa el férreo y resonante callo  
La humilde frente del postrado infiel.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

¡Al arma todos! Al combate luego;  
Y que sepa Mahamud, nuestro verdugo,  
Que el griego sable, quebrantando el yugo,  
El yatagán del bárbaro melló.  
¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!  
¡Quebrantad las cabezas agarenas!  
¡Rompedles en las frentes las cadenas,  
Y que expiren de rabia y de baldón!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Las sombras ya palpitan de entusiasmo  
De vuestros nobles, bravos ascendientes.  
¡Allí está Maratón! ¡Mirad, valientes,  
Donde Platea y Salamina están!  
Cuando triunfantes del Islám impuro  
La santa cruz elevaréis gloriosa,  
Rompiendo el mármol de la tumba honrosa,  
Philopémen la frente asomará.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

El silencio responda á sus clamores;  
Á sus alfanjes oponed espadas,  
Y á sus garzotas de color, preciadas,  
El gorro frigio audaces presentad.  
¡Adelante, adelante! ¡Herid! ¡Son vuestros!  
El Señor los entrega á la venganza.  
¡Suene el clarín, y la nudosa lanza  
Cien cuerpos do clavarse encontrará!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Los santos, los patriarcas consagrados,  
Por contrastar el infernal delirio,  
Con las sangrientas palmas del martirio  
Ciñeron bravos la modesta sien.....  
Si han podido unos débiles ancianos  
Regar con sangre propia sus laureles,  
¿No podremos, muriendo, los donceles  
Martirio santo recibir también?

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Pensad, palideciendo, que esos viles  
Vuestras esposas, sin pudor robaron,  
Y con ellas las salas adornaron  
Del harén voluptuoso del Sultán.  
Y vuestras hijas..... pudorosos lirios,  
Por la fuerza brutal arrebatadas,



Se vieron en los brazos arrojadas  
Del despótico y bárbaro baja.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

¡Volad, volad! ¡Batid á los tiranos;  
Degollad al vasallo y los emires;  
Haced con los flotantes cachemires  
Gualdrapas al caballo vencedor!  
¡Romped sus haces! ¡Derramad su sangre!  
¡Venganza por la patria dolorida!  
¡Y si es preciso que perdáis la vida,  
Perdedla, griegos, en la lid feroz!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

¿Qué es la vida del griego? Lenta muerte,  
Vida de mengua y abyección infame,  
En que sucumbe ó abatido lame  
La vil cadena que le ciñe el pie.  
¡Oh manes de Trasíbulo y Harmodio,  
Oh sombra gigantesca de Tirteo!  
¡Antes que viva deshonorado Alceo,  
Que el griego muera combatiendo haced!

*¡Venganza, griegos....., etc.*

La Grecia toda se despierta armada.....  
¡Venid, venid con reposado pecho!  
¡Que asista Dios al de mejor derecho,  
Y nuestras frentes ceñirá el laurel!  
De Misolongi el pavoroso grito  
Con bronco estruendo repitió el Pireo:  
Salvó el jónico mar, salvó el Egeo,  
Y á Europa y Asia retumbando fué.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Llegó á las nubes el terrible acento,

Y, en el cielo, se alzaron, por legiones,  
Depuestas de la tierra las pasiones,  
Los héroes griegos de remota edad.  
Con la sombra del bravo Aristomenes  
Las de Arato y Filipo se abrazaron.....  
Y crujiendo las lápidas, saltaron  
De los califas que adoró Bagdad.

*¡Venganza, griegos....., etc.*

Ya la Bretaña á combatir se arroja,  
Nos manda bravos la gentil Lutecia.  
¡Cual sol naciente se alzaré la Grecia,  
Cual Misolongi caerá Estambul!  
Y cuando avance el moscovita fiero,  
Y mire el turco su guerrera tropa,  
Ese tártaro estúpido de Europa  
Postrado en tierra adorará á Jesús.

*¡Venganza, griegos: Misolongi en ruinas  
Bajo el alfanje de Ibrahim cayó!  
¡Halle siempre el musulín, cual en sus muros,  
Al griego muerto, pero esclavo no!*

LA LUZ.

Quando era el caos..... en obscura masa  
Los cuerpos y en confusa muchedumbre,  
La inmensidad llenaban del vacío.  
No obedecieron al calor ni al frío  
Los idénticos átomos;  
Rechazábanse todos con desvío,  
Y la materia inerte,  
Sin mezclar sus iguales elementos,  
El germen confundiendo de la vida  
Con el terrible germen de la muerte,  
Vencedora una vez y otras vencida,



Con el ser y no ser se eternizaba,  
Por la vida y la muerte combatida.

Presidiendo al desorden espantoso  
En que todos los cuerpos se fundieron,  
Inmensa obscuridad sólo reinaba  
Donde el poder activo divagaba.  
Por la «faz del abismo»

Las opacas tinieblas se extendieron,  
Y con sus alas densas envolvieron  
La negra masa que á sus pies flotaba.  
Pero truena la voz omnipotente;  
Y al ¡hágase la luz! como un torrente  
Brotó la luz; las masas se movieron,  
Y heridas con el rayo refulgente,  
Las sombras con pavor retrocedieron.

¡Brotó la luz! Y luego en el instante  
Se pudo ver la creación inmensa  
Que iba á nacer al superior precepto.....  
Era el éter azul, diáfano el río,  
Dibujábase vago el horizonte,  
Al sol verdeaba el encumbrado monte,  
Y del mirar de Dios á las centellas  
La luna y las estrellas  
Tachonaban el cóncavo vacío.  
De la concha el estúpido habitante  
Torpemente arrastrábase en el suelo,  
Y el insecto dorado en sordo vuelo  
La miel libaba de la flor fragante;  
Mientras que altivo, noble, rozagante  
Con sonoro callo,  
Batía la tierra indómito el caballo  
Y marchaba pesado el elefante.

¡Salve, salve la luz! Sin su destello  
Fuera el mundo una cárcel tenebrosa.  
No pudiera el garzón, hebra por hebra,  
De la virgen hermosa

Contar rizo el magnífico cabello.  
No viéramos la pérfida culebra  
De brillantes y auríferas escamas,  
Ni la rayada piel del ágil cebra  
Del bosque espeso entre las verdes ramas.  
En el color, igual fuera el zafiro  
Á la radiante púrpura de Tiro;  
La fúlgida esmeralda  
Del rudo monte á la escabrosa falda,  
Y en triste obscuridad, la noche umbría,  
Sin producir distintos los colores,  
Sobre el mundo y la luz imperaría.

¡Qué suave sentimiento  
Henchido de consuelos apacibles,  
No inspira del mortal al pensamiento  
El rayo amarillento  
De la modesta luna,  
Rompiendo luminoso en la laguna  
Que apenas riza el adormido viento!  
¡Cuán divina aparece la hermosura  
De blanca vestidura,  
Cuando en los anchos pliegues del ropaje  
Con rayo melancólico fulgura  
El apacible astro!  
¡Oh! ¡Cuánto más aumenta  
Su pálida blancura  
Si detrás del ramaje  
El cándido contorno de alabastro  
Á la beldad dormida acecha ardiente,  
Y haciendo penetrar en la espesura  
Un rayo solamente,  
Mientras que el rostro permanece en sombra,  
Le da un toque de luz sobre la frente!

Tal vez en playas dilatadas, solas  
La luna brilla en la mojada arena  
Plateando los arbustos que más lejos  
Las ramas tienden en florido llano.



¡Hermosa reina entonces!.... Mas parece  
De más severa majestad ornada  
Al rielar en los mares despeñada  
En línea móvil, que se busca en vano,  
Como ruta de fuego que en las olas  
A los Genios del mar brinda Oceano.

En noche tenebrosa,  
Cuando sopla iracundo Bóreas frío,  
Y la airada tormenta borrascosa  
Los costados azota del navío,  
¡Cuán fúlgida y hermosa  
Al nauta que desmaya  
Aparece la luz que brota amiga  
En la extensión del piélago desierto,  
Y anuncia alegre en la remota playa  
La entrada fácil del nativo puerto!

¡Todo lo tiñe, todo lo matiza  
El alma luz! Aligera, impalpable,  
El cristal atraviesa;  
Entre diversos cuerpos se interpone,  
Sus átomos unidos descomponen  
Y otro cuerpo admirable  
Al impulso del rayo se produce.  
La luz incomparable  
Tiñe el tronco del árbol corpulento;  
Pinta las rosas, brilla en el rocío,  
Tiembla en las olas del Océano frío,  
La claridad esparce vespertina,  
El minarete arábigo ilumina,  
Del coco juega en el penacho airoso;  
Y, en alas de su mismo poderío,  
Sube á la torre que defiende el foso  
Y al foso baja que circunda el río.

¡En todo está la luz! Ya reverbera  
En el astro monarca de la esfera,  
Del Océano fosfórico en la orilla,

Del cometa en la rubia cabellera.  
En el cocuyo esplendorosa brilla;  
Y en las talladas facies del diamante,  
Rompida en rayos mil, luce brillante.  
En las ondas del áspero torrente  
Luminosa resalta,  
Y en el vértice negro y espumante,  
En rápido cambiante,  
Brilla, chispea, se sumerge y salta.  
Vese en el hielo de la alzada cumbre;  
Que se agita parece  
Del súbito relámpago en la lumbre;  
Y en séptuples fulgores,  
Rompiendo de las aguas los vapores,  
En las nubes se mece,  
Y en arco de vivísimos colores,  
Reflejada en el Iris resplandece.

¡Oh, bienaventurado el que disfruta  
La luz de las pupilas! Un espejo  
En el mundo verá do se retrata  
El poder de su Autor. Como el reflejo  
Revela del diamante la presencia,  
En el rayo postrero que en la altura  
Deja el sol al hundirse en Occidente,  
La huella mirará deslumbradora  
Que deja del Señor la vestidura.  
Verá en el rayo su vivaz mirada;  
Y al contemplar en todo difundida  
La luz apetecida,  
Dirá con un suspiro:  
«¡Porque en la luz tus atributos miro  
»Que niega en vano el orgulloso ateo,  
»Señor, me postro, y en tu nombre creo!»

Cuando al llegar el postrimero día,  
Sin lumbre el sol ni la apacible luna,  
En el caos profundo  
De la nada sombría



De nuevo torne á sumergirse el mundo,  
De sus leyes rompida la armonía,  
¿También te apagarás, luz refulgente?  
¡Ah, no, jamás! Cuando lucir no puedas  
En torrentes ni flores  
Ni en iris centellantes de colores,  
Del mundo viendo el funeral destino,  
Subirás al Empíreo arrebatada  
Por radios mil de lustre diamantino:  
Y tu apacible transparente rayo  
De la inmortal Jerusalén celeste  
Alumbrará las perfumadas calles,  
Y del Edén en los floridos valles  
Del mismo Dios la recamada veste.  
Y santos y profetas y doctores  
Exclamarán con místicos loores  
Como en un tiempo la nación hebrea  
Del poder del egipcio libertada  
Por la mano de Dios. «¡Santificado  
»Sea el nombre del Señor! ¡Bendito sea,  
»Y por todos los siglos alabado!»

ORACIÓN DE MATATÍAS.

(CANTO BÍBLICO.)

Señor, tu diestra inexorable alzada  
Cayó sobre nosotros;  
Y en la corriente del Jordán sagrada  
Bañó el Asirio sus domados potros.

De Benjamín y de Judá los justos  
Sollozan con espanto;  
Los débiles se postran, los robustos  
Se cubren la cabeza con el manto.

Los ágiles de pies, á los desiertos  
Huyeron advertidos,  
Y los de fuertes brazos fueron muertos  
Y en afrentosas crucés suspendidos.

No hay varón de saber que no se vea  
En torpe cautiverio;  
Y reina en las campiñas de Judea  
La espantable quietud del cementerio.

De tu pueblo, Señor, con los caudales  
Los crueles levantaron  
Un alcázar que barre los umbrales  
Del templo en que los justos te adoraron.

Aplaude al contemplar la ciudadela  
El bárbaro Idumeo,  
En tanto que el asirio centinela  
Rechaza de las aras al hebreo.

El cáliz de la afrenta, hasta las heces  
Nos dió á beber tu mano,  
Y sólo vemos extranjeros jueces  
En vez del sacerdote y del anciano.

Nuestro dueño vigila nuestras fiestas,  
Ya bailes, ya festines,  
Y apaga nuestras tímidas orquestas  
Con el ruido triunfal de sus clarines.

Donde quiera que el pueblo se alborozaba  
Acuden los malvados,  
Y cuando el ástil nuestra espalda roza,  
Nos vemos por sus risas afrentados.....

¡Señor, Señor, el cáliz ya rebosa!  
¡Piedad para tus hijos!  
¡Los dardos de tu ira temerosa  
Mire el tirano en sus entrañas fijos!



¡Que te sienta, y que tiemble, y palidezca;  
Y en sus brazos opresos  
Que la mórbida carne se entumezca.....  
Que se hiele la médula en sus huesos!

¡Que el frígido sudor de la agonía  
Sus cabellos inunde;  
Y al entreabrir los ojos, noche umbría,  
Con el sol en el cénit lo circunde!

¡No tengan, para él, llanto los ojos  
De libres ni de siervos;  
Disputense sus fúnebres despojos  
Las hienas, y los lobos, y los cuervos!

¡Dadnos, dadnos, Señor, un varón fuerte  
Según nuestro deseo,  
Como el intonso que llevó la muerte  
Y el fuego y el terror al filisteo!.....

¡Señor, que vuela cual león hambriento  
Que ataca los pastores;  
Que al soplo irresistible de su aliento  
Se postren de Judea los señores!

¡Que pagando sus pérdidas maldades  
Se abatan sus soldados,  
Y que busquen refugio en sus ciudades  
Por pánico terror aguijoneados!

¡Que donde plante vencedora tienda  
Los invasores cieguen;  
Que al ronco ruido de marcial contienda  
Las dispersadas tribus se congreguen!

¡Por el centro hostigados y los flancos  
Perezcan los infieles!

¡Precipita, Señor, en los barrancos  
Jinetes, peones, carros y corceles!

¡Dadnos, dadnos, Señor, un varón fuerte  
Según nuestro deseo,  
Como el intonso que llevó la muerte  
Y el fuego y el terror al filisteo!.....

Mas si acaso desoyes nuestras preces,  
Fortalece al anciano;  
¡Dale, Señor, de los antiguos jueces  
El firme pecho, la robusta mano!

Mis hijos todos..... Judas el primero,  
De los viles azote,  
Ceñirán los arneses del guerrero;  
Será su capitán el sacerdote.

Acaso morirán, porque tu brazo  
No aflige al enemigo;  
Pero al cumplir el invariable plazo,  
En tumba honrosa yacerán conmigo.

Y algún valiente que el morir no arredra,  
Con fúnebres trofeos,  
Acaso grave sobre tosca piedra:  
«¡Aquí duermen los últimos hebreos!»

¡Mas no!..... En la losa leerá el Asirio,  
De rabia y pena loco:  
«¡Cubierto con las palmas del martirio,  
Aquí reposa el vencedor de Antioco!»

Pronto, muy pronto, entre clamor inmenso  
Relucirán las teas;  
La misma diestra que te ofrece incienso  
Armada se alzará..... ¡Bendito seas!



EL TRABAJO.

ODA PREMIADA POR EL LICEO DE LA HABANA EN LOS JUEGOS  
FLORALES DE 1867.

(FRAGMENTOS.)

Il est encore des gloires à chanter  
BÉRANGER.

¿Un lauro?.... ¡Yo también! Dentro del seno,  
Que se levanta ardiente,  
Siento la inspiración, como un torrente  
Despeñarse y hervir.... Ya no refreno  
Su fuerza omnipotente;  
Que al indómito ardor que me transporta,  
En vano debatiéndome resisto;  
Como en vano la Pithía contrastaba  
Al frenético Dios.... Ya delirante  
Mi pecho fuego aspira....  
Obedeciendo al genio que me inspira  
La cabeza impertérrita levanto;  
Y aunque mi acento sofocado expira,  
Me agito y lucho, y me revuelvo.... ¡y canto!

.....  
En vano en fuego el Ecuador se inflama,  
Que agrieta prado y huerta;  
En vano el polo en su llanura yerta,  
Estéril hielo sin cesar derrama;  
En vano en la desierta  
Soledad del Sahara esparcen muerte  
Arenales candentes y movibles....  
El carey y la boa desafían  
El ardor tropical; pieles velludas  
El armiño y el oso,  
Del Bóreas cruel al hálito silboso,  
Oponen en los círculos polares;

Y arrostra el dromedario vigoroso,  
En ondeante arenal sólidos mares.

.....  
Pero ¿qué oso decir?.... ¿Dó me arrebatata  
La indócil fantasía,  
Calumniando la gran sabiduría  
Que comprendida más, más se aquilata?  
¡Perdón de mi osadía!  
¡Desheredado el hombre! ¿El hombre libre,  
Imagen de su autor? ¡Miradle inerme,  
Pero ostentando la brillante aureola  
Que la augusta razón pone en su rostro!  
Alza la frente noble  
Con la altanera majestad del roble,  
Y, cual risco que el mar en vano bate,  
Domina osado con pujanza doble  
La fuerza colosal que lo combate.

Esa debilidad que sin defensa  
Condenarlo parece  
Á cobarde impotencia, lo engrandece  
Haciéndole abrazar órbita inmensa.  
La lucha lo endurece;  
Necesidad fatal hace que humille  
Del trabajo á la ley libertadora  
La altiva frente; y todo, desde entonces,  
Con su indomable voluntad subyuga.  
Las olas sublevadas  
Contempla en su bajel despedazadas;  
Y, ajeno el pecho de letal desmayo,  
En mengua de las nubes inflamadas,  
Desarma el cielo y aniquila el rayo....

.....  
Todo al trabajo salvador invita  
Como á ley inviolable.  
Y ¡guay del pueblo que en quietud culpable  
Y en enervante ociosidad dormita!  
¡Mirad la feria-estable



Del profanado golfo de Guinea!.....  
Allí, donde sus ramos vigorosos  
Extiende el boabab..... con anchos ríos,  
Profundos lagos y altaneros montes,  
Bajo un sol esplendente,  
Perfumes aspirando en el ambiente;  
Selvático, feroz, sórdido, insano,  
Parece herido en la tostada frente  
De eterna maldición el africano.

Darle, en vano, sus tierras á porfía  
Los frutos de más precio,  
Que desdenea, con rudo menosprecio,  
Su selvática y rústica apatía.  
Opone al soplo recio  
Del austro abrasador la piel desnuda;  
«Derriba el árbol por lograr el fruto.»  
Y rendido á medroso vasallaje,  
Déspota en el hogar, siervo en la plaza,  
Por esposas austeras  
Adopta esclavas, yermos por fronteras,  
Por victima aceptable, al menos fuerte,  
Monstruos por dioses, por monarcas fieras,  
Por código el terror, por juez la muerte.

Volved, volved ahora la mirada  
Al país de ventura  
Donde tiene en su templo la cultura  
La estatua del trabajo entronizada.  
El hombre se apresura,  
De las campanas al primer tañido,  
A emprender la fructífera tarea,  
Y del cincel responde al ruido leve  
El sonoro golpear del rudo mazo,  
Los rápidos vagones  
Atraviesan del Natchez las regiones,  
Mil naves surcan el ruidoso puerto,  
Y uniendo con un hilo las naciones,  
La palabra veloz cruza el desierto.

Bélgica adorna los vistosos trajes  
De altivas hermosuras,  
Recamando las regias vestiduras  
Con la espuma sutil de sus encajes;  
Ricas manufacturas  
Del algodón con las nevadas motas  
Ofrece al mundo la insular Bretaña;  
La incógnita Cathay hace que brote  
Crujiente seda de capullos toscos;  
Y allá do el Indo bebe,  
Sus ricos chales Cachemira embebe  
En índigo gentil, en verde arcilla,  
Y en la soberbia púrpura que debe  
Al punzante nopal, la cochinilla.

Á Safo triste, á la feroz Medea  
El escultor da vida:  
El pintor, á Natura sorprendida,  
Aun con ser tan hermosa, la hermosea:  
La musa escandecida  
Del poeta conmueve al universo;  
Vidas arranca á la turbada muerte  
Hábil Galeno; el químico profundo  
Destroza el velo al sigiloso crimen;  
Y la justicia armada,  
Cual eléctrica nube desatada,  
Truena en la voz del orador gigante,  
Y arranca la inocencia encadenada  
Al férreo brazo del poder triunfante.....

¡Oh Cuba, oh patria!..... Si á mi acento rudo  
Tan grave senda hollaras!.....

.....  
Ve desiertos tus bosques seculares,  
Tus tierras despobladas,  
Tus fáciles montañas nunca holladas,  
Sin explotar tus próceres pinares.....  
¡Corre, pueblo, á bandadas:  
Traza, desmonta, surca, siega, trilla,



Y abastece tus ávidos graneros!  
Á la sierra oriental arranca el cobre,  
El oro y plata al Escambray fragoso;  
El mármol que altaneras  
Encierran tus incógnitas canteras,  
Talla con el cincel del estatuario;  
¡Y opón á las industrias extranjeras  
Apto competidor, digno adversario!

.....  
Trabajo vencedor, ¿qué no ha podido  
En su tenaz constancia  
El humano alcanzar, con la arrogancia  
Que luchando y venciendo ha conseguido?  
Su audaz perseverancia  
Convierte en mar el arroyuelo humilde,  
Con férreos puentes los abismos doma,  
Escruta las entrañas de la tierra,  
Del éter mide la región vacía;  
Y rasgado el misterio  
Con que se vela el cóncavo hemisferio,  
Tanto su propia magnitud excede,  
Que extendiendo la esfera de su imperio,  
Se acerca á Dios.... cuanto acercarse puede.

.....  
Mas ya á la activa humanidad parece  
Del pastor trashumante  
Fatigosa la vida, y el cortante  
Dócil arado su frucción acrece.  
Allí, con hoz tajante,  
Del trigo abate la cargada espiga;  
Aquí, la oliva pálida comprime;  
Allá, convierte en perfumado néctar  
De la alta parra el liberal racimo;  
Y de Groelandia al Moro,  
Para hacer más fructífero el tesoro  
Que de la madre tierra arranca al seno,  
Doma al caballo, disciplina al toro,  
Subyuga al llama y domestica al reno.

Y no contento aun, vedlo marino  
Y mercadante osado,  
Los rugidos del mar alborotado  
Menospreciar, por fin, en frágil pino;  
Al desierto abrasado  
Lanzar sus caravanas incansables,  
Y de Cartago á la remota Escitia,  
De Tule á Gades, de Getulia á Menfis,  
Trocar por los arábigos perfumes  
Las lanas de Mileto,  
Por el ébano grave y blando abeto,  
Joyeles ricos que la industria esmalta,  
Y por la blanca cera del Himeto,  
La plata ibera y el coral de Malta.

.....  
¡Pueblos, perseverad! No ya el trabajo,  
En degradante empleo,  
Se ve como el antiguo Prometeo,  
Mártir eterno en escabroso tajo.  
Á un regio devaneo  
No se encorvan las castas deprimidas,  
Ni expiran los obreros á millares,  
Ni se elevan con ayes los colosos,  
Ni se rompen con llanto las canteras.  
Tan viles tradiciones  
Se hundieron del olvido en las regiones....  
¡No hay espartanos ya; ya no hay ilotas!  
¡Ni diezman á Israel los Faraones,  
Ni humana sangre se derrama á gotas!

.....  
Que, en fin, la humanidad engrandecida,  
Con manos liberales,  
Adorna con laureles inmortales  
Del obrero la frente ennoblecida.  
Con brazos paternas  
El hombre estrecha al hombre, y no sucumbe  
El sabio ilustre en abrasante hoguera.  
¡Milton y Shakspeare tienen mausoleos,  
Franklin, Watt, Palissy, tienen estatuas!



Con firmes fundamentos  
Se elevan al trabajo monumentos;  
Y el genio vence su contraria suerte,  
Conquistando con altos pensamientos  
La gloria en vida y el panteón en muerte.

¡Y ved los frutos, ved! A los tallados  
Montes artificiales,  
Por desnudos y miseros mortales  
Al crujir del azote levantados;  
Á templos colosales  
Monolitos de sólo una montaña,  
Mayores obras nuestro siglo opone:  
Húmeda arena, que en Edén convierte,  
Arranca al mar en fatigosa lidia,  
Con dique portentoso:  
En las aguas del Michigan famoso  
Alza en el túnel colosal trofeo:  
Taladra á Suez, suprime al Tormentoso,  
Y al Arábigo mar lanza el Egeo.

¡Venced esos prodigios!..... Agrupaos,  
¡Oh pueblos decaídos!  
Y haréis brotar mil rayos encendidos  
De la infecunda obscuridad del caos.  
Todos, todos unidos  
En el congreso universal, alcemos  
Al trabajo tenaz himnos triunfantes.  
¡Ningún reposo, obreros! Inflexibles  
Prosigamos con alma decidida  
La ruta comenzada.....  
¡Y la ciudad inerte ó estragada  
Que á labor noble la inacción prefiera,  
Por celeste anatema fulminada  
Viva en la infamia, y en la infamia muera!

D. JUAN CLEMENTE ZENEA.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JUAN CLEMENTE ZENEA.

FIDELIA.

Et dans chaque feuille qui tombe  
Je vois un présage de mort.

MILLEVOYE.

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años!  
¡Y era una tarde serena!  
¡Yo era joven y entusiasta,  
Pura, hermosa y virgen ella!  
Estábamos en un bosque,  
Sentados sobre una piedra,  
Mirando á orillas de un río  
Cómo temblaban las hierbas.  
—Yo no soy el que era entonces,  
Corazón en primavera,  
Llama que sube á los cielos,  
Alma sin culpas ni penas!  
¡Tú tampoco eres la misma,  
No eres ya lo que tú eras:  
Los destinos han cambiado:  
Yo estoy triste y tú estás muerta!  
Le hablé al oído en secreto  
Y ella inclinó la cabeza,  
Rompió á llorar como un niño,  
Y yo amé por vez primera.  
Nos juramos fe constante,  
Dulce gozo y paz eterna,



Y llevar al otro mundo  
Un amor y una creencia.  
Tomamos, ¡ay! por testigos  
De esta entrevista suprema  
Unas aguas que se agotan  
Y unas plantas que se secan!.....  
Nubes que pasan fugaces,  
Auras que rápidas vuelan,  
La música de las hojas,  
Y el perfume de las selvas!  
No consultamos entonces  
Nuestra suerte venidera,  
Y en alas de la esperanza  
Lanzamos finas promesas;  
No vimos que en torno nuestro  
Se doblegaban enfermas  
Sobre los débiles tallos  
Las flores amarillentas;  
Y en aquel loco delirio  
No presumimos siquiera  
Que yo al fin me hallara triste!  
¡Que tú al fin te hallaras muerta!

Después en tropel alegre  
Vinieron bailes y fiestas,  
Y ella expuso á un mundo vano  
Su hermosura y su modestia.  
La lisonja que seduce,  
Y el engaño que envenena,  
Para borrar mi memoria  
Quisieron besar sus huellas;  
Pero su arcángel custodio  
Bajó á cuidar su pureza,  
Y protegió con sus alas  
Las ilusiones primeras:  
Conservó sus ricos sueños,  
Y para gloria más cierta  
En el vaso de su alma  
Guardó el olor de las selvas;

Guardó el recuerdo apacible  
De aquella tarde serena;  
Mirra de santos consuelos,  
Alóe de la inocencia.....  
—Yo no tuve ángel de guarda,  
Y para colmo de penas  
Desde aquel mismo momento  
Está en eclipse mi estrella;  
Que en un estrado una noche,  
Al grato son de la orquesta,  
Yo no sé por qué motivo  
Se enlutaron mis ideas;  
Sentí un dolor misterioso,  
Torné los ojos á ella,  
Presentí lo venidero:  
¡Me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos  
Partí á lejanas riberas,  
Y allí bañé mis memorias  
Con una lágrima acerba.  
Juzgué su amor por el mío,  
Entibióse mi firmeza,  
Y en la duda del retorno  
Olvidé su imagen bella.  
Pero al volver á mis playas,  
¿Qué cosa Dios me reserva?.....  
¡Un duro remordimiento,  
Y el cadáver de *Fidelia!*  
Baja Arturo al Occidente  
Bañado en púrpura regia,  
Y al soplar del manso Alisio  
Las eolias arpas suenan;  
Gime el ave sobre un sauce  
Perezosa y soñolienta;  
Se respira un fresco ambiente,  
Huele el campo á flores nuevas;  
Las campanas de la tarde  
Saludan á las tinieblas,



Y en los brazos del reposo  
Se tiende naturaleza!.....  
¡Y tus ojos se han cerrado!  
¡Y llegó tu noche eterna!  
¡Y he venido á acompañarte,  
Y ya estás bajo de tierra!.....  
¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años  
De aquella santa promesa,  
Y hoy vengo á cumplir mis votos,  
Y á verte por vez postrera!  
Ya he sabido lo pasado.....  
Supe tu amor y tus penas,  
Y hay una voz que me dice  
Que en tu alma inmortal me llevas.  
Mas..... lo pasado fué gloria,  
Pero el presente, *Fidelia*,  
El presente es un martirio,  
¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

EL LUNAR.

Dejó un arcángel las celestes salas  
Para verte nacer, y enamorado,  
Te tocó junto al labio sonrosado  
Con la ligera punta de sus alas.

Para aumentar tus naturales galas  
Queda el lugar en que tocó manchado,  
Y tantas gracias á tu rostro ha dado,  
Que al mismo autor de ese lunar te igualas.

Yo, que te adoro, y que por dicha mía  
Amante soy de una mujer tan bella,  
Contemplándote á solas me embeleso;

Y, para nada ambicionar, querría,  
Donde el arcángel te dejó esa huella,  
Dejarte el alma entre la miel de un beso.

EL 15 DE ENERO.

¡Ah! ¡Cuántas veces—una vida entera—  
Al llegar este día  
Despertaba mi hermosa compañera  
Sonriendo de esperanza y alegría!

Recordaba una fecha, consagrada  
Por nuestro amor ferviente,  
Cuando fué por mis manos colocada  
La corona nupcial sobre su frente.

Y hoy, al abrir sus ojos, ¡qué amargura!  
¡Oh! ¡Cómo habrá sufrido,  
Al comparar su inmensa desventura  
Con las delicias del hogar perdido!

En bello porvenir albas hermosas  
Yo tierno le anunciaba,  
Y al renovar los lirios y las rosas  
Incienso y mirra en el altar quemaba.

Era todo placer, fiesta solemne,  
Y un ángel, Dios quería,  
Que avivase la lámpara perenne  
Que ante la imagen de mi amor ardía.

Nunca osamos turbar con ceño adusto  
La paz del sentimiento,  
Y nos bastaban, bajo el Dios del justo,  
Modesta casa y corazón contento.

La postrera ocasión que así nos vimos,  
Libre el alma de engaños,  
En el gozo habitual nos prometimos  
Saludar el mejor de nuestros años;



Y así seguir sin vanidad ni orgullo,  
Cuidados ni temores,  
Viendo el tiempo correr sin un murmullo,  
Como un agua que corre entre las flores:

Y al apagar la juventud su fuego,  
Ver en tarde callada  
El tibio sol de la vejez..... y luego  
Su tumba al lado de mi tumba helada.

Y soñamos al fin de humanas cuitas  
Dos cruces y dos losas:  
Sobre mi cruz humildes margaritas,  
Sobre su cruz fragantes tuberosas.

Mas no vimos en medio á las bondades  
Que prodigaba el cielo,  
Aves que presagiaban tempestades  
En pos de nuestro débil barquichuelo.

¡Y llegó la tormenta! Se ennegrecen  
Los densos nubarrones,  
Las olas con las olas se enfurecen,  
Silban y braman rudos aquilones.

Y nos hieren, mi bien, hados impíos  
En un momento aciago,  
Y en el revuelto mar yo con los míos  
En esta noche de dolor naufrago.

ENTONCES.

¡Oh! ¡Qué grata sería  
Libre y feliz, sin pesadumbre alguna,  
Con la adorada mía  
Por la floresta umbría  
Vagar al rayo de esta blanca luna!

Y á orillas de la fuente  
Ver la niña soltar sus trenzas blondas  
Al aromado ambiente,  
Y al agua transparente  
Con su imagen jugar sobre las ondas!

Y no con tanto anhelo,  
Harto el herido corazón de quejas  
Y amargo desconsuelo,  
Un pedazo de cielo  
Ponerme á mendigar desde estas rejas.

¡Oh! ¡Cuántas, dueño amado,  
Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,  
En tiempo afortunado  
Los dos hemos pasado  
Al trémulo brillar de las estrellas!

Del espacio señora  
Con sus dardos de plata perseguía,  
Eterna viajadora,  
La Diana cazadora  
Nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores  
El ruiseñor á los favonios leves;  
Nos daban sus olores  
Las tempraneras flores  
Y un fresco soplo las postreras nieves.

Y la suerte entretanto  
Tramaba convertir en un lamento  
El amoroso canto,  
Trocar la risa en llanto  
Y el gozo puro en sin igual tormento.

¡Quién entonces creyera  
Que tan pronto, mi bien, gimiendo á solas  
De tí, fiel compañera,



Separado me viera  
Por dura cárcel y profundas olas!

¿Y quién pensar podría  
Que la ilusión del porvenir risueño,  
En no lejano día  
Volando pasaría  
Como una sombra en fugitivo sueño?

¿Y éstas son las hermosas  
Albas del porvenir?—¡Delirio insano!  
¡Ay mis lirios y rosas!  
¡Oh dichas engañosas!  
¡Oh breves gozos del amor humano!

Á UNA GOLODRINA.

Mensajera peregrina  
Que al pie de mi bartolina  
Revolando alegre estás.  
¿De do vienes, golondrina?  
Golondrina, ¿adónde vas?

Has venido á esta región  
En pos de flores y espumas,  
Y yo clamo en mi prisión  
Por las nieves y las brumas  
Del cielo del Septentrión.

¡Bien quisiera contemplar  
Lo que tú dejar quisiste;  
Quisiera hallarme en el mar,  
Ver de nuevo el Norte triste,  
Ser golondrina y volar!

Quisiera á mi hogar volver,  
Y allí, según mi costumbre,

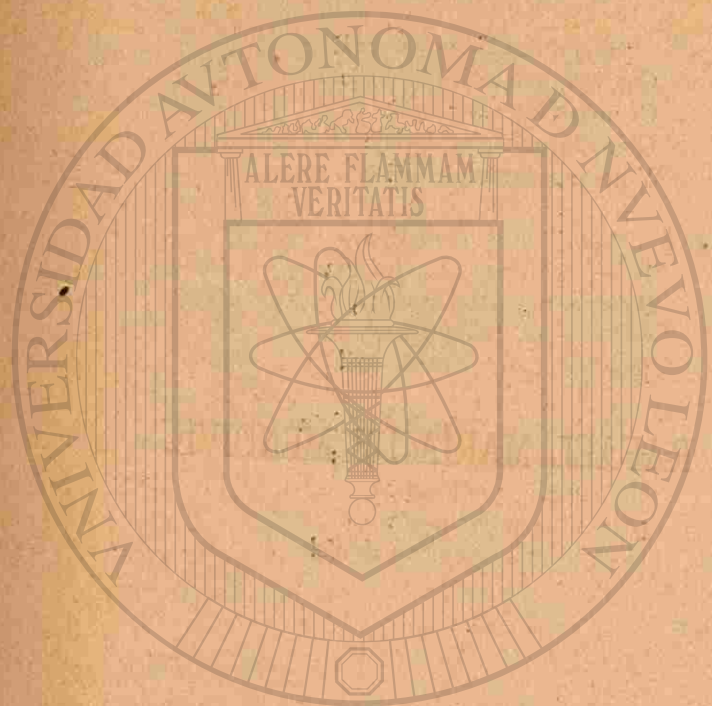
Sin desdichas que temer,  
Verme al amor de la lumbre  
Con mi niña y mi mujer.

¡Si el dulce bien que perdí  
Contigo, manda un mensaje  
Cuando tornes por aquí,  
Golondrina, sigue el viaje  
Y no te acuerdes de mí!

Que si buscas peregrina,  
Do su frente un sauce inclina  
Sobre el polvo del que fué,  
Golondrina, golondrina,  
¡No lo habrá donde yo esté!

No busques volando inquieta  
Mi tumba oscura y secreta:  
Golondrina, ¿no lo ves?  
¡En la tumba del poeta  
No hay un sauce ni un ciprés!





D. RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

UANTL

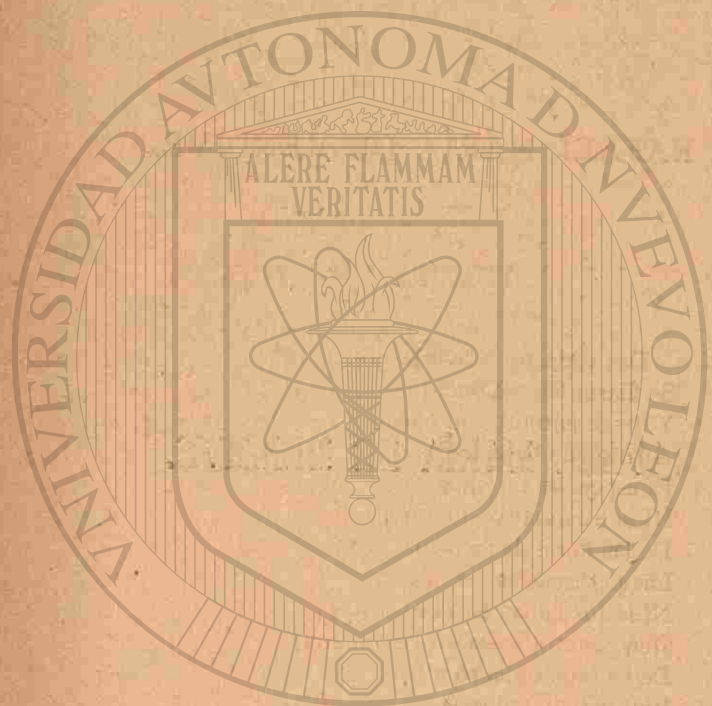
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

—  
YUMURÍ.

Dos veces no más mis ojos  
Se fijaron en tus ondas,  
Y desde entonces no puedo  
Apartar de la memoria  
El espejo de tus aguas  
Ni la espuma con que mojas  
De las flores de tu orilla  
Las perfumadas corolas;  
Ni la luz de las estrellas,  
Que penetra hasta en las sombras  
De tu seno oscuro y frío,  
Iluminando raras  
El sepulcro donde encierras  
Las páginas de tu gloria.  
Adonde quiera que vuelvo  
Mis ojos, miro tus ondas;  
Y del alma se me escapan  
En lucha atormentadora,  
Suspiros, que por ardientes  
No hay pecho que los recoja,  
Ni labio que los repita,  
Ni corazón que los oiga;  
Pues parece que con ellos  
En comunión misteriosa,  
Con eléctrica centella,



Que consume cuanto toca,  
Va el espíritu invisible  
De seres que ausentes lloran,  
Y cuyas endechas tristes  
Han repetido sonoras  
Con sus arpas los poetas,  
Los árboles con sus hojas,  
Y con sus quejas las fuentes,  
Y con su voz las canoras  
Aves, que vuelan perdidas,  
Como visiones hermosas,  
Buscando en las soledades  
Dulce paz y grata sombra.

¡Yumuri! De tus arenas  
Yo bien sé la triste historia;  
De tus aguas los suspiros  
Repítela á todas horas,  
Y en vano será que el tiempo,  
Con su mano tenebrosa,  
Pretenda borrar sucesos  
Que viven en la memoria:  
Sigue lento y sigue suave  
En tu marcha silenciosa,  
Cristalino y fresco río,  
Y á los ecos no respondas  
De las turbas que, en tus aguas  
Con alegres barcarolas,  
Y al reflejo de la luna  
En noches de Mayo hermosas,  
Invocar tan sólo saben  
El nombre de la que adoran.  
Ni te plazcan las plegarias  
Que, en tus márgenes, entona  
Con falsa voz la doncella  
Á quien los celos devoran,  
Y lamentando sus penas,  
Con lágrimas mentirosas  
Tus claras aguas enturbia,

Y tus recuerdos deshonra.  
Repitan, sí, tus corrientes  
Las canciones melodiosas  
Del insigne Milanés,  
Que no canta, sino llora,  
Y al son del arpa se queja  
Con la «Fuga de la Tórtola»;  
Y de «Codos en el Puente»  
Ve cruzar sobre las ondas  
En la barca del progreso  
Las imágenes hermosas  
De las ciencias y la industria,  
De las artes y la historia.

De Tolón las melodías  
Repite también sonoras,  
Con la mágica ternura  
Y el almíbar que atesoran;  
Pues de amor es un poema  
Cada paso en que te nombra,  
Cada rasgo en que te pinta,  
Cada estrofa en que te llora.  
Escucha, sí, los suspiros  
Melancólicos de Acosta;  
Los himnos que el triste Heredia  
Eleva en playas remotas,  
Inflamado por el fuego  
De la patria y de la gloria;  
Y los cantares melifluos  
Y las dulcísimas trovas  
De Plácido, cuyos versos  
Destilan la miel sabrosa  
De los esponjados lirios  
Y las blancas amapolas,  
Que en noches de Abril y Mayo  
Exhalan tan suave aroma.  
Y arrullado por los ecos  
De liras tan cadenciosas,  
Ahogando tristes recuerdos



Desliza tus claras ondas,  
Cual resbalan, manso río,  
Por mi rostro gota á gota  
Las lágrimas con que escribo  
Suspirando estas estrofas.

LA FLOR DEL AGUA.

En urna de azules ondas  
Vives, ¡oh flor! encerrada,  
Sin que el sol te dé sus rayos,  
Ni sus perfumes el aura,  
Ni su lumbré las estrellas,  
Ni su música las palmas;  
Sin que vierta en tu corola  
Sus breves perlas el alba,  
Ni las aves te enamoren,  
Ni te riegue con sus lágrimas,  
Filomena de los bosques,  
Algún alma desgraciada  
Que buscando va entre sombras  
La estrella de su esperanza.  
Es de espuma el blanco lecho  
Donde erguida te levantas,  
Como ilusión de otra vida,  
Como estrella solitaria,  
Como sueño de otros mundos  
Que el poeta sólo alcanza,  
Cuando, inspirado, despliega  
Del pensamiento las alas.  
Sueños, ¡ay! que el alma adora  
Si tras ellos ve entusiasta,  
Ávida de amor, las formas  
Poéticas y gallardas  
De una flor que peregrina  
Nace y crece sosegada,

Como tú, bajo la sombra  
De las corrientes más claras.  
¡Entonces se ve la imagen  
Del bello ideal que el alma  
En sus delirios se finge,  
Cuando sueña enamorada  
Con la angélica ternura  
De la mujer que nos ama!  
Porque eterna en nuestra mente  
Vive su efigie grabada,  
Como vives tú, sujeta  
Al imperio de las aguas;  
Porque mora en el silencio  
De tu mansión encantada  
La dulce melancolía  
Que en ecos de amor se exhala,  
Y es perfume de los cielos  
Que de los ángeles baja  
Á inundar el corazón  
De suspiros y de lágrimas.

Así nacen misteriosas,  
Así viven ignoradas  
Las primeras impresiones  
Que sentimos en el alma;  
Viven, como tú, tranquilas,  
Esperando la alborada  
De algún día placentero  
Que paso á la luz les abra,  
Y la niebla obscura y triste  
En que están aprisionadas,  
Como sueño se disipe,  
Como sombra se deshaga;  
Para entonce alzar el vuelo  
Impetuosas como el águila,  
Y animar la fantasía,  
Como tú las tersas aguas,  
Cuando en círculos fugaces,  
Por la brisa columpiada,



Con tus pétalos describes  
Con misteriosas palabras  
El arcano de tu vida.

.....  
Mas ¿qué digo? ¡Oh flor gallarda!  
¡Si en mí la ilusión ha muerto,  
Si fuego no tiene el alma,  
Como en más risueños días,  
Para ofrecerte, inspirada,  
Ternezas del corazón  
En cada acento del arpa!  
Mas recuerda que un poeta  
Que nació entre hermosas palmas,  
Que sencillo amó las flores,  
Los campos, el sol y el aura,  
La caída de las hojas  
Y el murmullo de las aguas,  
Aquí te deja, sensible  
Al hechizo de tus gracias,  
Si no bellos pensamientos,  
Ni dulcísimas plegarias,  
Del pecho la flor más pura  
En cada estrofa encerrada,  
Y en cada verso un suspiro,  
Y en cada suspiro el alma.

Á UN ARROYO.

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,  
Con expresión sencilla  
Rizando en tu camino  
La verde alfombra de flotante lino,  
Que blando crece en tu espumosa orilla!.....  
¡Cuán bellas corren, removiendo arenas,  
Ceñidas de amapolas

Y blancas azucenas,  
En breves giros las modestas olas  
Que acarician tus márgenes serenas!

Cantando amor las aves melodiosas  
Se miran dulcemente,  
Cual visiones hermosas,  
En el espejo claro y transparente  
De tus humildes aguas silenciosas:

La verde selva y la feraz llanura  
Te ofrecen regaladas  
Su plácida verdura;  
Y en grato son, las brisas perfumadas  
Tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas,  
Los valles sus primores,  
Las selvas sus palomas,  
Su sombra grata las enhiestas lomas,  
Y el cielo mismo su dosel de amores:

Y en las de Mayo hermosas alboradas,  
Flotando en tus espumas,  
Te arrullan sosegadas  
Del blanco cisne las brillantes plumas,  
Las hojas por los céfiros llevadas.....

Hijo, tal vez, de agreste peña dura,  
Tu manantial de plata  
Por la inmensa llanura,  
Como una cinta blanca se dilata,  
Ceñida de riquísima verdura:

Y ajeno de ansiedad y de pesares,  
Por selvas y palmares,  
Sin suspirar congojas,  
Tranquilo vas al seno de los mares  
Cubierto siempre de fragantes hojas.



Niño también me deslicé inocente,  
Con paso indiferente,  
Sin soñar en amores,  
Tras el vivo matiz de hermosas flores  
Y el límpido cristal de mansa fuente.

Y libre, como garza voladora,  
Con infantil decoro  
Y gracia encantadora,  
Besando fui tus arenillas de oro  
Al tibio rayo de la blanca aurora.

Entonces, ¡ay! ¡con cuán brillante arreo  
Agitaba mis alas  
En loco devaneo,  
Cercado siempre de celestes galas,  
Por los eternos campos del deseo!.....

Mas, de entonces ahora..... ¡cuántos daños  
Han causado á mi vida  
Los tristes desengaños!.....  
¡Una tras otra la ilusión perdida  
Bajo el peso terrible de los años!.....

Yo soy aquel infante candoroso  
De las guedejas blondas  
Y mirar cariñoso,  
Que tantas veces se agitó en tus ondas  
Como entre flores el sunsún hermoso:

Yo soy el mismo; pero el alma mía  
Tristemente ha perdido  
Su inefable alegría,  
Y en vano busca en tu corriente fría  
La imagen bella de su Abril florido.

Sigamos, ¡ay! sigamos la jornada,  
Llorando yo mis penas  
Con alma resignada,

Y tú besando el manto de azucenas  
Que se mece en tu margen sosegada.

Tal vez mañana, triste y abatido  
Por los placeres vanos,  
Aquí vendré perdido,  
De horrible tedio el corazón herido,  
Mustia la frente y los cabellos canos:

Y sentado en tu margen fresca y grata,  
Con íntima alegría,  
Veré cuál se retrata  
Sobre tus ondas de color de plata  
La imagen, ¡ay! de mi vejez sombría.....

Prosigue, pues, arroyo, tu carrera  
Mientras voy aspirando,  
De hermosa primavera,  
El celestial aroma en tu ribera,  
Tus ondas con mis lágrimas mezclando:

Que iguales en la vida y en la suerte,  
Uno será el destino  
Inexorable y fuerte,  
Que á los dos nos sorprenda en el camino,  
Y nos lleve al abismo de la muerte.

LA GOTA DE ROCÍO.

Á MI AMIGO RAMÓN ZAMBRANA.

¡Cuán bella en la pluma sedosa de un ave  
Ó en pétalo suave  
De cándida flor,  
Titila en las noches serenas de estío  
La diáfana gota de leve rocío  
Cual chiſpa de plata ó estrella de amor!—



El álamo verde que el aura enamora,  
La fuente sonora,  
La concha del mar,  
La palma del valle, la ceiba sonante,  
Cual fúlgido rayo de niveo brillante  
La ven en sus hojas inquieta temblar.

Llorando sus penas gallarda hermosura

El cáliz apura  
De aromas y miel;  
Y el lago sus ondas azules levanta,  
El cisne se queja de amores y canta,  
Y todo en la tierra respira placer:—

Resbala entre rosas fantástica y leve,  
Que es frágil y breve  
Su hermoso existir;  
Cual son de la vida los sueños de amores,  
Y el beso de almibar que en copa de flores  
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea  
Que amor centellea  
Con luz celestial,  
La gota de alfojar de un niño que llora,  
La perla más blanca que vierte la aurora  
Y el céfiro lleva con soplo fugaz.

Entonces el alma suspira entusiasta,  
Y es pura y es casta  
Su bella ilusión;  
Como es inocente la luz que destella  
Radiante en los ojos de incauta doncella,  
Apenas concibe la imagen de amor.

¡Oh noche! ¡Oh misterio de eterna armonía!  
¡Oh dulce poesía  
De sueño y de paz!—  
¡Poema de sombras, de nubes y estrellas,

De rayos de oro, de imágenes bellas,  
Suspense entre el cielo, la tierra y el mar!—

¡Oh, como gozoso en las noches de Mayo  
Al trémulo rayo  
De luna gentil,  
Sentado en el tronco de un sauce sombrío,  
Tras gota apacible de suave rocío  
Pensé de mi madre las huellas seguir!—

Y allí con mis versos en paz deleitosa,  
Mis hijos, mi esposa,  
Mis libros y Dios,  
¡He visto las horas rodar sin medida,  
Cual rueda esa perla del cielo caída,  
Temblando en el cáliz de tímida flor!—

¡Feliz si, muriendo, mis tristes miradas  
De llanto bañadas  
Se fijan en ti!—  
¡Feliz si mi lira vibrante y sonora,  
Cual cisne amoroso, con voz gemidora  
Su queja postrera te ofrece al morir!....

Tú al menos podrás en mi gélida losa  
Con luz misteriosa  
Mi nombre alumbrar;

¡Y el ave sedienta verá con ternura,  
De un pobre poeta la lágrima pura,  
Allí sobre el mármol tranquila brillar!....

#### LA ORACIÓN DE LA TARDE.

Ya de la tarde el manto misterioso  
Sobre el callado mundo se desploma;  
Ya de Venus gentil el disco asoma,  
Ya triste muere el sol.



Llevemos por el áspero camino  
Con religiosa fe la débil planta,  
Y oigamos la oración que se levanta  
De lágrimas á Dios.

Alcemos nuestro templo en la montaña,  
Teniendo por techumbre el mismo cielo;  
Por luz la estrella, por alfombra el suelo,  
Y un árbol por altar.

Oigamos de la fuente que murmura  
La desmayada voz, y el queruloso  
Armónico gemir del bosque hojoso  
Llamándonos á orar.

El ámbar de la flor será el incienso,  
Y el suspiro del aura en lejanía  
La plegaria de paz que á Dios envía  
Contrito el corazón;

Del órgano sagrado el grave coro  
La música será de los torrentes,  
Y el canto de las aves inocentes  
La mística oración.

Ya los profanos goces de la vida  
Del barro se desprenden terrenales;  
Ya escuchamos los ecos inmortales  
Del arpa de David.

El cuerpo ya flaquea, y libre el alma  
De la materia vil que aquí la oprime,  
Ya se levanta espléndida y sublime  
Á la mansión feliz.

Sus alas bate el pensamiento y vuela  
Hasta que altivo y denodado alcanza  
Á la duda vencer con la esperanza,  
Al error con la fe.

Y al torpe vicio la virtud se opone,  
Y en vasos de oro á la inocencia ofrece  
El celestial perfume que adormece  
Sus horas de placer.

Ved cómo agitan sus gallardas pencas  
En nuestros valles las agrestes palmas.  
¡De cuántas tristes y olvidadas almas  
Imágenes no son!.....

¡De cuántos seres que olvidados moran  
En solitarias tumbas no son ellas,  
Al blando lamentar de sus querellas,  
Tristísima expresión!.....

¡Oh! ¡Cuán dichosos, ¡ay! los que exhalan  
No lejos de la patria sus lamentos,  
Y en sus terribles últimos momentos  
Pudieron contemplar

Los vivos rayos de aquel sol tan bello  
Que luz y vida les brindó en la cuna,  
Consuelo en el dolor, y en la fortuna  
Feliz tranquilidad!

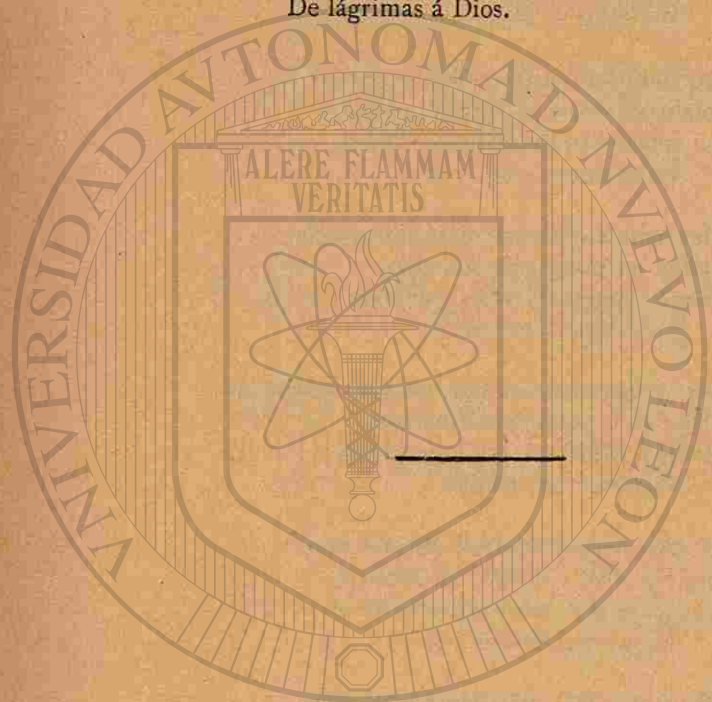
Mas ¡ay! que el alma para todos tienes,  
En medio del silencio y del retiro,  
Una amorosa lágrima, un suspiro,  
Alguna pobre flor,

Que al despojarse lamentable hiere  
La cuerda del dolor que siempre llora,  
Y en palpitante endecha gemidora  
Les da su eterno adiós.

Ya de la tarde el manto misterioso  
Sobre el callado mundo se desploma;  
Ya de Venus gentil el disco asoma,  
Ya triste muere el sol.



Llevemos por el áspero camino  
Con religiosa fe la débil planta,  
Y oigamos la oración que se levanta  
De lágrimas á Dios.

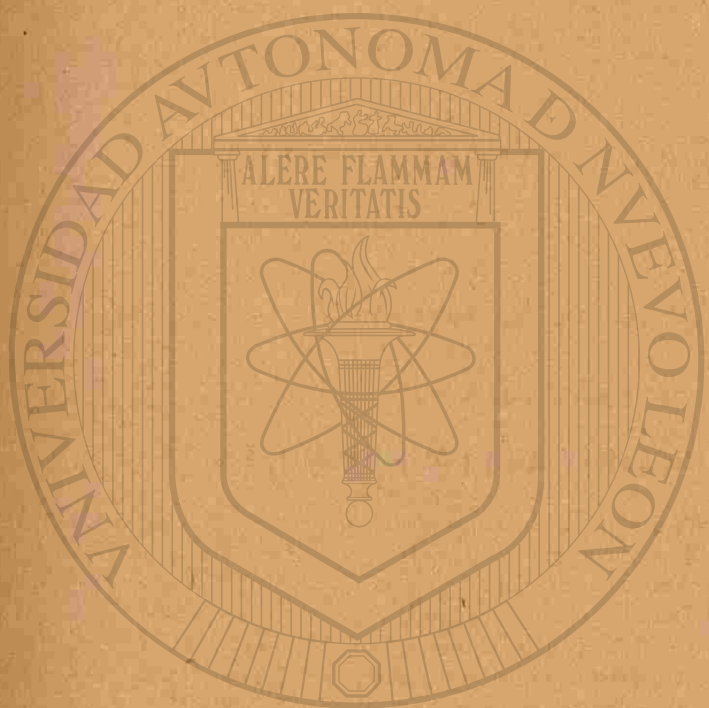


D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.

LA PELEA DE GALLOS.

Una mañana de Pascua,  
Del Guañabal á la Ceiba,  
No quedó un aficionado  
Que á las Mangas no corriera  
Á presenciar de los gallos  
Las celebradas peleas.  
Apenas la luz del alba  
Dora los montes risueña,  
Cuando de airosos jinetes  
Nuestros caminos se pueblan.  
Entre todos se distingue,  
Por su gallarda apariencia,  
Noble ademán, bella estampa,  
*Juan Pérez* el de las Vegas.  
Monta el bizarro guajiro  
Un caballo de piel negra,  
Casco liso, fuerte pecho,  
Ojos vivos, crin espesa,  
Tan ligero en regatear,  
Que la cola en la carrera  
Oculto el ligero bruto  
Entre las delgadas piernas.  
El mancebo que lo rige  
Corriendo se gallardea,



Y apenas toca al pasar  
Á las puntas de las piedras.  
Sencillamente vestía  
De blanco, y en la cabeza  
Atado muestra un pañuelo  
De listas, y calza espuela,  
Machete al cinto, terciado,  
Y de paja de la tierra  
Luce un sombrero tejido  
Que parece fina tela.  
Un gallo lleva en la mano,  
Terror de Guara y Melena,  
Que cuando pica á un rival  
Muere al punto ó aletea.  
Llega á las Mangas; las calles  
Se cubren de gente inquieta,  
Que del sangriento combate  
Sólo la señal espera.  
Agólpanse los curiosos,  
Y cuando el galán pasea,  
Los ojos del pueblo fijos  
En la carrera se lleva.  
—¡Es Juan Pérez!— gritan unos.  
—¡El gallero de la Ceiba!—  
Claman otros, y sonando  
Va Pérez de lengua en lengua.  
Encaminóse gallardo,  
Y soltando entrambas riendas,  
El intrépido jinete  
Se arroja de un salto en tierra.  
Pisa la valla, saluda,  
Y el pueblo le victorea  
Porque es el mozo más rico  
Que hay de San Diego á la Ceiba.  
—¡Juan Pérez!— exclama absorta  
Al verlo la concurrencia,  
Formando un estruendo ronco  
Que al turbado mar semeja,  
Cuando con sordos bramidos

Azota nuestras riberas.  
Serenóse la algazara  
Y con varonil presencia  
Rompe la turba apiñada  
Juan Pérez con faz serena.  
—Aquí está el gallo, es valiente,  
Y con cien onzas se juega,  
Sin medir los espolones,  
Ni sujetarlo á la pesa.—  
Dice; y lo arroja orgulloso  
Con tan vigorosa diestra,  
Que al caer abre las alas  
Y ufano se gallardea.  
Era el bizarro animal  
De la raza de las sierras:  
Ágil, intrépido, osado,  
Largo pico, pluma negra,  
Cuello erguido, corvas uñas,  
Descarnada la cabeza;  
Clava los ardientes ojos,  
Escarba y pica la tierra,  
Sacude el cuerpo y cantando  
Con fiero ademán pasea.  
—Acepto el reto: cien voces  
Se oyen á un tiempo y resuenan,  
Porque se admiran del gallo  
El brío y la gentileza:  
Un contrario le preparan  
Vencedor en diez peleas.  
Mas de improviso el gentío  
Rompe el gallardo Juan Mena,  
Mozo apuesto y agraciado,  
Dueño de sitios y vegas,  
Avecindado en las Mangas,  
Gallero por excelencia,  
Aunque muy escaso de años,  
En la valla se presenta.  
—Cien onzas más, camarada,  
Doy á mi gallo, y lo suelta.



Era el animal la flor  
De los gallos de Cepeda:  
Talisayo, de alta estampa,  
Ancha cola, aguda espuela:  
Lo amarillo de las plumas  
Que con las negras se mezclan,  
Forma bellos tornasoles  
Que deslumbran y reflejan.  
Pero calmóse el bullicio,  
La valla en silencio queda:  
Ni un acento ni un murmullo  
Turba un instante la escena,  
Y el temor y la esperanza  
Tiene la gente suspensa.  
Dada la señal, furiosos  
Se arrojan á la pelea  
Los dos terribles rivales,  
Combatiendo con fiereza,  
Como se lanzan dos tigres  
Al encontrarse en las selvas,  
Despedazándose audaces  
Con dobles garras sangrientas;  
Los sañudos adversarios  
Vuelven y luchan, se empeñan:  
Los miembros ensangrentados,  
Las plumas al aire vuelan.  
Al parecer se fatigan  
Y abandonan la palestra.  
Pero encendidos de nuevo  
En la rabia que los ciega,  
Se embisten y se entrelazan,  
Pico á pico, espuela á espuela.  
El prieto se vuelve atrás,  
El talisayo se acerca,  
Cuando de un vuelo el de Pérez  
Salta y estrecha al de Mena:  
Clávale el pico, y de un golpe  
El corazón le atraviesa.  
Herido el gallo, vacila,

Gira, y las alas sangrientas  
Abre y recoge inclinado  
En el suelo la cabeza.  
Pero se encarniza el prieto,  
Sobre el cadáver pasea,  
Lo pica, escarba y sacude,  
Y aunque herido, canta y vuela.  
Óyese un sordo rumor,  
Se agita la concurrencia:  
Uno corre, otro maldice,  
Aquel jugador reniega;  
Unos cobran, otros pagan,  
Éste con gritos atruena,  
Formando el estruendo ronco  
Del huracán de las selvas.  
Envaneciósse Juan Pérez  
Y al regocijo se entrega;  
Y entre los vivos y aplausos  
Que hasta en los montes resuenan,  
Al ver que sacan su gallo  
Victorioso en la pelea,  
Monta de un salto su potro,  
Y lanzado en la carrera  
Por las escabrosas calles  
De las Mangas atraviesa,  
Y al tender la obscura noche  
El manto de sombras negras,  
Con el gallo vencedor  
Entra triunfante en la Ceiba.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS. ®

Cortando airosas los mares  
Vuelan las bellas piraguas  
Que á los combates conduce  
El cacique de Bahama.  
En el altar se arrodilla,



Jura el guerrero venganza,  
Y su belicosa gente  
Encamina á nuestras playas.  
Pueblan con ecos sonoros  
Los aires y las montañas,  
Y con los remos y quillas  
Las olas atormentadas  
Nevados surcos de espuma  
Heridas del sol formaban.  
Son los guerreros feroces  
De las vecinas Lucayas;  
Tiñen el rostro severo  
Pintas negras y encarnadas,  
Y á la merced de los vientos  
Las rojas plumas flotaban.  
Un cacique los dirige  
Tan experto en las batallas,  
Que no hay islote en el golfo  
Que no cante sus hazañas.  
El invierno de la vida  
Aun su brazo no doblaba  
Y en los centellantes ojos  
Refleja el fuego del alma.  
Un magnífico carcax  
Cuelga del hombro á la espalda,  
Y en la alta mano suspende  
Una nudorosa maza.  
«Avancemos, compañeros;  
El que espera nada aguarda,  
La prudencia hace al cobarde,  
El héroe fía en la audacia.»  
Dice, y su gente furiosa  
Flechas y piedras dispara,  
Y avanzando en dobles líneas  
Cercan el puerto de Jagua.  
Aturde el ruido que forman  
Los guerreros en su marcha,  
Y el espanto y el terror  
En nuestras costas derraman.

Y á lo lejos parecían  
Las infernales fantasmas  
Que en las tartáreas regiones  
Entre las tinieblas vagan.  
Nuestras indias inocentes,  
Que los cerros coronaban,  
Despavoridas corrían  
Á las desiertas cabañas,  
Suelos los negros cabellos  
En las desnudas espaldas,  
Y en la cuna de sus hijos  
Los bellos ojos fijaban.  
Pero apenas el rumor  
Oye el cacique de Jagua,  
Al fiero Ornoya confía  
La salvación de la patria.  
Todo es vida y movimiento,  
Hierva la gente en las playas,  
Resuenan los caracoles,  
Cúbrese el mar de piraguas,  
Y las lúgubres bocinas  
Sordas el aire rasgaban.  
Vuela el cacique al combate,  
Y la juventud arrastra,  
Ya con el arco ó la piedra,  
Ya con el remo ó la maza.  
¡Ornoya! El fiero guerrero,  
Flor de los héroes de Jagua,  
Cuyo brazo no vencido  
Era el cedro en la montaña,  
Y cuya voz excedía  
Al trueno que ronco brama,  
Y al rayo que corta el aire  
En rapidez semejaba;  
Da la señal, y sangrientos  
Sus guerreros avanzaban,  
Y empuñan la recia lid,  
Tiñen de sangre las aguas,  
Chocan las naves, se estrellan



Y airadas se despedazan  
Las dos enemigas tribus  
Al soplo de la venganza.  
En medio de la pelea  
Ornoya el brazo levanta,  
Aquí hiere, allí extermina,  
Allá empuñando la maza  
Abre á un rival la cabeza  
Y del cuerpo la separa.  
Pero al ver que el enemigo  
Dobla irritado su audacia,  
Con acento varonil  
Á su hueste electrizaba.  
«Compañeros, la victoria  
Corona nuestra esperanza;  
Combatamos, y seguidme;  
Que el que expire en la batalla,  
Á la noche del sepulcro  
No bajará sin venganza.  
¿Qué teméis? Una es la muerte;  
Sólo la deshonra infama;  
Los cuerpos del enemigo  
Nos servirán de mortaja,  
Al crujido de los huesos  
Que hollemos con nuestras plantas.»  
Dice; y las naves ligeras  
Miden furiosas las aguas,  
Cortan el aire las flechas,  
El mar sus ondas levanta,  
Y se amontonan cayendo  
Piedras, troncos, leños, mazas;  
Á los golpes se desploma  
Una entreabierta piragua,  
Y en las rocas puntiagudas  
Se oyen estrellar las tablas.  
Embravecida la lucha,  
Se estrechan y se entrelazan  
Combatiendo los rivales  
Con enfurecida saña.

En el cráneo del vencido  
Las agudas uñas clavan,  
Y en las órbitas vacías  
Los sangrientos ojos saltan.  
Arrancan la cabellera  
Del que cayó en la piragua;  
Y con la carne aun caliente  
Sobre los remos flotaban.  
Los guerreros semivivos  
Arroja el mar en las playas,  
Y los fúnebres clamores  
El viento lleva en sus alas.  
Los tiburones roqueros  
En las olas aleteaban,  
Y á los héroes insepultos  
Con los dientes despedazan.  
Lago de sangre es el fondo  
De cada hundida piragua;  
Nadie vacila en la lucha,  
Y el laurel de la batalla  
Indecisa la victoria  
Á los campeones negaba.  
Cuando rompiendo las olas  
En una hermosa piragua,  
Por las filas enemigas  
El audaz Ornoya avanza,  
Y al genio de las tinieblas  
Finge el guerrero en su marcha.  
Síguenle doce campeones  
Recios de miembros y espaldas,  
Agiles, vivos y osados,  
En cuya frente tostada  
Azules y blancas plumas  
Tintas en sangre flotaban.  
Enfurecidos se arrojan,  
Y en la enemiga piragua  
Acometen al cacique,  
Que fieramente luchaba  
Con el tropel de guerreros



Por arrebatat la palma,  
Cuando clavan en sus sienes  
Una flecha emponzoñada:  
El cacique lanza un grito,  
Vacila, cae, y la maza  
De la mano moribunda  
Suelta al exhalar el alma,  
Exclamando en ronco acento:  
¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!  
Al ver caer al guerrero  
Infiel su gente desmaya,  
Y furioso el bravo Ornoya  
Rompe, desordena, mata,  
Filas enteras derriba,  
Y de piragua en piragua  
Como el rayo en la tormenta  
Atropella, desbarata;  
Y en el montón de cadáveres  
Su sombra se dibujaba  
Como el ángel de la muerte  
Que el Universo amenaza.  
«¡Victoria!» gritan cien voces;  
Y en la ruidosa algazara,  
¡Victoria á Ornoya! repiten  
Las indias en las montañas.  
Huye aterrado el vencido,  
Baten los remos las aguas,  
Y en el vecino horizonte  
El sol las velas doraba;  
Hierven las olas, los vientos  
Desplegan fieros las alas,  
Y en filas de dos en dos,  
Con las vencidas piraguas  
Y seis caciques rendidos  
Entra el vencedor en Jagua.

D. MIGUEL TEURBE TOLON.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MIGUEL TEURBE TOLÓN.

LA RIBEREÑA DE SAN JUAN.

I.

Trigueña niña en cabello,  
Viva, alegre y donairoso,  
Sin adornos más hermosa  
Que dama de la ciudad;  
Criada bajo la sombra  
Del plátano y del bambú,  
Yo te conozco..... eres tú,  
Ribereña de San Juan.

Tú, que por espejo tienes  
Las claras ondas del río,  
Y por lucido atavío  
Aguinaldos y jibá.  
Tú, cuya planta graciosa  
Entre flores se resbala,  
¿Cuál tu gentileza iguala,  
Ribereña de San Juan?

Apenas tras de las palmas  
Despierta risueño el día,  
Sales, vertiendo alegría,  
Por la margen á vagar;  
Y ya tras sunsún inquieto,



Ya tras linda mariposa,  
Corres vivaz y gozosa,  
Ribereña de San Juan.

O bien cuando ya se acuesta  
El sol entre nubes de oro,  
Y con su arrullo sonoro  
Llena el bosque la torcaz,  
De la blanca flor del mangle  
Haces corona luciente,  
Con que engalanas tu frente,  
Ribereña de San Juan.

¡Cuántas veces, triste y solo  
Navegando por el río,  
Paré junto á tu bujío  
Mi barca, á verte no más;  
Y entre los espesos millos  
De la florida ribera  
Vi que pasabas ligera,  
Ribereña de San Juan.

¡Oh! ¡Y cuál envidia mi alma  
Tu inocencia y tu alegría,  
Tu alma de poesía,  
Tu corazón virginal!  
Pero ¡ay! guárdate del mundo,  
No le conozcas si puedes;  
Guarte del mundo y sus redes,  
Ribereña del San Juan.

Nunca salió de tu labio  
Ningún suspiro doliente:  
Jamás empañó tu frente  
La huella de algún pesar;  
Y aun conservas en tu seno  
Aquel ósculo de amor  
Con que te marcó el Señor,  
Ribereña de San Juan.

Mas ¡ay! los encantos mueren,  
Los sueños se desvanecen  
Y las espinas parecen  
Donde hoy las flores están.  
Por eso guarte del mundo;  
Huye, doncella, sus brazos;  
Guarte dél y de sus lazos,  
Ribereña de San Juan.

II.

Un mes ha pasado ya  
Des que vi á la ribereña:  
Ella era alegre y risueña,  
Y hora..... vedla como está.

Su rostro triste, sombrío,  
Perdió la color lozana  
Como una flor de sabana  
Herida de un sol de estío.

En sus labios de coral  
No vaga dulce sonrisa,  
Como tampoco á la brisa  
Se mece la flor mortal.

Aquella viva mirada,  
Toda luz y poesía,  
Ora lánguida y tardía  
Está triste y apagada.

¡Cuán otra, cuán diferente  
Está la infeliz doncella!  
¡Antes alegre y tan bella,  
Hoy tan mustia y tan doliente!

Ayer mi barca surcaba  
Las mansas ondas del río,  
Y sentada en su bujío  
La vi que mucho lloraba:  
Dije al remero «detén»,  
Y apenas dije, sentía



Que en mi mejilla corría  
Una lágrima también.

Mas cual se suele notar  
Que, yendo á morir al nido,  
Canta algún pájaro herido,  
Porque no sabe llorar,

Ella también, con acento  
Palpitante y lastimoso,  
Alzó su canto armonioso  
Al son del agua y del viento:—

*¡Ay, tirano cazador!  
¡Ay, desventurado día!  
¡Que he perdido el alma mía  
Y quedo muerta de amor!*

«Claros ondas de este río  
Que vais corriendo á la mar,  
¿Cuánto ha que soléis llevar  
Aguas de mi llanto frío?  
¿Cuánto ha que el acento mío  
Llama en vano á aquel traidor  
Que me enlazó con amor  
Y me abandonó sin fe?  
¿Me engañabas!..... y ¿por qué?  
*¡Ay, tirano cazador!*

»Yo era sencilla, inocente,  
Pura como una azucena,  
Y mi alma, de amor ajena,  
Se retrataba en mi frente.  
Mas ¡ay! llegó infelizmente  
La ocasión—desdicha impía  
Que su mirada y la mía  
Se encontraron, se entendieron.....  
Y mis dichas ¿dónde fueron?  
*¡Ay desventurado día!*

»Él alabó mi belleza,

Me habló de dulces amores;  
Luego de pompa y honores  
Me contó, y de su riqueza.  
Tanto amor, tanta grandeza  
Me deslumbró: su falsía.....  
—¡Ay, triste de la que fia!—  
Robó mi mejor tesoro:  
Ved si con motivo lloro,  
*Que he perdido el alma mía.*

»¡Mas no! Calla, corazón,  
Calla tu triste gemido,  
Que en vano vaga perdido  
Por estos sitios su son.  
Cielos, tened compasión  
De tan profundo dolor.....  
¡No, no!—doblád el rigor,  
Cólmese al fin la medida,  
Que el alma lloro perdida  
*Y quedo muerta de amor.»*

III.

Calló—y el lánguido acento  
De su postrero suspiro  
Perdióse como el murmullo  
Blando del sonante río.  
Allá lejos se ocultaba  
El sol tras el Pan sombrío,  
Y ya á más andar la noche  
El transparente zafiro  
Del cielo trocaba en sombras  
Entre jirones rojizos.  
Yo, que mi pecho sentía  
De amarga tristeza henchido,  
Volví á la ciudad mi barca  
Y me alejé del bujío.



Pero la imagen llorosa  
De la Ribereña vino  
Á fijarse aquí en mi mente:  
Y su profundo suspiro  
Á cada instante resuena  
Triste y lánguido en mi oído.  
Entonces vierto una lágrima  
Y, cual si la viera, digo:  
«Por eso guarte del mundo:  
Huye, doncella, sus brazos:  
Guarte dél, y de sus lazos,  
Ribereña de San Juan.

Á MI HERMANA TERESA.

I.

Seis veces ya las ráfagas de otoño  
Arrastraron, en valle y en colina,  
Las mustias hojas y las flores muertas  
Del olmo altivo y la soberbia encina:  
Seis veces la alba veste del invierno  
Vistió la creación aletargada,  
Mientras al triste gemir de Bóreas frío  
Doblábase mi frente atormentada:  
Seis veces la emigrante golondrina,  
Alegre al Norte retornó en verano,  
Con nuevas galas de gayadas plumas  
Tal vez doradas por el sol cubano:  
Seis años, ¡ay! en extranjera playa  
Y en triste lagrimar son ya pasados;  
Seis años de dolor, de luto y duelo,  
Hora tras hora por mi mal contados.

II.

Mas ni la ráfaga helada  
Que al Hudson levanta espuma,

Ni el pardo manto de bruma  
En que se amortaja el sol,  
Jamás calmar han podido  
De mi alma la fiebre ardiente,  
Ni nublar aquí en mi frente  
El recuerdo de tu amor.

¡Cuántas veces apoyado,  
Por la tarde, en mi ventana,  
He visto un jirón de grana  
Que deja el sol al morir;  
Y aunque pálidos y tibios  
Son aquí sus resplandores,  
Mi mente les da colores  
Del cielo de Yumurí!

Y con este amable engaño  
Hago que el alma recuerde  
Mi valle de gualda y verde,  
Mis glorietas de bambú,  
Y que piense, al ver cuál brilla  
La dulce luz de una estrella,  
Que es porque tienes en ella  
Fija la mirada tú.

Que al sentir el blanco soplo  
De la susurrante brisa,  
Oiga tu armónica risa  
Ó tu dulce suspirar;  
Y crea que el suave aroma  
Que envuelto llega en el viento,  
Es el ámbar de tu aliento  
Que me viene á embalsamar.

Y al ver de Jersey las torres,  
Tras el río, y á lo lejos,  
Temblar los áureos reflejos  
Del ya moribundo sol,  
Sienta y goce como cuando



En una tarde celeste,  
Sentado en el *abra* agreste  
Veía á Matanzas yo.

Mas ¡ay! ¡qué triste me es luego  
No ver aquel techo mío  
En medio este caserío,  
Que es todo extranjero hogar;  
Ni aquella modesta torre,  
Ni aquel manso mar de plata  
En que gentil se retrata  
Mi pintoresca ciudad!

No ver allá en lontananza,  
Cual velo de gasa leve,  
Flotante bruma que mueve  
El aliento del terral;  
Y tras ella un horizonte  
Donde la vista se pierde  
En el suavísimo verde  
De inmenso cañaveral.

No embriagarme con perfume  
De cándidos azahares,  
Ni divisar cien palmares  
De la sabana al confín;  
No ver sobre mi cabeza  
Nubes de nácar y plata,  
Ni que á mis pies se desata  
Mi límpido Yumurí.

III.

Y mi pena más aguda  
Cuando estoy pensando así,  
Es que me asalta la duda  
De si te acuerdas de mí.  
Vuelvo las miradas mías

Hacia el Sur, donde está Cuba,  
Como queriendo que suba  
Sobre las olas sombrías;  
Pienso verla, pienso verte.....  
Y es ilusión cuanto miro;  
Doblo la frente y suspiro.....  
¿Será ausencia hasta la muerte?

Á EMILIA.

Thou hast sown in my sorrow and must reap  
The bitter harvest in woe as real.

BYRON.

¿Conque para siempre «adiós»?  
¿Conque aquel amor primero,  
Hijo de un soplo de Dios,  
Como huérfano extranjero  
Muere entre nosotros dos?

¡Muere!.... y de tu labio frío,  
Tumba de besos ardientes  
Que mil veces te dió el mío,  
Se desata amargo río  
De sarcasmos inclementes.

Mal astro, Emilia, lucía  
Cuando Dios unírnos quiso,  
Porque en aquel mismo día  
Vino á anidarse una arpía  
En un bello paraíso.

Al empezarte yo á amar  
Era un templo el alma mía,  
Y en el templo había un altar,  
Mi corazón, donde ardía  
Fuego de amor sin cesar.



Y aquel fuego puro y santo,  
Encendido allá en el cielo  
Para dicha y para encanto  
De los dos en este suelo,  
¿He de apagarle con llanto?

Y hecho sepulcro el altar,  
Sin luz el templo sombrío,  
¿He de postrarme á llorar  
En un hondo valle umbrío,  
Sin amor, patria, ni hogar?

Y llegue mi hora postrera,  
Y en el lecho del dolor  
No oiga yo una voz siquiera,  
Que junto á mi cabecera  
Me hable de Dios con amor;

¡Y cuando el cadáver yerto  
Lleven después á enterrar  
En algún rincón desierto,  
Nadie vaya á derramar  
Dos lágrimas por el muerto!

Joven yo, con alma henchida  
De ilusión y luz de Dios,  
¿Por qué con frente abatida  
Habré de decirle adiós  
Á la gloria y á la vida?

El mundo es ancho, y mi mente,  
Aunque estrecho le encontrara  
Para mi ambición ardiente,  
Á otros mundos se elevara,  
Vedados á común gente.

Á fe que no es tiempo, no,  
De postrarme en el camino  
Que el destino me marcó:

Vencido será el destino,  
Y el vencedor seré yo.

Y aquel santo amor primero,  
Hijo de un soplo de Dios,  
Vivirá, si yo no muero,  
Pues resucitarle quiero  
En un alma para dos.





D. RAMÓN DE PALMA.

UANTL

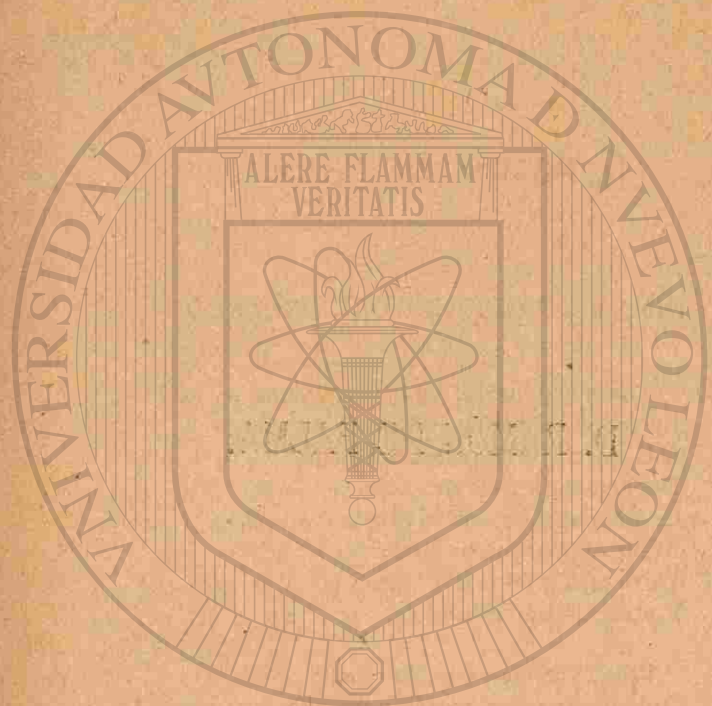
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. RAMÓN DE PALMA.

HIMNO DE GUERRA DEL CRUZADO.

¡Guerra! ¡Guerra! La bélica trompa  
En coraje los pechos inflama:  
Á la guerra, á la guerra nos llama  
Del heraldo la enérgica voz.  
Levantando el corcel la cabeza  
Al oír resonar los clarines,  
Ya resopla y eriza las crines,  
Y piafando relincha feroz.

Venga, venga mi noble caballo,  
Dadme pronto mi escudo y mi lanza;  
Sacudamos del cuerpo la holganza;  
Reanimemos del alma el valor.  
Harto tiempo en la paz ominosa,  
Entregados á muelles placeres,  
Olvidamos los santos deberes  
Que de Dios nos impone el amor.

Harto tiempo en cobarde abandono  
Contemplamos al bárbaro Oriente,  
Coronada de lauros la frente,  
El sepulcro de Cristo insultar.  
Harto tiempo, ¡memoria de oprobio!.....  
Del infiel el triunfante alarido



Acalló con su estruendo el gemido  
Que lanzaba la santa ciudad.

Mas ya suena el clamor de venganza,  
Y al batir de los roncós timbales,  
Se enardecen los pechos marciales,  
Los cobardes se hielan de horror.  
Mas no tiemblen ó lidién temblando,  
Que aunque esquiven medrosos la guerra,  
Ya la paz no hallarán en la tierra  
Sino en tumba de eterno baldón.

Pero no: de la bélica trompa,  
¿Quién resiste al aliento guerrero?  
¡Hurra! ¡Hurra! Que brille el acero,  
Y volemós, cantando, á la lid.  
¿Dónde están los que al pie de las bellas  
De su intrépida fe blasonaban?  
¿La señal del combate no ansiaban?  
Pues, valientes, al campo venid.

Ahora, en vez de feudales castillos  
Y en lugar de gentil vestidura,  
Ceñiréis la ferrada armadura,  
Vagaréis por ardiente arenal.  
Mas ¿qué vale una holgada existencia  
Sin la luz que le presta la gloria?  
En la guerra, al clamor de ¡victoria!  
No hay placer que se iguale en la paz.

La fatiga, la lucha, el peligro,  
Son deleites que inundan el alma  
Del que busca en el triunfo una palma;  
Que los riesgos más lustre le dan.  
En el choque feroz de las armas,  
De la lid en los fieros clamores,  
Hay deliquios de gloria y de amores  
Que los héroes conocen no más.

Pero ya de la Europa contemplo  
Levantarse á una voz las naciones,  
Y flamear los heroicos pendones  
De los nobles que toman la cruz.  
¡Hurra! ¡Hurra! Al estruendo de guerra  
Que del Norte al Levante retumba,  
Los que usurpan de Cristo la tumba  
Menguar miran su luna sin luz.

Menguar miran su luna entretanto  
Que la estrella de Cristo se asoma,  
Y los hijos de Omar y Mahoma  
La maldicen al ver su esplendor.  
Pero en vano con torpes blasfemias  
Herirán los lugares sagrados;  
Que sus gritos bien pronto apagados  
Quedarán con los himnos de Dios.

No mostrarle la espalda al Oriente  
Ha jurado el que noble se llama,  
Ni volver á los pies de su dama  
Sino lleno de gloria y honor....  
De la Arabia los potros veloces  
Á las lides traerán los infieles,  
Mas del Norte en los nobles corceles  
Chocarán con inútil furor.

Y traerán para herir los malditos  
De Damasco los corvos alfanjes,  
Mas de Europa en las férreas falanges  
Embotados sus filos serán;  
Y embriagarse en su sangre veremos  
Nuestras lanzas y mazas de guerra,  
Que hundir pueden de un golpe en la tierra  
Caballero y caballo á la par.

¿Quién resiste al heroico ardimiento  
Del que busca en las lides la gloria?  
¿Quién resiste al que ¡muerte ó victoria!



Por divisa del triunfo tomó?  
¡Guerra!..... ¡Guerra!..... La bélica trompa  
En coraje los pechos inflama:  
¡A la guerra!....., á la guerra nos llama  
Del heraldo la enérgica voz.

EL FUEGO FATUO.

¿Qué es aquella—luz errante,  
Que en la noche—vaporosa,  
Se aparece—con dudosa  
Y azulada—claridad?  
Si la sigo—va delante,  
Si la huyo—me persigue,  
Y mi empeño—no consigue  
Á su lado—al fin llegar.

¿Será aviso—provechoso  
Del capricho—de la suerte,  
Que en huirle—se divierte  
Al que implora—su favor?  
Será ejemplo—misterioso  
De la llama—de amor viva,  
Que á los ruegos—siempre esquiva,  
Del desdén—se arrastra en pos?

¿Será imagen—de la vida  
Que se escapa—de luz llena?  
¿Será un alma—que encadena  
Á este mundo—algún pesar?  
Esta llama—aparecida  
En sí encierra—algún arcano:  
Por la noche—no es en vano,  
Que ilumina—este lugar.

Este polvo—que ahora huella  
Sin temor—la planta humana,

Que se envuelve—y engalana  
Con un manto—de verdor;  
Este polvo—cubre y sella  
Los despojos—terrenales,  
De mil almas—inmortales  
Que algún cuerpo—aprisionó.

En silencio un—mundo encierra  
De misterios—ya pasados,  
Y de afectos—que olvidados  
En la tumba—duermen ya.  
Mas ¿quién sabe—si la tierra  
Con que el alma—amó la vida,  
Á ella queda—siempre unida  
Por un vínculo—inmortal?

La materia—no comprende  
De otro mundo—los prodigios,  
Y cree sueños—y prestigios  
Lo que el alma—libre ve.  
Y por eso—me sorprende  
Que en la noche—vaporosa,  
Esa llama—misteriosa  
Á la sombra—forma dé.

Llama suave—y azulada  
Cual la estrella—en Occidente,  
Cual la mar—fosforescente,  
Cual la etérea—exhalación;  
Ya mi mente—fascinada  
En un mundo—se imagina,  
Que tu fósforo—ilumina  
Sin colores—ni calor.

Y en silencio—y en misterio  
A mis ojos—aparece  
Ese mundo—que esclarece  
Tu fatídico—esplendor.  
¿Serán muertos—que al imperio



Se revelan—de la tierra,  
Ó vivientes—que destierra  
De la vista—el claro sol?

Son los monstruos—que cree abortos  
La razón—de la demencia,  
Y que tienen—su existencia  
En las sombras—del dolor:  
Pues mis ojos—ven abortos  
Que de formas—se revisten  
Cuántas penas—¡ay! embisten  
En la vida—al corazón.

Mas girando—en lontananza  
Va la llama—solitaria,  
Que esa corte—estrafalaria  
Se recuesta á—contemplar.  
Semejante—á la esperanza  
Que brillando—desde lejos,  
Busca alivio—en sus reflejos  
La miseria—del mortal.

Yo te sigo—luz querida,  
Aunque incierta—te apareces,  
Pues tú sola—desvaneces  
Los fantasmas—del pesar,  
Y á tu llama—siempre unida  
De mi alma—la esperanza,  
Si en la tierra—no te alcanza,  
En el cielo—te hallará.

Yo te sigo—fuego errante  
Que mi espíritu—fascinas,  
Y el misterio—me iluminas  
De tu extraña—aparición.  
Á tu luz—que en este instante  
Las tinieblas—embellece,  
El encanto—resplandece  
De una mágica—visión.

Es la imagen—que en su anhelo  
La ilusión—del alma crea,  
Es de amor—la viva idea,  
Del placer—la tentación;  
Su belleza—sin un velo  
Que los ojos—atormente,  
Luminosa—y transparente  
Se descubre—á la pasión.

Entre el fuego—danza y gira  
En su túnica—flamea,  
Y sus formas—contornea  
Con perfiles—de esplendor.  
¡No cantó—ninguna lira  
De belleza—tal prodigio,  
Nunca el mundo—tal prestigio  
De la danza—concibió!

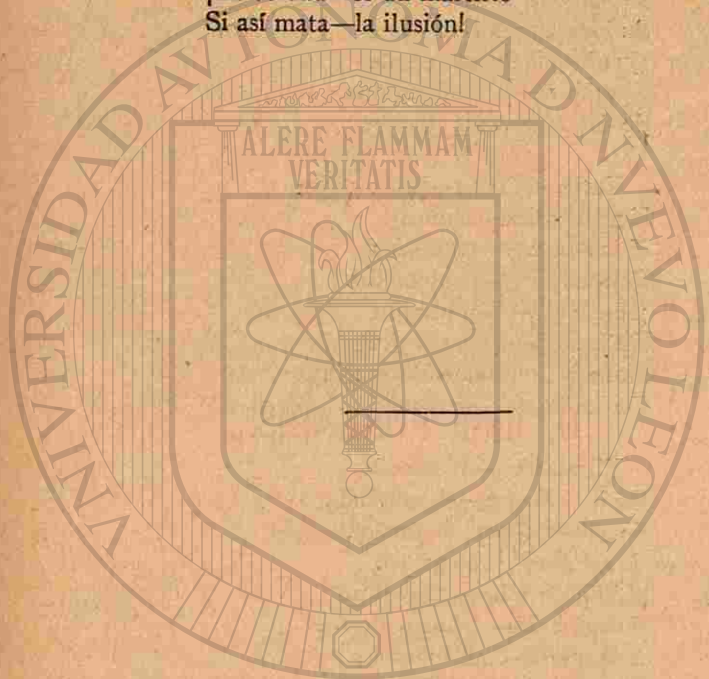
El sentido—se extravía  
En los pliegues—de su falda,  
Se deleita—con su espalda,  
Se arrebató—con su pie.  
¡Sé mi estrella—sé mi guía,  
Fuego fatuo—ó fuego eterno!  
Á la gloria—ó al infierno,  
Tras tu encanto—ciego iré.

Mas ¿qué soplo—fresco, suave,  
La arboleda—ha estremecido,  
Y perturba—con su ruido  
La quietud—de este lugar?  
En las ramas—canta el ave,  
Tras la cúspide—del monte  
Se ilumina—el horizonte  
Con creciente—claridad.

Es el sol—el cielo inflama,  
Y al brillar—su luz triunfante,  
Se disipa en—un instante



La fantástica—visión.  
¿Qué te has hecho—falsa llama,  
Que halagaste—mi delirio?.....  
¡La verdad—es un martirio  
Si así mata—la ilusión!



D. JOSÉ FORNARIS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ FORNARIS.

MI VUELTA Á CUBA.

Al fin te vuelvo á ver, ¡oh Cuba mía!  
Y respiro los aires perfumados  
Que tu floresta virginal me envía.  
Veloz la nave corre,  
Y á ver alcanzan ávidos mis ojos  
La cumbre, el templo, la distante torre.  
Tras gigante atalaya,  
El puerto miro ya, y oigo las olas  
Con estruendo rompiéndose en la playa.  
Prende en el fondo el ancla corva punta,  
Y al rápido rodar de la cadena,  
Mi corazón palpita estremecido.  
Esa barca que viene presurosa,  
Conduce á mi familia. El tierno grupo  
En la popa bellissimo resalta;  
El viento los impele, y presto llegan:  
Éste me besa, aquél me abraza..... alegre,  
Un mísero africano  
Me tiende ansioso la callosa mano,  
Y mi Tula gentil, fruto primero  
De un amor acendrado, tiembla y gime;  
Convulsiva solloza,  
Y al corazón extática me oprime.  
¡Oh Cuba! Vuelvo á ti sumido en llanto,  
Y como tú infeliz. Soñé contigo



Al ir de pueblo en pueblo, moribundo,  
Por los senderos ásperos del mundo,  
Sin dulce hogar ni cariñoso amigo.  
Con su garra el pesar marcó mi frente,  
Mas nunca te olvidé. Soy el poeta  
Que inspirado canté, con tierna lira,  
De tu raza aborigena la historia,  
El dulce amor de tus beldades castas,  
Y al fuerte campesino que domeña,  
Entre las zarzas y la inculca breña,  
Al bravo toro de tremendas astas.  
El que admiré de humilde ribereña  
El sencillo cendal, la simple toca,  
El palpitar del pudoroso seno,  
La blanda risa de la virgen boca.  
El que he pintado al indomable potro  
De crin copiosa y casco reluciente;  
Al fiero can que el cazador azuza,  
Y al jabalí, que con rencor aguza  
El doble filo de acerado diente.  
Todo lo reconozco: desde el monte  
Que á las nubes magnífico se encumbra,  
Coronado de cedros, al arroyo  
Que, susurrando armónico, se pierde  
En el confín de la alameda verde.  
En el misterio de tus noches tristes,  
Aun mi espíritu flota; aquí suspira  
En estas aguas, con la tibia luna,  
Que pálida argentea,  
Ó va con el relámpago de fuego  
Que en medio del espacio centellea.  
Van aquí mis recuerdos adorados  
Prendidos de la flor de las naranjas  
Ó en el limón silvestre y oloroso,  
Que tiñe el sol con amarillas franjas.  
Siento sombras amigas  
Que pasan silenciosas por las selvas,  
Moviendo lentamente las espigas,  
Y más allá contemplo,

Bajo la arcada del hermoso templo,  
Á mi esposa temblando de alegría,  
Cual de su boda en el dichoso día.  
Mas cámbiase la escena,  
Y oigo elevarse cantos funerales,  
Y convertirse en lúgubres blandones  
Las antorchas nupciales.  
Aquí se acerca el coro de poetas  
Amigos de mi infancia. Ése á Polonia  
Entona un himno con ardiente saña;  
Éste llora á Fidelia al dulce rayo  
De triste luna que su losa baña;  
Aquél corona á Marta; en la colina,  
En la playa, en el mar, en el otero,  
Vive y palpita mi pasado entero.  
El ave sola que un gemido exhala,  
Tiernísima memoria en mí despierta  
Al sacudir el ala;  
El céfiro que cruza en vagos giros  
Me dice, en grato idioma, que otras veces  
Recogió susurrando mis suspiros.  
Al rumor de los sauces que se agitan  
Por saludarme al retornar á Cuba,  
Mil seres adorados resucitan.  
Llega entre ellos mi madre, y cariñosa  
Me reconoce y besa con ternura,  
Y á pesar de su pálido semblante,  
Su débil voz, su marcha vacilante,  
Está llena de amor y de hermosura.  
Todo está como ayer. Oigo el tañido  
De la campana mística, que toca  
La cristiana oración. Allí la iglesia  
Se eleva con su tosco campanario,  
Y escucho el santo rezo  
De toda mi familia arrodillada  
Ante el altar. Las límpidas corrientes  
Oigo del patrio río,  
Y la hilera de pinos florecientes  
Aun á la entrada está del hogar mío.



De aquel hogar, que entre el fragante ramo  
Del mango en flor modesto se escondía,  
Y por el sol dorado relucía  
Al borde de las aguas del Bayamo.  
Aquí corrí por la espaciosa vega,  
Festonada de rústica verdura,  
O tendido en el césped, la mirada  
Espacié con placer por la llanura.  
Aquí en dulce embeleso  
Se abrieron á la par, por vez primera,  
Mi espíritu al amor, mi labio al beso.  
Aquí vibró la simple melodía  
De mi primer idilio,  
Bajo bóveda azul y al aire libre,  
Como en las ondas del famoso Tíbre  
El blando son del arpa de Virgilio.

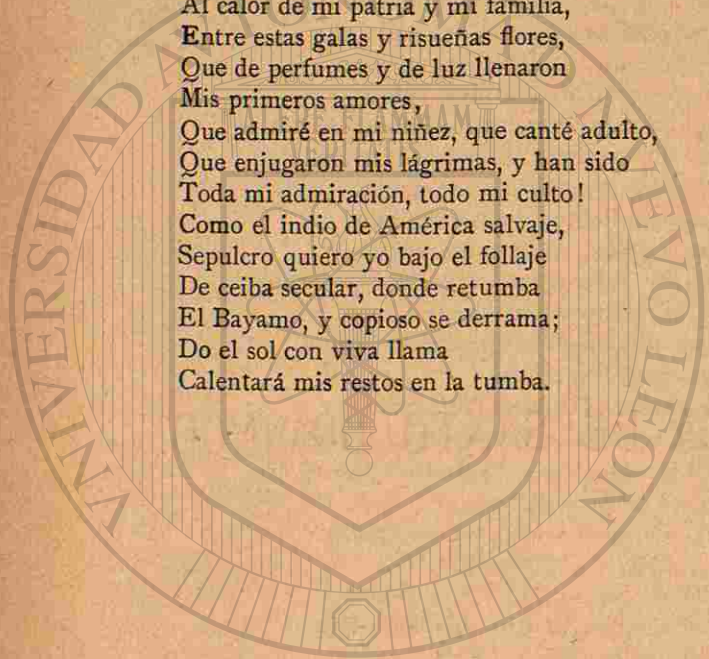
Errante y sin amor me vió la tierra:  
El Sena, el Rhin, el Ródano, el Girona,  
Del San Gotardo la nevada sierra,  
Y el Monte Blanco de la frente blonda.  
La cúspide pisé del Apenino,  
Donde el águila apresta garra aleve,  
Y la virgen montaña de Interlaken  
Con su manto limpísimo de nieve.  
Vi, entre lagos y flores, extendidos  
Los frescos valles de la antigua Helvecia,  
Y radiantes basílicas de mármol  
En Génova y Milán, Roma y Venecia.  
Mas no pude olvidarte, hermosa Cuba:  
Siempre mis ojos con amor volvía,  
Entre tanta riqueza, al Occidente;  
Y así como tras gasa transparente,  
Al través de los aires te veía.  
Por encima del rico mausoleo  
Del minarete moro,  
De la torre ojival, del alto muro,  
Miraba, ¡oh Cuba! tus campiñas de oro  
Sobre el caribe mar. Si tú no ostentas

Góticas catedrales,  
Tus montes son mis templos, y tus cumbres  
Mis torres de marfil y arcos triunfales.  
¡Al fin te vuelvo á ver! Mas ¡qué vacío  
Siento en mi corazón! Fueron mis años  
Rubias mieses que seca un soplo frío.  
¿Dónde aquel delirar libre de penas,  
En que ceñir mi sien imaginaba  
Con un lauro inmortal, y me soñaba  
Horacio en Roma, Píndaro en Atenas?  
¿Dónde la grata y misteriosa cita  
En oculto jardín, y el tembloroso  
Beso robado á la inocente virgen  
Que con delirio amé....., y aquellas noches  
De loco Carnaval, en que traidora  
En vivo afán me sorprendió la aurora,  
Al compás fascinante  
De la música dulce y tentadora?  
¿Dónde están las campestres correrías  
Por las tortuosas, florecientes calles  
De los cubanos valles?  
¿Dónde aquel escalar con pie seguro  
Por el vecino, reforzado muro?  
¿Dónde aquel recorrer fértiles costas  
Que besa el mar azul, y en las arenas,  
Calientes todavía,  
Buscar, con jubilosa vocería,  
La frágil concha de encarnadas venas?.....  
¿Y aquel bogar en índicas piraguas,  
Entre un coro de vírgenes hermosas  
Como nacientes rosas,  
Y más frescas y limpias que las aguas?

Todo ha pasado, y mi ánimo sombrío  
Ve mis campos desiertos,  
Seca y talada mi natal orilla,  
Mi hogar en tierra y mis amigos muertos.  
¡Oh tierra de mi amor!..... ¡Oh cara Cuba,  
Al fin te vuelvo á ver!..... No vengo ansioso,



Soñando conquistar ínclitas palmas,  
Sino á verter mi lágrima postrera,  
Y á suspirar con las sensibles almas.  
¡Vengo á morir al pueblo en que he nacido,  
Al calor de mi patria y mi familia,  
Entre estas galas y risueñas flores,  
Que de perfumes y de luz llenaron  
Mis primeros amores,  
Que admiré en mi niñez, que canté adulto,  
Que enjugaron mis lágrimas, y han sido  
Toda mi admiración, todo mi culto!  
Como el indio de América salvaje,  
Sepulcro quiero yo bajo el follaje  
De ceiba secular, donde retumba  
El Bayamo, y copioso se derrama;  
Do el sol con viva llama  
Calentará mis restos en la tumba.

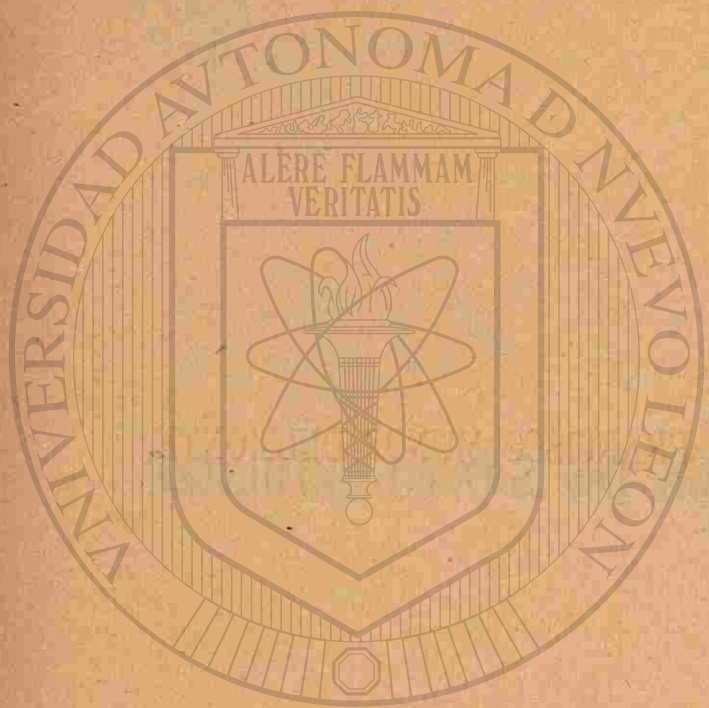


ISLA DE SANTO DOMINGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.

UANTL

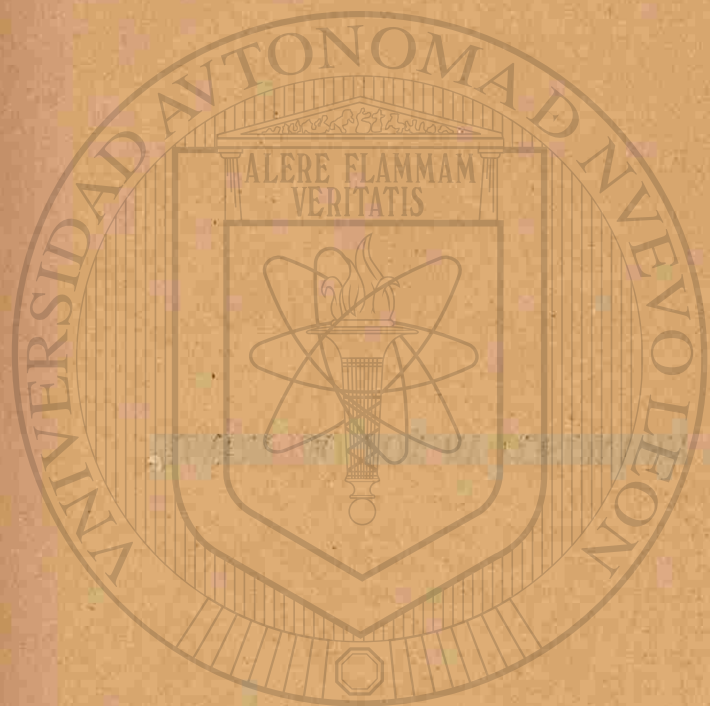
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.

EL VERANO EN LA HABANA.

I.

Ese denso vapor que se levanta,  
Opaco, blanquecino, amarillento,  
Y sube en perezoso movimiento  
Desde el bajo horizonte hasta el cenit,  
Es la respiración ardiente y seca  
De la tierra de Cuba en el verano;  
Abrasado suspiro, con que en vano  
Llama del Norte la estación feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza  
Por las llanuras del desierto cielo,  
Y su aliento de llama enciende el suelo  
Y lo tuesta su sopro abrasador.  
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,  
Y la radiosa palma llama al trueno,  
Y en la flecha que nace de su seno  
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mustio, y palpitante, y requemado,  
Exhala el árbol un chirrido agudo,  
Y entre el denso espesor del bosque mudo  
Corre tibio el arroyo sonador.



Y la tímida flor su cáliz cubre  
Cerrando su corola perfumada,  
Como virgen que oculta avergonzada  
Con sus manos el seno encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,  
Entre estas lavas de un volcán latente,  
Á par que el alma arrebatarse siente,  
Siente el cuerpo abatirse en proporción.  
Y sus flexibles nervios se liquidan,  
Y sus músculos duros se distienden,  
Y sus entrañas trémulas se encienden,  
Y se quema su débil corazón.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche  
Cruzan el aire transparente y puro?  
¿Quién en los ojos del cocuyo obscuro  
Nutre y mueve la lumbré sideral?  
Y en la pálida faz de la habanera,  
¿Quién pone esos carbones encendidos,  
Esos ojos eléctricos y fluídos,  
Embeleso y tormento del mortal?

II.

Es el sol claro y fulgente  
Que en el trópico candente  
Vierte su inmenso torrente  
De fuego y luz inmortal.

Es el sol que engendra y luce;  
El sol, que mata y seduce;  
El sol, que abrasa y produce  
En un contraste eternal.

¡Es el sol!—Su lumbré pura,  
Ya fecunda, ya madura,  
Los cafetos en la altura,  
En llano el cañaveral.

Dora del *mango* la yema,  
Cuece en el *anon* la crema,  
Da á la *piña* su diadema,  
Su lanza á la *palma real*.

Y es rosa en el horizonte,  
Verde esmeralda en el monte,  
Melodía en el sinsonte,  
En la alta caña cristal.

Y en el hombre es chispa ardiente  
Que le infunde un estro hirviente,  
Cuando casi adolescente  
Se lanza al mundo ideal.

Y en la doncella cubana  
Es la gracia sobrehumana  
Que une la hurí musulmana  
A la ondina de Fingal.

III.

Julio en tanto ardoroso se levanta  
Y hacia el rugiente Can se precipita,  
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,  
Y otra fiebre interior la alma quebranta.

¡No más, oh sol! ¡no más! Tu fuego intenso  
La masa cerebral volatiliza,  
La médula transforma en vapor denso,  
Y en las venas la sangre carboniza.

¡Ah! ¡Dadme hielo, y cabe el hielo lumbré;  
Dadme el cierzo á beber del Somosierra,  
Ó dadme del Pirene la alta cumbre,  
Ó de Granada la nevada sierra!

Dadme hielos, salones alfombrados:  
Que en la nieve glacial mi pie resbale,



Y del cuello y del seno, en piel forrados,  
Su grato aroma la belleza exhale.

Dadme hielo, y carámbanos, y frío,  
Que enrojezcan mi rostro macilento,  
Y el fuego apaguen en el pecho mío,  
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

¡Mas no! dejadme en Cuba, mi patria idolatrada (1),  
Dejadme en esta zona bendita en que nací,  
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,  
En donde el sol naciente la vez primera vi.  
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,  
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,  
Templar la calentura que siento arder en mí.  
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante,  
Mirando entre las hojas del plátano sonante  
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora  
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,  
Cargada de perfumes robados á la aurora,  
Bañada de frescura que el fuego va á templar.  
Dejadme que refresque las llamas de mi frente  
Con el terral nocturno que sopla del Poniente  
Trayendo los suspiros del cándido azahar.  
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,  
Que en torno de su disco figuran los encajes  
De virgen desposada que marcha hacia el altar.

Dejadme, sí, en la Habana; la tierra de las flores,  
La tierra del deleite, del fuego y del amor.  
¡Tu sol yo quiero, oh patria! Tus vientos bramadores,

(1) Á pesar de esta afirmación, el poeta era dominicano. Véase el prólogo.

Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.  
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,  
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,  
Y templá los ardores del astro abrasador.  
Tus palmas son las plumas que ondulan en tu frente:  
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente;  
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.

La Habana aun es muy joven. No existe aquí el pasado.  
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.  
¡Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.  
¡Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oír.  
Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,  
Que cante lo futuro del suelo por quien siente  
Mi pecho estremecido sus músculos latir.  
Dejadme, sí, que viva, dejad que muera en Cuba;  
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,  
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

¡Mas ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,  
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;  
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,  
De España á las riberas empuja mi bajel.  
Acaso helado un día al pie del Guadarrama,  
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,  
La acción vivificante mis labios pedirán,  
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,  
Surcando tristemente mi pálido semblante,  
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

#### Á LA MUERTE DE MI AMIGO Y CONDISCÍPULO

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

¡Se cumplió su misión sobre la tierra!  
La tierra oyó su apasionado canto:  
La tierra vió su inextinguible llanto:  
La tierra compartió su padecer.



¡Cantar, gemir, sufrir! — Triple corona  
Del poeta á la frente destinada,  
De espinas agudísimas orlada,  
Para clavarse en su doliente sien.

¡Cantar, gemir, sufrir! — Triple contraste  
Que el vate explica en su armonioso acento,  
Sublime trinidad del sentimiento,  
Triple fuente de eterna inspiración.

¡Cantar, gemir, sufrir! — Esta es la vida:  
Esta fué su misión. Cantó á natura,  
Al amor, á la patria y la hermosura,  
Y la santa virtud y la razón.

Lloró del hombre los errores tristes,  
El frívolo anhelar, el egoísmo,  
El desconsolador escepticismo,  
La horrenda duda y la incredulidad.

Sufrió el peso fatal de la injusticia,  
La vil calumnia envenenó su vida,  
Y su excelsa virtud fué combatida  
Por la torpe ignorancia y la maldad.

¡Y, gimiendo en los bosques de la patria,  
Sublime rui señor del Nuevo Mundo,  
Á su acento fatídico y profundo  
El eco de la patria respondió!

¡Y, cantando en su plácida agonía,  
Cubano cisne en la suprema hora,  
De virtud y saber la nueva aurora,  
Que en la patria despunta, saludó!

Y cantando y gimiendo entre raudales  
De armonía, de amor y de ternura,  
Encendido querube, su alma pura  
Batió las alas y voló al Señor.

Y Anahuac quedó huérfano. Y su patria,  
Tierra de los perfumes y verjeles,  
De verdes palmas circundó y laureles,  
En vez de sauces, su final mansión.

¡Sublime Heredia! Tú escucha  
Desde tu inmortal asiento  
El dolorido lamento  
Del amigo en la niñez;  
Del amigo que te viera  
En la orilla del Ozama,  
Nutrir la divina llama  
Que al fin devoró tu ser.

Aun me acuerdo. Un doble lustro  
Por ti pasado no había:  
Aun llegado no era el día  
De la razón para ti,  
Y anticipándose el genio  
Al estudio y la experiencia,  
Tu asombrosa inteligencia  
Revelaba el porvenir.

Adulto yo, al contemplarte  
Copiar casi niño á Homero,  
Creía ver el choque fiero  
De Aquiles y Agamenón:  
Y frente á las griegas naves,  
Y de Priamo á los gemidos,  
Entre llamas y alaridos  
Hundirse la sacra Ilion.

Y, cabe el derruido muro,  
Alzado el caballo inmenso,  
Griegos, lanzas y humo denso  
De sus flancos vomitar:  
Y los dioses del Olimpo  
Luchar en la arena ardiente



Y, al mover la adusta frente  
El alto Jove, temblar.

Vierais entorces al vate,  
Vierais al niño estupendo,  
Cielo y tierra recorriendo,  
Tierra y cielo descubrir:

Vierais su infantil semblante  
Alumbrarse de repente,  
Y en su ancha y morena frente  
Los negros ojos lucir.

¡El genio! ¡El genio! Miradlo  
Cómo la ciencia adivina:  
No hay maestro, no hay doctrina,  
El genio es la inspiración.

El genio abrevió su vida;  
Que el genio es la calentura  
Que la fibra humana apura  
Cuando alumbra á la razón.

Tú cantaste la espléndida carrera  
Del sol de nuestros climas, que encerrado  
En la zona flamígera, vertiera  
Sobre la faz del orbe iluminado

Sus prolíficos rayos. Tras la huella  
Del padre de la luz, tú viste alzarse  
La verde copa de la palma bella,  
Y de su centro esférico lanzarse

La flecha derechísima, cual sube  
De Roma en las basílicas sagradas  
El majestuoso dombo hasta la nube  
Con su aguja ó sus cruces bronceadas.

Tú cantaste, el primero, la natura

De la tórrida zona, el fresco ambiente  
Bajo un cielo de fuego, la verdura  
Esmaltada, eternal, resplandeciente,

De la reina gentil de las Antillas;  
Sus piñas, sus aromas orientales,  
Y el néctar de sus cañas amarillas  
Convertido en melíferos cristales.

¡Y el mundo de Colón no fué un desierto!  
Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,  
Su murmullo el arroyo, y su concierto  
El pardo ruseñor americano.

Y la flor reveló su gallardía,  
Y el mar caribe su onda mugidora,  
Y los cedros su bíblica osadía,  
Y el huracán su voz atronadora.

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,  
Del Niágara rugiente en la ancha boca,  
Te vió el mundo, de asombro y susto lleno,  
Tu arpa triste pulsar en la alta roca.

Y el orbe de Colón, la voz alzando,  
«Es mi poeta», dijo. Y la alta idea  
Del nuevo, el mundo antiguo confirmando,  
«Poeta es», repitió. «Él pinta y crea».

Bello es pintar, á fe; crear es bello;  
Bello es trazar con la flexible pluma  
La luz variable y vaga de la aurora,  
Del astro el primer fúlgido destello,  
El rayo que se escapa entre la bruma,  
Y la alta cresta que ese rayo dora.

Bello es pintar del verde papagayo  
Las alas de carmín y el pecho de oro,  
El tornasol del colibrí zumbante,



El jazmín del café brotando en Mayo,  
Y el ruiseñor que en el volátil coro  
El aire hiende con su voz triunfante.

Bello es crear en Corina  
La lira que canta á Italia,  
Y so la tosca sandalia  
De penitente heroína  
La ardiente vestal de Idalia.

Bello es el afán que encierra  
De lo infinito el anhelo,  
Del genio el gigante vuelo.  
¡Bello es crear en la tierra  
Las ilusiones del cielo!

¡Tú pintaste y creaste! Su paleta  
Natura te confió: su antorcha el genio.  
Es pintor, cuando crea, el gran poeta;  
Es creador, cuando pinta, el grande ingenio.

¡Mas ay! cuando de ese mundo  
Que creó tu genio fecundo  
Descendiste al cieno inmundo  
Del mundo cierto y real:  
Cuando viste á la alta ciencia  
Doblada por la indigencia,  
Pedir socorro y clemencia  
Á la ignorancia brutal;

Cuando las virtudes gimen,  
Cuando los malos oprimen,  
Cuando en su antro ruge el crimen,  
Erguido, amenazador,  
Entonces tu musa llora,  
Y al Ser infinito implora,  
Y de tu arpa gemidora  
Se alza el himno del dolor.

Himno fatídico y santo (1),  
Dulce y cadencioso llanto,  
Solemne y lúgubre canto  
Visión de la eternidad.  
Himno que vibra en el suelo  
Cual voz sublime del cielo;  
De esperanza y fe el consuelo  
Derrama en la humanidad.

Cantor del moderno mundo,  
Y del Niágara iracundo,  
Te convertiste en profundo  
Poeta del corazón:  
Pintor del bosque y las flores,  
De la luz y los colores,  
De los humanos dolores  
Penetraste en la región.

Y allí en el caos sombrío  
De la mente del impío  
Viste tú su orgullo frío,  
Su soledad y pavor:  
Y viste, allí en la inocencia,  
La dicha de la existencia,  
Y del malo en la conciencia  
Los tormentos y el terror.

Y allí, entre bienes y males  
Revelaste á los mortales  
Los destinos eternos  
Que aguardándolos están;  
Y al darte el adiós postrero  
Te proclamó el mundo entero  
Cual vate, rival de Homero,  
Cual bardo, rival de Osián.

¡Poeta encantador, bardo sombrío,

(1) El himno del Desterrado.



Hora en la gloria á do te alzó tu fe,  
Tu morada inmortal! ¡ Del pecho mío  
El velo rasga, y ve cuánto te amé!

¡ Sí, yo te amé! Del impetuoso Ozama  
En la azotada orilla, un tiempo honor  
De la aurifera Haití, tu infantil llama  
Á mi alma nueva transmitió su ardor.

¡ Sí, yo te amé! Del infortunio el viento  
Al soplar rebramando sobre ti,  
A tu oído llevó mi amigo acento,  
Y tu penar inmenso compartí.

¡ Sí, yo te amé! Tus cantos inmortales  
Fueron siempre mi encanto y mi solaz,  
Luz de amor en la noche de mis males,  
Voz de amigo en mi larga soledad.

¡ Adiós, adiós!..... Tu cuerpo está en la tierra,  
Tu alma inmortal en el empireo está:  
Aquí una piedra tu sepulcro cierra,  
Allí te abre su gloria Jehová.

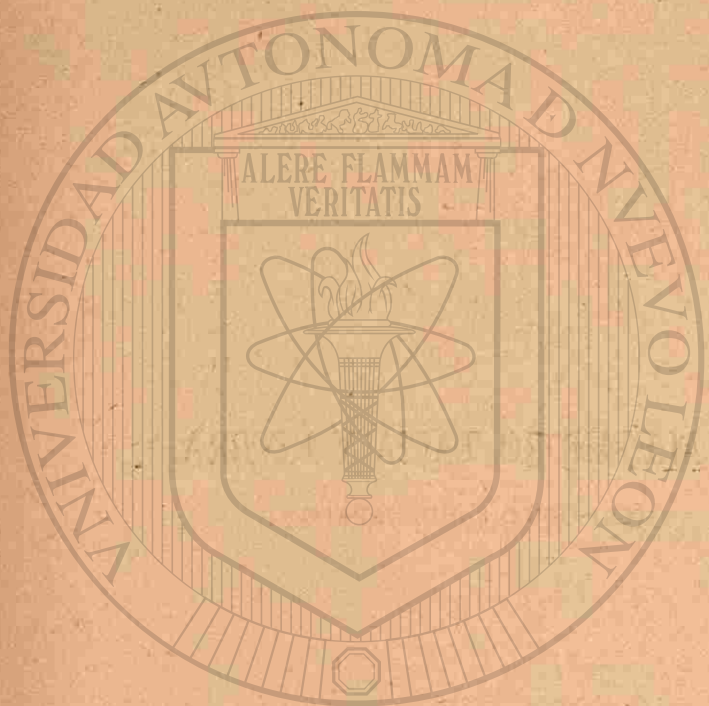
¡ Cantar, gemir, sufrir! Esta es la vida.  
Sufrir es la virtud.—La eterna luz  
Al que sabe sufrir está ofrecida.  
¿Quién al hombre salvó?—Sólo la cruz.

ISLA DE PUERTO RICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

LA SATANIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.—El poeta recibe la visita del augusto Satán, quien se le presenta *comme il faut*.—Carinoso discurso del Príncipe y su simpatía para con el poeta.—Llévale a su Metrópoli ofreciéndole protección.

I.

Del hombre triste la mortal caída,  
La de su yugo redención felice,  
Canten otros en tónica escogida  
Que del arpa las cuerdas divinice;  
Yo contaré una historia no sabida  
Que de pasmo y terror el vello erice.  
Lejos de mí la lira; suene el cuerno,  
Pues canto á Satanás, canto el Infierno.

II.

Príncipe augusto, de mirar sombrío,  
Sublime emperador: la rabia eterna  
Con que riges el Mundo á tu albedrío



Témplese en mi favor: tu Gracia tierna  
Inspire, ¡oh, gran Señor! al pecho mío,  
Que en tus aras humilde se prosterna,  
Cantos dignos de ti, cual soberano  
Que eres del Mundo y del Linaje humano.

III.

La noche con su manto tenebroso  
En brazos de los sueños dormitaba,  
En tanto que del céfiro amoroso  
Los besos y caricias disfrutaba:  
Sentado yo en sillón duro y nudoso,  
Que potro del desvelo semejaba,  
Con la mente sumida en loco empeño,  
Canséme de pensar, rindióme el sueño.

IV.

¡Oh, cuán feliz aquel que en lecho blando  
Se duerme al son de sus talegos graves,  
Sin que la voz del Albionés infando  
Hiera su oído en desacordes claves!  
¡Feliz aquel que á la verdad tornando  
Despierta y cuenta los doblones suaves,  
En tanto que el que vive desvalido  
Los cuenta sólo cuando está dormido!

V.

La herencia del poeta es el ensueño:  
En el soñar tan sólo halla ventura;  
Mas, la cruda verdad con torvo ceño  
De aquel soñar ahuyenta la hermosura.  
Si nada en derredor mira risueño,  
Si todo en derredor brinda amargura,

¿Qué mucho, ¡oh, Dios! que el ente de que hablo  
Su musa celestial consagre al diablo?

VI.

Soñaba, pues, que hallábame en la cima  
De elevada montaña prodigiosa,  
Brotando más abajo, y de honda sima,  
Entre espumas corriente caudalosa,  
Que ya sesga ó ya salta por encima  
De ríspidos peñascos bulliciosa,  
Perdiéndose en un llano amarillento  
Con sereno y torcido movimiento.

VII.

Era aquel un desierto, cuya arena,  
Que á lo lejos sin fin se prolongaba,  
Ni al tosco junco ni á la planta amena  
El preciso alimento deparaba:  
Á mi espalda la atmósfera serena  
En encumbrado azul se dilataba,  
Y entre los riscos el raudal naciendo  
Atronaba los aires con su estruendo.

VIII.

Formaban la montaña rudas peñas  
Cual oro, por brillantes y por duras;  
Eran, al parecer, como las breñas,  
De oro también las áridas llanuras;  
Y del propio metal, según las señas,  
Era el raudal naciente en las alturas,  
Ya que en sus giros, vueltas y cascadas  
Dejaba las arenas brillantadas.



IX.

Yo dudo que jamás con tanto oro  
Se haya encontrado la hominal persona,  
Pues vale cada piedra allí un tesoro  
Suficiente á comprar regia corona.  
Quizá «El Dorado» es, do cada poro  
Un surtidor aurífero pregona.  
Extático me hallaba aún en mi sueño:  
¿Quién de vencer su asombro fuera dueño?

X.

Queriendo persuadirme, alcé la mano:  
Tendida en derredor, tomé un pedrusco.  
¡Pasmoso relucir! ¡deleite humano!  
Lancéle, resonó, y al choque brusco,  
En más de cien pedazos rodó al llano.  
¡Dichoso parabién! Un nuevo Cuzco,  
Australia, California y Potosí,  
Risueños se mostraban ante mí.

XI.

Y aun más esta región, más atesora.  
En aquéllas el oro da quebranto,  
Pues la tierra es allí más guardadora:  
Cubre el metal con su negruzco manto,  
Obligando á la gente buscadora  
Á gastar otra mina y afán tanto;  
Y aquí el oro, en riquísimo venero,  
Viene á buscar la mano lisonjero.

XII.

Oro, indispensable oro, no tu nombre  
Maldecirá injurioso el labio mío:

Poderoso aguijón eres del hombre  
Y muestras por doquier tu poderío:  
Ya con tu brillo al universo asombre  
Del humano el soberbio desvarío,  
Ya cuando, bienhechor, te riega el llanto,  
Ya cuando das la luz por medio tanto.

XIII.

Tan luego que me vi señor y dueño  
De esta insólita y mágica grandeza,  
Ofrecióse á mi vista, asaz risueño,  
Un panorama de sin par belleza:  
Mas ¡ay! que aun en mitad de grato ensueño  
La miseria se brinda en su fiereza,  
Comparando por fuerza aquel tesoro  
Con mi habitual penuria y falta de oro.

XIV.

Con todo, era feliz porque soñaba,  
Pasada ya la desventura horrible  
Que la carencia de oro me causaba:  
¡El oro, vencedor de lo imposible!  
¡Cuántas y cuántas veces suspiraba  
Sumido en la inacción más insufrible,  
Sirviendo al pensamiento de barrera  
Ese metal, dulcísima quimera!

XV.

Hoy que en el mundo el infernal becerro,  
Que iracundo Jehovah derribó un día,  
Eleva sus altares, con cencerro  
Invitando á la ciega idolatría,  
Y el mundo todo en lamentable yerro



Dobla en sus aras la rodilla impía,  
Y el bien sucumbe en la batalla ruda  
Si del oro el poder no le da ayuda;

XVI.

Hoy, que hasta el trono del Señor bendito  
Eleva el hombre la oración profana,  
Oro pidiendo al Dios de lo infinito  
Con metálica voz y sed mundana,  
Yo ante el oro también mi ánimo excito  
Y demando placer y gloria humana.  
¿Qué vale la virtud en la indigencia?  
¿Qué vale sin metal la inteligencia?

XVII.

Gloria, placeres, de la incierta vida  
Desvanezcan el tedio y los dolores:  
Que por senda de amor, de gozo henchida,  
Discurra como arroyo entre las flores:  
Siempre renazca la verdad querida  
Reviviendo el amor con sus amores;  
Y soñar y gozar, y de esta suerte  
Cuando muera el placer, venga la muerte.

XVIII.

Que el hombre á su pesar la faz humille  
Ante mi planta altiva y orgullosa;  
Prosternado ante mí se maraville  
Adorando mi magia poderosa:  
Que mi voz ante el caos fúlgida brille  
Y la noche disipe tenebrosa.....  
Oro y más oro, con furor anhelo.  
Y renuncio por siempre al alto cielo.

XIX.

«¡Oro!—Sí, lo tendrás»—dijo á mi lado  
Una voz varonil cuanto sonora.  
Sorprendido quedéme y espantado  
De oír cerca de mí tan á deshora  
Tal promesa y tal voz, y vi asombrado  
Á un hombre de presencia encantadora.  
Miré al punto, y juzgué al desconocido  
Un cortés caballero muy cumplido.

XX.

De ceremonia el frac llevaba airoso,  
Enlutado calzón, botas lucientes,  
Pechera en que el bordado primoroso  
Se esmaltaba con joyas refulgentes:  
Gallardo talle y ademán gracioso,  
Maneras y actitudes sorprendentes:  
Aire dando á su traje, lisonjero  
Su porte natural de caballero.

XXI.

Á pesar de su edad, fruta madura  
En el árbol frondoso de la vida,  
La varonil belleza en él fulgura  
Al ideal sublime parecida.  
Era su frente de cincel hechura,  
Do inteligencia celestial se anida,  
Y sus ojos azules y harto bellos  
Reflejaban radiantes sus destellos.

XXII.

Cual de Apolo la rubia cabellera  
Su busto de belleza coronaba,



Y su mirada viva y altanera  
Dulce y tierna á su vez se dilataba.  
En su semblante palidez ligera  
Cual sombra de pesar se aposentaba:  
Nube que de infernal melancolía  
Turbaba de su cielo la alegría.

XXIII.

«Lo tendrás»—repitió, su vigorosa  
Mano puesta en mi hombro, y su mirada  
Fija en mis ojos, mágica, ardorosa,  
Con fantástico brillo iluminada.—  
Mirábale yo fijo, ¡hora penosa!  
En la suya mi vista embelesada,  
Mirando á mi pesar, magnetizado  
Y en éxtasis extraño subyugado.

XXIV.

«Me llamo Lucifer»—exclamó luego  
Aquel hombre ó visión electrizante.  
• Su nombre al escuchar, de terror ciego,  
Salté queriendo huir todo tremante,  
Como asustado el tímido borrego  
Ante lobo feroz; pero al instante  
Sentóse y me calmó.—Su lastimera  
Historia me contó desta manera:

XXV.

«En aquellas regiones venturosas  
Do reinan celestiales alegrías,  
Donde abundan las flores aromosas,  
Do lucen siempre deliciosos días,  
Donde el son de las arpas melodiosas

Derrama plañcenteras armonías,  
Nací para mi bien, mas desterrado,  
Suspiro de aquel bien tan apartado.

XXVI.

»¿Á quién que digan mi terrible nombre  
Logrará comprender la honda tristeza  
Que nunca pudo comprender el hombre,  
Pues jamás conoció tanta grandeza?  
El eco de mi voz tal vez asombre  
Al Universo entero, y con dureza  
Me maldiga, sin ver que, desvalido,  
Mi destino es llorar como nacido.

XXVII.

»Al partir de mi Edén idolatrado  
Traje conmigo, como triste herencia,  
De llanto un manantial nunca agotado:  
Que la augusta divina inteligencia  
Me dió por ley el mal, y condenado  
Á combate infernal con la conciencia,  
Prodigo el mal, y con el mal me hiero,  
Y en él me gozo, y sufro, y desespero.

XXVIII.

»El Padre de la luz dióme potente  
De ángel excelso las doradas alas,  
Á mis ojos dió luz resplandeciente,  
Ornóme de lo bello con las galas,  
Fulgurosa diadema dió á mi frente  
Que deslumbró las inmortales salas;  
Mas ¡ay! dejé mi natural sumiso  
Y perdí para siempre el Paraíso.



XXIX.

»Desde entonces el Mundo es mi morada,  
El mal me cerca, fiero lo prodigo,  
Y en lucha desigual, desenfrenada,  
Hago gimiendo el mal y me maldigo.  
¡Cuán triste es maldecir! En la alborada  
Miro al naciente sol como enemigo,  
Y en la noche, si brillan las estrellas,  
Las aborrezco más cuanto más bellas.

XXX.

»En ellas, sólo en ellas quizá mora  
El dulce encanto para mí perdido;  
De la patria feliz que el alma adora  
Despiertan el recuerdo entristecido.  
La deleitosa paz que se atesora  
En ellas ¡ay! contemplo enfurecido.....  
¿Y por qué no cegar, si sólo enojos  
Miran doquiera mis dolientes ojos?

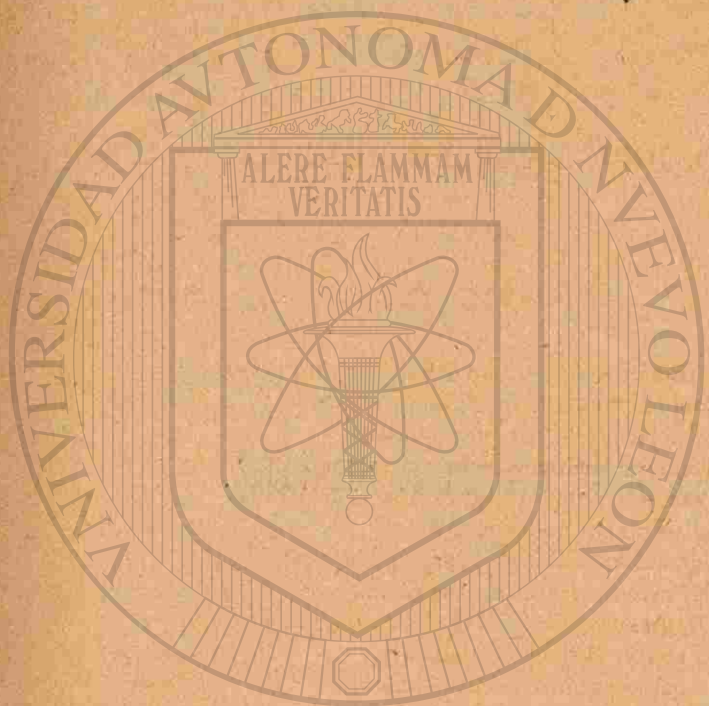
XXXI.

»¡Oh, mortal que me temes y motejas,  
Perdona al triste que perdió el contento!  
Con amargo dolor también te quejas,  
Pues perdiste un Edén; el sentimiento,  
Con maldecir mi ser, de ti no alejas.  
Maldiciones al par demos al viento.  
El mal brota también de esa tu mano:  
Criatura de dolor, eres mi hermano.»

.....

D. JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.

—  
¡PUERTO RICO!

¡Borinquen! nombre al pensamiento grato  
Como el recuerdo de un amor profundo;  
Bello jardín de América el ornato,  
Siendo el jardín América del mundo.  
Perla que el mar de entre su concha arranca  
Al agitar sus ondas placenteras;  
Garza dormida entre la espuma blanca  
Del niveo cinturón de tus riberas.  
Tú, que das á la brisa de los mares,  
Al recibir el beso de su aliento,  
La garzota gentil de tus palmares;  
Que pareces, en medio de la bruma,  
Al que llega á tus playas peregrinas,  
Una ciudad fantástica de espuma  
Que formaron, jugando, las ondinas;  
Un jardín encantado  
Sobre las aguas de la mar que domas;  
Un búcaro de flores columpiado  
Entre espuma y coral, perlas y aromas.  
Tú, que en las tardes sobre el mar derramas,  
Con los colores que tu ocaso viste,  
Otro oceano de flotantes llamas;  
Tú, que me das el aire que respiro,  
Y vida al canto que espontáneo brota,  
Cuando la inspiración en raudo giro



Con sus alas flamígeras azota  
La frente del cantor; ¡oye mi acento!  
El santo amor que entre mi pecho guardo  
Te pintará su rústica armonía;  
Por ti lo lanzo á la región del viento;  
Tu amor lo dicta al corazón del Bardo,  
Y el Bardo en él su corazón te envía.  
¡Óyelo, patria! El último sonido  
Será, tal vez, de mi laúd; muy pronto  
Partiré á las regiones del olvido.  
Mi juventud efímera se merma,  
Y ya en su cárcel habitar no quiere  
Un alma melancólica y enferma;  
Antes que llegue mi postrero día  
Y mi cantar se extinga con mi aliento,  
¡Toma, patria, mi última poesía!  
¡Ella es de mi *amor* el testamento!  
¡Ella el *adiós* que tu cantor te envía!

Tres siglos ha que el hombre  
Encerrado en el viejo continente,  
Ni en ti soñaba, ni soñó tu nombre;  
Tu ser fué una bellísima quimera  
Á los que oían el confín del mundo  
De Thule en la fantástica ribera;  
Pero sonó una hora en el gigante  
Reló que marca su existencia al orbe,  
Y abrió sus ondas el airado Atlante.  
El dedo del destino  
Tocó de un hombre en la ardecida frente  
Y entre las ondas le mostró un camino;  
Él tan sólo quería,  
Cruzando las regiones de Occidente,  
Volver al sitio donde nace el día;  
Al viento del azar tendió sus velas  
Desde el confín del turbido Oceano,  
Y la suerte llevó sus carabelas  
Á chocar con el mundo americano.  
De ese mundo, bellissimo fragmento

Eres, ¡oh patria! que en el mar lanzara  
Un cataclismo al estallar violento;  
Mas trajiste tan sólo su belleza,  
Sin copiar del inmenso continente  
La pompa y el horror de su grandeza;  
Ni el tigre carnívero,  
Ni el león, ni el jaguar en tu montaña  
Lanzan su grito aterrador y fiero;  
Ni el boa se retuerce en la llanura,  
Ni entre las aguas de tu manso río  
Turbar el onda transparente y pura  
Se ve al caimán indómito y bravío.  
Ni arrojas al Atlante,  
De la playa pacífica, el inmenso  
Rey de los ríos, Marañón gigante.  
Ni tus montes, con rüido subitáneo  
Estremecidos en su base crujen,  
Cuando con ronco respirar titáneo  
El Orizaba y Cotopaxi rugen.  
Y no estremece un Niágara tu suelo  
Al desplomar la inmensa catarata  
En la que el Iris, el pintor del cielo,  
Une á las franjas de luciente plata,  
Oro, y carmín, y púrpura y topacio,  
Mientras en los cristales se retrata  
Fiero el condor, monarca del espacio.  
Tienes..... la caña en la feraz sabana,  
Lago de miel que con la brisa ondea,  
Mientras su espuma, la gentil guajana,  
Como blanco pulmón se balancea.  
Y la palma, que mece en el ambiente  
Encerrada en el ánfora colgante  
La linfa pura de su aérea fuente.  
Y de tus montes en el ancha falda,  
Donde el cedro y la péndola dominan,  
Luce el cafeto la gentil guirnalda  
Del combo ramo que á la tierra inclinan  
Las bayas de carmín y de esmeralda.  
Tú tienes, sí, sus noches voluptuosas,



Que amor feliz al corazón auguran,  
Y en un verjel de lirios y de rosas  
Manantiales de plata que murmuran:  
Tórtolas que se quejan en los montes  
Remedando suspiros lastimeros,  
Palomas y turpiales y sinsontes  
Que anidan en floridos limoneros.  
Todo es en ti voluptuoso y leve,  
Dulce, apacible, halagador y tierno,  
Y tu mundo moral su encanto debe  
Al dulce influjo de tu mundo externo.  
Por eso, en aquel día  
Que abordaron las naves castellanas  
Á tus bellas riberas, patria mía,  
Tus tribus aborígenes,  
Dominando el temor que las llevara  
Al seno oscuro de tus selvas vírgenes,  
Tranquilas contemplaron,  
Regresando apacibles á tu orilla,  
Como los brazos de la cruz se alzaron  
Bajo el rojo estandarte de Castilla.  
Pura amistad, vehemente,  
Unió los hombres que apartó el abismo:  
Del indio rudo en la tostada frente  
Cayó el onda sagrado del bautismo.  
Después, ya roto del temor el dique,  
La llama del amor lució esplendente:  
La dulce hermana del primer cacique  
Llamó su esposo al paladín de Oriente.  
Y tú fuiste el joyel que traspasaba  
El casto beso de su amor primero,  
Del señorial cintillo de Agueynaba  
Á la corona del monarca ibero.

Y después.... y después.... nunca mi canto  
Pinte el hondo luchar de las pasiones,  
Ni el exterminio, la crueldad y el llanto,  
Mancha de los humanos corazones.  
Borremos del error las hondas huellas

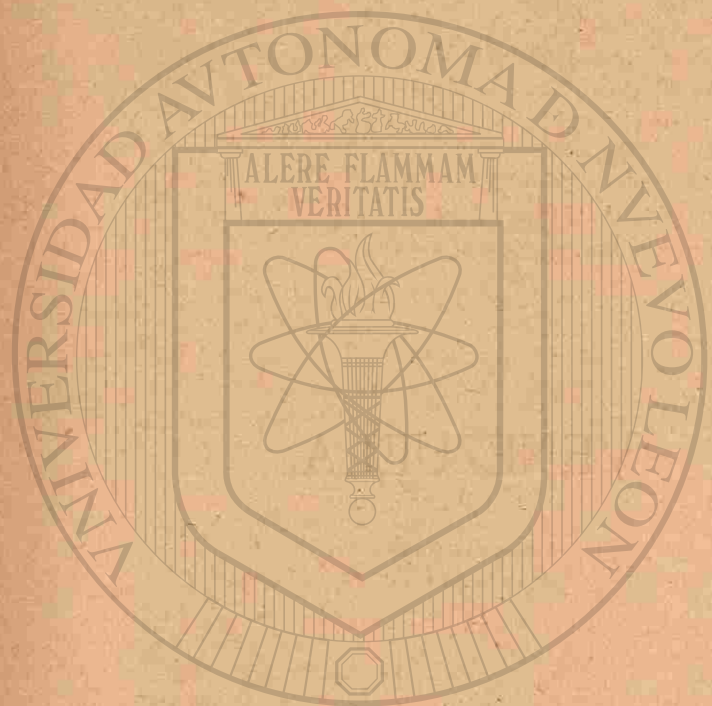
Que á la infeliz humanidad desdoran,  
Porque hombre soy.... y me avergüenzo de ellas.  
Llegó un día fatal de horror y duelo,  
En que, del oro tras el torpe lucro,  
La vil esclavitud manchó tu suelo;  
¡Y el huracán del golfo americano  
Dejó las naves abordar tranquilas  
Á las riberas del jardín indiano!  
¡Y tú, patria, la perla de Occidente,  
No volvistes al seno de los mares  
Para lavar la mancha de tu frente!  
Mas no en vano en Judea  
Corrió la sangre de Jesús, sellando  
El triunfo santo de su santa idea;  
Mas no en vano anhelante  
Caminó el mundo por el ancha vía  
Del progreso, adelante;  
Brilló una aurora de feliz memoria  
En que cesaron lágrimas y duelos,  
Borrándose una mancha de la historia,  
Y mil y mil acentos  
Dieron tu nombre, ¡libertad sagrada!  
Á los montes, los valles y los vientos.  
¡Y ni una sola represalia impía,  
Ni una venganza profanó tu suelo!  
¡Bendiciones y cantos, patria mía,  
Perdiéronse en las bóvedas del cielo!  
¡Extraño cuadro: que en el ancha tierra  
Al vencer la opresión en lucha santa,  
De entre el lago purpúreo de la guerra  
La libertad sangrienta se levanta!  
Dios debió sonreír, viendo á su hechura  
Hacer del paria hermano cariñoso  
Y del ángel tomar la investidura  
Al realizar un acto tan hermoso:  
Y bendecirte conmovido y tierno  
Porque sólo en tu suelo hospitalario,  
Al dulce influjo de tu mundo externo  
Se vió la Redención sin el Calvario.



Otro paso adelante, sin que vibres  
El arma fratricida;  
En el concierto de los pueblos libres  
Se levanta tu voz; savia de vida  
Y juventud circula por tus venas,  
Cuando la noble España conmovida  
Quebranta del colono las cadenas.  
Ya no eres, patria, un átomo perdido  
Que al ver su propia pequeñez se aterra;  
Ni un jardín escondido  
En un pliegue del monte de la tierra.  
Eres el pueblo que su voz levanta  
Si la justicia y la razón le abona,  
Que las exequias del pasado canta  
Y el himno santo del progreso entona.  
Tú no serás la nave prepotente  
Que armada en guerra, al huracán retando,  
Conquista el puerto impávida y valiente,  
Las ondas y los hombres dominando;  
Pero serás la plácida barquilla  
Que al impulso de brisa perfumada  
Llegue al remanso de la blanca orilla;  
Que ese es, patria, tu sino,  
Libertad conquistar, ciencia y ventura,  
Sin dejar en las zarzas del camino  
Ni un jirón de tu blanca vestidura.  
Y, patria.... si me engaño,  
Si me reserva mi destino impío  
Llorar tu ruina y contemplar tu daño;  
Si he de escuchar tus ecos,  
Devolverme entre lágrimas y horrores  
El ronco acento de tus bronce huecos;  
Si fuera mi laúd el destinado  
Para cantar tu pena y tu agonía,  
¡Ah, que le mire pronto destrozado  
En mis trémulas manos, patria mía!  
Y antes que el mal en tu recinto nazca  
Y contemplarlo con espanto pueda,  
¡Que disponga el Señor cuando le plazca

De este resto de vida que me queda!  
Mas si Jehová concedió al poeta,  
Al cantar á su patria y su destino  
La doble vista del veraz profeta;  
Si ha de unirse mi nombre con tu historia  
Para ser el cantor de tu alegría,  
Para ser el heraldo de tu gloria,  
Dios me conceda al verte,  
De venturas y triunfos coronarte,  
¡Una vida sin fin para quererte,  
Y una lira inmortal para cantarte!





UANL

VENEZUELA.

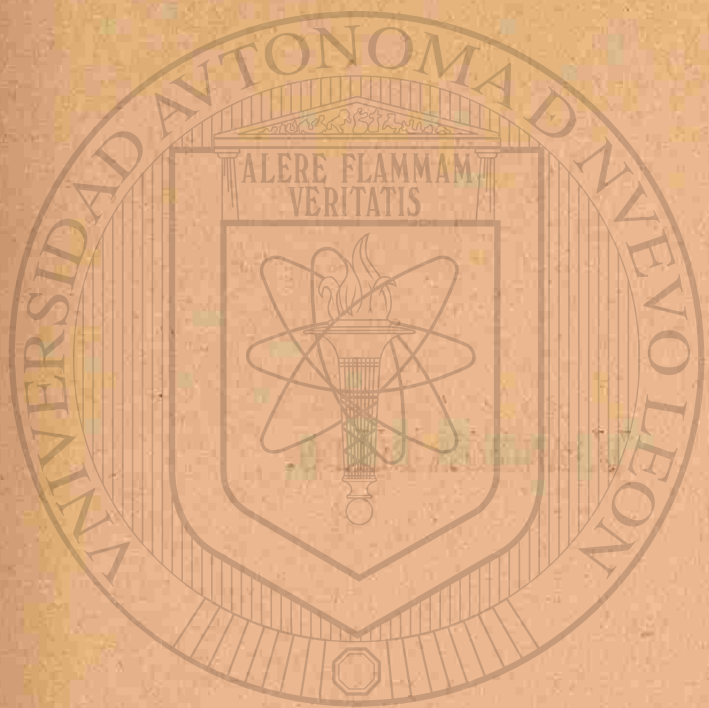
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







D. ANDRÉS BELLO.

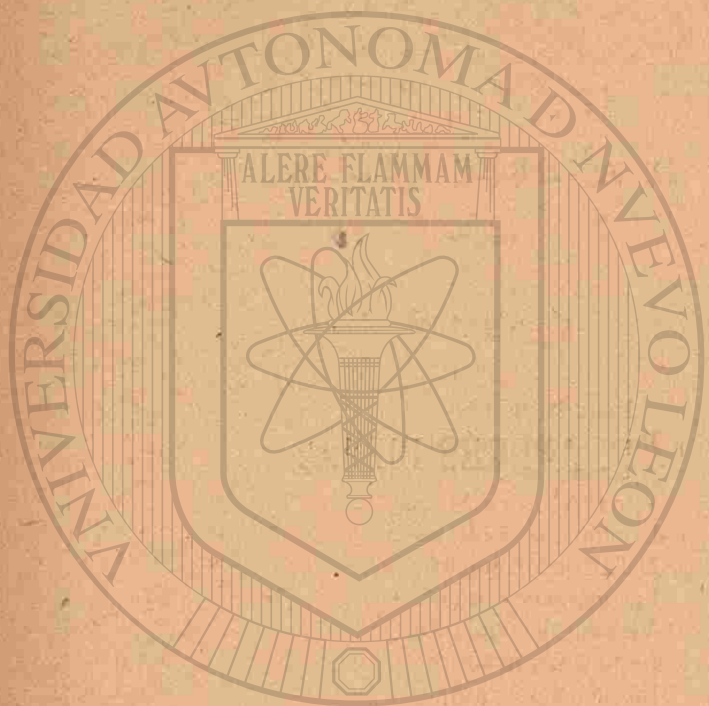
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ANDRES BELLO.

EL ANAUCO.

Irrite la codicia  
Por rumbos ignorados  
Á la sonante Tetis  
Y bramadores austros;  
El pino que habitaba  
Del Betis fortunado  
Las márgenes amenas  
Vestidas de amaranto,  
Impunemente admire  
Los deliciosos campos  
Del Ganges caudaloso,  
De aromas coronado.  
Tú, verde y apacible  
Ribera del Anauco,  
Para mí más alegre  
Que los bosques Idalios  
Y las vegas hermosas  
De la plácida Pafos,  
Resonarás continuo  
Con mis humildes cantos;  
Y cuando ya mi sombra  
Sobre el funesto barco  
Visite del Erebo  
Los valles solitarios,



En tus umbrías selvas  
Y retirados antros  
Erraré cual un día,  
Tal vez abandonando  
La silenciosa margen  
De los estigios lagos.  
La turba dolorida  
De los pueblos cercanos  
Evocará mis manes  
Con lastimero llanto;  
Y ante la triste tumba,  
De funerales ramos  
Vestida, y olorosa  
Con perfumes indianos,  
Dirá llorando Filis:  
«Aquí descansa Fabio.»  
¡Mil veces venturoso!  
Pero, tú, desdichado,  
Por bárbaras naciones  
Lejos del clima patrio  
Débilmente vaciles  
Al peso de los años.  
Devoren tu cadáver  
Los canes sanguinarios  
Que apacienta Caribdis  
En sus rudos peñascos;  
Ni aplaque tus cenizas  
Con ayes lastimados  
La pérfida consorte  
Ceñida de otros brazos.

Á LA NAVE.

IMITACIÓN DE HORACIO.

(O navis referent....)

¿Qué nuevas esperanzas  
Al mar te llevan? Torna,

Torna, atrevida nave,  
Á la nativa costa.

Aun ves de la pasada  
Tormenta mil memorias,  
¿Y ya á correr fortuna  
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes  
Alevos tu derrota,  
Do tarde los peligros  
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,  
Mientras el mar las conchas  
De la ribera halaga  
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros  
Vendrá á batir las rocas,  
Y náufragas reliquias  
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda  
La presumida pompa  
No arredra los insultos  
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro  
Tirano de las ondas,  
Las barras y leones  
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso  
En reinos de la Aurora,  
Y donde al sol recibe  
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,



Segura de sí propia,  
Desafiaba al viento  
Otra arrogante proa;

Y ya padrón infausto  
Que al navegante asombra,  
En un desnudo escollo  
Está cubierta de ovas.

¿Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo  
No tuerces? ¿Orgullosa  
Descoges nuevas velas  
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!  
Que ya el cielo se entolda,  
Y las nubes bramando  
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana  
Que hinchada se alborota,  
Ni el vendaval te asusta  
Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido  
De mi inquietud ansiosa;  
Vuelve á la amiga playa  
Antes que el sol se esconda!

ALOCUCIÓN Á LA POESÍA.

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO «AMÉRICA».

I.

Divina poesía,  
Tú de la soledad habitadora,  
Á consultar tus cantos enseñada,

Con el silencio de la selva umbría;  
Tú á quien la verde gruta fué morada,  
Y el eco de los montes compañía;  
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo adonde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
La siempre verde rama  
Con que al valor coronas:  
También allí la florecida vega,  
El bosque enmarañado, el sesgo río,  
Colores mil á tus pinceles brinda;  
Y Céfire revuela entre las rosas;  
Y fúlgidas estrellas  
Tachonan la carroza de la noche;  
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas  
De nacaradas nubes, se levanta,  
Y la avecilla en no aprendidos tonos  
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Que á ti, silvestre ninfa, son las pompas  
De dorados alcázares reales?  
¿A tributar también irás en ellos,  
En medio de la turba cortesana,  
El torpe incienso de servil lisonja?  
No tal te vieron tus más bellos días  
Cuando en la infancia de la gente humana,  
Maestra de los pueblos y los reyes  
Cantaste al mundo las primeras leyes.  
No te detenga, ¡oh, diosa!  
Esta región de luz y de miseria,  
En donde tu ambiciosa  
Rival Filosofía,  
Que la virtud á cálculo somete,  
De los mortales te ha usurpado el culto;  
Donde la coronada hidra amenaza  
Traer de nuevo al pensamiento esclavo  
La antigua noche de barbarie y crimen:



Donde la libertad vano delirio,  
Fe la servilidad, grandeza el fasto,  
La corrupción cultura se apellida:  
Descuelga de la encina carcomida  
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
Los prados y las flores, el susurro  
De la floresta opaca, el apacible  
Murmurar del arroyo transparente,  
Las gracias atractivas  
De natura inocente  
Á los hombres cantaste embelesados;  
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
Las vagorosas alas, á otro cielo,  
Á otro mundo, á otras gentes te encamina,  
Do viste aún su primitivo traje  
La tierra, al hombre sometida apenas;  
Y las riquezas de los climas todos,  
América, del sol joven esposa,  
Del antiguo Oceano hija postrera,  
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,  
Qué prado ameno, qué repuesto bosque  
Harás tu domicilio? ¿En qué felice  
Playa estampada tu sandalia de oro  
Será primero? ¿Donde el claro río  
Que de Albión los héroes vió humillados,  
Los azules pendones reverbera  
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
De cien potentes aguas los tributos  
Al atónito mar? ¿Ó donde emboza  
Su doble cima el Avila (1) entre nubes,  
Y la ciudad renace de Losada? (2)  
¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles  
De Chile afortunado, que enriquecen

(1) Monte vecino á Caracas.—(El Autor.)

(2) Fundador de Caracas.—(El Autor.)

Rubias cosechas y süaves frutos;  
Do la inocencia y el candor ingenuo  
Y la hospitalidad del mundo antiguo  
Con el valor y el patriotismo habitan?  
¿Ó la ciudad (1) que el águila posada  
Sobre el nopal mostró al azteca (2) errante  
Y el suelo de inexhaustas venas rico  
Que casi hartaron la avarienta Europa?  
Ya de la mar del Sur la bella reina,  
Á cuyas hijas dió la gracia en dote  
Naturaleza, habitación te brinda  
Bajo su blando cielo, que no turban  
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.  
¿Ó la elevada Quito  
Harás tu albergue, que entre canas cumbres  
Sentada, oye bramar las tempestades  
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe  
Á tu celeste inspiración propicias?  
Mas oye do tronando se abre paso  
Entre murallas de peinada roca,  
Y, envuelto en blanca nube de vapores  
De vacilantes iris matizada,  
Los valles va á buscar de Magdalena  
Con salto audaz el Bogotá espumoso.  
Allí memorias de tempranos días  
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
Y nativa inocencia venturosos,  
Sustento fácil dió á sus moradores,  
Primera prole de su fértil seno,  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
Violase el suelo, ni extranjera nave  
Las apartadas costas visitara.  
Aun no aguzado la ambición había  
Hierro feroz; aun no degenerado  
Buscaba el hombre bajo oscuros techos

(1) Méjico.—(El Autor.)

(2) Nación americana fundadora de Méjico.—(El Autor.)



El albergue, que grutas y florestas  
Saludable le daban y seguro,  
Sin que señor la tierra conociese,  
Los campos valla, ni los pueblos muro.  
La libertad sin leyes florecía;  
Todo era paz, contento y alegría;  
Cuando de dichas tantas envidiosa  
Huitaca (1) bella, de las aguas diosa,  
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle,  
De la gente infeliz, parte pequeña  
Asilo halló en los montes:  
El abismo voraz sepulta el resto.  
Tú cantarás cómo indignó el funesto  
Estrago de su casi extinta raza  
Á Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe  
Con su cetro divino la enriscada  
Montaña, y á las ondas abre calle.  
El Bogotá, que, inmenso lago un día,  
De cumbre á cumbre dilató su imperio;  
De las ya estrechas márgenes, que asalta  
Con vana furia, la prisión desdeña,  
Y por la brecha hirviendo se despeña.  
Tú cantarás cómo á las nuevas gentes  
Nenqueteba piadoso leyes, y artes,  
Y culto dió; después que á la maligna  
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
Y de la Luna por la vez primera  
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, á celebrar las maravillas  
Del Ecuador: canta el vistoso cielo  
Que de los astros todos los hermosos  
Coros alegran, donde á un tiempo el vasto  
Dragón del Norte su dorada espira  
Desvuelve en torno al luminar inmóvil

(1) Huitaca, mujer de Nenqueteba ó Bochica, legislador de los muiscas.—Véase Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. 1.—(*El Autor*.)

Que el rumbo al marinero audaz señala,  
Y la paloma cándida de Arauco  
En las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos muelles  
Y tomas el mejor de tus pinceles,  
Podrás los climas retratar, que entero  
El vigor guardan genital primero  
Con que la voz omnipotente, oída  
Del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
Sobre su informe faz aparecida,  
Y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
Que vuestros verdes laberintos puebla,  
Y en varias formas y estatura y galas  
Hacer parece alarde de sí mismo,  
Poner presumirá nombre ó guarismo?  
En densa muchedumbre  
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
Bejucos, vides, gramas:  
Las ramas á las ramas,  
Pugnando por gozar de las felices  
Auras y de la luz, perpetua guerra  
Hacen, y á las raíces  
Angosto viene el seno de la tierra.  
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,  
Del Cauca á las orillas me llevara,  
Y el blando aliento respirar me diera  
De la siempre lozana primavera  
Que allí su reino estableció y su corte!  
Ó, si ya de cuidados enojosos  
Exento, por las márgenes amenas  
Del Aragua moviese  
El tardo incierto paso;  
Ó reclinado acaso  
Bajo una fresca palma en la llanura,  
Viese arder en la bóveda azulada  
Tus cuatro lumbres bellas,  
¡Oh cruz del Sur! Que las nocturnas horas  
Mides al caminante



Por la espaciosa soledad errante;  
 Ó del cucuy las luminosas huellas  
 Viese cortar el aire tenebroso,  
 Y del lejano tambo á mis oídos  
 Viniera el son del yaraví amoroso! (1).

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
 Algún Marón americano, ¡oh diosa!  
 También las mieses, los rebaños cante,  
 El rico suelo al hombre avasallado,  
 Y las dádivas mil con que la zona  
 De Febo amada al labrador corona:  
 Donde cándida miel llevan las cañas,  
 Y animado carmín la tuna cria,  
 Donde tremola el algodón su nieve,  
 Y el ananás sazona su ambrosía;  
 De sus racimos la variada copia  
 Rinde el palmar, da azucarados globos  
 El zapotillo, su manteca ofrece  
 La verde palta, da el añil su tinta,  
 Bajo su dulce carga desfallece  
 El banano, el café el aroma acendra  
 De sus albos jazmines, y el cacao  
 Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Mas ¡ay! ¿Prefieres de la guerra impía  
 Los horrores decir, y al son del parche  
 Que los maternos pechos estremece,  
 Pintar las huestes que furiosas corren  
 Á destrucción y el suelo hinchén de luto?  
 ¡Oh! ¡Si ofrecieses menos fértil tema  
 Á bélicos cantares, patria mía!  
 ¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado  
 La sangre de tus hijos y la ibera?  
 ¿Qué páramo no dió en humanos miembros

(1) Tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia.— (El Autor.)

Pasto al condor? ¿Qué rústicos hogares  
 Salvar su obscuridad pudo á las furias  
 De la civil discordia embravecida?  
 Pero no en Roma obró prodigio tanto  
 El amor de la patria, no en la austera  
 Esparta, no en Numancia generosa;  
 Ni de la historia da página alguna,  
 Musa, más altos hechos á tu canto.  
 ¿A qué provincia el premio de alabanza,  
 Ó á qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,  
 Que, vencedor de cién sangrientas lides,  
 Muriendo, el suelo consagró de Talca;  
 Y la memoria eternizar desea  
 De aquellos granaderos de á caballo  
 Que mandó en Chacabuco Necochea.  
 ¿Pero de Maipo la campiña sola  
 Cuán larga lista, ¡oh Musa! no te ofrece,  
 Para que en tus cantares se repita,  
 De campeones cuya frente adorna  
 El verde honor que nunca se marchita?  
 Donde ganó tan claro nombre Bueras,  
 Que con sus caballeros denodados  
 Rompió del enemigo las hileras;  
 Y donde el regimiento de Coquimbo  
 Tantos héroes contó como soldados.

¿De Buenos Aires la gallarda gente  
 No ves, que el premio del valor te pide?  
 Castelli osado, que las fuerzas mide  
 Con aquel monstruo que la cara esconde  
 Sobre las nubes y á los hombres huella;  
 Moreno, que abogó con digno acento  
 De los opresos pueblos la querella;  
 Y tú, que de Suipacha en las llanuras  
 Diste á tu casa agüero de venturas,  
 Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento



Que la tierra natal de glorias rica  
Hicisteis con la espada ó con la pluma,  
Si el justo galardón se os adjudica,  
No temeréis que el tiempo le consuma.

Ni sepultada quedará en olvido  
La Paz, que tantos claros hijos llora,  
Ni Santacruz, ni menos Chuquisaca  
Ni Cochabamba, que de patrio celo  
Ejemplos memorables atesora;  
Ni Potosí, de minas no tan rico  
Como de nobles pechos; ni Arequipa,  
Que de Vizcardo con razón se alaba;  
Ni á la que el Rimac las murallas lava,  
Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia;  
Ni la ciudad que dió á los Incas cuna,  
Leyes al Sur, y que si aun gime esclava,  
Virtud no le faltó, sino fortuna.  
Pero la libertad, bajo los golpes  
Que la ensangrientan, cada vez más brava,  
Más indomable, nuevos cuellos yergue,  
Que al despotismo harán soltar la clava.  
No largo tiempo usurpará el imperio  
Del Sol la hispana gente advenediza,  
Ni al ver su trono en tanto vituperio  
De Manco Cápac gemirán los manes.  
De Angulo y Pumacagua la ceniza  
Nuevos y más felices capitanes  
Vengarán, y á los hados de su pueblo  
Abrirán vencedores el camino.  
Huid, días de afán, días de luto,  
Y acelerad los tiempos que adivino.

Diosa de la memoria, himnos te pide  
El imperio también de Moteczuma,  
Que, rota la coyunda de Iturbide,  
Entre los pueblos libres se numera.

Mucho, nación bizarra mejicana,  
De tu poder y de tu ejemplo espera  
La libertad; ni su esperanza es vana,  
Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,  
Y no en un mar te engolfes que sembrado  
De los fragmentos ves de tanta nave.  
Llegada al puerto venturoso, un día  
Los héroes contarás á que se debe  
Del arresto primero la osadía;  
Que á veteranas filas rostro hicieron  
Con pobre, inculta, desarmada plebe,  
Excepto de valor, de todo escasa;  
Y el coloso de bronce sacudieron  
Á que tres siglos daban firme basa.  
Si á brazo más feliz, no más robusto,  
Poderlo derrocar dieron los cielos,  
De Hidalgo no por eso y de Morelos  
Eclipsará la gloria olvido ingrato;  
Ni el nombre callarán de Guanajuato  
Los claros fastos de tu heroica lucha,  
Ni de tanta ciudad, que, reducida  
Á triste yermo, á un enemigo infama  
Que, vencedor, sus pactos sólo olvida;  
Que hace exterminio, y sumisión lo llama.

Despierte (¡oh, Musa! tiempo es ya), despierte  
Algún sublime ingenio, que levante  
El vuelo á tan espléndido sujeto,  
Y que de Popayán los hechos cante  
Y de la no inferior Barquisimeto,  
Y del pueblo (1) también, cuyos hogares  
Á sus orillas mira el Manzanares;  
No el de ondas pobre y de verdura exhausto,  
Que de la regia corte sufre el fausto,  
Y de su servidumbre está orgulloso,

(1) Cumaná.—(El Autor.)



Mas el que de aguas bellas abundoso,  
Como su gente lo es de bellas almas,  
Del cielo, en su cristal sereno, pinta  
El puro azul, corriendo entre las palmas  
De esta y aquella deliciosa quinta:  
Que de Angostura las proezas cante,  
De libertad inexpugnable asilo,  
Donde la tempestad desoladora  
Vino á estrellarse; y con suave estilo  
De Bogotá los timbres diga al mundo,  
De Guayaquil, de Maracaibo (ahora  
Agobiada de bárbara cadena),  
Y de cuantas provincias Cauca baña,  
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,  
Y cuantas bajo el nombre colombiano  
Con fraternal unión se dan la mano.

.....

Mira donde contrasta sin murallas  
Mil porfiados ataques Barcelona.  
Es un convento el último refugio  
De la arrestada, aunque pequeña, tropa  
Que la defiende: en torno el enemigo,  
Cuantos conoce el fiero Marte acopia  
Medios de destrucción; ya por cien partes  
Cede al batir de las tonantes bocas  
El débil muro, y superior en armas  
Á cada brecha una legión se agolpa;  
Cuanto el valor y el patriotismo pueden  
El patriotismo y el valor agotan;  
Mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena  
Pintarás el horror, tú que á las sombras  
Belleza das, y al cuadro de la muerte  
Sabes encadenar la mente absorta.  
Tú pintarás al vencedor furioso  
Que ni al anciano trémulo perdona  
Ni á la inocente edad, y en el regazo  
De la insultada madre al hijo inmola.  
Pocos reserva á vil suplicio el hierro:

Su rabia insana en los demás desfoga  
Un enemigo que hacer siempre supo  
Más que la lid, sangrienta la victoria.  
Tú pintarás de Chamberlén el triste  
Pero glorioso fin. La tierna esposa  
Herido va á buscar; el débil cuerpo  
Sobre el acero ensangrentado apoya;  
Estréchala á su seno. «Libertarme  
De un cadalso afrentoso puede sola  
La muerte (dice); este postrero abrazo  
Me la hará dulce: ¡adiós!» Cuando con pronta  
Herida va á matarse, ella atajando  
El brazo alzado ya, «¿Tú á la deshonra,  
Tú á ignominiosa servidumbre, á insultos  
Más que la muerte horribles me abandonas?  
Para sufrir la afrenta falta (dice)  
Valor en mí; para imitarte, sobra:  
Muramos ambos.» Hieren  
Á un tiempo dos aceros  
Entrambos pechos; abrazados mueren.

.....

Pero al de Margarita, ¿qué otro nombre  
Deslucirá? Donde hasta el sexo blando  
Con los varones las fatigas duras  
Y los peligros de la guerra parte;  
Donde á los defensores de la patria  
Forzoso fué, para lidiar, las armas  
Al enemigo arrebatarse lidiando;  
Donde el caudillo á quien armó Fernando  
De su poder y de sus fuerzas todas  
Para que de venganza les saciara,  
Al inexperto campesino vulgo  
Que sus falanges denodado acosa,  
El campo deja en fuga ignominiosa.

.....

Ni menor prez los tiempos venideros  
A la virtud darán de Cartagena.



No la domó el valor: no al hambre cede  
 Que sus guerreros ciento á ciento siega:  
 Nadie á partidos viles presta oídos:  
 Cuantos un resto de vigor conservan,  
 Lánzase al mar, y la enemiga flota  
 En mal seguros leños atraviesan.  
 Mas no el destierro su constancia abate,  
 Ni á la desgracia la cerviz doblegan;  
 Y si una orilla dejan, que profana  
 La usurpación, y las venganzas yerman,  
 Ya á verla volverán bajo estandartes  
 Que á coronar el patriotismo fuerzan  
 Á la fortuna, y les darán los cielos  
 Á indignas manos arrancar la presa:  
 En tanto por las calles silenciosas,  
 Acaudillando armada soldadesca,  
 Entre infectos cadáveres, y vivos  
 En que la estampa de la parca impresa  
 Se mira ya, su abominable triunfo  
 La restaurada Inquisición pasea;  
 Con sacrílegos himnos los altares  
 Haciendo resonar, á su honda cueva  
 Desciende enhambrecida, y en las ansias  
 De atormentados mártires se ceba.

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado  
 Á la sagrada lid tanto caudillo?  
 ¡Ah! ¡Que entre escombros olvidar parece,  
 Turbio Catuche (1), tu camino usado!  
 ¿Por qué en tu margen el rumor festivo  
 Calló? ¿Do está la torre bulliciosa  
 Que pregonar solía,  
 De antorchas coronada,  
 La pompa augusta del solemne día? (2).

(1) Riachuelo que corre por la parte de Caracas, en que hizo más estragos el terremoto de 1812.—(El Autor.)

(2) Cercanas al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de

Entre las rotas cúpulas que oyeron  
 Sacros ritos ayer, torpes reptiles  
 Anidan, y en la sala que gozosos  
 Banquetes vió y amores, hoy sacude  
 La grama del erial su infausta espiga.  
 Pero más bella y grande resplandeces  
 En tu desolación, ¡oh patria de héroes!  
 Tú que lidiando altiva en la vanguardia  
 De la familia de Colón, la diste  
 De fe constante no excedido ejemplo;  
 Y si en tu suelo desgarrado al choque  
 De destructivos terremotos, pudo  
 Tremolarse algún tiempo la bandera  
 De los tiranos, en tus nobles hijos  
 Viviste inexpugnable, de los hombres  
 Y de los elementos vencedora.  
 Renacerás, renacerás ahora:  
 Florecerán la paz y la abundancia  
 En tus talados campos: las divinas  
 Musas te harán favorecida estancia,  
 Y cubrirán de rosas tus ruinas.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

SILVA AMERICANA.

¡Salve, fecunda zona,  
 Que al sol enamorado circunscribes  
 El vago curso, y cuanto ser se anima  
 En cada vario clima,  
 Acariciada de su luz, concibes!  
 Tú tejes al verano su guirnalda

pobres lázaros, y palacio, después, de los Capitanes generales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, á los célebres extranjeros que visitaban á Caracas.—  
 (D. Aristides Rojas.)



De granadas espigas; tú la uva  
Das á la hirviente cuba:  
No de purpúrea flor, ó roja, ó gualda  
Á tus florestas bellas  
Falta matiz alguno; y bebe en ellas  
Aromas mil el viento;  
Y greyes van sin cuento  
Paciendo tu verdura, desde el llano  
Que tiene por el lindero el horizonte,  
Hasta el erguido monte,  
De inaccesible nieve siempre cano.  
Tú das la caña hermosa,  
De do la miel se acendra,  
Por quien desdeña el mundo los panales:  
Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
Que en la espumante jícara rebosa:  
Bulle carmín viviente en tus nopales,  
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
Y de tu añil la tinta generosa  
Émula es de la lumbré del zafiro;  
El vino es tuyo, que la herida agave (1)  
Para los hijos vierte  
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,  
Que cuando de süave  
Humo en espiras vagorosas huya,  
Solazará el fastidio al ocio inerte.  
Tú vistes de jazmines  
El arbusto sabeo (2),  
Y el perfume le das que en los festines  
La fiebre insana templará á Lileo.  
Para tus hijos la procera palma (3)  
Su vario feudo cría,

(1) Magüey ó pita (*Agave americana*, L.) que da el pulpe.

(2) El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

(3) Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

Y el ananá sazona su ambrosía:  
Su blanco pan la yuca (1),  
Sus rubias pomos la patata educa,  
Y el algodón despliega al aura leve  
Las rosas de oro y el vellón de nieve.  
Tendida para ti la fresca parcha (2)  
En enramadas de verdor lozano,  
Cuelga de sus sarmientos trepadores  
Nectáreos globos y franjadas flores;  
Y para ti el maíz, jefe altanero  
De la espigada tribu, hinche su grano;  
Y para ti el banano (3)  
Desmaya al peso de su dulce carga;  
El banano, primero  
De cuantos concedió bellos presentes  
Providencia á las gentes  
Del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
El premio rinde opimo:  
No es á la podadera, no al arado  
Deudor de su racimo;  
Escasa industria bástale, cual puede  
Hurtar á sus fatigas mano esclava:  
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede  
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,

(1) No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manibot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de yuca), con la *Yucca* de los botánicos.

(2) Este nombre se da en Venezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

(3) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el banano no sólo da, á proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.—(El Autor.)



Y como de natura esmero ha sido,  
De tu indolente habitador lo fuera:  
¡Oh! ¡Si al falaz ruido  
La dicha al fin supiese verdadera  
Anteponer, que del umbral le llama  
Del labrador sencillo,  
Lejos del necio y vano  
Fausto, el mentido brillo,  
El ocio pestilente ciudadano,  
¿Por qué ilusión funesta  
Aquellos que fortuna hizo señores,  
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
Al cuidado abandonan  
Y á la fe mercenaria  
Las patrias heredades,  
Y en el ciego tumulto se aprisionan  
De miseras ciudades,  
Do la ambición proterva  
Sopla la llama de civiles bandos,  
Ó al patriotismo la desidia enerva;  
Do el lujo las costumbres atosiga,  
Y combaten los vicios  
La incauta edad en poderosa liga?  
No allí con varoniles ejercicios  
Se endurece el mancebo á la fatiga;  
Mas la salud estraga en el abrazo  
De pérvida hermosura,  
Que pone en almoneda los favores;  
Mas pasatiempo estima  
Prender alevé en casto seno el fuego  
De ilícitos amores;  
Ó embebecido le hallará la aurora  
En mesa infame de ruinoso juego.  
En tanto á la lisonja seductora  
Del asiduo amador fácil oído  
Da la consorte: crece  
En la materna escuela  
De la dispación y el galanteo  
La tierna virgen, y al delito espuela

Es antes el ejemplo que el deseo.  
¿Y será que se formen de este modo  
Los ánimos heroicos denodados  
Que fundan y sustentan los Estados?  
¿De la algazara del festín beodo,  
Ó de los coros de liviana danza,  
La dura juventud saldrá, modesta,  
Orgullo de la patria y esperanza?  
¿Sabrá con firme pulso  
De la severa ley regir el freno;  
Brillar en torno aceros homicidas  
En la dudosa lid verá sereno:  
Ó animoso hará frente al genio altivo  
Del engreído mando en la tribuna,  
Aquel que ya en la cuna  
Durmió al arrullo del cantar lascivo,  
Que riza el pelo, y se unge y se atavía  
Con femenil esmero,  
Y en indolente ociosidad el día,  
Ó en criminal lujuria pasa entero?  
No así trató la triunfadora Roma  
Las artes de la paz y de la guerra;  
Antes fió las riendas del Estado  
Á la mano robusta  
Que tostó el sol y encalleció el arado:  
Y bajo el techo humoso campesino  
Los hijos educó, que el conjurado  
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores  
Habéis nacido de la tierra hermosa  
En que reseña hacer de sus favores,  
Como para ganaros y atraeros,  
Quiso naturaleza bondadosa!  
Romped el duro encanto  
Que os tiene entre murallas prisioneros.  
El vulgo de las artes laborioso,  
El mercader, que necesario al lujo,  
Al lujo necesita,



Los que anhelando van tras el señuelo  
Del alto cargo y del honor ruidoso,  
La grey de aduladores parasita,  
Gustosos pueblen ese infecto caos;  
El campo es vuestra herencia; en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita:  
No allá donde el magnate  
Entre armados satélites se mueve,  
Y de la moda, universal señora,  
Va la razón al triunfal carro atada,  
Y á la fortuna la insensata plebe,  
Y el noble al aura popular adora.  
¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
La solitaria calma  
En que, juez de sí misma, pasa el alma  
Á las acciones muestra,  
Es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
Felicidad, cuanta es al hombre dada  
Y á su terreno asiento, en que vecina  
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,  
Donde halaga la flor, punza la espina?  
Id á gozar la suerte campesina;  
La regalada paz, que ni rencores  
Al labrador, ni envidias acibaran;  
La cama que mullida le preparan  
El contento, el trabajo, el aire puro;  
Y el sabor de los fáciles manjares,  
Que dispendiosa gula no le aceda;  
Y el asilo seguro  
De sus patrios hogares  
Que á la salud y al regocijo hospeda.  
El aura respirad de la montaña,  
Que vuelve al cuerpo laso  
El perdido vigor, que á la enojosa  
Vejez retarda el paso,  
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
De amor la llama, que templó el recato?

¿O menos aficiona la hermosura  
Que de extranjero ornato  
Y afeites impostores no se cura?  
¿Ó el corazón escucha indiferente  
El lenguaje inocente  
Que los afectos sin disfraz expresa  
Y á la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo  
La risa se compone, el paso, el gesto;  
No falta allí carmín al rostro honesto  
Que la modestia y la salud colora,  
Ni la mirada que lanzó al soslayo  
Tímido amor, la senda al alma ignora.  
¿Esperaréis que forme  
Más venturosos lazos himeneo,  
Do el interés barata,  
Tirano del deseo,  
Ajena mano y fe por nombre ó plata,  
Que do conforme gusto, edad conforme,  
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
Heridas de la guerra: el fértil suelo,  
Áspero ahora y bravo,  
Al desacostumbrado yugo torne  
Del arte humana y le tribute esclavo.  
Del obstruido estanque y del molino  
Recuerden ya las aguas el camino:  
El intrincado bosque el hacha rompa,  
Consuma el fuego: abrid en luengas calles  
La obscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
Á la sedienta caña;  
La manzana y la pera  
En la fresca montaña  
El cielo olviden de su madre España:  
Adorne la ladera  
El cafetal: ampare



A la tierna teobroma en la ribera.  
La sombra maternal de su bucare (1);  
Aquí el verjel, allá la huerta ría.....  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil á tu voz, agricultura,  
Nodriz de las gentes, la caterva  
Servil armada va de corvas hoces;  
Mírola ya que invade la espesura  
De la floresta opaca; oigo las voces;  
Siento el rumor confuso, el hierro suena;  
Los golpes el lejano  
Eco redobla; gime el ceibo anciano,  
Que á numerosa tropa  
Largo tiempo fatiga:  
Batido de cien hachas se estremece,  
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
Huyó la fiera; deja el caro nido,  
Deja la prole implume  
El ave, y otro bosque no sabido  
De los humanos, va á buscar doliente.....  
¿Qué miro? Alto torrente  
De sonora llama  
Corre, y sobre las áridas ruinas  
De la postrada selva se derrama.  
El raudo incendio á gran distancia brama,  
Y el humo en negro remolino sube,  
Aglomerando nube sobre nube.  
Ya de lo que antes era  
Verdor hermoso y fresca lozanía,  
Sólo difuntos troncos,  
Sólo cenizas quedan, monumento  
De la dicha mortal, burla del viento.  
Mas al vulgo bravío  
De las tupidas plantas montaraces  
Sucede ya el fructífero plantío

(1) El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

En muestra ufana de ordenadas haces.  
Ya ramo á ramo alcanza,  
Y á los rollizos tallos hurta el día:  
Ya la primera flor desvuelve el seno,  
Bello á la vista, alegre á la esperanza:  
Á la esperanza, que riendo enjuga  
Del fatigado agricultor la frente,  
Y allá á lo lejos el opimo fruto,  
Y la cosecha apañadora pinta,  
Que lleva de los campos el tributo,  
Colmado el cesto, y con la falda en cinta:  
Y bajo el peso de los largos bienes  
Con que al colono acude,  
Hace crujir los vastos almacenes.

¡ Buen Dios! no en vano sude,  
Mas á merced y á compasión te mueva  
La gente agricultora  
Del Ecuador, que del desmayo triste  
Con renovado aliento vuelve ahora,  
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
Tantos años de fiera  
Devastación y militar insulto,  
Aun más que tu clemencia antigua implora.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
Halle á tus ojos gracia: no el risueño  
Porvenir que las penas le aligera,  
Cual de dorado sueño  
Visión falaz, desvanecido llore:  
Intempestiva lluvia no maltrate  
El delicado embrión: el diente impío  
Del insecto roedor no lo devore:  
Sañudo vendaval no lo arrebate,  
Ni agote al árbol el materno jugo  
La calorosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
Árbitro de la suerte soberano,  
Que suelto el cuello de extranjero yugo  
Erguiese al cielo el hombre americano;



Bendecida de tí se arraigue y medre  
Su libertad; en el más hondo encierra  
De los abismos la malvada guerra,  
Y el miedo de la espada asoladora  
Al suspicaz cultivador no arredre  
Del arte bienhechora,  
Que las familias nutre y los Estados:  
La azorada inquietud deje las almas,  
Deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
Expiamos la bárbara conquista.  
¿Cuántas doquier la vista  
No asombran erizadas soledades,  
Do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
Suplicios, orfandades,  
¿Quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre íbera  
Las sombras de Atahualpa y Moteczuma.  
¡Ah! Desde el alto asiento  
En que escabel te son alados coros  
Que velan en pasmado acatamiento  
La faz ante la lumbre de tu frente  
(Si merece por dicha una mirada  
Tuya la sin ventura humana gente),  
El ángel nos envía,  
El ángel de la paz, que al crudo ibero  
Haga olvidar la antigua tiranía,  
Y acatar reverente el que á los hombres  
Sagrado diste, imprescriptible fuero:  
Que alargar le haga al injuriado hermano  
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;  
Y si la innata mansedumbre duerme,  
La despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano  
Que una feliz obscuridad desdeña,  
Que en el azar sangriento del combate  
Alborozado late,  
Y codicioso de poder ó fama,

Nobles peligros ama;  
Baldón estime sólo y vituperio  
El prez que de la patria no reciba,  
La libertad más dulce que el imperio,  
Y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado,  
Deponga de la guerra la librea:  
El ramo de victoria  
Colgado al ara de la patria sea,  
Y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces, patria mía,  
Verá la paz el suspirado día;  
La paz, á cuya vista el mundo llena  
Alma, serenidad y regocijo,  
Vuelve alentado el hombre á la faena,  
Alza el ancla la nave, á las amigas  
Auras encomendándose animosa,  
Enjámbrase el taller, hierva el cortijo,  
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
Alzáis sobre el atónito Occidente  
De tempranos laureles la cabeza!  
Honrad al campo, honrad la simple vida  
Del labrador y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
La libertad morada,  
Y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes á la senda  
De la inmortalidad, ardua y fragosa,  
Se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
Vuestra posteridad, y nuevos nombres  
Añadiendo la fama  
Á los que ahora aclama,  
«Hijos son éstos, hijos  
(Pregonará á los hombres)  
De los que vencedores superaron  
De los Andes la cima:



De los que en Boyacá, los que en la arena  
De Maipo y en Junín, y en la campaña  
Gloriosa de Apurima,  
Postrar supieron al león de España.

LA LUZ.

(Traducción de un fragmento del poema de Delille, titulado: *Los Tres Reinos de la Naturaleza*.)

La ciudad por el campo dejé un día;  
Y recorriendo vagoroso el bello  
Distrito que á la vista se me ofrece,  
El prado cruzo, y la montaña trepo.  
Llevé por la espesura de la selva  
De mi libre vagar el rumbo incierto;  
Del arroyuelo el tortuoso giro,  
Seguí; pasé el torrente; oí el estruendo  
De la cascada; contemplé la tierra;  
Y osé curioso interrogar al cielo.  
El sol se puso, y envolvió la noche  
La creación; mas por su triple imperio,  
Discurre aun la mente vagarosa.  
Descendió de los astros el silencio,  
Derramando en mi ser sabrosa calma;  
Y de mil formas peregrinas veo  
El mágico prestigio todavía,  
Y aun no da tregua á la memoria el sueño.  
Parecióme mirar al Genio augusto  
De la Naturaleza, entre severo  
Y apacible el semblante, en luminosa  
Ropa velados los divinos miembros!  
De sus siete matices, Iris bella  
Bordóle el manto. Urania, el rubio pelo  
Le coronó de estrellas. Doce signos  
El cinto le divisan. Arma el fuego  
De Júpiter su diestra, y su mirada

Meteoros de luz esparce al viento.  
Bajo sus huellas, brota el campo rosas;  
Ábrense á su mandado mil veneros  
De cristalinas ondas. Las fragantes  
Alas Favonio agita; ó silba el Euro,  
Acaudillando procelosas nubes.  
Se inflama el aire, y ronco estalla el trueno,  
Puéblase el ancho suelo de vivientes,  
Y el hondo mar. En derredor, el tiempo  
Con mano infatigable alza, derriba,  
Cría, destruye. Sus despojos yertos  
La tumba reanima, y da la Parca  
Eterna juventud al universo.  
Cuanto le miro más, mayor parece.  
—¡Mirad!— me dice al fin.—Si hasta aquí tierno  
Las formas exteriores que este globo  
Muestra á tu vista, á tu pincel someto;  
Á empresa superior, la fantasía  
Levanta ya. Sus íntimos cimientos  
Cala, y de su escondida arquitectura  
Revela á los humanos los misterios;  
Los primitivos elementos canta,  
Su mutua lid, sus treguas y concierto;  
Mide con huella audaz la escala inmensa  
Que sube desde el polvo hasta el Eterno;  
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;  
Desarrolla la flor; somete al carro  
Del hombre el bruto; eleva á Dios el hombre.  
Yo á tu pintura infundiré mi aliento;  
Y durará cuanto yo dure.—Dijo;  
Y á obedecerle voy; más lejos, lejos  
De mí, sistemas vanos, parto espurio  
De la razón, que demasiado tiempo  
Pusisteis en cadenas afrentosas,  
De sí mismo olvidado, el pensamiento.  
Sobre apoyos aéreos erigido,  
Obra de presuntuosa fantasía  
Que desprecia el examen, un sistema  
Hasta los cielos la cabeza empina;



Y de los hombres usurpando el culto,  
Reina siglos tal vez; mas no bien brilla  
La clara luz de un hecho inesperado,  
La hueca mole en humo se disipa.  
Los vórtices pasaron de Cartesio.  
Pasaron las esferas cristalinas  
De Ptolomeo; y con flamantes alas  
En torno al sol la grave tierra gira.  
De sus frágiles basas derrocados,  
Así también vendrán abajo un día  
Tantos sueños famosos como aquella  
Estatua del monarca de la Asiria,  
Que de oro, plata y bronce fabricada,  
Se sustentaba en flacos pies de arcilla;  
Y desprendida de una cumbre apenas  
El tosco barro hirió menuda guija,  
Se estremece el coloso, y desplomado  
Cubre en torno la tierra de ruínas.  
Sigamos, pues, de la experiencia sola  
El seguro fanal. Ella me dicta.  
Yo escribo. Á sus oráculos atento,  
Celebro ya la luz. Á la luz rinda  
Su homenaje primero el canto mío,  
Y la sutil esencia peregrina  
Que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;  
Que el verde tallo de la planta anima;  
Su pureza vital conserva al aire;  
Llena el espacio inmenso en que caminan  
Los mundos; y en su rápida carrera,  
Á la mirada del Eterno imita,  
Á cuya voz rasgó su primer rayo  
El hondo seno de la noche antigua;  
Fuente de la beldad, pincel del mundo,  
De la naturaleza espejo y vida.

Á la celeste bóveda, mi vuelo  
Dirige tú, Delambre, que combinas  
Gusto y saber, y la elegancia amable  
Con el severo cálculo maridas.

Y, pues, Newton de su potente mano  
A la tuya pasó, no menos digna,  
Las riendas de los orbes luminosos,  
Tiende á tu admirador la diestra amiga.  
Subir me da sobre tu carro alado,  
Y la hueste de esferas infinitas  
Que en rauda curso surcan golfos de oro,  
Ó equilibradas penden de sí mismas,  
Veré contigo, y su diurna vuelta,  
Y su anuo giro, y de qué ley regidas,  
Ora se buscan con amantes ansias,  
Ora el consorcio apetecido esquivan.  
No te conduce allá la gloria sólo  
De interpretar ocultas maravillas,  
Ni en la región te engolfas de la duda  
En que sistemas con sistemas lidian;  
Mas del Gran Ser la soberana idea  
Y el parto eterno exploras que armoniza  
Ese de luz imperio portentoso,  
Donde al orden común todo conspira;  
Donde el cometa mismo, que, la roja  
Melena desgrenando, pone grima,  
Guarda en su vasta fuga el señalado  
Rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.  
Pura es allí de la verdad la fuente,  
Cuyo ideal modelo te cautiva;  
Mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes  
Do el ángel de la luz con ojos mira  
De piedad este cieno que habitamos,  
Do te ofrece un abismo cada línea,  
Cada astro un punto, y cada punto un mundo,  
No es posible, Delambre, que te siga  
En pos de objetos, que á Virgilio mismo  
Dieron pavor: no vuelo ya. Campañas,  
Y prados, y boscajes me enamoran.  
Ellos, como al Mantuano, me convidan.  
Á gozar voy su asilo venturoso;  
Y mientras tú con alas atrevidas  
Corres tu reino etéreo, y pides cuenta



De su prestado resplandor á Cintia,  
Ó del soberbio carro del Tonante  
Contemplas la lumbrosa comitiva,  
Te veré yo, desde mi fuente amada,  
En los astros dejar tu fama escrita;  
Y menos animoso, á cantar sólo  
La bella luz acordaré mi lira.

Á cada ser su colorida ropa  
Viste la luz. Si toda le penetra,  
Obscuro luto; si refleja toda,  
Pura le cubre y cándida librea.  
Rompe también á veces y divide  
Su trama de oro en separadas hebras;  
Y reflejada en parte, en parte al seno  
Osando descender de la materia,  
Visos le da y matices diferentes.  
Mas otras veces rápida atraviesa  
El interior tejido; y lo más duro,  
Variamente doblada, transparenta.  
Ora á la superficie en que resulte,  
Con ángulos iguales busca y deja;  
Ora á diverso medio transmitida,  
Según es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto ingenio  
De la luz los prodigios descubriera,  
Mostróse siempre en haces concentrada.  
Él descogió la espléndida madeja,  
Y de la magia de su prisma armado,  
Del iris desplegó la cinta etérea.  
Mas, á las maravillas de tu prisma,  
Precedió, inglés profundo, la ampolluela  
De jabón, con que el niño, sin saberlo,  
Desenvolviendo los colores, juega.  
Lo que inocente pasatiempo al niño,  
Fué á ti lección: así Naturaleza  
Fía al atento estudio sus arcanos,  
O un acaso felice los revela.

De los siete colores la familia,  
Si toda se reune, el brillo engendra  
De la radiante luz; y si con varia  
Asociación sus varios tintes mezcla,  
Ya del metal el esplendor produce,  
Ya el oro de la mies que el viento ondea,  
Ya los matices que la flor adornan,  
Ya los celajes que la nube ostenta,  
Y de los campos el verdor alegre,  
Y el velo azul de la celeste esfera.  
Su púrpura el racimo, y su vistosa  
Cuna de nácar le debió la perla.  
Y, ¿quién los dones de la luz no sabe?  
Triste la planta y lánguida sin ella,  
Niega á la flor colores, niega al fruto  
Dulce sabor, y adonde alcanza á verla,  
Allá los ojos y los tiernos ramos  
Descolorida tiende y macilenta.  
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse  
La endibia en la honda estancia prisionera?  
¿Ves en la zona do á torrentes de oro  
Derrama el sol su luz, cual hermosea  
Florida pompa el oloroso bosque?  
Empapadas allí de blanda esencia,  
Bate las aras céfiro lascivo;  
Dorada pluma el avecilla peina;  
Abril florece sin cultura eterno;  
Y toda es vida y júbilo la selva;  
Mientras del Norte la región sombría  
De funeral horror yace cubierta.  
Pero ¿qué digo? Allá en el Norte helado,  
Es do mejor sus maravillas muestra  
La bella luz. Brillantes meteoros  
El largo imperio de la noche alegran;  
Y la atezada obscuridad en llamas  
Rompe de celestial magnificencia,  
Con quien el alba misma no compite  
En el clima feliz que la despierta.  
Ora la lumbre boreal el aire



Cautiva tiene en tenebrosa niebla;  
Ora le da salida, y la derrama  
En fúlgidas vislumbres; ora vuela  
En rayos dividida; ora se tiende  
En ancha zona. Aquí relampaguea  
Bruñida plata; allá con el zafiro,  
El amatisté y el topacio alternan;  
Y del rubí la ensangrentada llama  
Ya un alterado piélago semeja,  
Que, de furiosa ráfaga al embate,  
Montes lanza de fuego á las estrellas.  
Ya estandartes tremola luminosos,  
Bóvedas alza; en carros de oro rueda;  
Columnas finge; ó risco sobre risco,  
Fábrica de gigantes aglomera,  
Y hace el horror de la estación sombría  
De maravillas variada escena.

Creyélas la ignorancia largo tiempo  
Ígneas exhalaciones, que, en la densa  
Nieve del septentrion reverberadas,  
Á las naciones presagiaban guerra,  
Tras, tumulto; y vacilar hacían  
Al tirano en la frente la diadema.  
Otros el polo helado imaginaron  
Ver envuelto en el limbo de la inmensa  
Atmósfera solar, cuyos reflejos  
Denso el aire ó sutil, rechaza, alberga,  
Difunde en modos varios, ó acumula,  
Y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura  
Elegantes intérpretes), que Jove  
Á dos bellas hermanas hizo reinas,  
Una del rico Oriente, otra del Norte.  
La boreal Aurora cierto día  
(Añaden), viendo que su hermana el goce  
De la divinidad obtiene sola,  
Y el incienso le usurpa de los hombres,

Al Sol, su padre, va á quejarse; y mientras  
Que de sus ojos tierno llanto corre:  
—¡Oh eterno rey del día! ¡Oh, padre!—exclama,  
¿Hasta cuándo será que me deshonren  
Los que hija de la tierra me apellidan,  
Y parto vil de frígidos vapores?  
¿Hasta cuando querrás que oprobio tanto  
Infame tu linaje? El manto rompe  
De púrpura que visto; y de mis galas  
La inútil pompa en luto se transforme.  
Arranca de mis sienes la corona,  
Si por hija ¡ay de mí! me desconoces.  
¡Oh, cuánto es más feliz la hermana mía!  
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe;  
Conságranle sus cánticos tus Musas;  
Y en blando coro, la saluda el bosque.  
¿Y á qué beldad honores tales debe?  
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre  
Se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso  
El falso lustre de caducas flores  
Que á un leve soplo el ábrego deshoja?  
Siempre descoloridos arreboles  
La ven nacer; y de abalorios vanos,  
Las trenzas orna que á tu luz descoge.  
Mas yo, de oro, y de púrpura y diamantes  
Recamo el cielo. Yo, á la parda noche,  
Hago dejar sus lúgubres capuces,  
Y alas de luz vestir. Por mí, depono  
Su sobrecejo la arrugada bruma.  
Por mí, Naturaleza, en medio el torpe  
Letargo del invierno, abre los ojos,  
Y tu brillante imperio reconoce.  
Mi hermana, dicen, á servirte atenta,  
Madruga cada día, y tus veloces  
Caballos unce, y á la tierra el velo  
De la tiniebla fúnebre descorre.  
Sí, sábelo el Olimpo, que, dejando  
La cama de Titón, va con el joven  
Céfalo á solazarse, y no se cura



De que á la tarda luz el mundo invoque.  
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía  
Única en tu cariño y tus favores?  
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado  
Beber contigo el néctar de los dioses?  
—Cese tu duelo, cese, ¡oh, sangre mía!  
Tus lágrimas enjuga (el Sol responde).  
Yo vengaré tu largo vituperio.  
Un mortal he elegido que pregone  
La alteza de tu cuna, y á su cargo  
Con noble empeño tu defensa tome.  
Él diga tu linaje; y las estrellas,  
Cual hija de su rey, de hoy más te adoren.—  
Dice: Ella parte. El rey del cielo un rayo  
De su frente inmortal desprende entonces  
(De aquellos con que á espíritus felices  
De estro divino inflama, y lleva á donde  
Los haces de tus obras confidentes,  
Naturaleza, y tus arcanos oyen).  
El nombre en él grabó de su hija amada,  
Y la stirpe, y las gracias; y lanzóle  
Al ilustre Mairan. El dardo vuela;  
Hiérele; y ya inspirado, los blasones  
De la hiperbórea diosa canta el sabio.  
La Aurora de los climas de Bootes,  
Como la del Oriente, es ensalzada,  
Y adoradrecs tiene, imperio y corte.

Así cantaron las divinas Musas.  
Otros la vasta atmósfera suponen  
De eléctricos principios agitada,  
Que en intestina lid hierven discordes;  
Y el cielo hinchiendo de tumulto y guerra,  
Alzan sobre el atónito horizonte  
Lucidos meteoros; mas, en medio  
De encontradas hipótesis, esconde  
Su lumbré la verdad; y el juicio ignora  
Donde la planta mal segura apoye.

### CARTA

ESCRITA DE LONDRES Á PARÍS POR UN AMERICANO Á OTRO.

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,  
Que del dulce solaz destituido  
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,  
Con todas sus famosas fruslerías,  
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abraze, amén, sus Tullerías,  
Y mala peste en sus teatros haga  
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga  
Á la virtud de superior conjuro,  
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en obscuro  
Aposento entre sábanas fragantes  
Te encuentres, blando alumno de Epicuro;

Sino cual paladín de los que errantes  
De yermo en yermo, abandonando el nido  
Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,  
Rodeado de cardos y de jaras,  
Cantándote una rana á cada oído,

Y suspirando entonces por las caras  
Ondas del Guayas (Guayaquil un día,  
Antes que al héroe de Junín cantaras),



Digas: «¡oh venturosa patria mía!  
¿Quién me trajo á vivir do todo es hecho  
De antojos, de embeleco y de falsía?

»Á Londres de esta vez me voy derecho,  
Donde, aunque no me aguarda el bien amante  
De mi Virginia, mi paterno techo,

»Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,  
Que al verme sentirá más alegría  
Que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día  
De dar la vuelta á mi nativo suelo  
Y á los abrazos de la esposa mía.

«Y mientras tanto bien me otorga el cielo,  
¡Oh musas! ¡Oh amistad! Á mis pesares  
En vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares  
Favorables te allanen su ancha espalda  
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuanta fresca rosa la esmeralda  
Matiza de sus campos florecidos,  
Guayaquil entreteja á tu guirnalda;

Y á recibirte salgan los queridos  
Amigos con cantares de alegría,  
Por cien veces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía  
Al apacible delicioso culto,  
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto  
De la batalla, y la sangrienta gloria,  
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria  
De antiguos y modernos la doctrina,  
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina  
En sólidos objetos ocupado,  
Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado  
Y por telas del Támesis ó el Indo  
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo  
Trasplantes á los climas de Occidente  
Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente  
El jayán de los Andes, y la vía  
Abre ya á nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía  
Cuando á la nueva luz recién nacido  
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido  
En la visión de la ideal belleza,  
De incesantes contiendas el ruido.

El niño Amor la lira le adereza,  
Y dictanle cantares inocentes,  
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente  
Desventurada, á quien la paz irrita;  
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó, por mejor decir, un mundo habita  
Suyo, donde más bello el suelo y rico  
La edad feliz del oro resucita;



Donde no se conoce esteva ó pico,  
Y vive mansa gente en leda holgura  
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura  
Fe, la codicia ó la ambición tirana  
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,  
De la extranjera seda el atavío,  
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,  
Que ora promulga leyes y ora anula,  
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula  
Que hoy á la libertad himnos entona  
Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona  
Lides que por la patria ha sustentado  
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado  
El fango inmundo en que yacemos dista,  
Para destierro á la virtud criadol

Huyamos de él, huyamos do á la vista  
No ponga horror y asombro tanta escena  
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena  
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento  
Forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento  
Tantos ardientes votos, sangre tanta,  
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,  
Miseria y luto, y orfandad llorosa  
Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa  
Fábrica ve del iris, que á la esfera  
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,  
Y cuando cree llegar, y á la encantada  
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada  
Vista lo busca por el aire puro,  
Y su error reconoce avergonzada;

Así yo á nuestra patria me figuro  
Que en pos del bien que imaginó se lanza  
Y cuando cree que aquel feliz futuro,

De paz y gloria y libertad alcanza,  
Su ilusión se deshace en un momento  
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento  
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,  
¡Luz á los ojos y á las manos viento!

Huyamos, pues, á do las auras baña  
De alma serenidad lumbre dichosa,  
Que, si ella engaña, dulcemente engaña;

Y este triste velar por la sabrosa  
Ilusión permutemos, que se sueña  
En los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña  
Donde el sagrado alcázar se sublima,  
Podrán dejar mis pies alguna seña;



Mas ¡ay! en vano mi flaqueza anima  
Tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,  
Pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento  
Á do te aguarda, en medio el alto coro  
De las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro  
Concento se suspende, y la armonía  
De las acordes nueve liras de oro.

Á OLIMPIO (1).

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

¿Recuerdas, Olimpio, aquella  
Única amistad constante,  
Que no copió en su semblante  
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo  
Que en la miseria ha dejado  
A tu corazón llagado  
Por último bien el cielo?

(1) *Olimpio* es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de las desgracias en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas no han faltado *Olimpios*.—(El Autor.)

Testigo de los azares  
De la encarnizada lidia  
En que te postró la envidia,  
Que hoy te abruma de pesares,

Así te dijo:—y en tanto,  
Una luz serena y clara  
Desarrugaba tu cara  
Mojando la suya el llanto.

II.

«¿Eres tú aquél cuya gloria  
Ensalzaron nobles plumas  
Y miraban de reojo  
Mil envidias taciturnas?

»Acatábante en silencio  
Las gentes: la infancia ruda  
Á escucharte se paraba,  
Como la vejez caduca.

»Eras meteoro ardiente  
Que en una noche profunda  
Se lleva tras sí los ojos  
Cuando por el cielo cruza.

»Y ahora, arrancada palma,  
Doblas tu cabeza mustia:  
No te da apoyo la tierra,  
No das al aire verdura.

»¡Cuántas frentes á la sombra  
Acostumbraba la tuya!  
Y ahora, ¡qué de sonrisas  
Irónicas te saludan!



»Ajado está el bello lustre  
De tu blanca vestidura;  
Los que galán te adoraron  
Andrajoso te hacen burla.

»La detracción en tu vida  
Clavó sus garras impuras;  
Es texto á malignas glosas  
Tu reputación difunta;

»Y como helado cadáver,  
Desfigurada, insepulta,  
Sabandijas asquerosas  
Por todas partes la surcan.

»Revelada por la llama  
Que á tu memoria circunda,  
Tu existencia es un terrero  
Que cuantos pasan insultan;

»Y cien silbadoras flechas  
Vienen á herirla una á una,  
Que en tu corazón inerme  
Hondas encarnan la punta.

»Y con festivos aplausos  
Cuenta el vulgo las agudas  
Heridas, y los dolores,  
Y las ansias moribundas,

»Como suelen bandoleros,  
Al ver la presa segura,  
Contar monedas y joyas  
Que reciente sangre enturbia.

»El alma, que de lo recto  
Era un tiempo norma augusta,  
Es ya como la taberna  
Que por la noche relumbra;

»A cuya reja se apiñan  
Curiosos, por si se escucha  
El canto de locas orgias  
Ó de las riñas la bulla.

»Cortaron tus esperanzas,  
Flor de que nadie se cura,  
Manos crueles, y al suelo  
Las dan en trizas menudas.

»Nadie te llora; tu suerte  
Ningún corazón enluta;  
Tu nombre es un epitafio  
De desmoronada tumba.

»Y el que con dolor fingido  
Alguna vez lo pronuncia,  
Es como el que muestra escombros  
De arruinada arquitectura,

»Que un tiempo adornaron jaspes  
Y sustentaron columnas,  
Y ya malezas la cubren,  
Y vientos y aguas la injurian.

III.

»Mas ¿qué digo? En la miseria  
Más elevado y sublime  
Te muestras á quien la altura  
De tus pensamientos mide.

»Tu existencia, combatiendo  
Á los contrapuestos diques,  
Suenan como el Oceano  
Que asalta los arrecifes.



» Los que observaron de cerca  
La lucha, vuelven y dicen  
Que inclinándose á la margen  
Vieron tremenda caribdis;

» Mas puede ser que la vista  
Calando ese abismo horrible,  
La perla de la inocencia  
En lo más hondo divise.

» Turba los ojos la niebla  
De que pareces vestirte;  
Mas sobre ella un claro cielo  
Serenas lumbres despide.

» ¿Qué importa, al cabo, que el mundo  
Contra tu entereza lidie,  
Alzando nubes de polvo  
Que cualquier soplo dirige?

» Para juzgar, ¡qué derecho,  
Qué título nos asiste?  
¿Qué objeto no es un enigma  
Para los ojos más lince?

» ¿La certidumbre?... ¡Insensatos,  
Que imagináis tierra firme  
La que celajes vistosos  
En vuestro discurso finge!

» Así puede asirla el juicio  
Del hombre, como es posible  
Á la mano asir el agua  
Sin que presta se deslice.

» Moja apenas, y al instante  
Huye, y al pecho que gime,  
Y al ardiente labio, nada  
Deja que la sed mitigue.

» ¿Es día? ¿Es noche? Los ojos  
Nada absoluto distinguen:  
Toda raíz lleva frutos,  
Y todo fruto raíces.

» Apariencias nos fascinan,  
Ya sombras densas contristen  
La vista, ó ya luminosos  
Colores la regocijen.

» Un objeto mismo á visos  
Diferentes llora y ríe:  
Por un lado, terso lustre;  
Por el otro, obscuro tizne.

» La nube en que el marinero  
Ve rota nave irse á pique,  
Para el colono es un campo  
Que doradas mieses rinde.

» ¿Quién habrá que los misterios  
Del pecho humano escudrine?  
¿Quién que las transformaciones  
Varias de un alma adivine?

» Larva informe surca el lodo;  
Y tal vez mañana, libre  
Mariposa, alas de seda  
Despliegue y aromas libe.

IV. ®

» Pero tú penas; ¿y cómo  
Pudo ser que no penaras,  
¡Oh, víctima sin ventura  
De persecución villana!



» Tú, á quien la calumnia muerde  
Lo más sensible del alma?  
¿Tú, en quien el sarcasmo agota  
Sus flechas enherboladas?

» Herido león, huiste  
Á la selva solitaria;  
Y allí memorias acerbas  
Te hacen más honda la llaga.

» Á ellas entregado vives;  
¡Y, ¡ay! cuántas veces te halla  
La noche en la actitud misma  
En que te halló la mañana!

» ¡ Dichoso, cuando á la sombra  
En que tu pecho descansa  
(La sombra, de los que piensan  
Favorecida morada),

» Atento al tapiz musgoso  
Que las rocas engalana,  
Al sosiego de los campos,  
Ó al tumulto de las aguas;

» Á la lozana verdura  
De hierbas jamás holladas,  
Ó á la nieve que los montes  
Empinados amortaja;

» Á la bostezante gruta  
De tenebrosa garganta,  
Y de verde cabellera,  
Con florecida guirnalda;

» Ó á la mar, do las antorchas  
Del mundo su curso acaban,  
Que como un pecho viviente  
Respirando sube y baja;

» Ó siguiendo con los ojos  
Desde la arenosa playa,  
Al ligero esquife, alegre  
Depósito de esperanzas,

» Que las velas tiende, y huye,  
Huye, y rompe la delgada  
Hebra que ata el duro pecho  
Del marinero á la patria;

» Sobre el risco, donde tantos  
Dispersos rumores vagan;  
Bajo la espesura umbrosa,  
Donde ni el silencio calla:

» Á los ecos das un eco;  
Á las confusas palabras  
De místicas armonías  
Vibra tu mente inspirada;

» Y concurre al inmenso  
Coro que todo lo abraza,  
Lo que remontado vuela,  
Y lo que humilde se arrastra;

» Coro de infinitas voces  
Que suspende y arrebata,  
Y en que la naturaleza  
Á todos los seres habla,

V.

» Consuélate, que algún día,  
Y no distante quizá,  
El imperio de las almas  
Á la tuya volverá;



»Y ha de verse, ante los ojos  
Más obcecados brillar  
Con nueva luz, de tu frente  
La nativa majestad:

»Como joyel, á que el polvo  
Deslustró la tersa faz,  
Nuevamente acicalado  
Para fiesta nupcial.

»En vano tus enemigos,  
De la sátira mordaz  
Contra tu pecho inocente  
Aguzaron el puñal;

»Y divulgaron secretos  
Fiados á la amistad,  
Como quien derrama el agua  
Sobre el camino real.

»En vano, en vano su furia  
Humillada lanzarán  
Contra tu nombre, á manera  
De enhambrecido chacal,

»Que para saciar la rabia  
De su apetito voraz,  
Desgarra la última carne  
Del hueso roído ya.

»Esos hombres que te ponen  
Piedras en que tropezar  
Y de asechanzas te cercan,  
No, no prevalecerán.

»Pasarán, como vislumbres  
Entre espeso matorral,  
Que á merced del viento corren  
Y no dejan huella atrás;

»Te detestarán, sin duda,  
Con el rencor infernal  
Que alimenta contra el cielo  
El pecho de Satanás;

»Pero las voces de muerte,  
Que como ardiente raudal  
Salen de su boca impía,  
Leve soplo extinguirá.

»Mira entretanto con ojos  
De generosa piedad  
Á los que de un bajo instinto  
Arrastra el poder fatal;

»Á los que en densa ignorancia  
Sumidos no ven rayar  
Celeste albor, que ilumine  
Su mísera ceguedad;

»Que llaman luz á la sombra,  
Y bonanza al huracán,  
Y andan á tientas, sin rumbo,  
Sin ley, sin fe, sin altar;

»Al soberbio que levanta  
Contra el débil el procaz  
Estrépito del torrente,  
Demolido el valladar;

»Á la mujer seductora,  
Desamorada beldad,  
Á quien la sonrisa, estudio,  
Á quien es arte el mirar;

»Y en cuyo ropaje, suelto  
Á los vientos, redes hay,  
Redes que prenden las almas  
En dura cautividad.



»Al ambicioso que trepa  
Sobre el ambicioso, á par  
De la hiedra, que á sí misma  
Entretejendo se va;

»Á la turba lisonjera  
Que rinde á cada deidad  
Efímera, el torpe incienso  
De su adoración venal;

»Y á declamadores vanos,  
Que hacen ruido y no más,  
Oráculos que atestiguan  
La insensatez general.

»¿Qué son contigo esos hombres  
De un día, enjambre fugaz  
De insectos que vió la aurora,  
Y la tarde no verá?

»Ellos son viles, tú grande:  
Es el interés su imán,  
La gloria el tuyo: la guerra  
Apetecen, tú la paz.

»Nada hay común á la suya  
Y á tu carrera inmortal;  
Ni se puede su alegría  
Á tu dolor igualar.

»Que es sublime y grandioso  
Espectáculo el que da  
La mano dispensadora  
Que reparte el bien y el mal.

»Y alejando al genio el cebo  
De lo vano y lo falaz,  
Lo labra con el arado  
Que se llama adversidad.

VI.

¡Olimpio! Un amigo fiel  
Entonces te hablaba así,  
Queriendo apartar de ti  
La henchida copa de hiel.

Sólo entre la turba larga  
Que antes te halagó perjura,  
Quiso de la desventura  
Aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,  
No de metal diferente,  
Como el gran río á la fuente,  
Como al esquife la nave,

Le hablaste—y cruzó veloz  
Una sombra tu semblante;  
Y un tierno afecto un instante  
Hizo vacilar tu voz.

VII.

«¡No me consueles, ni te afijas! vivo,  
Pacífico y sereno;  
Que sólo miro al mundo de las almas,  
No á ese mundo terreno.

»Ni es tan perverso el hombre; la fortuna,  
Liberal ó mezquina,  
Tiñe en puro licor ó en turbias heces  
La copa cristalina.

»Del estrecho teatro, que aprisiona  
Tu pensamiento, el mío  
Oye á lo lejos el rumor; y vuela  
Á su libre albedrío.



»Si murmura la fuente, ó solitaria  
Bulle una verde orilla,  
Ó viene á mis oídos el arrullo  
De amante tortolilla;

»Ó el esquilón de las exequias llora  
En la torre sublime,  
Ó de los sauces la colgante rama  
Sobre las cruces gime;

»Paréceme que huello excelsa cumbre,  
Á do conduce el viento,  
De cuanto ser criado habita el orbe,  
Una voz de lamento.

»Allí la pequeñez á la grandeza,  
El barro al oro igualo;  
Y exploro los arcanos del abismo,  
Y el firmamento escalo.

»Cuando el humo lejano se levanta  
De humilde choza, pienso  
Que en el ara se exhala, do se quema  
Á Dios devoto incienso;

»Y de dispersas luces por la noche  
Sembrada la llanura,  
El infinito espacio tachonado  
De soles me figura.

»Contemplo allí de lejos cuanto puebla  
La tierra, el mar profundo,  
Y miro al hombre, misterioso mago,  
Atravesar el mundo.

»Y como suele el pájaro á su pluma,  
Me entrego al pensamiento;  
Y entiendo qué es la vida, y lo que dice  
Aquel doliente acento.

»¿Y quieres que murmure de mi suerte?  
¿Cuál es el hombre, dime,  
Á quien, parcial el cielo, de la carga  
Universal exime?

»Yo, que lóbrega noche vivo ahora,  
En mi denso horizonte  
Conservo, cual rosada luz, que deja  
La tarde en alto monte,

»La llama del honor, divina lumbre,  
Que en apacible calma,  
Todavía ilumina lo más alto,  
Lo más puro del alma.

»Sin duda un tiempo—¿qué razón temprana  
De este modo no yerra?—  
Sueños dorados vi, cuales el hombre  
Suele ver en la tierra.

»Vi alzarse mi existencia coronada  
De visiones hermosas;  
¡Mas qué! ¿Debí juzgar que fuese eterna  
La vida de las rosas?

»Las ilusiones que tocar pensaban  
Mis infantiles manos,  
Disipó la razón, como disipa  
La aurora espectros vanos,

»Y digo ya á la dicha lo que dice  
Navegante que deja  
El suelo patrio, á la querida orilla  
Que más y más se aleja.

»Señala Dios á todo ser que nace  
Su herencia de dolores,  
Como, á la aurora, un amo á sus obreros  
Reparte las labores.



» ¡Animo, pues! ¿Qué importa á un alma grande,  
Destello peregrino  
De antorcha celestial, eso que el hombre  
Suele llamar destino?

» Ni elación en la frente generosa,  
Ni aparece desmayo,  
Ora brille en los ojos la serena  
Luz del día, ora el rayo.

» Brame allá abajo la preñada nube  
Que tempestades mueve,  
Y su tranquilidad conserve el alma,  
Cual la cumbre su nieve.

» Forceja en vano el rebelado orgullo  
Contra la ley severa  
(Necesidad ó expiación se llame)  
Que al universo impera;

» Rueda fatal, que á todo lo criado  
En movimiento eterno  
Girando abrumba, y de una mano sola  
Reconoce el gobierno.»

LA ORACIÓN POR TODOS.

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora  
De la conciencia y del pensar profundo.  
Cesó el trabajo afanador, y al mundo  
La sombra va á colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino  
Al soplo de la noche, y en el suelto  
Manto de la sutil neblina envuelto,  
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar  
El Occidente más y más angosta;  
Y enciende sobre el cerro de la costa  
El astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado  
Brilla el albergue rústico, y la tarda  
Vuelta del labrador la esposa aguarda  
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera  
Uno tras otro fúlgido diamante;  
Y ya apenas de un carro vacilante  
Se oye á distancia el desigual rumor.  
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,  
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;  
Y á los destellos últimos del día  
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento  
En la arboleda, el pájaro en el nido,  
Y la oveja en su trémulo balido,  
Y el arroyuelo en su correr fugaz.  
El día es para el mal y los afanes:  
¡He aquí la noche plácida y serena!  
El hombre tras la cuita y la faena  
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños  
Conversan con espíritus alados;  
Y los ojos al cielo levantados  
Invocan de rodillas al Señor.  
Las manos juntas y los pies desnudos,  
Fe en el pecho, alegría en el semblante,  
Con una misma voz, á un mismo instante,  
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa  
Sobre la cuna volarán ensueños,  
Ensueños de oro, diáfanos, risueños.



Visiones que imitar no osó el pincel,  
Y ya sobre la tersa frente posan,  
Ya beben el aliento á las bermejas  
Rosas, como lo chupan las abejas  
Á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala  
Esconde su cabeza la avecilla,  
Tal la niñez en su oración sencilla  
Adormece su mente virginal.  
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!  
¡De natural piedad primer aviso!  
¡Fragancia de la flor del paraíso!  
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo  
Ruega á Dios por tu madre; por aquella  
Que te dió el ser, y la mitad más bella  
De su existencia ha vinculado en él;  
Que en su seno hospedó tu joven alma,  
De una llama celeste desprendida;  
Y haciendo dos porciones de la vida,  
Tomó el acibar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre  
Lo necesito yo!.... Sencilla, buena,  
Modesta como tú, sufre la pena,  
Y devora en silencio su dolor.  
Á muchos compasión, á nadie envidia  
La vi tener en mi fortuna escasa;  
Como sobre el cristal la sombra, pasa  
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean  
Á ti jamás..... los frívolos azares

De la vana fortuna, los pesares  
Ceñudos que anticipan la vejez;  
De oculto oprobio el torcedor, la espina  
Que punza á la conciencia delincuente,  
La honda fiebre del alma, que la frente  
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,  
Conozco el mundo y sé su alevosía;  
Y tal vez de mi boca oirás un día  
Lo que valen las dichas que nos da,  
Y sabrás lo que guarda á los que rifan  
Riquezas y poder, la urna aleatoria,  
Y que tal vez la senda que á la gloria  
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,  
Y cada instante alguna culpa nueva  
Arrastra en la corriente que la lleva  
Con rápido descenso al ataúd.  
La tentación seduce; el juicio engaña:  
En los zarzales del camino deja  
Alguna cosa cada cual: la oveja  
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo  
Pocas palabras dirigir te baste:  
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;  
Eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!»  
Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
Sube el humo á la cúpula eminente,  
Sube del pecho cándido, inocente,  
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura  
Del sol, la planta; el cervatillo atado,  
Á la libre montaña; el desterrado,  
Al caro suelo que le vió nacer;  
Y la abejilla en el frondoso valle,



De los nuevos tomillos al aroma;  
Y la oración en alas de paloma  
Á la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,  
Soy como el fatigado peregrino,  
Que su carga á la orilla del camino  
Deposita y se sienta á respirar.  
Porque de tu plegaria el dulce canto  
Alivia el peso á mi existencia amarga,  
Y quita de mis hombros esta carga  
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea  
En esta noche de pavor, el vuelo  
De un ángel compasivo, que del cielo  
Traiga á mis ojos la perdida luz,  
Y pura, finalmente, como el mármol  
Que se lava en el templo cada día,  
Arda en sagrado fuego el alma mía,  
Como arde el incensario ante la cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos.  
Los que contigo crecieron,  
Y un mismo seno exprimieron,  
Y un mismo techo abrigó.  
Ni por los que te amen sólo  
El favor del cielo implores;  
Por justos y pecadores  
Cristo en la cruz expiró,

Ruega por el orgulloso  
Que ufano se pavonea,  
Y en su dorada librea  
Funda insensata altivez;  
Y por el mendigo humilde

Que sufre el ceño mezquino  
De los que beben el vino,  
Porque le dejen la hez;

Por el que de torpes vicios  
Sumido en profundo cieno,  
Hace aullar el canto obsceno  
De nocturna bacanal;  
Y por la velada virgen  
Que en su solitario lecho,  
Con la mano hiriendo el pecho,  
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,  
En cuyo pecho no vibra  
Una simpática fibra  
Al pesar y á la aflicción;  
Que no da sustento al hambre,  
Ni á la desnudez vestido,  
Ni da la mano al caído,  
Ni da á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza  
Su puñal en sangre rojo,  
Buscando el rico despojo  
Y la venganza cruel;  
Y por el que en vil libelo  
Detroza una fama pura,  
Y en la aleve mordedura  
Escupe asquerosa hiel;

Por el que surca animoso  
La mar, de peligros llena;  
Por el que arrastra cadena,  
Y por su duro señor;  
Por la razón que leyendo  
En el gran libro vigila;  
Por la razón que vacila,  
Por la que abraza el error.



Acuérdate, en fin, de todos  
Los que penan y trabajan;  
Y de todos los que viajan  
Por esta vida mortal.  
Acuérdate aún del malvado  
Que á Dios blasfemando irrita:  
La oración es infinita.  
Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza también por los que cubre  
La soporosa piedra de la tumba,  
Profunda sima adonde se derrumba  
La turba de los hombres mil á mil:  
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,  
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja  
De que al añoso bosque Abril despoja,  
Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra  
Donde segada en flor yace mi Lola,  
Coronada de angélica aureola;  
Do helado duerme cuanto fué mortal;  
Donde cautivas almas piden preces  
Que las restauren á su ser primero,  
Y purguen las reliquias del grosero  
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonries,  
Y cien apariciones peregrinas  
Sacuden retozando tus cortinas;  
Travieso enjambre, alegre, volador:  
Y otra vez á la luz abres los ojos,  
Al mismo tiempo que la aurora hermosa  
Abre también sus párpados de rosa,  
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!..... ¡Si supieras  
Qué sueño duermen!..... Su almohada es fría,  
Duro su lecho: angélica armonía  
No regocija nunca su prisión.  
No es reposo el sudor que las abrumba;  
Para su noche no hay albor temprano,  
Y la conciencia, velador gusano,  
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,  
Hará que gocen pasajero alivio,  
Y que de luz celeste un rayo tibio  
Logre á su obscura estancia penetrar;  
Que el atormentador remordimiento  
Una tregua á sus víctimas conceda,  
Y del aire, y el agua, y la arboleda,  
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto  
La sombra ves que de los cielos baja,  
La nieve que las cumbres amortaja,  
Y del ocaso el tinte carmesí;  
En las quejas del aura y de la fuente  
¿No te parece que una voz retiña,  
Una doliente voz que dice: «Niña,  
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos  
Que oraciones alcanzan, no escarnece  
El rebelado arcángel, y florece  
Sobre su tumba perennal tapiz.  
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados  
Cubre perpetuo horror: hierbas extrañas  
Ciegan su sepultura: á sus entrañas  
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)  
Huésped seré de la morada obscura,  
Y el ruego invocaré de un alma pura,



Que á mi largo penar consuelo dé.  
Y dulce entonces me será que vengas,  
Y para mí la eterna paz implorés,  
Y en la desnuda losa esparzas flores,  
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,  
Si disipadas fueron una á una  
Las que mecieron tu mullida cuna  
Esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
Te arrancará una lágrima, un suspiro  
Que llegue hasta mi lóbrego retiro  
Y haga mi helado polvo rebullir

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS.

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

«Compañeras, ¡al baño! alumbra el día  
La cúpula lejana;  
Duerme en su choza el segador, y enfría  
Las ondas la mañana.

Menfis apenas bulle; hospedadora  
Nos da la selva abrigo;  
Y tendremos, amigas, á la aurora  
Por único testigo.

De Faraón, mi padre, el jaspeado  
Palacio al mundo asombra;  
Á mí del bosque el pabellón, del prado  
Me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,  
Y el mármol de colores,  
Á par del Nilo y de esta verde orilla  
Esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume  
En el altar la llama,  
Como entre los aromas el perfume  
Que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,  
Como en oír la orquesta  
Alada, que esparciendo dulce canto  
Anima la floresta.

¿Veis cuál se pinta en la corriente clara  
El puro azul del cielo?  
El cinto desatadme, y la tiara,  
Y el importuno velo.

¿Veis en aquél remanso transparente  
Zabullirse la garza?  
Las ropas deponed, y al blando ambiente  
El cabello se esparza.

¡Ea! trisquemos en el fresco baño,  
Alzando blanca espuma....  
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño  
La fugitiva bruma?

Mirad: enfrente al sicomor sombrío  
Que verdes arcos tiende,  
Sobre la playa, un bulto por el río  
Lentamente descende.

No temáis: de una palma el tronco anciano  
Que en demanda navega  
De las altas Pirámides, liviano  
Sobre las ondas juega.

¿Ó es de Hermes por ventura el carro leve?  
¿Ó es la concha divina  
De Isis, que con suave aliento mueve  
La brisa matutina?



¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera  
Barca duerme al sereno  
Arrullo de las olas, cual pudiera  
En el materno seno.

Arrastra el Nilo la flotante cama,  
Cual nido de avecilla  
Que arrebatado hubiese á la retama  
De su silvestre orilla.

¡Qué de peligros corre á un tiempo mismo!  
¿Cuál puerto de salud  
Le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo  
Su cuna ó su ataúd?

¡Los ojos abre, hijas de Menfis! Lloro....  
¿Pudo una madre ¡oh cielo!  
Al agua abandonar devoradora  
El hijo pequeñuelo?

Tiende los brazos ¡ay! cual si supiera  
Su malhadada suerte;  
Y son frágiles cañas la barrera  
Que presenta á la muerte.

Es de la raza de Israel, sin duda,  
Que mi padre sentencia  
Á proscripción.... Pero ¿qué ley sañuda  
Proscribe á la inocencia?

¡Pobre niño! Su llanto me conduele;  
A su madre afligida  
Sucederá otra madre; salvaréle;  
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, joven princesa;  
Y dócil al consejo  
De la piedad, acometió la empresa;  
Y el juvenil cortejo

Á la virgen, que presta se adelanta,  
De confianza llena,  
Sigue, estampando con ligera planta  
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,  
Revolando las blondas  
Madejas por el hombro alabastrino,  
La hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata  
El espumoso río  
Le ciñe, y ya á las olas arrebatada  
El pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende  
Alegre y orgullosa;  
Y en sus mejillas el color se enciende  
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita  
Y la presa reclama,  
El peso que la agobia deposita  
Sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente  
Cercan todas la cuna,  
Y sonriendo, la asustada frente  
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú que de lejos á tu hijo  
Por la playa desierta  
Seguiste desolada, el rostro fijo  
En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno da al infante:  
Tu llanto ni su risa  
Revelarán en ti la madre amante,  
Pues aun no es madre Ifisa.



En los brazos maternos, rociado  
Con lágrimas de duelo  
Y de gozo á la par, dulce cuidado  
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro:  
De Faraón cruel  
Hospeda el regio alcázar al futuro  
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada  
Con las alas, el coro  
Que ve á sus pies la bóveda estrellada,  
Pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob; en el asilo  
De tu destierro» (el canto  
Así sonaba), «y no al impuro Nilo  
Se mezcle más tu llanto.

»El Jordán á sus campos te convida;  
Te oyó el Señor: Egipto  
Marchar verá á la tierra prometida  
Tu linaje proscrito.

»Ese niño que virgen inocente  
Salvó de olas y vientos,  
Es el profeta del Horeb ardiente,  
Rey de los elementos.

»Humillaos, mortales insensatos,  
Que al Eterno hacéis guerra:  
He ahí el legislador que sus mandatos  
Promulgará á la tierra.

»Cuna humilde, baldón de la fortuna,  
Juguete del profundo,  
Ha salvado á Israel: humilde cuna  
Ha de salvar al mundo.»

LA MODA.

Quise más de una vez en mala hora,  
Escribir una página, Isidora,  
Que detener tu vista mereciera.  
Desoyóme mi Musa. Toda entera  
Me pasé (te lo juro) esta mañana,  
Hilando coplas con tenaz porfía.  
—Musa, son para el album, le decía,  
De una joven beldad.—¡Plegaria vana!  
No me salió una sola ni mediana.  
—Para este bello altar que se atavía  
Con tanta flor de amena poesía,  
Entretejer una guirnalda quiero,  
Digna de la deidad que en él venero.  
Es (tú lo sabes) cosa  
De obligación forzosa.  
Si agradable te fué mi culto un día  
Te ruego, te conjuro, te requiero,  
Amada Musa mía,  
Que lo muestres ahora; y si ya cesas  
De mirarme propicia, este postrero  
Favor te pido sólo.—¡Ni por esas!

Despechado, el papel hice pavesas;  
Al tintero, la pluma consignaba;  
Y ofrecerle pensaba,  
Por único tributo, humilde excusa,  
La culpa echando á la inocente Musa,  
Como es costumbre en semejantes casos;  
Cuando acercarse miro á lentos pasos  
Una, no sé si diga ninfa, diosa,  
Aparición, fantasma: caprichosa  
Forma que cada instante  
De color, de semblante,  
Y de tocados, y de ropas muda:  
Ora triste, ora alegre, ora sañuda;



Ya pálida, ya rubia, ya morena.  
Tan presto por el cuello y las espaldas  
Derrama en ondas de oro la melena;  
Tan presto en trenzas de ébano cogida,  
Adórnala de joyas y guirnaldas;  
Y tan presto, ¡qué horror! encanecida  
La lleva; ó sin piedad la troncha y tala,  
Y de prestados rizos hace gala.  
Ora el ropaje en anchuroso vuelo  
Desplega; y va arrastrando luenga falda  
Verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,  
De gasa, de tisú, de terciopelo.  
Señala luego en mórbido relieve  
Su figura gentil basquiña leve.  
Sus ojos aprisiona en blanco velo,  
Pudibunda beata,  
Que hace de más valor lo que recata.  
Y un momento después, traviesa niña,  
Ríe, retoza, guiña;  
No sabe tener quieta  
Su pupila de fuego;  
Busca y rehuye luego:  
Cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspense, absorto estaba yo pensando  
Si era ilusión aquello; y lo estuviera,  
Sabe Dios hasta cuándo,  
Si ella misma por fin no me dijera:  
—Nadie puede sacarte del empeño  
En que te ves, sino mi numen solo.  
El arte de agradar yo sola enseño.  
Ríete de las Musas y de Apolo.  
Si aplaudido un poeta en boga está,  
Y ante los ojos de las damas brilla,  
Y con el loro, el gato y la perrilla,  
Divide los honores del sofá,  
Débelo todo á mí, que, cuando tomo  
Esta mágica vara, lo más pobre  
Hago rico, y transmutó el oro en cobre.

Sea su entendimiento agudo ó romo,  
Tosco ó pulido, vista larga ó corta,  
Ingenio estéril ó feraz, no importa;  
Todo aquel que se viste mi librea,  
Altivo, ufano, espléndido campea.  
Y á más de cuatro orates  
Coronas dí tempranas,  
Que, á despecho de críticos embates,  
Durarán (no lo afirmo) tres semanas.  
Por no cansarte más, yo soy la Moda.  
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.  
En tres ó cuatro prácticas lecciones,  
Voy á especificar mis opiniones;  
Y podrás expedirte en el presente  
Caso, y en los demás, gallardamente.

¿Una leyenda ó cuento  
Es á lo que dedicas el intento?  
Manos á la labor: ó da principio  
Con gran proemio de elegante ripio;  
Ó si te place, empieza  
Con esa *nonchalance* de buen tono,  
Con ese aire de lánguido abandono  
De quien al despertar se despereza,  
Como si del lector no hicieses caso,  
Ni de la historia: y cuando paso á paso,  
Por entre mil rodeos,  
Ambajes y floeos,  
Llegue al fin el momento de contarla;  
Y ya el lector dé al diablo tanta charla;  
Allá como á la octava ciento y cuatro,  
Mudarás de teatro,  
Y en una digresión..... (importa un pucho)  
Que no tenga que ver poco ni mucho,  
Con el sujeto, porque, amigo, hoy día,  
¿Qué es para un escritor de fantasía,  
En resumidas cuentas el sujeto?  
Es una percha cómoda, de donde  
Cuanto en su seno tu cartera esconde,



Estudio, ensayo, informe mamotreto,  
Puedes colgar sin el menor empacho.  
Uno de mis pupilos,  
Excelente muchacho,  
Ha escrito en diversísimos estilos  
Composiciones vastas, panteísticas,  
Escépticas, católicas y místicas,  
Patrióticas, y báquicas, y eróticas,  
Miríficas y exóticas;  
Y se propone hacer una leyenda  
En que bonitamente las ensarte  
Todas sin que aparezca en nada el arte  
(Que es lo que más á un genio recomienda),  
Dando en ella á lectores eruditos,  
Que tengan razonables apetitos,  
Una merienda monstruo, una merienda  
Con variedad de platos estupenda.  
Pues, como digo, en una  
Digresión..... (cuanto menos oportuna  
Mejor); produces de esa  
Suerte mayor sorpresa,  
Que es en el arte un mérito sublime,  
A que debe aspirar todo el que rime.  
Era una transición, obra de suma  
Dificultad para la inhábil pluma  
De aquellos escritores desdichados  
De los tiempos pasados.  
Era, como ponerlos en un potro,  
El tener que pasar de un tema á otro  
De modo que el lector inteligente,  
Con movimiento más suave y blando,  
Se hallará, sin saber cómo ni cuándo  
Arrebatado á un mundo diferente.  
En esto, como en todo,  
Los modernos han dado  
Un paso agigantado.  
Hácese de este modo:  
¿Hay que pasar de un baile, por ejemplo,  
Á una batalla, de un mesón á un templo,

De una choza á un palacio soberano?  
Se pone en medio un número romano,  
Por tan sencillo arbitrio como ese  
Al discreto lector, mal que le pese,  
En menos de un segundo,  
Se le dispara á donde tú le mandes,  
Desde los Pirineos á los Andes,  
Desde la tierra al Tártaro profundo,  
Ó al bañado de luz coro seráfico,  
Con más velocidad que va un aviso  
Por el alambre electro-telegráfico;  
Y sin que de antemano, ó al proviso  
Se tema la fatiga  
De preparar la cosa;  
Y gruña cuanto quiera y lo maldiga  
El bueno de Martínez de la Rosa;  
Y hágalo con el clásico Areopago.  
Pero yo mismo sin pensar divago:  
De uno en otro paréntesis me pierdo.  
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,  
Es que la línea recta, cuanto puedas,  
Evites: tortuosas las veredas  
Son que prefiere el consumado artista  
Para el placer del alma ó de la vista.  
Como sobre un terreno,  
De matorrales y malezas lleno,  
Un raudal serpentino  
Va abriéndose camino  
Lenta y difícilmente;  
Y aquí desaparece de repente  
Bajo el tupido monte;  
Y en lejano horizonte  
Vuelve á mostrar su clara ó turbia onda  
Para que, á poco trecho,  
Cuando algunos pantanos haya hecho,  
Bosque denso otra vez su curso esconda;  
No de modo distinto,  
Aunque el fino lector se desanime,  
El sujeto camine,



Y por entre el espeso laberinto  
De las enmarañadas digresiones,  
Se hunda, reaparezca, se zabulla  
De nuevo, y nuevamente salga y bulla  
Hasta llegar al fin que te propones.  
Mas hora en filósofos zigzagues  
Teológicos, políticos, divagues,  
Ó en un rocín aprietes los talones,  
Lanzándote á remotas excursiones,  
Ó vía recta el argumento vaya  
Y la locomotiva,  
Potencia de no fútil inventiva,  
Quieras tener á raya  
(Lo que, si mis preceptos obedeces,  
Harás muy pocas veces),  
Haya sin falta alguna  
En tus poemas luna  
Que esplendorosa ó pálida riele.  
¡Oh de la noche solitaria reina!  
¿Cuál hay que á ti no apele,  
Vate que canas peina,  
Ó que rubio mostacho apenas pela?  
Pero tan socorrida como ahora  
Nunca fuiste. Vigila  
Todo autor, toda autora  
Que á veces aulla ó canta, ríe ó llora,  
Porque la bella luz con que plateas  
El universo, irradie sus ideas,  
Desde el que hijo mimado de la fama  
Ciñe á su frente inmarcesible rama  
Hasta el que dice *veya* por *veía*  
En tosca jerigonza todavía.  
No deje, pues, de rielar la luna,  
Ó en el cristal de límpida laguna  
Que el aura arrulle ó que entre sauces duerma,  
Ó en el follaje obscuro de una yerma  
Cumbre, recién mojada de rocío,  
Ó en bullicioso río  
Que al voraz Oceano,

En que se abismará, corre anhelante,  
Imagen, ¡ay! del existir humano.

Un *¡ay!* de cuando en cuando es importante:  
Por lo pronto hará ver que tienes hecho  
De hebras delicadísimas el pecho,  
Blandas en sumo grado y sensitivas;  
Y no será preciso que te afañes,  
Y los sesos que tengas los devanes,  
Buscando frases nuevas, expresivas  
Con que secretos íntimos reveles  
Del corazón. Atente á tus *rieles*;  
Y pon de trecho en trecho uno ó dos ayes,  
Cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores  
En que retrates lúbricos amores,  
Encaja bellamente una homilía  
Contra la corrupción social; y luego  
Que á la ya inaguantable tiranía  
De este gobierno jesuita, godo  
Que lo inficiona y lo agangrena todo,  
Lances una filípica de fuego,  
Llora la servidumbre de la prensa,  
Que prohíbe decir lo que se piensa,  
Y por ninguna hendrija  
Permite que respire uno siquiera  
(Sábenlo los lectores demasiado),  
Útil verdad, de tantas que cobija  
En sus profundidades tu mollera;  
Es el cuadro encantado  
Que se descubre en más dichosa era.  
Leyendo tan espléndida bambolla,  
Habrá mil que suspiren por el día  
En que echés á volar la fantasía  
Que tu médula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,  
Conviene que derrames



Profusamente aromas,  
Y que todas las voces embalsames  
De azahares, jazmines y azucenas,  
Y que de olores la nariz abrumes.  
«Sacudir las alillas pueda apenas  
El céfiro agobiadas de perfumes.»  
Bello concepto, á que echarás el guante,  
Aunque no faltará tal vez pedante  
Que á Byrón lo atribuya.  
¡Necios! Como si fuera culpa tuya  
Que, cuando para ti del cielo vino,  
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores  
Alguna pobre niña arrebatada  
En verdes años ¡ay! á los amores.  
Su imagen adorada  
De tu memoria un punto no se aparte;  
Y para más desgracia atormentarte,  
Y de esas penas aguzar la punta,  
Dirás que la difunta  
Era un ángel de amor, era un modelo  
De perfección, en que vació natura  
Toda virtud, y gracia, y hermosura:  
Divina joya, incomparable perla,  
Que, para tu regalo y tu consuelo,  
Quiso enviar expresamente el cielo  
Á un mundo vil, indigno de tenerla;  
Y con estos elogios, y otros tales,  
Conocerán las damas lo que vales,  
Y el tuyo propio harás sin que te cueste  
Una sola palabra  
Que tu modestia en lo menor moleste.  
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio  
De ensueños tu paleta.  
Nada más de mi gusto, ni más propio.  
Cual suele de abejillas tropa inquieta

Volar entre el tomillo y la violeta,  
Así acudir se ve legión alada  
De ensueños en la silla ó en la almohada  
De todo aquel que el inspirado pecho  
Á su pupitre arrima,  
Ó se desvela en solitario lecho  
Dándole caza á la difícil rima.

Pero lo que en el día  
Logra aplauso mayor, es una cosa  
Que se suele llamar misantropía.  
Huye á la selva umbrosa,  
Ó más bien á la selva que desnuda  
De su follaje la estación sañuda;  
Oculta allí el hastío que devora  
Tu gastada existencia; el negro tinte  
Que los odios fantásticos colora,  
De cada objeto alrededor se pinte.  
Huye á donde jamás hiera tu oído  
El eco envenenado, aborrecido,  
De humana voz; allí donde la roca  
Amortaja de nieves su cabeza  
Titánica; ó allí donde bosteza  
De apagado volcán lóbrega boca.  
¿Ves cómo ya el postrero  
Rayo de sol expira en el otero,  
Y al entreabrirse cárdenos nublados,  
De tempestad preñados,  
Lámpara sepulcral arde el lucero  
Sobre la tierra que la sombra enluta?  
Huye al amigo seno de la gruta.  
Medita allí, cavila;  
Y de tu pecho el negro humor destila  
Sobre todos los seres gota á gota;  
Y llama al mundo en que naciste, infierno,  
De que fué á Lucifer dado el gobierno  
Para jugar con él á la pelota,  
Y con este menguado, pobre, triste,  
Infinitesimal átomo humano,



Discorde unión de espíritu y materia,  
Que monarca se cree de cuanto existe,  
Porque le cupo el privilegio vano  
De conocer él mismo su miseria.  
Todo allí muerte, espín, hondo fastidio,  
No el que con el champaña se disipa,  
Ó con el humo de cigarro ó pipa,  
Sino el que pensamientos de suicidio  
Engendra; y logren sólo distraerte  
Impresiones de horror, de duelo y muerte.  
Ó el ronco trueno música te sea,  
Y de encontrados vientos la pelea,  
Y de natura atormentada el grito  
Cuando sobre sus bases de granito  
El bosque secular se bambolea;  
Ó el esquilón distante  
Que llora la agonía  
Del moribundo día,  
Aunque de plagio se te queje Dante;  
Ó del buho el fatídico graznido,  
Que por la soledad pavor derrama;  
Ó el gemir de la tórtola que llama,  
Y llama sin cesar.... y llama en vano,  
En el desierto nido,  
Al esposo querido,  
Que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores  
En silvestres y rústicas escenas,  
Que huelen á la edad de los pastores,  
Cuando andaban Belardos y Filenas  
Cantando á las orillas de los ríos  
Insulsos, inocentes amoríos.  
¿Inocencias ahora? Nada de eso  
En un siglo de luz y de progreso.  
Loca algazara aturda  
En infernal zahurda,  
Do el adusto Timón, medio beodo,  
Haga de todo befa, insulte á todo;

Y brillen entre copas las espadas,  
Y se mate, y se ría á carcajadas;  
Y retumbe en satánicos cantares  
Audaz blasfemia, horrificica, inaudita,  
Que es para ejercitados paladares  
Una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera diosa,  
Sin que de tanto embrollo  
De lindos disparates, otra cosa  
Engendrarse pudiera en mi meollo,  
Que confusión, y vértigo, y mareo.  
En el estado que me vi, me veo:  
Impotente la voz, el alma seca,  
Y por añadidura, una jaqueca.  
Pero, para decir, bella Isidora,  
Que eres un ángel que la tierra adora,  
Que sabes ser honesta y ser amable,  
¿Ha de ser necesario que me empeñe  
Por selvas y por riscos, que me ensueñe,  
Que me arome, y, por último, me endiable?  
Antes seguro estoy de que sería  
Imperdonable insulto  
El ofrecerte semejante culto.  
Si ya no soy ni aquello que solía,  
Pues de la frente que la edad despoja,  
Huye, como el amor, la poesía,  
Puedo hablar á lo menos el lenguaje  
De la verdad, que, ni al pudor sonroja,  
Ni hacer procura á la razón ultraje.  
Aunque de la divina lumbre, aquella  
Que al genio vivifica, una centella  
En mi verso no luzca, ni lo esmalte  
Rica facundia, y todo, en fin, le falte  
Cuanto en la poesía al gusto halaga,  
Lo compone benigna una alma bella  
Que de lo ingenuo y lo veraz se paga.



MISERERE.

TRADUCCIÓN DEL SALMO 50.

¡Piedad, piedad, Dios mío!  
¡Que tu misericordia me socorra!  
Según la muchedumbre  
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades  
Lávame más y más; mi depravado  
Corazón quede limpio  
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco  
Toda la fealdad de mi delito,  
Y mi conciencia propia  
Me acusa y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;  
Á tu vista obré el mal, para que brille  
Tu justicia, y vencido  
El que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras  
Nací, de iniquidades mancillado,  
Y en el materno seno  
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,  
Y para más rubor y afrenta mía,  
Tesoros me mostraste  
De oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo  
Me rociarás, y ni una mancha leve  
Tendré ya; lavarásme.  
Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos  
De consuelo y de paz en mis oídos,  
Y celeste alegría  
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta  
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,  
Y en mi pecho no dejes  
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría  
Un corazón que con ardiente afecto  
Te busque; un alma pura,  
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,  
En que al lloroso pecador recibes,  
No me arrojes airado,  
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,  
Que es del alma salud, vida y contento;  
Y al débil pecho infunde  
De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto  
De su razón conozca el extravío;  
Le mostraré tu senda,  
Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,  
¡Mi Dios! ¡Mi Salvador! ¡Inmensa fuente  
De piedad! Y mi lengua  
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,  
Si tanto un pecador que llora alcanza,  
Y gozosa á las gentes  
Anunciará mi lengua tu alabanza.



Que si víctimas fueran  
Gratas á ti, las inmolará luego;  
Pero no es sacrificio  
Que te deleita el que consume el fuego.

Un corazón doliente  
Es la espiación que á tu justicia agrada:  
La víctima que aceptas  
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión tu benigno  
Rostro primero y tu piedad amante,  
Y sus muros la humilde  
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas  
Se colmarán tus aras, y propicio  
Recibirás un día  
El grande immaculado sacrificio.

### EL PROSCRITO.

(Fragmentos de una leyenda.)

### CANTO PRIMERO.

#### LA FAMILIA.

Ante la reja está de un locutorio  
De monjas, á la hora de Completas  
(No digo la ciudad ni el territorio,  
Por evitar hablillas indiscretas),  
La mujer del anciano don Gregorio  
De Azagra, caballero de pesetas  
Pocas, pero de alcornia rancia, ilustre  
Á quien ni aun la pobreza empaña el lustre.

Que dió espanto á las huestes agarenas  
Un don Gómez de Azagra con la espada,  
Y añicos hizo él sólo tres docenas  
De moros en la Vega de Granada;  
Y que su sangre corre por las venas  
De don Gregorio, en cuya dilatada  
Prosapia no encontró jamás indicio  
Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

Ni cayó de traición la mancha fea,  
Ni hubo sectario alguno de Mahoma,  
Ni abuelo con raíces en Guinea,  
Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;  
Claramente verá todo el que lea  
(Donde se lo permita la carcoma)  
La iluminada ejecutoria antigua  
Que contra malas lenguas lo atestigua.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra  
Dos minas *broceadas*; vasta hacienda  
De campo, que le rinde renta magra;  
Y vieja casa de capaz vivienda,  
Do la vida le endulza y le avinagra  
Alternativamente la leyenda,  
El mate, la tertulia un corto rato,  
Los acreedores, la mujer y el *flato*.

Era también de esclarecida cuna  
Su mujer doña Elvira de Hinojosa;  
Y aunque en el matrimonio, la fortuna  
De su marido no medró gran cosa,  
Fué una santa mujer sin duda alguna;  
Y como tan austera, escrupulosa  
Y timorata que es, ciertas cosillas  
Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

Á la tertulia sin cesar combate;  
Porque se viene tardes y mañanas  
Á beberle la aloja y chocolate,



Gastando el tiempo en pláticas profanas.  
Dice que su marido es un petate,  
Y algunas veces le llamó Juan Lanas:  
Quiere que todo, en fin, se le someta,  
Y trata á don Gregorio á la baqueta.

Cosa muy natural seguramente  
En tan alta virtud; ni pudo menos  
La que abrasada en santo celo, siente  
Aun más que sus pecados los ajenos.  
Y lo peor de todo es que el pariente,  
Cuando estalla en relámpagos y truenos  
Su bendita mujer, vira de bordo,  
Toma la capa, ó calla y se hace el sordo.

De esta feliz matrimonial coyunda  
Tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero,  
Y le vive Isabel, prole segunda,  
Que ya su corazón ocupa entero.  
No ha vuelto la señora á ser fecunda:  
Y como la Isabel de Enero á Enero  
En aquel monasterio se lo pasa,  
No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colige  
Que la tal Isabel es la heroína  
De mi leyenda, y de rigor se exige  
Que la retrate. Cabellera fina,  
Rizada sin que el arte la ensortije,  
Negra; rosado cutis, coralina  
Boca con marfilada dentadura:  
Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caracteres,  
Isabel, en tu patria menos raros,  
Madre de donosísimas mujeres,  
De hombres valientes y de ingenios claros.  
Pero en el talle esbelto única eres,  
Y en esos ojos, de su fuego avaros,

Fuego amoroso, y juntamente esquivo,  
En tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,  
Sin ver ni la ciudad, ni la paterna  
Casa jamás. El crítico momento  
De pronunciar su despedida eterna  
Del mundo va á llegar; y el pensamiento  
(En que arrullada fué desde la tierna  
Infancia) de celeste desposorio,  
A toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo,  
Su confesor, que tome luego el velo;  
Y ella, á quien el recinto del profundo  
Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,  
El universo todo; ella que al mundo  
Recuerda como un sueño vago, al celo  
Del confesor y á la materna instancia,  
Cede sin aparente repugnancia.

Bien que á las veces este sueño vago  
La muestra un no se qué dorado, hermoso,  
Que hace en el alma excitador halago,  
Muy diferente del claustral reposo.  
Quisiera ver el valle, el río, el lago,  
La montaña elevada, el mar undoso;  
Y en libertad triscar por la pradera,  
Con alguna querida compañera.

Objetos que no ha visto y se figura  
Aun más bellos acaso que la propia  
Naturaleza; pues la infiel pintura  
De la imaginación, partes acopia  
Que unidas no se ven; y es toda pura,  
Es toda bella y diáfana la utopía  
De joven alma, que su forma aeria  
Y su albor virginal da á la materia.



«¿Este claustro ha de ser depositario  
De mi existencia toda?» Isabel mira  
El silencioso, umbrío, solitario  
Recinto; y sin saber por qué, suspira.  
«¿Viviré, como vive mi canario,  
Que sin cesar de un lado al otro gira  
De su prisión, y sin cesar se roza  
Contra las rejas?» Isabel solloza.

Pero este triste pensamiento pasa  
Como en el cielo fugitiva nube,  
Como el agua sutil que un lago rasa,  
Y á su nivel de nuevo el alma sube.  
Por lo que fray Facundo se propasa  
Á declarar que no es razón se incube  
Con tan superfluo empeño en esta idea,  
Pues la niña consiente y lo desea.

Que de su inclinación sale garante,  
En cuanto puede serlo el juicio humano;  
Pero que el corazón es inconstante;  
El juvenil espíritu liviano;  
Y perder no se debe un solo instante  
En cumplir un designio tan cristiano,  
Poniendo un muro indestructible, eterno,  
Entre el alma inocente y el infierno.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso,  
No aburrir con sermones á la niña.  
—Eso es lo que repito á cada paso»,  
Elvira dice y maliciosa guiña.  
«Estoy (responde Azagra) un poco escaso;  
Pero con la primera plata-piña.....»  
Mirando á su mujer medroso calla:  
La doña Elvira por un tris estalla.

Sólo el respeto al padre la modera,  
«¿Qué plata-piña?» (dice). «¿Cuánta han dado  
Tus minas, perdurable sangradera

Del dinero, en este año ni el pasado  
Ni en seis años atrás? Si la primera  
Plata-piña es el fondo destinado  
Para que mi Isabel pronuncie el voto,  
¿Por qué no decir claro: *no la doto?*

—Si no han dado, darán.» Aquí el enojo  
De doña Elvira iba á soltar el dique,  
Y Azagra echaba á su sombrero el ojo,  
Pues no sabe qué alegue ó qué replique;  
Cuando el padre, advirtiendo por el rojo  
Color de doña Elvira, que está á pique  
De reventar la concentrada bilis,  
«Mi don Gregorio, en eso está el busilis

(Dice con una flemma, una cachaza  
Admirable). En que den. Pero yo pienso  
Que podemos hallar alguna traza.....  
Algún arbitrio.... verbigracia, un censo  
Sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza  
La indicación con un placer inmenso:  
«Ya se ve: ¿por qué no?—Si acaso el fundo  
No está gravado (agrega fray Facundo;

Y una mirada exploratoria lanza,  
Como que algún obstáculo presuma);  
Y si lo está, con una buena fianza  
Podemos á interés buscar la suma.  
Mi compadre don Álvaro Carranza.....

—Al que en sus garras pilla lo despluma,  
(Responde Azagra). No se piense en eso;  
Un dos por ciento, padre, es un exceso.

—Su tertulio de usted, don Agapito.....»  
Repone el fraile. Elvira refunfuña:  
«No lo puedo tragar: es un bendito,  
Que come, bebe, pita, el mate empuña,  
Y sorbe, y charla, y no le importa un pito  
Que la señora de la casa gruña.



Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,  
Pero no está en mi mano), me indispone.

—Caridad.—Y su tema favorito  
Es: Toma el fraile y daca la beata.  
—Hereje (dice el padre); un sambenito  
Le viniera de perlas. ¡Democrata!  
¡Fracmasón! Pero al fin don Agapito  
Es hombre servicial y tiene plata.  
Ocurramos á él: sé que le sobra:  
Hará á lo menos esa buena obra.»

Ellos, por más que don Gregorio tienta  
Medios para salir de un compromiso  
Que á su cariño paternal violenta  
(Pues en su corazón está indeciso,  
Y si accede al monjío, lo aposenta,  
Por amor á la paz), quiso ó no quiso,  
Acuerdan apelar al contertulio,  
Y hacer la fiesta en el cercano Julio.

La precedente discusión pasaba  
En la mañana misma de aquel día  
En que, como antes dije, Elvira hablaba  
Por entre la enrejada celosía  
Á las amigas monjas; se trataba  
De la pobre Isabel..... Mas todavía  
No le llega su turno al locutorio;  
Que tiene la palabra don Gregorio.

Acabo de decir que consentía  
Por el bien de la paz en el monjío,  
Aun cuando el primogénito vivía  
(Que pereció cautivo al filo impío  
De cuchilla araucana), lo tenía  
Por un desacordado desvarío;  
Bien que pacato, tímido, indolente,  
Nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco á poco  
Y sin sentirlo, á indisoluble empeño  
Se viese encadenado. «¿Estaba loco,  
Decía, ó de mí mismo no era dueño?  
¿Cómo ya el concertado plan revoco?  
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,  
Que á todos los caprichos me sujeta  
De ajena voluntad! Soy un trompeta.....

¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,  
Que ve inmolar esa inocente niña  
A un celo iluso, que á interés mundano  
Sirve tal vez, ó á infame socaliña,  
Y no osa alzar la voz, meter la mano,  
Porque su ama y señora no le riña,  
Y no regañe el necio conciliábulo,  
Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

¡No, por Dios! No he de ser yo quien permita  
Se sacrifique así, se eche una losa  
Sepulcral á mi pobre Isabelita:  
No será que me arranquen mi amorosa,  
Mi cándida, mi tierna palomita.  
Sin duda tronará mi santa esposa.....  
Que truene. El corro ladrará..... Que ladre;  
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

»Pero si ella ama el claustro, si la encanta  
El claustro, como afirma el fraile seria  
Y gravemente (y nadie tiene tanta  
Proporción de juzgar en la materia),  
¿Debo yo de esa senda pura y santa  
Extraviarla, hundirla en la miseria  
Y corrupción del mundo? No lo creo,  
Porque una cosa dicen y otra veo.

»Ella es verdad que salta y juega y ríe;  
Mas ¿quién no juega y salta en años quince?  
Nadie de tales síntomas se fie,



Que de tener se precie un ojo lince,  
El que la observe, el que en su rostro espíe,  
Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,  
Pero que en sus adentros Isabela  
Contra ese pensamiento se revela.

»De cierto tiempo acá se me figura  
Que pensativa y lánguida la miro.  
Cuando oye hablar de profesión futura,  
Escápasele á hurto algún suspiro.  
Y si su madre la elocuencia apura  
Pintando las delicias del retiro,  
Vuelve á un lado los ojos, ó impaciente  
Suele tocar asunto diferente.

»¡Cuántas veces en mí clava la vista,  
Y luego melancólica la baja!  
No se queja, es verdad; no habla; no chista;  
Mete ella misma el cuello en la mortaja;  
En vez de que la esquivé ó la resista,  
Á las que se la ponen agasaja:  
Así va el corderillo al matadero,  
Y le lame la mano al carnicero.

»¿Y yo he de consentirlo? Si viviera  
Mi malgrado Enrique, ese consuelo,  
Ese apoyo, ese báculo tuviera  
En mi vejez..... mas ¿cómo, santo cielo,  
Cómo dejar me quiten mi postrera,  
Mi única prenda? Á ti, mi Dios, apelo:  
Tú con las fuerzas los deberes mides,  
Y sacrificio tanto no me pides.»

El buen señor los sesos se devana,  
Y no ve cómo salga del apuro.  
Á una mujer tan necia y casquivana  
Hacer la guerra cara á cara es duro.  
Su inconquistable genio le amilana:  
Á la sordina es mucho más seguro.

Un instrumento fácil y expedito  
Se le presenta; y es don Agapito.

Don Agapito Heredia, el tertuliano  
De cuyo filantrópico bolsillo  
Iba á salir la dote: buen cristiano  
Si los hay; aunque amigo del tresillo  
Más que del ejercicio cotidiano,  
Y nada afecto á gente de cerquillo;  
Injusta prevención, que no me admira  
Le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero á lo que maquina don Gregorio,  
Circunstancia en extremo favorable;  
Pues el proyecto Heredia hará ilusorio  
Ó al menos por lo pronto impracticable,  
Con un *no* terminante y perentorio,  
Cuando con él la pretensión se entable;  
Para lo cual hablarle piensa al punto  
Con la reserva propia del asunto.

En el suceso don Gregorio fía  
Haciendo entre los dos aquel enjuague.  
Y si más adelante otra crujía  
Sobreviniese que á Isabel amague,  
«Con esta industria no hay temor, decía,  
Porque mientras la dote no se pague  
(Que no se pagará *volente Deo*),  
Pensar en el monjío es desvaneco.»

Mientras que así discurre el caballero  
Y el vaporoso espíritu refresca  
Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;  
Suena la piedra herida, arde la yesca;  
Y ya ondeante nube de ligero  
Humo el cigarro esparce, que la gresca  
De pensamientos agitados calma,  
Y en deliciosa paz aduerme el alma.



Si no estuviera yo de prisa ahora  
(Que á la mujer de nuestro don Gregorio,  
Por lo menos hará su media hora,  
Á la reja dejé del locutorio),  
Gustoso templarí la sonora  
Lira para cantar á mi auditorio,  
Tabaco amado, compañero mío,  
Tu blando inexplicable poderío.

Ya el cigarro te exhale, ó ya circules  
En largos tubos ó enroscadas pipas,  
Ó en polvo las narices estimules,  
Tú los cuidados, tú el pesar disipas.  
¿A príncipes, magnates ó gandules  
Una incomodidad ralla las tripas?  
¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?  
Tu eres del alma cordial sococio.

Despejas tú la embarazada cholla  
Del sabio, y le solazas las vigiliás;  
Más vívidos sus cuadros desarrolla  
El pensamiento cuando tú le auxilias;  
Y si el poeta alguna vez se atolla,  
Le acorres tú; la rima le concilias  
Que á sus esfuerzos se resiste ingrata,  
Y en fácil verso el numen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate  
De don Gregorio, que discurre y pita,  
Pita y discurre; y luego pide un mate.  
«¡Un mate! (El buen señor se desgañita,  
Y el mate no parece.) ¡Cucufate!  
¡Serafina! ¡Tomasal! ¡Margarita!  
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!  
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

Viene por fin el mate. «¿Y doña Elvira?  
Salió» (Gregorio pone el gesto grave,  
Sorbe, y á la pared atento mira.)

«Y Margarita, ¿dónde está? ¡Quién sabe!  
—Toma; y no más. (El mozo se retira.)  
—¡Cierra esa puerta, bestia!»—«¿Echo la llave?  
—¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?  
Júntala sólo, y márchate, camueso.»

Tras esto don Gregorio se reclina,  
Y echa antes de comer su larga siesta.  
Despierta; pita; sorbe; Serafina  
Viene á decir que está la mesa puesta.  
Comen. Un guachalomo, una gallina,  
Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta  
Es, con su buen por qué de ají y de grasa,  
Lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditando;  
Y ya que el buche con un trago enfria  
De lagrimilla, «¡Es mucho fray Facundo!»  
(Dice como entré veras é ironía):  
«¡Qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,  
Qué colorado está! Por vida mía,  
Que tiene harta razón su reverencia,  
Para decir que engorda la abstinencia.»

Dudando si lo que oye es befa ó loa,  
Dice la dama con mirar perplejo:  
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,  
Es hombre de virtud y de consejo.  
—Y do el siervo de Dios pone la proa»  
(Responde en tono socarrón el viejo),  
No hay cosa que al esfuerzo no sucumba  
De su elocuencia.» Impertinente zumba,

Y de que el buen señor se arrepintiera  
En otras circunstancias. Ni al presente  
Osara tanto Azagra, si no fuera  
Que al recordar su treta, el pecho siente  
Bullir de gozo. Elvira no se altera:  
«Resuella por la herida mi pariente»



(Dice á su sayo, y calla). Fué un bonito  
Recurso el de la bolsa de Agapito.»

Prosigue Azagra: «Es franco caballero;  
Tengo de su amistad más de una prueba;  
Y prestará gustoso su dinero,  
Cuando tan santo fin la cosa lleva.  
Hija, mañana mismo hablarle quiero.  
— Nuestra señora sus entrañas mueva,  
Y nuestro pensamiento ponga en planta»;  
Contesta doña Elvira, y se levanta.

Don Gregorio tomó sombrero y capa,  
Doña Elvira la saya y la mantilla.  
Ella se va á las monjas; él se escapa  
Al tajamar adonde la pandilla  
De tertulianos al pasar le atrapa:  
Se habla de independencía y de malilla;  
Y de Marcó del Pont y de la España,  
Y de cera, polvillo y telaraña.

Eran aquellos días de funesta  
Memoria, en que la patria moribunda  
Cambió en luto la túnica de fiesta,  
Y la guirnalda en la servil coyunda.  
La noble frente que miraba enhiesta  
Al astro de la gloria, ya en profunda  
Sombra eclipsado, triste inclina al suelo,  
Y no divisa un término á su duelo.

Noche improvisa obscureció la aurora  
De libertad. Venciste, ¡ tiranía !  
Mártires y cautivos atesora  
Allá el presidio, acá la tumba fría;  
Y de los hijos que la patria llora  
Se ve crecer la suma cada día.  
Doquiera ocultó el espionaje acecha,  
Y va la proscripción tras la sospecha.

Noche fué de dolor; no de letargo;  
Que si el pecho una vez respira aliento  
De dulce libertad, no sueñe largo  
Desmayo, ni durable rendimiento  
El opresor: vendrá desquite amargo;  
De la retribución vendrá el momento:  
Mientras él altanero se entroniza,  
Arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la patria era:  
Reina Marcó del Pont; y aquella inculta  
Baja, soez canalla talavera  
Roba, asesina, y más que todo, insulta.  
El diez y seis principia su carrera,  
Y á la arboleda y á la mies adulta  
Las frutas pinta y las espigas dora,  
Ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y á par del turbio río iba y venía  
Nuestra tertulia en platicar discreto,  
Que temeroso de escondido espía  
Tras cada tronco y cada parapeto,  
En tímido susurro se confía  
Con aire de misterio y de secreto  
Cada vez que dan suelta á dura crítica  
Sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;  
Y aunque de armas tomar ninguno fuera  
(Porque de los cincuenta pasan todos),  
Son por una mismísima tijera  
Cortados en tratándose de godos;  
Y si de Elvira el nombre no sirviera  
De protección, tuvieran hoy la cancha  
En parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,  
Ó de Carrera ó Freire las hazañas;  
Quién la exacción deplora, que á una quiebra



Le reduce y le saca las entrañas;  
Maldiciones aquél (¡ qué horror ! ) enhebra  
Contra el augusto Rey de las Españas;  
Y en profética tripode se encumbra  
Alguno ya, y á San Martín columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas  
Del locutorio, como arriba indico,  
Aligeraba un poco las bandejas  
De las devotas madres. Con el pico  
Que Dios le ha dado ensarta mil consejas,  
Moviendo sobre el seno el abanico,  
Y dando á todo el grato condimento  
En que consiste la sazón de un cuento;

No el de la destrucción que hiere y mata,  
Mas de la caridad que muerde y pica,  
Con aquella prudencia timorata  
Y aquel celo cristiano que edifica.  
De esta manera justamente trata  
Á don Gregorio su mujer: critica  
Su dejadez; su indevoción censura;  
Mas, propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano  
Monjío el general discurso rueda,  
Tembló Isabela oyendo aquel tirano  
Decreto que en un claustro la empareda;  
Cáesele el abanico de la mano;  
Pierde el color; atónita se queda;  
Mas al imperio maternal se inmola,  
Y no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el alma siente  
Inclinación al religioso estado.  
¿Puede no amar la joven inocente  
El santo asilo donde se ha criado?  
Aquel *si* irreflexivo, indiferente,  
Pedido no diré, sino dictado

Á la niñez, que su sentido ignora,  
Indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!.... Así lo juzga. El pecho  
Que resignado y dócil y sumiso  
Natura y arte á competencia han hecho;  
A quien la abnegación deber preciso,  
Y ajeno mando es natural derecho;  
Que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;  
¿La suerte que una madre le destina  
Rechazar osará? Ni aun lo imagina.

«¿De qué me asusto? (en su interior exclama).  
¿No he sido siempre destinada al velo?  
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama  
El cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?  
Un mundo vil, que tanto vicio infama,  
¿He de poner con Dios en paralelo?»  
Diciendo así, conformidad serena  
Rayó en el alma, y mitigó la pena.

Esto en el sobredicho locutorio;  
Mientras desde el paseo le decía  
Á su cara consorte don Gregorio:  
«Bravo chasco te pegas, prenda mía.»  
Jamás le vió el andante consistorio  
De tan jovial humor como aquel día;  
¡Miseró! Y truena ya la nube parda  
De la tormenta horrible que le aguarda.

Luego que la oración da el campanario,  
De la vecina iglesia á la morada  
De don Gregorio van, donde el rosario  
Rezaban doña Elvira y su mesnada.  
No hubo esta noche nada extrordinario  
En la tertulia: naipes, variada  
Conversación, el consabido mate,  
Cigarros, dulce, aloja y chocolate.



Al sonar el reloj las nueve y media,  
«Señores, con la música á otra parte»  
Á sus contertulianos, dice Heredia;  
Y cuando ya, como los otros, parte,  
El don Gregorio la ocasión promedia,  
Y á hurto en baja voz «Quisiera hablarte,  
Le dice, es un favor de poca monta;  
Y.....—Ya sabes que está mi bolsa pronta.

Para servirte (respondió Agapito).  
Negocio concluído: no hables de eso.  
—No es la que tú imaginas; es.....—Repito  
Que es cosa hecha, peso sobre peso.  
—¿Qué cosa?—Los dos mil.—No necesito.  
En otra muy distinta me intereso.  
Ni quiero que prometas, ni que entregues,  
Ni que fies: se trata de que niegues.

—¿Que niegue? Es imposible, amigo: es tarde.  
—¡Misericordia!—Fray Facundo vino  
(Eran como las cuatro de la tarde)  
Con un recado muy atento y fino  
De tu querida esposa, que Dios guarde.....  
—No pases adelante; lo adivino.  
—Como me aseguraba tu anuencia,  
Expresada, me dijo, en su presencia.....

—Sí, la expresé, con una sogá al cuello.  
—Y como entiendo que la niña anhela  
Meterse monja, y empeñada en ello  
Parece estar tu santa parentela.....  
—Basta, no digas más. Echado el sello  
Á mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!  
Todo al revés, Heredia, me sucede.  
Parece que el demonio lo hace adrede.

—No tal: esos petardos te granjea  
El hacer, como haces, á dos caras.  
Si no quieres que ciña la correa

Tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?  
Y si la pobre chica titubea,  
Ó lo repugna, y tú la desamparas  
Que protegerla debes, cruel, impía,  
Abominable esa omisión sería.

»Y más diré. Si yo su padre fuera,  
Y en esa tierna edad la viera ansiosa  
De vestir el sayal, lo resistiera  
Con todo mi poder; que no, no es cosa  
En que se deba estar á la ligera  
Decisión de alma incauta, veleidosa,  
Dócil á toda voz, á todo imperio,  
El consignar la vida á un monasterio.

»La que renuncia al mundo en esa verde  
Edad primera, ¿podrá ser que estime  
Lo que la aguarda, ó sepa lo que pierde?  
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime  
Cadena eterna, y desechada muere  
El duro hierro, ¿á quién acusa, dime?  
Al que su juicio leve, antojadizo,  
Debió haber alumbrado, y no lo hizo.

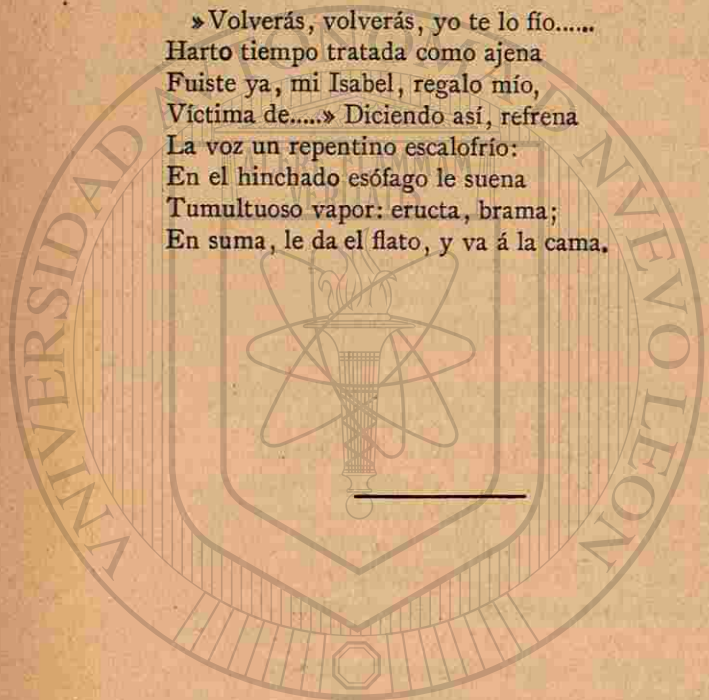
»En dar consejos donde no hay deseo  
De recibirlos, siempre hallé reparo.  
Mi genio lo repugna. Mas te veo  
En aficción, y debo hablarte claro.  
Tu flojedad es un delito feo.  
La autoridad paterna es el amparo  
Natural de Isabel. Defiende, guarda  
Su inocente candor. ¿Qué te acobarda?

—¿Y entregado el dinero fué?—Lo mismo,  
Porque lo tengo prometido y pronto.  
—Á quién se puso, Heredia, un sinapismo  
Como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto  
Sufrió jamás tan fiero despotismo?  
Pero verán si en cólera me monto,



De lo que soy capaz. Volverá al techo  
Paterno mi hija..... volverá á mi pecho.....

» Volverás, volverás, yo te lo fio.....  
Harto tiempo tratada como ajena  
Fuiste ya, mi Isabel, regalo mio,  
Víctima de.....» Diciendo así, refrena  
La voz un repentino escalofrío:  
En el hinchado esófago le suena  
Tumultuoso vapor: eructa, brama;  
En suma, le da el flato, y va á la cama.

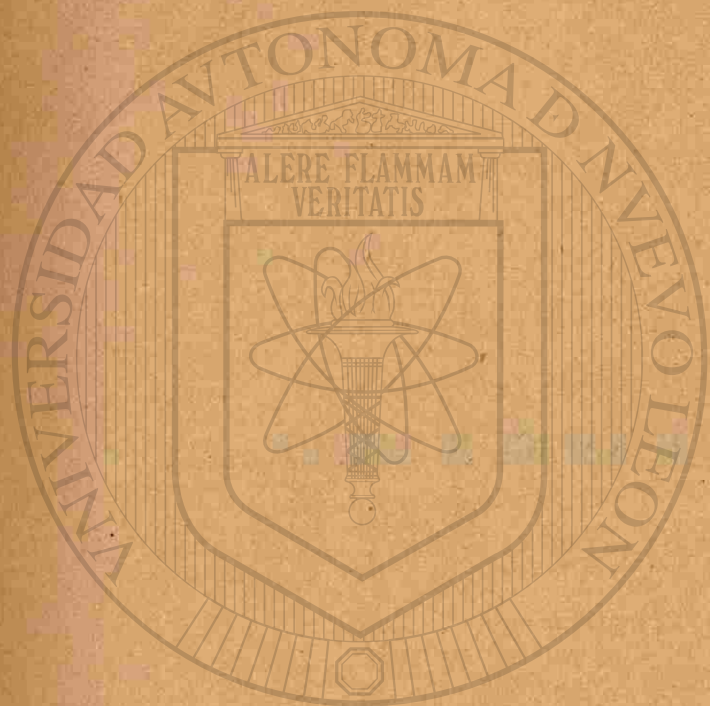


D. RAFAEL M. BARALT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. RAFAEL M. BARALT.

—  
Á CRISTOBAL COLÓN.

AL SEÑOR D. DOMINGO DEL MONTE.

Venient annis secula seris,  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet et ingens pateat tellus  
Thetisque novos detegat orbis  
Nec sit terris ultima Thule.

(SÉNECA, *Medea*.)

Tu frágil carabela  
Sobre las aguas con tremante quilla,  
Desplegada la vela,  
¿Dó se lanza, llevando de Castilla  
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino  
Del no surcado mar por la onda brava,  
¿Por qué ciega y sin tino,  
Del pérfido elemento vil esclava,  
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave  
Desconocidos vientos mueven guerra?  
¿Cómo, medrosa el ave,  
Con triste augurio que su vuelo encierra,  
Al nido torna de la dulce tierra?



La aguja salvadora,  
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,  
¿No ves cómo á deshora  
Del Norte amigo y firme se desvía,  
Y á Dios y á la ventura el leño fía?

¿Y el piélagos elevado  
No ves al Ecuador, y cuál parece  
Oponerse irritado  
Á la ardua empresa; y cuál su furia crece;  
Y el sol cómo entre nublos se obscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama  
De aligeras centellas lluvia ardiente:  
¡Ay! que el abismo brama;  
Y el trueno zumba; y el bajel tremente  
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca  
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño  
En la cercana roca;  
Mira el encono y el adusto ceño  
De la chusma sin fe contra tu empeño:

¡Y cuál su vocería  
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña  
Creciendo, y agonía,  
Con tumulto y terror la tierra extraña  
Pide que dejes por volver á España!

¡Ay triste! que arrastrado  
De pérfida esperanza, al indo suelo  
Remoto y olvidado,  
Quieres llevar flamígero tu vuelo!  
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente  
Y el oro del Japón buscas en vano;  
En vano á Mangi ardiente;

Ni de las hondas aguas de Oceano  
Jamás verás patente el grande arcano.

¡Vuelve presto la prora  
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,  
Donde del nauta llora,  
Juzgándole quizá cadáver yerto,  
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena  
Vanamente el error cante en su lira:  
¡Colón! clava la antena;  
Corre, vuela; no atrás, avante mira;  
Al remo no des paz; no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,  
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento  
En furia desatado,  
Resista el corazón, y al rudo acento  
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fe conducido,  
Puesta la tierra en estupor profundo,  
De frágil tabla asido,  
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo  
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día  
De ínclita hazaña y la mayor victoria  
De la humana osadía,  
En fama excelso, sin igual en gloria,  
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena  
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,  
De asombro el alma llena,  
Y en voz de amor y de alabanza en canto  
Entonar de David el himno santo;



De Cristo el alto nombre  
Aclamar triunfador entre la gente  
Y un culto dar al hombre  
Desde el gélido mar y rojo Oriente  
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera  
Que nuevo Dios y nuevo rey pregonar,  
Al viento dar ligera  
Del astro de los Incas en la zona,  
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,  
Humillada á tus pies, en plauso ahora  
Al cielo el grito mueve;  
Y el que del sol en las regiones mora  
Angel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía  
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra  
De orgullo y de alegría!  
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;  
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,  
Mundo perdido en tártaras regiones;  
Mundo nuevo, coloso  
De los mundos, sin par en perfecciones,  
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino,  
Entre cien mares que á su pie quebranta  
El Ande peregrino,  
Cuando hasta el cielo con soberbia planta  
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,  
Rey de los otros ríos, se arrebatara  
Marañón caudaloso

Con crespas ondas de lucente plata,  
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera  
En la gallarda copa dulce expira  
Perenne primavera;  
Y el cóndor gigantesco fijo mira  
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;  
Émulo al ancho mar lago sonoro;  
Tormentas, huracanes;  
Son árboles y piedras un tesoro,  
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva á Europa  
De tamaño portento alta presear!  
Hiera céfiro en popa,  
Ó rudo vendaval, que pronto sea,  
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélagos sonante  
Abrirá sus abismos: sorda al ruego  
La nube fulminante  
Su terrífica voz lanzará luego,  
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido  
Unirá contra ti la envidia artera  
Su ronco horrible aullido.  
¡Piloto sin ventural! ¿A qué ribera  
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?  
Tu nombre, entre las gentes difamado,  
¿Morirá sin memoria?  
¿Ó tal vez de las ondas libertado  
Por tu empresa un rival será premiado?



Todo será : el delirio  
De pérfido anhelar que vence, y llora;  
Gozo, gloria, martirio;  
Cadena vil y palma triunfadora;  
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento,  
Del rayo y la traición, crudos azares?  
¡Levanta el pensamiento,  
Elegido de Dios; hiende los mares,  
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa  
Llevó á Tesalia el áureo vellocino  
De Colcos la famosa,  
Ni, de Palas guiada, en el Euxino  
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada  
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,  
Cual en tierra labrada  
Mece la blonda espiga en el verano.  
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito  
De asombro y de placer que al mar trasciende  
Con ímpetu inaudito:

¡Colón! exclama, y los espacios hiende,  
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,  
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos  
Y la mies áurea opima,  
Llorando el corazón duros tormentos,  
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De ti y de tus iguales,  
El anglo poderoso, el galo fuerte,  
Á las plantas reales

¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,  
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras  
El ánimo preclaro, ajena hazaña  
En mal hora no vieras,  
Ni el mar inmenso que la tierra baña  
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,  
Del aurífero Tajo hasta Barcino,  
Ofrenda merecida  
De incienso y flores, cual á ser divino,  
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano  
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;  
Por él ya el orbe ufano  
Saluda tu estandarte, y son hesperios  
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿Qué corona  
Al huésped de la Rábida guardada  
Sus hechos galardona?  
¿Bastará tu corona, que empeñada  
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo  
Vagas inulta en medio á los despojos  
¡Oh sombra de alto ejemplo,  
En cuya mano y sien miran los ojos  
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla  
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;  
No es suya la mancilla;  
Que á ti fué abrigo cuando más desnudo;  
Al indio madre; al africano escudo.



Y unirá su alta gloria  
Á tu gloria la tierra agradecida  
Con perpetua memoria,  
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,  
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,  
Cual de todos compuesto, no formara  
Sin designio profundo;  
Ni allí de sus tesoros muestra rara  
En cielo y tierras y aguas derramara.

Tu alada fantasía,  
Al contemplarlo, en el Edén primero  
Volando se creía;  
Y Edén será en el tiempo venidero,  
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo  
Hombres y leyes, sociedad y culto,  
Cuando otra vez al filo  
Pasen de la barbarie, en el tumulto  
Dé un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas  
Viejas en el delito y la mentira;  
De pueblos, de monarcas;  
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,  
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares  
Entonces vagarán, puerto y abrigo,  
Paz clamando, y altares;  
Y después de las culpas y el castigo  
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:

¡Colón! El mundo hermoso  
Que de su seno á las hinchadas olas  
Arrancaste animoso,

Coronando de eternas aureolas  
Las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo  
Resuena el canto: extiende tu renombre  
Por los cielos Apolo;  
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,  
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

### LA ANUNCIACION.

Á MI AMIGO D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE.

¿Qué nuncio divino  
Desciende veloz,  
Moviendo las plumas  
De vario color?  
(D. L. F. DE MORATÍN.)

¡Musa, al Numen implora!  
La mansión del Eterno en nueva llama  
Arde y brilla á deshora;  
«¡Victoria!» el cielo clama,  
Y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, dí, suave,  
Cómo Gabriel, en su veloz carrera,  
Más que del Arca el ave,  
Hiende raudo la esfera,  
Nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante  
Las ígneas alas desplegando vuela,  
Como en la mar sonante  
Nave de inflada vela,  
En pos dejando nacarada estela.



Nunca vertió lucero  
Más pura en la alta bóveda su lumbré;  
Nunca midió agorero  
Astrólogo en su cumbre  
De cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,  
Rey del cerúleo campo tachonado,  
Hépero glorioso;  
No tan bello, inflamado,  
Relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines  
Cercado en torno, y de sus arpas de oro,  
Alados querubines  
En refulgente coro,  
Lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes  
Leve, rápido, ardiente cruza y dora;  
Mil angélicas huestes  
Su marcha vencedora  
Celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,  
Aromas, canto y luz al puro cielo  
Desparce en su camino;  
Y el flamígero vuelo,  
Mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,  
¿Del reino de la luz por qué declina  
Tu marcha hacia la tierra,  
Do la virtud camina,  
Ausente de su patria, peregrina?

Teme, arcángel radioso,  
Del ángel de Sodoma la impía suerte;  
Al cielo presuroso

Los pasos ¡ay! convierte,  
Y deja al hombre en brazos de la muerte.

Mas no; que va guiado  
Por el que en noche obscura rige el freno  
Del rayo desatado,  
Cuando al fragor del trueno  
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,  
De Adán azote en la mansión serena  
Resplandece irritada:  
Luce, de mancha ajena,  
En la siniestra, cándida azucena.

Y entre vivos fulgores  
Que de zafiro y púrpura y topacio  
Multiplican colores  
Y embalsaman espacio,  
En pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso  
Inclinándose á ti, dulce María,  
Prorrumpe armonioso  
En canto que decía,  
Igual al de tu voz en melodía:

«¡Salve! de mancha pura,  
De gracia llena y del SEÑOR amada;  
Bendita criatura,  
En la tierra apartada  
Para ser de JESÚS Madre adorada»,

Dijo; y los altos montes,  
Las selvas y los antros repitieron  
Su voz; los horizontes  
En dulce llama ardieron;  
Los demonios en ira se encendieron.



Las empíreas regiones  
Flores envían; ondeante nube  
De argentados vellones  
Hierva, se esparce, sube,  
Y púdico cendal viste al querube;

Y las auras rompiendo  
Voz que á los hombres redención augura,  
Doquier va repitiendo:  
«¡Gloria á Dios en la altura;  
Paz en la tierra á la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada  
De estrellas, junto á Dios reinas dichosa,  
Sobre soles sentada;  
Medianera piadosa,  
Que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo  
Vencedora inmortal, con firme planta,  
El dardo reblandiendo,  
Oprimes la garganta!  
¡De la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste  
Absorta y muda sobre el suelo frío,  
Y, purpúrea, exclamaste  
En arrebato pío:  
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece  
Salida el labio á tu divino acento,  
Cuando el fulgor acrece  
Y da su blanco aliento  
La mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende  
Las albas plumas sobre ti amorosa,  
Y tal volcán desprende

Sobre la casta esposa  
De fecundante llama generosa,

Que con la faz velada  
Los ángeles se inclinan reverentes,  
Y al ver la unión sagrada,  
Que es salud de las gentes,  
Baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida  
Quedó la tierra al cielo y cesó el llanto  
En que vivió sumida.  
Forma el iris, en tanto,  
En arco inmenso una diadema al SANTO.

Borre el hombre, infamante,  
De la primera culpa el fallo escrito  
En su frente arrogante:  
Más que el de su delito  
El raudal del perdón es infinito;

Del numen poderoso  
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo,  
Y se encarna piadoso  
En el seno fecundo  
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste:  
Por frágil mano de mujer, victoria  
De Luzbel obtuviste.  
¡Cielo y tierra en memoria  
Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona  
Ciñó á una sien la musa que descuella  
En profano Helicon,  
Que la que adorna bella  
Su majestad de Madre y de Doncella,



¡Madre de la esperanza!  
Pura estrella del mar, que en blando giro,  
Anuncias la bonanza!  
Yo, náufrago, te miro,  
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

ODA.

Á LA DESESPERACIÓN DE JUDAS.

La luz serena el cielo  
Y soles rutilantes encubría  
Con funerario velo,  
Y en palpables tinieblas envolvía  
De las calladas selvas la espesura,  
El sublimado monte, la llanura,  
Y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba  
Con frémito medroso el raudó viento:  
La tierra suspiraba  
Con angustia y terror: y ronco acento  
Cual de lejana tempestad ondosa,  
Que estrago anuncia y muertes, espantosa,  
Tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave  
Se oye de fuente en bosques ó en pradera;  
Ni canto alguno de ave,  
Ni clamor de torrentes ó de fiera.  
Arden las nubes, hierven, se propagan,  
Y en silencio relumbran, y se apagan,  
Llamas doquier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,  
Trememente el corazón, vieron mis ojos

En los desiertos campos  
Desnudas rocas y áridos abrojos:  
De vengadora cólera divina  
Indelebles señales; y ruina  
De la mano del hombre y sus enojos.

Y ví tus negros muros,  
Triste Jerusalén, patria de llanto  
Y corazones duros;  
Y de nube sangrienta rojo manto  
Sobre el excelso Gólgota pendiente:  
Padrón de infamia á tu marchita frente:  
Perpetua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios,  
Cual la que en pasmo ayer y horror profundos  
Sumió los hemisferios,  
Cuando con férreos brazos iracundos  
Al ungido, Sión, crucificaste,  
Y su sangre preciosa derramaste  
Que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,  
Maldecida ciudad, y la venganza  
Que Dios acopia lento,  
Menor que tu delito, al fin te alcanza;  
Y sorda al ruego, de la Cruz en pago,  
Dolor te envía y funeral estrago,  
Negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duerme todavía  
Libre, Sión, mientras sus rayos Roma  
Y su dogal te envía:  
¡Miseria más que al perecer Sodoma!  
Y al despertar, adorna en adulterio  
Al ímpio tus doncellas, y el salterio  
Á Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,



Si el tuyo no, Jerusalén, se apresta  
De Dios al enemigo?  
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?  
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,  
Con su justicia que á la tierra asombre  
Irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:  
Su rey sobre el abismo se levanta;  
Blasfema del Eterno;  
Y esperando su triunfo, altivo canta;  
Y entre las voces del tartáreo coro,  
Acento horrible de furor y lloro  
Jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso  
Que sin hojas, señero, se divisa  
En alto pedregoso,  
Á la luz del relámpago indecisa,  
Á Judas miro; del desnudo cuello  
Un lazo pende; mészase el cabello,  
Y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura  
En desorden está; muéstrase el pecho  
Latiendo con presura  
Cual onda brava en reducido lecho:  
Salidos de sus cuencas, ambos ojos  
En alto fija, con la saña rojos,  
Y á Dios amaga en su infernal despecho.

El ala recogida  
Junto á él de espaldas su custodio llora  
Al alma ya perdida.  
El arcángel rebelde vengadora  
Llama dispone en el sulfúreo abismo;  
Y el tormento de Judas en sí mismo  
Doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro  
La vista tiende y mano fulminada,  
Mientras el ángel puro  
Sus ojos vela, y con la diestra alzada  
Último ruego al Hacedor envía,  
Y triste, á paso lento, se desvía,  
De horror la mente y de piedad turbada.

Blanca, sūave lumbre  
Sobre el Calvario sacrosanto esplende,  
Y triunfante en su cumbre,  
En luces mil el lábaro se enciende.  
Como lluvia de sangre, roja llama  
Sobre Sión horrenda se derrama,  
Y á pueblo y valle rápido descende.

Del arduo monte erguido  
Cayó el traidor descoyuntado y roto,  
Al lazo el cuello asido;  
Y cual suele fragor de terremoto  
Subir al cielo y conmover el mundo,  
Así al caer, rodando hasta el profundo,  
Gimió el empiéreo y el confín remoto.

No á su presa más listo  
Acude el tigre, que de mal sediento,  
Al vendedor de Cristo  
Luzbel sañoso con legión sin cuento;  
Y allí le abraza; y en la torva frente  
Su garra imprime y el agudo diente;  
Signo de alianza en el común tormento.

Á la mansión precita  
Luego le arrastra del cordel atado  
Con afrenta infinita;  
Y al orbe como el trueno dilatado  
Un acento infernal, ¡maldito!, exclama;  
¡Maldito! el viento en los espacios brama,  
¡Maldito! el mar en ronco son airado.



Mientras el ángel bello  
Las alas tiende hacia el Calvario santo,  
Suelto el rubio cabello,  
Mustio en el rostro y desceñido el manto;  
Y allí, ante Dios, doblada la rodilla,  
De la divina Cruz al pie se humilla,  
El suelo besa y lo humedece en llanto;

Y entonces sobrevino  
Obscuridad mayor, y pavoroso  
Silencio repentino.  
La tierra absorta al caso lastimoso  
Enmudece temblando; en sus regiones  
De cándidos querubes las legiones  
Se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido  
Del trueno horrisonante se desata,  
Y el intenso bramido  
De la tormenta al aire se dilata:  
Rompe el rayo las nubes; piedra y fuego  
Con él caminan; y en su furia ciego,  
Campos incendia y montes arrebatá.

A UNA FLOR MARCHITA.

Hija de la mañana,  
¿Por qué abatida la graciosa frente  
No ha mucho tan ufana?  
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?  
Hoy venturosa y leda  
Sobre el flexible tallo columpiada  
Te saludó la aurora  
En el rosado Oriente,  
Cuando de su alma luz acariciada  
Junto al arroyo en el verjel naciste;  
Y hoy el arroyo con murmurio triste,

Al fenecer el día en Occidente,  
Corre, te busca, y al mirarte llora  
De tu beldad lozana  
El efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste  
Bienes preciados, en tu gloria breve!  
Del sol enamorado  
Los vívidos colores recibiste:  
Ósculo regalado  
Del céfiro sonante, cuando leve,  
Tallo, ramas y pétalos movía,  
Y en la húmeda corola vacilante  
Al plácido murmullo se adormía:  
El pardo ruiseñor con pico de oro  
Tus néctares bebió: la susurrante  
Solicita abejuela, dulce cuna  
Y aun más dulce tesoro  
De miel y aromas alcanzó en tu seno:  
En tu cáliz sereno  
Vertió sus rayos la argentada luna,  
Sus nacaradas gotas el rocío;  
Y al retratarte en su cristal el río,  
Sus acentos sūaves  
Unió cantando á los del bosque umbrío,  
Y al coro de los vientos y las aves.  
¿Ni qué voz generosa á tus loores  
El tributo negó? Con noble verso  
Vistiendo tus colores,  
Tu gloria al universo  
Dijo la lira; y la campestre avena  
Con dulce cantilena  
En el valle y la vega á los pastores.

En el sublime alcázar peregrino  
De mármoles labrado;  
En la ramosa gruta; en la cabaña  
De informes troncos de silvestre pino;  
En el cercado huerto; en la montaña,



Perfume regalado,  
Inefable dulzura, encanto y vida,  
Con mano igual profusa derramaste:  
Allí donde brillaste  
Resplandeció la tierra ennoblecida;  
Los tendidos desiertos se animaron;  
Menos horrible pareció el abismo;  
Y ante el sepulcro mismo,  
Los ojos que miraron tu hermosura  
Menos acerbos lágrimas lloraron,  
Y con menos terror la muerte dura  
Y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,  
Pobre huérfana errante  
¿Qué fué de ti, lanzada  
De la vida del hombre al torbellino?  
¿Fué acaso tu destino  
Brillar un solo instante  
En el mórbido pecho de la dama,  
Ó en su cabello undoso;  
Irritar del amor la viva llama  
En el amante, de tu honor celoso;  
Y, el labio audaz en tu corola impreso,  
Mustia tornarte al encendido beso?  
¿Ó en las pompas del templo sacrosanto  
Desfallecer en medio de esplendores,  
Al grato son de religioso canto,  
Mezclando tus olores  
Á la de incienso y mirra blanca nube  
Que vagarosa del altar se eleva,  
Con lenta majestad se extiende, y sube,  
Y á Dios el llanto y la plegaria lleva?  
¿Ó profanada en el festín, la frente  
Adornar del impuro sibarita  
Que luego, ingrato, te arrojó marchita  
Al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria:

Nacer para el amor, y en corta vida  
De todos bendecida  
Ser amada y amar: tal es tu historia,  
Y morir como el niño que arrancado  
Al seno de su madre, sube al cielo  
En ángel transformado.  
Flor también es el niño que prefiere  
El Edén inmortal al triste suelo.  
¿Cuán amado de Dios es el que muere  
En brazos del amor; puesto el oído  
Al maternal acento; suspendido  
Al casto pecho por el dulce labio;  
Sin probar el agravio  
De perfidia crúel ó duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:  
En la vida y la muerte blando aroma  
Tus hojas exhalaban,  
Y tus dulces alientos se mezclaron  
Del aura leve al generoso aliento.  
Y si nada resiste  
De la dura segur al movimiento  
Que alzados muros con furor desploma,  
Que alzadas cimas con fragor derrumba,  
Tú no pruebas sus iras:  
Con lánguido desmayo en paz expiras;  
Y perfumada tumba  
Que el poderoso príncipe envidiara,  
Más que de oro preciada y de diamante,  
En su seno escondido te prepara  
Sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.  
De misterioso impulso arrebatado,  
Tu cáliz puro, de esplendor cubierto,  
Aunque en tierno deliquio aprisionado,  
Al labio llevo y exhalar le miro  
Perfumado suspiro.  
Vives, sí, vives: transparente gota



De la linfa purísima que brota  
De las porosas hidrias espumante,  
Sobre tus hojas con piedad vertida  
Venga, y te anime, y otra vez pujante  
Despierta de tu sueño, flor dormida.  
Yo muerta te creí, y en flebil tono  
Canté tu gloria y tu fugaz ventura  
Con ronca voz y desmayado acento;  
Mas si de nuevo al trono  
Vuelves de la hermosura,  
Voz más acorde con heroico aliento  
Eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,  
Fragancias difundiendo expira el justo;  
Vida encuentra en la muerte, y va sereno,  
De espíritus angélicos cercado,  
Al pie del solio augusto,  
De alta esperanza en su justicia lleno.  
Vivió, resplandeció, y aroma en torno  
De pródiga virtud llenó el ambiente:  
Vestido de piedad, único adorno  
Fué la virtud de su elevada frente.  
Y cuando en hora malhadada, vela  
Sombra de muerte su sepulcro frío,  
Auréola brillante  
Dnde el Señor su majestad revela  
Circunda su semblante.  
Ruge el averno: Satanás impío  
Al báratro se lanza rebramando  
Seguido de su bando:  
Él rodéado del divino coro  
Las ígneas alas apareja al vuelo;  
Rompe el aire con ímpetu sonoro,  
Y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,  
¡Cuán noble todavía  
Eres en tu agonía!

En torno al corazón las hojas bellas,  
En actitud piadosa,  
Para ocultar las huellas  
De la muerte se agrupan, y á porfia,  
Como amigas fieles,  
Tu seno cubren y sobre él expiran.  
Así cuando ya miran  
Marchitos sus laureles  
Las semidiosas que adoró la tierra,  
Vencidas en la guerra  
Del crudo tiempo, que con leves alas  
Marchitó su hermosura  
Y en humo y polvo convirtió sus galas,  
La frente ocultan donde ya no brilla  
De la edad juvenil el dulce fuego;  
La rugosa vejez con mano dura  
Cenizas desparciendo, en la mejilla  
Que la rosa envidió, su sello imprime,  
Sorda de la beldad al hondo ruego.  
Y en vano, en vano gime  
El ídolo deshecho en solitario  
Altar sin cultos al amor propicios:  
Las antiguas diademas son cilicios;  
Y envuelto en el sudario  
De la implacable edad que le devora,  
Recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!  
¿Qué te valdrá el recato?  
¡Por el que antes te amó, céfiro ingrato,  
Te verás de tu manto despojada  
Con bárbara osadía;  
Y el aura matinal, sin conocerte,  
Sobre la tierra que adornaste un día,  
Profanando tu muerte,  
Entre escorias y abrojos  
Esparcirá tus míseros despojos?  
¡Si al menos retratarte  
Mi rudo verso triunfador pudiera!



¡Si pudiera llevarte  
De la inmortalidad á la alta esfera!  
Pero mi lira en breve  
Desfallecida como tú, al quebranto  
Se rendirá; ni leve  
Memoria acaso quedará del canto.  
Pendiente del ciprés, hondo lamento  
En sus cuerdas sonando dará el viento.

Á ESPANA.

ODA.

¿Y piensas que, volviendo á lo pasado  
Los tristes ojos, hallarás consuelo?.....  
El laurel incendiado  
Por el rayo del cielo  
De una nación en la marchita frente,  
Al antiguo verdor nunca renace:  
La que vencida fué, vencida yace;  
Y el cetro soberano  
Ó de Neptuno el húmedo tridente,  
De grave peso á su cansada mano,  
Al feliz vencedor pasa en herencia,  
Hasta que de otros pueblos la existencia  
Anuncia nuevas leyes  
Á la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia  
De la historia del orbe era trasunto;  
Que llenaban el orbe las Españas;  
Fabulosas hazañas,  
De mármoles y bronces digno asunto,  
Al templo de la luz y la memoria  
Llevaron tu alta gloria  
De la aligera fama en la trompeta;

Pero en vano el poeta.  
Tender quiso las alas en su vuelo  
Hasta el remoto cielo  
Donde tu nombre en los espacios gira,  
Y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza  
De Ercilla el numeroso  
Verso sonante, al ruido temeroso  
De cruda lid donde vibró su lanza,  
Ó la gran maravilla  
Ensalza de Lepanto  
El cantor sin rivales en Castilla,  
Inferior á tus glorias es su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas  
Encantadas regiones,  
Riquísimas de luces y fecundas  
En fantásticos seres y portentos,  
No produjo ficciones  
¡Pobre reina vencida!  
Que remedar pudieran de tu vida  
Esos marciales épicos momentos,  
Fugaces ¡ay! cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes  
Su trono la verdad puso fulgente  
En medio á los querubes,  
Ceñida de luceros la alta frente,  
Para que nunca su belleza osara  
De humana voz la frágil armonía  
Con arpa ronca profanar demente.  
El vate así dejando que ensalzara  
Fulmíneo plectro de cantor divino  
Tu valor peregrino,  
Cuando en su pecho hirviente  
Llama de honor y gloria vió que ardía,  
La trompa resignado  
Trocó por la armadura,



Y, si nació poeta, fué soldado;  
Que en la edad de tus héroes gloriosa  
Combatir fué cantar, y desventura  
En ocio blando afeminar el pecho,  
De bélico laurel por muelle rosa  
Cambiar coronas, y en sosiego inerte  
De perfumado lecho  
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero entonces al nacer tus hijos,  
Armados con el yelmo y la coraza,  
Cual Minerva de Júpiter, salían.  
Entonces, con prolijos  
Afanos generosos,  
Noble y sublime raza  
De varones egregios fabulosos  
Al fuerte pecho madres españolas  
Para el imperio universal nutrían,  
Domadores del suelo y de las olas;  
Ó con pompa triunfal los recibían,  
Si en el combate crudo  
Sobre el ferrado escudo  
Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandono y soledad presentes,  
En vano de Gonzales y Guzmanes  
Buscas hoy anhelosa  
El fuerte corazón, las fieras almas.  
Del alto cielo sus sagrados manes,  
Huéspedes sin país ni descendientes,  
También en vano con la faz llorosa  
En tu agostado suelo buscan palmas  
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre  
De empavesadas naves españolas  
No surca tus espacios, mar bravía,  
Como cuando, señora de las olas,  
Con sus inflados linos las cubría?

¿Por qué la pesadumbre  
De los ferrados tercios y corceles  
No oprime la ancha tierra,  
Ni al fragor de sus pasos cuanto encierra  
El orbe, gime y la cerviz humilla?  
¡Cuelga al templo marchito tus laureles,  
Degenerada estirpe castellana!

»Depositaria infiel, ¿qué fué del mundo  
Que nuestro brazo sometió á tus plantas,  
Siguiendo del fecundo  
Blondo rey de la luz largo camino,  
Arrostrando del báratro profundo  
Argonautas triunfantes los furoros,  
Y el nuevo vellocino  
De la aromosa América, sus flores,  
Sus áureas venas, colocando fieros  
Bajo la egida de tus cruces santas  
Y en la punta fatal de los aceros?

»¿Por qué túrbidos mares,  
Por qué anchurosos ríos,  
Por qué elevados montes  
Que dieron culto á los iberos lares,  
Cual á sus patrios dioses tutelares,  
Limitan hoy impíos  
De tu antiguo solar los horizontes?  
El Indo mar remoto;  
Los que de Alcides la potente mano  
Quiso apartar con desusado muro  
En el confin estrecho gaditano;  
Los que con frágil linde mal seguro  
El istmo ora separa americano  
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto,  
Á tus sonantes proras  
No se abren ya, cual antes, vencedoras.

»Los que con rica vena  
Reyes de ríos á la Europa bañan,



No por sus anchas puentes  
Dan paso á tus legiones;  
Ni sus claras corrientes,  
De domadas naciones,  
Uncidas con la espada á tu cadena,  
Con roja sangre empañan.  
El padre Tajo, que en tu suelo nace  
Y en grande espacio te fecunda el seno  
Con puras linfas y dorada arena,  
Toma nombre, ¡oh dolor! de Lusitano,  
Y discurre sereno  
Por el que, agora ajeno,  
Abundoso país, al tuyo hermano,  
Hizo de un Alba la invencible mano.

»¡Orgullosa monarca  
De la mitad de América fecunda,  
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,  
Amazonas potente, que á los mares  
Alimento darás, que no tributo;  
Y tú, de junco y palmas coronado,  
Cuyo raudal copioso  
De nueva vida sin cesar inunda  
El suelo que llenó de sangre y luto  
Avaro mercader, rudo soldado,  
Orinoco feliz, tan envidiado  
De regiones extrañas  
Cuanto fuiste de olvido á las Españas;  
Lejos corres del pobre Manzanares,  
Entre nuevas naciones  
Que tienen por perpetuas estaciones  
Fecundo Agosto y floreciente Mayo,  
Emancipadas hijas de Pelayo!

»¡Alzate, y osa, España,  
En torno á ti las húmedas miradas  
Volver sobre la tierra!  
Mira si en el cenit al sol empaña  
De polvo densa nube,

Cuando los montes empinados sube  
Y al valle cae, y contra el galo cierra  
Numeroso escuadrón de tus bridones  
Y en turbias oleadas,  
Al grito de Santiago, furibundo  
Absorbe y rompe las de acero armadas  
Falanges de caballos y peones  
Que en vano opone á su valor el mundo!

»¿Oyes el relinchar de los corceles?  
¿Oyes el choque de las armas fiero?  
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;  
El trueno del mosquete que restalla;  
El silbo agudo de veloz saeta;  
De lanzas y de estoques y broqueles  
El crujir temeroso:  
Y el agudo sonar de la trompeta  
Que anima á la batalla  
Y vibra en los espacios lastimero;  
¿Oyes, España, cual la voz temida  
Del Niágara potente en su caída?

»¡Oh madre España, sin ventura y triste!  
El silvoso Apenino ya no asiste  
Mudo testigo á presenciar la gloria  
De iberos generosos;  
Ni los Alpes añosos  
Sobre sus canos y movibles hielos  
Huellas conservan de tus fuertes pasos.  
Ejemplo de fortunas y fracasos,  
Castigo duro de inclementes cielos,  
Alza Pirene infiel su faz serena;  
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.  
Negra mancha á tu historia,  
El infame Peñón también existe,  
Que tu molición y tu estupor condena,  
Y en las cumbres del Ande borra el hombre  
De tu dominio y tu grandeza el nombre.



»¡Ay! No sirvió que dueños de la tierra,  
Cual reyes del espacio, tus pendones  
Llevaran como sol sin Occidente,  
Doquier á cuanto encierra  
Los rayos de tu luz resplandeciente;  
Ni que atónitas dieran las naciones  
Tributo de terror á tus legiones.  
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,  
De esclavos en señores se tornaron;  
Manos impías tus cabellos de oro  
Rompieron con desdoro;  
Tu fulgente diadema  
Objeto fué de su ambición suprema;  
Y en jirones partido el manto regio  
Sirvió á bandidos para echar las suertes  
Con que, á ley de más fuertes,  
Tus pedazos sangrientos disputaron  
Y el santo nombre de la patria egregio  
Con irritantes burlas mancillaron.

»¡Señora del imperio  
Que uno y otro hemisferio  
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!  
¿Dónde está de tu gloria el monumento?  
¡Oh mísera cautiva!  
¿No ves de tu poder el polvo al viento?  
Llora sin tregua, España, en tu amargura;  
Que confuso recuerdo es tu ventura  
Y la centella que vibró tu mano  
Sobre el orbe obediente,  
Desprecio ya á la gente,  
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno  
En su estampido y su fragor excede  
Y que conmueve el mundo  
Y hace temblar su entraña,  
Contigo y contra ti, mísera España,  
Las almas de tus héroes exclamaron

Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno  
Candente marca y deshonor profundo,  
De ti la vista airada separaron  
Y en tu mengua por patria te negaron.

De tal altura ¡oh madre! has descendido  
Á tal abismo, á tan profunda sima,  
Que á Luzbel maldecido  
En la alta gloria, en la desgracia suma,  
En la soberbia, en la maldad recuerdas.  
¿Qué mucho que al mirarte,  
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?  
En otros tiempos, impotente el arte  
Ni á tus anales pluma,  
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas  
Dió que pudieran elevar su vuelo  
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;  
Y hoy, madre, basta sólo  
Mi rudo verso, que desdeña Apolo,  
Tus males á llorar y tu honda pena,  
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña  
Vecina al alto cielo,  
Torrente impetuoso  
Se forma de las lluvias y del hielo,  
Y al descender al valle y la campaña,  
Convierte en vena de anchurosa ría  
El mezquino raudal de un arroyuelo.  
Entonces ni por vado ni por puente  
El rebaño medroso,  
El pastor imprudente,  
Ni el altivo monarca pasaría,  
Hasta que viene un día  
Y el prestado caudal le roba Agosto,  
Coronado de espigas y de fuegos,  
Y pasa el niño, en infantiles juegos,  
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.



A DIOS.

Perlas son de tu manto las estrellas;  
Tu corona los soles que al vacío  
Prendió tu mano, y de tu imperio pio  
Espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;  
Y cuando el huracán suelta bravío  
Sus mil voces de un polo al otro frío,  
Con tu voz inmortal sus labios sellas.

Doquiera estás; doquier llevan tu nombre  
Mares, desiertos, bosques y palacios,  
Cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios  
Te llevan ¡oh Señor! sin contenerte,  
Te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

AL SOL.

Mares de luz ¡oh sol! en la alta esfera  
Derrama triunfador tu carro de oro,  
Y la vencida luna con desdoro  
Su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera  
Hasta el cielo á buscar va su tesoro;  
Y esparce al viento su cantar sonoro  
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo  
Penetrados por ti hierven de amores  
Cual de un esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?....  
El ser á quien tu luz, que nos asombra,  
Es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

AL MAR.

Te admiro ¡oh mar! si la movable arena  
Besas rendida al pie de tu muralla,  
Ó si bramas furioso cuando estalla  
La ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!  
¡Cuán terrible si agitas en batalla,  
Pugnando por romper tu eterna valla,  
Con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;  
De mundos escondidos prodigiosa  
Suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,  
Como imagen de Dios, la más grandiosa;  
Como hechura de Dios, la más sublime.

ADIÓS A LA PATRIA.

ODA.

¡Tierra del sol amada,  
Donde inundado de su luz fecunda,  
En hora malhadada,  
Y con la faz airada,  
Me vió el lago nacer que te circunda!



¡Campo alegre y ameno,  
De mi primer amor mudo testigo,  
Cuando virgen, sereno,  
De traiciones ajeno,  
Era mi amor de la esperanza amigo!

¡Adiós, adiós te queda!  
Ya tu mar no veré cuando amorosa,  
Mansa te ciñe y leda,  
Como delgada seda  
Breve cintura de mujer hermosa;

Ni tu cielo esplendente,  
De purísimo azul y oro vestido,  
Do sospecha la mente  
Si en mar de luz candente  
La gran masa del sol se ha derretido;

Ni tus campos herbosos,  
Do en perfumado ambiente me embriagaba,  
Y, en juegos amorosos,  
De nardos olorosos  
La frente de mi madre coronaba;

Ni la altiva palmera,  
Cuando en tus apartados horizontes  
Con majestad severa  
Sacude su cimera,  
Gigante de las selvas y los montes;

Ni tus montes erguidos  
Que en ímpio reto hasta los cielos subes,  
En vano combatidos  
Del rayo, y circuidos  
De canas nieves y sulfúreas nubes.

¡Adiós! El dulce acento  
De tus hijas hermosas; la armonía  
Del suave concontento

De la mar y del viento  
Que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;  
Del hilo de agua el plácido murmullo,  
Más amable á mi oído  
Que en su cuna mecido  
Es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso  
Del huracán, cuando, á los pies postrado  
Del Ande poderoso,  
Se detiene sañoso  
Y á la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,  
Cuando desde las nubes señorea  
Tu frutecido suelo  
Y en el campo del cielo  
Con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano  
Y de mi tierna hermana las caricias;  
Y las que vuestra mano  
En el albor temprano  
De mi vida sembró, puras delicias,

¡Oh madre! ¡oh padre mío!  
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,  
Con alborozo pío  
El celestial rocío  
Para mí, débil niño, frágil planta;

Y tantos ¡ay me! tantos  
Caros objetos que, en mi triste historia  
De miserias y llantos,  
Marcan á mis quebrantos  
Breve tregua tal vez con su memoria.



Todos yacen perdidos;  
Que ausente del hogar en tierra extraña,  
Mis penates queridos  
Lloran entristecidos  
En tu almo suelo al refugiarse, España.

Puedas grande y dichosa  
Subir ¡oh patria! del saber al templo,  
Y en tu marcha gloriosa  
Al orbe, majestosa,  
¡Dar de valor y de virtud ejemplo!

No te duela mi suerte,  
No maldigas mi nombre, no me olvides;  
Que aun vecino á la muerte  
Pediré con voz fuerte  
Victoria á Dios para tus justas lides.

AL AÑO DE LAS GRANDES ESPERANZAS.—1830.

ODA.

(Traducción de G. Rossetti.)

¡A las armas! el hierro fulmina:  
Luzca el yelmo, de plumas ornado:  
Baja al campo, ministro del hado;  
La esperanza relumbra en tu sién.

En la senda que el tiempo te marca,  
Tus pies graben su huella profunda,  
Siendo al pueblo memoria fecunda  
Y á los reyes aviso también.

Hoy se cumple la empresa sublime

Que el destino á tu diestra ha fiado:  
*Año grande, á los libres sagrado,*  
En los fastos tu nombre será.  
De laureles gloriosos ceñida  
Y de fúlgidos rayos tu frente,  
De los siglos futuros la gente  
Bendecido tu nombre verá.

La razón precursora te guía,  
Y veloz se aproxima á la meta:  
En el Austria combate secreta,  
Y hasta Rusia camino se abrió.  
Y la antorcha inmortal sacudiendo  
Pasa y grita en su marcha triunfante:  
«Deja el sueño, mortal, delirante;  
Soy la aurora de un fúlgido sol.»

Á sus voces, que el eco difunde,  
Sus conquistas prepara Lutecia,  
Y en Sarmacia, Brabante y Helvecia,  
Patrio fuego se mira surgir.  
Son sus voces cual soplos del Bóreas  
En la llama de hogueras hirvientes:  
Son hogueras los pueblos valientes  
Que ambicionan frenética lid.

De la cima del Alpe nevoso  
Hasta el cráter del Etna inflamado,  
Veces mil, cual gigante ha pasado  
Y la Italia su acento escuchó.  
«Ponte el yelmo, la mitra abandona,  
¡Oh caduca señora del mundo!  
Deja, ¡oh reina! tu sueño profundo;  
Soy la aurora de un fúlgido sol.

»¡Infelices! Ya el águila fiera  
Con sus garras asida á tu entraña,  
Insaciable duplica su saña  
Porque el cebo la torna mayor.



»¿Devorado no sientes tu seno?  
¡Oh! Despierta: el acero menea,  
Y su doble cabeza se vea  
Por el suelo, del hacha al vigor.

«¿Dónde están, dónde están—dirá alguno—

»Del gran Fabio y de Bruto los nietos?

—»A coyunda ominosa sujetos»,  
Otra voz, respondiendo, dirá.

»¿En las ruinas de musgo cubiertas,  
Muestra Italia sus héroes hoy día?»  
Te pregunta, ¡oh, amarga ironía!  
Hasta el vil que vileza te da.

»¡Mentirosos! Tragad el veneno  
De que están vuestros labios teñidos:  
En *aquel* por quien fuisteis vencidos,  
La gran madre sus hijos mostró.

»¿Aquel héroe olvidáis de la guerra  
Que vió el alba primera en su suelo?  
Rayo fué del itálico cielo  
Su alma grande que al mundo humilló.

»Fué entre aceros contrarios potente,  
Como escollo del viento azotado:  
Cual el cedro entre plantas alzado,  
Sobre un vulgo de reyes se irguió.

»Con su mano, del hado en el libro  
Él dictaba la paz ó la guerra:  
Los tiranos que oprimen la tierra  
Á tus plantas temblando miró.

»Y en llegando su cumbre al ocaso  
Resurgieron del cieno profundo,  
Cual las sombras poblaron el mundo,  
Cuando el astro del mundo expiró.

»Negras sombras de la ártica noche  
En la tierra del sol condensadas,

Huid del suelo de luz dispersadas:  
Soy la aurora de un fúlgido sol.»

Así dice, y su antorcha sacude,  
La del sol de la paz precursora;  
Y agitada, su lumbre la aurora  
Del eterno esplendor ya nos da.  
Y por ella las sombras funestas  
Dejan leves el suelo á porfía;  
Y al anuncio del próximo día,  
En pie Italia y armada ya está.

«¡Lucha!» grita Sabaudia guerrera;  
«¡Lucha!» grita la audace Liguria;  
Y la Insubria, la Emilia, la Etruria,  
Reblandiendo la espada se ven.  
De la cima del Etna incendiada  
Á las cumbres del Alpe nevoso,  
Jura el pueblo en su nido espantoso  
La ave aciaga estrujar con el pie.

¡Oh, malvados, que sangre vertisteis,  
Castigando esperanzas y anhelos!  
Del enojo del Dios de los cielos  
La medida esa sangre colmó.

Deletéreo vapor de las tumbas  
Silencioso á la atmósfera sube,  
Y allí nutre sus rayos la nube.....  
¿Para quién? Es secreto de Dios.

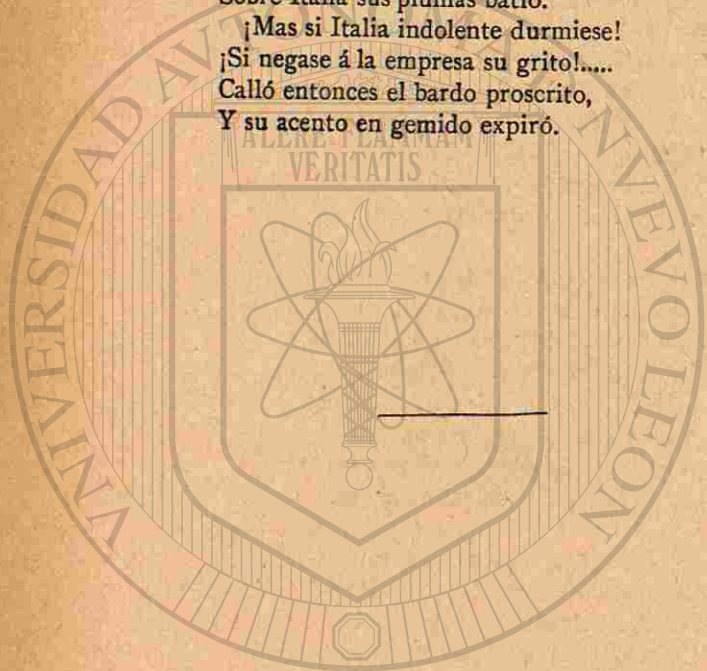
¡Alma tierra, en varones fecunda,  
Que envilece injustísimo el hado!  
¡Oh, Saturnio jardín destrozado!  
Cambie el cielo su enojo en favor.

Romperéis vuestras duras cadenas  
Los que en grillos estáis, mis hermanos,  
Y ese yugo será á vuestras manos  
Lo que tabla á la mar en furor.



¡Fuera, fuera! ¡Oh mi numen divino!  
Del Eterno profeta inspirado:  
Dí que *el año á los libros sagrado,*  
Sobre Italia sus plumas batió.

¡Mas si Italia indolente durmiese!  
¡Si negase á la empresa su grito!.....  
Calló entonces el bardo proscrito,  
Y su acento en gemido expiró.

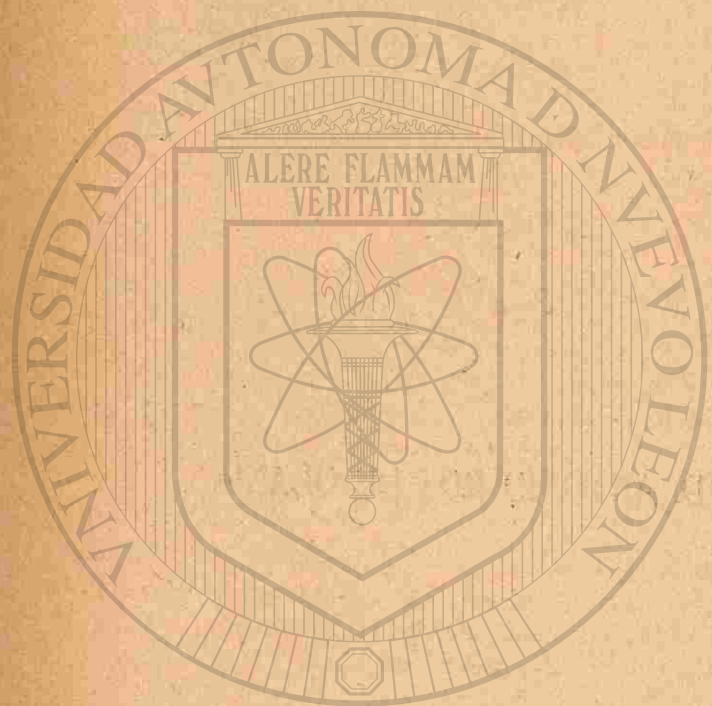


D. ANTONIO ROS DE OLANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ANTONIO ROS DE OLANO.

—  
EN LA SOLEDAD.

I.

¡Madre Naturaleza!.... Yo que un día,  
Prefiriendo mi daño á mi ventura,  
Dejé estos campos de feraz verdura  
Por la ciudad donde el placer hastía,

Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,  
Como quien de los brazos de la impura  
Vil publicana se desprende y jura  
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,  
Si árboles, flores, pájaros y fuentes  
En ti la eterna juventud reparte,

Y son tus pechos los alzados montes,  
Tu perfumado aliento los ambientes,  
Y tus ojos los anchos horizontes?

II.

Más precio en este valle y pobre aldea,  
Términos de mi vida peregrina,



Despertar cuando el aura matutina  
Las copas de los árboles meneas;

Y al volver de mi rústica tarea,  
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,  
Mirar desde esta fuente cristalina  
El humo de mi humilde chimenea,

Que en la rodante máquina lanzado  
Cruzar como centella por los montes;  
Pasar como relámpago el poblado;

Robar, en fin, al péndulo un segundo,  
Y en pos de los finitos horizontes,  
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia  
Un laurel de la sombra protegido,  
En donde guarda un ruiseñor su nido  
Apenas de mi mano á la distancia:

Y entre el verde follaje y la fragancia,  
Celoso, ufano, amante, requerido,  
Dice su amor con lánguido quejido  
Y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una  
En sigilosa hilera huyendo el día,  
Siguen el curso á la encantada luna.....

Y en esta soledad, el alma mía  
Goza, sin envidiar cosa ninguna,  
De su quieta y feliz melancolía.

IV.

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas  
En la celda de Yuste recogido?  
El quiso relegarlas al olvido,  
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas  
Dejar su techo, y olvidar su ejido,  
Por el lucro del mar embravecido,  
Por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,  
Sin codiciar fortuna envilecida,  
Ni envidiar de los Césares la gloria,

Un apartado albergue le convida  
Á esperar sin tormento en la memoria  
La breve muerte de su larga vida.

RECORDANDO EL ENTIERRO DE ESPRONCEDA.

¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera  
Y última desventura de su vida!....  
¡Ya no asusta el cometa sin medida  
Que se apagó en mitad de la carrera!

Y este llanto que moja mi severa  
Rugosa faz en la vejez sumida,  
Es ya la última lágrima exprimida  
De una fuente de amor, que amor no espera.

¡Poeta del pesar!.... De la clemente  
Tumba que de los vivos te separa,  
Rompe la losa con tu férrea mano....



Canta el *himno á la muerte* que inspirara  
Á tu virtud el infortunio humano,  
Y escupe al vulgo hipócrita en la cara.

EL SIMUN.

La soledad lo aborta sin destino  
Sobre el páramo inmenso del desierto;  
A su presencia duélese el Mar Muerto  
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,  
Y á su bochorno el caminante incierto,  
El cuerpo tiende, el hálito cubierto  
Del raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!.... Y el tigre bota en la candente  
Arena, en que el león ruga erizado  
Y silba y se retuerce la serpiente.....

¡Pasó!.... Y en la quietud del despoblado  
La ciudad solitaria del Oriente  
Llora con el Profeta su pecado.

PROGRESIÓN.

Del fértil seno de la madre España  
Nace el altivo Tajo en breve cuna;  
Y, creciendo con rápida fortuna,  
Ceden los pinos á su adulta saña.

Si rompe cerros, si florestas baña,  
Río es el Tajo; su corriente es una,  
Sea en la vega, anchísima laguna,  
Sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle de Aranjuez en los verjeles,  
Vedle desde la cántara extremeña:  
Contempladle al llegar al Océano.....

Y así del alma, en cálidos rieles,  
La idea brota y rauda se despeña,  
Río caudal del pensamiento humano.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES.

EN EL INVIERNO.

EL HOGAR.

¿Ves, hermana, cómo acude  
Tras la aficción el consuelo,  
Sin que el corazón se advierta  
Ni lo procure el deseo?  
Antes, al volver la vista  
Á la cruz del cementerio,  
Vertías acerbos lágrimas  
Con amargo desaliento;  
Y hoy, con los ojos enjutos,  
Pronunciando el Padrenuestro,  
Han apartado tus manos  
La nieve del santo suelo,  
Donde de nuestros mayores  
Yacen los mortales restos,  
Cuyas almas inmortales  
Te bendicen desde el cielo.  
Se han cambiado tus sollozos  
Y los ayes de tu pecho  
En plácidas melodías  
Que acusan otros afectos.....  
Y esa misma cantilena



Del ángel que guarda el sueño  
De los niños, la aprendiste  
En el regazo materno.  
Nuestra madre te la dijo,  
Abrigándote en su seno,  
Con arrullo de paloma  
Cuando ampara á sus hijuelos.  
Y la rüeca, con sus flores  
De siempreviva al extremo,  
Y el huso de plata fina,  
Con la inicial de su dueño;  
Ese infatigable huso  
Que tus delicados dedos,  
Tras levisimo chasquido,  
Lanzan con ágil gracejo;  
Y ese copo bien peinado  
Del lino de nuestro huerto,  
Que vas desatando en hebras  
De finísimo cabello;  
La rüeca, el huso y el lino  
Son que allá en mejores tiempos,  
Al compás de las canciones  
Del ángel que guarda el sueño,  
Sirvieron á nuestra madre,  
Al arrino de este fuego,  
Para hilar blancas madejas  
De que luego se tejieron  
Las sábanas de tu cuna  
Y las de mi breve lecho.  
¡Oh, piadosa hermana mía!  
¡Cuán dulce contentamiento  
Sentimos las dos ahora  
En el altar del recuerdo;  
En este hogar heredado  
Llama de calor perpetuo  
Que avivaban nuestros padres  
Y sus padres encendieron!....  
¡Así nosotros, hermana,  
Venturosos herederos

De sus cristianas costumbres,  
De su hacienda y de su techo,  
Podamos legar el fruto  
De sus honrados consejos  
Á hijos dignos de nosotros  
Y dignos de sus abuelos!  
Que en mal hora los que heredan  
Olvidan sus venideros;  
Y los que son en el mundo,  
Porque sus mayores fueron,  
Poderosos en riqueza,  
En la ostentación egregios,  
Y disipan en festines,  
Bajo artesonado regio,  
Hacienda que no fundaron  
Con su ciencia ni su esfuerzo,  
Afrentan en ocio impuro  
Honor que no merecieron.  
Yo, á ejemplo de nuestros padres,  
Hermana mía, prefiero  
Á manjares no soñados  
Por el natural deseo,  
Frugal mesa abastecida  
Para el preciso sustento,  
Con los frutos generosos  
Que rinde al trabajo el suelo:  
Y, al mirarlos sazonados  
Con la forma en que nacieron,  
Servidos en blanca loza  
Sobre limpísimo lienzo,  
Digo con gozo en el alma,  
Y en quien soy los ojos puestos:  
«Aves son de mis corrales,  
Que en mis corrales nacieron;  
Corderos de mis ovejas;  
Caza que abatí en su vuelo;  
Vino tinto de mi viña,  
Trasegado, limpio, añejo;  
Verduras de mi cercado,



Y frutas de mis injertos.....»  
Así Dios no me perdone,  
Hermana, si te exagero:  
Pero, si se me obligase  
A optar entre dos extremos:  
Vivir sobrado de fausto  
Fuera del hogar doméstico,  
O empobrecer mi comida  
Aquí, al amor de este fuego,  
¡Hermana! Dios no me ayude  
Si no es verdad que prefiero  
A dejar mi amado asilo,  
Un negro pan de centeno,  
Con las frutas arrugadas  
Que guardas para el invierno.  
Mas ya advierto que vencimos  
Esta velada de Enero;  
Y, pues nos anuncia el gallo  
Que ha dormido el primer sueño,  
Hermana, arropa la lumbre  
Con la ceniza, y dejemos  
La guarda de nuestro ejido  
A mi leal compañero.  
Ni asechanzas de la envidia  
Ni injustas venganzas temo;  
Pues, al fin, no tiene el hombre  
Mejor amigo que el perro.

EN LA PRIMAVERA.

I.

LA MAÑANA.

Ungida en blando rocío  
Despierta amorosa el alba,  
Tímida beldad que en sueños  
Su amante, el sol, busca y llama:

Claros sus ojos azules  
De luminosas pestañas,  
Al beber luz en los cielos,  
La luz al suelo derraman.

Salúdala el Santuario  
Con la voz de la campana,  
Mientras le dice sus himnos  
En los aires la calandria;  
Y al influjo cariñoso  
De su espléndida mirada,  
Se esponja de amor la tierra  
La vida ríe en las plantas.

Ancha clámide de nieve  
Desprenden de sus espaldas  
Los cerros, al anunciarse  
De Abril la augusta mañana;  
Y de las cumbres desciende  
Libre, saltadora el agua,  
En elegantes revueltas  
Cintas de cristal y plata.

Recibe el amante valle  
Con flores su desposada;  
Y ella, tras húmedos besos,  
Se aduerme entre verdes algas.  
Las festivas, redolentes,  
Ligeras brisas, resbalan  
Sobre el mar ó sobre flores,  
Entre el cielo y las cabañas;  
Y se mecen halagüeñas  
En mil idas y tornadas,  
Bajo formas infinitas,  
Del hombre las esperanzas.

Puesta la popa á la arena  
Y la proa á la bonanza,  
Dejando el refugio amigo,



Levadas las corvas áncoras,  
Libra las turgentes velas  
La nave de Dios fiada;  
Que así la ambición fenicia,  
Mostró surcando las aguas,  
Cual las mercedes del suelo  
Por oro en la mar se cambian.

El labrador que abrió el surco,  
Y de sus trojes preciadas  
Arrojó fértil semilla  
Con mano atrevida y franca,  
Cela la espiga naciente  
Sobre campos de esmeralda,  
Mientras que, libres del yugo,  
Los tardos bueyes descansan.

Óyense alegres canciones  
De las rústicas zagalas:  
Amor las pone en sus labios,  
Bien sentidas, mal calladas,  
Ecos que acaso responden  
En su delectable pausa  
Á las trovas que en la noche  
Profirió la serenata.....  
Y aun dicen que la doncella,  
Desde la puerta foránea,  
Al huir la blanca luna  
De la aurora sonrosada,  
Sorprendió junto á la reja,  
Defensa de la ventana,  
Donde no llegan los labios,  
Aunque los ruegos alcanzan,  
Al amante que allí puso,  
Como regaló á la *Maya*,  
Ramos de fresca verbena  
En generosa guirnalda.  
¡Oh, naturaleza! ¡Oh, madre!  
Cuando presentas tus galas,

Amor encuentra do quiera  
Sus ofrendas y sus aras.  
No de otra suerte á tu influjo  
La entumecida crisálida  
Rompe la mística celda,  
Y en metamorfosis rápida,  
De oro y de carmín lucentes  
Despliega veloces alas,  
Y vuela al altar de Flora  
En nueva vida agitada:  
Gusano ayer en su cárcel,  
Gira libre, inquieta, vaga,  
Cual si, guardando memoria  
De su brevedad pasada,  
Sintiera que no le cabe  
Gozar delicias tan anchas.  
Muge la esbelta novilla  
Desde el otero á distancia;  
Primer celo en que se enciende  
Al pacer la verde grama.....  
Suma de gala y de fuerza,  
Monstruo de fiereza y gracia,  
El toro al clamor amante  
La frente adusta levanta.  
Por más saciar el olfato  
Las hondas fosas dilata:  
Enhiestas las finas puntas,  
Rueda la hirviente mirada:  
Juega la flexible cola  
Con ondulantes lazadas;  
Y, azotándose los flancos,  
Cual con serpiente irritada,  
Rayo que en trueno responde  
Pronto al imán que le llama,  
Rápido como el relámpago,  
Parte, arrolla, triunfa ó mata.  
Los árboles se columpian  
En el seno de las auras;  
Las aves pueblan el éter;



Los ríos serenos pasan.....  
Y, en tanto, un eco distante,  
Que el viento interrumpe á ráfagas,  
Trae y lleva los acordes  
De la primitiva flauta.....  
Son los de la edad de oro  
Trinos de la flauta pánica,  
Recreación de pastores,  
Mientras pacen sus manadas  
Y vense en libre careo  
Correr del monte á la falda  
Menudas, ágiles, limpias,  
De vario color pintadas,  
Generación de Amaltea,  
Las mil esparcidas cabras.....  
Y, en medio al vario conjunto,  
Señor entre sus esclavas,  
Celoso barbón hirsuto,  
De corona esparramada,  
Y olor genial, que denuncia  
Á los machos de su raza ;  
Dispensador de favores,  
Dejando va por do marcha  
Vapor de naturaleza,  
Dulce á sus hembras ingravidas.  
¡Horizontes de la vida!  
¡Limitaciones humanas!  
¡Tal traéis á la memoria  
Las religiones pasadas!  
Tal veo en el templo egipcio  
La adoración humillada  
Ante el símbolo monstruoso  
Del padre de las cabañas ;  
Y aun más cerca á los sentidos  
Contemplo en Grecia, hermanadas  
Deformidades cupídicas  
É idealidades de estatua,  
Y el mito erótico, en donde  
Triunfa del vigor la gracia

Tras la lid voluptuosa  
Apenas significada,  
Si el torpe bruto rendido  
Tan flojamente se amansa  
Que sobre sus rudos lomos  
La gracia gentil cabalga.  
Así, al contemplar de lejos  
La mar tranquila, rizada  
De nivea espuma, que en iris  
Los rayos del sol desata,  
Paréceme ver que nace  
De las ondas azuladas,  
Bella cual si á mi deseo  
Mi libertad la evocara.  
Y á mi voluntad surgiera,  
Sensible diosa pagana,  
La Venus chípria, meciéndose  
En leve concha de nácar ;  
Por cendal de sus contornos  
Las sueltas madejas áureas ;  
Con pompa de blancos cisnes,  
Que sumisos acompañan,  
Y Céfiros y Nereidas  
Que la acercan á la playa.  
Oigo el plácido concierto  
De los orbes en la estancia  
Del Infinito, do viven,  
Giran, se atraen y se aman ;  
Y esa sublime armonía  
Es el suspiro, es el habla  
De la Creación entera  
Que suspira enamorada.

II.

LA GOLONDRINA.

¡Bienvenida la inocente  
Huésped, de donde quiera



Que llegue al humilde techo  
Del triste que la desea!  
¡Oh mi mansa golondrina!  
¡Oh mi dulce forastera!  
¡Bienvenida! Á tu llegada  
Mantuve abierta la reja:  
Tu trino suena en mi oído;  
Tus alas, con las esencias  
De otras auras de otros climas,  
Mi frente árida refrescan;  
Y con versátiles giros  
Las vigas añosas cuentas,  
Y reconoces la estancia  
Donde tus hijos nacieran.  
¡Aquí fueron tus amores,  
No turbados por la fiesta  
Ni por el llanto; aquí fueron,  
En la paz de esta vivienda!  
Allí tu nido te aguarda;  
Tus hijos no lo recuerdan:  
Tú vuelves á visitarlo,  
Y yo lo guardé en tu ausencia.  
Pliega tus nítidas alas,  
Y tus leves plumas peina;  
Reposa, mi peregrina,  
Mi huésped y compañera.  
¡Quién sabe! Acaso tu vuelo  
Posaste la vez postrera  
En la ascética, ignorada  
Choza del anacoreta.  
De Tierra Santa tal vez,  
Nueva peregrina, vengas,  
Y del Líbano doblaste  
Ayer las cumbres excelsas.  
¡Quién sabe! Tal vez ha poco  
Que, del Sinaí en la cresta,  
Oías los regios salmos  
Que la religión eleva.  
Acaso en Jerusalén

Tus últimos hijos quedan,  
Nacidos junto á un pesebre,  
Como el Redentor naciera.  
Las sublimes soledades  
De aquella cristiana tierra  
Cruzaste tal vez, llevada  
Del simun en la carrera.  
Tal vez de la Palestina,  
Do el sol enciende la arena,  
Rompiendo la estiva calma  
Jadeabas pasajera.....  
Ó bebiendo en el Jordán  
Del agua de la pureza,  
Para alentar tu camino  
Sobre la triste Judea,  
Volaste en torno á las tumbas  
Do reposan los Profetas,  
Y en el sepulcro de Cristo  
Se oyó tu mística queja.

¡Quién sabe! Acaso rasante,  
Desempulgada saeta,  
Mediste de un solo sulco  
La ya derrumbada Grecia;  
Ó acaso de populosas,  
Profanas ciudades vengas,  
De bordear los palacios  
Que te cerraban sus puertas,  
Para que los artesones  
De esmalte y oro, y las regias  
Randas y tapicería  
Que al lujo tributa el persa,  
Y los jarros de la China,  
Y las lunas de Venecia,  
Tu nido de pobre barro  
No manchase ni ofendiera!

Si así es, mi peregrina,  
Noble avecilla, los deja,



¡Inhospitales son  
 Los magnates de la tierra!  
 Tuerce tu rumbo del centro  
 Á que afuye la riqueza;  
 Que es el hombre en la fortuna  
 Menos humano que fiera.  
 El escándalo del rico;  
 La risa de las ramerás;  
 La orquesta de los saraos;  
 Los clarines de la guerra;  
 Los tumultos, gritería  
 Y ceremoniosas fiestas,  
 Estruendos son ofensivos  
 Á tu sencilla existencia.  
 Libre en el aire del campo,  
 Cuando la aurora despiertas,  
 Y con las primeras sombras  
 Del crepúsculo te albergas:  
 Los gozadores del mundo,  
 Los que esas ciudades pueblan,  
 Cierran sus ojos al día;  
 La noche los desenfrena.

Tú eres la hija del ambiente,  
 Y del alba, y de las frescas  
 Florecillas amorosas  
 Que Abril y Mayo despliegan.  
 Familiar, pura y sencilla,  
 Dios no puso en ti defensa,  
 Y dijo, porque te amaran:  
 «Anuncia la primavera,  
 Y engéndrese en ti el instinto  
 De la emigración, y lleva  
 Tu mensaje á cien regiones,  
 Sin errar nunca la senda.  
 Cruza mares y desiertos,  
 Las ruinas visita, y llega  
 Al asilo en donde mora  
 La paz en santa modestia.»

¡Y fuiste! Y sin duda el dedo  
 De la sabia Omnipotencia  
 Trazó en el aire el camino  
 Que á cien regiones te lleva.....  
 Misterios son tus jornadas,  
 Viajes de escondida ciencia,  
 Á donde sólo te sigue  
 La inspiración del poeta.  
 ¡Oh mi mansa golondrina  
 Y mi dulce compañera!  
 ¡Bienvenida seas al techo  
 Del triste que te desea;  
 Y así tus hijuelos guarden  
 Memoria de mi vivienda,  
 Como yo de ti me acuerdo  
 En los meses de tu ausencia!

EN EL VERANO.

LA TEMPESTAD.

Claros estaban los cielos,  
 Limpio el azul transparente:  
 Sólo á lo lejos se vía  
 Vellón que al aura remece,  
 Una nubecilla tenue,  
 Una nubecilla mansa,  
 Una blanca nubecilla  
 Como el ampo de la nieve.....  
 .....  
 Ancha nube en limpio espacio,  
 ¿Quién te guía? ¿Quién te acrece?  
 ¿Quién te empuja, nube airada,  
 En pavorosa creciente,  
 Que, ciéndote de sombras,  
 Tragas polvo, el mundo envuelves?  
 .....



Relámpago en fondo cárdeno,  
¿Cuántos volcanes te encienden?  
Ronco trueno que respondes,  
¿Á qué mandato obedeces?

.....

Huid, míseros ganados;  
Aves por el aire leves;  
Huid, míseras criaturas,  
El torbellino os envuelve;  
Huid; que dentro de poco  
No habrá amparo á que acogerse;  
Los árboles más robustos  
Quiebran cual cañas endebles;  
El huracán, el granizo,  
Os arrebatan, os hieren;  
La tempestad traga el mundo  
Y Dios no se compadece.

.....

«¡Ay! (dije, y seguí postrado):  
¡Cuánto la vida me duele!»

Porque el alma se me iba  
A la tempestad rugiente....  
Y entonces fué cuando vino,  
Derramándose á torrentes  
Copiosa lluvia; y en olas  
Despeñadas, que al mar tienden,  
Iban las aves ahogadas,  
É iban nadando las reses.  
Á la mar iban los árboles,  
Con sus frutos aun pendientes;  
Del labrador afanoso  
Los codiciados enseres  
Iban; y á la par con ellos  
Haces de acopiadas mieses,  
Y, arrancados de su base,  
Restos de pobres albergues....

.....

Mansa lluvia, mansa lluvia,

En aljófares cerniéndote  
Del sol al último rayo,  
Que el agua en diamantes vuelve:  
Mansa lluvia, en derramados  
Prismas de cristal luciente,  
Arco de triunfo erigido  
Al vencedor de los débiles,  
Iris de paz para el hombre,  
Sin pacto que le conserve:  
Mansa lluvia, engalanada  
De colores transparentes,  
Amaranto y oro y púrpura,  
Que no imitan los pinceles:  
Cariñosa, mansa lluvia,  
Á medida que te ciernes  
Sobre las flores del campo,  
Hijas de matas silvestres,  
Renace mi triste vida  
A la calma que apetece!  
¡Vivir es amar, y miro  
El placer con que agradecen  
Allá en el monte los árboles  
Y aquí las flores campestres,  
Mansa lluvia cariñosa,  
Los beneficios que viertes!  
Y tú, de concordia iris,  
Escala de luz, que asciendes  
Á do reside el misterio  
De la vida y de la muerte,  
Tú eres el santo camino  
Por do libres van y vienen  
Las bendiciones que parten,  
Las esperanzas que vuelven.

.....

¡Visiones de los sentidos!  
¡Pasad, pasad como suelen  
Cruzar, dándose las manos,  
Las niñas en danza alegre!

.....



—¿Quiénes sois, que yo os conozco,  
Pareja en que amor florece,  
Á la par que andais por campos  
Donde el tomillo trarciende,  
Y á seguir vuestra jornada  
Tanta voluntad me mueve?  
—Fuimos tu Padre y tu Madre,  
Aun antes que tú nacieses.

.....  
—¿Quiénes sois, niños benditos?  
Conoceros me parece.....

—Eramos amigos tuyos,  
Cuando niños inocentes;  
Eramos tus discípulos  
De la vida en los dinteles.  
Tus iguales nos juzgamos  
En la vida adolescente;  
Y, si hoy favor te pedimos,  
Que, aceptado, nos ofende,  
Somos los que te abrazaban  
Para herirte y esconderse.....

¡Dejamos por nuestra prosa  
De la fama los laureles,  
Virtudes que no nos caben,  
Ideas que nos exceden!.....

—¡Pasad, pasad, mis amigos!  
La confesión os releve:  
Mi voluntad os disculpa  
Y la experiencia os absuelve!

.....  
Y tú, ¿á qué vienes, anciano,  
A quien he visto otras veces?

—Voy detrás de mis discípulos  
Que corren más que las liebres,  
—Y en la carrera del mundo  
El que atrás queda se pierde.

.....  
¡Aparta, mujer hermosa!  
¡Por donde viniste, vete!

¡Esconde aquesos collares,  
Arracadas y alfileres  
Con que adorné tu belleza  
Y prendí tu pecho alevé!  
¡Aparta, mujer traidora,  
Que aun tus caricias me ofenden!

.....  
¿Quién eres tú que muy lejos,  
Tan lejos te me apareces,  
Que ya mis cansados ojos  
Dudan en reconocerte?  
—Tu *primer amor* me llamo.  
—¡Tu memoria me enternece!  
Fuiste el ideal del alma,  
La santidad de mis preces,  
La diosa de mis sentidos,  
La mujer hermosa y débil  
Que amor me brindó en la vida  
Y amor me brindó en la muerte.

.....  
En pos va la consolante  
Caridad.... ¡Benignos seres,  
Hembras de virtud humilde,  
Hermanas del que padece!  
Vosotras sois la hermosura  
Sin vanidad ni oropeles;  
La dicha fecunda en lágrimas,  
¡La pobreza rica en bienes!

.....  
¡Oh, tú, el último en la hilera,  
De tanto dolor el héroe!  
De ti sólo vi un reflejo,  
Como mi sombra otras veces.  
Fantasma, visión, que enseñas  
La risa, y lágrimas bebes;  
¿Por qué escribes con la punta  
Del corazón y te dueles?  
Apenas ya te recuerdo.....



Dime, por piedad, ¿quién eres?  
*Yo soy tú.*

—¡Maldita seas,  
Fascinación de mi mente!  
Me brinda el mundo favores  
En la pugna con los fuertes,  
La fama con sus aplausos,  
El éxito con laureles:  
Y pues que la vida es lucha  
Donde todos acometen  
Vencedores ó vencidos,  
El vencido se defiende,  
Y allá, tras su desengaño,  
La quieta paz se le ofrece,  
Como al náufrago que arrojan  
Las olas á los placeres.....  
Las olas que le llevaron  
Le trajeron, y las sienten  
Rugir sin que le amenacen  
En la playa en que se aduerme!.....  
¡Visión! eres la memoria,  
Eres *la verdad que miente*;  
¡No escribas más con la punta  
De mi corazón, y aléjate!

EN EL OTOÑO.

I.

EN LA TARDE.

.....

.....

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es la tarde.....; huye la tierra  
Sin que sintamos su tránsito,  
Mientras parece á la vista

Que el sol camina al ocaso;  
Su disco de eterna lumbre  
Vibra los postreros rayos,  
Y á herir apenas alcanza  
La cima de los collados.  
¡Breve tarde! En mar de púrpura  
Tórnase el azul velado  
Del horizonte, tendido  
Más allá del Oceano;  
Piélago es de luz inmensa,  
Do mis ojos beben ávidos  
Torrentes de llama viva;  
Piélago en que ve flotando  
Seculares monumentos,  
Arquitectura de encantos;  
Fortalezas y ciudades,  
Alcázares, templos, arcos,  
Pirámides, tiendas bíblicas,  
Misteriosos tabernáculos.....;  
Y en las llanuras espléndidas  
De aquel celaje fantástico,  
Hay encendidas peleas  
De hombres y monstruos bizarros,  
Fieras, enanos, gigantes,  
Escuadrones de centauros  
Y carrozas con cuadrígas  
De flamígeros penachos.  
Y, aun más allá, de otras nubes  
Simula el contorno mágico  
Visiones de amor divino,  
Diosas del amor humano;  
Ángeles, Cupidos, Ninfas,  
Musas y Genios, lanzados  
Por los senos insondables  
De los luminosos ámbitos.  
¡Metamorfosis del alma!  
¡Trasuntos de otros engaños!  
¡Ilusión de los sentidos,  
De su error enamorados!.....



¡Oh, breve tarde!.... En la curva  
Del globo que va rodando,  
Pierde este pobre hemisferio  
La luz del eterno faro....  
¿Dónde están los horizontes,  
Tan ricamente poblados  
De fulgidos monumentos  
En ciudades de topacios,  
De Ángeles, Genios, Cupidos,  
Ninfas, Driadas y Faunos,  
Y mujeres que el deseo,  
En un espejo encantado,  
Volvió á presentar al alma  
Como en los primeros años?

¡Es el crepúsculo!.... y vibran  
Sólo en el éter los átomos  
De luz y sombra que tejen  
Á la luna el velo santo.  
Solitaria de los bosques,  
Hacia el bosque solitario  
Cruza la torcaz paloma,  
Y el aire zumba á su paso.  
En las ruinosas almenas  
Del gótico campanario,  
El ave de los sepulcros  
Exhala un *¡ay!* de quebranto:  
Primer *¡ay!* de muchos *ayes*  
Que van luego concertando  
Con el toque de Oraciones  
Y el doble por los finados.

II.

EN LA NOCHE.

¡Es la noche!.... densas nubes  
Que en el horizonte diáfano  
Fueron de púrpura y oro,

Ya son fúnebre sudario.  
Entumecida la tierra  
Siente que la hiere el ábrego,  
Y los árboles ingentes,  
De la madre tierra amados,  
Risueños en primavera,  
Galanes en el verano,  
Amarillentos declinan  
Y sus hojas van dejando....  
¡Sus hojas! ¡las verdes hojas,  
Orgullo de Abril y Mayo,  
Que se desprenden marchitas  
Cual jirones de su manto!  
Asoma en la mar la luna,  
Y mientras va remontando,  
Se descubre el firmamento  
De luceros tachonado.  
¡Dios, que sacó el universo  
De las tinieblas del caos,  
Preside las estaciones,  
Y á Dios alaban los astros!  
Que Dios esparció los orbes  
En infinitos estadios,  
Como el Labrador arroja  
La semilla en su cercado....  
Y esos mundos sobre mundos,  
Que en eslabones jerárquicos  
Señalan á nuestros ojos  
Siempre un más allá anhelado,  
Son al corazón del hombre  
Revelación más que arcano....





D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

UANL

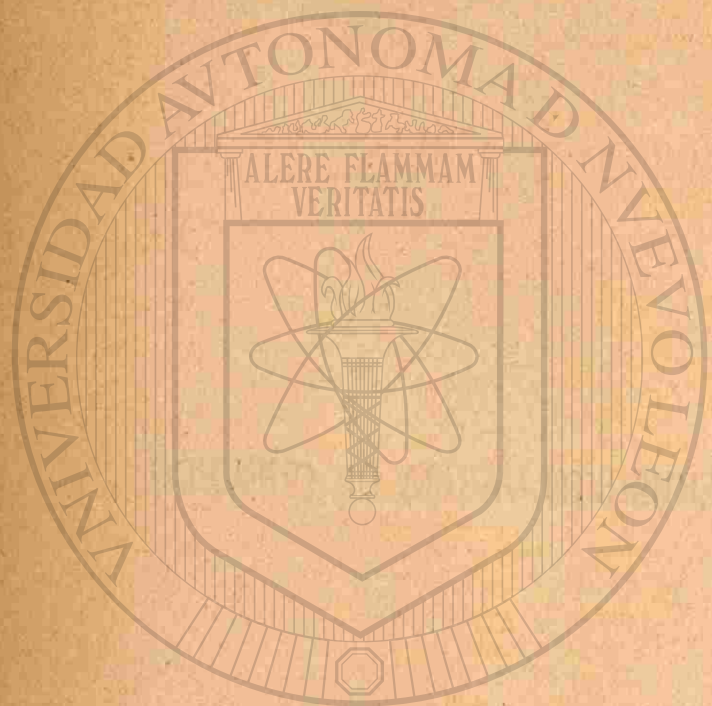
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

DELIRIUM.

CUADRO TERCERO.

I.

EL PALENQUE DE TRANI.

Apenas las altas cumbres  
De algunos montes cercanos  
Dora con su luz rojiza  
El monarca de los astros,

Cuando entre nubes de polvo  
Del uno y del otro campo,  
Vense salir á galope  
Y armados de punta en blanco,

Hasta veintidós guerreros  
Compitiendo en lo bizarros;  
Cuyas armas reverberan  
Del sol con los puros rayos.

El dios Marte en la apostura,  
Sobre un morcillo normando,  
Y de los suyos al frente  
Va el invencible Bayardo.



De acero un arnés bruñido  
Cubre el pecho, y por debajo  
Lucir se mira una veste  
De terciopelo leonado;

Y á los aires dando envidia,  
Sobre el reluciente casco  
Se mece, de ricas plumas  
Un penacho rojo y blanco.

Detrás vienen La Paliza,  
Y d'Aubigny el veterano,  
Luis de Ars, Ivo de Alegre,  
Hermano de Precy el bravo;

Y los otros cuyos nombres  
Mencionar no es necesario,  
Porque todos cual valientes  
En el lance se portaron.

Viene de la parte opuesta  
Al frente de los hispanos,  
El buen Diego de Paredes,  
Gallardo entre los gallardos.

Cabalga con sumo brío  
Sobre un pisador castaño,  
Que del suelo cordobés  
Fué gala á un tiempo y encanto.

Viste una rica armadura  
De Milán, y el duro casco,  
De plumas blancas y azules  
Sombrea un alto penacho;

La lanza empuña en la diestra,  
Y á la siniestra colgando,  
Azota el corcel terrible,  
Obra de algún toledano,

Aquella espada que fuera  
De los franceses estrago,  
Y que dió á la patria suya  
Tanta gloria y triunfo tanto.

Tras Paredes viene Arturo  
Sobre su negro caballo,  
Y á nadie en el campo cede  
En lo apuesto y lo bizarro.

La impenetrable armadura  
Es de acero empavonado  
Como el yelmo, al cual no adornan  
Ni cimera ni penacho.

La lanza lleva en la cuja,  
Y pende al siniestro lado  
Una espada cortadora,  
Don del inclito Gonzalo.

Del fuerte bridón las riendas  
Rige la siniestra mano  
Con esfuerzo, porque al bruto  
Estrecho parece el campo;

Y da botes y corbetas,  
Y mientras va relinchando,  
Los paramentos oscuros  
Y el suelo deja bañados

En anchos copos de espuma  
Muy más que la nieve cándidos,  
Que del freno se desprenden  
Cual de las nubes de Marzo

Cae granizo á gruesas gotas  
Y destruye los sembrados;  
Ó como la espesa nieve  
En las cumbres del Moncayo.



Mas Arturo lo domina;  
Botes, relinchos son vanos;  
Y más que dos, hombre y bruto,  
Parecen sólo un centauro.

Cabalga detrás del Conde  
En un alazán tostado,  
Diego de Vera, el temido,  
Prez del suelo castellano;

Y Sotomayor, el fuerte,  
En un calabrés cuartago,  
En ira ardiendo, galopa  
Al lado del buen Pizarro:

Y detrás, los seis que restan  
Por Paredes señalados,  
Vienen también muy briosos  
Y combatir anhelando.

Ya de Trani se descubren  
Llenos muros y tejados  
De espectadores que ansían  
Ver en palenque cerrado,

Y en combate igual, riñendo  
Franceses y castellanos,  
Por cuál de los dos partidos  
Quedará la prez del campo.

II.

EL COMBATE.

Apenas turba los aires  
El ronco y marcial estruendo  
De las trompetas, se lanzan  
Con sonoro clamoreo

Contra los bravos de España  
De Francia los caballeros;  
Y de polvo espesa nube  
Que se levanta al encuentro,

Los envuelve de tal modo  
Que por algunos momentos  
Queda á amigos y á contrarios  
El resultado encubierto.

Mas luego que se disipa  
El polvo, á la luz del cielo,  
De las sillas arrancados  
Por el empuje violento

De sus contrarios, se miran  
Tres de los fuertes iberos;  
Mas en el opuesto bando  
Hay cuatro caballos muertos.

Una vez y otra se embisten,  
Y á empezar tornan de nuevo;  
Y á los botes de las lanzas,  
Y al chocar de los aceros,

En menudísimos trozos,  
Cual paja que agita al viento,  
Ruedan al suelo confusos  
Aironcs, plumas y vicos.

Rotos se ven por mil partes  
De malla los paramentos,  
Débil reparo á los golpes  
De aquellos brazos tremendos:

Y abollados y sin lustre,  
De polvo y sangre cubiertos,  
De los dos bandos se miran  
Yelmos, corazas y petos.



Desde el principio, Bayardo  
Y Paredes en el centro  
De aquella lid, se acuchillan,  
En ira entrambos ardiendo;

Y no hay palabras que basten  
En los humanos dialectos,  
Á pintar la horrenda lucha  
De los ínclitos guerreros.

Mas el uno contra el otro  
Cansan en vano su esfuerzo;  
Que si es más fuerte el hispano,  
Mucho el francés es más diestro.

Y tocando el imposible  
De su mutuo vencimiento,  
Al socorro de los suyos  
Tornan de común acuerdo.

Ya el padre sol del ocaso  
Cerca, va palideciendo,  
Y debe acabar la lucha  
Apenas se haya traspuesto.

Nueve adalides de Francia,  
Á pesar de su ardimiento,  
Sostienen á pie el renombre  
De sus famosos abuelos;

Mientras aun siete cabalgan  
De los lidiadores nuestros,  
Y al ver que el sol se traspone  
Atacan con más esfuerzo;

Y como fieras acosan  
De Francia á los caballeros,  
De los cuales dos tan sólo  
Aun cabalgan como buenos.

Bayardo es uno (no queda  
Del otro tanto recuerdo,  
Ni importa su nombre tanto  
Que nos pese el no saberlo):

Lidian como dos leones  
Y tras los caballos muertos  
Parapetados los otros,  
Pelean con tal denuedo,

Que más ha de media hora  
Que el sol no luce en el cielo,  
Y el éxito del combate  
Está, como antes, incierto.

Mas entonces se aproximan  
Los jueces del campo rectos,  
Y de franceses é hispanos,  
Que en el aire los aceros

Detienen, por cortesía,  
Por deber y por respeto:  
Puestos de entrambos partidos  
Á igual distancia y en medio:

Á Paredes y á Bayardo  
De los nuestros el primero,  
Y el segundo de los suyos,  
Jefes á un tiempo y modelos,

Previo un saludo galante,  
Hablóles así el más viejo:  
—«Ni franceses ni españoles  
Pretender deben el premio

»De la jornada; los unos  
Atacando como buenos,  
Y como buenos los otros  
Sus blasones defendiendo;



»Demostraron hoy al mundo  
Con igual merecimiento,  
Que dignos son del renombre  
De esforzados caballeros.»

Unánimes los dos bandos,  
Las palabras aplaudieron  
Del Juez, y de la ancha liza  
Agolpándose en el medio,

Como hermanos se abrazaron;  
Los hechos encarecieron  
Unos de otros á porfía  
Con ardor caballeresco;

Que por fortuna del mundo,  
Aun había en aquel tiempo  
El noble espíritu, hidalgo,  
Que animó los siglos medios.

Luego (según el cronista:  
Como él lo escribió lo cuento):  
Los franceses y españoles  
En amistoso concierto,

Mano á mano y brazo á brazo,  
Á un banquete unidos fueron,  
Que en su pro dispuesto habían  
Los jueces del campo mismos.

III.

EL CAMPAMENTO.

De Barleta ante los muros,  
Y á los rojos resplandores  
De mil fogatas, descuellan,  
Coronadas de pendones,

Las tiendas del campamento  
De los tercios españoles;  
Solitarias aquel día  
Porque sus habitantes,

Á la llanura de Trani  
Dirigiéronse veloces  
Casi todos, que ya juzgan  
Empañados sus blasones,

Si aquel día al ancho mundo  
Los once batalladores  
De España, no hicieren bueno  
Ante Dios y ante los hombres,

Que los guerreros de Francia,  
Lejos de ser superiores,  
Ni aun iguales ser consiguen  
Á los bravos españoles.

Mas luego que allá en el campo  
Los jueces en claras voces,  
Declararon que las lises  
Y las barras y leones

Con igual lustre quedaban;  
Unos gruñendo, conformes  
Los más con el resultado  
Del caballeresco choque,

Al campo dieron la vuelta  
Muy de prisa; que la noche  
Tendía ya el negro manto  
Del uno al otro horizonte.

Y por fuera de las tiendas  
Formando grupos informes,  
Al amor del calorcillo  
Que los fuegos dan entonces,



Cada cual á su manera  
Mientras la cena dispone,  
Á éste alaba, á aquél deprime,  
De los once lidiadores.

Hay soldado, que á Paredes  
Prefiriéndose (el muy torpe),  
Dice que él, en lugar suyo  
Lograra el triunfo de un golpe.

Otro responde á aquel necio,  
Motejándole de zote,  
Y de palabra en palabra  
Llegan á los mogicones.

Pero todos los del campo  
Á la vez están conformes,  
En ensalzar las proezas  
De aquel extranjero Conde,

Que al campamento ha dos días  
Llegó de ignotas regiones,  
Y al Gran Capitán pidiera  
Por gracia ser de los once.

Quién alaba su figura,  
Su franco y airoso porte;  
Quien á Marte lo compara,  
Y sólo á sí lo pospone.

—«Más me gusta su escudero»—  
Grita un tal Pedro de Robles,  
Que allí cerca está envasando  
Menudos tragos de aloque.

—«¡Calla, bárbaro!—le gritan—  
Ya de vino hasta el cogote  
Estás; por eso dijiste  
Disparate tan enorme.»

Mas Robles, con gran mesura,  
—«Lo dicho, dicho—responde:—  
No me ha dado el Conde nada,  
Y el criado esta bota dióme.»

Y aquí de las carcajadas  
De la confusa cohorte,  
Que el chiste oportuno aplaude  
Aun contra sus opiniones;

Mientras la plácida luna  
Por detrás de un alto monte  
Sobre hombres y tiendas vibra  
Sus plateados resplandores.

IV.

LA TIENDA DEL GRAN CAPITÁN.

Del marcial campo en el medio,  
Cual entre arbustos y flores  
Descuella la verde palma,  
Soberana de los bosques;

Una tienda surge altiva,  
Que adornan dos pabellones  
Reales: uno las barras  
Que conquistó el bravo Conde

Jofre el Velludo, y que insignias  
De Aragón son desde entonces;  
Ostenta el otro á los aires  
Los cuarteles y colores

Alternados, sus divisas  
Presenta fuertes y nobles:  
Por Castilla, dos castillos,  
Y por León, dos leones.



En el centro de la tienda  
Cabe una mesa de roble,  
Sentado se ve un guerrero  
De alto aspecto y regio porte.

Viste completa armadura,  
Y sólo el casco de bronce,  
Con riquísimo penacho  
Do mil vistosos airones

Se mecen, y que ha un instante  
De la cabeza quitóse,  
Le falta; sobre la mesa  
Con el pomo del estoque,

De cuando en cuando, impaciente  
Alguno da que otro golpe;  
Que le tiene con cuidado  
La tardanza de los once.

Mas de pronto, á sus oídos  
El sonoro galope  
Llega de varios caballos  
Que hacia el campamento corren.

Levanta entonces la frente,  
Más que la del padre Jove  
Majestuosa; una sonrisa  
El bello rostro recorre;

El semblante más tranquilo  
No enojos ya ni furoros  
Amenaza, y más serenos  
Que de Abril los claros soles,

Á la entrada de la tienda  
Los ojos dirige entonces;  
Porque ha oido de unos pasos  
El rumor que ya conoce.

Es el valiente Paredes,  
Quien al verle, abalanzóse  
A su cuello, así diciendo  
En altas y alegres voces:

—Por fin hemos desmentido  
Las falsas imputaciones  
Del francés, que nos juzgaba  
Á los suyos inferiores.

— ¿Fué vuestra la preza del campo?  
Humillados los blasones  
No quedaron del francés.....  
¿Luego?.....

—Los once españoles

Demostaron hoy al mundo  
Á estocadas y mandobles  
Que son al francés iguales.  
—¡Yo los envié por mejores!

Y el Gran Capitán la espalda  
Al buen Paredes volvióle,  
El cual calló por respeto  
Y hacia su tienda marchóse.

¡A ITALIA!

ODA.

Como en la azul atmósfera  
Desde la cumbre alpina,  
Rauda se lanza el águila,  
Hasta que al sol vecina  
Un punto el vasto Océano  
Y el mundo ve á sus pies;  
Mas si flechero impávido



Tiro mortal le asesta,  
Herida el ave ciérnese,  
Y luego en la alta cresta  
Ya moribunda abátese  
Rendida su altivez;

Así caíste, ¡oh mísera!  
De la sublime cumbre;  
Y ora so el yugo férreo  
De odiosa servidumbre  
Inclinas mustia y pálida  
La antes soberbia faz:  
Te humillas ante el bárbaro  
Tirano que te asuela,  
Sin que haya un ser magnánimo  
Que de tu mal se duela,  
¡Ni un campeón intrépido  
Que ose por ti lidiar!

¡Qué! ¿sólo esclavos tímidos  
Se nutren en tu seno?  
La raza de los héroes  
De Munda y Trasimeno,  
Ni un solo ilustre vástago  
Dejó detrás de sí?  
Tú, patria de los Césares,  
Camilos y Escipiones;  
Tú, madre de los Régulos,  
Los Brutos, los Catones,  
¿No tienes ya ni mártires  
Que osen morir por tí?

¡Cuánta en el alma inspírame  
Honda piedad tu llanto!  
¡Cuánto, oh, matrona, el lúgubre  
Gemir de tu quebranto,  
Dolor infunde al férvido  
Ansioso corazón!  
¿Y á quién no mueve á lástima

¡Oh, Italia! tu amargura?  
¡Ay! Tus arroyos lípidos,  
Tus campos de verdura,  
¿Mas qué?..... ¡Tus mismas lágrimas  
Libres tampoco son!

Raza de esclavos trémulos,  
Nación degenerada,  
De tus abuelos ínclitos  
Osa empuñar la espada.....  
¿Qué esperas ya? ¡Levántate!  
¡No más esclavitud!  
El sacrosanto lábaro  
De libertad tremola.....  
¿Hay en tus campos fértiles,  
Hay una piedra sola,  
Que no recuerde altísimas  
Memorias de virtud?

¡Sús! ¡Al combate! El ánimo  
No os faltará, guerreros:  
Brillen al aire fúlgidos  
Desnudos los aceros!  
Pueble el espacio el hórrido  
Bramido del cañón;  
Llene la trompa bélica  
Los ámbitos del mundo,  
Y á la ardua lid arrójense  
Con brío sin segundo,  
Mil y mil dignos émulos  
De Bruto y de Catón.

Ya se oye el ronco estrépito  
De la feroz batalla;  
Ya en ambas partes mézclanse  
La sangre y la metralla.....  
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales  
En la revuelta lid!  
¡Sús! ¡Mis valientes ítalos,



Ilustres ciudadanos!  
¡La Italia sus Termópilas  
Tendrá y sus Espartanos!  
¡Ya so la regia púrpura  
Tiembra el tirano vill!

¡Y si al romper impávidos  
Vuestra servil coyunda,  
Moris, nunca del héroe  
La sangre fué infecunda;  
Que es el morir dulcísimo  
Por patria y libertad!  
¡Sabed, nuevos Leónidas,  
Morir con frente altiva!  
¡Dará á los sacros túmulos  
Honor la siempreviva,  
Y al llanto de las vírgenes  
El lauro crecerá!

Mas ¡ay! el estro olímpico,  
El fuego sacrosanto  
Del genio sumo faltame  
Á tan sublime canto;  
Pobre mi lira y rústica,  
Mi acento débil es....  
¿Qué importa? El fuego eléctrico  
Que abrasa mis entrañas  
En manantial clarísimo  
De insólitas hazañas,  
Para ese pueblo indómito  
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara  
Indigna de memoria,  
Mejor entone el épico  
Cantar de la victoria:  
¡Tal vez el eco escúchese  
En la remota edad!  
Y si su gloria efímera

Con el cantor perece  
¿Qué importa?—Al vate bástale  
Como á la flor que crece  
El sol, el aura plácida  
De amor y de amistad.

¡Sús! Mis valientes italos,  
Responda al rudo cántico  
Del extranjero vate,  
¡Sús! ¡Al feroz combate!  
¡Responda al grito altisono  
De libertad y honor!  
Y cuando la vorágine  
Del tiempo, en lo futuro,  
Con mi cadáver lívido  
Trague mi nombre obscuro,  
Sólo una amiga lágrima  
Os pedirá el cantor.

Á PÍO IX.

*Fiat lux....*

Del más excelso trono  
Que leyes dicta á la asombrada tierra,  
De allí, donde sin iras, sin encono,  
Lanzaste el grito de la santa guerra  
Contra abusos tiránicos  
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,  
Ejemplo dando, altísimo,  
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.

Desde el sublime asiento  
Á do el cielo ensalzó tu mansedumbre,  
Do de saber y de virtud portento  
Te admira la extasiada muchedumbre:  
Oye, Señor, el cántico  
Que por mi voz eleva hasta tu alteza



El entusiasmo férvido  
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en ti, Señor, reside  
De Dios el almo espíritu fecundo  
Que en el cielo del sol la lumbre mide  
Y agita el mar y fertiliza el mundo:  
Cuya mirada fúlgida  
Abarca el orbe y la estrellada esfera,  
Y traza en orden rápido,  
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso,  
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;  
Como al suyo, á tu acento sonoro  
Dióle la unción divina de su labio;  
Nuevo Moisés, del Sínai  
Celestial remontándote á la altura,  
Diste á tu pueblo un código  
De amor y de esperanza y de ventura!

Hablaste.—Tus acentos  
Despertaron á un pueblo adormecido,  
Y en las alas llevados de los vientos  
Recorrieron el orbe estremecido.  
Bajo el dosel espléndido  
Los déspotas también los escucharon,  
Y envueltos en su púrpura  
Con el frío del miedo tiritaron.

Hablaste..... y al sonido  
De tu inspirada voz se estremecieron  
Los restos entregados al olvido  
De los fuertes varones que vivieron:  
En sus modestos túmulos  
Gimieron de placer los Escipiones,  
Y en eco respondieronles  
Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida  
Hirvió de los egregios genitores,  
Y en las venas corrió con nueva vida  
De los degenerados sucesores;  
É interminables vítores  
Saludaron al nuevo soberano  
Del Tibre al Volga gélido,  
De Europa hasta el confin americano.

Cual de la excelsa cumbre  
Lenta desciende la gigante roca,  
Mas luego, por su misma pesadumbre,  
Ya corre, ya hacia el llano se desboca,  
Y en su carrera rápida,  
Detrás de sí dejando inmensa calle,  
Trueca en desnudo páramo  
El bosque, hasta llegar al hondo valle;

Tal contra el soberano  
Impulso que en tu amor al pueblo diste,  
El mundo entero se opusiera en vano;  
Que es misión que del cielo recibiste.  
¡Sigue, Señor, impávido;  
No te arredre la lid, sigue adelante!  
¿Qué temes á los déspotas,  
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?

De estragos y rencores  
El tiempo fué.—La lucha encarnizada  
Del pueblo y sus cobardes opresores,  
Finará maldecida y execrada:  
En vez del casco férreo  
De los Julios, tu frente encanecida  
Defienda el santo lábaro  
Signo de redención y eterna vida!

Que el Salvador divino,  
De luto y sangre, y de rencor y guerra,  
No infausto nuncio al universo vino,



Sino de amor y paz nuncio á la tierra;  
Y cuando allá del Gólgota  
Le vió expirar la maldecida cumbre,  
Rindió el divino espíritu  
Entre acentos de amor y mansedumbre!

Hombres de entrambos mundos,  
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta  
Y rica en bienes de virtud fecundos  
De la alma libertad la egregia planta!  
¡Ved cuál ocultan trémulos  
Los tiranos la torva faz impía  
Al ver el astro présago  
De la unión y la paz y la alegría!

Y tú, Príncipe augusto,  
Padre del pueblo, sacerdote santo;  
Tú, que la gloria cifras en ser justo  
Y enjugar de tus súbditos el llanto:  
¡Al corazón magnánimo  
Ya que le falta para ser dichoso?  
Ver en su amor al ítalo  
Libre y feliz, y grande y poderoso!

Y lo será.—Ya leo  
Del hondo porvenir en los arcanos;  
En solo un pueblo ante mis ojos veo  
Los numerosos pueblos italianos:  
Unido al de Parthénope  
El romano y lombardo y el de Etruria,  
Y el piamontés intrépido,  
Y el navegante audaz de la Liguria!

De bárbaros confines  
Veo acudir millares de paganos,  
Acatando de Dios los altos fines,  
Á abjurar sus errores en tus manos.  
«¡Aqueste es el Pontífice  
Del verdadero Dios; su fe es la santa!»

En inefable júbilo  
Postrados clamarán ante tu planta.

¿Y á cuál más pura gloria  
Pudo aspirar en su ambición el hombre?  
En el inmenso libro de la historia,  
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?  
La gloria, cual relámpago,  
Cae del tiempo en el bátrato profundo;  
Pero tu fama altísima  
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

#### Á ITALIA (1).

....Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.  
*Cánt. de Moisés. (Exod., xv, 1.)*

La hora sonó.—Del fúlgido  
Alcázar soberano  
Tronó tu voz terrífica,  
Se alzó tu eterna mano;  
Y al escuchar el mundo  
Tu acento tremebundo,  
De gusto y gozo trémulo  
Postróse y te adoró!

¿Qué hacéis, valientes ítalos,  
Que aun os sufrís esclavos?  
Pueblo fecundo en héroes,  
Ora ¿dó están tus bravos?  
¿Dó están tus Escipiones,  
Tus Brutos, tus Catones,  
Del Alpe al Etna túrbido,  
Del sacro Tíbre al Po?

(1) Después de la victoria de los milaneses y venecianos, etc.



Ya se alzan, ya.—¡Qué espléndidas  
Falanges vencedoras!  
Ved cuál se agitan pálidas  
Las huestes opresoras.....

—¡Sús! ¿qué esperáis?—Los grillos  
Romped, fuertes caudillos!  
¡Suene la trompa bélica  
Del uno al otro mar!

¡Oid!..... piadosos cánticos  
Al cielo azul se elevan;  
Á la ardua lid los mártires  
Mil hecatombes llevan.—  
¡Espléndido holocausto!  
¡Día por siempre fausto,  
La libertad por ídolo,  
La patria por altar!

Ya marchan..... ya el relámpago  
Se ve de los aceros;  
Conturba ya la atmósfera  
La voz de los guerreros:  
Con lúgubre estampido  
Brama el cañón temido,  
Y el humo y sangre mézclanse  
Al polvo de la lid!

Y á debelar las hórridas  
Falanges del tirano,  
¿Dónde el caudillo intrépido?  
¡Miradle!—¡Es un anciano!  
Ardiendo en santo brío  
Álzase el Nono Pío.....  
¿Quién contra Italia incrédulo  
Si Dios es su adalid?

Dios, que en su santa cólera,  
Contra el poder injusto  
Puso en la mano trémula  
Del sacerdote justo  
Los rayos de su diestra;

Y en la mortal palestra,  
Nuevo David, revístele  
De fuerza y juventud.

Al viento dando el lábaro  
De libertad, del Tibre,  
Con voz clamó estentórea:  
«¡Viva la Italia libre!»—  
¡Y á obedecer sus leyes,  
Los pueblos y los reyes  
Cabe su trono agólpanse,  
Que es faro de salud!

¡Huid vosotros, déspotas,  
De ese fecundo suelo;  
Huid, vencidas águilas  
Del Norte, en raudo vuelo!  
¡Huid! ¡huid!—¡Ya dora  
De libertad la aurora  
El llano y la alta cúspide  
Del italo confín!

Buscad asilo rápidas  
En vuestras hondas nieblas;  
Que ya del suelo itálico  
Huyeron las tinieblas:  
En polvo el yugo impío  
De vuestro poderío  
Cayó.—¡No ya más lágrimas,  
Que el duelo tuvo fin!

Huid, funestas águilas;  
Que basta á vuestra gloria  
De tanto mal la fúnebre  
Interminable historia.  
¿Mas dónde?—En vuestro abrigo  
Aguardaos el castigo;  
Que ya en el Norte gélido  
Se alzó la libertad.

¡Prez á vosotros, ítalos,  
Heroicos vencedores!



Ya en vuestro suelo indómito  
No hay siervos ni señores:  
Trocóse la esperanza  
En gloria y bienandanza.....  
¡Cantemos del Altísimo  
La eterna majestad!!!

MEDITACIÓN.

¡Noche callada, límpida, serena,  
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!  
Mécese en el zenit la luna llena,  
Y dorados manojos  
De estrellas rutilantes, en su lento  
Grandioso movimiento  
Por la bóveda azul, blando rocío  
De luz desparcen sobre tierra y mares,  
Los límites salvando, seculares,  
Del nunca hollado campo del vacío.

¡Cuántos sucesos, ¡ay! cuántas edades,  
Cuántos claros renombres,  
Virtudes y maldades  
Y generosos y mezquinos hombres  
Vuestros rayos castísimos miraron  
Que efímeros pasaron  
Y á sumirse volvieron  
En el golfo sin fin de que salieron!  
—Edades mil y mil generaciones  
Contemplaréis aún: altas virtudes,  
Torpes vicios, volcánicas pasiones,  
Flacos y levantados corazones.....  
¡Mas será vuestra luz la luz eterna,  
Ó bien en la superna  
Región donde os contemplo suspendidas  
Se apagaron también vuestros fulgores,

En los propios ardores  
Como los otros fuegos consumidos?

Escrito está que un día  
Atravesando la región vacía  
Con indecible pompa  
De miedo, y de terror y de amargura,  
En la tiniebla oscura  
Se oirá de un ángel la estridente trompa.  
Alta de Dios la omnipotente mano  
Secará el Oceano,  
Y llena hasta los bordes la medida  
De cuanto á la existencia fué creado,  
Á átomos impalpables reducida  
Esta masa de fango ensangrentado  
Que tierra se llamó, caerá perdida  
De la nada al abismo ilimitado.  
Mas del libro en las páginas eternas  
Leo también que vuestros dulces ojos  
Se apagarán: la mano creadora  
Del tiempo, al resonar la última hora,  
Cerrará vuestros párpados amante,  
Cual cierra, palpitante  
De piadosa emoción, el triste anciano,  
Con temblorosa mano,  
Los ojos de la virgen sorprendida  
Por la feroz guadaña de la muerte  
En medio del tumulto de la vida!

La creación entera estremecida  
Á la voz de Jehovah, más alta y fuerte  
Que el tremendo rugido  
Que lanza el ancho mar, embravecido  
So el rudo azote de huracán violento;  
Del alto firmamento,  
Poblando los abismos insondables  
De la ignorada inmensidad vacía,  
Oirá tronar en notas espantables  
Que al fin llegó su postrimero día!



Como en vano los ojos tras la huella  
Ansiosos vagan de perdida estrella,  
Rápida exhalación, hija del rayo,  
En tibia noche del florido mayo;  
Como, en vano, se ofuscan  
Cuando afanosos buscan  
La levísima gota desprendida  
De una trémula mano  
En el vasto raudal del Oceano;  
Colmada la medida  
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo  
Se hundirá en el abismo  
De la honda eternidad, madre terrible  
Que el límite al pisar del crudo plazo  
Ahogará á su hijo en un abrazo,  
Dándole en sus entrañas tumba horrible!  
¡De todo lo creado  
No quedará ni sombra ni memoria!  
¡De tanto padecer, de tanta gloria,  
De tanto mal temido ó bien ansiado,  
Ni un eco repetido  
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre,  
Al pensar de esos soles en la muerte,  
Necio, llamarse fuerte,  
Soñar, impío, eternizar su nombre?  
¿Cómo en su corazón, lodo mezquino,  
Rencores amasar, sentir pesares,  
Divinizar efímeros amores,  
Aherrojar á sus plantas el destino?  
Millares de millares  
De siglos pasarán, los resplandores  
Antes que apagues tú de esas lumbreras  
Que son en las esferas  
De tu gloria elocuentes narradores;  
Y siglos mil antes del sumo día,  
Esta generación que alienta ahora  
Y se agita y combate en lucha impía

Sobre este espacio obscuro, limitado,  
De lágrimas y crímenes forjado,  
Verá llegar su postrimera hora!  
Y, empero, ciega, estúpida, opresora,  
Pugna por alcanzar en la ardua liza  
El premio del valor ó el del talento!.....  
—¡Ceguera miserable!  
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,  
Por lo que es vil ceniza,  
Vanidad, ilusión, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados  
Y ánimos levantados,  
Generosas pasiones,  
Viles, desenfrenadas ambiciones,  
Rodarán confundidas,  
Indistintas moléculas perdidas,  
En la vasta grandeza  
De la madre común naturaleza!

¡Claros soles, inmensos reverberos,  
Un día moriréis!..... Y los humanos,  
Criaturas fugaces de un minuto,  
Se persiguen arteros  
Como hambrientos milanos,  
Recogiendo en sus odios carniceros  
Llanto por galardón, sangre por fruto!

¡Señor, Señor!—¡Cuando afligido pienso,  
Cuando en callada soledad medito  
Lo que suma el mortal más encumbrado  
Ante la inmensidad de lo creado,  
Me humillo á tu poder sumo, infinito!  
Átomo imperceptible en el inmenso  
Piélagos de los seres, ¿qué es el hombre?  
¡Cuando más, un sonido, un soplo, un nombre!



ODA A LA LIBERTAD.

No armada del puñal de la venganza,  
Ni teñida la veste en sangre impura,  
Tal como la forjó vuestra locura

O torpe iniquidad:  
Plácida cual la luz de la esperanza,  
Con la paz y el perdón sobre su frente,  
Blanda la faz, benigno el continente:  
¡Tal es la Libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia,  
Don el más alto de su amor divino,  
Acaso en el mundano torbellino

Al hombre se ocultó:  
Negra ambición, estúpida demencia,  
El temor de los buenos, la osadía  
De un tirano, el furor de la anarquía  
Tal vez la encadenó.

Mas no puede morir: lozana, fuerte,  
Crece encorvada bajo el férreo yugo;  
¡Ni el hacha enrojecida del verdugo  
Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,  
Insultada tal vez, jamás vencida,  
Cual su padre inmortal, torna á la vida  
Con nueva juventud.

Poco son á humillarla los tiranos;  
Que el mundo ve y conoce sus derechos;  
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil;  
Que, so el disfraz de nobles ciudadanos,  
En su nombre inmortal alzan pendones,  
¡Y hacen servir los pueblos y naciones  
Á su torpeza vill!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,  
Vosotros, embusteros renegados,  
Vosotros, sí, los pérfidos soldados  
Del crimen y el error:  
No ha menester la libertad, bandidos,  
Del estruendo y rencor del fiero Marte;  
Símbolo del perdón es su estandarte,  
¡Su blando imperio, amor!

Y lidia, sí, pero en léal palestra;  
Atacada, jamás provocadora;  
Siempre grande en la lid, nunca opresora;  
Que es numen celestial;  
Y nunca armó su prepotente diestra  
El odio, ni el temor, ni la venganza;  
Jamás para vencer urdió asechanza,  
Ni usó traidor puñal.

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,  
Ni la torpe ambición, ni la impia guerra  
Los símbolos que anuncien á la tierra  
Que ya lució su edad:  
Si veis orden y paz, amor, justicia,  
Adunados reinar en grata calma,  
Alzad entonces al Criador el alma:  
¡Esa es la Libertad!

EL NIÑO PERDIDO.

Al aire destrenzada  
La blonda cabellera,  
La túnica rasgada,  
Y en llanto de dolor  
Bañado el rostro puro  
Que al sol envidia fuera,  
Por tu recinto obscuro  
Va una mujer, Sión.



¿Qué crudo, amargo duelo  
Lamenta la acuitada?  
¿Qué horrible desconsuelo  
Su pecho laceró?  
¿Esposa, vese viuda,  
Ó es virgen desposada  
Que con fiereza cruda  
Su amante abandonó?

¿Ó es huérfana que llora  
Con ayes de agonía  
La sombra protectora  
Del techo paternal,  
En medio al mar del mundo  
Mirándose sin guía,  
Al soplo tremebundo  
Del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo  
Lamenta desdichada;  
Amante, al cariñoso  
Objeto de su amor:  
Y en ayes reprimidos  
La madre desolada,  
Buscando entre gemidos  
Va al hijo que perdió.

Miriam, la virgen pura,  
La madre enaltecida,  
La que en la eterna altura  
Casi es á Dios igual;  
De la divina alianza  
La prenda bendecida,  
La paz y la esperanza  
Del mísero mortal;

Llorosa entonces, mustia,  
El alma entristecida,  
En tan terrible angustia

Olvida su virtud.... (1)  
¿Qué mucho, si se ausenta  
El sol que le da vida,  
Qué mucho, si lamenta  
Perdido á su Jesús?....

Volviendo á su morada  
Desde Salem divina,  
De gentes circundada  
Que van á Nazareth;  
Al ver tras blanco velo  
La estrella vespertina  
Luciendo ya en el cielo,  
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa  
En rústica posada  
Detuvo cuidadosa;  
Que el hijo de su amor  
Con otros jovenzuelos,  
Sus deudos, la jornada  
Siguió, y con mil recelos  
La tiembla el corazón.

José vendrá sin duda  
Con ellos; del camino  
La marcha larga y ruda  
Tal vez los fatigó;  
Mas ya en el patio ondea  
Su manto blanquecino  
Y aun á la luz febea  
Jesús no apareció.

Y luego van llegando  
Los otros uno á uno,  
Á todos preguntando

(1) *Virtus*: fortaleza, fuerza.—(Nota del autor.)



Miriam en su inquietud;  
Mas nadie le responde,  
Que no le vió ninguno.  
—¿Por qué de mí se esconde  
Mi gozo, mi salud?

Ya las nocturnas nieblas  
Invaden la llanura;  
Se palpan las tinieblas  
Del bosque en derredor:  
Y el campo ilimitado  
Y la caverna oscura  
Y el aire conturbado  
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,  
Ni monte, ni ladera,  
Ni precipicio mudo  
Quedó en aquel confín  
Que en eco lamentable  
El ¡ay! no repitiera  
Que lanza inconsolable  
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,  
Apenas respirando,  
José con su María  
De nuevo entró en Sión;  
Y van de puerta en puerta  
Del niño preguntando,  
La débil planta, incierta,  
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto  
Recorren, y es en vano  
Que en medio al laberinto  
Pregunten con afán:  
Y redoblando el lloro,  
Al templo soberano

En pos de su tesoro  
Con esperanza van.

Con sencillez vestido  
Como un vulgar esenio,  
El rostro algo teñido  
Del sol primaveral,  
Y de sus garzos ojos  
De más que humano genio  
Brotando en rayos rojos  
Un límpido raudal;

Castaños los cabellos  
Que en ondas bipartidos  
De rizos cubren bellos  
La espalda más gentil;  
De ancianos y doctores  
Que escuchan conmovidos  
Los tonos vibratorios  
De aquella voz pueril;

Cercado del gran templo  
So el pórtico sagrado  
Do van á dar ejemplo  
Los sabios de Israel,  
Discurre un tierno niño  
Y el pueblo arrebatado  
Exclama en su cariño,  
«¿Es ángel ó un Daniel?»

«¡Jesús, el hijo mío!»  
Clamó con voz sùave,  
Rompiendo del gentío  
Por el revuelto mar,  
Voz límpida, argentina,  
Y al propio tiempo grave,  
En que el placer domina  
Y aun se oye hondo pesar.



Y así como esplendente  
En cercos de oro y grana  
Muestra su rubia frente  
La aurora matinal,  
Sobre la mar dormida  
Trayendo la mañana,  
De luz llenando y vida  
Sus ondas de cristal;

Tal, joven, cuanto hermosa,  
En lágrimas bañada,  
Se acerca presurosa  
Al niño una mujer,  
Y en voz de gran ternura:  
«¿Por qué así abandonada,  
Tan hórrida amargura  
Me hiciste padecer?»

Y el niño, en desabrida  
Respuesta misteriosa:  
«¿Por qué tan afligida,  
Por qué me buscáis vos?  
¿No veis que cumplo, madre,  
Mi obligación forzosa?  
¿No veis que de mi Padre  
Me ocupo y de mi Dios?»

Á réplica tan dura  
José y Miriam callaron,  
Que la sentencia obscura  
No pueden comprender;  
Mas luego juntamente  
Los tres encaminaron  
El paso alegremente  
De vuelta á Nazareth.

Y allí pasaron días  
De gozos celestiales,  
De inmensas alegrías

Y paz del corazón;  
Y mientras el niño crece  
En días terrenales,  
Ante su Dios acrece  
En gracia y perfección.

#### PREDICACIÓN DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora  
En el reloj del tiempo, no cansado  
Jamás.—¡Lució por fin la limpia aurora,  
El momento anhelado  
Que había en sus designios señalado  
El Hacedor profundo,  
De eterna vida y libertad al mundo!

La hora en que el mentido paganismo  
Con sus groseros símbolos y altares  
Se hundiera para siempre en el abismo,  
Y en que en tierras y mares  
Fundara indestructibles sus sillares,  
Del mismo Dios en nombre,  
Aquella religión salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados  
Vacilan los imperios conmovidos;  
Los prepotentes cetros respetados,  
Los tronos carcomidos,  
Caen en menudo polvo convertidos;  
Y ya el antiguo culto  
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas  
Abandonan sus antros sepulcrales,  
Y no manchan sus bóvedas tranquilas  
Conjuros infernales.



Sacerdotes, augures y vestales  
No dan torcido ejemplo  
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa  
Hierve en el corazón de los humanos;  
Volcán que so la mole ponderosa  
De montes soberanos,  
De la tierra en los cóncavos arcanos  
Á su pesar sumido,  
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,  
Ruedan confusos pueblos y naciones,  
Sacerdotes y símbolos y reyes.—  
¿Qué inspirados varones,  
Qué fuertes é impertérritas legiones  
Vendrán del mundo muerto  
Á repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,  
De Nazareth, brotó en raudal escaso  
Un arroyo entre zarzas escondido;  
Mas que ha de abrirse paso  
En breve del Oriente hasta el Ocaso,  
Al Norte y Mediodía,  
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,  
Apenas á la sed de un pajarillo  
Bastante: luz que trémula fulgura  
De débil lucerillo;  
¡Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo  
Esplenden en lo obscuro  
Lo pasado, presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso  
Que presenció del hijo de María  
El lento padecer y la agonía,

Fué el signo esplendoroso,  
Lábaro de un imperio poderoso,  
Al aire tremolado,  
Do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,  
De eterna vida manantial fecundo,  
De donde todo bien copioso mana:  
Del poder sin segundo  
La Buena Nueva prometida al mundo;  
Y aquella voz divina  
Dijo al muerto: « ¡Levántate y camina! »

Y el cadáver se alzó:—galvanizada  
Se irguió la conmovida muchedumbre;  
Respiró la mujer emancipada;  
De abyecta servidumbre,  
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,  
Y ante su Dios iguales  
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro  
Suspendido en mitad del firmamento,  
Al ciego luz, al desvalido amparo:  
Y el magnate opulento  
Y el tirano en sus iras turbulento,  
En su maldad temblaron  
Y ante el poder eterno se humillaron!

LA ASCENSIÓN.

Las últimas miradas,  
Fijas aún en los que atrás se deja,  
Las manos levantadas,  
Bendice y aconseja  
La amada multitud de que se aleja.



Y en blando movimiento  
Como se va en los aires elevando,  
Suavísimo concento  
Del cielo fué bajando,  
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes  
Se ciernen por millares de millares  
AL Los fúlgidos querubes,  
Y las tierras y mares  
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido  
Del mar; callan los vientos bramadores,  
Y el céfiro dormido  
Se oculta entre las flores,  
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre, ni bruto, ni ave  
Hubo alguno que osado interrumpiera  
Aquel silencio grave,  
Y hasta en la azul esfera  
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa  
La creación asiste conmovida  
Á la Ascensión gloriosa;  
Y un instante la vida  
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre  
Sigue del Redentor el blando vuelo  
La santa muchedumbre,  
Con amoroso anhelo;  
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla  
El suave fulgor de su semblante,  
Cuando una nubecilla

Se puso por delante  
Entre ellos y el divino caminante.

¡Oh venturosa nube,  
Trono en el cual á su feliz morada  
El Rey del cielo sube!  
¡Oh tierra malhadada,  
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo,  
De hoy más, sino tinieblas y amargura  
É interminable duelo,  
Si pierde, ¡oh desventura!  
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿Á dó volver los ojos  
De amarguísimo llanto escandecidos,  
Que no encuentren enojos,  
Si están obscurecidos,  
De la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores  
De aquel inmenso amor abandonados;  
Ni cómo los furores  
Burlar de crudos hados  
De tinieblas y sustos circundados?

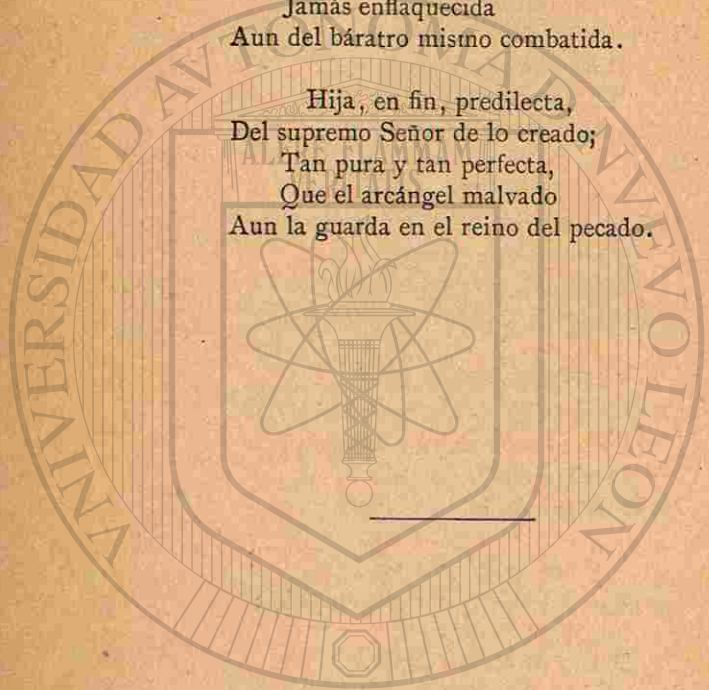
Mas no; que el Sér divino  
En prenda nos dejó de eterna alianza  
Un faro diamantino  
Que alumbra en lontananza  
La límpida región de la esperanza.

La Fe, imperecedera,  
Claro destello de la eterna lumbré,  
Que en la mortal carrera  
De nuestra servidumbre  
Aminora la horrible pesadumbre:



Puerto de grata calma  
En medio á las borrascas de la vida;  
Suma virtud del alma  
Jamás enflaquecida  
Aun del bátratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta,  
Del supremo Señor de lo creado;  
Tan pura y tan perfecta,  
Que el arcángel malvado  
Aun la guarda en el reino del pecado.

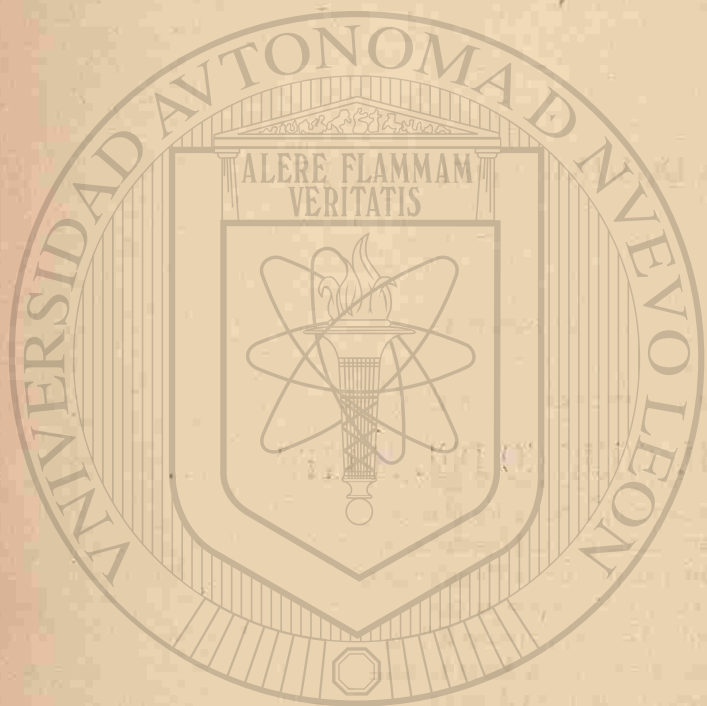


D. DOMINGO DEL MONTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. DOMINGO DEL MONTE.

EPÍSTOLA

Á ELICIO CUNDAMARCO, POETA AMERICANO.

Desde la triste margen de este río,  
Do su alcázar ostenta, y los blasones  
De su arruinada gloria el castellano,  
Tu errante amigo, de su Cuba ausente,  
Salud, amor y el corazón te envía.  
Sí, manda el corazón al caro Elicio;  
Á Elicio, encanto de la Musa indiana,  
Ya benigno le preste su dulzura,  
Del alma al expresar el tierno afecto,  
Ya en pulsando la cítara sonora  
Con américo plectro armonioso,  
Amor de patria inspire y de honra y gloria  
Al índico cantor.... ¡Dado me fuera  
Alzar así mis tonos abatidos!  
Por invencible espíritu inflamado  
De ansia de fama y de celeste fuego,  
¡Cuál dijera los timbres inmortales  
Del orbe de Colón!... Tú, sacra Historia,  
Á mis ojos rasgando los oscuros  
Velos que esconden su primer origen,  
Del Inca santo, del feroz Azteca  
Los anales confusos me enseñaras;



Las riquezas, el culto, el poderío  
De imperios tan pujantes revelando,  
En mi loor los himnos entonaran  
Del Ecuador, del Trópico á porfia  
Las dulces colombiánidas beldades.  
Luego en negro laúd, con graves cuerdas  
Que del dolor la Musa inspiraría,  
De la aurífera Haití, de Cuba hermosa  
El caso acerbo lamentara, y cómo  
El crudo vencedor segó las vidas  
Del humilde, sencillo, inerme pueblo.  
El ronco sollozar rompiendo el canto,  
Del grande Hatuey la sombra aplacaría,  
Y no nos maldijera—antes la injuria  
Atroz de nuestros padres olvidara,  
Y al ver del español llorando al hijo,  
Benigno el mártir su perdón nos diera.

¡Mas no! que el Señor Dios el estro santo  
Negóme, y nunca prez alcanzar puedo,  
Prez ansiada de gloria, concedida  
Sólo al *Poeta*.—En instrumento humilde  
Acompañar la simple cantinela  
Del morador de Cuba, y sus costumbres  
Campestres retratar—éste es mi canto.  
La patria le inspiró, no el grande ingenio.  
La patria, que inspirar también debiera  
A cuanto cisne en sus orillas cría  
El Almendares nuestro. No humilladas  
Así se vieran las cubanas Musas,  
Vistiendo, en vez del opulento arreo  
Con que plugo á natura ataviarlas,  
De la ignorancia el miserable andrajo  
Con que sus miembros cándidos afean:—  
No en torpe, insulso, estrepitoso verso  
La majestad del canto profanaran;  
Ni—en vez de alzar á generoso asunto  
De inspiración en pos el alma audace,  
Do virtud y valor, ciencia, armonía

Felices encontraran;—humilladas  
Cual ahora se humillan ¡oh vergüenza!  
Escarnio vil de estúpidos Mecenas,  
Ni del pueblo baldón sus rimas fueran.

Tú serás ¡oh mi Elicio! el escogido  
Á restaurarlas, Su nativo orgullo,  
Su noble dignidad, su ilustre intento,  
Tú, sabio les darás;—que ya no en vano  
El vate excelso que de *Heredia* el nombre  
Hizo famoso en Cuba y Tenoxtitlan,  
*Solemne cantor nuestro* te llamara.—  
Tu lira apresta, y á la luz inmensa  
Que en la encendida zona el sol derrama;—  
Á fuer de un Dios sentado en la alta cima  
Del más alzado risco;—dominando  
De la Antilla mayor el fértil suelo  
Y del Caribe mar las recias ondas—  
Las cuerdas vibra, y de entusiasmo ardiente  
Y de sublime inspiración henchido,  
Al aire suelta el verso numeroso  
Con voz robusta y con sonoro acento.

.....  
.....  
Al escucharte, atónita la patria  
Entre orgullo y placer, dirá: «Tú eres,  
Tú, mi Poeta», y de inmortal corona  
De palma indiana y de laurel eterno  
Tu frente ceñirá radiante y bella.

SU VOZ.

¡Oh són! ¡Oh voz!  
*Fray Luis de León.*

¡Canta! dijeron, y empezó su canto.  
¡Ay! no más grato en la morada eterna  
Suena á los justos el concierto santo,



Cual resonó en mi oído  
De amor embebecido  
La no incógnita voz, melosa y tierna.

Sentí agitarse blandamente el alma  
Cual de un lago el cristal de brisa al soplo,  
Que manso ondea y permanece en calma.  
Por mis venas corrió calor divino,  
Y el corazón sin tino,  
Recordando, al oír tan dulce acento,  
Del ya perdido bien la antigua gloria,  
En otro igual momento  
Palpitó—suspirando á tal memoria.

Antes su voz el eco no buscaba  
De ningún corazón, mas que del mío:  
El mío sus cantares aprobaba,  
Y la cadena celestial oculta,  
Que en simpático nudo nos ataba,  
Trémula al escucharla, respondía  
De amor al movimiento,  
Que en su pecho al cantar, ella sentía.

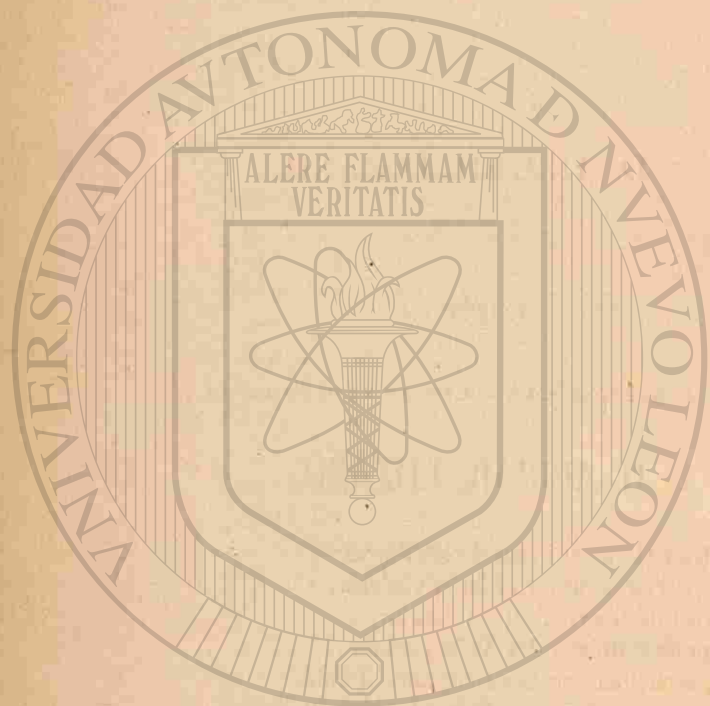
No más ya oiré su voz: su dulce acento  
Ora sólo me inspira  
En vez de triste y plácida ternura,  
Angustiado dolor, cóngoja dura.  
Mas siempre la he de amar:—siempre en mi lira  
Á imitar probaré sus blandos tonos....  
Si es dado á humana voz, manos mortales,  
El conuento divino  
Imitar de los coros celestiales.

D. ABIGAÍL LOZANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. ABIGAIL LOZANO.

BOLÍVAR.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN VICENTE CAMACHO.

I.

Es Bolívar el héroe de los héroes,  
El patriarca inmortal de la victoria,  
El sol de libertad, el sol de gloria,  
Que las cumbres del Ávila alumbró.  
He escuchado en la noche unos sonidos  
Que murmuran las selvas y los mares:  
Son tal vez los magníficos cantares  
Del ángel que á Bolívar custodió.

II.

He visto por las tardes en Oriente  
Dos hermosas estrellas enlazadas,  
Y al lampo de sus luces argentadas  
La cifra de su nombre comprendí.  
He buscado su sombra misteriosa  
En el valle, en el monte, en las praderas;  
Sólo en un viejo bosque de palmeras  
Á la luz del crepúsculo la vi.



III.

He creído mirarla tras la nube  
Con que á veces el sol en Occidente  
Nos oculta al morir su regia frente,  
Cuando el ave le da su triste adiós;  
Y en la voz que se escapa del desierto,  
Gigante, majestuosa y solitaria,  
He escuchado el rumor de una plegaria  
Que sube por Bolívar hacia Dios.

IV.

Acaso la deidad de esas montañas  
Que la América ostenta por doquiera,  
En las ramas colgó de una palmera  
Una inmensa campana de metal;  
Y al estridor de su primer tañido,  
Que vibró en las cavernas de los montes,  
Fulgurante asomó en los horizontes  
El astro de ese Genio celestial.

V.

La nube, al reventar, le dió su rayo;  
Su voz estruendorosa el torbellino;  
Su magnífico lábaro el destino,  
Y su aliento de trueno el huracán.  
La cóndor imperial de la victoria  
Besó la altiva frente del guerrero,  
Y al relucir de su triunfante acero  
Ella fué su deidad, su talismán.

VI.

La Libertad en su radiante carro,  
Tirado por el Dios de la batalla,  
Apagó los volcanes de metralla

Que en torno vió del adalid arder.....  
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria  
No levanta sus nubes el olvido;  
Que el laurel que á su margen ha crecido,  
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

VII.

Porque es tu nombre un astro rutilante  
Que brilla solitario en el espacio,  
Donde fulgura el inmortal palacio  
Que la América alzó á la Libertad;  
Y las ígneas estrellas que coronan  
Su inmenso disco de esplendente llama,  
Sus satélites son que el mundo aclama,  
Porque tu sol les dió su claridad.

VIII.

El viento de la envidia tempestuoso  
Ronco rugió sobre tu egregia frente;  
Mas no pudo su soplo maldiciente  
Tu inmarcesible lauro desgajar.  
Cuando un siglo ya trémulo y caduco  
Vaya á exhalar su aliento postrimero,  
Dirá al que nace:—«Guarda ese letrado,  
Santo nombre de un héroe tutelar.»

IX.

Y cuando todos ellos confundidos  
Rueden á sepultarse en el espacio,  
Entre nubes de incienso y de topacio,  
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.  
Él grabará tu nombre en el gran libro  
Donde miran sus nombres los patriarcas,  
Y en sus excelsas, inmortales arcas,  
Escribirá también: *Libertador*.



X.

Seco ya de la vida el ancho río,  
 Vuelta la tierra al primitivo caos,  
 Dirá una voz de trueno: ¡Levantaos!  
 Y una palma en los mares se alzaré:  
 Sobre su eterna y solitaria copa  
 Una blanca paloma de los cielos  
 De la tiniebla entre los negros velos  
 Tu nombre y tus victorias cantará.

XI.

Dios llamará á su arcángel favorito,  
 Le enseñará una extraña melodía,  
 Para que arrulle el sueño que te envía  
 Con la nube que asombra su dosel.

.....  
 Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos;  
 Las coronas de un Dios son tus coronas,  
 Y el inmenso raudal del Amazonas  
 Las aguas que fecundan tu laurel.

CREPÚSCULOS.

(FRAGMENTOS.)

A MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON EVARISTO FOMBONA.

¡Silencio!..... Ya la tierra dormita perezosa,  
 Envuelta con su manto de flores y verdor;  
 Y ahogada en sus perfumes, murmura religiosa  
 Un himno, una plegaria de indefinible amor.

Las brisas de los bosques, los tumbos del torrente,

La música del aura vagando entre el rosal,  
 La voz incomprensible del pájaro y la fuente,  
 Son ecos armoniosos del himno universal.

El lánguido murmullo que suena entre las hojas  
 Cuando la luz expira en brazos de su Dios,  
 Suspiro es de las selvas, que imita las congojas  
 De pájaros y flores, que al sol dicen ¡adiós!

Entonces de sus grutas salvajes é ignoradas  
 Las ninfas del desierto saliendo en grupos van,  
 Y de aromosas flores las frentes coronadas,  
 Sus cantos vespertinos al aire mandarán.

Su templo las montañas, las rocas sus altares,  
 Su incienso los aromas de la silvestre flor:  
 Su música, del ave los fáciles cantares,  
 Y un árbol consagrado su culto y su señor.

El Ángel de los bosques levanta sus cortinas  
 De verde enredadera para asomar la faz;  
 Y enciende perfumadas y rústicas resinas  
 Al paso de ese bando fantástico y fugaz.

Las aves entre sueños preludian en sus nidos,  
 Cuando la noche tiende su lúgubre capuz,  
 Concierto melodioso de mágicos sonidos  
 Para cantar la vuelta del Ángel de la luz.

.....  
 La tierra se despierta más joven, más hermosa  
 En su pintado lecho de púrpura y verdor;  
 El alba con su manto la envuelve cariñosa,  
 Y Flora le presenta su bello ceñidor.

¡Jehová!..... sobre las ramas de un sauce deshojado  
 La cítara, empapada de lágrimas colgué:  
 Tus mares, tus montañas, tu alcázar estrellado,  
 Tus valles y tus ríos tan sólo cantaré.



DIOS.

Á MI QUERIDO JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

¡SEÑOR! En el murmullo lejano de los mares  
Vibrar ói tu acento con noble majestad;  
Oílo susurrando del monte en los pinares;  
Oílo en el desierto cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve  
Que brota á los columpios de la silvestre flor;  
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve;  
Tu sombra, que es tan sólo la inmensidad, SEÑOR!

Tú diste á la esperanza las formas de una fada;  
Purísima inocencia le diste á la niñez;  
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;  
Si hambre, dulces frutos de grata madurez.

Tú diste á la montaña su soledad augusta,  
Su sombra gigantesca, su religiosa paz;  
El estampido al trueno, que al corazón asusta;  
Su brillo á las estrellas, reflejo de tu faz.

Tú distes á esas bellas, dulcísimas sirenas  
(Visiones de tus sueños, con formas de mujer),  
Las brisas por suspiros, las flores por melenas,  
Corales para el labio de hermoso rosicler.

Y diste al hombre acentos para cantar tu HOSANNA  
Cuando la negra noche le pide una oración;  
Mas calla el hombre entonces;—por eso en la montaña  
Los pájaros te ofrecen universal canción.

Tú hicistes esas playas que ciñen los contornos  
Del mar, que en vano intenta salir de su nivel;  
Y diste al Cotopaxi sus inflamados hornos,  
Que imitan los horrores del antro de Luzbel.

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas  
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,  
Porque jamás supieron ni sabios ni profetas  
El inmortal arcano que en ellas se ocultó.

¡Jehová! dicen las brisas; ¡Jehová! dice el torrente;  
¡Jehová! dicen los Andes, y el huracán, ¡Jehová!  
Y todas las criaturas te llevan en su mente,  
Porque doquier impreso tu santo nombre está.

Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío;  
Que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,  
Con sus gigantes voces podrá, no yo, ¡Dios mío!  
Al son de las borrascas tu gloria celebrar.

¡SEÑOR! Cuando en mis horas de soledad y duelo,  
Se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,  
Aleja tú las nubes, mientras remonta el vuelo  
Hacia tu santo alcázar mi férvida oración.

Á LA NOCHE.

El Angel de la tarde en la pradera  
Con un beso de paz durmió las flores,  
Y del bosque los dulces trovadores  
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz..... Las silfides nocturnas  
Rápidas cruzan el dormido viento,  
Y vierten sobre el mundo soñoliento  
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz..... Sobre sus blancas huellas  
El Ángel de la noche se adelanta,  
Y sobre el éter diáfano levanta  
Su toldo azul de pálidas estrellas.



El mar, la fuente, el pájaro salvaje,  
La blanda brisa, el ronco torbellino,  
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,  
Á su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,  
Que se apaga el bullicio entre la sombra;  
Es porque envuelto en su gigante alfombra,  
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala  
La inercia nocturnal de los sentidos;  
Ese coro de mágicos sonidos  
Que en la callada atmósfera resbala;

Son un don celestial, un don querido,  
Que encontramos los hombres en la cuna  
Para endulzar las horas sin fortuna  
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios  
Las almas de las vírgenes se mecen,  
Y aspirando su aroma, se adormecen  
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos  
El recuerdo del mundo las despierta,  
Y oyen un Ángel que les dice: «¡Alerta!»  
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío  
Que ornán del valle el manto de esmeralda,  
Lágrimas son que derramó en su falda  
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente  
El alba de su lecho de jazmines,  
Alumbra de sus blancos serafines  
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa  
El eco de las arpas celestiales,  
Cuando el bando de genios inmortales  
Á su mansión beatífica se avanza.

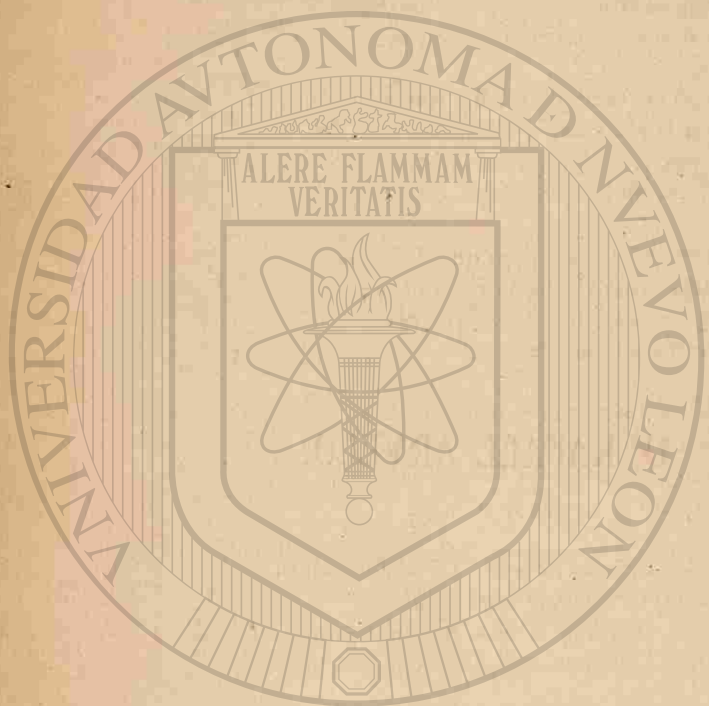
Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio  
La soledad augusta y religiosa;  
Que eres la virgen pura y misteriosa  
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama  
La vieja ceiba al despedir sus hojas,  
El eco errante son de tus congojas  
Que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,  
La fresca brisa, el ronco torbellino,  
Cuando emprendes tu lóbrego camino,  
Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé.... Tal vez mi canto  
Interrumpió tu majestuosa calma....  
Noche.... ¡perdón! si en su delirio el alma  
Profanó tu silencio augusto y santo.





D. RAFAEL ARVELO.

UANL

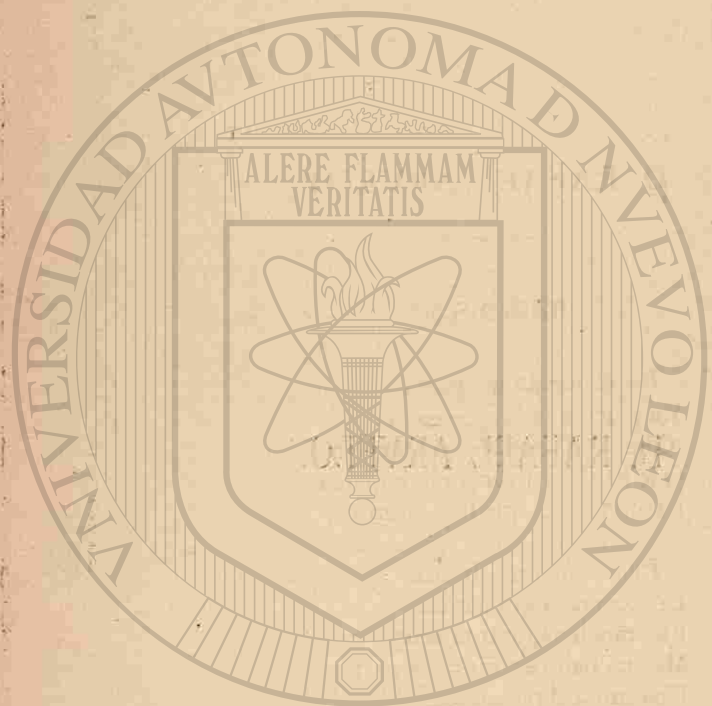
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

D. RAFAEL ARVELO.

BRINDIS (1).

Un disparate me piden:  
Me piden que brinde en verso.  
¡Cómo! ¿Es posible que olviden  
Que hablar en verso me impiden  
Las funciones que hoy ejerzo?

Pudo convertir Iriarte  
En poema la gramática:  
Fué mucho apurar el arte;  
Mas no halló en ninguna parte  
Una musa diplomática.

Pasó el tiempo en que podía,  
Sin faltar á la etiqueta,  
Llevar la locura mía  
Hasta soñar (¡qué osadía!)  
Con el lauro del poeta.

(1) En la islita de las Aves, situada en el mar Caribe, y cuya propiedad nadie había disputado á Venezuela, se descubrieron unos depósitos de guano que sólo sirvieron para estimular á la Holanda á reclamar la propiedad de la isla, como acesión del canal de Saba. El Gobierno venezolano conjuró la tormenta, y, salvando la propiedad de la codiciada islita, logró satisfacer al Sr. Van Reitz, comisario del rey de Holanda. Este suceso fué celebrado por una de las legaciones extranjeras con un almuerzo, al cual concurrió el Sr. Arvelo, que era Ministro de Estado. Al mismo tiempo se hizo con el Gobierno holandés un arreglo por perjuicios causados á sus nacionales en la ciudad de Coro. (Nota de D. José María Rojas.)



Los cantos del trovador  
Eran para mí süaves,  
Cual trino del rui señor,  
Como el *coro de las aves*.  
Coro y aves.... ¡Oh Señor!

He cometido un deslíz  
Al nombrar aves y coro,  
Que son la causa infeliz  
Del reclamo de Vanritz:  
Me arrepiento y lo deploro.

Diré, pues, ya que se ofrece  
Tan oportuna ocasión,  
Que, aunque medie esta cuestión,  
El señor Vanritz merece  
Toda nuestra estimación.

Á pesar de los pesares,  
Siempre tuve la esperanza  
De que acabara la danza,  
Más con dares y tomares  
Que con espada ni lanza.

Mas demos llegado el caso  
De rompernos la cabeza:  
¿Qué haré yo en tal embarazo?  
Me atrincheró en el Parnaso,  
¡Y adiós nación holandesa! (1)

Volviendo á lo principal:  
Yo la vida abandoné  
Desde el instante fatal  
En que atrevido acepté  
La silla ministerial.

Desde entonces, ¡maldición!

(1) Consonante falso por descuido de pronunciación local.

Paso los meses enteros  
Hablando de abolición,  
De empresas mil, de un millón  
De caminos carreteros.

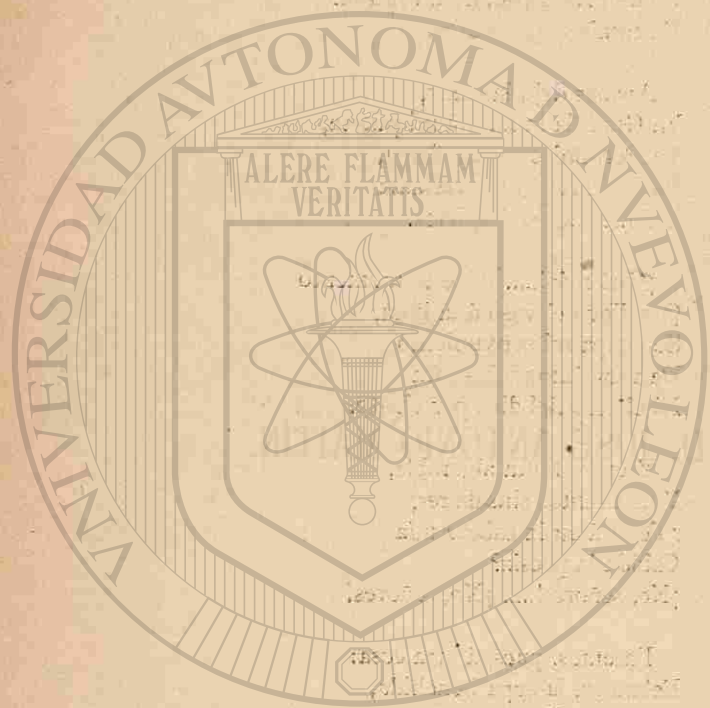
Apenas dejo la cama,  
Ya Guardia la hace á mi puerta,  
Ya Bermúdez toca y llama,  
Ya Pemarchán me reclama  
Y Jiménez me despierta.

¡Qué más!.... En este momento  
Que llevo el vaso á la boca,  
Se ocupa mi pensamiento  
De ver cómo no les toca  
Ni el cero del diez por ciento.

Y entre tanta algarabía,  
Y con tantos sinsabores,  
¿Tendrá en la cabeza mía  
Cabida la poesía?  
¡No, señores!.... ¡No, señores!

Pasemos, pues, á otra cosa:  
Bebamos, la copa henchida,  
Porque á Monagas, su esposa,  
Y su familia querida  
Conceda el cielo una vida  
Dilatada y venturosa.





D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

UANTL

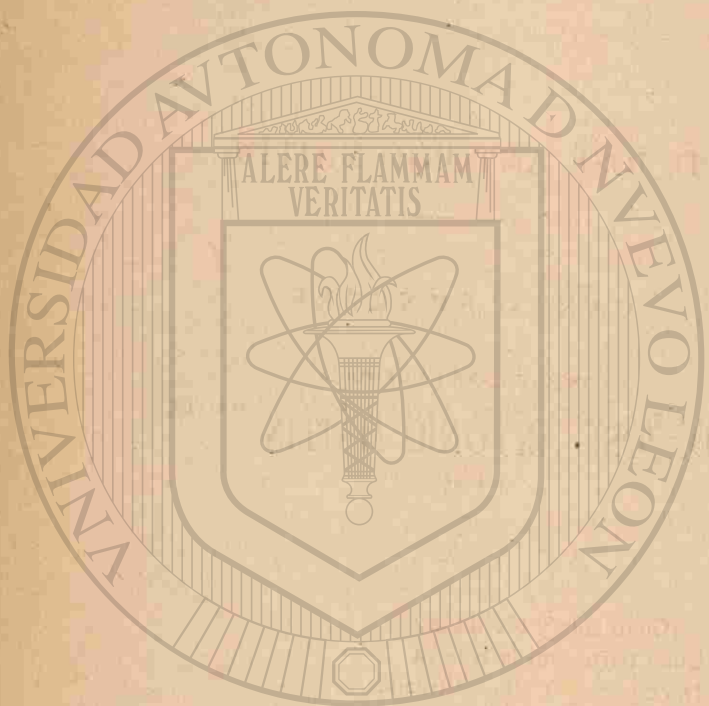
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO Á LA MEMORIA  
DE LA SRA. DOÑA LUISA ANTONIA SOSA DE MAITÍN.

(FRAGMENTOS.)

IX.

¡Cuán sola y olvidada,  
Cuán triste está la huerta  
Hace poco por ella cultivada!  
Su lánguida corola  
Tiene la flor apenas entreabierta,  
Y al ver los tallos secos é inclinados,  
Esta vegetación ambigua, incierta;  
Al ver tanto abandono,  
Las hierbas devorando los sembrados,  
Sin humedad la tierra, sin abono,  
Dijérase que siente  
Esta familia huérfana su suerte;  
Que lleva un negro luto  
Sobre su frente pálida prendido;  
Que espera ya la muerte,  
Ó que llorando está lo que ha perdido.  
Á vista de este cuadro



Tan vivo, de tristura  
Siento que el corazón se me destroza.  
Me lanzo á la ventura  
Por entre el laberinto  
Del follaje en desmayo y sin frescura;  
Maltrato, con el pie, de aquel recinto  
La inútil hermosura.  
Cual máquina ambulante,  
Sin senda, sin camino conocido,  
Las manos extendidas, delirante,  
Buscan mis brazos algo que he perdido.  
Estrecho con amor cada sembrado,  
Corro del uno al otro  
Con paso desigual, precipitado;  
Me cubro el rostro ardiente con las ramas,  
Las llevo al pecho, de llorar cansado;  
Sobre ellas deposito  
Mi beso convulsivo y prolongado,  
Y al muro, y á las piedras,  
Á las hojas, al tronco endurecido,  
Á tanto objeto caro, inanimado,  
De mi dolor prestándole el sentido,  
Páreceme escuchar que me responden,  
Que sale de su seno hondo un gemido,  
Que el aire puebla un alarido ronco,  
Y en cada tierna flor que encuentro al paso,  
En cada arbusto, en cada negro tronco  
Que á la presión nerviosa de mi abrazo  
Convulso y animado,  
Con fuerte oscilación tiembla y se agita,  
Pienso sentir el golpe acelerado  
De un corazón amigo que palpita.

X.

Aquí en este rincón pimpolla y sale  
Una tierna y gentil adormidera  
Que ayer no más sembraste;

Planta huérfana y frágil que dejaste  
Aun antes que naciera.  
Sobre la blanda tierra  
Por ti recientemente removida,  
Fresca, visible, clara,  
De tus dedos la huella está esculpida.  
¿Quién hubiera pensado  
Que antes que esta semilla retoñara,  
Tu vida en un suspiro,  
En un quejido leve terminara;  
Que no vieran tus ojos  
Brotar este pimpollo  
Que no esperaba más que una hora, un día,  
Para romper el germen  
Que su vida en prisiones contenía,  
La vida que, sin ti, sin tus cuidados,  
No tuviera tal vez? ¡Oh! encierra, encierra,  
Planta inútil, tardía,  
Tu vástago otra vez bajo de tierra:  
La que buscas aquí ya es sombra fría.  
¡Retoño! llegas tarde,  
No encuentras quien te riegue,  
Quien se afane por ti, ni quien te guarde.  
En vano, pobre arbusto,  
El aire buscas, la humedad, el día,  
La noche fresca y la apacible luna;  
Perdistes en tu cuna  
La que daba á este sitio su alegría;  
Y esta pequeña y limitada huerta  
Que pudo ser tu asilo de ventura,  
Será una soledad triste y desierta,  
Tu pobre y tu callada sepultura.

XI.

Mas ¡ay! no morirás. Sobre tu tallo  
Inclinada mi frente de continuo,  
Vigilaré incansable, sin desmayo,  
Con empeño incesante, tu destino.



Yo ampararé tu juventud lozana;  
En ti clavados mis atentos ojos,  
La maleza, la espina, los abrojos,  
Apartaré de ti tarde y mañana.  
Y cuando tus verdores,  
Cuando tu pompa y majestad temprana  
Debas á mis cuidados protectores,  
Cuando florida estés, tus verdes ramos  
Á su callada tumba  
De ofrenda servirán, y al colocarlos  
Sobre su sepultura solitaria,  
Postrado, enternecido,  
Su sombra evocaré con un gemido,  
Un llanto de dolor y una plegaria.

XII.

Yo salgo tristemente  
Por los sitios más solos y apartados  
Llevando mi dolor, mustia la frente,  
Y los ojos de lágrimas preñados.  
De pronto en mi camino,  
Debajo de la sombra de una rama,  
Debajo de un espino,  
Algún mendigo encuentro  
De los que tantas veces socorría  
La que fué de los tristes el consuelo,  
La que mis ojos lloran noche y día.  
Su brazo tembloroso  
Me tiende el pobre anciano desvalido.  
Recuerdo cuántas veces  
Fué por ella en sus penas socorrido;  
Y el pobre que ella amaba,  
El mísero mendigo,  
Que en su bondad hallaba  
Favor, consuelo, protección y abrigo,  
No es para mí un extraño,  
Es un fiel compañero, es un amigo.

Con alma enternecida  
Adonde está me acerco, y en su mano,  
Por el hambre y la edad desfallecida,  
Mi socorro al poner, le digo: «Anciano,  
Esta limosna es otro quien la envía;  
No te la doy por mí, quien la da es ELLA.  
Esta virtud seráfica no es mía;  
Esta era una virtud de su alma bella.  
Por su eterna salud ruega, mendigo;  
Que Dios tus oraciones  
Escuchará con corazón amigo.»  
Entonces un torrente  
Se escapa de sus ojos  
Cual manantial de gratitud ardiente;  
Y cuando de llorar están ya rojos,  
Me alejo lentamente,  
Llevando, consolado,  
En mi ulcerado pecho el santo gozo  
De aquella gratitud que ella ha inspirado,  
De aquel puro y simpático sollozo.

XIII.

Lloroso, pensativo,  
Mis largas horas paso  
Á la margen sentado de este río.  
Aquí todo contrasta  
Con mi pesar sombrío:  
En esta soledad solemne y vasta  
No hallo un dolor que corresponda al mío.  
Las hojas resplandecen  
Cargadas con las gotas de rocío;  
En la vecina altura,  
En la lejana cumbre,  
Vestida de matices y verdura,  
Ostenta el sol magnífica su lumbré,  
Mientras que yo devoro  
En triste soledad mi pesadumbre.



¿Tan poco así te mueve  
¡Oh pintoresco Choroní! mi pena?  
Tu soledad amiga,  
¿Por qué se muestra á mi dolor ajena?  
¡Yo, que en tus ilusiones me he mecido,  
Que el aire de tu selva he respirado,  
Que tu último rincón he preferido  
Á la mejor ciudad, que te he cantado!....  
Los seres entre sí todos se estrechan  
Con secretas y ocultas relaciones,  
Se combinan, se buscan, se desechan  
Entre un mar de atracción y repulsiones;  
Todo es combate, lucha,  
Acción y reacción en cada hora.  
¡Y yo, materia viva,  
Pensante, sentidora,  
Que aliento y me confundo  
De Dios en las eternas creaciones;  
Parte de este conjunto  
De afinidad, de mutuas atracciones,  
En cuyo espacio giro,  
En cuyo seno moro,  
Á cuya inmensa mole  
Por lazos invisibles me incorporo,  
No encuentro una señal que me revele  
La acción de mis pesares  
Sobre la calma eterna y majestuosa  
De esta naturaleza silenciosa,  
De estos quietos, pacíficos lugares!

Todo sereno está, todo reposa:  
Nada un dolor denuncia ni una pena.  
Bullente, estrepitoso corre el río  
Sobre su lecho de brillante arena;  
El matizado insecto  
Con ardiente inquietud se agita y mueve;  
El follaje despide su murmullo  
Al soplo matinal del aire leve;  
Y las aguas, los montes y los vientos,

Y el ave inquieta que saluda el día,  
Levantán con apática indolencia  
Su himno sin fin, su eterna melodía.

¡Concierto disonante,  
Horrible, estrepitosa algarabía,  
Que suena á mis oídos,  
Como la befa amarga y la ironía  
De la implacable y cruel naturaleza,  
Para quien es lo mismo  
El contento, la dicha, la alegría  
De un ser que piensa ó su mortal tristeza.

XIV.

Clara, brillante, hermosa,  
Osténtase la noche  
De estrellas coronada,  
Y su atmósfera limpia y silenciosa  
Se carga de la esencia  
De las plantas, las hierbas y las flores.  
Todo es serenidad y transparencia;  
Todo frescura y suaves resplandores;  
Un murmullo solemne y religioso  
Levanta por doquier blanda lá brisa,  
Y en medio del cenit la móvil luna  
Su luz nos manda lánguida, indecisa.  
Sólo una nube irregular, oscura,  
Como la orla flotante de algún velo  
Colgado de una tumba,  
Surca en medio de tantas claridades,  
De tanta luz, como un lunar del cielo.  
Sobre mi pobre techo,  
Sobre mi patio mudo y descuidado,  
Sobre el jardín estrecho,  
Sobre cuanto contiene mi cercado,  
La nube negra, inmóvil,  
Proyecta su penumbra,  
En tanto que la luna despejada



Baña la tierra con su luz plateada  
Y el valle todo en derredor alumbra.  
Á vista de esta escena,  
Que me interesa más que apesadumbra,  
Exclamo conmovido:

«¡Oh! gracias, gracias mil, Naturaleza,  
Que siquiera una vez has consentido  
En vestir el crespón de mi tristeza.  
No apartes esa nube  
Obscura, aislada, solitaria, espesa,  
De ese punto del cielo todavía.  
Con soplo prematuro  
No destruyas tan fúnebre armonía.  
Aléjales tu brillo á mis hogares,  
Ayer tumba sombría  
Y hoy mansión de recuerdos y pesares.»

Paréceme que entonces  
Todo en la tierra á mi dolor responde.  
La luna compasiva  
Sus resplandores á mi vista esconde.  
De la palmera altiva  
Las ramas descolgantes languidecen;  
Y las espigas tiernas  
Ya en confuso temor no se estremecen.  
El aura, sin aliento,  
En torno no retoza de las hojas  
Que se inclinan en triste desaliento.  
En la naciente hierba  
Que la penumbra oculta,  
No relucen las gotas del rocío.  
Escucho á gran distancia  
Entre su lecho sollozar el río;  
Y el ruido quejumbroso,  
Cual lánguida fatiga,  
Que forma al deslizarse su onda clara,  
Paréceme el adiós de un alma amiga  
Que de mí para siempre se separa.

XV.

Ya piso el cementerio  
Augusto, majestuoso,  
Con su solemnidad y su misterio.  
Estoy en la morada de la muerte,  
Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,  
Sin distinción sucumben  
Bajo un destino igual, bajo igual suerte.  
¡Mirad á lo que quedan reducidas  
Las miserables pasiones,  
El altanero orgullo,  
Las vanas ilusiones,  
De la lisonja el mundanal murmullo,  
Tanta esperanza y tantas ambiciones!  
En este polvo encallan  
La astucia, las ficciones y el amaño;  
Aquí hay sinceridad en los afectos,  
Llanto puro, verdad y desengaño.  
¿Cómo contar el mar de tibias gotas  
Que sobre estos despojos se ha vertido,  
Que estas humildes cruces ha mojado,  
Que en estas inscripciones ha corrido,  
Que esta hierba naciente ha salpicado,  
Que el polvo de estas tumbas ha embebido;  
Lágrimas de una madre desolada,  
La compasión, la oculta analogía,  
La ardiente gratitud celeste y pura,  
El afecto, el amor, la simpatía?  
¡Ah! Si se recogiese en una hora,  
En un instante dado,  
Esa lluvia de gotas encendidas,  
Ese raudal de lágrimas vertidas  
Que esos tristes despojos ha empapado,  
Pudíerose formar una honda charca,  
Mar salido del mar de nuestros ojos,  
Que sepultase en sus ardientes olas  
Cuanto este sitio funeral abarca,



Inscripciones, osario, hierba, abrojos,  
Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

XVI.

¡Sombra de la que amé; solo y perdido  
Quedo en la tierra. Tímido, cansado,  
Un rumbo seguiré no conocido,  
Á la merced del vendaval airado,  
Tal vez por las borrascas combatido,  
Acaso por los hombres olvidado.  
El mundo es todo para mí un desierto.  
De mi existencia usada  
El proceloso mar surcaré incierto,  
Cual nave destrozada  
Que lanza el huracán lejos del puerto.  
No sé cuál es la suerte que me aguarda,  
Obscuro el porvenir; más imitando  
Tu ejemplo santo y raro,  
Siguiendo tus virtudes una á una,  
Inspirado por ti, bajo tu amparo,  
Contrastaré el rigor de la fortuna;  
Me haré mejor, pensando  
En la existencia pura y bendecida  
Que junto á mí pasaste, y de esta suerte,  
Si debí mis contentos á tu vida,  
Deberé mis virtudes á tu muerte.

XVII.

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,  
De frescura y de olores impregnado,  
Sobre tu blanco túmulo de piedra  
Deje, al pasar, su beso perfumado;  
Que te aromen las flores que aquí dejo;  
Que tu cama de tierra halles liviana,  
Sombra querida y santa, yo me alejo;  
Descansa en paz..... Yo volveré mañana.

EL HOGAR CAMPESTRE.

.....  
Ameno el campo ostenta su opulencia  
En su espléndido manto de verdura,  
Y regala el olfato con su esencia  
La flor que crece oculta en la espesura.

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas,  
Ir por el valle susurrando amores,  
Y salpicar las hojas purpurinas,  
Con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo sin tregua y sin descanso,  
Con giros mil, la retozona brisa  
En ondulantes pliegues del remanso  
La transparente faz arruga y riza,

Y cuando tardo el sol y esplendoroso  
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,  
Y con su rayo ardiente y caluroso  
Deslumbra y quema el fatigado suelo.

¡Cuán dulce es reposar bajo la sombra  
De la ceiba ramosa y extendida,  
Y entre la hierba ver que el suelo alfombra  
Correr la fuente que á beber convida!

¡Y esa ráfaga ver, arrebolada,  
Manto oriental de púrpura y de grana,  
Que el sol tiende en la bóveda azulada,  
Al ocultar su lumbre soberana!

Y cuando al aclarar, en Occidente  
Su luz sepulta al fin la última estrella,  
¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente  
La aurora despuntar, cándida y bella!



Y ver las perlas, diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces, escuchar en la espesura,  
De la paloma la sentida queja,  
Que más que la expresión de su ternura  
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece  
Al desatarse en dulce melodía,  
Y que desde la rama en que se mece  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! ¡cuánto envidia tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorjeo sentido y delicado  
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,  
Sin que te paren importunas leyes;  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes.

Ni palacios, ni templos, ni mezquita  
Ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,  
Ni mandatario altivo que dormita  
En alta silla ó encumbrado solio.

Ni hay banderas vistosas y lucidas  
Que flotan á merced del aire vago;  
Ni conoces las lanzas homicidas,  
Ni de la guerra el destructor amago.

No dice un rey: SOLDADOS, Á LA GLORIA.  
LA PATRIA OS LLAMA: Á LA BATALLA, OS DIGO.  
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDEME LA VICTORIA,  
QUE LA PATRIA SOY YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desgraciado  
No vas tus plumas á manchar bermejas,  
Y cada al corazón golpe asestado  
Un triunfo no es que vencedor festejas.

No dice un mirlo de golilla y toga:  
ESTA ES LA LEY; Á MUERTE TE CONDENA,  
Y al cuello te echan la infamante soga,  
Ó arrastras, infeliz, dura cadena.

Ni al dintel del alcázar opulento  
Vas á llevar tu palidez sombría,  
Para mezclar con tu apagado acento  
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para ti su gala ostenta,  
Y el grano encierra la ondulante espiga,  
Y el sabroso manjar que te sustenta  
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para ti desde ese monte cano  
Se despeñan las aguas destrenzadas,  
Ó mansamente corren por el llano  
En bella confusión desparramadas.

Y su cándida faz esplendorosa  
La aurora asoma en el nevado Oriente,  
Para teñir de púrpura y de rosa  
Tu plumaje riquísimo y lucente.

Que para darte abrigo regalado  
La enredadera y el jazmín silvestre  
En el aire suspenden, festonado  
Su misterioso pabellón campestre.



¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! ¡cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus prados y tus flores!

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

### LAS ORILLAS DEL RÍO.

Inquieto, transparente,  
Ya dócil, ya bramando,  
En su lecho de plata refulgente  
Undoso el Choroni corre impaciente;  
Y sus ondas regando,  
Va sus verdes orillas matizando.

¡Cuán diáfano retrata  
Los techos de verdura  
Y los peñascos en su linfa grata!  
Su blanca espuma se disuelve en plata,  
Y reluciente y pura  
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo  
Por la borrasca hinchado,  
Con ronco son y pavoroso estruendo,  
Iba su linda margen convirtiendo  
En yermo desolado,  
Ahuyentando las aves y el ganado.

Hoy gusta los olores  
Del aire gemebundo:  
Sosegado y gentil bulle entre flores:

Pasa festivo susurrando amores,  
Y libre y vagabundo  
Corre á su eternidad..... ¡el mar profundo!

Con rapidez extrema  
Rodando sus cristales,  
Es de la vida frágil el emblema,  
Que arrastrando consigo su anatema,  
Á abismos eternos  
Va á deponer sus glorias y sus males.

¡Bellísimas mansiones!  
¡Pacíficos lugares  
Tan llenos de quiméricas visiones!  
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sonos?  
¿Lloráis vuestros pesares,  
Ríos, que vais á hundiros en los mares?

¿Ó es el eterno beso  
De rústicas deidades  
Quien da sus tonos al follaje espeso?  
¿Quién puso y para qué tanto embeleso  
En estas soledades,  
Y prodigó á las aguas sus bondades?

¿Sobre estos bordes fríos,  
Qué numen bondadoso  
Puso estos verdes árboles sombríos?  
¿Qué espíritu de paz mora en los ríos,  
Y duerme voluptuoso,  
Al son de su concierto melodioso?

No pienso con locura  
Que el eco peregrino  
Con que la onda pacífica murmura,  
Que suena al corazón con la dulzura  
De un cántico divino,  
Murmura sin razón y sin sentido.



¿Qué importa la alegría  
Con que la tierra alienta,  
Si esta agreste, selvática armonía  
Muere y se pierde en la ribera umbría;  
Si no hay, cuando la ostenta,  
Vista que goce y corazón que sienta?

Oculto inteligencia

Acaso se recrea  
En este blando asilo de inocencia:  
Del bosque aspira la fragante esencia,  
Sus bóvedas pasea,  
Y el fresco de sus sombras saborea.

Acaso el manso viento

Que en la floresta gira,  
Ó en torno de las ondas, es su aliento.  
Tal vez este rumor con cuyo acento  
La soledad suspira,  
Es la música eterna de su lira.

Arcángel invisible

Que vaga en la espesura;  
Por quien suspira el céfiro apacible;  
Espíritu intermedio entre el temible  
Autor de la natura,  
Y su frágil y humana criatura.

Él sabe si el ambiente

Que hora manso resuena,  
Es el mismo que, á veces inclemente,  
Y vuelto tempestad, brama impaciente  
En la floresta amena,  
Y de ruina y destrozo el campo llena.

Él entiende el idioma

De la onda que se aleja,  
El arrullo de amor de la paloma;  
Sabe dónde su olor halla la aroma,

Y si la encina añeja,  
Cuando arma su clamor, canta ó se queja.

Él sabe quién marchita

La flor que nace apenas:  
En qué cavernas lóbregas habita  
El eco solitario: quién agita  
Las auras de olor llenas:  
Dónde y cómo germinan las arenas.

Y este ángel solitario,

La tierra que murmura  
Convirtiendo en magnífico incensario,  
Presenta á Dios este lamento vario  
Como la esencia pura  
Que á su Criador ofrece la natura.

Y este clamor del suelo,

Que se alza por doquiera,  
Este himno universal, tomando vuelo,  
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,  
Y de una en otra esfera  
Llega al trono de luz do Dios impera.

Tus genios ó tus hadas,

¡Oh! dime dónde habitan,  
Hermoso Choróní. ¿Son sus moradas  
Tus flotantes y verdes enramadas  
Que nunca se marchitan,  
Ó en tu onda sobrenadan y se agitan?

¿Habitan de las peñas

Los antros tenebrosos,  
Ó vagan en tus márgenes risueñas?  
¿Se bañan en las aguas que despeñas,  
Ó danzan tumultuosos  
Bajo tus frescos árboles frondosos?



¿En rápida barquilla  
De nácar reluciente,  
Con mástil de oro y con dorada quilla,  
No van surcando tu frondosa orilla,  
Ó en brazos del ambiente  
No se dejan llevar de tu corriente?

¡Feliz, feliz quien mira  
Tus márgenes serenas,  
Y con tu paz fantástica delira;  
Quien mezcla los acordes de su lira  
Al ruido con que sueñas  
Cuando arrastras tus límpidas arenas!

Pacífico, contento,  
Perdido en tus riberas,  
Mi discordante voz soltaré al viento;  
Y libre allí del cortesano aliento,  
Tus linfas pasajeras  
Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras:

Me servirán de alfombra  
Las hojas que derrama  
El árbol colosal bajo su sombra;  
De templo, ese infinito que me asombra;  
Y la menuda grama,  
De mullido cojín ó blanda cama.

Prepararé gozoso  
Mi caña y mis cordeles,  
Y bajaré á tu margen delicioso;  
Será mi alcázar tu javillo umbroso,  
Sus ramas mis doseles,  
Y tu rústica orilla mis verjeles.

El dulce pajarillo  
Reposará su vuelo  
Bajo la espesa rama del javillo;  
En tanto que el plateado pececillo,

Incauto y sin recelo,  
Vendrá él mismo á prenderse en el anzuelo.

Con paso acelerado  
Acaso me encamine  
Á tu orilla gentil; allí sentado  
El libro celestial leeré arrobado  
Del tierno Lamartine,  
Su canto oyendo hasta que el sol decline.

Así la dulce vida  
Pacífica y ligera,  
Bajo tu sombra pasará escondida;  
No entre el placer que brinda fementida  
La corte lisonjera,  
Para acabar más presto mi carrera;

Como la frágil rosa  
Cortada en los jardines  
Para adornar la frente de una hermosa,  
Que entre música blanda y sonora,  
Damascos y cojines,  
Perece antes de tiempo en los festines.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS







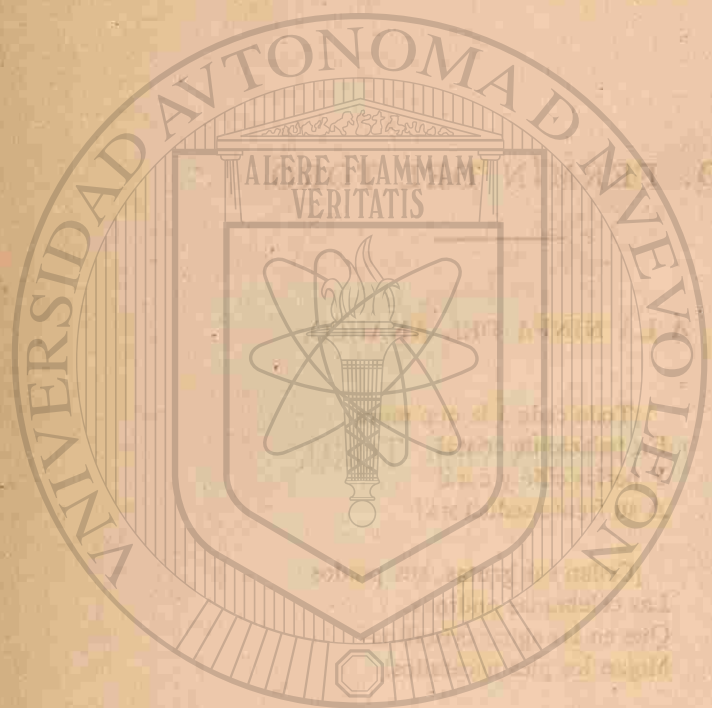
D. FERMÍN DEL TORO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. FERMÍN DEL TORO.

Á LA NINFA DEL ANAUCO.

¡Todo cede á la que mora  
En palacio de cristal,  
Y perlas ciñe y coral  
Á su frente seductora!

¡Cedan sus grutas, sus prados  
Las celebradas ondinas,  
Que en las aguas cristalinas  
Mojan los pies nacarados!

¡Del canto el divino coro  
Suspended, sílfides bellas,  
Que á la luz de las estrellas  
Concertáis las arpas de oro!

¡Depón el arco y la vira,  
Imagen que el alma adora,  
Cuando el pecho se acalora  
De un amante que delira!

¡Las que priváis en Oriente,  
Odaliscas y sultanas,  
Las deidades musulmanas,  
Inclinad todas la frente!



Que la ninfa se divisa  
Por la luz de negros ojos,  
Y el fuego de labios rojos,  
Y el dardo de dulce risa.

Ella vence al ramillete  
En gentileza y finura,  
Cuando mide su cintura  
Con su estrecho brazaletes.

Ni hay flores en un jardín  
Que perfumen tanto el viento,  
Pues le da más dulce aliento  
Que el azahar y el jazmín.

Y si prendida la falda,  
El pie en la hierba humedece,  
Un blanco lirio parece  
En un vaso de esmeralda.

De negros rizos cubierta  
Se duerme en lecho de rosas,  
Y las deja más hermosas  
Cuando el amor la despierta.

Es como el cielo inconstante,  
Como el aura caprichosa,  
Altiva como una diosa,  
Hechicera como amante.

Temo, temo que mi culto  
Apasionado la ofenda:  
Por eso, humilde mi ofrenda  
Entre las flores oculto.

Con pluma de un colibrí  
Y la tinta del zafiro,  
Calentándola un suspiro,  
En una rosa escribí:

Te adoro y te he de adorar;  
Mi pecho amor te tributa;  
Será mi templo tu gruta,  
Y tus pies serán mi altar.





UANL

D. CECILIO ACOSTA.

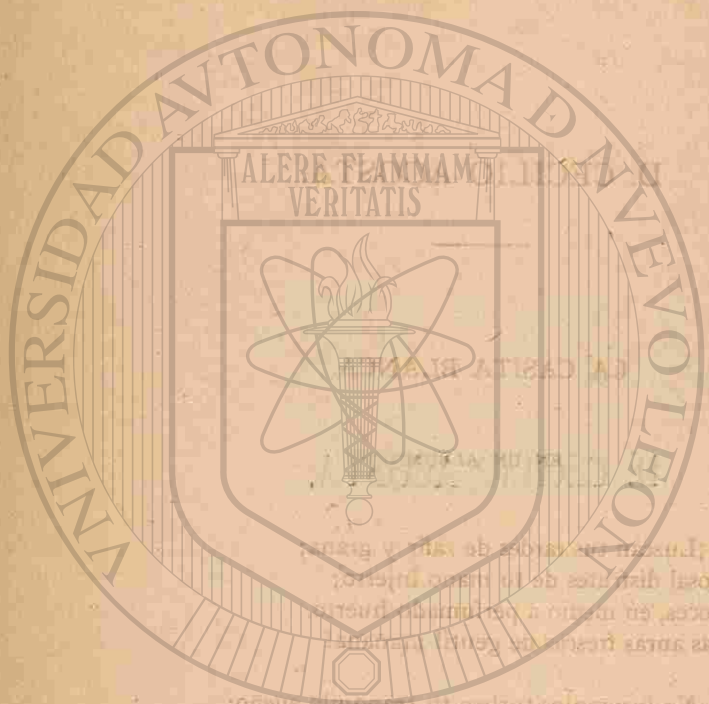
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. CECILIO ACOSTA.

LA CASITA BLANCA.

EN UN ALBUM.

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;  
Rosal disfrutes de tu mano injerto;  
Goces, en medio á perfumado huerto,  
Las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo sueño;  
No sombra empañe tus ensueños de oro,  
De esos que suben hasta el almo coro,  
Ó infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen á picar tu suelo,  
Que al lado esté de tu casita blanca,  
Y á poco veas que su vuelo arranca  
La turba inquieta hacia el azul del cielo!

¡Mires cual sitio de encantada Ninfa  
Tersa laguna cual á veces vemos,  
Y ánsares níveos de pintados remos  
Cortando lentos la argentáda linfa!



¡Haya no lejos alfombrada loma,  
Que se alce apenas á la tierra llana,  
Y allí subas á ver cada mañana  
Si el alba ríe, ó cuándo el sol asoma!

¡Haya manto de verde y de rocío  
En el momento que los campos dora  
La pura luz de la rosada aurora;  
Y en calle de naranjos que va al río,

Y se abre al pie de la felpuda falda,  
Césped encuentres para muelle alfombra,  
Follaje rico para fresca sombra;  
Y fruta en que el color es de oro y gualda!

¡Á un lado esté la vega; el campo raso;  
Los ya formados sulcos por la reja;  
El último que traza y detrás deja  
La tarda yunta en perezoso paso;

Y montado en el sauce culminante  
El canario gentil ser rey presume,  
Y, ajustando la de oro regia pluma,  
Á vista de su imperio gloria cante!

¡La partida de caza vocinglera  
La quinta deje al despuntar el día;  
Ágil salga y festiva la jauría,  
Atraviése del valle á la ladera,

Recorra sin ser vista la cañada,  
Y tras de trasmontar los altos cerros,  
Saltando observes los pintados perros,  
Entre alegres ladridos, la quebrada;

Y después de subir agrio repecho,  
De la cima en los altos miradores,  
Divisen los cansados cazadores  
Alzarse el humo del pajizo techo!

¡Al terminar el día, el afán duro  
Del campo cese, que el vigor enerva;  
Llegue buscando la feliz caterva  
Descanso en el hogar libre y seguro!

¡La parda luz de la tranquila tarde  
Apague de la noche al fin el velo;  
Á poco luzca en el remoto cielo  
De las estrellas el vistoso alarde!

¡Y mientras el aura entre las hojas suena,  
Haya para el placer bebida helada,  
En barros de primor blanca cuajada,  
Y en medio á bromas mil rústica cena!

¡Cerca esté del cortijo la vacada  
Que á las veces se sienta estar bramando,  
Y al tiempo del ordeño, en eco blando,  
Se queje la paloma en la hondonada!

¡Venga en *totuma* con su pie de plata  
La blanca leche á rebosar la artesa,  
Que el aire luego con su soplo espesa,  
Temblar haciendo la movible nata!

¡Que el ave matinal tus pasos siga,  
Vuele confiada á tu graciosa mano,  
Y allí pique atrevida el rubio grano  
Que tú propia tomaste de la espiga!

¡Que tengas frutas que en sazón maduren,  
Y vayas con tu cesta á recogerlas;  
Que tengas fuentes que salpiquen perlas;  
Que tengas auras que al pasar murmuren!

¡Murmuren cantos bellos, celestiales,  
Que sirvan á borrar fieras congojas,  
De esos que forman al temblar las hojas,  
Ó el arroyo al mover de sus cristales!



¡Ante el altar que en sacras llamas arde,  
Por ti tu madre su oración eleve,  
Que grato Dios hasta su trono lleve;  
Y Él mismo en urna misteriosa guarde!

¡No la mfa separes de tu historia;  
No mis deseos más te sean ignotos;  
Ni olvides nunca mis fervientes votos,  
Ni me apartes jamás de tu memoria!

### LA GOTA DE ROCÍO.

POESÍA DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO Y SABIO COLEGA  
DON MIGUEL ANTONIO CARO.

«No hay brillo como el mío»,  
Dijo ufana la gota de rocío,  
Al verse aclamar bella  
En medio al campo en que el ornato es ella;  
«Ni quien cual yo, galana,  
Sea orgullo y primor de la mañana.  
En globo pequenuelo,  
Sobre hoja que ya dora  
La prima luz de la rosada aurora,  
Soy breve suma del fulgor del cielo,  
Que, en vastos horizontes,  
Se ve en valles lucir, y se ve en montes;  
Y soy también, para mayor decoro  
De mi almo origen y mi cuna de oro,  
Delicado vapor que en ondas sube,  
Llega tal vez á la flotante nube,  
Tal vez inestable de la altura baja,  
Y en el aire suspenso en perla cuaja.  
Bordo á veces las flores,  
Para de ellas beberme los colores,  
Y en formas mil distintas,

Cada cual de por sí fijable appena  
En el mudar de la movible escena,  
Del iris tomo las variadas tintas.  
El aura me regala  
Con los aromas que el verjel exhala,  
Y, por verme temblar, con ala leve  
Jugando me conmueve.  
Yo nazco con el día,  
Tengo palacio en la arboleda umbría,  
Y en aguas bellas de matiz cambiante,  
Ya semejo al cristal, y ya al diamante.»  
Así la gota en su discurso ciego,  
Á tiempo que de ráfaga impelida,  
De la hoja desprendida,  
Llegó á caer y disiparse luego.  
Tal vi una vez en mi jardín acaso;  
Y prueba así este caso.  
Que el mundano esplendor es de un momento,  
La vida nada, y el orgullo viento.

### EL VÉSPERO.

Á MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ, EN SU ALBUM

En flamígero carro  
Que en ejes lude en que restalla el fuego,  
Y con vivo esplendor al orbe inunda,  
Baja cual rey el sol, y cuando luego,  
Entre torrentes de su luz fecunda,  
El áureo curso acaba,  
Aun le quedan reflejos,  
Morir queriendo con real decoro,  
Para lucir de lejos  
Y pintar cada varia, nivea nube,  
Cuya belleza así realza y sube,  
Con franjas de carmín y rosas de oro;



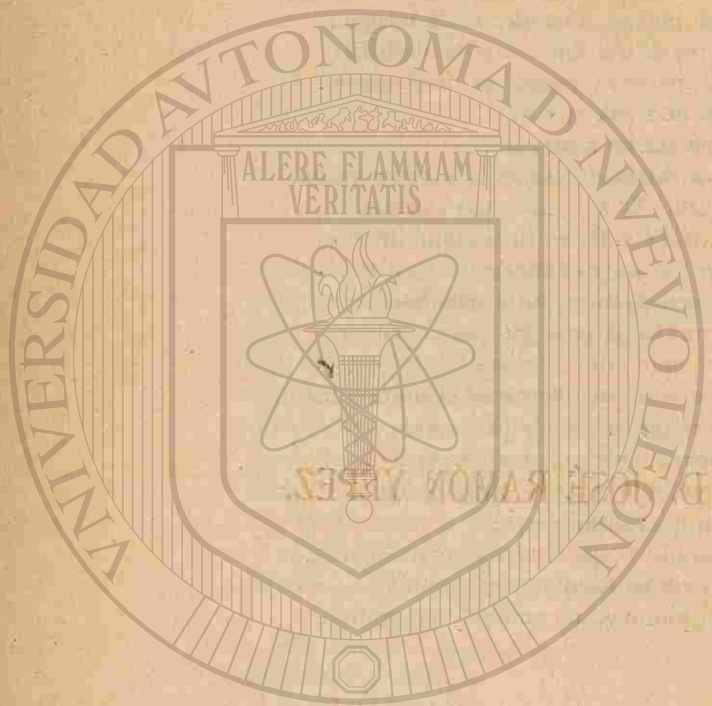
Hasta que al cabo en el supremo instante,  
Ya vestido de púrpura esplendente,  
Despidese el gigante  
Y en el mar se sepulta de Occidente.

No hay ya en el horizonte  
El variado matiz ni el colorido  
Con que dora la luz el arduo monte;  
Sólo pálidas quedan blancas huellas  
De un fulgor que ya es ido,  
Y con silencio santo  
Se extiende luego el azulado manto,  
Descubridor del mundo y las estrellas.  
Este casto color que nadie nombra,  
Por lo indeciso y vago,  
Sino con formas de expresión distintas,  
La ausencia muestra de vivaces tintas,  
La lucha de la luz y de la sombra.  
Baja la calma al suelo,  
En lo alto reina la tranquila tarde;  
Y en el azul del cielo,  
Cual diamante engastado, Venus arde.

¡Oh Véspero inmortal! ¿Quién confidente  
De secretos te hizo  
Y amorosas querellas,  
Sagrada para ti la menor de ellas?  
Si acaso llama ardiente  
De afecto bien sentido y mal pagado,  
El ambicioso corazón calcina,  
Tú arrancas al dolor la aguda espina,  
Derramas miel en la doliente alma,  
Y con callada voz que habla de lejos,  
Envías tus consejos  
Y restituyes la pérdida calma.  
¡Qué de veces también logré la mía  
Contigo hablando!..... Enfurecido el viento,  
Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo  
La nave en medio del fragor crujía,

Yendo de tumbo en tumbo,  
Y negra noche y negras brumas solas  
Eran fúnebre palio de las olas  
En el piélago inmenso: tal la imagen,  
Tal fué el horrible temporal deshecho  
Que una vez contrastó mi flébil pecho.  
Y así de triste estaba,  
Tanta era mi amargura,  
Que alzando el ruego á la sublime altura,  
Transido de dolor, por paz clamaba.  
Y la hallé al fin en tu benigno influjo  
Y en los suaves destellos de tu disco,  
Que semeja en su luz á toda hora  
La mirada de un ángel cuando adora.  
Te vi tranquilo en el confin remoto,  
Después de cien borrascas siempre inmoto,  
Y al notar tu valor y paz serena,  
Disiparse sentí mi amarga pena.  
No me olvides jamás, ástro divino,  
Sé propicio á mi suerte;  
Y cuando venga el viento airado, fuerte,  
Á torcer en los mares mi camino,  
Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.



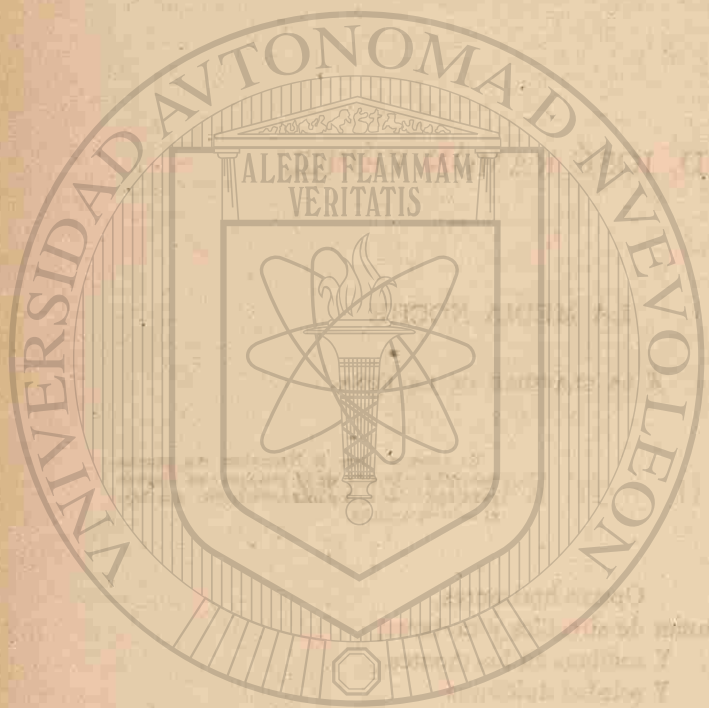


D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

LA MEDIA NOCHE.

Á LA CLARIDAD DE LA LUNA.

En ninguna parte la Naturaleza nos penetra más del sentimiento de su grandeza: en ninguna parte nos habla más y más fuertemente, que bajo el cielo de América.

Opacos horizontes,  
Y rumor de airecillos y cantares,  
Y sombras en los montes,  
Y soledad dulcísima  
En la tierra infeliz de los palmares;  
Y allá lejos la luna que se encumbra,  
Y un cielo azul de porcelana alumbra.

Y en el lago sin brumas  
La onda medio caliente entumecida,  
Coronada de espumas,  
Soñando melancólica:  
Y como tregua ó sueño de la vida  
En el hogar del hombre; y como inerte  
La creación, y el sueño como muerte.

La gran naturaleza,  
O vacila ó se asombra, y muda y grave,



Pálida de tristeza,  
Ve sus astros inmóviles.....  
Suspensión de la vida, que no sabe,  
Maravillada el alma, si le asusta,  
Ó le place por quieta ó por augusta.

Tal es, sobre su coche  
Que silencioso por el orbe rueda,  
La extraña media noche  
De las regiones índicas:  
Así, al tañer de la campana, queda,  
Su voz oyendo por el aire vago,  
La ciudad de las palmas en el lago.

Aquí empieza el imperio  
De esas visiones sin color ni nombre  
Que en inmortal misterio  
Guardan las noches tórridas.  
Aquí no alcanza á comprender el hombre  
La cifra ó la razón de cuanto mira,  
Ó si despierto está, sueña ó delira.

Tanta trémula estrella  
Que de rubíes el espacio alfombra,  
Tanta roja centella  
Que con la luna pálida  
Penetra y brilla en la nocturna sombra,  
Causa son de terror, causa de duelo,  
Si ya la media noche sube al cielo.

¿Quién sabe por qué crece  
Entonces el penacho de esa palma,  
Y el viento la remece  
Y la despierta súbito,  
Y á su voz el concierto y dulce calma  
De la noche se rompe, cual si fuera  
Hablando una palmera á otra palmera?

¿Quién sabe por qué luego

Se vuelven las conchuelas con la luna  
Margaritas de fuego,  
Y cuando boga rápido,  
Sonriendo de su espléndida fortuna,  
Nauta feliz que ansía por cogerlas,  
Ni conchas halla ni radiantes perlas?

¿Quién sabe, quién alcanza  
Por qué se cierne la nocturna nube  
Con monstruosa semblanza,  
Y envuelta en sombras tétricas  
Desciende al llano, á la colina sube,  
Para mostrar después, como un tesoro,  
El plateado cendal con fimbria de oro?

¡Mentira! bajo el peso  
De tanta maravilla, grita el mundo:  
Acaso será eso.....  
Puede que los fantásticos  
Prestigios de la luz, tras el profundo  
Rumor que alzan los vientos que campean,  
Finjan visiones, y mentiras sean.

Pero algo está escondido  
Que bulle y vive y lúgubre se extiende  
Al solemne tañido  
De ese cristiano símbolo.  
Algún prodigio el hombre no comprende  
En esas altas horas: algo existe  
De indefinible, pavoroso y triste.

No es que la noche ayude  
Los Genios á salir de sus recintos;  
Ni la mar se sacude,  
Ni murmuran los céfiro,  
Ni del santuario los dorados plintos  
Caen sonando, ni la sombra pasa,  
Ni el trueno zumba, ni la luz abrasa.



Más, con todo, á tal hora  
Brotó, se desvanece, canta, gime,  
Brilla, se descolora,  
Azota el aire trémulo,  
Empaña el éter, la materia oprime  
Una sombra, una luz, un ser, ¡quién sabe!  
Que llena el orbe y que en la chispa cabe.

Entre el hombre que piensa  
Y los astros que alumbran, se descorre  
Como una cosa inmensa,  
Impalpable, magnífica;  
Y cuando la pardusca y vieja torre  
Su postrimera campanada vibra,  
De eso como infinito ¿quién se libra?

Salve, ¡augusto misterio,  
Que encierras tan hondísimos arcanos!  
En tu silente imperio  
De sonidos insólitos,  
Y de pálidas luces, y de vanos  
Pavorosos fantasmas, todo es triste  
Y se transforma todo cuanto existe.

Más la razón del hombre,  
Al impulso inmortal del sentimiento  
Instintivo y sin nombre,  
Penetrará recóndita,  
Ó explicarse querrá con noble aliento,  
Ese mundo invisible que reposa  
Oculto entre la noche silenciosa.

Soledad de desierto  
Y rumor de airecillo en los fragantes  
Limonares del huerto;  
Y en el azul vivísimo  
Rubias estrellas, fuegos vacilantes,  
Y claridad de luna que se encumbra  
Y hasta el sombrío limonar alumbra.

Tal es, sobre su coche  
Que silencioso sobre el orbe rueda,  
La extraña media noche  
De las regiones índicas;  
Así, al tañer de la campana, queda,  
Su voz oyendo por el aire vago,  
La ciudad de las palmas en el lago.

### LA RAMILLETERA.

Ramilletera de estos alcores,  
Siempre vendiendo llenos de cintas,  
De cintas verdes, ramos de flores,  
Si ya vendiendo  
Te siguen siempre los ruiñesores,  
No es por las flores de gayas pintas,  
Sí por el seno do van las cintas.

Del huertecillo de los manzanos  
Dicen que quieres, ramilletera;  
Los olorosos lirios enanos,  
¿Por qué los quieres,  
Cuando no hay lirios como tus manos?  
¡No por la fama, que es volandera,  
Sí por ser lindas, ramilletera!

Tienen tal magia tus ojos pardos,  
Que el Dios con venda sobre los ojos,  
Entre verbenas, mirtos y nardos  
Guardó su venda,  
Rompió la aljaba, rompió los dardos,  
Queriendo sólo que en sus enojos,  
Sirvan los dardos que hay en tus ojos.

Como andas siempre por los rosales  
Y esas tus trenzas son hebras de oro,  
Dicen no hay otras trenzas iguales,



Porque en tus trenzas,  
A los suspiros primaverales,  
Van ocultando como un tesoro  
Las mariposas su polvo de oro.

Según repiten las zagalejas  
Por las encinas de boca en boca,  
Mientras dormías so las añejas,  
Altas encinas,  
Posó en tus labios tropel de abejas,  
Y, al despertarte, la turba loca  
Panal del Hibla llamó tu boca.

¿Qué más? El día que en las junqueras,  
Cogiendo flores, quedó tu talle  
Preso entre juncos y enredaderas  
Llenas de flores,  
Se dijo á gritos en las praderas,  
Que entre los juncos del hondo valle  
No hay junco verde como tu talle.

No, pues, te engrías, dulce paloma,  
Vendiendo incauta tus ramilletes:  
Es que no hay flores de tanto aroma,  
Como la incauta  
Que baja al valle, sube á la loma,  
Dejando toquen sus brazaletes,  
Mientras le compran sus ramilletes.

HIMNO EPITALÁMICO.

ESCRITO PARA IGNACIO PLAZA.

No en esa estancia penetréis divina;  
Sobre el ara de aromas,  
Pálida de pasión, llevó Ericina

Sus risueñas palomas.  
¡Atrás! ¿No veis que hasta el dorado plinto  
Cae el flotante velo?  
La diosa ha descendido á ese recinto  
En un rayo del cielo.  
Velad tanto esplendor: oculte Apolo  
La luz de sus mañanas;  
Que á la estancia nupcial penetren sólo  
Las flores por galanas.  
La Madre del Amor descíñe estrecho  
El ceñidor de oro,  
Roja la boca y palpitante el pecho  
Del oculto tesoro.  
Suelte temblando, al seductor desvío,  
La crencha perfumada.....  
¡Cuán divina estarás, rosa de Chio,  
Así medio velada!  
Fortunado amator, la diosa esbelta  
Ya besa al dulce niño;  
Mirad como el rapaz sonriendo suelta  
Su túnica de armiño.  
¡Silencio! Ni un suspiro en el imperio  
De los castos amores;  
No temáis que una flor rompa el misterio;  
Que mudas son las flores.

PASTORIL.

Para cantar al niño

Rey de los cielos,

Me pides villancicos

De gracia llenos;

Cuenta, zagala,

Con estas canturías

De madrugada.



Yo sé que en las aldeas,  
Por Navidades,  
Esa es costumbre vieja  
De los zagales;  
Mas por lo mismo  
Yo sé de esas costumbres  
Lo que me digo.

¡Un cantarcico pides!  
No tal pidieras  
Cuidando en los rediles  
De tus ovejas;  
¡Pero son Pascuas  
En que se cantan misas  
Antes del alba!

Con ser la noche opaca  
Te he visto anoche  
Con rojas lumbraradas  
Buscando flores.  
¡Como que ignoras  
Que se encandilan aves  
Con luces rojas!

Y bien en poco estuvo  
Por esas misas  
El convertirse en humo  
Tus alegrías;  
Dígalo el lobo  
Que aullaba olfateando  
Cercano al soto.

Desde que Alicio toca  
Su caramillo,  
Las más extrañas cosas  
Dicen de Alicio.  
¡Cómo se mudan  
En hogano los tiempos!  
¡Bien dice el Cura!

No hay pastora en los prados  
Á la redonda,  
Que á la misa de gallo  
Veloz no corra.  
De tanta prisa  
Más de una zagaleja  
Saldrá corrida.

Mira, pues, pastorcica,  
Que temo mucho,  
Tras esas alegrías  
Tan de tu gusto,  
No se te nublen  
Los ojos, cual los cielos.  
Del mes de Octubre.

II.

Guarda tus villancicos,  
Ya no los quiero:  
Claveles tiene y lirios  
El Rey del cielo.  
¡Bien reza el Cura  
Que ninguno está libre  
De la calumnia!

Si, cual dices, lo sabes,  
Que en las aldeas  
Cantan por Navidades  
Las zagalejas;  
¡Por qué te admiras.  
Cuando, madrugadoras,  
Vamos á misa?

Para zagal son tristes  
Tus pensamientos,  
Pues según lo que dices,  
Tú tienes celos,



Y ves fantasmas  
En nuestras canturías  
De madrugada.

Si anoche sali al prado  
Con luces rojas,  
No fué flores buscando,  
Sino palomas;  
Dos montañeras  
Que al niño con sus cintas  
Llevé en ofrenda.

Y bien por nuestras luces  
Estuvo en poco  
Que á Alicio el del adufe  
Cogiera el lobo;  
Pues escondido  
Lo descubrió en la vega  
De los olivos.

Desde que Alicio canta  
Los villancicos,  
Son, pastor, tus miradas  
De basilisco.  
Madre asegura  
Que andas, como los lobos,  
Aulla que aulla.

En alcores y prados  
Y en luengas tierras,  
Al niño en su sagrario  
Todos le rezan;  
Y es una dicha

Cómo caen las lluvias  
Á maravilla.

Mira, pues, pastorcico,  
Qué vas zagüero  
En el amor del niño

Rey de los cielos:  
Si no me escuchas,  
Temo que tu garganta  
Se quede muda.

Á LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Campanita de plata  
De tan gran templo,  
Trémula y solitaria  
Sobre los cielos;  
Yo te diviso  
Suspendida en los campos  
Del infinito.  
Cuando á la fin del día  
La tarde asoma,  
Eres la campanita  
Que á duelo toca;  
Así los ángeles  
Saben allá en el cielo  
Cuando es de tarde.

Campanita te llamo  
Siendo un lucero,  
Mientras voy suspirando  
Con mis recuerdos;  
Es que asimismo  
Te llamaba en mi patria  
Cuando era niño.

Al perder mis fecundas,  
Ricas visiones,  
Dicen que se me anublan  
Porque soy hombre.



¿Será eso cierto?  
¿Cómo, pues, me acompañan  
Las que están lejos?

Porque tú eres ahora  
Lo que en mi infancia,  
Cuando buscaba conchas  
De playa en playa:  
Chispa ó lucero,  
Que entre gasas de púrpura  
Brilla en lo inmenso.

Todo, pues, se reduce,  
Tras luengos días,  
A los sueños que se hundan  
Llamar mentiras;  
Y á los estables,  
Aunque medie un abismo,  
Llamar verdades.

Por eso mientras pasan  
Cual viento y humo  
Las dulces esperanzas  
Que inspira el mundo,  
Siempre conmigo  
Van las santas visiones  
Que sueña el niño.

Campanita, si el duelo  
Tocas del día,  
Tras mis dolores creo  
*Tocas á vida;*  
*Mientras á gloria*  
Hay otras campanitas  
Que también tocan.

II.

Estrella, que despidas  
Al sol que muere  
En lagos de rubíes  
Resplandecientes;  
Tú, que te inundas  
En sus luces y sabes  
Dónde es su tumba;

Estrella de las sombras,  
¿Cómo es que siempre  
A esta fiesta mortuoria  
Te hallas presente?  
¿Cómo es que sales,  
Hija tú de la noche  
Siempre de tarde?

Entre risueñas nubes  
Tú centelleas  
Como en aguas azules  
Pálida perla.  
¿Tendrán acaso  
Las *aguas superiores*  
Por perlas astros?

Atomo de ese polvo  
Que en las alturas  
Como neblina de oro  
Todo lo alumbró,  
Todo lo llena  
De mundos rutilantes,  
Soles y estrellas;

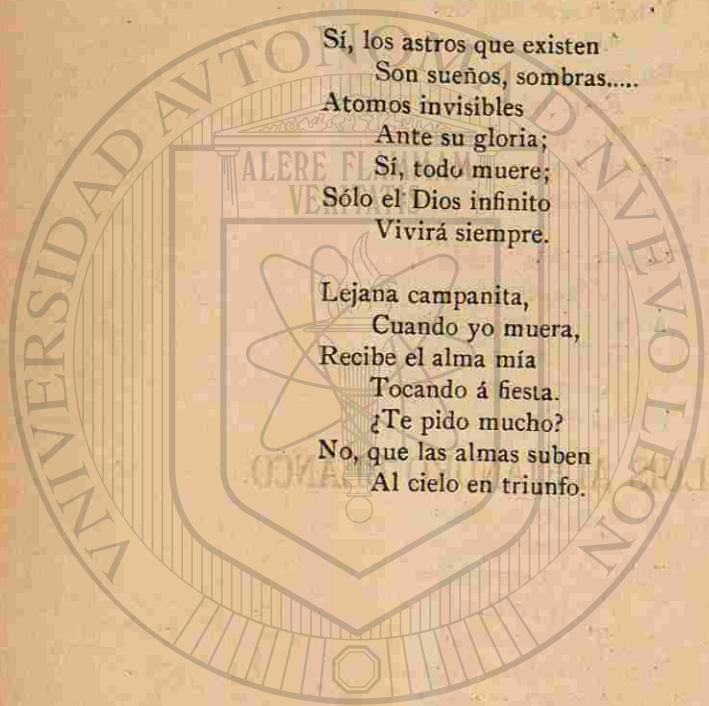
Tal vez se llegue un día  
Que del espacio  
Como una vieja cifra  
Seas borrado;



Y el Rey del cielo  
Brote acaso otros mundos  
Y otros luceros.

Sí, los astros que existen  
Son sueños, sombras.....  
Átomos invisibles  
Ante su gloria;  
Si, todo muere;  
Sólo el Dios infinito  
Vivirá siempre.

Lejana campanita,  
Cuando yo muera,  
Recibe el alma mía  
Tocando á fiesta.  
¿Te pido mucho?  
No, que las almas suben  
Al cielo en triunfo.



Y el Rey del cielo  
Brote acaso otros mundos  
Y otros luceros.

Sí, los astros que existen  
Son sueños, sombras.....  
Átomos invisibles  
Ante su gloria;  
Si, todo muere;  
Sólo el Dios infinito  
Vivirá siempre.

Lejana campanita,  
Cuando yo muera,  
Recibe el alma mía  
Tocando á fiesta.  
¿Te pido mucho?  
No, que las almas suben  
Al cielo en triunfo.

D. LUIS ALEJANDRO BLANCO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. LUIS ALEJANDRO BLANCO.

LA TRIBULACIÓN DE JOB.

¡Quién me diera volver á mi pasado  
De paz y de alegrías,  
De juventud, cuando, por Dios guardado,  
Bellos eran mis días;

Cuando en secreto, Dios omnipotente  
En mi tienda moraba,  
Y en mi familia, cándida, inocente,  
Su gracia derramaba;

Cuando de pura luz rayo divino  
Mis noches alumbraba,  
Y de la vida incierta en el camino  
Su mano me guiaba;

Cuando sus puertas la ciudad me abría,  
Y jóvenes y ancianos  
Con respetuoso amor me recibían,  
De mi justicia ufanos,

Y en medio de sus plazas, preferencia  
Al magnate me daban,  
Excelsa era mi gloria; á mi presencia  
Los príncipes callaban.



Si cual rey cortejado sonreía  
Á la gente un instante,  
Sobre la dura tierra no caía  
La luz de mi semblante.

Mas falsa fué mi dicha; se deshizo  
Mi fantasma de gloria;  
Que retirar de mí su mano quiso  
El Dios que da victoria.

Como el árbol altísimo arrancado  
De raíz, yo he caído;  
Del oprobio mi frente ha ya tocado  
El polvo envilecido.

De mi infortunio huyeron los que un día  
Mis gracias imploraron;  
De mi acerbo dolor, de mi agonía  
Los hombres se mofaron.

Me calumnió el amigo; mis hermanos  
La espalda me volvieron;  
Á mis hijos rogaba, y ruegos vanos  
Para mis hijos fueron.

De mi vida en el áspero sendero,  
Sin luz, sin mano amiga,  
Errante en mi vacío, el dolor fiero  
Punzante me fatiga.

Consuela ¡oh Dios! mis días, ó mi vida  
Impele hacia su ocaso;  
¡Y halle descanso mi ánima afligida  
En el mortal regazo!

Mas ¡ay mi Dios! que en la miseria hundido  
Tú me has abandonado;  
Y no escuchas, Señor, mi hondo gemido  
Ni mi ruego inflamado.....

Mas desde el fondo de mi negro abismo  
Donde el rayo se apaga de tu cielo,  
Donde el rugir de la tormenta mismo  
Un eco no despierta en mi consuelo;

Do no hay acento; do ahógase el gemido  
En las tinieblas de su seno frío....  
Yo te adoro, Señor, siempre rendido,  
Y alabo tu justicia y poderío.

Tú eres, Señor Dios mío, omnipotente;  
Los cielos ante ti resplandecieron;  
El abismo temblaba; en él su frente  
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Omnipotente Dios! Tu acento solo  
Hizo brotar el mundo de la nada;  
Heláronse las aguas en el polo;  
La montaña lanzó su onda inflamada.

Diste á la nube el rayo; le marcaste  
Lindes al mar soberbio y revoltoso,  
Y el camino del fuego señalaste  
En el inmenso espacio al sol radioso.

Si tendiste, Señor, tu diestra airado,  
La alta cerviz de bronce del tirano  
Rompióse con fragor, y despeñado  
Cayó el impío; su poder fué vano;

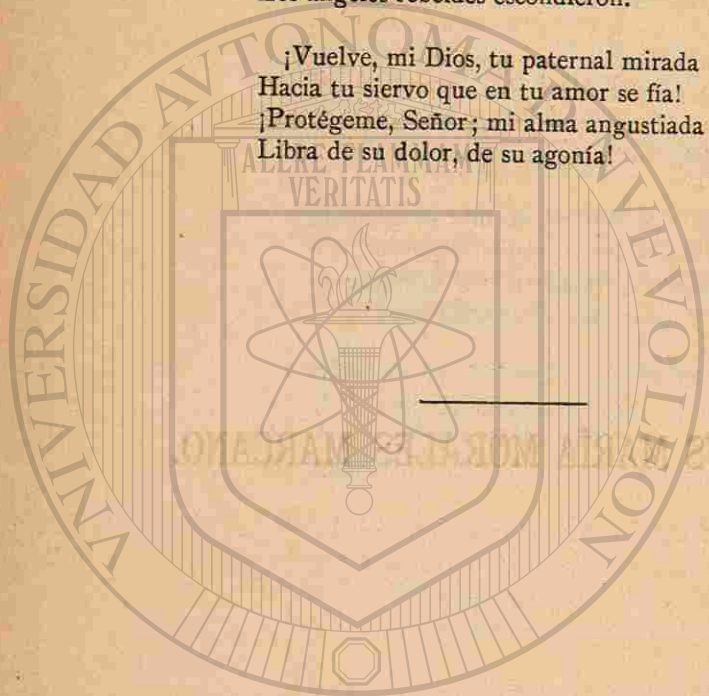
Y sus haces, caballos, caballeros  
Que contra ti sus frentes levantaron,  
De orgullo henchidos, de potencia fieros,  
Del rojo mar las ondas los tragaron.

Vertió á tu voz la roca dulce fuente,  
Y detúvose el sol en su camino;  
El mar huyendo paso dió á tu gente  
Que alimentaste del maná divino.



Yo te adoro, Señor omnipotente:  
Los cielos ante ti resplandecieron;  
El abismo temblaba; en él su frente  
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Vuelve, mi Dios, tu paternal mirada  
Hacia tu siervo que en tu amor se fia!  
¡Protégeme, Señor; mi alma angustiada  
Libra de su dolor, de su agonía!

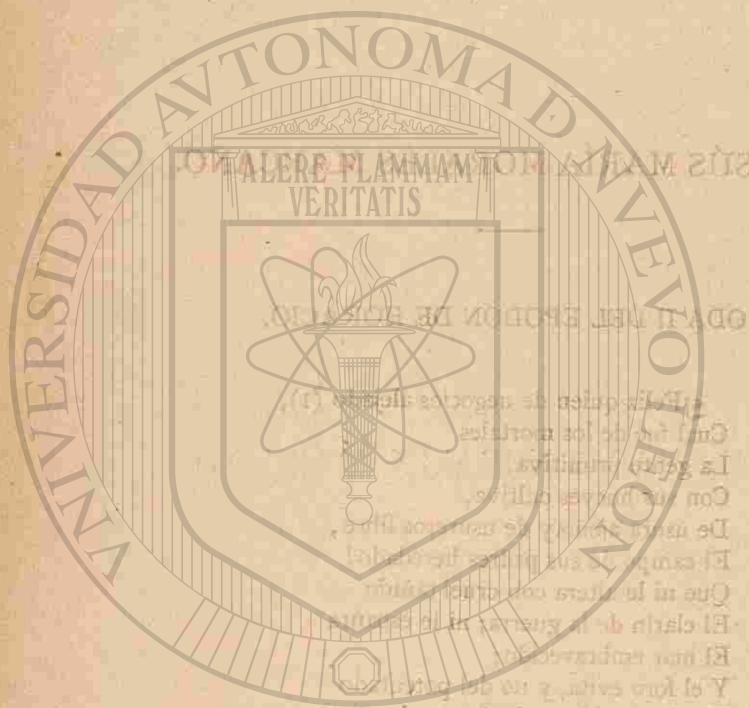


D. JESÚS MARÍA MORALES MARCANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. JESÚS MARÍA MORALES MARCANO.

ODA II DEL EPODON DE HORACIO.

«Feliz quien de negocios alejado (1),  
Cual fué de los mortales  
La gente primitiva,  
Con sus bueyes cultiva,  
De usura ajeno y de usureros libre,  
El campo de sus padres heredado!  
Que ni le altera con cruel tañido  
El clarín de la guerra; ni le espanta  
El mar embravecido;  
Y el foro evita, y no del potentado  
En el soberbio umbral pone la planta;  
Mas, contento en su rústica tarea,  
Une el álamo erguido  
Con la vid en fecundo maridaje;  
Y de inútil ramaje  
El árbol poda y vástagos mejores  
Ingiere; ó bien desde la loma otea  
De mugidoras vacas su rebaño

(1) Con este mismo verso comienza también la bella, si en algunos pasajes demasiado sucinta, traducción de Burgos. No es plagio nuestro, sino feliz coincidencia; por eso lo hemos conservado sin escrúpulo, y porque todas las variantes, más ó menos hábiles, que hemos ideado, en el empeño de no aparecer copistas, son inferiores á este dístico, que traduce fielmente el gran yámbico latino.—(N. del A.)



Que en el sinuoso valle pace errante;  
Ó en ánforas aseadas  
Guarda la miel que del panal destila;  
Ó bien la oveja desmedrada esquila.

»Y cuando otoño en frutas sazonadas  
La sien ceñida ostenta  
En la alegre campiña, ¡cuál va ufano  
Peras injertas recogiendo y uvas  
En matiz de las púrpuras rivales!  
Primicial oblación que á ti presenta,  
¡Oh Priapo! y á ti, sacro Silvano,  
Guarda fiel de los límites rurales.  
Ó á la sombra tal vez de añosa encina,  
Ocioso se reclina,  
Ó en la mullida grama,  
Do, con fragor, de altos manantiales  
Vívidas linfas el raudal derrama,  
Y el ave en la espesura  
Sus trinos melancólicos apura,  
Ó entre guijas la fuente alza escondida  
Blando murmullo que á dormir convida.

»Mas cuando ya de truenos y de nieve  
Y recio viento y lluvia tempestuosa  
El invierno su séquito remueve,  
Ora rigiendo innúmera jauría  
Al jabalí feroz lanza y acosa  
En redes que á su fuga oponen valla;  
Ora en ligeras pèrtigas extiende  
Trampa á voraces tordos, fina malla;  
Y la grulla errabunda en lazos prende  
Y la tímida liebre; y satisfecho,  
Con opimo botín vuelve á su techo.

»¿Quién, de vida tan pura  
En medio á tanta plácida faena,  
No se olvida y abjura  
De tus males ¡oh amor! y tu cadena?

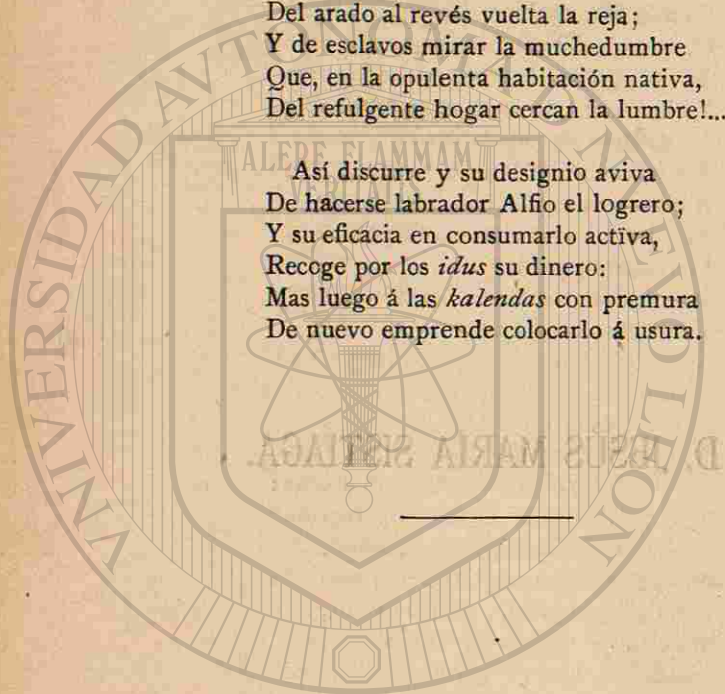
¡Pues si la esposa en providente celo  
Divide entre domésticas labores  
Y la dulce progenie su desvelo,  
Cual la eficaz sabina,  
Ó, atezada del sol á los rigores,  
La del ágil pullés consorte honesta;  
Y al divisar que lento se encamina,  
De su ruda jornada fatigado,  
Á sus tranquilos lares el marido,  
Atenta á su regalo, con gran fiesta  
Aviva del hogar el sacro fuego;  
Y el alegre ganado  
De ovejas entre zarzos aprisiona,  
Y el lácteo licor apetecido  
Á sus henchidas ubres roba luego;  
Y en fresco vino de gustosa cuba  
Limpio cántaro llena  
Y adereza y sazona  
Con no compradas viandas, grata cena:  
¿Qué á mí entonces el regalo peregrino  
De las preciadas ostras de Lucrino;  
Ni opíparos manjares, como el raro  
Rodaballo exquisito, el rico escaro,  
Si de las procelosas de Levante  
Lanzado á nuestra mar alguno arriba?  
Ni fuéranme más plácido sustento  
El ave de Numidia ó succulento  
El francolín de Jonia, que la oliva  
De ramos fecundísimos colgante  
Que yo mismo en los árboles cogiera;  
Ó la salubre malva; ó la acedera,  
De los prados amante;  
Ó cebada cordera  
Á Término en sus fiestas inmolada;  
Ó cabrito arrancado aun palpitante  
De fiero lobo al sanguinario diente.

»Y en medio á tal festín ¡cuánto no agrada  
Mirar cómo regresa diligente,



Repastada al redil la alegre oveja;  
Y el cansado buey, que trae paciente  
En lánguida cerviz con mansedumbre  
Del arado al revés vuelta la reja;  
Y de esclavos mirar la muchedumbre  
Que, en la opulenta habitación nativa,  
Del refulgente hogar cercan la lumbre!.....»

Así discurre y su designio aviva  
De hacerse labrador Alfio el logrero;  
Y su eficacia en consumarlo activa,  
Recoge por los *idus* su dinero:  
Mas luego á las *kalendas* con premura  
De nuevo emprende colocarlo á usura.



Repastada al redil la alegre oveja;  
Y el cansado buey, que trae paciente  
En lánguida cerviz con mansedumbre  
Del arado al revés vuelta la reja;  
Y de esclavos mirar la muchedumbre  
Que, en la opulenta habitación nativa,  
Del refulgente hogar cercan la lumbre!.....»

Así discurre y su designio aviva  
De hacerse labrador Alfio el logrero;  
Y su eficacia en consumarlo activa,  
Recoge por los *idus* su dinero:  
Mas luego á las *kalendas* con premura  
De nuevo emprende colocarlo á usura.

D. JESÚS MARÍA SISTIAGA.

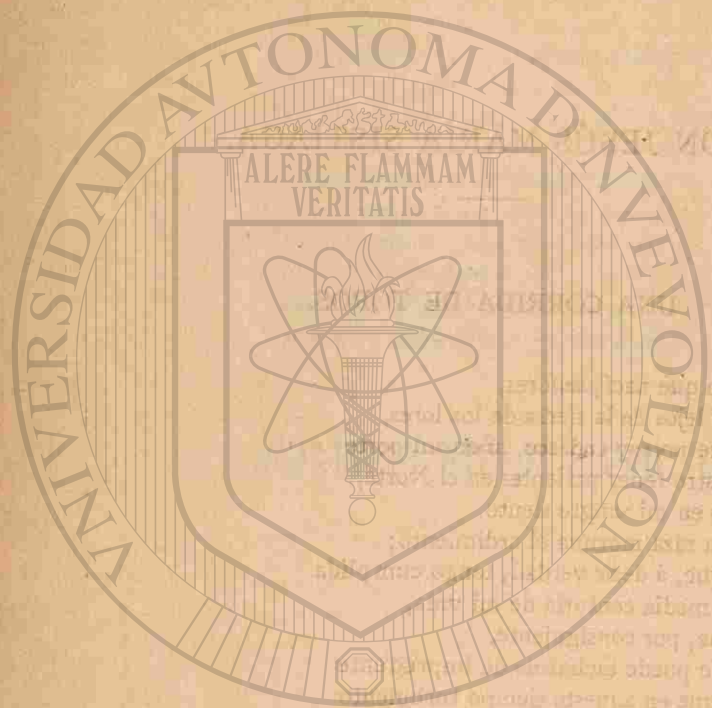
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DON JESÚS MARÍA SISTIAGA.

UNA CORRIDA DE TOROS.

Yo que nací, señores,  
Muy lejos de la tierra de los lores,  
Y que no soy tudesco, ni en mi porte  
Muestro tener parientes en el Norte,  
Pues en mi sangre siento  
De la raza moruna el ardimiento;  
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida  
Casi media centuria de mi vida,  
Y que, por consiguiente,  
Nadie puede tacharme de imprudente  
(Ya que en aqueste tiempo turbulento  
Por los años medimos el talento,  
Pues nos basta ser viejos ó callados  
Para ser unos sabios consumados),  
Voy á llenar el mundo  
De un asombro profundo  
Cantando la terrible batahola  
De los toros lidiados por la cola.

Era la tarde de un hermoso día  
En que todo convida á la alegría;  
El sol recoge un tanto  
Su comburente manto,  
Y por los aires trina



Sus cantos lastimosos  
En dejos amorosos  
La tierna golondrina:  
Mil bellezas galanas  
Adornan las ventanas  
De cuatro calles reales  
Cercadas por los puntos cardinales.  
Ello es que había novillos  
Con lazos en los cuernos, amarillos,  
Juntos en el toril, como en chiquero.  
La tarde, lo olvidaba, era de Enero.

Pues, señores, al caso:  
Veinte potros al paso,  
Rucios, zainos, overos,  
Van montados por sendos caballeros,  
Llamados en la silla hacia adelante,  
Con un aire triunfante,  
Como que en tales sustos y tropeles  
Han de segar manojos de laureles.  
El uno allá en la esquina  
Requiere una pretina,  
Y ajusta por entero  
La robusta cintura con un cuero;  
El otro qué la cincha siente floja,  
Del caballo se arroja,  
Y alzando la coraza con la frente  
La aprieta fuertemente;  
Que es cosa dura y de muy mal agüero  
Salirse por las ancas de un trotero;  
Cuál, viendo á su querida  
Tras la reja escondida,  
Ase del hierro con robusta mano,  
Sobre un estribo, ufano,  
Descuelga el cuerpo todo  
Con garbo, y de tal modo,  
Que escuche la querella  
De su amorosa bella  
Para que no se exponga de tal suerte

Á recibir la muerte;  
Todo con gran secreto.  
Que es hombre el coleador asaz discreto.  
Mas ¡ay!..... que ya revienta,  
Enhiesta la cerviz, alta la cola,  
Cual bala de pistola,  
Un novillo de cuenta,  
Rasgando el aire con la hendida planta  
Con tal velocidad, con furia tanta,  
Que la calle despeja  
Y todo el mundo ceja  
Huyendo cual bandada de palomas;  
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

¡Oh! Si me diera el numen que me inspira,  
La sonora lira  
Con que del mismo infierno  
Sacó un marido tierno  
Á su mitad querida  
(Gran maravilla de una edad que es ida),  
Ó siquiera el salero  
De Píndaro ú Homero,  
Para que resonara la voz mía  
En Rusia, en Australasia y en Turquía  
(Y no hablo aquí de chanza,  
Que bien valen dos cuernos una lanza).  
¿Quién un toro que cuenta seis abriles  
No contempla en la cólera de Aquiles?  
¿Y arrastrando á un jinete,  
No hiciera el toro al fin con el pobrete  
Lo que el griego inhumano  
Hizo por gusto al capitán troyano?.....

Pues como iba diciendo de mi cuento,  
Más ligero que el viento  
Corría desalado  
Un novillo encerrado,  
Y detrás, cual cohetes,  
Un grupo de jinetes



Disputando con voces y con maña  
La cola de la rápida alimaña:  
Horrible trance, fiero,  
Para el toro, caballo y caballero.  
En ese crudo instante  
No hay nada que no espante  
Á los espectadores,  
Ni que arredre á los bravos coleadores.  
Que para ver contentas á sus damas  
Son hombres que se arrojan á las llamas.  
Firmes en los arzones,  
Recogido el aliento,  
Sin compasión ni tiento  
Aguijan sus bridones  
Y aprietan las rodillas  
Y crujen de los potros las costillas;  
Que les va en su destreza  
El puntillo de honor y la cabeza.

¡Oh Júpiter tonante!  
Tú que, á más de ser Dios, fuistes amante,  
Y amante tan ladino,  
Que andabas de continuo  
Saciando tus pasiones  
Con mil transformaciones:  
Tú que, por más decoro,  
Te convertiste en toro  
Por libar del placer la dulce copa  
Con la divina Europa:  
Haz que mi musa tímida  
Me inspire cantos épicos  
Y encienda el estro bélico  
Bajo apariencia insípida,  
Para que el mundo extático  
Halle versos magníficos,  
Punzantes y dramáticos  
Y un si es no es satíricos,  
Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento  
En que yo he menester tu valimiento!

Dejamos, cual azores  
Tras el ave altanera,  
Persiguiendo la fiera  
Á muchos coleadores.  
Tres descuelgan los brazos  
Expuestos á morir en mil pedazos;  
Mas el que lleva el toro á la derecha,  
La ocasión aprovecha  
Y hace suya la gloria,  
Porque mira segura la victoria.  
Empuja su corcel, tiende la mano,  
Toma la cola de que está sediento,  
Y lleno de ardimiento,  
Jura entre dientes no soltarla en vano;  
Y dobla la carrera,  
Que llegan de la valla á los confines;  
Ase con la siniestra de las crines  
Que acarician las astas de la fiera,  
Y con la fuerza ingente  
De un semidiós potente,  
Tira con tal empuje y tanto cierra,  
Que va rodando el animal á tierra;  
Y al estruendo que causa la caída  
De la bestia vencida,  
Un grito clamoroso  
Resuena en aquel coso,  
Proclamando al autor de tal coleada  
El rey de la jornada.  
En tanto el vencedor detiene el potro,  
Mira á un lado y á otro,  
Y lo revuelve al paso  
Al lugar del fracaso,  
Mirando de soslayo  
Los cascos de su bayo  
Y flotante la negra cabellera;  
Que el sombrero voló con la carrera.  
No se detiene allí; sigue y pasea  
La calle en que coleó, porque desea  
Que quien le viera en tan temido instante,



Ora contemple su triunfal semblante,  
Ó más que todo, porque su Narcisa  
Le regale al pasar una sonrisa.

Quede, pues, entretanto  
El fuerte coleador envanecido  
Con el triunfo obtenido,  
Y vuelvo yo á mi canto;  
Que allá miro á sus otros compañeros  
Convertidos ahora en rejoneros,  
Pues tal fué la caída,  
Que triste y abatida  
Yace la res mugiente  
Con el dolor que siente:  
Zafadas las pezuñas,  
No hay palancas ni cuñas  
Que obliguen á la fiera  
Á lanzarse de nuevo á la carrera;  
Mas, ¿qué importa que el toro lastimado  
Yazga en el empedrado,  
Desangrándose el mísero á torrentes,  
Si quedan por colear aún otras gentes?  
¿No fuera al hombre en mengua  
Mostrarse compasivo  
Al dolor excesivo  
Que no expresa la fiera con la lengua?.....  
¡Alza! ¡arriba, animal! — gritan en coro,  
Las turbas que se apiñan junto al toro;  
Hincanle con mil puntas aceradas,  
Y su saña inclemente  
Hierva en imprecaciones y pedradas.  
El animal paciente  
Lanza al aire mugido lastimero;  
Procura levantarse, mas en vano;  
Que ya perdido su vigor primero,  
No puede complacer á su tirano;  
Y es mucho que no deje por despojos  
Líquidos los cristales de sus ojos.  
Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno

Que al mismo destapar ensarta á uno;  
Y es gusto ver entonces las ventanas  
Cuajadas de levitas y sotanas  
Y, salvando la piel en los zaguanes,  
Damas acicaladas, ganapanes,  
Ministros y manolas;  
En fin, las calles solas,  
Pues, como llevo dicho,  
Á todos infundió respeto el bicho.  
El mísero corneado,  
Á una casa vecina trasladado,  
Pide en su desventura  
Los auxilios del médico y del cura:  
¡Empeño vano! pues, por más que quiera,  
No hay medio de salvar la talanquera.  
En tanto las carreras y los gritos,  
Los tambores y pitos  
Y un chubasco de frases coloradas  
Aturden las cabezas más templadas;  
Y para hacer mayor la barahunda,  
La gente vagabunda  
Echa fuera del coso  
Un torito barroso,  
Bichito de cosquillas,  
Que un caballo cogió por las costillas.

En fin, la misma escena  
Se repite mil veces;  
Se rompen los jaeces;  
La música resuena;  
Aquí se ve un herido  
Y más allá un contuso;  
Pero no hay que asombrarse: ese es el uso  
Y lo más halagüeño y divertido.

Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche  
Va soltando la noche;  
Ya suenan las viguetas desatadas  
De las empalizadas;

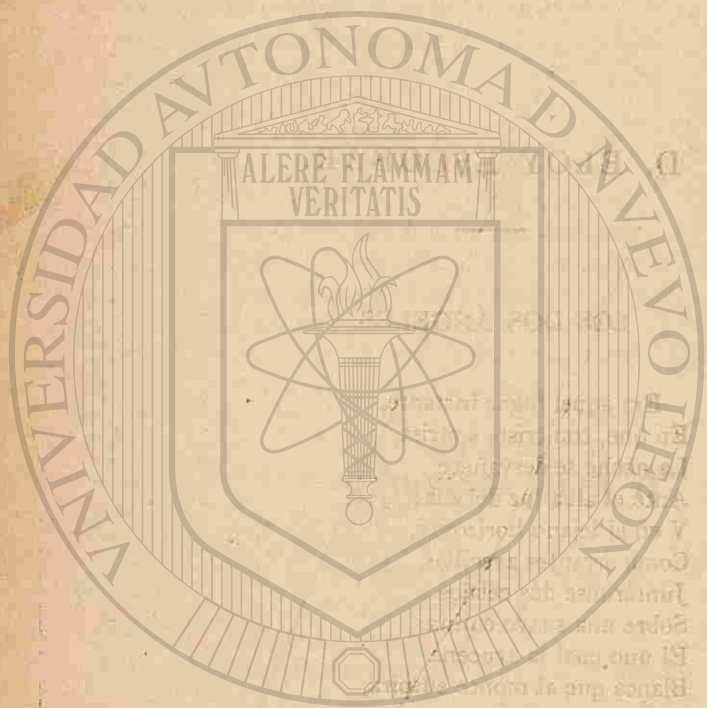


Se llevan el ganado  
Sangriento y aporreado,  
Que al día siguiente en condiciones tales  
Se engullirán los míseros mortales;  
Y por postre y final se escucha el bando.  
Cornetas y tambores,  
Y voces y clamores,  
Acompañados de instrumentos raros  
Que llaman en la tierra *guarataros*,  
Van por todas las calles proclamando  
Los capitanes que en el día siguiente  
Se han de encargar de divertir la gente.  
Tres son nombrados para los novillos,  
Y tres para la música y cohetes;  
Luego damas que adornen los jinetes  
Con lazos colorados ó amarillos,  
Y tres personas más, las más cuitadas,  
Se encargan de poner empalizadas;  
Dando por fin aquella chamuchina  
Un viva, en cada esquina,  
Á los claros varones  
Que han merecido tales elecciones.  
¡Oh distracción preciosa  
La más grata y sabrosa  
Que pueden contemplar humanos ojos!  
Casi me dan antojos  
De retar á los pueblos de la Europa,  
Que marchan viento en popa,  
Á que digan si puede haber cultura  
Donde no hay coleadura,  
Ó si pueden marchar artes y ciencias,  
Sin aquestas torunas emergencias.

Yo, pues, que sólo he sido  
Un narrador cumplido,  
Doy gracias al Eterno,  
Pues que, por su bondad ó su clemencia,  
Escribo aquí donde la misma ciencia  
No vale tanto como vale un cuerno.

D. ELOY ESCOBAR.





D. ELOY ESCOBAR.

LOS DOS ÁNGELES.

Era aquel fugaz instante,  
En que, con triste sonrisa,  
La noche se desvanece  
Ante el alba luz del día;  
Y en el lejano horizonte,  
Como errantes avencillas,  
Juntáronse dos celajes  
Sobre una suave colina:  
El uno cual la azucena  
Blanca que al monte suspira,  
Y el otro como la rosa,  
Rosa del valle festiva.  
Eran dos ángeles bellos,  
Si bien de esferas distintas:  
Aquél, cual nítida lágrima,  
Y éste, cual dulce sonrisa.  
—¡Salve á ti, el alma risueña!  
—¡Salve á ti, la dolorida!  
Dijéronse, susurrando;  
Como las trémulas brisas.  
—¿Fuiste al valle de la tierra?  
—Sí, fuí con la noche umbría.  
¿Y tú?—Yo también con ella,  
Aunque me fué siempre esquiva.



—Pienso que te vi, Natzul.  
—Y yo á ti también, Alila.

Y el uno se sonrosaba  
Y el otro palidecía.  
—¿Tú estuviste en aquel templo  
Lleno de cándidas ninfas,  
Ceñidas de gasas leves  
Y flores y pedrerías?  
—Lleno de ángeles estaba,  
Que al son de músicas vivas  
Suspiraban dulcemente,  
Dulcemente sonreían....  
—¡Ay! ¿Por qué fui yo, Natzul?  
—¡Ay! ¿Por qué no ir, Alila?

Y el uno se sonrosaba,  
Y el otro palidecía.  
Sentáronse luego juntos  
En una nube ceñida  
De aquellos tenues albores  
Que anuncian que viene el día,  
Y así hablaban, susurrando,  
Como las trémulas brisas.

NATZUL.

Yo, con el vívido celo  
De mi esencia celestial,  
Vi una virgen terrenal  
Como una virgen del cielo.

De una gasa nebulosa,  
Como la cándida nieve,  
Ceñía su talle leve  
Aquella virgen hermosa.

Y del seno alrededor,  
En rizo encaje calado,

Serpeaba hilo encarnado  
Que ató sin duda el amor.

Dos alas de leve tul  
Turquí, cual la onda del mar,  
Llevaba, como á volar  
Á nuestro almo cielo azul.

Yo me bajé, y á su aliento  
Mi róseo labio ponía,  
¡Ay! y en él mi alma bebía  
Este ardoroso contento.

ALILA.

Oye, que yo vi también,  
En daño á mi esencia pura,  
Una gentil criatura  
Como una flor del Edén.

De una gasa nebulosa  
El móvil talle ceñía,  
Mas no blanca, sino umbría,  
Niebla de la noche undosa.

Y no alrededor llevaba  
Del seno un hilo encarnado,  
Sino lazos donde atado  
Trémulo amor suspiraba.

¡Ay! que en aquel corazón,  
Vivo, como ardiente rosa,  
En una nube olorosa  
Vagaba tierna pasión.

Los ojos garzos y bellos  
Tímidamente volvía,  
Y en rizos mil le caía  
La onda de sus cabellos.



Su levísima cintura  
Ceñían purpúreas galas,  
Entreabiertas, como alas,  
Para volar á la altura.

Yo me bajé, y á su aliento  
Mi ardiente labio ponía,  
¡Ay! y en él mi alma bebía  
Estos dolores que siento.

Mi espíritu conturbado  
Y con ignoto desvelo.....  
—Calla, Alila, que en el cielo  
Suenan el órgano sagrado.

Los ángeles la sombría  
Región huyeron doliente,  
Y las gasas del Oriente  
Entreabrió la luz del día.

ELEGÍA

Á LA MUERTE DE J. V. CAMACHO.

¿Por qué cuando los ojos  
Volver solía  
Donde vaga entre flores  
La onda del Rímac,  
El sol de Huaina  
Ceñido de áureas rosas  
Se levantaba?

¿Y ahora, cuando acaso  
Los ojos vuelvo;  
La onda no murmura,  
Suspira el viento,

Y el sol inmoble  
Ceñido está de nieblas  
Como la noche?

Bien lo saben mis ojos  
Que tienen lágrimas,  
Y lo sabe, que tiene  
Muchas, mi alma,  
Como mi pluma  
Que va cual sobre el mármol  
De helada tumba.

¿Á qué dones y galas,  
Naturaleza,  
Tu cielo azul, tus mares  
Y tus estrellas;  
Cuando la vida  
Bajo la muerte pálida  
Tiembla y expira?

¿Qué valen de tus vírgenes  
Las sonrosadas  
Flores que va entreabriendo  
Festiva el aura;  
Si el aura fría  
Las toca, y al tocarlas,  
Caen marchitas?

¿Y qué, la blanda, trémula,  
Encantadora  
Voz, que á los aires vuela  
Como la alondra;  
Si en hora breve,  
¡Ay, también los poetas  
Callan y mueren!

Así tú, que moriste,  
Mi dulce amigo,  
Más allá de la linde



Del sol nativo,  
¿Qué, no volastes  
Al seno que te abría  
La pobre madre?

¿Por qué, cuando la llama  
Palideciendo  
Iba, la diste al soplo  
De helados vientos,  
Y no á la tierna  
Brisa de amor que espira  
La patria selva?

Patria selva, del niño  
Tan conocida,  
Cuando con él la infancia  
Vagando iba,  
Y prado y monte  
Ceñíanles con bandas  
De alegres flores.

Dulces prendas que pronto,  
Tu estro divino  
Cambió por verdes lauros  
Y blando mirto,  
Y la severa  
Parca, por esa mustia  
Fúnebre adelfa.

¿Quién dirá del infante  
La hora festiva?

¿Quién del joven poeta  
Los claros días?  
Y ¿quién del hombre  
Esta muda, solemne  
Y eterna noche!

No á mí, sino en las cuerdas  
Del alma lira,

Herir éstas que cantan  
Las elegías;  
Á el aire dando  
Honda voz de gemidos  
Y voz de llanto.

Llorad, mis tristes ojos:  
¡Sensibles almas,  
Derramad vuestro cáliz  
Lleno de lágrimas!  
¡Indianas musas,  
Cubrid con mustias flores  
Su helada tumba!

Á SAN VICENTE DE PAÚL.

I.

¿Quién sobre el áureo trono  
Del tiempo impera?  
¿Quién remueve las gentes  
Sobre la tierra,  
Cual impetuosa  
Brisa, del ancho bosque  
Las leves hojas?.....

Es el Numen del siglo  
Que tiende el cetro,  
Y á la dicha y la gloria  
Andan los pueblos;  
¿Y por qué entonces  
El desierto no acaba  
Y el sol se pone?.....

¿Por qué la trompa bélica,  
En lontananza



Suena, y acá en silencio,  
Corren las lágrimas?.....  
Huestes convoca  
La ambición en tumulto.....  
¡Y la ley sola!

¿Por qué, como sucede,  
Cuando en el Ponto  
Sopla el vibrante cuerno  
El viejo Eolo,  
Las populares  
Ondas, alza y encrespa  
Y azota el hambre?.....

Los niños desfallecen  
Y los ancianos;  
Las madres y las vírgenes  
Rompen en llanto;  
Y la onda baja.....  
¡Ay, cual baja en el Etna  
La hirviente lava!.....

Y siguen los afanes  
El nuevo día,  
Movimiento y ruido  
Y ansiosa vida;  
Nubes humeantes  
Vuelan, y el viento rompen  
Carros y naves.

Aquí las Artes nobles,  
Y allá las Ciencias  
Hablan: quiénes maldicen,  
Quiénes blasfeman,  
Y Ciencias y Artes  
Se embriagan con el vino  
De sus altares.

Por doquiera se mueven

Las multitudes,  
La alta torre resuena,  
Golpea el yunque,  
Cual sierpe silba  
La máquina enroscada.....  
¡Y la codicia!

Y en movimiento y ruido  
Y ansia las gentes,  
Como del mar las masas  
Suben y crecen,  
Y en tempestades  
Rompen: ¡oh Señor, salva  
La nueva nave!

¿No ves que el Numen fuerte  
Con ansia loca,  
Del mar humano empuja  
Olas y olas,  
Y en el conflicto  
Se cierne el impío cuervo  
Del egoísmo?

Los cielos oscurece  
La cruel enjambre  
De avarientas y duras  
Necesidades,  
Y desesperan  
Señor, y con tumulto  
Tiembla la tierra.....

II.

Mas, ¿qué luz resplandece,  
Qué imagen casta  
Bajo el arco del iris  
Como iris baja,  
El inflamado



Corazón como un bello  
Cirio en la mano?

Tú, caridad divina,  
Hija del Cristo,  
Salva tus pueblos, madre,  
Del hondo abismo;  
Que ante ti sola  
Cede la hirviente sirte  
Tumultuosa.....

Ya los campos se cubren  
De espigas de oro,  
Y en las eras, temblando  
Fallece el monstruo,  
Que en su cruel ansia  
Vivió de amargos duelos  
Y amargas lágrimas.

Y la verde mar rizan  
Rompientes flotas,  
Y los aires inundan  
Blancas palomas:  
Y la paz reina,  
Y derrama sus arcos  
Sobre la tierra.

Y las Artes celestes  
Brillan y cantan.....  
Y á los cielos, las Ciencias  
Vuelven las alas;  
Resuena el templo,  
Y el éter claro nublan  
Nubes de incienso.

Y cual de abejas ricas,  
Ondas volubles,  
Van con rumor de fiesta  
Las multitudes,

Y entre ellas, sólo  
Miro como un anciano,  
Como un apóstol.

La caridad le alumbra  
Bajo sus alas,  
Y regando sus dones  
El, anda y anda,  
Y en su camino  
Vagan, cual mariposas,  
Cándidos niños.

Aquel lleva seguro  
Ya al hombre puesto,  
Y el que asió de la mano  
Salta sonriendo,  
Y al hogar santo  
Viene ya de los huérfanos  
Con pronto paso.

Míradle, él es; bendita  
Tu imagen sea,  
Tú, gran padre y apóstol,  
Luz de la Iglesia,  
Y sean gracia  
Tu fe, tus caridades  
Y mi esperanza:

Sí, yo espero que un día  
De amor eterno,  
Hermanas las Virtudes  
De tierra y cielo,  
Almas Potencias  
Den, en el cielo gloria,  
Gloria en la tierra.





D. FRANCISCO S. PARDO.

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DON FRANCISCO S. PARDO.

Á MÉJICO.

ODA Á VÍCTOR HUGO.

Why rise Heaven to set on Earth?  
BYRON.

Ne faites point, de coups d'une bride rebelle,  
Cabrer la Liberté qui vous porte avec elle;  
Soyez de votre temps, écoutez ce qu'on dit,  
Et tâchez d'être grands, car le peuple grandit.

VICTOR HUGO.

Hijos del Sur de América,  
Hidalgos corazones,  
De fúnebres crespones  
Vestid la Libertad.  
Sus pérfidos apóstoles  
No por su culto abogan;  
Que en lodo y sangre ahogan  
Su excelsa majestad.

Del mejicano piélagos  
La ensangrentada ola  
Rueda, desquicia, viola  
La ley, la Religión.  
Contra ese torpe escándalo,  
Toda alma noble y libre



Tremendo rayo vibre  
De eterna maldición.

¿Do están las glorias, Méjico,  
De tu brillante liza?.....  
Tus timbres son ceniza,  
Humo tu honor triunfal;  
Tus defensores ínclitos,  
De libertad sagrada,  
Al envainar la espada  
Blandieron el puñal.

De la extranjera cuádriga  
Al destrozar el yugo,  
El héroe fué el verdugo,  
El victo el vencedor,  
Y de la turba estólida  
Ante el feroz delirio  
Divinizó el martirio  
Al regio usurpador.

Teñido en sangre el lábaro,  
Marchitas tus coronas;  
Si libre hoy te pregonas  
Del déspota imperial,  
Caerás, oh tierra mísera  
Que el propio ser desgarras,  
Entre las corvas garras  
Del águila boreal.

De tu infantil República  
Al erigirse el templo,  
Dió á América alto ejemplo  
De oprobio y de baldón.  
Allí tu honor, tus títulos,  
Tu nombre, tu hidalguía,  
Manchó la cobardía  
Con fúnebre borrón.

Ruge, Orizaba ignívomo,  
Con iracundo trueno;  
El humo de tu seno  
Entenebrezca el sol;  
¡El lóbrego patíbulo  
En roja luz sepulta!  
Allí á la muerte insulta  
El bárbaro Ahuitzol (1).

Colima, arde flamígero;  
Tu tromba ígnea levanta,  
Mientras la turba canta  
De Apsburgo en el panteón.  
Así elevaba, al tétrico  
Fulgor de inmensa pira,  
De la pagana lira  
Sus cántigas Nerón.

¡Oh Juárez! cuando indómito  
Sobre el corcel salvaje  
Guñaba tu plumaje  
Tu raza á combatir,  
Y bajo el iris fulgido  
De la inmortal bandera,  
Tu noble enseña era  
Triunfar allí ó morir,

Yo del laurel del Avila  
Guirnaldas te ofrecía.....  
¡Ay! á su trono uncía  
Tu carro el invasor;  
Hoy de desprecio y cólera  
Siento inflamarse el alma.....  
Si al héroe dí la palma,  
Maldigo al matador.

No fué castigo al ívido

(1) Jefe mejicano.—En 1486 sacrificó 72.000 prisioneros.



Amago de los reyes;  
Ultraje fué á las leyes  
La torpe iniquidad.  
¡Cuánta lección de crímenes  
Ve el alma sorprendida,  
Bajo tu augusta égida,  
Oh santa Libertad!

¡Hugo! tu voz altísima,  
Tu generoso acento  
Se evaporó en el viento,  
Como fugaz rumor;  
Sólo á la noble súplica  
Responde el eco «en vano»,  
Y cruza el Oceano  
Vibrando gemidor.

Mas no en las verdes márgenes  
Do el mar Caribe truena,  
Cisne inmortal del Sena,  
Tu voz ha de morir:  
No, que del Sur de América  
La estirpe heroica, enhiesta,  
Dará al crimen protesta,  
Dará fe al porvenir.

Lleva, sonoro Atlántico,  
Mi canto en tus espumas  
Á las flotantes brumas  
De la opulenta Albión;  
Y di al poeta olímpico  
Que esta indomable raza  
Los crímenes rechaza,  
Si execra la opresión.

## INTRODUCCIÓN

DE UN POEMA INÉDITO, Á VENEZUELA.

CARACAS.

Venir vedrami al tuo diletto legno  
E coronarme allor di quelle foglie,  
Che la matera e tu mi farai degno,

DANTE.—*Paradiso*.

I.

¡Genios de luz de las etéreas salas!  
¡Espíritus de amor y de armonía!  
¡Aves canoras de encendidas galas!  
Auras de Abril que en la arboleda umbria  
Al son del agua adormecéis las alas,  
Dad vuestra tierna voz al arpa mía,  
Y el nombre tuyo, en generoso verso  
Irá, ciudad gentil, al universo.

II.

¡Ciudad del corazón! bajo tu cielo  
Aun vagan mis primeras ilusiones,  
De tanto amor las lágrimas, el duelo  
Y el eco de mis tímidas canciones;  
Aquí la voz del paternal anhelo  
Me enseñó de virtud altas lecciones,  
Y aquí tu cuerpo bajo losa fría  
Duerme el eterno sueño, madre mía.

III.

Brisa fugaz que cuando el alba asoma  
Bebes la esencia que en las rosas mana;



Azucenas silvestres que en la loma  
El rocío aspiráis de la mañana,  
Henchid mi corazón con el aroma  
Que os brinda la floresta americana,  
Y dirán mis cantares cómo brillas,  
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV.

Diré cuál bajo sauces y palmares  
Que entoldan el azul del firmamento,  
Entre huertos de blancos azahares,  
Do enamorado serpentea el viento  
Y desatan las aves sus cantares,  
Sobre florida alfombra alzas tu asiento,  
Y del Ávila al pie la frente inclinas,  
Tejiéndote guirnaldas sus colinas.

V.

Diré cuál se desatan bullidores,  
En trenzas mil por la campestre falda,  
Tus arroyos en limpios surtidores  
Rodando sobre cuencas de esmeralda,  
Hasta poblar tus cármenes de flores,  
Que el sol matiza de zafiro y gualda,  
Á donde agita entre olorosas brumas  
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI.

Diré cómo en las aguas de esas fuentes  
Que bajan de las cumbres susurrando  
Con inquieto girar, en sus corrientes  
Vivos iris de luz reverberando,  
Sus tiernos picos y alas transparentes  
Sumergen las palomas revolando,  
Y al onda fian, de rubor ajenas,  
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII.

Venid, las que á los rayos de la luna,  
El cabello en flotantes espirales,  
Al borde de la fuente ó la laguna,  
Contempláis vuestra sombra en sus cristales;  
Venid en mi redor; que la fortuna  
Dió á mi laúd los himnos tropicales,  
Que más que el agua en su corriente pura  
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII.

Venid las que á las danzas y alegrías  
Impele el mundo y el deleite llama,  
Hermosas que á la luz de las bujías  
El seno dando que el placer inflama,  
Al son de vaporosas armonías  
El eco oís que vuestro amor reclama:  
Yo os pintaré en mis cántigas de amores  
El áspid escondido entre sus flores.

IX.

Venid también en torno á mis canciones,  
Fecundos bardos del solar nativo,  
Los que buscáis indianas tradiciones  
En viejos fastos de olvidado archivo:  
Yo os contaré las guerras, las pasiones,  
La indolencia, el amor, el ceño esquivo  
De aquella raza que en la lid desecha  
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X.

Veréis, bajo los índicos cocales  
Coronados de flecos cimbradores,  
Sus vírgenes sin tocas ni cendales,



Desnudos los hechizos tentadores,  
Que orladas de madejas de corales,  
Tendidas en columpios de colores,  
Sueñan bajo sus móviles cortinas  
Al eco de las gaitas campesinas.

XI.

Venid, veréis sus horas cual corrían  
Entre aromas y lánguida pereza,  
Las plumas que del cinto se prendían,  
Las flores que adornaban su cabeza,  
Las sartas y aderezos que ceñían  
Al cuello y brazos de gentil pureza,  
Cuando al muelle rumor de sus festines  
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII.

¡Venid! Para volar á esas edades  
Fin encontrando á mi ambicioso anhelo,  
Sus alas me darán las tempestades  
Ó el cóndor de los trópicos su vuelo:  
Y os diré cuál perdió sus libertades  
La extinta prole y defendió su suelo,  
Hasta rodar bajo el sangriento dique  
De sus tribus el último cacique.

XIII.

Cayeron sus penates y sus lares,  
Se secaron sus ríos y sus huertos,  
Cenizas son sus plácidos hogares,  
Sus jardines estériles desiertos;  
Que otra raza erigiendo otros altares  
Sobre los huesos de los victos muertos,  
Allí grabó de su poder las marcas  
Con «la última razón de los monarcas».

XIV.

¡Sacra ciudad! Escritas en tu escudo  
De ambas razas tú guardas las memorias,  
Donde se admira cual la errante pudo  
De la culta á la par lucir sus glorias;  
Mas si se odiaron con instinto rudo  
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,  
Luego en una las dos su sangre unieron  
Y heroica estirpe al universo dieron.

XV.

Diré como en tu tierra ensangrentada  
Tras tanto encono y odio tan profundo,  
La de Europa á la índica enlazada  
Esa progenie alzó, que árbol fecundo  
Al subir por tu atmósfera abrasada  
Fué á obscurecer el sol del viejo mundo,  
Por frutos dando en su vigor potente  
La libertad del nuevo Continente.

XVI.

¡La Libertad! planeta esplendoroso,  
Iluminó tus huertos y arenales,  
Y de su disco al rayo generoso  
Fueron mieses y flores tus eriales;  
La Ley sobre su trono luminoso  
Al siervo y al señor proclama iguales,  
Y hollando las vetustas tradiciones  
Deja en el polvo timbres y blasones.

XVII.

La Virgen de la paz en tus comarcas  
Posó su vuelo, y sacudiendo leda  
Los gérmenes fecundos de sus arcas,



Pobló de aves canoras tu arboleda,  
Tus anchos ríos de ligeras barcas;  
Y en tus nopales á eclipsar la seda  
De la púrpura asiática teñida,  
El fúlgido carmín brotó á la vida.

XVIII.

Entonces, en tus prados florecidos,  
Más dulce el aura suspiró en las fuentes:  
El cisne y las palomas en sus nidos  
Murmuraron arrullos más ardientes;  
Perlas dieron tus mares extendidos,  
Corales sus abismos transparentes,  
Tus argentinos ríos un tesoro,  
Tus campos lirios, tus montañas oro,

XIX.

Tu sol de fuego iluminó sus ojos  
Con luz estiva ó resplandor sereno,  
Según suspiran de placer ó enojos;  
Nevó tu escarcha su turgente seno,  
Tu múrice encendió sus labios rojos,  
Y el aire blando de perfumes lleno,  
Que en torno vaga á tu arboleda umbría,  
Divinizó su tierna canturía.

XX.

Y alarde hac'endo de su encanto bello  
Las ninfas de la estirpe americana,  
Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,  
Su nivea faz que matizó la grana,  
Los sueltos rizados del sutil cabello,  
El pie ligero de estatura enana,  
Eclipsaron la magia y el aroma  
De las huries que soñó Mahoma.

XXI.

El tórrido fulgor de tus llanuras  
Prestó á tus hijos varonil aliento;  
De tus tinieblas trémulas y oscuras  
Se elevaron las artes y el talento;  
Y luz brotando tus doctrinas puras,  
Libre ya como el aire el pensamiento,  
Diste al mundo tus ínclitos varones,  
Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXII.

Tú diste cuna al vencedor atleta,  
Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,  
Genio inmortal que en su ambición inquieta  
Hasta el trono del sol llevó su vuelo,  
Y no encontrando á su carrera meta,  
Fué á arrebatarse el iris hasta el cielo  
Que en ígneas orlas en su fuerte brazo  
Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXIII.

¡Venid á ver el sueño del Gigante!  
¡Colombia la inmortal! Sobre su tumba  
Saldrá á mi voz su sombra palpitante  
Del seno de la abierta catacumba,  
Y oiréis los ecos del cañón tonante  
Que en su áurea cuna con fragor retumba,  
Arrullando triunfal la ígnea corona  
Que al universo su poder pregoná.

XXIV.

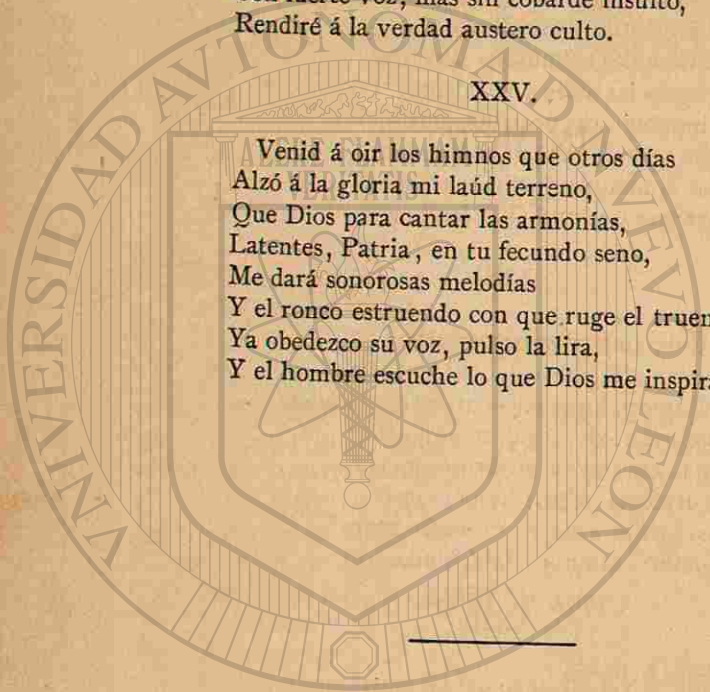
¡Venid! Voy á narrar la excelsa historia  
Del suelo patrio á la futura gente;  
Los hechos dignos de inmortal memoria



De la remota edad y la presente;  
Y arrojando en la trompa de la Gloria  
El soplo que me anima, alta la frente,  
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,  
Rendiré á la verdad austero culto.

XXV.

Venid á oír los himnos que otros días  
Alzó á la gloria mi laúd terreno,  
Que Dios para cantar las armonías,  
Latentes, Patria, en tu fecundo seno,  
Me dará sonoras melodías  
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno.....  
Ya obedezco su voz, pulso la lira,  
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.



## ÍNDICE.

Páginas.

### INTRODUCCIÓN.

IV.—Cuba.....	I
V.—Santo Domingo.....	LX
VI.—Puerto Rico.....	LXXXV
VII.—Venezuela.....	CX

### ISLA DE CUBA.

*D. Manuel de Zequeira y Arango.*

Á la piña.....	5
----------------	---

*D. Manuel Justo de Ruvalcaba.*

Soneto.—Á Nise bordando un ramillete.....	II
-------------------------------------------	----

*D. José Maria Heredia.*

Á la estrella de Venus.....	15
En el Teocalli de Cholula.....	17
Á la Religión.....	21
Atenas y Palmira.....	25
Á mi caballo.....	27
Versos escritos en una tempestad.....	28
Niágara.....	29

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

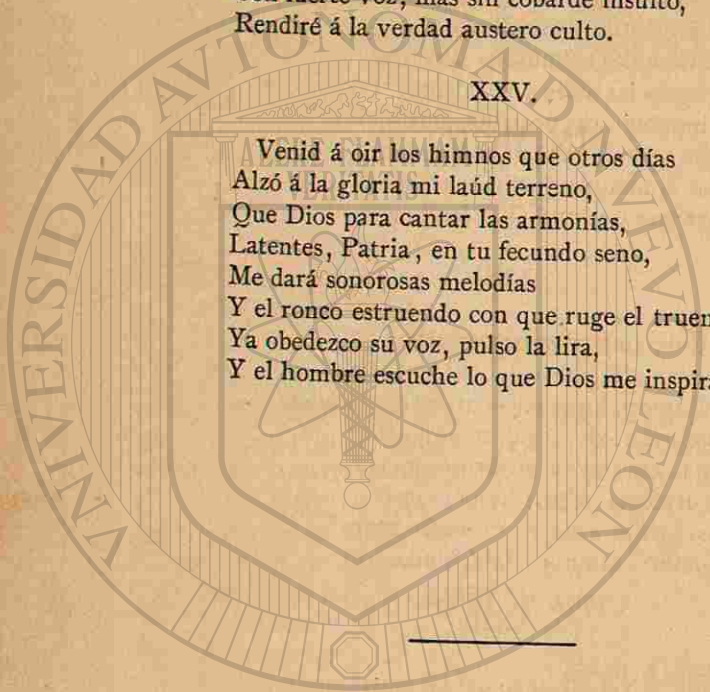




De la remota edad y la presente;  
Y arrojando en la trompa de la Gloria  
El soplo que me anima, alta la frente,  
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,  
Rendiré á la verdad austero culto.

XXV.

Venid á oír los himnos que otros días  
Alzó á la gloria mi laúd terreno,  
Que Dios para cantar las armonías,  
Latentes, Patria, en tu fecundo seno,  
Me dará sonoras melodías  
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno.....  
Ya obedezco su voz, pulso la lira,  
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.



## ÍNDICE.

Páginas.

### INTRODUCCIÓN.

IV.—Cuba.....	I
V.—Santo Domingo.....	LX
VI.—Puerto Rico.....	LXXXV
VII.—Venezuela.....	CX

### ISLA DE CUBA.

*D. Manuel de Zequeira y Arango.*

Á la piña.....	5
----------------	---

*D. Manuel Justo de Ruvalcaba.*

Soneto.—Á Nise bordando un ramillete.....	II
-------------------------------------------	----

*D. José Maria Heredia.*

Á la estrella de Venus.....	15
En el Teocalli de Cholula.....	17
Á la Religión.....	21
Atenas y Palmira.....	25
Á mi caballo.....	27
Versos escritos en una tempestad.....	28
Niágara.....	29

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





	Páginas.
Himno al Sol.....	34
Muerte del toro.....	37
Al Océano.....	38
La estación de los Nortes.....	41
Al cometa de 1825.....	43
Últimos versos.....	44

*D. José Jacinto Milanés.*

Cancioncilla.—El nido vacío.....	49
Canción.—La fuga de la tórtola.....	50
El beso.....	51
De codos en el puente.....	53
La madrugada.....	56
Vagos paseos.....	59
Bajo el mango.....	61
La guajirita de Yumuri.....	63

*D. Gabriel de la Concepción Valdés. (Plácido).*

Soneto.—Á una ingrata.....	69
Soneto.—Á la muerte de Jesucristo.....	69
Soneto.—Muerte de Gesler.....	70
Soneto.—Á la fatalidad.....	70
Soneto.—Aniversario de la muerte de Napoleón.....	70
Romance.—Cora.....	71
Jicotencal.....	74
Letrilla.—La flor de la caña.....	76
Á la Sra. D. <sup>a</sup> Maria de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin.....	79
Plegaria á Dios.....	83

*Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.*

Á la Poesia.....	87
Á la muerte del célebre poeta cubano D. José Maria de Heredia.....	90
Al genio poético.....	93
Á él.....	95
Amor y orgullo.....	98
Soneto.—Imitando una oda de Safo.....	104
La venganza.—Invocación á los espíritus de la noche.....	105

	Páginas.
Á.....	107
La pesca en el mar.....	108
Plegaria.—Á la Virgen.....	111
Cántico.—Imitación de varios Salmos.....	114
La Cruz.....	117

*D. Joaquín Lorenzo Luaces.*

La Naturaleza.....	125
Canto de Kaled.....	136
Soneto.—La muerte de la Bacante.....	139
El último día de Babilonia.—Mane-Tecel-Phares.....	139
Caída de Misolongi.—Canto de guerra del griego.....	149
La luz.....	153
Canto biblico.—Oración de Matatias.....	158
El trabajo.....	162

*D. Juan Clemente Zenea.*

Fidelia.....	171
Soneto.—El lunar.....	174
El 15 de Enero.....	175
Entonces.....	176
Á una golondrina.....	178

*D. Rafael Maria de Mendive.*

Yumuri.....	183
La flor del agua.....	186
Á un arroyo.....	188
La gota de rocío.....	191
La oración de la tarde.....	193

*D. Ramón Velez Herrera.*

La pelea de gallos.....	199
El combate de las piraguas.....	203

*D. Miguel Teurbe Tolón.*

La ribereña de San Juan.....	211
Á mi hermana Teresa.....	216
Á Emilia.....	219



*D. Ramón de Palma.*

Himno de guerra del Cruzado.....	226
El fuego fatuo.....	228

*D. José Fornaris.*

Mi vuelta á Cuba.....	235
-----------------------	-----

ISLA DE SANTO DOMINGO.

*D. Francisco Muñoz Delmonte.*

El verano en la Habana.....	245
Á la muerte de mi amigo y condiscípulo D. José María Heredia.....	249

ISLA DE PUERTO RICO.

*D. Alejandro Tapia y Rivera. (Crisófilo Sardanápalo.)*

La Sataniada (Canto primero).....	261
-----------------------------------	-----

*D. José Gautier Benitez.*

¡Puerto Rico!.....	273
--------------------	-----

VENEZUELA.

*D. Andrés Bello.*

El Anauco.....	285
Á la nave.....	286
Alocución á la Poesía.....	288
Silva americana.—La agricultura en la zona tórrida.....	301
La Luz.....	312
Carta escrita de Londres á París por un americano á otro.....	321
Á Olimpio.....	326
La oración por todos.....	340

Moisés salvado de las aguas.....	348
La moda.....	353
Miserere.....	364
El proscrito.....	366

*D. Rafael M. Baralt.*

Á Cristóbal Colón.....	387
La Anunciación.....	395
Oda.—Á la desesperación de Judas.....	400
Á una flor marchita.....	404
Oda.—Á España.....	410
Soneto.—Á Dios.....	418
Soneto.—Al sol.....	418
Soneto.—Al mar.....	419
Oda.—Adiós á la patria.....	419
Oda.—Al año de las grandes esperanzas, 1830.....	422

*D. Antonio Ros de Olano.*

En la soledad.....	429
Recordando el entierro de Espronceda.....	431
Soneto.—El simún.....	432
Soneto.—Progresión.....	432
Lenguaje de las estaciones.....	433

*D. J. Heriberto García de Quevedo.*

Delirium (fragmentos).....	457
Oda.—¡Á Italia!.....	469
Á Pío IX.....	473
Á Italia.....	477
Meditación.....	480
Oda á la libertad.....	484
El niño perdido.....	485
Predicación del Evangelio.....	491
La Ascensión.....	493

*D. Domingo del Monte.*

Epístola á Elicio Cundamarco, poeta americano.....	499
Su voz.....	501



*D. Abigail Lozano.*

Bolívar.....	505
Crepúsculos.....	508
Dios.....	510
Á la noche.....	511

*D. Rafael Arvelo.*

Brindis.....	517
--------------	-----

*D. José Antonio Maitín.*

Canto fúnebre.....	523
El hogar campestre.....	533
Las orillas del río.....	536

*D. Fermín del Toro.*

Á la ninfa del Anauco.....	545
----------------------------	-----

*D. Cecilio Acosta.*

La casita blanca.....	551
La gota de rocío.....	554
El véspero.....	555

*D. José Ramón Yépez.*

La media noche.....	561
La ramilletera.....	565
Himno epitalámico.....	566
Pastoril.....	567
Á la estrella de la tarde.....	571

*D. Luis Alejandro Blanco.*

La tribulación de Job.....	577
----------------------------	-----

*D. Jesús María Morales Marcano.*

Oda II del Epodon de Horacio.....	583
-----------------------------------	-----

*D. Jesús María Sistiaga.*

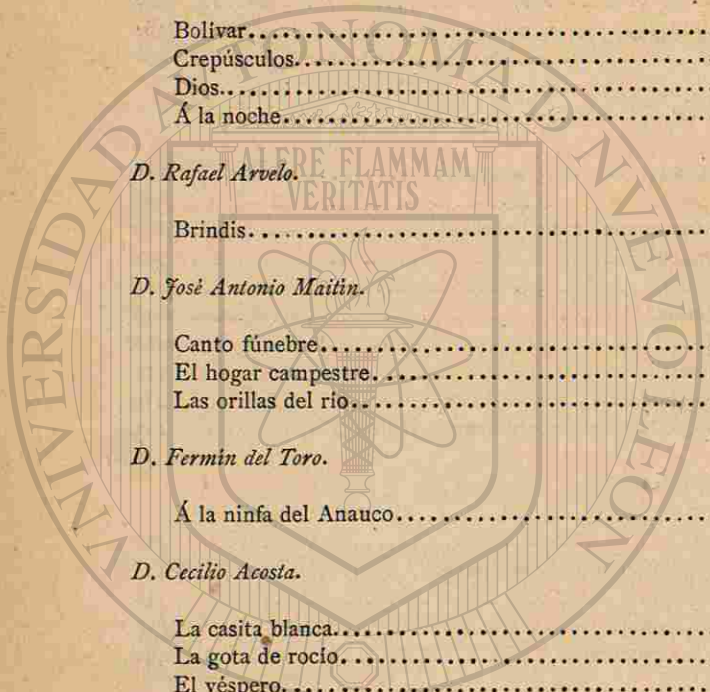
Una corrida de toros.....	589
---------------------------	-----

*D. Eloy Escobar.*

Los dos ángeles.....	599
Elegia á la muerte de J. V. Camacho.....	602
Á San Vicente de Paúl.....	605

*D. Francisco S. Pardo.*

Á Méjico.—Oda á Victor Hugo.....	613
Introducción de un poema inédito, á Venezuela.....	617

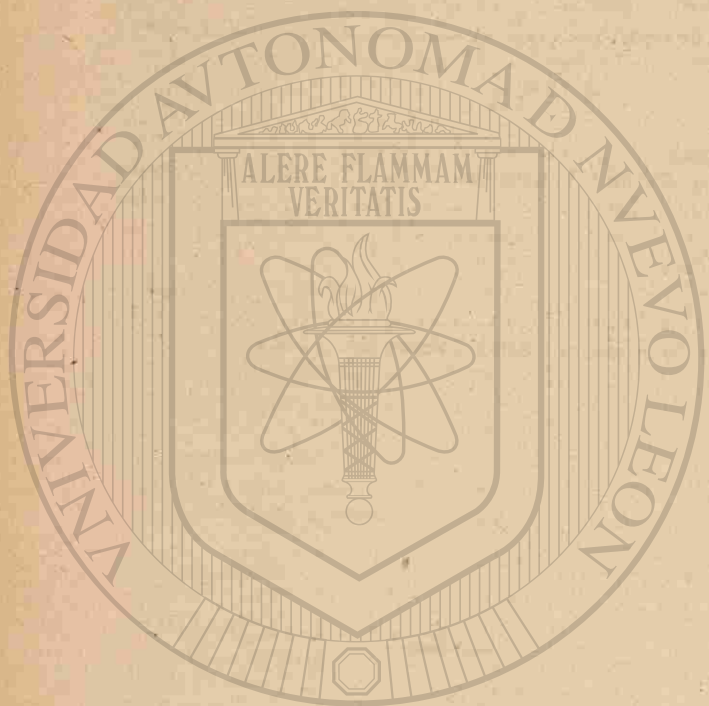


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ERRATAS

QUE SE HAN NOTADO EN EL PRÓLOGO.

<u>PÁGINA.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE.</u>
LXV	8	extenso	vasto.
LXXVI	10	jurista	prosista.
XCHH	10	formal	verdadera.
»	13	primicias	primicias.
CVIII	6	Rodríguez	Borinquen.
CXVI	20	ingresos	ingenios.



